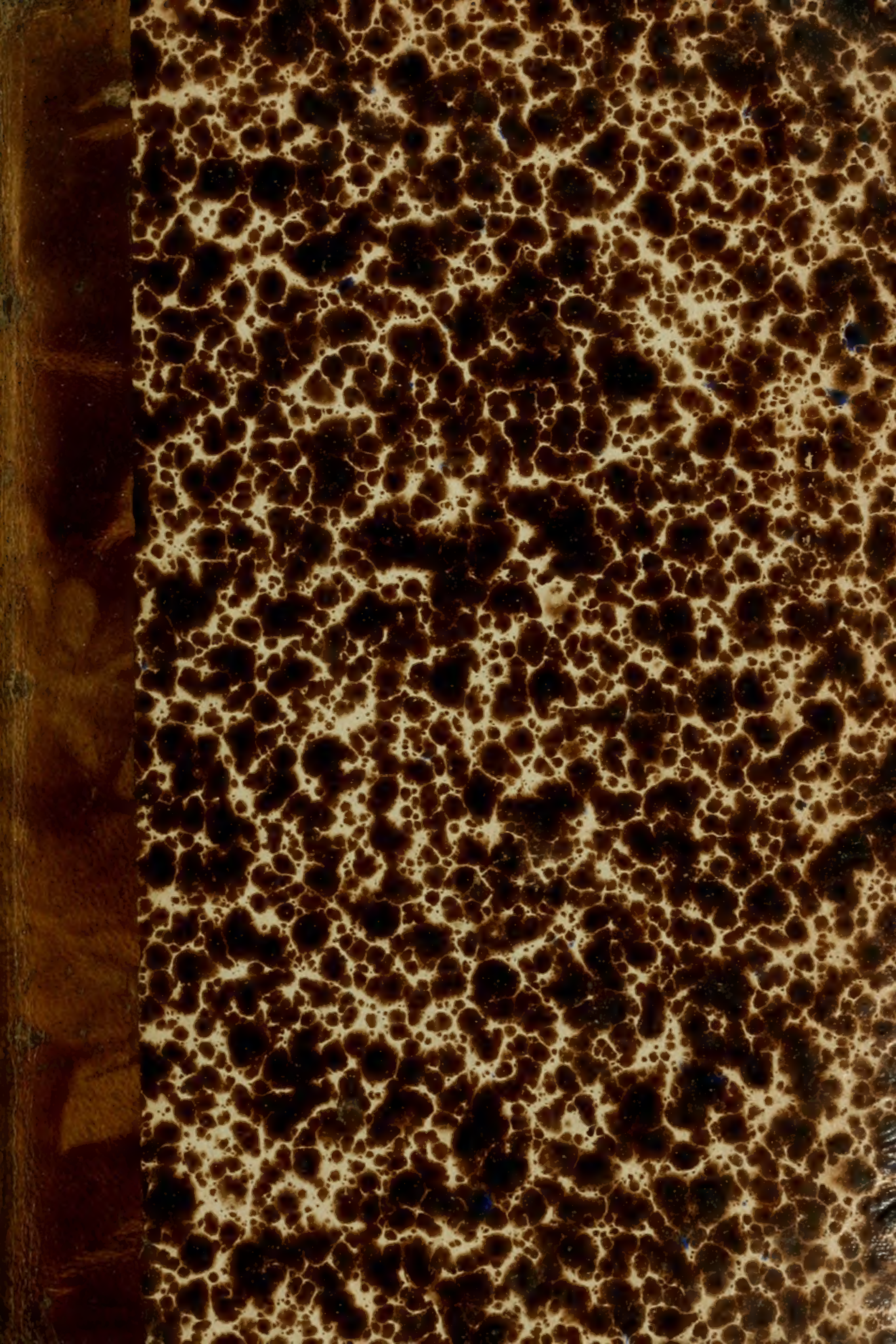






LA

LECTURA.

BIBLIOTECA DE OBRAS SELECTAS.

de historia, viajes, poesía, crónica, y cuento tradicional,

BAJO LA DIRECCION

DE D. GREGORIO URBANO DARGALLO.

LA

LECTURA.

BIBLIOTECA DE OBRAS SELECTAS.

de historia, viajes, poesía, crónica, y cuento tradicional.

BAJO LA DIRECCION

DE D. GREGORIO URBANO DARGALLO.

HISTORIA

DEL

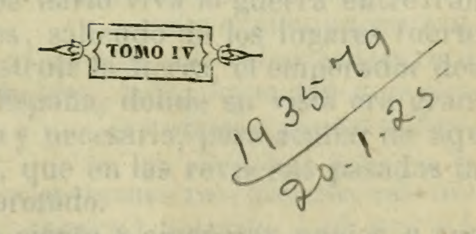
EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA;

escrita por el maestro

DON FRAY PRUDENCIO DE SANDOVAL,

OBISPO DE PAMPLONA.



TOMO IV

MADRID: — 1847.
LA ILUSTRACION: Est. Tipográfico-Literario-Universal.
Calle de la Madera baja, núm. 8.

HISTORIA

DEL

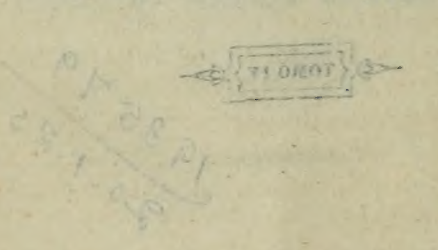
EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA;

escrita por el maestro

DON FRAY PRUDENCIO DE SANDOVAL,

OBISPO DE PAMPLONA.



MADRID.—1847.

LA ILUSTRACION. Est. Tipográfico-Literario-Universal.

Calle de la Madera baja, núm. 8.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO UNDECIMO.

I.

El emperador se dirige á España.

Acabadas con tanta felicidad las cosas de Lombardia, si bien en las fronteras de Flandes con Francia andaba harto viva la guerra entre franceses y flamencos, saliendo de los lugares fuertes á correrse, y destruir la tierra, el emperador determinó pasar á España, donde su vista era grandemente deseada y necesaria, para acabar de aquietar los ánimos, que en las revueltas pasadas tanto se habian alborotado.

Aprestaron ciento y cincuenta navios, y cuatro mil alemanes, ó tudescos que trajo para la guarda de su persona, que sirvieron en España de solo estragar la tierra.

Quiso hacer su camino por Inglaterra, visitando á los reyes sus tios, de los cuales era amado.

Dejó en el gobierno de los estados de Flandes á madama Margarita su tia, y por vicario del reino ó imperio de Alemania á su hermano el infante don Fernando, archiduque de Austria.

Hecho esto partió de Bruselas á 24 de mayo de este año de 1522 acompañándole el duque de Alba y otros muchos caballeros españoles, que andaban en su corte. De Bruselas fue á Neporto, de allí á Dunquerque, y llegó á embarcar en Calés, villa y puerto que el rey de Inglaterra tenia en Picardia de Francia, donde estaba la armada. Espérabanla en Cales los embajadores, y grandes de Inglaterra que salieron dos millas del lugar á recibirle.

Otro dia, que fue á 28 de mayo, (en el cual su campo entró y saqueó á Génova) entró en un navio, y dentro de cuatro horas pasó aquel pequeño estrecho de mar, y llegó á Dobera ó Dobla lugar de Inglaterra. Hizósele solemnísimo recibimiento, tanto, que en muchas hojas no se podrian escribir los arcos triunfales, las figuras, las medallas, pinturas curiosísimas de varias historias divinas y profanas, letras, dísticos de escelentes ingenios, cuales los hay en aquella nacion.

Entre ellas habia dos figuras en un riquísimo arco; la una del emperador, otra del rey Enrico con una letra que decia.

Carolus etc. Enricus vivant, defensor uterque,
Enricus fidei, Carolus Ecclesie.

Carlos y Enrico, defensores, vivan,
De la fé Enrico, de la Iglesia Carlos.

Detúvose el emperador con los reyes todo el mes de junio en Lóndres, mostrando los reyes su grandeza y amor en las soberbias fiestas que le hicieron. Confirmaron la liga, y amistad contra el rey de Francia.

Para que fuese de todo punto firme y segura, se concertó, que el emperador casase con la infanta doña Maria, que tenia solos siete años, hija de los reyes Enrico y Catalina; y el emperador quedó de dar ciento treinta mil ducados al rey de Inglaterra todos los años que hiciese guerra al rey de Francia hasta que él casase con la dicha infanta doña Maria, ó hasta que ganase tierras en Francia, que los rentasen. Asi el rey de Inglaterra se declaró luego por enemigo del rey de Francia, y le envió á desafiar.

Asentadas estas cosas, puestas y concertadas para hacer la guerra contra el rey de Francia á cuatro de julio, despues de mediodia partió, y se embarcó el emperador. Y otro dia de mañana salió del puerto con tan favorable viento, que en solos diez dias llegó, á 16 de julio, al puerto de Santander de España.

Sola una desgracia tuvo de un navío que se quemó.

Aqui le llegó nueva, como en los dias que se habia detenido en Inglaterra, don Beltran de la Cueva, que como está dicho, era general contra los franceses, que tenian á Fuenterrabia, y estaba en San Sebastian, habia habido un reencuentro señalado con ellos, y con los alemanes, y gascones que se habian juntado de Bayona de Francia, y con los que estaban en Fuenterrabia; y que don Beltran habia muerto muchos, y prendido casi trescientos, á vista de Bayona. Que habia tomado el castillo de Beobia

por fuerza de armas, que tenian los franceses. Y los franceses, que estaban en Fuenterrabia, salieron por recobrarle, porque les importaba mucho, para seguridad de Fuenterrabia. Que habida esta victoria habia dado sobre San Juan de Lus, puerto de mar. Y habiéndolo entrado por fuerza de armas habia saqueado el lugar, y quemado los navios que alli estaban, y pasando adelante habia llegado á vista de Bayona, corriendo y robando la tierra; con lo cual habia vuelto victorioso á San Sebastian.

La victoria acertó á ser en el mismo dia, que en el año pasado habian sido vencidos los franceses en la batalla cerca de Pamplona.

Díjose mas, que el conde Miranda virey de Navarra, habia cobrado por combate la fortaleza de Maya, que los franceses habian tomado en aquel reino, cuando ganaron á Fuenterrabia.

Algunos de los alemanes que escaparon de esta rota, como supieron que el emperador traia los cuatro mil tudescos se fueron á Santander por salvarles entre ellos: el emperador lo supo, y los mandó buscar, y justiciar en la plaza de Santander: porque siendo vasallos del imperio servian á su enemigo.

II.

Muerte del rey de Portugal.

Con nuevas tan favorables, y con la venida del emperador, el reino se hinchó de gozo, y el condestable y almirante, que estaban en Vitoria fueron luego á besar las manos al emperador; siendo bien

recibidos como tales personas, y sus grandes servicios merecian.

Sucedió que cuando el emperador llegó á Santander, el Papa Adriano estaba ya embarcado en Tarragona para pasar á Italia, é hizo luego su viaje de manera que Papa y rey no se pudieron ver como deseaban.

Partió el emperador de Santander, caminando derecho á Palencia, donde llegó á 6 de agosto. Detúvose aqui quince ó veinte dias, y la infanteria alemana, que habia traido, que eran los cuatro mil tudescos, mandó ir á San Sebastian, para apretar mas á los franceses, que estaban en Fuenterrabia.

Trajo el emperador consigo mucha y buena artilleria para armar estos reinos, que estaban de ella faltos. La que fue, y el órden con que se llevaba era: venia primero la guia, que era un caballero en un caballo blanco, y este miraba los pasos por donde habia de pasar, y tomaba el mas seguro camino por donde pasase mejor, y sin peligro ni trabajo. En pos de la guia venian los primeros, veinte y ocho falconetes de á diez y seis palmos cada uno: los cuatro de ellos de medio adelante eran rosqueados, con las coronas imperiales: y los 24 ochavados todos, de á diez y seis palmos de largo. Por la boca de cada uno cabia un puño grande. Cada uno de estos traia cinco pares de mulas. Despues venian diez y ocho cañones, á 17 palmos y medio de largo, y de boca casi un palmo. Los doce de estos eran con flores de lis. Tiraban cada uno de estos ocho pares de mulas. En pos venian diez y seis serpentinas, á diez y seis palmos de largo, y de boca un palmo de alto, las doce de ellas traian flores de lis, y cada una de estas veinte y dos pa-

res de mulas. Luego venia una bombarda de diez palmos de largo, y en la boca dos palmos en ancho, esta la traian treinta pares de mulas. Despues venian dos trabucos en un carreton á cuatro palmos de largo cada uno de ellos, y á dos palmos en la boca; arrastrados por veinte pares de mulas. Otro que decian magnus-draco, con una cabeza de serpiente á manera de dragon, con el rey don Felipe dibujado en él, con sus armas reales, tenia veinte y seis palmos de largo, y un palmo de boca en alto: á este arrastraban treinta y cuatro pares de mulas. Despues venian dos tiros famosos que se decian el pollino y la pollina, á diez y seis palmos cada uno de largo, y palmo y medio de alto en las bocas: estos traian treinta y cuatro pares de mulas cada tiro. En pos venia un tiro que se decia, *espérame que allá voy:* tenia diez y siete palmos de largo y dos palmos casi, de boca en alto; llevábanle treinta y dos pares de mulas. Despues venian dos tiros, que se decian Santiago y Santiaguito; tenian de largo á veinte y y seis palmos, y un palmo en las bocas cada uno de ellos en alto, llenos de flores de lis con las armas francesas; alrededor de los escudos unos rosarios de veneras de Santiago: cada uno traia treinta y seis pares de mulas. Luego venia un tiro donde venia el emperador dibujado, con las armas reales de sus reinos, tenia de largo diez y seis palmos, y palmo y medio en boca: á este traian treinta y cuatro pares de mulas. En pos venia la tetuda, que tenia en largo diez y siete palmos, y casi dos de boca: á este traian treinta y siete pares de mulas. Luego el gran diablo, que habia en él diez y ocho palmos de largo y casi dos palmos en alto de la boca: tirábanle treinta y ocho pares de mulas. Despues venian nueve

carretones de estos dichos tiros, y no traian cosa ninguna, sino que venian vacios, y traian á siete pares de mulas cada uno.

Decian y afirmaban que quedaban en el puerto de municion, armas, y de peloteria, mas que podian traer mil carros. Por manera que los tiros eran setenta y cuatro mayores y menores. Los carretones de los dichos tiros eran nueve que venian vacios, y no traian cosa alguna: sino que eran para el servicio de la artilleria.

En cada par de mulas venia un hombre para guiarlos, que eran mil setenta y cuatro hombres: estos sin los que traian provisiones y azadoneros para hacer los caminos.

Si bien en Castilla se holgaron mucho con la venida del emperador, otros temian y andaban á sombra de tejado; porque los atrevimientos pasados cargaban sus conciencias, esperando y temiendo un riguroso castigo. Mas hizo el perdon que dije, con que se aseguraron todos.

Casó el rey don Manuel de Portugal con la princesa doña Isabel, hija de los reyes Católicos, y muerta ella, casó con su hermana la infanta doña Maria, de la cual hubo gran generacion.

Murió esta infanta y el rey volvio á casar con doña Leonor, hermana del emperador, segun dejo dicho. De la cual hubo una sola hija, que fue doña Maria.

En este año de 1521 murió el rey don Manuel, habiendo hecho cosas memorables sus capitanes por él, en Arabia, Persia, India y otras provincias de Asia. Luego el emperador mandó que el conde de Cabra, el obispo de Córdova y el doctor Cabrero de Zaragoza fuesen á Portugal

por su hermana la reina doña Leonor. Los cuales partieron á 6 de octubre, año de 1522, y trajeron la reina viuda conforme á la instruccion que el emperador les dió para hacer esta jornada, como parece por el mismo papel que está en el archivo real de Simancas, que por no importar dejo de referir aqui.

III.

Entra el emperador en Valladolid.—Visita á la reina doña Juana.

Hecho esto, el emperador vino á Valladolid, donde entró con gran solemnidad en 26 de agosto. Alli vinieron á besarle la mano todos los grandes y señores de Castilla, eclesiásticos y seglares.

Aqui hubo nueva de la pérdida de Rodas, como queda dicho, que hizo gran lástima. Tambien vino correo como el Papa Adriano habia llegádo á Génova con su armada. Llevaba cinco mil soldados españoles, y por capitan de ellos al conde don Fernando de Andrade, antecesor de los condes de Lemos: el cual en las guerras con Francia, en tiempo del gran Capitan, venció á los franceses en una señalada batalla. En Génova se habia hecho solemne recibimiento; donde habian venido por la posta á besarle el pie Próspero Colona, capitan general del ejército imperial, y el marques de Pescara.

De alli, continuando su camino, llegó á Roma

en 26 de agosto, y fue recibido y obedecido con grandísimo gozo de todos, y solemne demostracion de los cardenales.

Asimismo tuvo aviso de que el rey de Francia tenia en Bayona diez mil infantes y cuatrocientos caballos para de allí socorrer á Fuenterrabia y meter en ella provision, porque perecian de hambre. Y que los habia mandado volver para defender á Bretaña. Que el rey de Inglaterra con sus gentes, y los españoles habian acometido y destruido toda la tierra, y tenian sitiada á Bresta: y con la llegada del francés se habian alzado, volviéndose los ingleses á su tierra, y los españoles á Flandes. Y de camino en el puerto de San Pablo, y Leon, asi como en otros lugares comarcanos, habian quemado mas de sesenta navios. Apretábase mucho el cerco de Fuenterrabia, y con escaramuzas y asaltos y otros acometimientos morian franceses, de suerte que con la hambre y guerra se iban consumiendo.

A dos dias del mes de setiembre, siete despues que entró en Valladolid, fue el emperador á visitar á su madre la reina doña Juana, que estaba en Tordesillas, y con mucha humildad la besó la mano. Antes de salir de allí hizo un real aniversario, ó memoria funeral por el ánima del rey don Felipe, su padre, y dió largas limosnas.

Volvió á Valladolid á 7 de setiembre, que la reina no estaba mas tratable.

En estos mismos dias, podia ser mediado el mes de setiembre, en el reino de Granada hubo un grande temblor de tierra, el mayor y mas furioso que nunca los hombres vieron. Ni se halla que en este tiempo en España haya acontecido,

por qué pasó asi. Que en la ciudad de Almeria derribó la fortaleza, y casi todas las torres y muros de la cerca de la ciudad, y la iglesia mayor y todos los otros templos, con ser lo mas de ello de fuerte y escelente labor. Lo mismo hizo en las casas. De suerte que murieron enterrados en ellas los mas de los vecinos, principalmente niños y mujeres que no pudieron tan presto huir, que fueron millares. Quedó la ciudad asolada; en muchos dias no se acabó de restaurar.

En la tierra y comarca de ella pasó lo mismo, asi como en toda la ribera del rio, que llaman de Almeria, que es fértil y poblada, derribando, hundiendo y matando á todos cuantos en ella se hallaron, que fue una gran multitud.

Alcanzó asimismo el terremoto á las ciudades de Baeza y Guadix, haciendo el mismo daño. Moviéronse y levantáronse montes y tierras de sus lugares, cayendo y acostándose á diversas partes. Descubriéronse fuentes donde no las habia, y otras se cegaron. Tembló el mismo dia la tierra fuertemente; pero no fue con tanta fuerza que desbaratase los edificios, si bien estuvieron cerca de ello, y se abrieron muchas torres y paredes.

Fue el espanto y temor de las gentes tan grande, que pensaban que ya se acababa el mundo. La cosa fue tal que no se puede bien decir, y dicha á los que no la vieron se hacia increible.

Sintiólo gravemente el emperador, y para ayudar á repararse aquella tierra, la hizo merced de algunas libertades y franquezas.

Tuvo correo el emperador del infante don Fernando, su hermano, archiduque de Austria, diciendo como habia sosegado los tumultos y alte-

raciones de Austria muy á gusto, y hecho justicia de ocho cabezas principales movedores de la alteracion. Que el turco habia sitiado en la Carbiola una fuerza grande y de importancia, y los de Austria pelcaron con él y le mataron tres mil turcos, huyendo los demas. Tambien tuvo aviso por cartas del legado del Pontífice, que estaba en Paris, como el rey de Francia levantaba gente para ir sobre Milan á la entrada del verano, y que tenia alistados gran número de suizos.

IV.

Alteracion de Mallorca.

Estando el emperador en Valladolid perdonando los escesos de sus vasallos, tuvo aviso de que los de Mallorca se habian rebelado y tomado las armas: siendo su capitan un hombre vil llamado Colono, pellejero. Mandó luego el emperador que fuese allá un gobernador, y que llevase cuatro navios bien armados y con gente escogida, soldados viejos, con ciento veinte caballos.

Llegó esta gente al puerto de Mallorca á 8 de noviembre, y desembarcaron, requiriendo á la ciudad de parte del emperador, que se allanase y les diese pacífica entrada, que dejasen las armas. Prometiendo á los que esto hiciesen el perdon de los delitos que hubiesen cometido; pero que á los contumaces y rebeldes, se les daria el castigo digno de su pecado.

Envió el virey copias autorizadas de las provisiones imperiales que para esto traia, y á requerirles, que mientras tragesen armas, usaria él de las que traia con todo rigor.

Los mallorquines ciegos y furiosos por las amenazas del virey, tomaron las armas, y salieron al puerto, para quitar que el virey y su gente no saltasen en tierra. Dispararon la artilleria contra la armada imperial.

Hubo de salirse el virey y dejar el puerto. Surgió á otra parte y echó la gente en tierra. Los rebeldes, puestos en órden, fueron contra ellos, y en dos encuentros que tuvieron con el virey, los mallorquines quedaron vencidos, muriendo en la primer escaramuza mil de ellos, y en la segunda quinientos.

Quedaron tan quebrantados y deshechos, que los caballeros y otros que se habian estado á la mira, se llegaron luego al virey. Y con esto dejando el pueblo las armas, conociendo su culpa, se dieron y rindieron con grande humildad. Y con las mismas armas que se habian puesto para resistir á su príncipe, salieron en favor todos los de Mallorca para ayudar al virey, y allanar la Isla.

Tomó el virey diez mil de ellos bien armados, y juntándolos con los suyos, se puso sobre la ciudad de Mallorca que estaba rebelde. Cercóla apretadamente. Arrimóle por agua la armada para batir los muros con la artilleria. Dentro en la ciudad estaban la rabia, y furor muy ardientes, de manera que Colono capitan de los rebeldes echó en prision á todos los grandes, y nobles que en ella habia, con sus mujeres; y de los que se habian pasado al campo del virey, á sus mujere,

é hijos, y á todos los mercaderes, y hombres ricos, mujeres é hijos; finalmente á cuantos le eran sospechosos, y tenia por leales.

Llegó á tanto la crueldad de esta gente, que degollaron gran parte, y les dieron garrote en las mismas cárceles, no mas de porque eran leales á su rey. A otros justiciaron públicamente en la plaza, como si hubiera cometido algun grave delito.

Fortificaban la ciudad con tanta diligencia, que mayor no fuera cuando los cercadores fueran turcos enemigos, con determinacion de no rendirla, sino era perdiendo las vidas. No cesaba el virey de darles bateria por mar y tierra, combatiéndola con ingenios y escalas, sin dejarlos sosegar un punto. Comenzó la hambre dentro en la ciudad, y otras enfermedades, que les bajaba los brios: templando su cólera, que era bien grande. Perdieron de todo punto las esperanzas, que tenian del socorro de Francia, que habian pedido sabiendo la guerra que el rey de Inglaterra hacia al frances. Con esto trataron de algunos medios para componerse, y concertar sus desatinos. Pidieron treguas por algunos dias.

Al fin se compusieron, perdonando el virey en nombre del emperador á todos los culpados, sacando doce cabezas que él nombrase: las cuales seguramente ellos le habian de entregar. De las cuales dieron luego las once.

Mas Colon, cabeza, y capitan general de la rebelion y levantamientos, escondióse. Y buscándole con diligencia le hallaron en un vil lugar, cual él merecia; y asi como estaba sucio y asqueroso, lo pusieron en un asno, y acompañándole los otros once á pie, le trajeron por las calles públi-

cas de la ciudad, y hecho el triste paseo, lo atenacearon vivo con hierros ardiendo en medio de la plaza; dando la misma pena á los otros.

Muertos de esta manera, los hicieron cuartos, y los colgaron de las torres, y almenas de la ciudad. Las cabezas estuvieron en el rollo que está en la plaza de Mallorca. Confiscáronles los bienes, aplicándolos á la cámara imperial. A los demas delincuentes condenaron en mucho dinero.

Con esto quedó llana la Isla, y en la obediencia y gracia de su rey, y señor natural.

V.

Infortunios de las armas francesas.

A 20 de noviembre de este año llegó un correo de la Coruña, con nueva de que cerca de este puerto tres navios franceses habian acometido, y rendido una nao de ingleses cargada de rica mercaderia. Y que volviendo los franceses con su presa, habian topado con otros tres navios de vizcainos, que venian de Inglaterra, con los cuales se combatieron veinte y seis horas contínuas sin cesar, en que murieron doscientos de los franceses, y sesenta de los vizcainos, por los cuales quedó la victoria.

Tomaron los navios á los franceses, y libraron la nao inglesa.

Que los navios franceses estaban presos en la Coruña.

Tambien tuvo aviso el emperador, como los franceses, que estaban en Fuenterrabia, padecian gran hambre, hasta comer los caballos, y que el rey de Francia aparejaba, para socorrerlos por mar y por tierra. Demas de esto que junta mucho dinero y gente, procurando amigos, y ayudas, para entrar en Italia el verano del año siguiente.

El emperador mandó al virey de Navarra, que juntando la mas gente que pudiese, acudiese sobre Fuenterrabia, y la apretase. Y lo mismo se mandó al gobernador de Vizcaya. Y que Rochandulfo capitan de los cuatro mil tudescos fuese con los tres mil, y se juntase con los demas sobre Fuenterrabia.

En su seguimiento fue el príncipe de Orange con toda la guarda del emperador, y otros muchos caballeros españoles; y juntos todos sobre Fuenterrabia, los franceses procuraban por mar, y por tierra socorrer á los suyos, que estaban cercados.

Hiciéronlos retirar en S. Juan de Luz, revolviendo sobre la villa para apretar el cerco, sabiendo que por la gran necesidad en que estaban, no se podian sustentar alli mucho tiempo.

En lo que era pretender el rey de Francia pasar á Italia, para prevenirle, envió el emperador á Gerónimo Adorno gobernador de Génova, que fuese luego á Venecia, á tratar con aquella república, que apartándose de la liga de Francia se confederasen con él, y diesen ayuda á sus capitanes para la defensa comun de Italia: el cual lo hizo luego. Los venecianos considerando por lo que habian visto en lo pasado, cuan buena era la

amistad de este príncipe, su trato, verdad, no codicia con tiranía, y finalmente, su buena fortuna, holgaron de su amistad. Y si bien se pasaron muchos dias primero que los capítulos de esta amistad se concertasen, al fin se concluyeron; aunque no por la mano de Gerónimo Adorno, porque murió andando en ello.

La misma liga defensiva envió el emperador á tratar con el papa Arriano su maestro, y con las otras repúblicas de Italia; dándose el asiento que se dirá.

VI.

Alzanse los imperiales é ingleses del cerco de Hesdin

A 9 de diciembre de este año 1522 supo el emperador, como su ejército, y el del rey de Inglaterra, que por la parte de Flandes hacian guerra contra Francia, habian sitiado á Hesdin y al cabo de dos meses de cerco con pestilencia, forzados de la creciente del rio, no habiendo hecho suerte buena, antes perdiendo muchos soldados, se habian levantado del cerco, retirándose á lugares vecinos y amigos.

Era capitan general de los ingleses el duque Sufolco, que estaba casado con Maria hermana del rey Enrico, y viuda del rey Luis de Francia. De los imperiales era general Florencio Egmondio conde de Bura, varon estremado. El cual habiendo quemado á Dorlan, y otros lugares vecinos, y he-

cho una gran presa de robos en Picardia con treinta mil infantes, y seis mil caballos, sin hacer otra suerte notable mas de estas quemas, por ser invierno con el rigor que corre en aquellas partes tan frias y seteptrionales; retiróse con el campo á sus aposentos.

VII.

Continuase el cerco sobre Fuenterrabia.

Sangrienta andaba la batalla entre los dos príncipes: el rey de Francia por socorrer á Fuenterrabia; y el emperador, por lanzar de ella á los franceses.

Para esto enviaban sus gentes, poniendo cada uno las fuerzas que podia.

Echaron á fondo en el puerto los españoles algunos navios franceses, desde unos fuertes, que habian hecho en la tierra con buena artilleria, y con ellos aventaban las naos, que porfiaban á entrar, y dar socorro á los cercados. Habia cada dia escaramuzas, donde morian de todas partes.

Señalóse Juan Perez de Ascua natural de Fuenterrabia, que servia al emperador, con quinientos valientes vizcainos á su costa haciendo daño á los franceses. Y fue la desgracia que andando peleando, un tiro de artilleria le mató.

Tenian los franceses dos armadas en el mar, con deseo de meter socorro á los de Fuenterrabia, La una se habia armado de Burdeos, y la otra en

la Rochela. Los de la Rochela teniendo aviso de la resistencia grande, que los imperiales hacian, y prevenciones que habia en la tierra para echar á fondo los navios, y la dificultad para meter socorro á los cercados, se engolfaron en mar alto. Los de Burdeos fueron mas atrevidos, pues intentaron entrar en el puerto, con pérdida de dos navios, y de cuantos en ellos iban. Y retirándose con dificultad y pérdida, se fueron en seguimiento de los rochelanos.

Los franceses del socorro que estaban en tierra tambien se retiraron: unos á Bayona, otros á San Juan de Luz. Y juntándose hasta diez mil infantes y seiscientos caballos, con mucha municion y armas, puestos en órden caminaron para Fuenterrabia.

Los imperiales dejando sobre Fuenterrabia parte del ejército con la artilleria que les pareció, salieron al enemigo. Mas los franceses rehusando la pelea, se metieron por unos montes y valles sin camino conocido, llevando cuarenta bueyes y cuarenta puercos para meter en el pueblo, y dieron la vuelta en salvo. Y de ahí á poco se toparon con los españoles y pelearon en un cerro no lejos de San Juan de Luz.

Era capitan de los franceses Mr. de la Palisa, gobernador de Guiena, que es una parte de la antigua Aquitania. De los imperiales era capitan don Beltran de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque, virey de Navarra, como está ya dicho. A este seguia Rochandulfo, coronel de los alemanes, y don Rodrigo de Rojas capitan de caballos ligeros. El gobernador de Vizcaya iba por capitan de los hombres de armas, Filiberto Challon, prín-

cipe de Orange, mancebo de poca edad, capitan de los borgoñones.

La batalla fue muy reñida, y quedó la victoria por los imperiales. Murieron de los franceses mas de cuatrocientos y otros muchos presos y algunos capitanes y personas de cuenta, con mas siete banderas, que con la nueva de la victoria enviaron al emperador. De parte de los imperiales no murieron mas de treinta.

En tanto que se dió esta batalla, los franceses de la armada volvieron á intentar la entrada del puerto con gran ímpetu. Salieran con su intencion si de repente no se levantára una borrasca que dió con ellos en diversas partes. Y fue tal la tempestad, que unos se perdieron, otros fueron tomados y presos en puertos de España: de suerte que muy pocos escaparon y volvieron á Francia desbalijados.

Porfiando los franceses volvieron á juntar una muy gruesa armada, la mayor y mas bien bastecida que hasta entonces habian hecho, y tornaron á Fuenterrabia. Echaron delante seis grandes naos cargadas de bastimentos y gente de guerra: contra las cuales salió la armada española, y peleó con ellas y las rindió y prendió. En tanto que las seis naves peleaban con las españolas, los demas navios y barcas caminaron para el puerto con viento favorable. Mas faltándoles la marea, se quedaron en el mar. Y algunos pocos soldados y marineros, saltando de las barcas con lo que podian llevar á cuestas, entraron en Fuenterrabia.

Los demas navios combatidos con la artilleria y fuegos que los imperiales les arrojaban, la mayor parte con armas y gente vinieron en poder de

los españoles, y las que pudieron navegar se acogieron á San Juan de Luz.

Perdieron el ánimo los franceses desesperando poder defender la villa con la pérdida de su armada.

VIII.

Los franceses socorren á Fuenterrabia.

Sucedieron estas cosas, en fin de este año cerca de Natividad. Y por este tiempo escribió Jacobo Aillo, señor de Luda, capitan de Fuenterrabia dos cartas de un mismo tenor á Mr. de la Palisa, en que decia que ya no podia defender mas á Fuenterrabia, y que seria harto poderla defender hasta el mes de febrero. Que los soldados y los vecinos del lugar perecian de hambre y andaban impacientes, y lo que mas era que ya les picaba la peste. Que le hiciese saber si habia esperanza de socorro, tirando á cierto lugar tres veces el tiro mayor de su armada. Y que sino se les podia dar socorro, el no tirar aquellos tres tiros les seria señal para que estando sin esperanzas se rindiesen con honestas condiciones.

Una de estas cartas hubo don Beltran.

La otra fue á Mr. de la Palisa y á tiempo que le habia enviado el rey de Francia otros diez mil infantes y seiscientos caballos y mucha artillera. Resolviéndose, pues, Palisa á tentar la fortuna y dar batalla á los españoles, mandó disparar los tres tiros á la hora y lugar señalado, con que los

de la villa entendieron el socorro que les venia.

Salió Palisa á campaña con veinte mil infantes, dos mil caballos y con treinta tiros gruesos de muy buena artilleria. Con este ejército puesto en órden caminó á tomar un monte que se dice monte Andavia, donde la mayor parte del ejército imperial se habia puesto para impedirles el paso.

Sabida la venida de los franceses, pusiéronse en órden y saliéronles al camino. Pero como don Beltran y los demas capitanes vieron el campo francés con doblada gente de á pie y de á caballo y la mucha artilleria que traian, acordaron de no dar la batalla, y volvieron concertadamente á ponerse en el cerro donde estaban alojados, y dejaron á los franceses el monte Andavia donde asentaron su real y dieron vista á Fuenterrabia, con que los cercados tomaron mucho ánimo.

Sacaron de la villa con gran honra al capitan Mr. de Luda con su mujer, hijos y familia; y con la gente de presidio que alli habia, loando y encareciendo su esfuerzo. Y pusieron con nueva gente de presidio á Fraugeto, capitan bien esforzado.

De ahí á algunos dias, los imperiales habiéndoles venido nuevas ayudas y reforzado el campo, determinaron de dar la batalla al enemigo. Mas los franceses no quisieron venir con los españoles en este rompimiento, pareciéndoles que para su reputacion habian hecho harto en haber socorrido á Fuenterrabia. Y asi en la noche siguiente á cencerros tapados (como dicen), sin tocar cajas ni otro instrumento ni encender fuegos, con sumo silencio levantaron el real y se pusieron en salvo, dejando en el campo muchas vasijas llenas de vino.

IX.

Duelo en Valladolid entre dos caballeros aragoneses.

Fue notable un desafío que último de diciembre de este año de 1522 hubo entre dos caballeros principales en Valladolid, que por escribirlo Ponte Heuterio flamenco por digno de memoria, lo pondré aqui.

Dice, que un caballero flamenco que servia al emperador y se halló al certámen ó duelo se lo habia escrito en lengua francesa. Cuya historia y ceremonias quiso este autor poner en su libro, porque se vea la costumbre que en estos duelos habia entre los españoles: el lector con este cuento descanse algo de los enfados pasados, y recree el ánimo.

Dos caballeros nobles naturales de Zaragoza, de tan poca edad que no pasaban de veinticinco años deudos por casamientos que hubo entre sus pasados, y entre sí ellos grandes amigos, y que familiarmente se trataban, en el juego de la pelota, hubieron palabras tan pesadas, que llegaron á romper malamente y se desafiaron para matarse el uno al otro.

Aplazaron el dia y la hora señalando el lugar y las armas para la pelea sin que nadie los entendiese. El uno se llamaba don Pedro de Torrellas, el otro don Gerónimo de Ansa.

Salieron fuera de la villa al campo que habian señalado con solas capas y espadas, y llegados al

lugar echaron mano y comenzaron á acuchillarse sin que nadie los viese.

Gran rato anduvieron asi usando cada uno de lo que de la espada sabia para matar al otro y defender su vida sin poderse herir, porque ambos eran diestros.

O por desgracia ó por cansancio y flaqueza del brazo se le cayó la espada al Torrellas de la mano. Viéndose sin armas y que el contrario con ellas le venia á matar, dijo: «don Gerónimo, yo me doy por vencido y muerto por vuestras manos: lo que os pido es, que nadie sepa lo que aqui ha pasado, sino que con perpétuo silencio quede entre los dos secreto. Y sino, matadme aqui luego, que mas quiero morir que vivir con ignominia.» Juró á Dios don Gerónimo de Ansa que guardaria secreto y que hombre humano de su boca no lo sabria.

Con esto volviendo las espadas á las vainas se abrazaron como buenos amigos y volviéronse á la villa.

De álli á algunos dias fue pública esta pendencia y el suceso de ella, de manera que no se hablaba en la corte de otra cosa. Reíanlo y mofaban algunos caballeros mozos. Quejóse Torrellas del Ansa que no le habia guardado la palabra, y Ansa negaba y juraba que de la boca no le habia salido, sino que un clérigo, cura de una aldea que habia salido al campo á ver su ganado, los vió reñir y oyó lo que entre ellos habia pasado, y este lo habia contado y dicho á otros.

Procuró Torrellas saber del clérigo lo que habia visto y oido, y halló que no concertaba y desvariaba en lo que decia: y sabiendo que era muy

amigo y apasionado del Ansa, no dió crédito á lo que dijo.

Insistió en cargar al Ansa, diciendo, que era un fementido y que habia faltado á la palabra que como noble debia guardar. Ansa se descargaba y decia que no era asi. Y como ambos estuviesen en esto, finalmente se desafiaron para pelear.

X.

Continuacion del duelo.

Pidieron campo al emperador. Dieron sus peticiones, suplicando que conforme á los fueros de Aragon y leyes antiguas de Castilla, S. M. les diese licencia para pelear y les señalase el campo y armas para ello. El emperador lo remitió al condestable de Castilla, porque á él como capitan del reino y justicia mayor en las cosas de armas le tocaba esto.

Procuró el condestable apartarlos de esta contienda, mas nada bastó; y porque conforme á las leyes del reino no se les podia negar el campo, señalóles que fuese la pelea en la plaza de Valladolid. Otros dicen que en un campo junto á San Pablo.

A 29 de diciembre de este año hicieron una estacada en la plaza de cincuenta pasos en largo y treinta y seis en ancho. Estaban las estacas espesas y trabadas cinco pies levantadas de la tierra. Y en otro órden de estacas que habian estaban

seis. Entre estos dos órdenes de estacas habia un espacio de diez y ocho pies, y en medio se hacia una plazuela como una era; y en ella estaban dos tabladillos uno en frente de otro, que cogian la plazuela en medio.

En uno de estos tablados ricamente adornado con paños de oro y seda se alzaba una muy rica silla y su alfombra de seda y oro, y sobre la silla un dosel de brocado. La una era para el emperador; la otra para el condestable. A los otros dos lados como en cruz, estaban dos tabladillos ó tronos uno en frente de otro, adornados, pero no tan ricos como los otros dos: estos eran para los parientes y amigos de los dos que habian de pelear.

A los lados de estos dos tronos ó tablados, estaban á cada uno una tienda, en la cual se habia de armar el caballero de la batalla. La plaza y campo de la pelea estaba muy bien empedrado y cubierto de arena para que no resbalasen.

Habíanles señalado la hora de las once para la pelea.

El primero que vino fue el emperador y se puso en su trono. Diéronle en la mano una vara de oro, para que cuando S. M. quisiese que se acabase la pelea la arrojase en la plaza. Iban delante del emperador los caballeros de su casa y grandes de la corte y embajadores de príncipes con todos los de su guarda. Detras iban los trompetas, añafiles y atambores de guerra. De allí á poco vino el condestable, cuyas canas autorizaban mucho su persona, porque era ya de mas de sesenta años si bien de entera salud y brio y de tan buen talle que mostraba bien quien era. Traia vestida una ropa larga de tela de oro sobre un hermoso caba-

llo español ricamente enjaezado. Acompañábanle cuarenta caballeros nobles vestidos de la misma manera, á pie delante de su caballo. Seguíanle sus escribanos á caballo vestidos todos de paños negros de seda, y los caballos con cubiertas de sarga de color azul oscuro. Llevaban delante del condestable como de capitan general del reino y justicia mayor una espada metida en la vaina (porque estaba el rey presente). Luego seguia al que llevaba la espada, el heraldo ó rey de armas con la cota de armas vestida de la casa de los Velascos, que esto se tomó en España de las costumbres y usos antiguos de los romanos en semejantes desafios y empresas de armas.

Como llegó el condestable á la plaza, en llegando al trono donde el emperador estaba le hizo una gran reverencia, y echa, se volvió al trono ó sitial que para él estaba aparejado, y sentóse en la silla. La guarda toda del emperador de á pie y de á caballo cercaron la empalizada sin dejar llegar á alguno.

Luego salió don Pedro de Torrellas el desafiador acompañado de su rey de armas. Era su padrino el almirante de Castilla. Acompañábanle el duque de Bejar, el duque de Alburquerque y otros muchos varones ilustres. Iba vestido corto de oro y seda forrado en martas. Llevaban delante de él una hacha de armas con un estoque y rodela en que iban pintadas sus armas y las demas armas con que habia de pelear. Traia fijada en la rodela el cartel en que estaban escritas las condiciones del duelo. Púsose ante el emperador, y hecha la reverencia volvió á donde estaba el condestable é hízole su acatamiento y con esto se fue á su tienda.

Luego entró en la plaza Gerónimo de Ansa el desafiado por Torrellas, vestido de la misma manera, sino que el forro de los vestidos era de armiños. Acompañábanle su heraldo ó rey de armas. Llevó por padrino al marqués de Brandemburg. Acompañábanle el duque de Nájera, el duque de Alba, el conde de Benavente, el marqués de Aguilar y otros muchos grandes caballeros. Llevaban delante las armas é insignias de su casa como dije de Torrellas. Hecha la reverencia al emperador y el acatamiento al condestable, se fué á su tienda.

Trajeron luego las armas y escudos é insignias militares con que habian de pelear, y colgáronlas ante el condestable. Luego llamó el condestable á los dos caballeros combatientes, y teniendo un sacerdote el misal en las manos, juraron sobre él á Dios y á los Santos Evangelios y en la que tocaron, que entraban en aquella pelea por la defensa de su honra, y que era justa la causa que les movia y no otra cosa, y que no harian mala guerra peleando con fraude, ni se aprovecharian de hechizos, ni otra mala arte, ni de yerbas ni de piedras, sino que pelearian lisa y llanamente con aquellas armas, aprovechándose de sus fuerzas y destreza de sus cuerpos, esperando el favor de Dios, de San Jorge y de Santa María en quien confiaban que habian de mirar por su justicia.

Luego cada uno de los padrinos trajo en una arca cerrada las armas ante el condestable.

El condestable las miró y mandó pesar, así las espadas y hachas de armas, como los arneses y celadas que se habian de poner. Luego las mandó poner en un peso porque no habian de pesar

las unas mas que las otras ni podian tener menos de sesenta libras las armas de entrambos.

Hecho esto, llevaron á cada caballero sus armas.

Luego fue á cada una de las partes un caballero á ver como cada cual se armaba, porque estuviese cada uno seguro que no se ponia mas de las que el juez habia dado. El caballero que iba á requerir y mirar las armas, era del bando contrario.

Hecho esto, bajó el condestable de su silla á la plaza, y con mucha autoridad mandó poner en órden todas las cosas. Luego acompañado con doce caballeros se puso en un ángulo de la plaza frontero de donde él estaba. En cada uno de los otros dos ángulos puso cada tres caballeros.

Luego tocaron las trompetas, y el pregonero mayor del emperador, puesto en cada uno de los cantones de la plaza, pregonó diciendo: «Manda el rey, y su condestable, que mientras aquellos caballeros pelearen, ninguno, so pena de la vida, levante ruido, ni dé ánimo á los contendientes con palabra, ó voz ni movimiento, ni silbo, ni señal con la cabeza, ó mano, ó con algun semblante del cuerpo, ó en otra cualquier manera ayude ó espante, anime, desanime, distraiga, encienda en cólera, ó le haga tomar ó dejar las armas salvo aquellos que para esto son señalados.»

Dados los pregones, salió Torrellas de su tienda armado de todas armas, y acompañado de su padrino. Traia en la mano una hacha de armas antiguas, y á su lado ceñida la espada. Preguntóle el condestable: «¿Quién sois, caballero, y por qué causa habeis entrado armado en esta plaza?»

Respondió quien era, y dijo la causa de su contienda, que queria determinar por armas.

Mandóle el condestable levantar la celada, y descubrir el rostro; y conocido lo admitió.

Volvió á calar la celada, y mandóle poner en una parte de la plaza, donde los tres caballeros que estaban en guarda, le tomaron en medio. Luego fue el condestable á la parte donde estaban los doce caballeros, y sentóse entre ellos.

Salió don Gerónimo de Ansa de su tienda, de la manera que su contrario, armado, y acompañado; y fue donde estaba el condestable; quien lo recibió, y usó con él de las mismas ceremonias que habian hecho con Torrellas; mandándole poner en la otra parte de la plaza, frontero de su contrario entre los otros tres caballeros, que alli estaban.

Luego se fue el condestable á su tablado, y sentose en la silla.

De alli á poco volvió á sonar la trompeta, y los caballeros que habian de pelear, y los padrinos con ellos se hincaron de rodillas, é hicieron oracion á Dios implorando su ayuda: y hecha los padrinos abrazaron cada uno á su caballero, dándole ánimo para que pelease como quien era; y despidiéndose de ellos se volvieron á las tiendas.

Tocaron la trompeta, que era ya la señal de la pelea, y el Torrellas empezó á caminar para su contrario animosamente. Arrancó tambien con buen semblante Ansa, si bien con paso mas sosegado. Como se juntaron a los primeros golpes hirió Torrellas á Ansa tan reciamente en la cabeza, que le hizo volver algo atras aturdido. Volvió Ansa sobre sí y recudió sobre Torrellas con otros golpes semejantes.

Pelearon de esta manera animosamente un buen rato, y abrazándose, ó asiéndose el uno del otro se dieron amantenieute grandes golpes.

Quebradas las hachas comenzaron á luchar á brazo partido.

Viendo el emperador cuan buenos y valientes caballeros eran, y que era lástima que ambos, ó el uno muriese en batalla tan sin fruto, pareciéndole que los caballeros habian hecho su deber, volviendo por la reputacion de su honra, arrojó la vara dorada, que en la mano tenia, en medio de la plaza, en señal de que S. M. queria que cesase la pelea.

Al punto acudieron treinta caballeros que guardaban la plaza, y los apartaron, si bien con dificultad, porque el uno contra el otro estaban encarnizados, y con deseo de matarse; y comenzaron á dar voces, y porfiar, queriendo cada uno para sí la honra y la victoria.

El emperador determinó la causa, juzgando que ambos caballeros habian peleado muy bien, y satisfecho á su reputacion y honra, y que ninguno habia vencido al otro.

Con esto el condestable bajó á la plaza, y tomó con mucha reverencia la vara dorada que estaba en tierra, besándola y poniéndola sobre su cabeza, hincándose de rodillas ante el emperador, y besándole la mano le dió la vara.

Mandóle el emperador que hiciese á aquellos dos caballeros, y se lo mandase de su parte, diciéndoles que ambos habian peleado valerosamente, y hecho su deber como tales, y ansi los estimaba y tendria siempre por valientes y esforzados caballeros, y queria que de alli adelante fuesen

muy buenos, y verdaderos amigos; que mejor era que sus fuerzas y armas las ejecutasen en enemigos de la fe, donde se ganaria tanta honra, y seria la pelea con mas seguridad de las conciencias.

Estuvieron tan duros los caballeros en no querer hacer lo que el emperador les mandaba, sino porfiar que habian de acabar la pelea, que enfadado el condestable los hechó de la plaza, saliendo cada uno por la puerta que habia entrado, y les puso grandes penas, si tomasen las armas el uno contra el otro.

El emperador enfadado de su dureza, y mal miramiento los puso en sendas fortalezas, donde estuvieron muchos dias presos, hasta que cansados de la prision se hicieron amigos, y dieron seguridad. Mas nunca lo fueron de corazon; y asi acabaron las vidas necia y apasionadamente, que son condiciones de los pundonores humanos.

AÑO 1523.

X.

Liga entre el emperador, el Papa, venecianos, duque Esforcia, y otros principes y estados

Quedaron con tal asiento los hechos de Carlos V, hasta el año de 1522. En el de 1523, en su principio fue el socorro que los franceses hicieron á Fuenterrabia, como queda dicho. El rey de Fran-

cia estimaba en mucho tener dentro en España á aquella fuerza, y la deseaba conservar por su reputacion: por eso puso en ella sus fuerzas: y el emperador en concluir la paz y amistad con los venecianos, que al principio de este año procuró efectuar apretadamente, pidiendo que entre él, y su hermano don Hernando, el papa, y venecianos, se hiciese una perpétua liga, contra quien perturbase la paz de Italia.

Dificultábase la conclusion de esta liga, por que entre los venecianos tenia el rey de Francia aficionados, que deseaban paz perpétua con Francia. Pero despues de muchas juntas y consejos, valió tanto la autoridad de Jorge Cornelio Patricio, que estaba inclinado á la parte imperial, que dejado el rey de Francia, se ligó Venecia con Cárlos emperador, y con su hermano el archiduque, y con Francisco Esforcia duque de Milan, asentando una larga, firme, y amigable paz, con estas condiciones: que la paz fuese perpétua. Que la señoria de Venecia diese en favor del duque Francisco Esforcia, y defensa de su estado, seiscientos hombres de armas, y otros tantos caballos ligeros, y seis mil infantes, y lo mismo para defensa del reino de Nápoles, si en él hubiese guerra hecha por algun príncipe cristiano.

Esto se dijo asi, por la paz que Venecia tenia con el turco.

Que el emperador para las cosas de Italia, y defensa de Venecia, diese otra tanta gente. Y que al archiduque don Fernando entregasen los venecianos por la pretension de Wormaes, doscientos mil ducados.

Como de alli á poco el rey de Francia habien-

do levantado un grande ejército, trátase de recobrar el reino de Nápoles, Sicilia y Milan, entendiéndolo los príncipes y señorias de Italia, entraron en esta concordia; como tambien el papa Adriano, y en nombre del emperador, Cárlos de Lano y virey de Nápoles, y Enrico rey de Inglaterra, don Fernando infante de Castilla, archiduque de Austria, Francisco Esforcia duque de Milan, el cardenal Julio de Médicis, venecianos, florentinos, los de Sena, Luca, y Génova. Los cuales lo firmaron á 3 de agosto.

Quedó el rey de Francia esceluido, sin hacer memoria de él: si bien era tal su valor, que tuvo ánimo para defenderse de todos.

Ordenóse mas en la dicha liga: que durase un año despues de la muerte de cada uno de los que entraban en ella, guardándola con el difunto y sus cosas como si viviera. Que si otro quisiese juntarse con ellos, daban un año de término, que tuviese la puerta abierta para ello, queriéndolo admitir el Pontífice, el emperador, el rey de Inglaterra y el archiduque don Fernando. Que las controversias que entre los ligados hubiese, se determinasen por justicia y no por armas.

Despues se añadieron otras condiciones. Que se hiciese un buen ejército contra el rey de Francia, para el cual el Pontífice diese doscientos hombres de armas, el emperador ochocientos, los florentines doscientos, el duque Esforcia doscientos, y otros tantos caballos ligeros. Que el Pontífice, el emperador y el duque de Esforcia diesen la artilleria necesaria y municion. Que para la infanteria diese el Pontífice cada mes veinte mil ducados y otros tantos Francisco Esforcia, duque de Milan,

otros tantos los florentinos cada un mes, el emperador treinta mil, Genova, Luca y Sena diez mil. Que el emperador y el Pontífice nombren capitan general de este ejército. Este fue Carlos de Lanoy, de nacion flamenco. virey de Nápoles.

Luego entró en la liga Federico Gonzaga marqués de Mantua, al cual el Pontífice y florentinos hicieron general de su gente.

XI.

El duque de Calabria en Valladolid

Si bien andaban estos tratos y ligas con tanto calor y todas en daño del rey de Francia, pasaron seis ó siete meses que no se hizo guerra con ejércitos formados sino por fronterias y guarniciones, aparejándose ambas partes para meter el resto, como lo hicieron.

En este tiempo sucedieron otras cosas aunque no tan graves que no se deben dejar en olvido, pero decirlas hé con brevedad por venir á lo mas importante. Una es la venida á la corte estando el emperador en Valladolid, de don Hernando de Aragon, duque de Calabria, hijo de Federico último rey de Napoles, que como he dicho en lo pasado estaba desde el tiempo del rey Católico detenido en Játiva. El emperador lo recibió haciéndole mucha honra, como a deudo tan cercano y de la calidad que era. Mandóle poner casa y darle situados y renta bastante para ella. Dióle el oficio de virey de Valencia, casandole con la reina Germana.

XII.

Reunion en Valladolid de varios personajes de los ejércitos.

Hizo el emperador general en Italia á Próspero Colona, por la calidad de su persona y sangre tan ilustre y clara, por las hazañas que por largos años tenia hechas en la guerra, por las canas venerables y larga esperiencia que adornaban su ilustrísima persona y la hacian digna de él junto con la fidelidad y amor con que servia á la casa de España, como lo han hecho hasta hoy dia todos sus descendientes.

El marqués de Pescara por ser tal su valor cual dice su fama muy merecida, tenia tales pensamientos, que si bien los años no eran muchos, le parecia que en los que habia servido tenia hecho por donde no debia dar ventaja á nadie ni entender que hubiese en el mundo quien mas mereciese. Agravióse grandemente, sabiendo que Vicencio Coscia, maestre de campo de Próspero habia traido patente del emperador para que Próspero fuese su general. Y pareciéndole que el emperador por ser tan mozo y no haber tratado por su persona las cosas de Italia, no tenia entera noticia de sus hechos y señalados servicios, antes se temia al marqués que algunos enemigos le tuviesen desacreditado, determinó pasar á España y ver la cara de su príncipe.

Consultó este pensamiento con sus capitanes y alféreces, y encargóles que en su ausencia obedeciesen á Próspero. Embarcóse en Génova, vino á Tarragona y de alli á Castilla derecho á Valladolid. Y quiso entrar de noche, porque supo que toda la corte le queria hacer un gran recibimiento, que escusó por temerse como cuerdo de la emvidia. Mas no quedó caballero en la corte que la noche que el marqués entró no fuese á visitarle á su posada.

Otro dia fue á besar la mano al emperador que le recibió con rostro muy alegre y le mandó sentar cerca de sí en una silla igual ó rasa, lo que á muy pocos habia concedido: y el marqués le dió cuenta de las cosas de Italia, y dijo su sentimiento que tenia de que no se le hubiese hecho la merced que á Próspero. Al cual el emperador satisfizo con muy buenas razones y le prometió hacer merced como su persona merecia, con que el marqués quedó por entonces satisfecho.

Vino asimismo con él don Juan Manuel, embajador que era en Roma, y quedó en este cargo don Luis de Córdoba, duque de Sesa, hijo primogénito del conde de Cabra. El cual por ser casado con hija del Gran Capitan, era duque de Sesa en el reino de Nápoles. Entró en Valladolid el conde de Cabra, padre del duque, juntamente con don Alonso Manrique, obispo de Córdoba, al cual dió el emperador el arzobispado de Sevilla que estaba vaco por muerte de don Diego de Deza. Venian de Badajoz donde el emperador los habia enviado para traer y acompañar á la reina doña Leoner su hermana, que como está dicho, habia enviudado en el fin del año de 1521 por muerte del rey

don Manuel de Portugal. Y aun se pensó y dijo, que su hijo el rey don Juan III que le sucedió, tuvo pensamiento de ganar dispensacion para casar con su madrastra. Mas fue juicio del pueblo que raras veces es cierto.

El emperador fue á Medina del Campo á recibir á su hermana por el mes de junio de este año.

XIII.

Embajadores que de varias partes vinieron á la corte:--El emperador pide gente de armas al reino.

Vinieron á la corte en el principio de este año embajadores del rey Sigismundo el primero de Polonia y otros del gran maestre de Prusia de los Teutónicos que andaban muy encontrados. El gran maestre daba las razones que tenia en justificacion de su causa.

Pidieron estos príncipes la gracia y amistad del emperador, y que él con el Pontífice á quien tambien enviaron se pusiesen de por medio y los concertasen.

El emperador recibió muy bien esta embajada por ser de príncipes cristianos y de tierras tan remotas. Y hubo bien que mirar en Valladolid en el trage de los embajadores, á los cuales mandó el emperador regalar magníficamente y los despachó con mucha gracia, escribiendo al gran maestre una carta en lengua latina con amigables razones.

Deseaba el emperador sacar al rey de Francia de la villa de Fuenterrabia, sintiéndose Castilla afrentada de que el francés durase tanto en su tierra. Para esto se comenzó á hacer llamamiento de gentes, y el emperador pidió que las ciudades acudiesen como debian, pues la guerra era tan justa y dentro en casa. Ví la carta que á 23 de enero año de 1523 escribió el emperador á Antonio de Melgosa, vecino y regidor de Búrgos, agradeciéndole la buena voluntad que habia mostrado segun habia escrito. Pero Gonzalez de Mendoza, corregidor de esta ciudad, para que se hiciesen en ella los mil hombres que Búrgos habia de dar para servir en la empresa de Fuenterrabia, y que se pusiese diligencia como la gente saliese luego, conforme á lo que el corregidor ordenase.

XIV.

Amenazan las armas francesas á Italia.--Encuentro en Bilbao entre españoles y flamencos.

Entrado ya el verano de este año de 1523 sonaban tanto las armas, que decian que aparejaba el rey de Francia para bajar en Italia con ánimo de cobrar á Milan y conquistar á Nápoles, que el emperador se hubo de ocupar en juntar y poner en órden las suyas para rebatir un enemigo que en solo esto ponia todo su poder, y que habia años desde que echaron sus gentes de Lombardia que no entendia en otra cosa sino en ha-

ber dineros, cargando á su reino nuevos pechos y empréstitos para proveer todo lo que era necesario en un ejército poderosísimo, que pensaba hacer. Habia hecho sus ligas con esguízaros, de los cuales se pensaba valer.

Quisiera el papa Adriano componer estos príncipes, y atajar los grandes males que la guerra entre ellos habia de causar: mas no fue poderoso, porque el rey de Francia ya no era señor de sí; tanta era la pasion que en él reinaba: con esta resolucion del rey de Francia, se apretó la concordia y liga tratada por parte del emperador con el Papa y venecianos, segun queda referida, con título y nombre de liga defensiva. Porque no se hacia para mas que defender á Italia de cualquier enemigo, que quisiese entrar en ella.

Mandó el emperador bajar seis mil alemanes, y que se juntasen con el ejército de Italia, con mas los españoles que el Papa habia llevado de España sin otras diligencias, y prevenciones que Próspero Colona hacia en Italia para acrecentar su campo. Demas de esto se trató con el rey de Inglaterra que enviase sus gentes para que se juntasen con los del emperador en Flandes, y que por aquella parte acometiesen á Francia. Hizose asi á su tiempo, aunque con poco efecto, y lo mismo se habia de hacer por la parte de Borgoña. Pero esto si bien se dijo y publicó, no tuvo efecto despues por inconvenientes que hubo.

Proveyeron tambien para las fronteras de España lo que convenia, porque si el enemigo acudiese á ellas, hallase resistencia. Diose el cargo de capitan general y virey de Cataluña á don Antonio de Zuñiga prior de San Juan, que en los movimien-

tos de Toledo se habia mostrado tal, cual queda dicho.

Habiendo mandado que parte de la infanteria española que estaba en San Sebastian, se enviase allá, haciendo su camino para Valladolid, donde estaba el emperador, levantaron entre sí españoles y flamencos un ruido tan escandaloso, que pusieron el lugar en punto de perderse. Y fue, que parte de los soldados españoles vinieron á las manos con algunos flamencos, que estaban en la corte criados de algunos caballeros cortesanos; encendióse tanto la cólera que murieron ocho ó diez flamencos comenzando á apellidar: « viva el rey, y mueran los borrachos. »

Llegó á término, que todos los estrangeros pensaron ser muertos, y se encerraron en sus casas. Los cortesanos españoles armados acudieron á palacio, discurriendo todavia los soldados por las calles hasta que pasada aquella furia, fueron apaciguados por los caballeros castellanos, que se pusieron de por medio.

Otro dia despues de este ruido, con mucha disimulacion mandó el emperador que saliesen aquellos soldados, y prosiguiesen su camino, en el cual prendieron algunos de los mas culpados, y se hizo justicia de ellos.

XV.

Prepárase el emperador para acometer á Francia, contando con las cortes.

Cada dia venian nuevas á la corte del gran aparato de guerra que hacia el rey de Francia, y que era para pasar el mismo rey en persona á Italia. Con esto el emperador aparejaba otro tal, y aun con pensamiento de entrar con él en persona por Francia por la parte de Navarra, á fin de quitarle que no pudiese pasar á Lombardia, y conquistarle algunas tierras, para que con esto hubiese lugar de tomar á Fuenterrabia, que era cosa que él mucho deseaba.

Para esto mandó convocar cortes generales de Castilla, y sus reinos, para dar cuenta, y comunicar su propósito, y para otras cosas que tocaban al buen gobierno del reino, y pedir para los grandes gastos de la guerra. Tuviéronse estas cortes en Palencia.

Principio del mes de julio se hizo la proposicion de ellas, en la cual el emperador dijo al reino lo que pasaba en la guerra, que con Francia se tenia, y cuan sin razon el rey la habia comenzado. Trayéndoles á la memoria lo poco que estos reinos le habian rendido por las alteraciones pasadas y lo que habia gastado en ellos, y las grandes necesidades y gastos que tenia y esperaba tener, les

pidió le otorgasen el servicio, como estos reinos lo tenian de antigua costumbre.

Visto y entendido por los procuradores, de buena voluntad vinieron hacerlo, y le sirvieron con cuatro cientos mil ducados pagados en tres años. Despues de lo cual le suplicaron, y pidieron algunas cosas en nombre del reino, y de sus ciudades: y él les otorgó todas aquellas que parecieron justas, y que estaban bien á la república.

Hiciéronse y ordenaronse algunas leyes, entre las cuales fue una; que todos los naturales del reino, que no fuesen siervos, pudiesen traer espadas libremente, entendido, que el no traer armas, no quitaba el cometerse delitos, antes parecia que daba ocasion á ellos, porque muchos hombres pacíficos eran muertos y heridos, por no tener con que defenderse, pues que los herian y mataban los bulliciosos y atrevidos. Quitóse tambien el uso de las máscaras, por los inconvenientes que de él seguian; y se hizo ley que por pendencia de palabras, sino fuesen muy injuriosas, no querellando la parte, no pudiese proceder el juez de oficio. Asi se ordenaron otras cosas bien consideradas.

Pasadas las cortes el emperador dió priesa, en que la gente de guerra se juntóse, para la entrada que queria hacer en Francia. Para lo cual mandó llamar todos los grandes y caballeros del reino.

Desde allí á pocos dias partió de Valladolid camino de Navarra, teniendo cada dia aviso de como el rey de Francia se acercaba á Italia con grandísimo campo; y fue tanto el poder que juntó de caballos, infanteria, y toda la artilleria y municiones que para tan gran empresa eran necesarias, que dejaba despojado, y solo su reino.

Como supo que el emperador en persona queria entrar por él, halló que era gran inconveniente pasar su persona real á Italia, y que podria por ganar lo ageno, perder lo muy propio. Estando en esta consideracion, cuando ya su ejército pasaba los Alpes de provincia de Leon, donde se habia juntado, sucedió en Francia una cosa notable, que le detuvo, y se resolvió á estarse quedo, y enviar en su lugar con aquel gran campo á Guillermo Monsier gran almirante de Francia, cuya reputacion era grande por haber ganado á Fuenterrabia. Fue, pues, el caso el siguiente.

XVI.

Carlos duque de Borbon gran condestable de Francia se pasó al emperador:—Prendas de Francisco I.

El duque Carlos, que comunmente llamaremos Borbon, ha de ser tan nombrado en esta historia que porque en ella se proceda con entera y clara noticia de todo, conviene decir quien fue, y por que causas siendo tan gran príncipe, y de la misma sangre real de Francia, negó su rey, desamparó su naturaleza, dejó sus estados, y se pasó á servir un rey que no era suyo, si bien cercano pariente, y á tierra estraña.

Llamose su padre Gilberto Montpensier, que murió en Puzol, siendo general en una batalla que hubo con los aragoneses. Heredó de su padre el condado de Montpensier. Fue en su juventud uno-

de los mas agraciados y hermosos de Francia. Deseó casar con él madama Luisa de Savoya, madre del rey Francisco viuda, y de algunos dias. Ella con el favor que le hacia, y buena voluntad, alcanzó del rey Francisco su hijo que le hiciese gran condestable de Francia, que es la mayor dignidad del reino, prometiéndole cosas mayores si casase con ella.

Cárlos no quiso aceptar este casamiento. Casó con Susana duquesa de Borbon, hija heredera del duque Pedro (ó segun otros Gilberto VII, duque de Borbon, que Roberto hijo de San Luis fue el primero) hija de la hermana del rey de Francia. Por esta señora tan ilustre vino Cárlos á ser duque de Borbon.

Fue grande el odio que madama Luisa concibió contra el duque Cárlos, y se le mostró enemiga en todo cuanto ella pudo. Con el favor de su hijo el rey le hacia muy malos oficios; de modo que el rey que en mil cosas le habia hecho merced, como condestable, virey de Milan, y otros favores, le dió de mano, de tal manera, que no lo admitia en su consejo, ni daba cuenta de las cosas graves como solia.

Lo que mucho sentia el duque Cárlos, era la estimacion particular y favor que el rey hacia al almirante Guillen Goaunfier, que en su lugar entró en la privanza. Tambien estaba el duque de Borbon agraviado, de que el dia que el rey Francisco habia de combatir en Picardia la ciudad de Valencianas contra la gente flamenca, que era del emperador, con esperanza muy cierta de la victoria, fue dado el cargo de la vanguardia, que se debia al condestable, á Mr. de Alanson pariente del rey Francisco, casado con hermana del mismo

rey. Sintiose tanto de esto el duque Borbon que siendo ya puesta en órden la batalla, y á vista de el enemigo, no solamente no pasó con su gente el rio Scalda por la puente que el rey habia pasado antes, mas buscando dilaciones maliciosamente, hizo detener en su ribera al capitan Ludovico Senescal de Normandia, que pasaba con una banda de caballos, porque él habia alzado ocho mil infantes, y una gran banda de caballos borgoñones vasallos suyos. Junto con esto que hizo, dijo palabras muy pesadas contra el rey, y contra el Senescal. Y como estas (si bien pesadas) hay malsines que las cogen en el aire, el rey las supo luego, con que se acrecentó su enojo.

Murió la duquesa Susana, que fue la total destruccion del duque, porque no dejó hijos. Volvió madama Luisa madre del rey con el amor viejo á tratar del casamiento. Tampoco quiso el duque casar con ella, porque ya era vieja, y estéril. Luisa viéndose segunda vez desechada (que es la rabia mayor de una mujer) llegó á su punto la ira y la enemistad, que segun dicen, la tierra no la tiene que se le compare. Y como no hallase por donde vengarse, que el duque era de la misma sangre real, rico, emparentado, y poderoso en reino, púsole demanda al estado de Borbon, diciendo que era suyo. Porque madama Luisa era hermana del duque Gilberto, y su sobrina Susana no habia dejado heredero, ni habia otro mas cercano que ella. Pidiole madama Luisa el ducado de Borbon, y de Albernia. Chatelerau, condado de Claramonte, condado de Floreste, ciudad de Molines, y otros estados y tierras. De suerte que siendo Borbon el mayor señor de Francia, no le dejaba una almena.

Podia Luisa esto por ser hija de Margarita de Borbon mujer de Filipo duque de Savoya. La cual Margarita fue hermana de Pedro duque de Borbon, viniendo Cárlos por línea derecha de varon por ser hijo de Filiberto señor de Montpensier, que venia del tronco varonil de los que he dicho. Y no habiendo cosa mas sabida en Francia, que por la ley que ellos llaman Sálica, y por el otro derecho que los mismos franceses dicen Apenagio, que trae origen desde Faramundo su primer rey, no puede heredar mujer estado frances, salvo algunos que por costumbre, ó privilegio no se comprenden en esta ley.

No le satisfacian las ofertas que le hacia el rey, como dice Jobio, de que si la madre salia con el pleito le daria de comer, que mas vale un castillo propio, que ciento de gracia.

Seguiase el pleito en el parlamento de Paris, y viendo el duque de Borbon el poco favor y antes desgracia que en el rey tenia, y lo poco que podia esperar en los jueces pleiteando con la madre del rey, y que le habian de quitar el estado, por mas promesas que el rey le hacia, con que se quietase, no bastaron para que no diese en una gran desesperacion.

De sus disgustos tuvo aviso el rey de Inglaterra, y tambien el emperador. Y dicen que hubo estos tratos. Que en pasando el rey Francisco los Alpes, el duque de Borbon con todos los suyos se alzase con Francia, que los dos príncipes luego le favorecerian: cosa que si no se descubriera, sin duda tuviera efecto.

Andaba en estos tratos, y traia los despachos e ellos Adriano de Croy, de nacion flamenco, que

en hábito de mercader pasó por Borgoña en Alemania á verse con Borbon. Le ofrecieron de parte del emperador, que le daria por mujer á su hermana doña Leonor reina viuda de Portugal. Tambien habia venido á tratar lo mismo por el rey de Inglaterra un embajador llamado Rosello.

Descubrió estos tratos, yendo el rey Francisco bien descuidado de ellos, un hombre que se decia Argutio, que era de los conjurados, por el mes de julio cuando el rey Francisco andaba muy metido en la guerra contra tantos enemigos, supo lo que contra él se urdia. El pecho y valor del rey Francisco era de estremada suerte, profundidad y espera, que no se alteraba como quiera. Con un estraño reposo quiso ver y hablar al duque Borbon y fue para esto á Molino, que era un castillo de Borbon en el rio Alier. Alli le dijo todo lo que de él sabia, y le habian dicho, diciendo que no lo creia, por ser cosa tan repugnante é indigna de quien él era, que en las obras que pensaba hacerle lo veria, y que en una jornada tan importante como aquella le queria llevar consigo, y tenerle á su lado, y en todos sus consejos como á tal deudo y amigo. Que si de él imaginára alguna parte de lo que le habian dicho, alli luego le cortára la cabeza.

Borbon con la mala conciencia de su trato se turbó harto. Esforzose lo que pudo, hizo ademanes y humillaciones en reconocimiento de la merced que el rey le hacia, y dijo que por no sentirse bueno, no podia partir luego, mas que lo haria otro dia. Con esto poco satisfecho de él, se fué el rey, que el corazon generoso no puede dejar de sentir la traicion y engaño. Luego que el rey par-

tió mandó el duque á sus criados que aparejasen para caminar, haciendo demostracion de que el camino era en seguimiento del rey. Metióse á vista de todos en una litera, fingiéndose cuartanario. Siguió el camino para Leon donde el rey estaba. Mas á la primera noche tomó otro hábito bien disfrazado, que dicen fué de leñador real, acompañándole un solo amigo de quien se fió llamado Pomperano, ó Pomperancio, cuyo criado iba hecho y disimulado. Los demas parientes y criados sabedores, y que le quisieron acompañar en la fuga, iban por otros caminos diferentes.

Sin descansar dias ni noches llegaron á Chamberio de Savoya. De alli quisieron ir á Génova por Susa, y supieron que el conde de San Pablo con gente de á caballo los seguia. Dejando por esto el camino del Sena, volvieron al Ródano; y pasándolo otra vez ocho millas encima de Leon, llegaron á visitar cerca de san Pablo al cardenal de Becueme hechura del emperador. Aqui se decubrió Borbon.

Otro dia acompañado de algunos caballeros fueron á Visanzon; de ahí á Lira, ciudad de Ferrara, donde los caballeros que con el duque habian salido de Francia le esperaban. De alli entraron por Alemania, y siete semanas despues que salieron de Francia, entraron en Trento. De alli fueron á Mantua, donde Borbon fue muy bien recibido, y hospedado del duque, y le dió criados y dineros porque ademas de otras obligaciones, eran estos dos duques muy deudos. Que madama Clara, madre del duque de Borbon fue hija de Federico Gonzaga marqués de Mantua.

Salió de Mantua Borbon, y fue á Cremona, de

ahi á Plasencia, donde estaba el virey Cárlos de Lanoy; y se juntó con los capitanes imperiales, y con los demas confederados. Todo el tiempo que vivió fue un cruel enemigo de su patria y nacion. Los principales sabedores de este hecho fueron Huraldo obispo de Borgoña, y Pitavio señor de la tierra de san Valerio, el cual era capitan de una banda de caballos nobles de la guarda del rey; y Hemaro Prico capitan antiguo de caballos.

Tenia el duque de Borbon cosas dignas de quien él era, porque ademas de la sangre real era valeroso soldado, muy largo en dar y gastar lo que tenia: poseia un rostro con gravedad apacible, muy buena gracia en hablar, y ganar voluntades. Solo tenia un ánimo demasiadamente ambicioso de reinar, y la cólera le cegaba grandemente, que fueron dos cosas que le despeñaron.

Aféanle muchos esta fuga, porque no les lastimaron las injurias, que fueron grandes y sin remedio. Y pudo Borbon buscarle y pedirle al emperador, como á suprema cabeza del orbe cristiano, y como á su deudo, que lo era mucho, porque Felipe, duque de Borgoña que se llamó el Bueno, hijo del duque Juan, casó á su hermana Ines con Carlos de Borbon hijo de Juan duque de Borbon, de quien venia este Carlos. Y el segundo parentesco que tenia con el emperador era, que el hijo de este Felipe el Bueno, que se llamó Carlos, casó con Isabela hija de su tia Inés, y de aquel Carlos duque de Borbon que dije, que por esta cuenta era su prima hermana. Del cual matrimonio, quedó sola madama duquesa de Borgoña, abuela del emperador Carlos V.

XVII.

El emperador llega á Pamplona.

Como el rey de Francia supo la fuga del duque de Borbon, despachó en su seguimiento postas por todo el reino, para que lo prendiesen: mas fue en balde, por la buena diligencia que el duque puso en salir de Francia, y salvarse. Prendieron muchos de quienes hubo sospechas que habian sido con él. Confiscó el rey todos los bienes, villas y castillos del duque.

Todo lo sobredicho embarazó al rey, y quitó la ida con su ejército á Italia, mas envió á su almirante. Como llegase la nueva á Próspero Colona general del campo imperial, de la venida poderosa del campo frances en Italia, envió luego á los venecianos, para que mandasen su gente, y él comenzó de nuevo á convocar y llamar mas, para salirle al encuentro.

El emperador, y rey de Inglaterra habian dado dinero, para que en Alemania se levantasen doce mil infantes, que los bajasen á Borgoña, y se entregasen al duque de Borbon, para que entrase con ellos en Francia, llevando por sus compañeros á los condes, Guillermo y Feliz de Furst Embergio, Mas como Borbon hubiese ya pasado á Italia, cuando los alemanes vinieron, y el rey Francisco enviado contra ellos á Mr. Guillermo Monserio, que tuvo la fuerza de Fuenterrabia, facilmente les resistieron la entrada, y se deshizo

esta gente viéndose sin general, ni dinero, y muchos de ellos se pasaron á servir al rey de Francia.

Con ellos juntó Gouserio un grueso ejército, y pasó contra Nápoles: mas halló tal resistencia en Próspero Colona, y los demas capitanes imperiales, que perdiendo muchos de los suyos sin hacer cosa notable volvió con poca honra á Francia.

No faltaban aficionados en Milan al rey de Francia, y alguno por servirle quiso matar al duque Francisco Esforcia de esta manera.

Viniendo el duque de un lugar llamado Moncado (donde se habia retirado algunos dias por la calor) para Milan, á dar orden con Próspero Colona en lo dicho, un cierto vizconde llamado Boni Vasio, que venia en su compañia, como lo tenia pensado, y segun dicen tratado con otros, determinó matarlo. Y llegando á una parte do se juntaban cuatro caminos, acometió lo que tenia determinado, arremetiendo contra el duque por las espaldas (que iba en una mula, y bien descuidado de semejante traicion); hízole con una daga una herida en un hombro, y no dándole otra, asi porque el duque se dejó caer muy presto de la mula, como porque él pensó que aquella bastaba para quitarle la vida, escapó huyendo de los del duque, que luego llegaron en su socorro. Y el duque ansi herido se volvió á curar al lugar de do habia salido.

Fue su buena ventura que la herida no tuvo peligro, y se curó en pocos dias, pero fue grande el alboroto que la nueva puso en Milan, y en todo el estado; unos diciendo que era muerto, y otros temiendo que tal hecho tenia gran fundamento.

Prendieron en Milan á muchos que se sospe-

chaba de ellos, de los cuales algunos siendo atormentados confesaron, que habia sido trato, en que tenian concertado que siendo muerto el duque, matasen á Gerónimo Moron su privado, levantar el pueblo por Francia, y prender si pudiesen á Próspero Colona, ó echarlo de la ciudad. Otros negaron siempre haber habido semejante trato, sino que el vizconde quiso matar al duque por particular enojo que con él tenia, porque le habia quitado un gobierno, ó capitania.

Sonó por toda la Italia (como suelen creer las cosas) que el duque era muerto, y dió osadia para que un caballero milanés que tenia la parte del rey de Francia, juntando en el Piamonte, y marquesado de Monserrat alguna gente suelta, y de su opinion, se metiese con ella en una tierra llamada Valencia del Poo, que es del estado de Milan, cerca de Alejandria, apoderándose asimismo de la fortaleza de ella, con nombre y apellido de Francia. Pero este atrevimiento fue luego castigado, porquehallándose en Aste cerca de alli Antonio de Leiba,que era venido por orden de Próspero con alguna infanteria españela, y caballos ligeros para asegurar aquella comarca, luego como lo supo, sospechando que el negocio era de mas consideracion, fue á gran priesa con su gente á Alejandria, y dejando alli parte de ella en guarda de la ciudad, fue luego con la demas sobre Valencia. Y cercando por todas partes la tierra, sin dar lugar a que se fortificasen los que dentro estaban, la acometió á escalavista, entró por fuerza de armas, y prendió á Galeazo Virago con muerte de muchos de los que con él estaban, si bien se defendieron cuanto fue posible.

En tanto que estas cosas pasaron en Lombardia, el almirante de Francia con su ejército de treinta mil infantes esguizaros y suizos, mil hombres de armas, dos mil caballos ligeros, y dos mil ballesteros de á caballo, acabó de pasar los Alpes, y comenzaba á entrar por el Piamonte, prosiguiendo su camino para Lombardia con mas furia y determinacion que nunca. Lo cual fue en principio del mes de setiembre, que el emperador habia llegado á Logroño, raya de Navarra, con el propósito que dije.

Llegó á Pomplona pensando entrar poderosamente en Francia, pero por falta de dinero y salud, que morian de peste, dió vuelta para Castilla, despidiendo la mayor parte de la gente, encomendando aquella guerra al condestable de Castilla, en lo cual sucedió lo que adelante diré.

XVIII.

Flamencos é ingleses atacan á Francia.

En el verano de este año los ingleses juntos con los flamencos volvieron á las armas contra Francia, y entraron por ella mas de treinta mil infantes con seis mil caballos, que causaron harto miedo á los de Paris. Hicieron daños y demasias crueles, sin sacar de ellas ningun fruto.

El rey de Francia envió contra los ingleses y flamencos, que estaban en Picardia á Francisco Albis Tramulio con quinientos hombres de armas,

y diez mil infantes. Y puso en su lugar en Borgoña al conde de Guisa. Juntó Tramulio aquellos soldados con otros viejos que él tenia, y con todo no se atrevió á poner el negocio en ventura de batalla, porque se decia que el campo del ingles tenia mas de treinta mil combatientes, y no se embárazaban en sitiar lugares, ni presidios, si no procuraban sacar al frances á batalla. Pero como él la rehusase, los ingleses gastaban el tiempo abrasando con correrias, robos, é incendios toda la Picardia. Tramulio se encerró en San Quintin y puso buena guarnicion en Monstickuo Merovana y Dortlan.

Era general de los flamencos el conde de Vura, escelente soldado y de larga esperiencia y muy dado á las armas. De los ingleses era el duque Nortfolcio que sabia poco de guerra. Caminaron estos capitanes metiéndose por Francia. Tomaron á Somona, quemaron á Braya, Roya y Mondiderio, once millas de Paris. Y fue tan grande el miedo que los de Paris tuvieron, que con toda priesa se pusieron en armas y fortificaban la ciudad, mientras que otros trataban de huir de ella.

Tramulio envió al capitan don Martino para que se metiese en Noyon, Montimerio, Humerio y Perona; al vizconde de Turin envió á San Remigio y á San Andrés; á Regudo puso en San Quintin y al conde de Guisa en Briena encargandoles la guarda de estos lugares: él quedó en Corvesa.

Pasaron entre estas gentes algunas escaramuzas. Los ingleses y flamencos quisieran que fuera batalla, mas los franceses por sus consideraciones la rehusaron siempre. Cerca de Corbeya, en un encuentro de gente de á caballo fue vencido Pon-

dormio y huyo á Ambiano, dejando en poder de los cesarianos un hermano y nieto; en el campo muertos setenta y presos treinta. De esta manera ardia la guerra por la parte de Flandes y Picardia entre imperiales, ingleses y franceses.

XIX.

Un traidor.

Antonio Crecquio, señor de Pondormio, conde de Vendoma y general en Picardia, sacó las compañias y gente de los presidios con que juntó un buen ejército y fue en socorro de Terobuana que la tenian muy apretada. Cercó una fuerza que los flamencos habian hecho en Santo Audemaro, que se llamaba Fosa-nova: tomóla y saqueóla. Robó todo el ganado que se hallaba en el campo. Salieron en su seguimiento los soldados que estaban en los presidios de San Audemaro, Bethunia y Lillosio, que serian mil doscientos españoles, valones, y hasta trescientos caballos flamencos que pelearon con él entre Ayra y San Audemaro porfiada y sangrientamente, que de ambas partes murieron muchos. Cobraron los españoles parte de la presa y apartólos la noche de la batalla; en la cual ninguna de las partes quedó aventajada.

Sucedió otro dia, que un soldado francés en una refriega de Betunia prometió al señor de Fienna, gobernador en Flandes, que le entregaria á Hasdin con la fortaleza si le dejasen ir libre á apa-

rejar lo que era necesario para darles la entrada. Diéronle crédito y soltáronle, y fue á Hesdin. Díjole á Pondormio á lo que venia, y que se podia armar como aquellos soldados fuesen presos.

Concertaron entre sí que disimulada la traicion hiciese demostracion de que aparejaba para meter los soldados cesarianos. Volvió el traidor á ellos con gran fingimiento de su maldad, y Mr. de Fienna creyendo que el traidor trataba verdad, tomó muchos nobles y tres mil soldados, y llevando al que los vendia caminaron de noche para Hesdin. Parte de ellos fueron por la parte donde estaba la artilleria y muchos escopeteros prevenidos y de la otra parte de la gente de á caballo para acometerlos por las espaldas. Ademas de esto tenian en el pueblo muchos fuegos artificiales para quemar los que de la artilleria, arcabuceria y caballeria escapasen.

Era el peligro grande y casi temeridad fiarse de un enemigo.

Volvió Dios la suerte mala y lazos que con traicion los franceses armaban sobre sus cabezas, porque con la codicia de matar á los imperiales aplicaron mal el fuego y encendióse contra ellos, quemando el primero al capitan Pondormio y á su pariente Mr. de Canaple con muchos caballeros y soldados principales franceses y otros oficiales de la guerra. De los cesarianos murieron ciento; los demas volvieron escapando milagrosamente de tan evidente peligro. La cual traicion urdió con algunos compañeros viendo el mal recaudo huyó y los que le habian acompañado fueron presos.

XX.

Comienza la guerra en Lombardia.

En este año de 1523 se entregó el castillo de Milan, dia de Santiago á 25 de julio que tenian los franceses al duque de Milan, porque despues que perdieron la batalla de Bicoca murieron muchos de enfermedades y mal regimiento de los que estaban en el castillo. Los demas, cansados de esperar el socorro que con gran poder se aparejaba, y desesperados de él no pudiéndole mas sustentar hubieron de entregarse con seguro de las vidas y libertad de poderse ir con lo que tenian. Asi cuando llegó el almirante Guillermo Gonsier Gasterio (llamado por sobrenombre Boniveto), fue tarde y el castillo estaba entregado.

Casi al mismo tiempo Próspero Colona que estaba en Milan, supo que los franceses entraban por el Piamonte y el gran poder que traian, que pasaban de treinta mil combatientes; y asi viendo que el socorro que los venecianos habian de hacer tardaba mas de lo que habian prometido y lo mismo el de las ciudades de la liga y que el poder del enemigo escedia con gran parte al suyo, determinó recoger su gente y entretener la guerra haciendo la resistencia posible y no poner el hecho en aventura de batalla. Para lo cual ordenó salir en campaña y esperar al enemigo en la ribera del rio Tesin, (que es un rio que sale del lago

Mayor y pasando por Pavía va á dar en el Pó), el cual habian de pasar los franceses para venir á Milan. Aqui les quiso estorbár el paso ó hacer el daño posible.

Escribió luego á Antonio de Leyba, que en la comarca de Aste y Alejandría estaba, que recogiendo su gente se viniese á juntar con él y de camino sacase dos mil soldados que estaban en Alejandria y los enviase á Cremona para la defensa de aquella ciudad por ser mas importante. Lo cual hizo Antonio de Leyba con toda diligencia y se vino á Milan, do el Próspero le esperaba. El cual luego que Antonio de Leyba llegó, aunque andaba muy enfermo y flaco, salió en una litera con la mayor priesa que pudo quedando en Milan el duque, y con cuatro mil españoles y otros tantos alemanes y la gente de á caballo que tenia, se puso á la ribera del rio Tesin.

Los franceses le entraron en Alejandria por hallarla desocupada. Pasando adelante entraron en la villa de Begeven, y con gran determinacion llegaron á pasar el Tesin: la gente y la furia era tanta y el rio estaba tan bajo y tan fácil de pasar por muchas partes por la gran seca que habia precedido, que fuera fácil el paso, pero no lo fue tanto, porque se le hizo una notable resistencia.

Habian de pasar el rio Avia, y antes de llegar á él, Próspero Colona puso en guarda de cierto paso al capitan Francisco de Villa Turiel con solos cien soldados españoles; los cuales fueron tan valientes, que dia y medio lo defendieron y cerraron una puente que los franceses habian echado al rio. Al dia siguiente envió Próspero á Juanin de Médicis, capitan de caballos escelente en socor-

ro de los españoles, porque como estaban sin caballos eran menester para que anduviesen entre la infanteria. Ayudaron valientemente á los españoles, y prendieron á algunos franceses en aquella bien reñida escaramuza.

Aun hubo en la resistencia de ciento á cuarenta mil otra cosa tan notable, que segun buen órden de guerra, cuando ya Próspero envió á mandar á Villa Turiel que se retirase, se habian de retirar primero los infantes y á la postre los caballos que habian de quedar escaramuzando con la vanguardia francesa, que pasaba ya de golpe mientras los de á caballo se ponian en cobro. Pero nunca el capitan español quiso que aquel dia hubiese ley de guerra por quedar él estimado sobre todos los de ella. Asi, hasta que Juanin de Médicis con toda su caballeria y támbien ciertos infantes que con él habian venido de su nacion se hubiesen retirado, él no quiso retirarse. Los soldados peones (como antiguamente los llamaban en Castilla), fueron los caballos aquel dia y los caballos peones. Que con solas dos piezas de artilleria, (si bien ofendidos de otras muchas) se ganó el juego.

Aqui dice Jobio, que todo el ejército imperial fue rebatido y retirado á Milan; y es falso: porque Próspero con su campo nunca llegó al rio ni mas soldados de los que están dichos que lo defendieron. De manera que sin verse los ejércitos uno á otro, se retiró Próspero á Milán muy en salvo y holgadamente, sin ser rebatido del frances.

Donde antes de llegar fue Antonio de Leyba de guarnicion á Pavia con ocho banderas de españoles, dos estandartes de hombres de armas, y tres de caballos ligeros.

Hubo notables escaramuzas harto nombradas en aquel tiempo: aunque quien debia no las escribe. Particularmente una de que salió por caudillo Juan de Urvina con seiscientos españoles una noche, en que hicieron grandísimo daño; aunque murieron los capitanes Martin Sanchez Mancho, y su compañia de españoles. Murió tambien el capitan, vengándole muy bien sus soldados, y Hernando de Alarcon que regia el campo por la enfermedad de Próspero Colona.

Fntendiendo Próspero Colona, que era imposible resistirlos por la poca gente que tenia, contra tan gran multitud, envió primero á Milan la artilleria mas pesada. Y probándose con el contrario en algunas escaramuzas, donde se recibió, é hizo daño, se retiró á Milan; y metió en ella sin recibir daño en la retirada. Con esta nueva se alteró tanto la ciudad, como si el enemigo estubiera dentro de ella. Pero en tanto que el almirante recogió los suyos, y esperó á algunos que quedaban atrasados en Milan, se esforzaron, y repararon las cabas, fosos y muros, fortificándola de manera que pudiese resistir á los enemigos, si se pusiesen sobre ella. Lo mismo mandó hacer en Pavia y Cremona.

Envió á avisar al marqués de Mantua que en Lodi estaba con quinientos caballos, y otros tantos infantes, como capitan del Papa, por defender y sustentar estas plazas principales, y dejar gastar la gran furia, é ímpetu que la gente francesa traia, hasta tener junta la gente que de venecianos y de toda Italia venia. Luego que se retiró Próspero, el almirante pasó el rio Tesin, con muy buenos pensamientos de recobrar lo que Lautrech

habia perdido en Lombardia los años pasados; y caminó hasta ponerse en Milan.

Dos dias despues que llegó Próspero, que seria á 15 ó 16 de setiembre, tenian ya Próspero Colona, y el duque doce mil soldados. Y siempre que era menester se armaba mucha gente del pueblo, con ánimo y voluntad de morir por su defensa. Viendo el almirante que habia tardado en llegar con su gente á la ciudad, mudando el parecer del combate, puso su campo entre el camino de Lodi y el de Tesin, á una milla de Milan, con demostracion de tenerla cercada, y perseverar en el cerco, escribiéndolo asi á diversas partes de Italia. Envió parte de campo á cobrar á Monza. Y luego mandó á Pedro Bayardo capitan muy diligente, que partiese con ochenta y cinco soldados, diez tiros gruesos y buena gente de á caballo para Lodi. Llevaron para combatirla diez piezas de artilleria, donde como está dicho, estaba el marqués de Mantua. El cual siendo avisado por un deudo suyo, que en el campo frances andaba, no atreviéndose á defender la ciudad con tan poca gente, salió de ella, y se fue á juntar con el duque de Urvino, y campo de venecianos, que ya tenian conforme á la liga.

Hallando Bayardo la ciudad de Lodi sin defensa se entró en ella. Y dejando la guarnicion que le pareció segun el orden que del almirante llevaba, pasó el rio Ada, y se juntó con Micer Reucio Cerro Romano, que traia cuatro mil soldados, que habia hecho á costa del rey en Carpo, y en la señoria de Ferrara. Juntos los dos fueron sobre la ciudad de Cremona, la cual estaba bien proveida y fortificada, ansi con la gente de Antonio de

Leyba, como con otras compañias que despues se enviaron á Pavia que eran tres mil y quinientos hombres, y por principal capitan en ella entre otros señalados, Francisco Salomon.

Si bien la gente de los venecianos estaba en Pontivigo, sin hacer caso de ellos los franceses comenzaron á combatir á Cremona, habiendo primero hecho algunos protestos y requerimientos, que por comun, ó fingida justificacion acostumbran á hacer los capitanes.

Visto que no daban oidos á concierto alguno los que dentro estaban, mandó plantar su artilleria cerca de la muralla, y darles bateria tres dias arreo. Y habiendo derribado un lienzo de ella de mas de treinta pasos, mandó que dada la señal todos arremetiesen.

Estando pues á punto para hacerlo, cayó tanta agua del cielo cuatro dias arreo, que les fué forzado dilatario. Entretanto los que estaban dentro tuvieron lugar de hacer reparos en aquella parte, y los cercadores padecieron gran falta de vituallas, no pudiéndoles venir de Lodi, ni de las otras partes del rio Ada, por las grandes lluvias, y porque el duque de Urvino el marqués de Mantua, y el provisor de Venecia que se habian acercado, les hacian todo el mal que podian.

Desesperado Bayardo de poder tomar a Cremona, avisó al almirante, y él le envió á mandar, que dejase aquella empresa, y se tornase para él con propósito de echarse sobre Milan. Bayardo lo hizo asi, y vino á alojarse en Monza de la otra parte de Milan, y mandó á los suizos, que tornasen á poner cerco sobre Milan. Los cuales cuando llegaron á Monza, pusiéronla en gran necesidad,

á causa que tenia sobre sí dos campos: uno de la una parte, y otro de la otra. Por lo cual con gran dificultad les entraban bastimentos.

Habian tambien los franceses quebrado los molinos, que fuera la ciudad estaban, y dentro no habia muelas hechas: por esto hubo cuatro dias tanta falta de harina, que cien mil personas estuvieron una semana entera sin comer pan, manteniéndose con legumbres: hasta que hicieron molinos de mano, y tuvieron harina.

Pusiéronse á la puerta que llaman Tesines, donde estuvieron tres meses.

Estaban dentro don Fernando de Avalos marqués de Pescara, y su sobrino don Alonso de Avalos marques de Vasto, y conde de Aquino: el uno capitan general de la infanteria, y teniente general de todo el ejército; y el otro capitan de gente de armas, y coronel de infanteria; Antonio de Leyba, Hernando de Alarcon, capitanes de gente de armas, y del consejo; y el abad de Nájera proveedor general, y comisario del ejército imperial; finalmente el maestre de campo Juan de Urbina.

Habia cada dia escaramuzas entre españoles, y franceses, y aunque Próspero estaba ya viejo, y gravemente enfermo, no faltaba de proveer, y remediarlo todo, teniendo el ánimo grande, si bien el cuerpo enfermo y flaco. Pero habiendo avisado de su poca salud al emperador, el cual por la ausencia del marqués de Pescara, envió á mandar á Hernando de Alarcon que estaba en Nápoles (que fue un gran varon y capitan muy señalado) que fuese luego a Milan á ayudar á Próspero, entretanto que Carlos de Lanoy virey de Ná-

poles venia con las gentes de socorro, y con la gente de la liga. Dióse este despacho al comendador Gemez Suares de Figueroa. En lo cual puso alguna dilacion: y la turbacion de la muerte del papa Adriano, que sobrevino, fue ocasion para que el duque de Ferrara, juntando alguna gente, quisiese apoderarse de la ciudad de Faenza, que el Papa Julio le habia quitado, y turbase algo las cosas de Italia, haciéndose con el rey de Francia.

Diose Hernando de Alarcon gran priesa en venir á Milan, donde llegó primero ó segundo de noviembre; y aunque entró en ella con riesgo de su persona, fue á tiempo, que era bien menester, porque la enfermedad de Próspero habia crecido tanto, que ya no estaba para nada. Por lo cual Alarcon fue alegremente recibido de todo el ejército; y reconociendo el asiento que los franceses tenian, con ciertas escaramuzas que con ellos trabó, y entendiendo todo lo que pasaba, tomando á su cargo lo que Próspero no podia ya ejecutar, entre los muros de la ciudad, y los bestiones que los españoles guardaban, mandó hacer y levantar un caballero y baluarte tan alto, que señoreaba el campo de los enemigos. Y plantando en él cuatro cañones, y dos culebrinas, hacian desde alli grandísimo daño á los franceses. Ademas de esto no los dejaba reposar un punto, con continuos sobresaltos que daba en su real. Entre los cuales salió una noche el maestre de campo Juan de Urbina (á cuyos hechos nunca se dió la honra y loa que merecian con) seiscientos españoles, y dió de súbito sobre un bestion del campo frances, rompiendo los que le guardaban.

Entró por el campo matando é hiriendo en ellos tomandoles cuatro banderas, y prendiendo algunas personas se tornó á salir con muy poco daño. Y así apretaban ordinariamente á los enemigos con escaramuzas y rebatos. Lo mismo hacia Antonio de Leyba desde Pavia donde estaba, atajándoles tambien, y quitándoles los bastimentos que venian á su campo. De manera que la guerra se apretaba harto. Por lo cual el almirante tuvo necesidad de no tener divididas sus gentes, y envió á mandar á Pedro Bayardo que estaba en Monza, que se viniese al alojamiento que él tenia. Y haciéndolo asi quedó mas libre la provision de Milan, quedando aquella parte desembarazada. De manera que el almirante de Francia desconfiado ya de haber la ciudad por hambre ni combate, tentó haberla por traicion.

Para esto procuró tratos secretos con algunos de los soldados italianos que con Próspero estaban haciéndoles grandes promesas: y como la codicia es raiz de todos los males, movido de ella un alferez llamado Morgato de Parma, conjurándose con otros tres soldados, concertó dar entrada á los franceses por cierta parte, matando al sargento que la guardaba. Y para mejor poder hacer esto dió parte de ello á un amigo suyo llamado Juan de Ferrara queriendole por compañero en la traicion. Este teniendo mas lealtad descubrió la traicion, y fueron presos los conjurados, y confesando su delito á puros tormentos los pasaron por las picas.

Señalose grandemente en este cerco el maestre de campo Juan de Urbina una noche de san Martin que salió de su guardia con solo cincuen-

ta soldados de compañia, y con mas ánimo que armas, porque no llevaba sino un peto de municion que solia traer, y una alabarda en las manos; dió en un cuartel de las guardas francesas tan reciamente, que matando é hiriendo á muchos de los enemigos, les tomó cinco banderas por su propia mano, que en el cuartel estaban de guardia. Y sin perder un soldado se retiró, trayendo las banderas en los brazos, que nadie bastó á hacérselas dejar.

Espantó esto tanto á los franceses, que luego levantaron el cerco, fingiendo que el tiempo lo causaba y se retiraron á Viagrasa tres cuartos de legua de Milan.

El capitan frances viendo cuan mal le sucedian sus designios, y el poco efecto que hacia con su ejército, y que el invierno era muy recio, para poder sostener el campo, por ser casi fin de noviembre: y tambien teniendo nueva que el virey de Nápoles venia ya con su ejército, determinó alzarse: aunque queriéndolo hacer sin perder reputacion, movió primero trato de que se asentase tregua por dos meses. Pero como Hernando de Alarcon entendiese sus pensamientos, puesto que sobre ello hubo algunas pláticas, no quiso otorgársela. De manera que el almirante se hubo de levantar. al cabo de dos meses que estuvo sobre Milan, sin hacer cosa buena, y se fue á aposentar en Barrasa, que es una buena villa catorce millas de Milan, donde despues estuvo muchos dias.

Hernando de Alarcon le fue siguiendo, y picando en la retirada, escaramuzando con la retaguardia la mayor parte del camino, con caballos

ligeros y hombres de armas. Con esto quedó Milan desembarazado sin pasar por algunos dias cosa notable entre los franceses é imperiales.

XXI.

Nuevo Papa:--Muerte de Próspero Colona.

En tanto, pues, que lo que esta dicho pasaba en Milan y Lombardía, el virey de Nápoles Cárlos de Lanoy se habia dado la priesa posible, para socorrer ó Próspero con toda la gente española é italiana que pudo recoger.

Supo ser elegido por Pontífice el cardenal Julio de Médicis, que era sobríno, y legado del papa Leon X, y fue legado suyo en el ejército cuando se cobró Milan, como arriba esta dicho.

Fuésele á pedir de parte del emperador, quisiese confirmar la liga defensiva que Adriano su predecesor habia hecho en bien comun de Italia. El Papa mostró buena voluntad, si bien no tanta que no se le entendiese, que con las nuevas honras no hubiese mudado parecer, como es tan ordinario. Dijo que si luego confirmaba la liga se mostraria muy parcial, y no podia ser buen medianero para componer los dos princípes, y pacificar la cristiandad, que tanto tocaba á su oficio. Con todo, mandó dar para ayuda á la costa de los ejércitos su parte de las décimas del reino de Nápoles.

En tanto que esto se trataba, el virey Cárlos de Lanoy prosiguio su camino, y llegando á Bo-

lonia recibió carta del duque de Milan, y de Hernando de Alarcon (a quien dicen que por sus méritos llamaron el señor Alarcon, aunque don Antonio de Guevara, que le conoció bien, no le llama sino el señor de Alarcon).

A pocos dias que el virey entró en Milan, murió el escelentísimo capitan Próspero Colona cuyas virtudes y hazañas merecen perpétua memoria. Dicen que su mal fue de yerbas que le dieron. Llevó su cuerpo á sepultar en la capilla de sus pasados, Marco Antonio Colona su sobrino.

Por abreviar la guerra, concertó el virey con el embajador de Venecia, que el ejército de venecianos pasado el rio Ada, se juntase con el del emperador si queria hasta que llegasen seis mil alemanes que habia mandado hacer. Tambien alcanzó del embajador del Papa, que los de á caballo que estaban por la Iglesia con el marqués de Mantua se juntasen asimismo con el ejército imperial; y luego negoció con los florentinos, seneses y luqueses, que proveyesen de moneda conforme á lo capitulado. Y porque no se les hiciese grave pagar tanto dinero junto, como el mejor medio que pudo, con intento que para pagar el restante que ellos no quisiesen pagar, haria que el duque Esforcia lo pagase.

Habiendo pues pasado los venecianos de esta parte del rio Ada, y venida la gente alemana, el virey Lanoy salió con el ejército. De la ciudad de Milan salió gran número de naturales, por el amor grande que tenian al duque para servirle en esta jornada. Mas pareció que convenia que el duque se volviese á Milan, por no poner en tanto peligro su persona.

El frances sabido que los imperiales sacaban su ejército, y que lo que nunca pensara los venecianos se juntaban con ellos, si bien estaba turbado por cierto daño, que en Rebecho babia recibido su gente en un rebato que les dió el marqués de Pescara, matando y despojando á muchos; para poder sustentar la guerra, y reputacion de ella, procuró traer seis mil suizos, que con los que él tenia hacian doce mil de esta nacion.

XXII.

Prosigue la guerra sobre Francia:--Trátase de la muerte del Papa Adriano.

De esta manera pasaren las cosas en Lombardia este año de 1523 en que murió el general Próspero Colona, y entró en el cargo Cárlos de Lanoy como virey de Nápoles, don Hernando de Avalos marqués de Pescara, y Hernando de Alarcon por sus acompañados y principales en la guerra. La cual se comenzó á hacer como veremos en el año siguiente.

En Pamplona á 6 de noviembre de este año de 1523, estando el emperador determinado á volverse á Castilla (como dije) hizo capitan general á don Iñigo Fernandez de Velasco condestable de Castilla, y duque de Frias.

El despacho dice que le da esta conducta y patente, asi para recobrar lo que de estos reinos se habia perdido durante su ausencia, como para procurar quitar los inconvenientes que habian escusado la guerra contra infieles. En que siempre babia deseado emplearse todo, en especial contra el turco,

principal enemigo de la cristiandad. Para lo cual, y para otras cosas que cumplian al bien de estos reinos, habia mandado hacer un grueso ejército de gente de á caballo, y de infanteria de alemanes y españoles, con mucha artilleria y municiones, bastimentos y otras cosas. Para cuya gobernacion le nombraba por capitan general, y ponia en su lugar, etc: diciendo las palabras mas encarecidas y honradas, que se pudieron pensar, muy merecidas y debidas a quien el condestable era.

Eran los principales capitanes de este ejército, á quienes el emperador manda que obedezcan al condestable como á su persona, el príncipe de Orange general de la infanteria española, Rokandulfo general de la Alemania, Terramonda capitan de la artilleria, Vicer Antonio Vaguerot capitan de la puente del dicho ejército.

Mandó el emperador que el condestable entrase por la provincia de Bearne, con el campo que dije: aunque por ser el corazon del invierno, padecieron grandes trabajos en el paso de los montes Pirineos. Despues de pasados y entrados en Francia, sin hallar resistencia, se apoderó el condestable de los lugares llanos, y caminando adelante fue sobre una villa cercada, (que se decia Melon) la cual tomó con poca dificultad. Lo mismo hizo de otra (llamada San Pelayo): pasó á sentar su campo sobre Salvatierra, que es tierra fuerte, y cabeza de Bearne. De la cual se habia salido don Enrique señor de ella, rey que se llamaba de Navarra, dejándola proveida de gente y artilleria.

El condestable mandó plantar la artilleria, y la batió de tal manera, que los de dentro trataron de rendirse con razonables medios, con que los deja-

sentir con sus armas, y ropa: lo cual se hizo asi.

Acabada de tomar Salvatierra, se vino á juntar con el condestable la gente de Aragon, que por los puertos de Jaca habia entrado, que eran doce banderas de infanteria, y caballos. Cuyo capitan era don Carlos de Pomar gobernador de Aragon

Despues de haber corrido todo el valle de Aspa, y hecho mucho daño en las tierras del rey de Francio, tomado y saqueado ls villa de Durdos, y combatido con los franceses en la defensa de un paso en los puertos de Aspa, habian muerto muchos de ellos.

Estando en este término el emperador. pue todavia estaba en Pamplona, siendo avisado que el campo frances se habia retirado sobre Milan, que era uno de los respetos. porque esta guerra se habia comenzado, y considerando el poco efecto que por aquella comarca se podria hacer, por ser tierras llanas y que no se podian sostener; y como el tiempo y la falta de bastimentos, que ambas cosas tenian muy fatigado su ejército, no daban lugar á cercar á Bayona, envió á mandar al condestable que con la mejor órden que pudiese, se viniese á poner sabre Fuenterrabia, y no se alzase de ella hasta tomarla. Que era el fin principal para que este ejército se habia hecho.

En aquella plaza estaba por principal capitan Mr. de Frange, y con él don Pedro de Navarra mariscal de Navarra; quien desde el principio de esta guerra se habia pasado al rey de Francia, siguiendo por entonces la opinion de su padre, que poco antes murió en Simancas do estaba preso. Aun se dijo que él mismo se habia muerto, pero sin verdad.

El condestable cuyo parecer era el mismo, lo

puso luego por obra, y comenzó á caminar en los dias últimos de este año, con grandes dificultades de nieves y frios, y falta de bastimentos. El emperador por dar órden y calor á su campo, se vino con la corte de Pamplona á Fuenterrabia. El suceso que hubo lo diré adelante.

En este año en Bruselas (que es una ciudad principal de Brabantes) quemaron dos frailes agustinos pertinaces hereges luteranos. Los luteranos los pusieron por sus protomártires, como á Juan Hus, y a otros de esta harina hereges. Porque el diablo tambien tiene sus mártires, pero no como los de Cristo, á quienes hacen mártires, no las penas que padecen, sino la causa, como dice San Agustin.

Este año á 18 de setiembre murió Adriano, papa VI, de este nombre. Ya he dicho como era holandes y que fue dean de Lobayna, cuando el emperador Maximiliano le hizo maestro de Carlos su nieto, por ser hombre docto y bueno. Vino á España por embajador al rey Católico, sobre la gobernacion de Castilla, y á tomar la posesion del reino por don Cárlos.

Fue gobernador de Castilla, y obispo de Tortosa. Murmuraron de él, porque no se desenvolvió, como sus antecesores, y aun porque afeó á los cardenales sus vicios y pages, y porque no socorrió á Rodas. No quiso absolver á los que saquearon á Génova, ni pasar el arzobispado de Toledo á don Jorge de Austria, hijo bastardo del emperador Maximiliano acordándose de que las comunidades se quejaron que lo fuese Guillen de Croy.

Dio al emperador Carlos, como á rey de España, la administracion perpetua de los maestrazgos de Castilla, quitóle el tributo de Nápoles para siempre

é hizo en su favor otras cosas. Diole ademas la cuarta de todos los diezmos en estos reinos de Castilla, y todos sus señorios, escepto Nápoles y Alemania. como parece por el breve que está en Simancas.

AÑO DE 1824.

XXII.

Famosa encamisada contra el francés.

Desde que el almirante de Francia entró en Lombardia el año pasado de 1523 hasta el fin de él, que fueron cuatro meses, en la comun estimacion, sostenido se habian los franceses en su reputacion dando á entender estar mas poderoso su campo que el imperial, por haber, como se ha visto, ocupado en las ciudades de Alejandria y Lodi, y sustentado las fortalezas de Cremona, y haber estado sobre Milan mas de dos meses, si bien en las escaramuzas, y correrias no habian llevado lo mejor. Pero en este año de 1524 dentro de pocos dias se quitó esta duda y comenzó á declinar la fuerza de su parte, y declarar la fortuna sus favores por estos medios.

Salió, como dije, el campo imperial de Nápoles, con todos los capitanes nombrados, y el duque Esforcia quedó en Milan para la guarda y defensa con alguna copia de gente. Queriendo pues poner temor al enemigo, hubieron su acuerdo el virey,

el marqués de Pescara, que era su lugar teniente y general de la infanteria, y don Alonso de Avalos su sobrino, marqués del Vasto, Hernando de Alarcon, y otros determinaron darle una mala noche, y fue asi.

Mr. de Vandoney, y Mr. de Bayarte estaban con tres mil infantes, y quinientas lanzas, alojados en un lugar llamado Rabeca cerca de la acequia que sale del rio Tesin una legua de donde estaba el almirante, y á cuatro de Milan. Por lo cual publicando el marqués de Pescara que queria hacer alarde, y reseña de su gente, la mandó salir al campo fuera de Milan en amaneciendo, y despues entrar en la ciudad. A la primera vigilia de la noche sacó el marques (que fue el autor de este hecho) tres mil españoles escogidos, á los cuales mandó poner sobre las armas, camisas, porque se conociesen entre los enemigos de noche. Envió por otra parte á Juanin de Médicis sobrino del Papa, que fue uno de los animosos y atrevidos capitanes de su tiempo, con alguna infanteria, y caballos ligeros, que fuesen á dar y tener en arma al almirante que estaba en Viagrasa.

Dos horas antes que amaneciese salieron de Milan.

Llevaba la vanguardia el marqués del Vasto. En retaguardia venian el virey y los otros capitanes para que si Bayardo ó el almirante quisiesen favorecer á los suyos, acudiesen en ayuda del marqués.

Llegó la infanteria española y alemana aunque fueron sentidos, mas acometieron con tanta determinacion y denuedo y el marqués delante con una espada y rodela, que no bastó resistencia, ni

la que hizo el capitan Egydio de Cortoña con una bandera de corzos que animosamente se pusieron á la puerta. Pero en tanto que se enfrenaban los caballos y la gente se vestia, con la confusion y grita de tan gran sobresalto, su real fue entrado matando é hiriendo sin piedad. Lo cual se hizo con tanta presteza, que Mr. de Bayarte y los otros capitanes no tuvieron lugar de hacer ni proveer nada. Antes, desnudos y mal vestidos salieron huyendo con parte de la gente que pudo escapar: y los demas fueron muertos ó presos, y todos robados y despojados.

Hubo gran saco de ropas, alguna plata y gran número de caballos y acémilas y muchas banderas y estandartes. No se vió en aquellos tiempos tanta gente de armas desbaratada con tanto daño en tan breve tiempo, que fue solo un rebato de dos horas.

De la gente que huia prendió muchos Juanin de Médicis.

Con esta hermosa presa y sin ningun daño volvieron los imperiales muy contentos á Milan: los enemigos no osaron salir de su suerte.

Sintió mucho el almirante este daño, asi por lo que perdió de gente y armas, como por la estimacion y el buen suceso de este hecho: tan buen principio de año no solamente puso temor á los enemigos, pero esfuerzo y alegria á los amigos. De manera que dentro de pocos dias en los cuales se ofrecieron algunas escaramuzas, estando ya juntos los ejércitos de venecianos y alemanes que se esperaban, porque el agosto pasado se habian confederado los venecianos con el emperador siendo el embajador Alfonso Sanchez, caballero arago-

nes, levantaron seis mil infantes y quinientos caballos de todas sillas conforme á lo capitulado, y con ellos se juntaron con el campo imperial.

Salieron de todo punto de la ciudad; á los 5 ó 6 de febrero con toda la gente de á pie y de á caballo muy galana y pláticamente aderezada en que habia ochocientos hombres de armas, mil caballos ligeros y cinco mil infantes españoles, ocho mil alemanes, dos mil italianos, que serian por todos diez y ocho mil infantes, seiscientas lanzas gruesas y quinientos caballos ligeros sin el ejército de venecianos.

XXIV.

Llegada del duque de Borbon:--Derrota del francés en Lombardia.

Este mismo dia que el campo salió de Milan, acertó á venir á él el duque de Borbon por órden que el emperador le habia enviado con Mr. de Viurre. La cual le alcanzó en Génova queriendo partir para España. Le dió título de su lugar-teniente, lo cual aceptó con contento y fue recibido del virey y de todos aquellos capitanes alegremente.

Dijo que el ejército imperial era tal, que aun el rey de Francia no estaba seguro en Paris; con lo cual levantó los ánimos de todos.

Salieron á alojarse en Binasco, diez millas de Milan y el mas cercano á Viagrasa, á donde los enemigos estaban cuatro ó cinco millas de él.

Desde allí á dos dias llegó el duque de Urbino, Francisco María de Monte-Flor con el ejército de los venecianos á otro lugar llamado Mota, que es dos millas mas atras.

Los franceses no hicieron muestra alguna de querer batalla, estándose en Viagrasa que es tierra bien fuerte. Pero como los campos estaban tan vecinos, habia cada dia grandes escaramuzas y pasaron cosas señaladas en ellas, que las dejo por no cargar con menudencias la historia.

El virey y los capitanes que con él estaban pretendian echar de su alojamiento á los franceses. Y para esto echaron puentes al rio Tesin é hicieron que pasasen caballos ligeros á romperles el camino por donde les venian las vituallas á los enemigos.

Visto que no bastaban para ponerlos totalmente en necesidad todos los capitanes, fueron de parecer, que dejando bien proveido á Milan pasasen el Tesin con todo el ejército. Hiciéronlo asi á 2 de marzo sin ningun impedimento del campo francés. Y fuéronse á aposentar á un lugar llamado Gavalo, casi en medio de Garlasco y Bigeven, que estaban por los franceses. Y porque del dicho lugar de Garlasco les podian hacer daño é impedirles las vituallas, acordaron combatirlo aunque los franceses lo tenian bien fortificado.

Encargándose del combate el duque de Urbino, general de los venecianos, con su gente, con parecer de los demas capitanes por enemistarlos mas con los franceses, fueron sobre él y batiéronle con gran determinacion.

Era el lugar fuerte de muros y fosos de agua. Derribaron parte del muro y dieron el asalto.

Pero los de dentro se defendieron valientemente de manera que los venecianos se retiraron.

Súpolo el marqués de Pescara que estaba cerca con el Campo, y envió de presto hasta quinientos españoles sin bandera por no afrentar á los venecianos, sino con gente desmandada. Los cuales fueron y tomaron la vanguardia al tiempo de arremeter, y si bien con muertes y heridas de algunos, entraron el lugar por fuerza de armas y lo saquearon matando mas de trescientos hombres, costando á los venecianos otros doscientos muy buenos soldados y algunos nobles.

Viéndose el almirante inferior en la fortuna y gente, temiendo perder otros lugares, perdida la esperanza de Milan, pasó con su gente el Tesin y viniéronse á poner en Bigeven.

Estando así cerca los unos de los otros, habia cada dia escaramuzas. En las cuales los franceses recibian tanto daño, que las rehusaban cuanto podian, procurando entretener y alargar la guerra hasta que les viniese el socorro que esperaban.

Entendiendo esto el virey de Nápoles, por compelerlos á salir de su suerte y desviarlos del rio Tesin, acordó mudar su alojamiento y pasó á San Jorge. Envió á Juan de Urbina con dos mil españoles y cuatro cañones sobre un lugar fuerte llamado Sartirana, cerca del Pó. El cual los franceses tenian con seiscientos soldados de guarnicion, y algunos caballos y hombres de armas. Porque de allí les aseguraban el camino para las vituallas que les venian del marquesado de Monferrat y del Piamonte.

Juan de Urbina llegó á Sartirana que estaba á siete millas del campo, y comenzándola á comba-

tir con la artilleria le dieron luego el asalto, y arrimándole las escalas la combatieron con tanta fuerza y ánimo, que si bien de dentro hicieron su deber, les entraron por fuerza matando y prendiendo muchos de ellos, siendo el primero que á escala vista se puso sobre el muro Juan de Vargas, natural de Medellin, alférez de Juan de Urbina, asentando en lo alto la bandera.

De la misma manera tomaron luego el castillo, donde los de Mase habian retirado.

Fueron presos el conde Hugo Pepulo, bolones, y Juan de Virago, milanes, que eran los principales capitanes. Pasó esto en 26 de marzo.

El almirante de Francia que habia tenido aviso como combatian á Sartirana, viendo lo que le importaba partió á priesa con su campo pensando llegar á poderlos socorrer. Pero paró en Matura, porque supo alli pue era ya tomada, muerta y presa la gente que dentro estaba.

Queriendo satisfacerse de esta pérdida teniendo aviso que de Pavia venian vituallas al campo imperial, envió el postrer dia de marzo cien hombres de armas y doscientos caballos ligeros, y otra banda de hacheros á tomárselas y romper el camino. Los cuales lo hicieron á su salvo, sin hallar á la ida quien se lo estorbase.

Pero á la vuelta toparon con ciertas compañias de caballos de campo imperial, que pelearon con ellos, y los rompieron, y trageron presos mas de doscientos de á caballo. Entre los cuales hubo tres lugar-tenientes de gente de armas, y muchos gentiles hombres franceses.

Pasado esto, y viendo el almirante, que su campo estaba menoscabado por la gente que ha-

bia perdido, acordó meterse en la ciudad de Novara, hasta que viniesen los suizos, y otras gentes que esperaba. Hízolo asi; y el virey envió dos mil caballos ligeros, que le fuesen dando en la retaguardia. Quemáronle algunos carros cargados de barcas, y pedazos de puentes: y le tomaron muchos caballos.

Metido de esta manera en Novara el campo frances, los imperiales acordaron ponerse en Camarin (que es un lugar fuerte entre Novara y Nodara ciudad del duque de Savoya) porque el frances no intentase apoderarse tambien de ellas. Ansi mismo tuvieron manera, para que no les pudiesen meter guarnicion dentro. Con que fue acabar de quitar, y cerrar á los franceses el camino, para que del Piamonte no les viniesen vituallas.

Sucedió tambien que Juanin de Médicis, que de la otra parte del Tesin habia quedado con tres mil infantes, y algunos caballos ligeros á sueldo del duque de Milan, despues de haber hecho retirar ciertas compañias de grisones, que habian bajado á molestar las tierras de venecianos, por orden del rey de Francia, pensando con esto divertir y apartar el campo de los venecianos de la compañia del imperial, fue sobre Viagrasa, y la tomó por combate, si bien recio y sangriento, matando y prendiendo los que habian quedado para su defensa. De manera que el almirante de Francia se sintió tan apretado, que no pensaba ya sino como volveria á la patria amada sin ser rompido y deshecho. Para lo cual tenia puesta toda su esperanza en el socorro de los suizos, que sabia estaban cerca. Con los cuales venia Mr. de Harlon, porque sin ellos no se atrevia á caminar.

Los imperiales ponian gran diligencia en estorbar, que los suizos no se juntasen con él por acabarlo de romper y deshacer. Para este efecto siendo ya los 27 de abril mudaron el campo de Camarian, y fuéronse á alojar en Brandra, que era casi en medio de Novara, donde los franceses estaban, y el lugar por donde los esguizaros habian de pasar el rio, que se dice Cieza, que tambien lo llaman Gatinara.

El almirante temiendo ser atajado, partió el mismo dia de Novara con su ejército. Fuese á alojar á Romania, que es una milla sobre el paso del dicho rio, certificado que ya los esguizaros venian cerca de Gatinara, que es de la otra parte de él.

De esta retirada culpan algunos al virey de Nápoles, porque estorbó que no fuesen seguidos los franceses, afirmando que los pudieran alcanzar y romper, siendo el duque de Borbon de parecer, y otros capitanes, que se hiciese.

Perdida esta suerte el almirante tuvo aviso, que los esguizaros estaban ya en Gatinara de la otra parte del rio. Pasó lo mas apriesa que pudo, y juntose con ellos. Lo cual no pudo hacer tan presto, que no llegasen algunas compañias de infanteria, y caballos ligeros del campo imperial, que con el aviso de su pasada venian en su alcance, á tiempo que les pusieron tanto temor, que muchos de su retaguardia se ahogaron por pasar á priesa.

Pasando el vado tras ellos fueron escaramuzando con los franceses gran trecho con tanta furia, que mataron muchos de ellos, y les tomaron la artilleria y algunos estandartes.

Fue este dia herido el almirante que iba en retaguardia, de un arcabuzazo en el brazo izquierdo.

Apretó el marqués de Pescara fuertemente á los enemigos en este paso del rio aunque con poca gente de á pie y á caballo. Venia con él el conde de Potencia señor calabres del reino de Nápoles, que era capitan de gente de armas. Y entrando de tropel en el rio tras los franceses, en medio del rio llegaron los dos, marqués y conde, á ciertas piezas de artilleria, que á los franceses alli tomaron.

Sobre estas piezas hubo despues grandes diferencias entre estos dos caballeros, porque cada cual pretendia ser el primero que habia llegado á las piezas. Y sobre esta demanda el conde envió despues carteles de desafio al marqués: Los cuales no se ejecutaron porque el conde no era de la calidad del marqués. Tomó por él la demanda don Felipe Cerbellon, caballero catalan, y capitan de infanteria, muy valeroso. Y esperó en Mantua al conde para pelear con él. Por esto no fue á la jornada de Marsella, que diré adelante. Este desafio no tuvo efecto por mandado de S. M.

Asi con harto daño y turbacion caminaron los franceses cuatro ó cinco millas hasta un lugar llamado Arobasen adonde se alojaron: siguiéndolos todavia algunos caballos y caballeros. Alojáronse aquella noche los imperiales en Romania, de donde los franceses habian partido.

El virey con acuerdo de los demas capitanes determinó pasar el rio en seguimiento del frances por no dejarlos reparar ni rehacer. Luego que amaneció, que fue postrero de abril, se hizo asi.

Comenzó á marchar el campo, si bien los franceses partieron poco despues de media noche de su alojamiento, caminando á gran priesa, y en muy buen orden. Todavia antes de mediodia los caballos ligeros y arcabuceria española, con la cuál iba el marqués de Pescara, y Hernando de Alarcon, alcanzaron su retaguardia á la entrada de un monte, y trabaron con ella tal escaramuza que mataron é hirieron muchos de ellos, y les tomaron tres ó cuatro piezas de artilleria.

Queriendo Mr. de Bayarte con alguna gente de armas volverla á cobrar, fue herido de un arcabuzazo que le dió un español. Cayó del caballo con el dolor de la herida, y fue preso: y alli debajo de un árbol desarmado, para curarlo. Decia palabras, que quebraban el corazon, y que si bien como hombre sentia la muerte, se consolaba en ver que moria en servicio de su rey, y á manos de la mejor nacion del mundo. Cosa que él preciaba mucho.

Ordenó algunas cosas tocantes á su alma, y alli espiró. El de Pescara lloró su muerte, y mandó dar libremente el cuerpo á sus criados, para que lo llevasen á Francia.

Los franceses prosiguieron su camino cerrados, y en órden sin osar hacer rostro á los imperiales.

Visto por el virey, que era imposible ser alcanzados, segun era la furia con que caminaban, y que ya iban fuera del estado de Milan, acordó que el campo no pasase adelante. Con todo, alguna gente desmandada los siguió. Entre los cuales el capitan Luis Pizaño, que á la sazon era sargento de la compañia del capitan Rivera, y fue un valeroso soldado, y junto con esto muy cristiano,

á quien jamas le vieron tomar el nombre de Dios en la boca, si no era para loarle, y encomendarse á él, y en los peligros fue el primero, con pocos arcabuceros porfió tanto en seguir los franceses, que pasó de veinte millas que son casi siete leguas, peleando con la retaguardia, y sacándoles los carruages de entre sus escuadrones, hasta que entrados en los Alpes por la aspereza de la tierra, no los pudo seguir mas, y se volvió al campo.

Los franceses con la priesa dicha pasaron los montes por el Vallesasa, y los suizos apartándose de ellos caminaron por el val de Agusta, volviéndose á sus casas.

El virey de Nápoles envió en seguimiento de los unos y de los otros á Hernando de Alarcon con buena parte de infanteria española, y de caballos ligeros. Los cuales se dieron tan buena maña, que siguiéndolos tres ó cuatro dias en diversos pasos y alcances, mató y prendió muchos, y ganó diez ó doce piezas de artilleria, y mucho fardage. Con lo cual todo á los seis ó siete de mayo volvió al campo imperial victorioso y alegre.

Tal fin tuvo la jornada tan temida del rey de Francia en Lombardia y tal salida hizo su gran almirante, y ejército. Con mas priesa que vino, volvió, y con los pensamientos diferentes que no eran de mas que salvarse, y verse en la dulce Francia.

No pesó mucho á Mr. de Lautrech de esta rota del almirante, el cual estaba corrido de las befas que de él habia hecho el almirante, cuando volvió roto de Lombardia con pérdida de la batalla de la Vicoca: donde mofándose el almirante ha-

bia dicho que nadie sabia pelear contra los españoles como él: pues que les habia tomado á Fuenterrabia. Y como él ahora sin aventurarse á batalla, volvia tan deshecho habiendo perdido toda la artilleria, y lo mejor de su campo, gente y bagaje, no tenia cara para parecer entre gentes.

Preguntándole como le habia ido con los españoles de Italia, decia: «Yo no se que diga sino que cinco mil españoles son cinco mil hombres de armas, cinco mil caballos ligeros, y cinco mil infantes, cinco mil gastadores, y cinco mil diablos.»

Los capitanes imperiales tuvieron consejo, y acordaron que el duque de Urvino con la gente venecianos antes de irse á sus casas como ya lo pedian, fuese á tomar la ciudad de Lodi, que Federico de Brezolo tenia por el rey de Francia con dos mil soldados. Y que el marqués de Pescara con la infantería española fuese á cobrar la ciudad de Alejandria, que tambien tenian los franceses ocupada, desde la entrada del almirante. En la cual estaba Mr. de Ambonis con casi tres mil infantes y algunos caballos.

El virey y el duque de Borbon se fueron acercando á Milan, y no entraron en ella porque habia pestilencia. Y despidiendo y pagando algunos alemanes, alojaron el resto del campo en diversos lugares. De donde despues caminaron para la jornada de Marsella, como se contará.

El duque Urvino partió luego á su empresa de Lodi. Y el marqués de Pescara á lo de Alejandria donde estaba fortificado Mr. de Aveni con cuatro mil franceses. Ambos las acabaron en pocos dias y con poca dificultad. Porque los capitanes ya dichos que las tenian, sabiendo que el almirante era

ido, y su campo deshecho, desesperados del socorro, entregaron las ciudades, con tal de que los dejasen salir con su gente, ropa y armas, y entrar seguros en Francia.

De esta manera quedó por entonces llano el estado de Milan, y en poder de su duque Francisco Esforcia.

XXV.

Recóbrase á Fuenterrabia.

Ya que hemos por ahora acabado con las cosas de Lombardia, será bien decir el suceso que tuvo el cerco que los españoles tenian sobre Fuenterrabia, procurando sacarla de poder de franceses.

En el tiempo que pasaron los sucesos dichos en Lombardia, habia apretado valerosamente el condestable á Fuenterrabia, y tenido algunas suertes buenas: y en el principio del año el emperador envió gente de socorro, para que el condestable procediese con mas eficacia; pero como el invierno fue muy recio con frios y nieves, padecieron los españoles intolerables trabajos: de tal manera, que conformaron muchos perseverando los vivos con tanta constancia y firmeza, que en los contrarios causó admiracion y temor.

Fueron muy recias las baterias, y grandes invenciones de fuego, con que el condestable batia el lugar: y tantos temores pusieron á los cercados con los fuegos que dentro les echaban cada dia, y

con minas que hicieron, que comenzaron á desmayar y dar oidos á tratos de paz, y entregar la tierra.

Tuvo el condestable pláticas secretas con el mariscal de Navarra, don Pedro, marqués de Cortes, que era deudo suyo, que estaba dentro en la villa con seiscientos navarros de los de su opinion. Y diose tan buena maña, que el mariscal se inclinó á dar órden como la villa se entregase, y él quedase en servicio del emperador como de aqui adelante fue: el emperador le hizo presidente de Ordenes y del Consejo de Estado.

Finalmente, juntándose esto con el temor y poca esperanza que los franceses tenian de ser socorridos, ya no se les veia el orgullo que hasta allí habian tenido.

De todo punto los allanó un gran descuido que su capitan Frange tuvo, no fortaleciendo una parte de la villa, por donde se les podia hacer mucho daño. Los españoles si bien con trabajo, sin pensarlo los cercados, ni caer en su imaginacion, plantaron allí su artilleria.

Causoles esto tanto temor, que perdido el ánimo se allanaron luego, é hicieron partido que entregarian á Fuenterrabia, con que los dejasen ir libres con sus armas y ropa, tendidas la banderas, y tocando las cajas.

Enviaron estas condiciones el mariscal de Navarra, y Mr. de Frange, y el capitan Estillac. A las cuales respondió el condestable.

A la primera en que pedian tiempo para avisar á su rey: que se contentasen con el que habian tenido, para hacer saber como aquel ejército tenia cercada aquella villa, y que por esto no

se le podia dar dia ni hora. Cuanto al segundo capítulo, en que decian que sus personas, vidas, miembros y bienes fuesen salvos, y pudiesen ir donde bien le pareciese, los franceses á Francia, y los navarros á Navarra, y les fuesen vueltos sus bienes si los tuviesen. El condestable fue contento de otorgarlo como pedian. A lo tercero que tocaba al perdon que los navarros pedian de todos los casos que habian cometido en deservicio del emperador y de sus predecesores, y lugar-tenientes fue contento el condestable concederlo. Lo cuarto en lo que pedian que pudiesen llevar sus banderas desplegadas, tocando los tambores, respondió el condestable, que á él y á los grandes y caballeros españoles que alli estaban, se les daria muy poco, pero que él sabia que no se podria acabar con los alemanes en ninguna manera, y que asi por quitar inconvenientes, convenia que no tratasen de ello. Lo quinto que pedian era, que el condestable les hiciese llevar á Bayona su artillería y municiones. A lo cual se respondió que no se habia de hablar en esto ni tampoco en los bastimentos; pero que era contento que el dia que saliesen, sacasen consigo los bastimentos que pudiesen llevar. Lo sesto pedian que pudiesen llevar todas las personas y otros bienes de caballos, mulas, acémilas, barcos y galeones. A lo cual respondió el condestable, que le habian de entregar los presos y que no habian de llevar las bestias que habian tomado despues que la villa estaba cercada. Pero que llevasen las barcas y galeones, y que él aseguraba todo lo susodicho, y ponia en salvo toda la gente de la villa hasta dentro de Bayona, ó en san Juan, ó donde ellos mas quisiesen.

Pidió el condestable dos cosas: la primera que le entregasen la villa con la fortaleza dentro de seis horas, y que dentro de dos le respondiesen con toda determinacion. La segunda que Frange y Estillac diesen seguridad como caballeros, que llegados á Bayona le enviarian los vecinos de Fuenterrabia, que estaban presos en Francia, pues aquellos fueron llevados por seguridad de la villa.

Tenia el emperador dada una carta, y provision real, estando en Vitoria á 26 de enero de este año, á ruego y peticion del condestable, por la cual perdonaba á todos los navarros que estavan dentro de Fuenterrabia, con que dentro de 24 horas despues de comenzada á batir, se saliesen de la villa, y pasasen á la parte y servicio del emperador. En virtud de esta carta el condestable perdonó á muchos, aunque algunos se esceptuaron. Con don Pedro de Peralta capituló demas de lo dicho en que quedase con el oficio de mariscal de Navarra, y se le diesen dos hábites de Santiago, uno para él y otro para un pariente. Que se le volviesen los lugares, y rentas de ellos, que tenia en Navarra y Castilla, con los honores y preeminencias, como las tenian el condestable de Navarra, y marqués de Falces: y otras muchas particularidades y mercedes, que el emperador le ofreció. Y asi se hicieron á otros caballeros navarros, si bien se esceptuaron mas de cien personas principales del perdon general.

Otorgáronse los capítulos con el mariscal á 19 de marzo de 1524. Lo cual se hizo asi y se entregó la villa en el fin de setiembre de este año 1524.

Entró á tomar la posesion de ella por el emperador don Fernando de Toledo, nieto y sucesor

del duque de Dalba. El cual siendo muy mozo, que aun no tenia veinte años, por servir á su rey, sin permiso de su abuelo, se habia venido al campo, y peleado como valiente caballero.

Salieron los franceses con el seguro dicho, guiándolos hasta meterlos en Francia: salvo el mariscal de Navarra, al cual el condestable hizo una fingida fuerza, para dar color á su determinacion, mandándole de parte del emperador que como vasallo suyo se quedase en España. Y asi se quedó con algunos criados y amigos suyos.

El emperador le restituyó su hacienda en Navarra, y le hizo merced de cierto juro.

Fue el mariscal muy leal servidor de la casa real de Castilla.

De esta manera se cobró Fuenterrabia: y se hizo en toda España gran demostracion de alegria porque tenian estos reinos por afrenta é ignominia, que franceses tuviesen un palmo de tierra en ellos.

El capitan Frange volvió con su gente á Francia; sintió tanto el rey Francisco la pérdida de Fuenterrabia, que luego lo mandó prender, y afrentar en medio de la plaza de Lyon. Y en acto público le rayeron las armas de su escudo, insignia de sus pasados, privándole de que no pudiese jamas tenerlas, ni usar de ellas alguno de sus sucesores; asi como de que no pudiese ceñir espada y quedase por consiguiente por plebeyo. Tal era el bravo corazon del rey Francisco, queriendo con semejante castigo dar ejemplo de valor á sus caballeros y capitanes, para que cuando les faltase el esfuerzo y valor natural, el temor de la afrenta los animase á ser valientes.

XXVI.

Conquistas de Indias:—Division de estas tierras entre españoles y portugueses.

Mediado el mes de marzo, salió el emperador con toda la corte de la ciudad de Vitoria, y vino á Búrgos: era el tiempo en que pasaba en Lombardia lo que dejo contado.

Llegó á la corte del emperador en Búrgos un embajador del Sofi Rayz Mofioli, enemigo y competidor del gran turco, y poderoso rey de Asia, señor de Persia y de otras muchas provincias, pidiendo y queriendo su amistad. Al cual el emperador trató y respondió amigable y graciosamente.

Viniéronle tambien cartas y relaciones de las navegaciones y conquistas de las Indias, asi de las tierras y provincias de la Nueva-España, como de Tierra-Firme, Nicaragua y otras partes de ella. Que en aquellos dias se habian conquistado, trayendo los naturales al conocimiento del verdadero Dios, como lo escriben Gonzalo Hernandez de Oviedo, y otros doctos y curiosos cronistas. A los cuales remito al que por estenso los quisiere saber.

Tratose tambien en esta sazon el negocio de la conquista y navegacion de la especieria, é islas del Maluco, que Hernando Magallanes y Juan Sebastian por mandado del emperador habian des-

cubierto, navegando al poniente por el estrecho, que para ello descubrió Magallanes. Porque el rey de Portugal con mala informacion de algunos de sus vasallos, pretendia pertenecerle, y caer en su repartimiento, siendo clara y ciertamente de la casa de Castilla.

El emperador por satisfacer al rey de Portugal, para mayor justificacion suya vino que en la ciudad de Badajoz por el mes de abril y mayo estuvieron por la parte de Castilla por jueces de posesion el licenciado Acuña del Consejo Supremo, y el doctor Barrientos del de Ordenes, y el doctor Pedro Manuel de la chancilleria de Valladolid; y por jueces de propiedad, don Fernando Colon, doctor Sancho de Salaya y Pedro Ruiz de Villegas natural de Búrgos, y otros grandes cosmógrafos, y marineros. Por Portugal vinieron para juntarse con estos, otros hombres graves y doctos.

Estuvieron en Elvas ó Yelves, ciudad de aquel reino: y todos se juntaron para determinar esta causa en la puente del rio Caya, que parte los términos entre los dos reinos. Y si bien los castellanos dieron sus razones, haciendo las demostraciones que pudieron, mostrando su justicia, los portugueses no las admitieron, ni quisieron conocer, ni confesar. Y asi se deshizo esta junta sin resolucion alguna.

El emperador mandó aderezar cierta armada, que en la Coruña se hacia para esta navegacion, temiéndose algun rompimiento. Pero conociendo estos reinos, que todos eran unos, y sus príncipes y caballeros deudos muy cercanos, prudentemente se reportaron. De alli á pocos dias hizo el

rey de Portugal cierto empréstito de dineros al emperador (en manera de empeño) y asi quedó con aquellas islas y tierras. Con esto baste saber que estas dos gentes, castellanos y portugueses partieron este año el mundo entre sí. Que no sé si lo creyeran Alejandro Magno, ni los romanos, que quisieron ser señores de él.

Estando asi mismo en Búrgos el emperador hizo merced al conde de Nasau, que era entonces tenido por el mas acepto y privado suyo, que casase con doña Maria de Mendoza marquesa de Cenete, señora de grandes tierras.

Estando las cosas en estos términos, le vino nueva al emperador á primero del mes de junio, de como el almirante de Francia habia sido lanzado de Lombardia, de la manera que se ha dicho. Y queriendo los imperiales despedir el ejército, el pro visor de Venecia, dijo: que pues la señoria habia muy bien cumplido con el César, habiendo estado firmes hasta echar los franceses de Italia, les rogaba, y pedia que no deshiciesen el ejército, hasta cobrar la ciudad de Lodi, que todavia estaba por los franceses. Hubiéronlo de hacer asi los imperiales; y en el ínterin el marqués de Pescara don Hernando de Avalos, con los españoles que tenia, trató de recobrar á Alejandria, porque Vitelio Romano, con favor de los Adornos, lo habia procurado, y no pudo salir con ello.

XXVII.

Aprestos de guerra contra Francia.

Como el duque de Borbon vió lanzado de Italia al rey de Francia su enemigo, procuró con el emperador y rey de Inglaterra, que con poderoso ejército se le hiciese guerra dentro en Francia, particularmente en la Provenza, quitándole á Marsella, que Borbon decia ser suya. Sobre esto escribieron el emperador, y rey inglés á los capitanes de Italia, que era esta su voluntad.

Asi por mandado del emperador se dieron al duque de Borbon diez y seis mil infantes, cinco mil españoles, ocho mil alemanes, y pocos italianos: porque la gente de armas quedó en el Mondovi en el estado de Savoya, con el virey y con Antonio de Leyba y Alarcon, para acudir en la ocasion que se ofreciese. Llevó ademas mil caballos, catorce piezas de artilleria y doscientos mil ducados, que el emperador habia pagado en España, á mercaderes de Génova.

Tambien Ricardo Paceo embajador de Inglaterra, prometió en nombre de su rey gran suma de dinero para aquesta guerra.

Abrasaba la peste á Milan, y toda Lombardia: en sola la ciudad murieron mas de cincuenta mil personas.

Tomose la ciudad de Lodi. Busio, que tenia en guarda Alejandria, ó desconfiado de no poderla

defender del marqués de Pescara, ó teniendo por cosa supérflua sustentar aquella ciudad, habiéndose perdido tantas en Lombardia, determinó restituirla; con condicion que le dejasen salir con sus armas, y hacienda para irse á Francia. Asi salieron los soldados de este Busio, con los de Lodi, que tambien entonces se iban, y serian cinco mil. De los cuales se aprovechó mas el rey de Francia en la guerra de Marsella, que si guardaran no solo á Lodi y Alejandria, pero aun á todo el estado de Milan. Porque estos defendieron á Marsella del ejército imperial, como adelante se dirá, hasta que el rey de Francia rehizo la gente, de á caballo, que habia perdido en la larga guerra y trajo nuevos soldados suizos y alemanes. Fuele de tanta importancia al rey de Francia esta nueva gente, que no solamente osó desde alli á cuatro meses salir en campaña contra la gente del emperador, pero aun los hizo retirar de la opunacion de Marsella. Y él mismo pasó con ella á Italia, (que no debiera).

Mandó el emperador, que los alemanes que habian servido en la restauracion de Fuenterrabia, pasasen al condado de Rosellon, y fronteras de Salsas y Perpiñan. Y á pocos dias partió de Burgos, y vino á Valladolid, donde se acabó de asentar, que la infanta doña Catalina su hermana menor, casase con el rey don Juan de Portugal, tercero de este nombre. En la cual hubo muchos hijos, y todos los vió muertos, los siete ya jurados por príncipes herederos (caso de fortuna tan lastímóso como notable).

XXVIII.

Prision del príncipe de Orange: — Jornada contra Marsella.

Pide particular capítulo la jornada que Carlos de Borbon hizo en la Provenza contra la ciudad de Marsella, con acuerdo y parecer del emperador, y rey de Inglaterra. La cual pasó de esta manera.

Pensaba Carlos duque de Borbon, que entrando él en Francia con mano poderosa, luego habria en ella alteraciones que le abriesen camino para satisfacer su pasion. Deseó hacer esta jornada. Y habido consejo entre los capitanes imperiales, el marqués de Pescara, Carlos de Lanoy, y otros, acordaron que el duque de Borbon, y el marques de Pescara con cinco mil españoles, siete mil alemanes, cinco mil italianos, quinientos hombres de armas, y otros tantos caballos ligeros entrasen. Yendo por general de la infanteria el marqués del Vasto don Alonso de Avalos, y por general de todo el campo el marqués de Pescara, y el abad de Nájera proveedor, y comisario general. Y que el virey de Nápoles, con el resto de la gente de armas é infanteria, quedase en Aste y Piamonte, para la defensa de Italia, y con él Antonio de Leyba, y Hernando de Alarcon y Juan de Urbina capitanes escelentes y famosos. A los cuales el duque de Milan ofreció socorro de diez

mil hombres, si le ofreciese alguna nueva ocasion, en que fuesen necesarios.

Acordado esto asi, el duque de Borbon y marqués de Pescara partieron con su campo, y fueron á pasar los Alpes por el val de Ginebra, enviando primero la artilleria gruesaa á Saona, para que la llevase por mar don Hugo de Moncada, que estaba alli con las galeras de Napoles, y la otra armada del emperador.

Llegaron pues á Niza y el ejército que llegó primero que la artilleria, se aposentó una legua adelante de Niza en un lugar llamado san Lorenzo, junto á un rio mediano que alli cerca entra en la mar: donde estuvieron algunos dias, proveyéndolas de vituallas la ciudad de Niza, y Villafranca, con toda la comarca, que es tierra fértil.

Un dia en la tarde vieron venir por la mar una fragata, á toda furia huyendo: tras la cual venian cuatro, ó cinco galeras de Andrea Doria, capitan á la sazon de la mar por el rey de Francia. Las cuales le venian dando la mas apresurada caza que podian: de suerte que antes que la fragata pudiese tomar tierra, donde mucha gente habia llegado por ser cerca del alojamiento imperial, para socorrerla, fue presa de los enemigos. Los imperiales que no sabian que cosa fuese, estaban con pena. La cual se les dobló, cuando supieron, que el que en la fragata venia era el príncipe de Orange, que de España venia con las provisiones de lo que el emperador mandaba que se hiciese. Hubo fama que tambien traia algunos conciertos de señores franceses, caballeros deudos y amigos del duque de Borbon, que pretendian favorecelle. Pero dijose que de esto nada supieron

en Francia, porque el príncipe al tiempo que ya conoció no poder dejar de ser preso, atando todas las escrituras, que traia en una pelota de artilleria, las lanzó en la mar. De suerte que de su prision se siguió, no venian en efecto los conciertos, que dicen que traia.

El fue llevado á la corte del rey de Francia, y detenido por muchos dias.

De alli á poco llegaron alli mas galeras, las cuales en su llegada tuvieron una gran escaramuza con las de Andrea Doria. Pero al fin tomaron puerto con pérdida de una galera. Y recogida allí toda la gente y artilleria, partieron los imperiales por sus moderadas jornadas, siguiendo el camino de Marsella.

En el camino ninguna resistencia hallaron, porque el rey de Francia por ser las tierras llanas y flacas, no quiso poner en ellas gente alguna, poniendo la fuerza en Marsella con Felipe Brion, y Bencio de Cherri, caballero romano de la casa Urbina. Yendo á un lugar llamado Cánovas, y de allí á Draguinan y á Grasa, y por otros muchos lugares, y ciudades no grandes, que por evitar proligidad no nombro.

Finalmente, a 19 de agosto llegó el ejército imperial á poner cerco á Marsella. La cual estaba tan proveida de gente y vituallas, que de nada tenia falta. Estaba tan fortificada de muros y bestiones, caballeros y casas matas, y todo tan lleno de artilleria, que bien se podian tener por seguros los que dentro estaban, aunque todo el poder del mundo viniera sobre ellos. Y no es manera de encarecer, porque esta ciudad está puesta encima de una breña, en que una calle que la mar hace fe-

nece. Cerca la mas parte de ella (que no es grande) el mar. A la boca del puerto, que es bueno, tiene dos peñas altas de la una parte de la calle, y de la otra, (llamadas las Pomas de Marsella), y en cada una su castillo, y torre fuerte con mucha artilleria. I e suerte que por la mar nadie la puede dañar. Cuanto mas que á la sazon teniendo de su parte á Andrea Doria, no teniendo que guardar por la mar, que eran señores de ella. Por lo de la tierra estando dentro el señor Renzo de Cherri Ursino y gran servidor de la corona de Francia, aunque de nacion romano, con cinco mil soldados viejos italianos y gascones, y buena gente de á caballo, y el reino todo puesto en armas, y el rey en Aviñon, no podia dejar de estar tal, cual he dicho. Lo cual seria fácil de creer á los que saben, que este caballero tuvo particular gracia, y saber para fertificar el pueblo que él queria, como lo hizo á Crema ciudad pequeña de venecianos. Que estando cercada en ella, la dejó una de las mas fuertes plazas, ó la mas inespugnable de toda Italia. Pues como hubiese tenido tiempo para ello, y esperase el cerco, lo mismo hizo en Marsella.

Llegado alli el ejército imperial, el marqués de Pescara, luego envió gente para tomar y guardar á Tolon, que es un puerto cerca de Marsella. Porque para sus galeras, y desembarcar la artilleria, y estar seguras, les era muy importante. Al combatir una torre fuerte que tenia, mataron é hirieron algunos soldados de los imperiales, si bien pocos. Pero al fin lo tomaron, y guardaron todo el tiempo que sobre Marsella estuvieron.

Y hecho, luego el de Pescara con la industria

del Martin Nengo comendador de San Juan, prior de Barleta, capitan de la artilleria imperial. (y singular ingeniero en pertrechos y minas para la guerra) comenzaron á sacar trincheras de cerca de una ermita de San Lázaro, que fuera de la ciudad en lo alto de un cerrillo estaba. Lo mas de aquella comarca son valles, si bien pequeños y collados. Lo cual hacia mucho á su defensa, por la artilleria, que por todas las torres tenian: que jamas cesaba de tirar donde pudiesen hacer daño, especialmente en las escaramuzas. Cuando los soldados mas se cegaban tras los enemigos, y se descubrian en algun llano, luego acudia la artilleria de las torres, y caballeros; y era tanta que les hacia mucho daño.

Andando en la obra de las trincheas, pasaron hermosas escaramuzas, y algunas peligrosas. Dado que siempre los imperiales llevaron lo mejor, haciendo volver á los enemigos mal de su grado á su fuerte, y muchas veces las manos en la cabeza.

Un dia estando el marqués de Pescara, y el del Vasto junto á las trincheras, que era muy cerca del muro de la ciudad, salió de dentro un soldado al parecer hombre para emprender cualquier hazaña animosa. Venia en calzas y en jubon, y su cuera bien cortada, y pulido; su espada ceñida, y una buena pica de fresno en las manos. Solo traía un gorjal de malla, y un morrion en la cabeza. En saliendo de la ciudad por un postigo, que en aquella parte junto á una torre estaba, hizo señal de seguridad, y pidió en lengua italiana, (de cuya nacion él era) que saliese algun buen soldado á la escaramuza con él, porque deseaba probar su persona con un español.

Pensando que la seguridad seria cierta, Luis Pizaño, sargento como dije, del capitan Ribera, que á la sazon allí se halló, tomada licencia del de Pescara, y una pica en la mano con su espada ceñida, sin algunas otras armas, se fue para el enemigo.

Comenzada su singular batalla, no tardó mucho en conocerse la ventaja del imperial. Lo cual viéndolo los enemigos tiraron un arcabuzazo del torreon y dieron al valiente Pizaño, por una parte de la boca en la quijada baja, y derribándole todas las muelas de aquella parte, fue a salir la pelota junto á lo bajo de la oreja, (cosa digna de ser oida, y tenida en mucho) que con tan grave y peligrosa herida ningun semblante hizo de sentimiento mas de escupir sus muelas y lanzar mucha sangre de la boca.

Con esto dió tanta priesa en su enemigo, que á poco rato le dejó por muerto en tierra. Y yendo á otro que habia salido á socorrerle, le hizo dejar la pica é ir huyendo á cogerse a la ciudad.

Así vino á curarse, trayendo las armas de los enemigos.

Aquel dia luego se trabó una muy hermosa escaramuza, donde el marques de Pescara hizo maravillas con sola su espada y rodela, y una celadilla de infante, que otras armas no las tenia, sino unas calzas de grana y un jubon de raso carmesi: que eran los vestidos que él mas usaba, y con que, en tanto que estaba en la guerra, á la contina dormia, aunque estuviese en la cama. De esta suerte traia un sayo de terciopelo negro sin mangas: de suerte que andaba tan señalado como

una bandera, haciendo maravillas en la escaramuza.

Andaba con el del Vasto, el cual peleó valerosamente, y salió herido de una pequeña herida en una pierna. La escaramuza fue la mejor que en todo el tiempo del cerco hubo. Al fin se despartió con harta pérdida de los franceses, y alguna nuestra de heridos y muertos, (si bien pocos).

De esta suerte hubo otras escaramuzas cada dia, porque dentro habia muy buenos soldados y deseosos de ganar honra. Para lo cual ninguna pereza en los de fuera hallaban.

En este medio las trincheras se acabaron, y hechos algunos vestiones se procuró asentar la bateria á la parte de la marina de la mano derecha del campo imperial, lugar harto fuerte, asi de muro como de los torreones y defensas que alli habia. Pero no se pudo batir por otra parte, porque una fortísima casamata muy artillada guardaba la parte izquierda de la otra marina. Alli se asentó la bateria puesta la artilleria imperial en cestones de fajina que la noche antes con grande estruendo de atambores y trompetas, (porque no se sintiesen los azadones) se hincharon de tierra.

En la bateria estaban ocho cañones dobles y dos buenas culebrinas, sin otros hasta ocho ó nueve medios cañones y sacres, que para quitar las defensas tenian. Para todo habia buena municion de pólvora, pelotas y buenos artilleros. Todo se apercibió y aderezó aquella noche con la diligencia posible, pensando que con el estruendo de los tambores y trompetas, los enemigos no sabrian á qué parte se les asentaba la bateria. Lo cual no fue asi, como adelante, (por aparejos que tenian, pareció.

XXIX.

Gran retirada de Marsella.

Asentada la bateria en la manera que he dicho y venida la mañana, la artilleria imperial comenzó á batir con toda furia, si bien con mucho concierto: y con la continuacion comenzó á atormentar el muro y derribarlo: aunque no tanto que no quedase muy dificultosa la entrada. Porque de la parte de dentro estaba terraplenado mas de un estado del muro, á cuya causa la artilleria batia algun tanto. Pero no podia allanar ni bajar mucho la entrada.

Nada de esto bastaba á quitar el ánimo á los soldados, ni la esperanza de verse presto dentro de la ciudad. Con toda diligencia duró la bateria hasta mas de las tres de la tarde, que no se entendia en otra cosa que en apercibirse los soldados para dar el asalto. El marqués de Pescara andaba siempre entre ellos; con los unos comia y con los otros bebia, y con todos holgaba mostrarse de tal manera llano y apacible, que bastara su semblante á poner esfuerzo á gente que no le tuviera. Lo mismo hacia el del Vasto y el duque de Borbon, que con grandes ofertas procuraba animar los soldados. De los cuales algunos se confesaban con muchos sacerdotes que alli andaban, capellanes de señores y de las compañias. Otros entendian en jugar lo que dentro pensaban de ga-

nar. De esta suerte esperaban cuándo les tocaban al arma para arremeter á la bateria.

A esta sazon uno de los de dentro, (como gente sin temor) subió al muro junto á la bateria á poner en él un paño sangriento (que ellos llaman *logata*). La cual señal se pone por befa y en desprecio de los de fuera. Estándole poniendo, como el muro se hallaba atormentado tiraron la artilleria, de suerte que el muro donde el hombre estaba, vino á tierra; y con el ímpetu con que caia lanzó al hombre lejos de sí, aunque ninguna piedra le hizo mal, sino que aturdido fue a caer en un gran herbazal de un vallecito que alli habia, sin lesion ninguna. Esto no creo yo por cierto que fue por sus méritos, sino por la ventura del emperador y del marqués que alli estaba.

Como este hombre cayó, luego fueron dos soldados á traerlo si vivo fuese. Y traido, le pusieron ante el de Pescara; el cual se apartó con los otros capitanes. y con amenazas le pidieron que dijese lo que dentro de la ciudad habia y se trataba. El voluntariamente con que le asegurasen la vida, dijo que diria la verdad. Y lo primero fue decir, que por los ojos que en la cara tenia no pensasen dar la batalla ó asalto á la ciudad, sino se querian perder todos. Preguntada la razon, dijo: «Yo la diré, y si se supiese lo contrario cortadme la cabeza. Es asi; que á la parte de la bateria está una plaza buena, y entrando por el muro á tres ó cuatro pasos está una trinchera larga y honda, que tiene en el largo de la bateria mas de un palmo de pólvora. Está cubierta con tablas delgadas cubiertas de poca tierra y algunas mechas encendidas puestas por arte, que en pisándolas se hun-

dan y den fuego á la pólvora, que bastará á quemar muchos de vosotros: porque la trinchera es ancha y toda la plaza está sembrada de abrojos de hierro muy espesos y agudos que enclavarán á cuantos entraren. A las bocas calles que á la plaza salen está toda la artilleria de la ciudad á punto: y en aquellas casas toda la arcabuceria que es mucha. De manera que á la bateria no hay defensa alguna, pero no saldrá hombre que en la plaza entrare; tal es la defensa que tiene hecha Renzo nuestro capitan.»

Los capitanes que aquello oian sin algun temor mostrando tenerlo todo en nada, insistian en la entrada. El hombre (que parecia haber sido enviado de mano de Dios) les dijo:

«Mirad, señores lo que haceis, porque en ninguna manera os cumple eso. Porque dado que tomásedes la ciudad (lo que no tengo por posible), vosotros no la podeis sustentar, pues la mar está por Andrea Doria; la tierra es toda de vuestros enemigos, y dentro no tendreis que comer para tres dias. Y por la gracia que de la vida me habeis hecho, os quiero avisar de una cosa que por ventura por estar en tierra de vuestros enemigos donde no os dirán verdad, no la sabeis. Sabed que el rey de Francia, no haciendo caso de vosotros, os deja aqui como gente perdida; y él con poderoso ejército camina la via de Milan, con pensar hallando desapercibido aquel estado hacerse presto señor de él y de toda Italia. Y con este intento su vanguardia va muy adelante. Y esto, sabed que es cierto: por tanto, mirad lo que haceis.»

Oido esto por los señores tuvieron luego su consejo. El abad de Nájera comisario y proveedor ge-

neral hizo una gran protestacion al de Pescara, como á capitan general, que en ninguna manera se intentase combatir la ciudad: pues Dios por su misericordia les habia enviado aviso tan necesario para no perderse.

Asi se sobreseyó el combate, sin publicarse nada de esto.

Al prisionero trataron bien teniéndolo á buen recaudo, porque no diese aviso á los de dentro de lo que pasaba.

Aquella noche tomada resolucion, se dio cargo á Juan de Urbina (que en todo fue señalado) que con alguna gente toda española enterrase las piezas gruesas de artilleria en lugares de menos sospecha; porque no se podian llevar; que fueron tres ó cuatro cañones gruesos: los demas con los caballos que habia se llevaron á Tolon; y embarcándolos en las galeras los volvieron á Genova, de donde los habian sacado. Las piezas pequeñas de campo llevaron los soldados hasta Niza de Villafranca, donde por no poderlas facilmente pasar los montes, las quebraron, y en pedazos en acémilas las pasaron á Italia.

Puesta en cobro la artilleria gruesa, y municiones que pudieron, y lo demas enterrándolo por las viñas, á 29 de setiembre dia de San Miguel por la mañana, tocaron los atambores á partir, sin haberse sabido nada entre los soldados (cosa que causó grande admiracion al ejército). Pero como los capitanes no habian de dar cuenta á los soldados de lo que querian hacer, no curaron sino seguir su camino por donde habian venido, hasta llegar á Niza, en cuya marcha no hubo cosa digna de memoria, sino que caminaban con toda furia los imperiales

teniendo ya lengua como el rey de Francia iba por la otra parte de los Alpes á salir á Turin.

Por esto tomaron el camino por la ribera de Génova, y su caminar era de dia y de noche: porque al tiempo que llegaba la retaguardia con el carruaje al alojamiento, que era á la tarde, y á las veces noche, á aquella hora partia la vanguardia que habia reposado desde la mañana. Y cuando estos llegaban á alojar, partian los de la retaguardia de donde habian quedado. De suerte que casi siempre caminaban los unos ó los otros, porque el carruaje no se perdiese, el cual por maravilla se descargaba.

Esta retirada fue una de las mayores hazañas que jamas se han visto, porque fue hecha sin perder hombre en tan largo camino, sino fueron unos tudescos, que no pudiéndolos el marqués sacar de una bodega de vino, y viéndose en peligro, porque aquella tarde se habian descubierto á la retaguardia cantidad de gente de enemigos á caballo, y el villanaje andaba todo alborotado, pareciéndoles que venian huyendo les procuraban todo daño. A esta causa el marqués, porque los enemigos ó villanaje no se encarnizasen en matar aquellos pocos tudescos, que en aquella bodega estaban embriagados, y por amedrentar los demas, él los mandó poner fuego, para que se quemasen dentro de la bodega; asi los que habian de dar honra á los enemigos, murieron á sus manos. Otra gente ninguna se perdió.

En veinte y cinco dias que desde Marsella á Milan caminaron, solo uno reposó el campo en un lugar llamado Veintenilla.

De alli vinieron por camino fragosos de la ri-

bera de Génova hasta San Ramon, con trabajo y falta de vituallas; porque en los mas de los lugares no se querian dar. Ellos por no detenerse, castigaban algunos, y disimulaban con otros; porque lo demas fuera para nunca llegar, donde tanto importaba.

De San Ramon se les partió Juan de Urbina para Nápoles á cosas que á su honra tocaban. Por lo cual no se halló en la guerra siguiente, ni se hará mas mencion de él por ahora.

Desde alli partió el ejército con toda su priesa, aunque venian tan destrozados, y descalzos los soldados, que cuando en el camino, ó alojamiento se mataba alguna vaca, mas priesa habia sobre el cuero para abarcas, que sobre la carne para comer (si bien habia gran necesidad). Y con esto algunos comenzaron á mofarse de Borbon, diciéndole que si eran aquellos los zapatos de brocado, que á la ida viendo casi á todos con zapatos de terciopelo les habia prometido; lo cual algunas veces sentia tanto el duque de Borbon, que no pudiendo refrenar las lágrimas, con ellas mostraba lo que aquellas palabras le dolian. Y asi pidióles el de Pescara, que no le dijese nadie cosa que le pesase.

Con Borbon venia una compañia de franceses, que á él se vinieron de Francia á la ida de Marsella. De la cual era capitan Mr. de Pelbis, que despues fue de la cámara de S. M. Venia tambien Mr. de la Mota, caballero anciano, el cual decian ser muy deudo del mismo Borbon.

De la manera que tengo dicho, caminaron hasta entrar en Lombardia por un lugar llamado Aiguas donde hay unos buenos baños naturales. Y de alli sin controversia alguna pasando el Pó llegaron á

Pavia, donde hallaron fuera al virey y á Alarcon con la gente de armas, y dentro á Antonio de Leyba con su compañia de gente de armas. El cual recojió alli los tudescos que el campo imperial traia, que serian pocos mas de tres mil, y hasta ochocientos españoles infantes, de los cuales hizo capitan á Pedrarias, natural de Medina del Campo, que era alférez del capitan Corcuera, valiente soldado.

Con esta gente se quedó Antonio de Leyba en Pavia.

Los demas todos caminaron para Milan.

Desde Niza enviaron los imperiales un bergantin avisando al emperador, que estaba en Valladolid, del suceso. Y el emperador sabiendo la determinacion del francés, y entrada poderosa en Lombardia, envió á mandar que se levantase gente en Alemania, y que bajasen para Italia, donde era claro que la guerra habia de ser reñida y muy peligrosa.

En el verano de este año estando el emperador en Valladolid enfermó de unas cuartanas; los medicos le sacaron de este lugar, y le llevaron á Madrid por ser tierra mas sana y propia para convalecer de este mal. Aqui en Madrid tuvo la Pascua de Navidad de este año de 1524; y antes, á 6 de diciembre escribió á fray Diego Lopez de Toledo (hermano de Antonio Alvarez de Toledo señor de Cedillo), comendador de Herrera, que ya sabia el casamiento de la Serenísima, y muy escelente infanta doña Catalina su hermana, con el Serenísimo y muy escelente rey de Portugal: que porque su Serenidad fuese acompañada, y servida como era razon, habia rogado y mandado al duque de Bejar, que fuese con ella hasta ponerla en Portugal. Por esto le escribia para que se juntase con el duque

en la parte, y segun el duque la escribiria, etc.
He dicho esto para que conste en que año esta princesa entró dichosamente en el reino de Portugal, para dar el fruto copioso y real, que de este casamiento sacó la cristiandad.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO DUODECIMO.

I.

Poder de Francisco I á su madre.

Por ser tan notable la entrada que hizo el rey Francisco en Lombardia, y el desdichado fin que en ella tuvo, quise comenzar aqui este libro antes que el año de 24 se acabase, y proseguiré los hechos que en él hubo hasta el año siguiente de 1525 en que fue preso: con su prision se levantaron nuevas pendencias poniéndose en armas los príncipes todos de la cristiandad, y con ellos el Pontífice romano, permitiendo Dios por los pecados de su pueblo, que el demonio sembrase en todas partes tal discordia.

Estando pues ya el rey para partir con su ejército de Francia, consideró prudentemente la incons-

tancia de la fortuna, y siniestros reveses que tiene. Nombró por gobernadora de su reino á madama Luisa su madre, dándola amplísimos poderes, para que en su ausencia pudiese hacer lo mismo que él siendo presente. Las razones en que funda su jornada y determinacion en esta escritura, son la grande injuria, los infinitos males y daños que á él, y á sus subditos habian sido hechos de algunos años aquella parte, por el electo emperador, por el duque de Berri, y otros enemigos sus aliados y confederados. Los cuales (dice) estando él ocupado en la defensa de su reino, tierras y señorios, le habian tomado el su ducado de Milan, y señorios de Aste, y Génova, heredad propia suya, y de sus predecesores: que con bueno y justo título habia por el emperador Maximiliano sido investido. Y de ellos habian vergonzosamente echado sus gentes, oficiales, y criados, y tomado por fuerza, y poderosamente saqueado su gran villa y ciudad de Génova y otras villas y tierras en aquellas partes, con gran escandalo suyo, y de sus súbditos y amigos. Que viendo y conociendo, que si luego no tomaba la empresa, para cobrar y reducir á sus manos dicho estado de Milan, y las demas tierras que injustamente los enemigos habian ocupado, tratando tiranamente sus buenos, leales, y aficionados vasallos y amigos, y no los socorria, forzosamente los habia de perder. Y ellos por mas no poder se habian de juntar con los enemigos. Los cuales estaban tan poderosos y con tan mala y dañada intencion, que viendo el evidente peligro en que estaban sus reinos le convenia ausentarse. Que con mano poderosa queria ir en persona, para recobrar lo perdido, y asegurar lo que tenia.

Para dejar el reino con el gobierno y seguridad que convenia, declaró que nombraba por gobernadora de él á madama Luisa su madre, dándole su poder, etc.

Con tales palabras, y otras semejantes representó el rey la causa de su jornada, justificacion de la guerra, y el enojo que contra sus enemigos tenia. Y con el lleno de cólera caminaba á toda furia con seis mil suizos, otros tantos alemanes, diez mil franceses é italianos, dos mil hombres de armas, y otros tantos barcheros la vuelta de Lombardia, con increible deseo de cobrar á Milan, y vengar las pérdidas de sus capitanes, sin querer oir á alguno, de cuantos le estorbaban la jornada.

Y porque estando ya para partir, su madre Luisa le habia escrito que tenia necesidad de hablarle antes que pasase los Alpes, habiéndole sido siempre muy obediente, temiendo que con piedad de madre le estorbaria aquel camino no quiso esperarla. Mandó al chanciller, y á sus secretarios, que suelen siempre acompañar á los reyes cuando caminan, que se quedasen con su madre para gobernar á Francia, hasta que él acabase la guerra de Milan cuyo capitan general queria él ser.

Así pasando los Alpes (que llaman montes Ginebreos) por los términos de Savoya, sin querer seguir á Cárlos duque de Borbon, y Cesarianos (que le llevaban dos jornadas de ventaja,) pensando ocupar á Milan antes que los del emperador la pudiesen socorrer.

II.

Los imperiales entran en Milan.

La nueva del camino que el rey de Francia traia, tomó al virey Cárlos de Lanoy en la villa de Aste, donde habia estado todo aquel estio con sospecha de lo que el rey de Francia hacia, teniendo para resistirle toda la gente de armas que pudo, con alguna infanteria.

Luego despachó de allí á Antonio de Leyba, dándole órden que se apoderase del castillo de Novara y lo arrasase por el suelo. Escribió al duque Esforcia de Milan, que en Pisleon estaba, avisándole de la venida del rey de Francia, y pidiéndole que luego se metiese en Milan Porque á causa de la pestilencia ya dicha, no solo él, pero los mas de los ciudadanos estaban fuera.

No se atrevió el duque, considerando la poca fuerza que en aquella ciudad habia por la pestilencia, y por la relacion del gran poder que el rey de Francia traia, y que la jornada de Marsella nó habia sucedido bien, ni el poder del emperador estaba tan en órden que confiase en el, para hacer rostro á un enemigo tan poderoso. Y asi mas quiso estarse quedo en Pisciquiton que aventurar la reputacion, persona y vida.

Volvió Antonio de Leyba de Novara, y partió luego con su compañia á proveer y fortificar la ciudad de Pavia: el virey se detuvo en Aste has-

ta que el rey de Francia llegó á Turin: y fue certificado, que Borbon y el de Pescara eran ya llegados á Alba.

Sabiendo que el rey de Francia tomaba la via de Novara caminando para Milan, vista la alteracion y turbacion que su llegada habia hecho en toda la tierra, él partió luego para Alejandria. Y dejando en ella dos mil infantes italianos de guarnicion, á los 20 de octubre, jueves en la noche marchó á Pavia para recibir allí al duque de Borbon y marqués de Pescara; donde llegaron viernes al amanecer, y supieron como Gerónimo Moron, gran chanciller del duque de Milan y el mismo duque estaban en Piageto desconfiados de poder defender á Milan y la habian desamparado y dado libertad á los vecinos de ella para que tomasen el mejor órden y medio que pudiesen con el rey de Francia. Asi les escribieron que luego se viniesen á Pavia para defensa de las cosas de Milan.

El marqués de Pescara escribió al duque de su mano para mas persuadirle, diciendo que mirase que él no habia parado en veinte dias con sus noches desde Francia hasta allí, para venir á defender las cosas del emperador y las suyas: que él debia tambien mirar por la honra que con tanta reputacion habian ganado tantas veces contra los franceses. Que no faltase asimismo en tan justa y necesaria defensa, pues tantos capitanes y el mismo ejército siempre vencedor estaban para defender á Milan, aventurando no solo las haciendas, mas las vidas, sangre y honra.

El virey de Nápoles le pidió asimismo que luego se viniese á juntar con el ejército para defender á Milan.

Recibió el duque estas cartas de parte de tarde, y luego en anocheciendo partió con los de su casa. Habíanse salido de Milan gran multitud de sus ciudadanos por no ver en ella al francés, contra quien tantas veces habian tomado las armas. Y cuando llegaron á Pavia, hallaron que los capitanes y todo el ejército eran partidos salvo los alemanes que habian llegado aquel dia. Y sin detenerse (aunque venian muy cansados) pasaron á Milan.

Los capitanes imperiales se veian confusos, considerando que los venecianos no les ayudaban y que ellos no tenian ejército bastante para resistir al campo poderoso del rey de Francia: cuyo poder afirmaban que llegaba á cuarenta mil infantes, tres mil hombres de armas y dos mil caballos ligeros.

Resolviéronse en que Antonio de Leyba quedase en Pavia con cinco mil alemanes, mil españoles y doscientos hombres de armas. Y que ellos y el duque de Milan que esperaban viniese luego con todo el resto del ejército, para ir todos á defender á Milan si pareciese posible no tomar allá otro acuerdo.

Determinados, pues, en esto, volvieron á escribir al duque de Milan que apresurase su camino. Pero como las cosas estaban en término que no sufrian dilacion y todo se habia de proveer á priesa, porque supieron que la vanguardia del rey de Francia comenzaba ya á pasar el Tesin, luego otro dia sábado á los 22 del dicho mes salieron de Pavia. Y con gran diligencia de los capitanes pasó el campo adelante, porque como la gente venia muy mal tratada y fatigada del largo camino

y muertos de hambre (y, como dije descalzos), quisieran reposar en aquella ciudad donde tenian amigos y conocidos. Porque Pavia fue la ciudad que con mas fidelidad y muestras de amor siguió la parte de Cárlos V entre todos los lugares de Lombardia y donde mejor tratamiento los de la nacion española siempre hallaron. Lo cual hacia que deseasen entrar en ella.

Pero como el marqués de Pescara conociese el peligro que en esto podia haber, mandó á algunos capitanes que puestos á las puertas defendiesen la entrada á los soldados y los hiciesen caminar adelante: lo cual se hizo así.

Aquella noche el ejército junto y en órden se fue á alojar, una parte á la Charela y otra á Bifrasco, que son lugares pequeños entre Milan y Pavia. Y esta noche vino alguna gente de á caballo, milaneses foragidos que seguian el campo francés á romper la estrada ó escaramuzar y pelear con algunos españoles que habian quedado rezagados, ó por causados ó por enfermos que habia muchos. Hicieron algun daño matando y prendiendo parte de ellos.

Traian por capitanes estos foragidos á Gerónimo Tribulcis que despues fue muerto en Monza, al conde Jacobo Tribulcis, milaneses, al conde Francisco de la Somaria, al conde Ludovico de Beljoyoso y al conde Hugo de Pepol, todos caballeros valerosos y capitanes de mucha gente de armas y harcheros.

Estos hicieron aquel dia y el siguiente harto daño, matando y prendiendo á muchos. Con los presos usaron de mala guerra, como adelante diré.

Otro dia de mañana partió el ejército de estos

lugares que dije, y caminaron con el mejor órden que pudieron hasta el monasterio de Claraval, que es de monges Bernardos. Donde los monges les dieron refresco de pan, queso y vino. Con esto marcharon adelante, hasta que ya casi de noche llegaron á entrar por las puertas de Milan, sin que tuviesen estorbo ni impedimento alguno.

Yendo delante de la vanguardia el marqués de Pescara con la infanteria española y con ellos el marqués del Vasto, entraron por la puerta que llaman romana y por la senesa que es alli cerca, el virey de Nápoles y el duque de Borbon, y con ellos Hernando de Alarcon con la gente de armas y caballos ligeros, que toda era bien poca. Asi se alojaron cada uno como pudo, en las calles que de aquella parte suben hasta la plaza mayor (llamada del Domo). No faltaron aposentos, porque la vecindad era mucha y la gente poca.

Hicieron los imperiales esta jornada de Pavia á Milan, sin querer esperar al duque Francisco Esforcia. El cual viniendo á juntarse con ellos desde Pavia no habiendo aun andado dos millas, Fernando de Castrioto que tenia cargo de la artilleria y municion, envió ciertos caballos, avisando como era llegada mucha gente, de los franceses, infanteria y caballos, despues que la gente del emperador pasó por Biñasco. Y que la noche pasada la mayor parte del ejército francés se habia puesto de la otra banda del rio Tesin. Que por estar tomado el paso, él se volvia con la artilleria á Pavía.

Oyendo esto el duque se volvió y no sin dar mucha sospecha de sí á los capitanes imperiales que le esperaban en Milan: donde no hallaron cosa buena reparados los baluartes, ni trincheras,

ni harina para hacer pan, ni provision de leña, ni otra cosa mas que un terrible miedo en los vecinos y naturales. Porque la ausencia del duque y la nueva de la potencia del frances les habia puesto tanto espanto, que no trataban sino de cómo se entregarian.

Tambien se decia que el duque y su chanciller Gerónimo Moron se habian concertado con el francés contra el emperador; y que por esto moviéndose tan grande guerra estaban ausentes de Milan.

III.

Retiranse de Milan los imperiales.

Vistas por los capitanes imperiales las dificultades presentes y que todo el campo del francés habia pasado el Tesin, y que su vanguardia estaba ya en los campos de Milan, de la cual algunos desmandados a la misma hora que los imperiales se alojaban en Milan, entraron por la otra parte á la ciudad por la puerta que llaman Barcelina, y se alojaron en las calles comarcanas ó arrabales, sin alguna contradicion ni miedo de los imperiales, tan públicamente, que duró casi toda la noche la grita de la gente comun de la ciudad. A la una parte se apellidaba, Francia, Francia; y á la otra, España, España. Y como los unos y los otros venian muy fatigados, y la noche fuese fin de octubre, oscura y fria, tuvieron por

bien todos estarse quedos en sus aposentos, sin tratar de escaramuzas.

No durmió mucho aquesta noche el marqués de Pescara, antes hizo luego llamar á su posada á los regidores y principales de la ciudad, queriéndose informar de la copia de gente que de los naturales habia, para poder tomar las armas, municiones y vituallas que tenian, y de los reparos de muros, fosos y bestiones, con intencion de defenderse allí hallando aparejo. Y habiéndose mirado todo, y tenido sobre ello acuerdo con los principales capitanes, viendo que era imposible, y que el pueblo estaba deshecho, y casi sin gente; porque con la gran peste habian muerto mas de ciento y diez mil personas, entre los cuales eran mas de los cincuenta mil para poder tomar las armas, y defender su patria, ciertos de que el castillo (que es inespugnable) estaba bien proveido de todo lo necesario, y á cuenta de un caballero pariente del duque, que se decia el señor Esforcia, que era muy valiente, y leal á su príncipe, acordaron que no debian aventurar aquel ejército. consintiendo cercarse con tantas faltas, y peligro; sino que dejando como dejaban á Pavia fortificada, y con guarnicion bastante á Alejandria, se debian retirar á la ciudad de Lodi, y fortificarla, y defenderla; y tambien á Cremona. Con lo cual pensaban alargar la guerra, y entretener y cansar al enemigo.

Determinados en esto, puesta aquella noche en la ciudad la guarda necesaria, luego el dia siguiente domingo de mañana tocaron las trompetas y atambores para marchar. A cuyo sonido toda la gente se recogió á la plaza del Domo. Y

echando la caballeria delante, y al marqués del Vasto, con la infanteria tras ellos por la via de la puerta romana, tomaron el camino de Lodi.

El marqués de Pescara tomó hasta doscientos infantes españoles, y se fue á la parte donde los enemigos se habian recogido, que era fuera de la puerta Comasna (que llaman del Tesino). Los cuales ya comenzaban á entrar en la ciudad, para procurar dañar, é impedir la libre salida del ejército imperial, que conocian que la desamparaba. Y como el marqués de Pescara alli llegó con aquel ánimo sin temor, que en todas las ocasiones siempre tuvo, acometió con gran ímpetu, y los hizo tomar fuerza de la ciudad: y los entretuvo, con una apretada escaramuza, hasta tanto que conoció haber salido toda la gente española por la otra parte, camino de la ciudad de Lodi, (que está veinte millas de Milan, como Pavia).

Visto que ya la gente caminaba fuera de la ciudad, el marqués se retiró con gentil aire, sin perder un hombre, hasta salir por donde su ejército habia salido: unas veces escaramuzando con los franceses que tras ellos se adelantaban, otras atemorizando á los milaneses, que parecian alterarse. Asi salió por la puerta, y siguió su camino hasta ponerse en la retaguardía de la infanteria española: donde con suma alegria fue recibido de todos.

IV.

Aposéntanse los imperiales en la Jerada.

Prosiguiendo, pues, su camino derechos á Mariñan, (que es á diez millas en medio de Milan y Lodi), antes que llegasen, salieron por un traves al camino que ellos llevaban, á vista de la retaguardia, los condes foragidos, que dije, con sus compañias. Y como la infanteria iba un poco delante, atajaron el camino á ciertos soldados, que rezagados se habian quedado, y mataron parte de ellos, y prendieron mas de cincuenta.

Los cuales con los que del dia antes traian llevaron otro dia á Milan. Y entregados á Mr. de Latremoya, que ya por el rey de Francia habia tomado el gobierno de la ciudad, los mandó poner en cárceles públicas con muy mal tratamiento. Y lo mismo usó con todos los que pudieron haber. De los cuales algunos murieron en la prision, otros fueron dados en trueque de franceses, y otros estuvieron en la prision hasta tanto, que con la victoria de la batalla de Pavia cobraron libertad, y grandes riquezas de franceses, que prendieron y tomaron en Milan.

El marqués de Pescara vió parte de esta pérdida de soldados, mas no quiso detenerse en socorrerlos, por no poner en peligro los muchos, deseando poner los pocos. Y asi fueron marchan-

do, y llegaron á Mariñan cuando anochecia, (que es un lugar pequeño y mal cerrado, que tiene un castillo en alto, algo fuerte). Está este lugar diez millas de Milan, y otras tantas de Lodi. Corre junto á él un rio llamado Lambra, el cual iba crecido por ser el tiempo lluvioso Tenia puente al lugar.

Aquí reposaron pocas horas, porque á la media noche, ó algo antes partieron, y rompieron la puente por ir mas sin molestia: caminaron hasta llegar á Lodi; por donde (como está dicho) pasa un gran rio llamado Ada.

La ciudad tiene buen asiento, y comarca: el rio corre hácia tierra de venecianos; y por otra parte está cercada de grandes pantanos, de suerte que sino es por tres caminos que van á Milan, á Pavia y Cremona, que son poco anchos, no se puede bien llegar á ofenderla, á lo menos con gente de á caballo.

Llegado el ejército á esta ciudad, entendiendo los imperiales que el rey de Francia fuera luego en su seguimiento, como lo debiera hacer segun buena razon (y aunque diera otro fin á su jornada) con todo su poder, viendo que esta ciudad estaba desproveida y mal fortificada, de manera que parecia imposible defenderse en ella, luego el dia siguiente, que fué lunes, pasaron de la otra banda del rio toda la gente de armas, y caballos ligeros, y la mayor parte de la infanteria, con el virey de Napoles, y Hernando de Alarcon; y se aposentaron en diversos lugares de aquella comarca, llamada la Jerada: donde hay buenos pueblos y bien proveidos, como son Tréveri, Carabazo, Pandin, y algunos otros.

El virey se fue á aposentar á Sanzin, buen pueblo hácia la parte de Cremona.

Esto se hizo ansi, por no estar la ciudad de Lodi tambien proveida (como dije) de bastimentos, y cosas necesarias para el ejército: y porque si el frances los siguiese, no hubiese tanta dificultad en la pasada del rio; donde se pensaban defender hasta fortificar á Cremona, para defenderse en ella; cosa que en Lodi fuera dificultoso, por estar los muros, bestiones y fosos muy destruidos: no era posible repararlos tan brevemente como convenia.

Pasada esta gente, tambien pasó con ellos el rio el duque de Borbon, el cual por la via de Verona pasó á Alemania, para levantar alguna gente con ayuda del rey de romanos. Y porque á esta sazon la señoria de Venecia hacia amistad á los imperiales, ó á lo menos no se les mostraba enemiga, hizo su viaje sin impedimento ni dificultad alguna, y volvió á muy buen tiempo como se dirá.

V.

El rey de Francia entra en Milan.

Quedaron en Lodi el marqués de Pescara, y el del Vasto su sobrino, con solas cinco banderas de infantería española, que bastaban para hacer la guarda de dia y de noche. Los cuales viendo que el frances les daba mas lugar de lo que ellos pensaran, procuraron meter en la ciudad todas

las provisiones que fue posible recoger. Y con toda diligencia comenzaron á reparar con bestiones y fosos la ciudad, poniendo en ello el marqués de Pescara un trabajo y diligencia increible, porque no dormia ni descansaba dias ni noches.

Al fin la ciudad se puso de tal arte, que ya con menos estima de sus enemigos se pensaban defender.

Con esta confianza hizo el marqués volver algunas banderas de infanteria española hasta cinco ó seis, que habian pasado el rio, y aposentarlos en la ciudad con los demas, que alli habian quedado.

Asi pasaron mas de quince dias sin saber lo que el frances determinaba. El cual poniendo la esperanza de la victoria en la presteza, con la gente puesta en órden, se acercó á la ciudad de Milan. Y el mismo dia que los imperiales salieron de ella, él entró, y fue recibido pacificamente. No consintió que se hiciese agravio alguno ni dejó entrar dentro mas de aquellos que habian de poner cerco al castillo, ni quiso detenerse á veria, pareciéndole cosa indigna de su grandeza encerrarse dentro de los muros sin dar fin á la guerra.

Pusó el rey en Milan la guarnicion, que le pareció, y no curó de seguir á sus enemigos, en lo cual muchos han juzgado, que erró, porque les parecia, y no mal, que si los siguiera, no se podian defender en Lodi, ni estorbarles el paso del rio Ada; y que les conviniera desamparar á Lombardia, por no ser bastantes para esperar la pujanza con que el rey iba. Por lo cual no se pondria en resistencia la tierra.

Son varios los sucesos de la guerra: y asi mal podemos decir como sucediera esto. El rey de Francia era un gran capitan, y hase de entender que él miraria lo que mejor le estaba, y que le pareció camino mas acertado el que luego tomó: Que fue caminar á ponerse sobre Pavia por no dar tiempo á que Antonio de Leyba se fortificase mas, pensando tomarla tan presto como á Milan, y que habria tiempo para todo.

Sintiendo el duque Esforcia los intentos del rey Francisco, y por eso dejando en Pavia cinco mil alemanes, que alli eran llegados (segun dije) con Moron, y muchos milaneses, partió por el rio Pó abajo para Cremona. Tambien Antonio de Leyba y los españoles que dentro estaban con los alemanes, no dudando que seria asi, ordenaron sus estancias y velas por los muros.

Mandó Antonio de Leyba, con gran presteza hacer molinos de mano, todos los que pudo. Porque si el frances tomase los de ambas riberas del Tesin, no se viesen en aprieto. Eligió tambien algunos de Pavia que escribiesen el trigo, vino y provisiones, que habia dentro de la ciudad. Y porque no tenia de donde pagar á los soldados, mandó que los ciudadanos les diesen de comer, repartiendo el gasto á cada uno segun su hacienda. Y porque no faltase moneda para lo que pidiese la guerra, recogió toda la plata de sagrado y no sagrado, é hizo moneda, en la cual para que quedáse memoria, se puso esta letra:

Los cesarianos cercados en Pavia, año 1524.

VI.

Comienza el asedio de Pavia.

Luego el rey de Francia fue á sentarse sobre Pavia a 28 de octubre, cercándola por todas partes, fortificando su campo con fosos, y vallados hácia la ciudad, y por la parte de lo raso hácia Milan. Todo lo demas del ejército puso dentro de un bosque (llamado Parque) cerrado de un buen muro, tomando por defensa la muralla de él.

No se descuidaba Antonio de Leyba, porque sabia el enemigo que sobre su ciudad y gente venia. Tenia proveido y reparado todo lo que convenia para defenderse, como valerosamente lo hizo.

Este fue uno de los mas señalados y terribles cercos, que á ciudad se ha puesto en el mundo. Porque siendo el cercador el rey de Francia con toda su potencia, y apretándolo cuanto á él fue posible con baterias, escaramuzas, combates y batallas: defendiéndola el escelente capitan Antonio de Leyba con esfuerzo y estremada prudencia, duró cuatro meses. De manera que fueron tales, y tantos los hechos, que de ellos se pudiera hacer otra historia.

Diré los mas convenientes, para que el progeso de esta obra se entienda.

Puesto asi sobre Pavia el rey Francisco, y apoderándose de todas las tierras comarcanas á ella,

y á Milan, poniendo en ellas guarnicion, ningun tiempo dejó perder en ejecutar lo que era necesario, asi para la espugnacion de la ciudad, como para proveer, y asegurar su campo.

Despues de haber mandado acometer en balde la ciudad, por la puente que sobre el rio Tesin está arrimada, quemando y destruyendo los molinos del mismo rio, mandó luego arrimar la artilleria para batir los muros por todas partes. Y á los seis de noviembre comenzó la bateria con el efecto que se dirá.

VII.

Magnífica encamisada de los españoles contra Melza.

En tanto pasaban estas cosas el virey de Nápoles Cárlos de Lanoy, y los capitanes imperiales, visto que el rey no los seguia (como pensaron) y que se habia hecho sobre Pavia, tuvieron entre sí consejo.

Todos los socorros, y amigos les faltaban (como suele acontecer en las adversidades), el temor y reputacion de la bajada del rey de Francia habia trocado y alterado los corazones de Italia: los venecianos no quisieron enviar su gente, como tenian capitulado con el emperador. El papa Clemente no solamente no socorrió, pero túvose de él sospecha, que con su inteligencia habia el rey de Francia pasado á Italia. Dentro de pocos dias despues de esto hizo sus tratos con él. Los florenti-

nos y las otras repúblicas tambien faltaban. Pero como á los fuertes y valerosos ánimos los peligros y trabajos no los desmayan ni entorpecen, antes los despiertan y animan, y la fortaleza en ellos se afina y perfecciona, no perdiendo la esperanza de la victoria para adelante, y determinados de dar órden como resistir y buscar al enemigo, fue acordada entre ellos la partida del duque de Borbon para Alemania con esta órden. Que allí recogiese diez ó doce mil alemanes, que ya se habian comenzado á hacer por mandado del emperador. Que él asimismo fuese al infante don Fernando, archiduque de Austria, á pedirle ayuda de gente de armas. Ordenaron asimismo entretanto que este socorro venia, pues los reparos de Lodi eran acabados, que el marqués de Pescara y el del Vasto, con la mayor parte de la infanteria española, y trescientos hombres de armas, y otros tantos caballos ligeros estuviesen en ella, por ser muy importante para la seguridad del paso del rio Ada, y para molestar al campo frances; y finalmente que el virey Lanoy con el ejército estuviese en Sonsino.

Puestos los capitanes del emperador en esta forma dicha, tenia ya el marqués de Pescara en Lodi cerca de tres mil españoles, que de la otra parte del rio habia hecho tornar á la ciudad. De los cuales algunos salian á escolta con los carruajes á buscar de comer, y hacer algunas correrias. Pero como tenian poca tierra donde se estender, hacian poco daño á los enemigos. Porque todos los lugares de la comarca que algo fuesen, á dos leguas ó tres de Lodi, estaban ocupados de gente francesa. De suerte que los unos y los otros (digo

los de Pavia, y los de Lodi) todos se podían llamar cercados de franceses que por toda Italia discurrian. En ella era tan poco el caso que de el ejército imperial se hacia, que en este tiempo amaneció puesta una cédula en Maestre Paschin de Roma de este tenor:

«Quien quiera que supiere del campo del emperador, el cual se perdió entre las montañas de la ribera de Génova pocos dias ha, véngalo manifestando, y dalle han buen hallazgo Y donde no, sepan que se lo pedirán, por hurto y se sacarán cédulas de escomunion sobre ello.»

Cuando esto pasó, el de Pescara, que ningun otro pensamiento tenia sino comenzar á dañar en sus enemigos, teniendo noticia de la mucha gente francesa, que en toda la comarca estaba aposentada, un dia á prima noche hizo llamar á su posada los capitanes de infanteria que allí en Lodi tenia, y mandándoles que sin ruido de atambor recogiesen toda la gente dentro del castillo (que es grande si bien no fuerte) él se fue allí á hora de las nueve, llevando consigo á Juan Mateo datario del papa Clemente, que á la sazon de Roma al campo imperial habia venido, diciendo que le enviaba su Santidad para comunicar el medio, ó medios que se debian tomar en su socorro, porque como amigo del César, él queria en todo favorecerlos.

Lo cual pareció manifiesto fraude y engaño, pues en lo que sucedió, él mostró no venir sino á ver, si su peligro y necesidad era tan grande, que sin recelo pudiese el Papa mostrar su amistad y favor al rey de Francia.

Aquella noche, que era casi en fin de noviem-

bre, estando toda la tierra cubierta de nieve, sin que nadie supiese lo que el marqués queria hacer, ni donde habia de ir, el de Pescara mandó bajar una puentecilla levadiza, que de el castillo al campo salia: y por alli hizo salir á los soldados todos con camisas blancas, vestidas sobre las armas ó sobre los otros vestidos. Y como la puentecilla era estrecha salian muy por contadero, con gran priesa que los mismos soldados se daban cada uno, porque no les mandasen quedar á la guardia de la ciudad, codiciando hallarse donde los otros iban. Lo cual es muy propio á esta nacion española desear y procurar todas las hazañas de afrenta y peligro: esto les hacia salir con gran furia, sin saber para donde.

A los cuales el marqués con semblante tan alegre como si la victoria tuviera en las manos, decia:

«No os mateis; salid paso á paso, hijos y hermanos mios, que para todos hay en el despojo. Porque quiero que sepais que tenemos tres reyes en Italia que despejar; el de Francia, el de Navarra y el de Escocia.»

Dijo esto con grande alegria como aquel que los tenia en nada. Al cual todo estaba presente el datario del Papa, porque con algunas hachas que á la salida alumbraban, vió la gente que salia y la que quedaba. Lo cual él mismo dijo al rey de Francia de alli a pocos dias que el ejército imperial se partió, diciendo que iba á Roma a dar cuenta al Papa de la necesidad en que estaban, para que proveyese del socorro posible.

Con esto se fue al campo del francés y le ofreció la amistad del Papa, diciendo que de los imperiales no habia que temer, porque no podian

presentar en campo tres mil hombres; y que tomada Pavia serian luego degollados ó muertos de hambre en Lodi en tres dias. En lo cual si se engañó él lo pudiera probar, si pocos dias antes que la batalla se diese no se fuera del campo de Francia, como adelante se dirá.

Sacada, pues, de Lodi, la gente que dije, la mayor parte que serian hasta dos mil infantes, dejando los demas en guarda de la ciudad, el marqués salió con ellos llevando consigo al del Vasto con algunos de sus gentiles hombres y capitanes de á caballo. Al punto de las diez de la noche con gran oscuridad y nieve y muchos lodos, comenzaron á caminar sin saber el camino que llevaban, mas de seguir al marqués, que delante de todos iba. El cual tomó el camino de Melza con una guia que para esto junto á sí llevaba.

Este lugar (llamado Melza) es un castillo ó villa (que acá llamamos) cercada de mediano muro y torreones que la rodeaban con dos fosos de agua buenos. Está casi cinco leguas de Lodi á la parte de arriba de Milan, el cual es lugar de cerca de mil vecinos.

Por estar bien proveidos de vituallas se habian entrado en ella el conde Gerónimo Tribulcis y el conde Jacobo Tribulcis, su sobrino, caballeros milaneses foragidos, enemigos de su duque y capitanes de gente de armas del rey de Francia: los que dije que habian maltratado á los españoles rezagados dos veces en este camino. Tenian consigo sus compañias de casi doscientas lanzas y algunos harcheros ó caballos ligeros para correr toda aquella tierra, y algunos infantes para la guardia del lugar. La fortaleza del pueblo, el tiempo y la abun-

dancia de vituallas los hacia tenerse por seguros

Lo cual como el de Pescara supiese, pospuestos todos los inconvenientes tomó el camino para allá; que era tal, que en poco espacio fueran bien fáciles de contar los zapatos que entre los soldados iban, porque antes de andar una legua se quedaron todos en el lodo y nieve. De lo cual ningun sentimiento se mostraba, sino que de esta suerte caminaron todo lo que de la noche restaba, hasta que obra de dos horas antes del dia llegaron á un rio grande y tan frio que parecia cortar las piernas, entrando en él.

Esto atemorizó algo á los soldados y los hizo detener algun tanto, cada uno esperando si hallarian cómo pasar sin mojarse. Lo cual como el marqués de Pescara sintiese, hizo poner en el rio una hilera de caballos que tomaban de un cabo á otro á la parte de arriba donde quebrantase algo la furia del agua, y apeándose de un cuartago se metió al agua, diciendo: «Ea, señores, todos haced como yo.» Y como en tal caso tenga lugar la regla que dice, mover mas los ejemplos que las palabras; asi fue alli. Viendo los soldados á su capitan en el lodo y agua que le daba hasta la cintura y casi á los pechos, ninguno quedó que con gran voluntad no se lanzase en el rio. Asi pasaron por bajo de la hilera de caballos que en el rio estaban, los cuales les fueron gran ayuda para pasar sin peligro.

Pasados todos sin detenerse alguna cosa por temor del gran frio que hacia, caminaron el marqués asi á pie delante, hasta que al romper del alba llegaron á ponerse junto al lugar donde oian las velas que encima del muro hacian centinela y

hácia la parte donde ellos iban estaban en dos cubos del muro dos hombres veleando y dando voces.

Cuando ellos llegaron, comenzó el uno á decir al otro.

«Oyes, no sé qué veo hácia aquella parte menearse blanco.»

El otro respondió:

«Calla; que no es sino los árboles que estan nevados y con el viento se menean.»

Oian esto algunos que se adelantaron, y estaban esperando que toda la gente llegase, y en este espacio eran tan graciosas las cosas que el marqués de Pescara en voz baja decia á todos, que ni sentia trabajo, ni frio, ni nadie se acordaba de lo pasado.

A esta sazon tocaron de dentro una trompeta que sonaba á cabalgar: porque la una de las compañías de gente de armas que dentro estaban querian salir á correr la campaña. Luego como el marqués oyó la trompeta y los españoles fueron ya juntos, dijo:

«Razon es, pues estos caballeros quieren cabalgar, que nosotros como infantes les vayamos á calzar las espuelas. Y para esto sin ningun ruido de atambores ni voces, todos vamos á la muralla, y con las picas ayudándose unos á otros con toda presteza entremos dentro.»

No fuera acabada esta palabra, cuando todos arremeten de un tropel, (si bien callando) y pasaron los fosos que eran tan hondos que en el uno daba el agua hasta los pechos; y en todo esto el marqués de Pescara delante; y consigo el del Vasto. Asi llegaron á la muralla, donde era hermosa cosa verlos gatear por las picas arriba. Y

los que subian dando las manos á los de abajo, se ayudaban valerosamente.

À esta hora ya los de las centinelas tocaban al arma con furia, y los de dentro respondian con sus trompetas y á gran priesa tomaban armas. De suerte, que cuando de la gente española estuvo tanta dentro que pudiesen arremeter á las calles: ya de los enemigos estaba una buena parte armados á caballo en la plaza y otros á pie con sus armas. A esta hora levantóse la voz: España, España y Santiago. Era de ver la mas hermosa muestra de esfuerzo que jamas se pudo de nadie escribir. Arremetió aquel escuadron, la una parte á abrir una puerta que alli junto estaba para dar mas fácil entrada a los que no podian gatear: y los otros iban derechos á la plaza donde sonaban las trompetas y atambores.

Entrando por ella, el conde Gerónimo Tribulcis, como buen capitan se puso delante en la defensa de su gente. Al cual su desventura trajo á manos de Santillena, alférez del capitan Ribera, hombre de cuyas hazañas ninguno que en aquellos tiempos en Italia estuviese podia dejar de tener gran noticia. Este fue el que en la batalla de Vicoca sobre todos se señaló en ánimo y valentia; que siendo sargento del capitan Guinea, por mandado del marqués de Pescara fue á reconocer un escuadron de gente que de una parte á otra pasaba. Y en el camino, á vista de todos los ejércitos peleó tan valerosamente, que de nueve heridas le derribaron y jamas le pudieron rendir. Y este fue el primero que puso bandera en Melza.

Como iba delante, encontróse con el conde Gerónimo Tribulcis, que por llevar la bandera en

el hombro no llevaba sino su espada sola en las manos. Con ella dió tanta priesa al conde, que muy mal herido lo rindió. Y fueron tales las heridas, que el conde murió en pocos dias.

En esto llegada la furia de los españoles, en breve espacio se dieron tal maña, que unos en la plaza y otros en la iglesia donde se pensaron hacer fuertes, fueron desbaratados y muertos algunos, aunque pocos, y presos los demas, sin irse casi ninguno.

Lo cual acabado, el marqués hizo recoger toda la gente y el despojo de caballos y armas y cargando los soldados los caballos que habian ganado con algunas vituallas que alli habia, sin detenerse mas, tornaron á salir por el mismo camino la vuelta de Lodi, victoriosos con gran priesa llevando los capitanes y gente toda consigo.

Asi caminaron todo el dia sin algun estorbo, hasta que á la noche con gran alegria llegaron á Lodi donde el marqués hizo recoger todos los prisioneros y aposentarlos con buen tratamiento hasta otro dia. Que sin consentir que ninguno pagase rescate, les mandó luego dar libertad, para que cada uno se padiese ir donde quisiese, salvo los condes, que el uno (como dije) mal herido murió y el otro de alli á pocos dias fue suelto.

Agraviandose de esto los soldados, porque entre los prisioneros habia algunos que pudieran pagar buen rescate: el marques les satisfizo con decirles que lo hacia por ver, si con aquella magnificencia de buena guerra podia vencer la aspereza que el rey de Francia usaba con los españoles que presos tenia. Y cuando esto no bastase, que aun les quedaba libertad para mejor rescatarlos, cuan-

do con su rey los tornasen á prender (cosa maravillosa) que jamas fue visto hablar este capitan bienaventurado en esta guerra, sino como quien tenia la vitoria en la mano.

Una ó dos veces le envió el rey con brabata francesa á ofrecer doscientos mil ducados, porque le saliese á dar la batalla. El respondió al trompeta que se lo decia: «Decid al rey, que si dineros tiene, que los guarde, que yo sé que le serán bien menester para su rescate.»

De manera que claramente podemos decir que mostraba la confianza, que en la justicia divina tenia.

Acabada pues la empresa de Melza, no pasaron muchos dias que en Roma se supo. Y luego pareció una cédula en Maestre Paschin que decia: «Los que por perdido tenian al campo imperial, sepan que ya es parecido. El cual pareció en camisa un dia enamaneciendo muy helado. Y con ir de esta manera se llevaba en las uñas doscientos hombres de armas y otros tantos infantes.» Que harán cuando ya vestidos y armados salieren al campo?»

En el campo de los franceses pasaron muy buenas cosas, porque el almirante de Francia que habia sido desbaratado el año pasado (como ya dijimos) por pagarse de muchas befas que el rey de Francia le hacia y del gran desprecio que de él mostraba, preguntandole por los españoles que el tanto magnificaba, burlando de él decia: «Donde estan aquellos leones que vos deciais? bien parece la maña que os disteis con ellos.» Lo cual, si bien algunas veces pasaba en paciencia, otras no podia dejar de no lastimar en el corazon al almirante.

Como luego á la mañana, que lo de Melza pasó viniese á su noticia, él se fue al aposento del rey y diciendo. «Muchas veces me ha preguntado V. A. de los españoles que me rompieron, y yo siempre he respondido que duermen y V. A. crea ser así; esta mañana se han levantado en camisa y os han llevado la gente que en Melza estaba. Por eso mirad lo que haceis, que si los dejais vestir, no será mucho que nos lleven á todos.»

El rey (si bien lo sintió) disimuló mostrando tenerlo todo en poco.

De allí adelante el almirante procuraba ser el primero que al rey fuese con todo lo que el ejército imperial hacia, avisándole siempre que mirase que era costumbre de españoles en Italia, dejar serenar el francés y al mejor tiempo llevársele en las uñas, que así lo habian hecho con él y el mismo camino llevaban ahora. De esto burlaba mucho el rey de Francia.

De allí á pocos dias el marqués de Pescara sacó una noche hasta quinientos hombres, secretamente encamisados, y fue con ellos á dar sobre cierta compañía de caballos ligeros, capeletes griegos que del campo frances á Mariñan, entre Milan y Lodi se habian puesto. Pero no pudo ser esto tan secreto, que muchos de ellos no huyesen á Milan aunque algunos vinieron presos á Lodi. De esta manera con algunas buenas correrias, que de gente desmandada hacian, pasaron los unos y los otros hasta casi mediado enero, el francés combatiendo á Pavia y los de dentro defendiéndose valerosamente con gran daño de los enemigos.

VIII.

Son rechazados los franceses del sitio de Pavia.

El rey de Francia combatió la ciudad dos dias arreo reciamente. Derribaron alguna parte de los muros y mandó que los suyos pasasen los fosos y subiesen por la muralla, pensando entrarla á escalavista. Mas los españoles y alemanes que dentro estaban les resistieron de manera, que la gente francesa volvió atras con pérdida de muchos, que alli murieron.

Un lunes que se contaron 7 de noviembre dos banderas de italianos quisieron probar á entrar por ciertos portillos, que la artilleria habia hecho y fueron por los de dentro muertos y heridos todos. Mataron á Mr. de Longavillá con la artilleria y á los que acometieron. Por lo cual el rey de Francia al dia siguiente indignado de esto mandó batir de nuevo la muralla por dos partes á la par.

Duró la bateria cinco horas sin cesar un momento, con tanta y tan fuerte artilleria, que no solamente derribaba los muros, pero á toda la ciudad hacia temblar. La cual pasada, con increible furia y determinacion comenzó la batalla y combate un martes, acometiendo la ciudad por cuatro partes. Esto es entre el castillo y portanova y la puerta de san Agustin á la Cornesa y puerta del Tesin. Que fue grandemente cruel y porfiada, y donde mas ánimo y esfuerzo mostraron los com-

batientes y los combatidos: los unos por entrar y los otros por defenderse y estorbárselo con tanto sonido y estruendo de la artilleria y arcabuceria de ambas partes, que parecia que se hundia el mundo.

Duró esta porfia mas de siete horas, porque comenzó el combate cerca de las diez y siete horas y duró hasta veinte y cuatro: pero con tan gran daño de los franceses, que afirman murieron este dia mas de dos mil de ellos, y no fueron menos los heridos. De manera que se hubieron de retirar con tanta pérdida y vergüenza, aunque no dejaron de ser muertos hartos de los de dentro.

Señaláronse mucho de los italianos que tenia el rey de Francia, y asi ellos llevaron lo peor; habiendo el mismo suceso en el combate de la puente del rio Tesin, la cual despues Antonio de Leyba hizo cortar para mayor seguridad de ella. Murieron en estos combates mas de tres mil infantes, y trescientos hombres de armas (si bien los franceses lo negaban.

El rey de Francia acordó escusar los combates por algunos dias pensando llevar su empresa por otros medios perseverando en el cerco. En el cual cada dia habia grandes y señaladas escaramuzas porque los españoles y alemanes que dentro estaban, salian muchas veces á ellas y entraban los alojamientos y hacian muchos daños.

Viendo el rey de Francia lo poco que por alli aprovechaba su industria y trabajo, probó cortar el rio Tesin con muchas estacadas y reparos. Este vio un trecho de la ciudad se parte en dos brazos y con el uno toca en la ciudad. Este quisiera el rey apartar de ella; pero habiendo ya gas-

tado infinito en la obra teniéndolo casi acabado á los 17 de noviembre, sobrevinieron tantas aguas del cielo, que con la gran creciente todas sus estacadas y reparos cayeron. Y por esto los españoles por la parte del rio donde el muro era flaco lo repararon antes con honda cava y baluarte, para que si los enemigos tentasen, como lo hicieron, de atajar el rio, pudiesen no menos de aquella parte que de la otra defenderse de los franceses.

Andando asi las armas en Pavia el marqués de Pescara que en Lodi estába, no cesaba de hacer la guerra, y mal que podia al campo del rey de Francia y á los lugares que por él estaban, segun queda dicho.

IX.

Solapados tratos del Papa con el rey de Francia.

En este mismo tiempo trataban el papa Clemente y el rey Francico de ligarse, para echar los españoles de Lombardia y Nápoles. Cuando llegó la nueva de lo que el marqués habia hecho en Melza, estaban con el rey, (como ya dije) de parte del Papa, Alberto Carpense, su embajador, y Juan Mateo Gilberto su datario; que eran venidos á tratar de esta amistad, con color de que el Papa queria ser medianero y pacificador entre los dos príncipes.

Pareció luego lo que digo, y se descubrió su corazon, porque por consejo de estos; y aun del mismo Papa á 17 de noviembre de este año, Juan

Scoto duque de Albania partió del campo francés con seiscientas lanzas, dos mil alemanes y otros dos mil italianos; y tomó el camino de Ponte Tremol (que se hacia á la marina) para juntarse con Renzo de Cherri, que venia por mar con otros seis mil infantes: á los cuales se habian de juntar otros muchos del bando de los ursinos. Asi todos temian entrar por el reino de Nápoles, muy bien proveidos de mucha municion, pólvora, pelotas ó balas que envió el duque de Ferrara con los soldados que pasaron el Pó con el duque de Albania á quienes se habia de llegar Juanin de Médicis sobrino del Papa con tres mil infantes que habia hecho y recogido con voluntad de su tio. Lo cual todo pareció ser asi por cartas que el Papa escribió al virey de Nápoles y al marqués de Pescara, diciendo que si el rey se contentaba con tomar á Milan, y sin pasar al reino de Nápoles, le parecia no seria mala negociacion poner en su poder el reino de Nápoles en confianza, en tanto que la paz se trataba. A lo cual respondieron los imperiales, lo que convenia á su autoridad y reputacion: diciendo que el emperador habia de sostener y conservar al duque de Milan en el estado en que le habia puesto, sin permitir que Italia fuese oprimida por franceses.

Antes que el duque de Albania partiese del campo francés, el rey Francisco envió á pedir al Papa que le diese paso por sus tierras. Y sin esperar respuesta partió su gente.

El Papa encubriendo su corazon, mostró que le pesaba de que el rey se pusiese en esto, pretendiendo que el reino de Nápoles era de la Iglesia; y le escribió una carta, que por mas enga-

ñar quiso que viesen muchos, rogándole, y aun requiriendo que no se pusiese en enviar aquella gente. Era la resistencia de solas palabras, y no con obras, como convenia: su datario que estaba con el rey escribió á Parma y á Plasencia, pidiendo que diesen vituallas á los franceses por sus dineros.

El rey de Francia envió á Ferrara por artilleria y municiones que le faltaban.

Quisieran los imperiales estorbar esta jornada, quitando el paso al duque de Albania, y á las municiones; y para ello se movieron de los alojamientos en que estaban, y pasaron el Pó, temiendo perder el puesto y lugar que tenian por hacerlo, y porque tuvieron aviso que el rey de Francia les procuraba romper la puente y estorbarles el paso por donde habian de volver, que era fácil de hacerse, volvieron á ellos. Pero proveyeron luego en dar aviso á los señores principales de aquel reino, y asi mismo al capitan Juan de Urbina, que allá estaba, á fin de que estuviese muy sobre aviso, como lo estuvieron. No hizo el duque esta entrada, ni parece que quiso el rey de Francia en ella mas, que espantar, y poner en cuidado á los imperiales, y ver si en Nápoles se levantaban algunos humores.

Pasado el rio Pó supo la venida de los alemanes al campo imperial, y dió la vuelta al campo frances, donde llegó luego con Juanin en Médicis, que para servirle se habia apartado del servicio del emperador, á quien antes habia seguido.

X.

El francés se dirige contra Nápoles antes de concluir el cerco de Pavia.

Esta jornada, ó empresa que el rey quiso hacer, enviando contra Nápoles sin haber acabado en Pavia, fué por muchos juzgada á mal consejo. Diciendo que no debiera enflaquecer su campo, y sacar de él tan buen golpe de gente, teniendo los enemigos tan cerca, y sabiendo que procuraban y esperaban socorro. Y la verdad es, que segun el poco efecto que en ella se hizo, porque la gente se detuvo tanto en el camino, que no pudo llegar á tiempo donde iba, el rey hubiera acertado en tenerla consigo el dia de la batalla. Pero era el rey tan animoso y confiado, que para todo le parecia que bastaba su presencia, y el poder grande que tenia, ademas de cincuenta mil hombres, sin los diez mil que llevó el duque de Albania. Que era tan copioso y grande ejército, que hacia muy poca falta aquella gente, que de él sacaron Con el cual perseverando en su sitio y cerco, no solamente acometió á vencer las fuerzas humanas con baterias, como lo hacia cada dia, pero intentó forzar la misma naturaleza. Esto fue intentar de cortar el rio Tesin (como dije) y hacerle mudar su camino natural, y que no pasase por Pavia, sino por otro brazo que de el mismo brazo se apartaba, buen trecho antes de llegar á la ciu-

dad, entendiendo que quitando el rio, por estar por aquella parte flaca la ciudad, la podria tomar. Y fue tan buena la órden y maña que en esto se tuvo, que bastaran á hacerlo si el cielo no lo defendiera, derramando tantas aguas, que creciendo el rio con ellas desbarató todo su artificio (como queda dicho. Bien que aunque esto no sucediera, aprovechára poco la obra porque Antonio de Leyba adivinando y entendiendo lo que podria acaecer, habia fortificado y reparado toda aquella parte con muy honda cava y baluarte. El cual ademas de esto no se contentaba con defender á su ciudad, y tener su gente dentro de los muros: pero como está dicho, muchas veces hizo salir parte de ella á dar en el Real y estancias de los franceses.

Entre ellas hizo una buena suerte, que fue á 2 de diciembre, que salió de Pavía, con doscientos hombres y dió en la guarda de la artilleria de franceses. Matóles algunos de ellos, tomóles una bandera y media de otra, clavó tres piezas de artilleria, y se volvió sin recibir daño alguno.

Otro dia súbitamente salieron por una puerta de la ciudad ciertas compañias de españoles y algunas de alemanes, y dieron en el alojamiento de los italianos, y ganándoles por fuerza de armas los bestiones y reparos que tenian, entraron matando é hiriendo en ellos. Hiciéronlo con tanta furia y presteza, que antes de ser socorridos, mataron mas de quinientos y se pudieron retirar y recoger con muy poca pérdida. Con la misma ventura y determinacion hicieron otra osadia contra los grisones, que estaban alojados y fortificados en el arrabal de S. Salvador, si bien en ellos hallaron

mas resistencia. Mataron otros tantos, y se recogieron muy en órden, con tres piezas de artilleria que les tomaron.

De esta manera se las habia Antonio de Leyba con el ejército frances, que si bien estaba cercado, hacia vivir á los cercadores con contínuos sobresaltos y cuidado, mostrando en todo, esfuerzo y valor maravilloso. Del cual no menor necesidad tuvo, para regir su gente y sostenerla en la fé y obediencia necesaria. Porque faltando la paga para los alemanes que tenia, como es gente que quiere ser bien pagada, á dia cierto estuvieron para amotinarse, solicitando tambien el rey de Francia por inteligencias secretas. El cual por todas vias no cesaba de hacer la guerra. Pero la prudencia y autoridad de Antonio de Leyba bastó á poner remedio en todo. Primeramente tomando prestado el oro y plata, que habia en los templos, y labrando moneda (como dije) con el letrero: *Cæsariani milites Paviæ obsesi.*

XI.

Famosa hazaña de Diego de Cisneros y Francisco Romero.

Con este buen aviso entretuvo Antonio de Leyba á los tudescos, que con mayor impaciencia llevaban esta falta, (amenazando como suelen). Luego procuró enviar un espia, avisando al virey

de Nápoles y marqués de Pescara, que estaban en Lodi, y no mas sobrados que los de Pavía.

Hallábase gran dificultad, para poderles enviar algun socorro que era de grande importancia, pues en conservar á Pavia consistia la mayor parte de la victoria. Mas Dios, que al parecer hacia su causa, abrió camino, aunque bien dificultoso al juicio de los hombres, y fue asi. Que en el ejército imperial estaban dos soldados estrechos amigos; el uno se llamaba Diego de Cisneros y otro Francisco Romero. Cisneros era alférez de la compañia del capitan Rodrigo de Ripalda. Era persona de mucha estima.

Este Cisneros en este tiempo estaba enemistado con otro soldado sobre cierta diferencia. Y queriendo sus amigos reconciliarlos, juntáronlos un dia en el Domo de Lodi, donde entre muchas palabras el otro soldado se desmandó tanto, que el Cisneros no pudiendo sufrirlo, le dió de puñaladas, de las cuales murió luego. Como el de Pescara lo supiese, indignado de la muerte de un buen soldado y mas del desacato de la Iglesia, quisiera castigarlo. Pero Cisneros con ausentarse, no dió lugar á ello.

Al cabo de pocos dias viniendo su capitan que era muy favorecido y privado del marqués á procurar el perdon, porque un tal soldado no se perdiese, el marqués teniendo noticia, que este era hombre de quien toda cosa se podia confiar, respondió que no le perdonaria jamas, si luego no procuraba manera como poder meter algunos dineros en Pavia. Lo cual como él supiese (sí bien como cosa imposible) lo fue á comunicar con su amigo Romero, que era hombre muy prudente y para hacer de él toda confianza. Sabia muy bien

las lenguas francesa e italiana, tanto, que siempre que él quisiese, pasaba por donde quiera sin ser conocido por español.

Como él supiese esta necesidad de su amigo, diole gran confianza de buen suceso. Y tomando licencia del marqués para comenzarlo á tratar disfrazado se salió de Lodi y fue para el campo frances. Llegado allá, procuró por la via del capitan Guevara (que á la sazon al rey de Francia servia) que el rey le diese audiencia. Alcanzada, llegándose á besar las manos le dijo: «Señor, V. M. sabrá como en el campo del emperador estaba un soldado muy valeroso, llamado Cisneros, alférez de Rodrigo de Ripalda, el cual por cierta diferencia que tuvo con otro soldado muy estimado y querido del marqués de Pescara, lo mató. Por lo cual no se puede alcanzar de él el perdon. Y Cisneros siendo hombre de tanto valor, tiene á poquedad salirse á tal tiempo de la guerra. Por tanto envia á mi que soy su amigo, á decir á V. M. si es servido recibirle en su servicio, que él vendrá con tanto que ningun sueldo se le asiente, hasta que sus servicios pongan la tasa en lo que mereciere.»

Esta condicion sacó este, porque llevando su sueldo del rey de Francia, nadie pudiese despues imputarle á traicion lo que pensaba hacer.

El rey holgó de oir esta nueva, y dijo que él le agradecia á Cisneros el servicio que le ofrecia y se servia mucho de su venida. Y Romero se le ofreció que vendria con él á su servicio y el rey dijo, que holgaba de ello.

Habida esta licencia del rey, volvióse Romero para Lodi. Y comunicando con el marques de Pescara lo que se habia de hacer, ellos dos juntamen-

te con Cisneros (que luego fue llamado), cosieron en sendos jubones hasta tres mil escudos, que el duque de Milan para este efecto por cartas del de Pescara, de Cremona habia enviado y llamando dos labradores de aquella tierra de quien el marques conocia poder fiar, les dió los jubones para que debajo de sus camisas y garnachas de lienzo azul (que allá los villanos traen) se los vistiesen y se fuesen al campo de los franceses y en cierta parte señalada pusiesen una tienda, á donde vendiesen alguna vitualla y allí estuviesen hasta cuando estos dos soldados habiendo oportunidad les pidiesen los jubones; prometiéndoles grandes mercedes por ello.

Los labradores aceptaron y cumplieron muy bien.

El marqués hizo que Cisneros y Romero vistiesen otros sendos jubones ni mas ni menos en fustan y hechura, que los otros eran, porque nadie pudiese conocer la mudanza, cuando los otros tomasen.

Hecho esto y puestas sus cruces blancas, que es la insignia de los franceses en la guerra, se partieron para el campo frances, donde fueron bien recibidos del capitan Guevara y de algunos caballeros españoles, que por particulares respetos en el campo frances estaban en servicio del rey de Francia; y porque siendo concluida la guerra del almirante, este capitan fue despedido entre otros, y él con este desden se fue á servir al rey de Francia. Pero primero hizo todas las diligencias que un hombre de honra es obligado á hacer, para que su honra quede limpia y no reciba detrimento, porque luego requirió al duque de Milan y al marques

de Mantua como amigo del emperador, que le diesen sueldo. Y como en ellos no le halló fue á buscarle á donde le hallase.

Recogidos y hospedados en el aposento de Guevara otro dia fueron á besar las manos al rey de Francia. El cual los recibió con alegre semblante y encargó á Guevara su buen tratamiento. Y así estuvieron algunos dias, saliendo á las escaramuzas contra la gente que de Pavia salia. En todas lo hacian tan bien, que el rey mostraba tenerse por bien servido de ellos.

En este tiempo el rey les ofreció largos partidos, los cuales ellos no quisieron aceptar, diciendo que querian que mas se conociesen sus servicios. Esto hizo engendrar alguna sospecha en el corazon del capitan Guevara la cual se acrecentó un dia, que ofreciendo él su bandera á Cisneros no la quiso tomar. Pero todas las sospechas deshacian ellos con su prudente disimulacion aunque les era gran daño no poderse comunicar á solas porque eran muy mirados. Por lo cual tomaron por medio cuando querian hablarse sin ser entendidos; irse al palacio del rey que era un monasterio que fuera de Pavia estaba: allí cada uno se juntaba con algun caballero francés y paseándose por una sala las veces que se encontraban, con palabras disimuladas se avisaban el uno al otro lo que se debia hacer. Y cada dia procuraban pasar por la tienda do sus labradores estaban, que ya la sabian para que ya que no los podian hablar, con verlos no se partiesen de allí.

Al cabo de dos ó tres dias Romero fue herido en una escaramuza muy mal en la cabeza. Tenia mucho cuidado de su compañero. Quiso Dios que sanase.

Estando con temor de ser sentidos, procuraban hallar ocasion para entrarse en la ciudad: para esto Cisneros se hizo muy amigo del ingeniero de las minas, que estaba en el campo frances; el cual sin recelo le mostró una mina que tenia hecha en un vallecillo cerca de la bateria que iba á salir al muro que batian; cuya salida estaba cubierta con yerbas y ramas: á la entrada hacian guarda continuamente cuatro ó cinco hombres, porque pensaban tener en breve ocasion para aprovecharse de ella en un asalto general que se ordenaba.

Como Cisneros vió esto parecióle ser por alli la mas segura entrada ó menos peligrosa: resolvióse pues á probar ventura y para tener lugar de tomar los jubones, yendo un dia con el capitan Guevara por la plaza, donde sus labradores estaban alli cerca, hicieron cortar sendas casaquillas, diciendo que no podian sufrir el frio y pidiendo que para otro otro dia sábado en la noche estuviesen hechas que ellos vendrian á vestírselas. Lo cual aseguró al capitan para que otro dia siguiente sin ser notados, pudiesen venir juntos y casi de noche á la plaza por sus ropas.

Pero antes que fuesen á la tienda del sastre se metieron en la de sus labradores y con toda presteza se quitaron los jubones que traian y tomaron los que tenian los villanos con los dineros, diciéndoles que otro dia de mañana procurasen partir con las nuevas al marqués de Pescara. Pero que esperasen, hasta hora de mediodia, á fin de que pudiesen saber el suceso de tan arriesgada empresa.

Al efecto les advirtió que si en el castillo de Pavia oyesen tres tiros de artilleria juntos, podrian de-

cir en Lodi, como habian entrado en salvo. Y sino que creyesen que eran muertos, sin poder mas hacer.

Tomados los jubones, y encomendándose á Dios, se fueron á la tienda del sastre donde se vistieron sus casacas; y de alli fueron al aposento, ó tienda del capitan Guevara, donde cenaron aquella noche y durmieron, aunque no con mucho descanso.

Venida la luz, luego de mañana se levantaron, y salieron de alli con sendas alabardas en los hombros, y espadas ceñidas; y con toda disimulacion fuéronse para la boca de la mina, siendo vistos de pocos por una niebla muy cerrada, que salia del rio, y cubria toda aquella tierra.

Llegados alli, como los de la guardia los vieron, quisieron saber á que venian. Lo cual les costó tan caro, que de dos alabardazos derribaron dos de ellos en tierra. Y antes que los otros dos se lo pudiesen estorbar, se metieron por la mina; y caminando á toda priesa llegaron á salir junto al muro de la ciudad.

Alli se vieron en mayor peligro que en todo lo pasado, porque con el alboroto que las guardas por donde entraron habian hecho, ya en el campo tocaban al arma, y los de dentro habian acudido á la muralla. Entre los cuales llegaron á esta parte ciertos tudescos, que por no entender la lengua los habian puesto en gran aprieto, hasta que llegó alli el capitan Pedro Arias con otros españoles; los cuales como entendieron que pedian seguro, y que no venian mas de los dos, apartando la gente los recogieron dentro. Y conociéndolos, con gran regocijo y risa los llevaron al aposento de Antonio de Leyba, del cual fueron muy bien recibidos.

Luego se tiraron en el castillo tres piezas de artilleria, para dar aviso á los villanos que habian de llevar la nueva á Lodi.

En el campo francés no se hizo mucho caso de ello, por no saber lo que era.

Socorrió Antonio de Leyba con aquellos dineros á los tudescos, y convidó á comer á su mesa al coronel de ellos de quien se tenia sospechas. Y aun habia informacion que traia trato secreto con el rey de Francia, por medio de dos hermanos vecinos de Pavia, para darle entrada en la ciudad; pero tales fueron los bocados que tragó el tudesco, que dentro de pocas horas purgó con ellos el alma, perdiendo la vida, que como traidor no merecia.

Con este socorro, si bien la necesidad era grande, (porque lo mas precioso que comian era carne de caballo y asno) pasaron algunos dias.

Los labradores fueron bien recibidos del virey y marqués de Pescara, que ya esperaban la venida del duque de Borbon.

XII.

Saqueo de Saona.

Mediado el mes de diciembre en el lugar de Mariñan estaban trescientos caballos ligeros, con otra mucha infanteria francesa. El marqués de Pescara dió sobre ellos una noche, y no pudo salir tan secreto que no fuese sentido; huyeron pues: pero con todo les tomó el marqués cien caballos, y prendió

y mató hasta cincuenta hombres, volviéndose á Lodi, desesperado por no haber hecho la presa como quisiera.

Eran contínuas las escaramuzas y correrias que todos hacian, y grandísimo el miedo que los franceses tenian del marqués; pero por ser tantos los franceses no se echaban de ver los daños que recibian.

Por el agua andaban las armas con el mismo calor y enojo. Llegó la armada francesa á la ribera de Génova, y tomó los lugares que estaban al poniente, y tambien á Saona por no ser fuerte. El duque de Génova trataba solo de defender su ciudad que tenia muy bien fortificada, con mucha, y muy buena gente; y aprestaba una armada para salir contra el enemigo. Tenia la francesa en tres galeras y naos hasta cuarenta velas, aunque con poca gente. Venian en ella el arzobispo de Salerno, Renzo de Cherri, y otros fregosos; los cuales despues de haber estado pacíficamente tres dias en Saona, acordaron saquearla tan crudamente, que turcos no lo hicieran con mayor crueldad, sin perdonar á iglesias, ni monasterios, ni vírgenes sagradas: que fue un hecho escandaloso indigno del nombre cristiano.

XIII.

Persevera Francisco I en sitiar á Pavia.

Dos meses habia que duraba el cerco y la porfia del rey de Francia sobre Pavia. Y siendo ya fin de este año algunos de sus privados y servidores le aconsejaban que se alzase y fuese á embarcar el socorro que el ejército imperial de Alemania esperaba; pareciendo que lo de allí iba largo, y que en no hacer estotro, habia riesgo y peligro.

Pero juzgaba el rey que habiendo estado tantos dias sobre Pavia perdia reputacion en alzarse. Confiando pues en el poder que tenia, y numeroso ejército, no lo quiso hacer, esperando que rendiria á los cercados la necesidad y hambre que padecian, cuando las fuerzas no bastasen; persuadido de que el campo imperial no era poderoso para socorrerlos, antes le tenia por deshecho, y hacia de él muy poco caso.

Con esto perseveró en su propósito hasta perderse.

XIV.

Dispone el emperador socorrer su ejército:--Partida de la esposa del rey de Portugal.

El emperador como arriba se ha visto, estaba en Valladolid al tiempo que el rey de Francia se puso sobre Pavia, y teniendo aviso de lo que sus capitanes habian acordado, y aprobándolo, escribió luego al infante archiduque de Austria su hermano, para que ayudase y favoreciese la venida de los alemanes.

Visto que los venecianos querian estar á la mira y que el Papa se inclinaba á la parte francesa, envió á dar la mejor órden que pudo, para que de Nápoles y España, su campo fuese socorrido de dinero. Y asi hizo otros proveimientos necesarios.

Puesto en estos cuidados le sobrevino una penosa enfermedad de cuartanas; para remedio de la cual pareció á los médicos que no era buen lugar Valladolid. Y por esto por su consejo acordó volverse á Madrid, como lo hizo.

Antes de su partida envió á la infanta doña Carolina su hermana á Portugal, para celebrar las bodas con el rey como estaba concertado. Lleváronla á la ciudad de Badajoz, don Alvaro de Zúñiga duque de Bejar, y el obispo de Sigüenza. Donde llegaron á acompañarla don Juan Alonso de Guzman duque de Medina-Sidonia, y don Francisco de Zúñiga y Sotomayor conde de Be-

nalcázar, que despues fue duque de Bejar, por ser casado con doña Teresa de Guzman sobrina del duque de Bejar. Llegaron á Badajoz los infantes de Portugal, y otros señores y caballeros de aquel reino á recibirla; á los cuales fue entregada, y se efectuó aquel casamiento.

Fue esta señora una de las escelentes reinas que tuvo en su tiempo el mundo.

Partida la reina, el emperador vino á Madrid, donde tuvo la pascua de Navidad, y fin del año con no pequeño enojo de su enfermedad, y gran cuidado de la guerra de Italia, proveyendo para ello todo lo posible.

XV.

Amenaza el emperador á los luteranos.

Acábanse con esto los hechos de Lombardia de este año 1524. Antes de entrar á decir el desdichado suceso que el rey de Francia tuvo en el siguiente de 1525, como veremos, diré lo que en el dicho año de 1524 pasó en Alemania en las cosas tocantes á la religion (pues es propio de esta historia).

La falsa secreta de Lutero traia á Alemania alterada, y de manera que amenazaban grandes males. Los que seguian la opinion de este herege, hacian juntas, ó por mejor decir, conciliábulos. Uno muy solemne por el gran concurso de hereges, se hizo en Noremberg; otro en Ratisbo-

na, y echaron otro para Espira. El emperador, desde España, les envió á mandar, que no hiciesen aquellos conventículos; y no atreviéndose á hacer otra cosa, se deshicieron, y borraron los decretos que habian hecho en las dos juntas primeras de Noremberg, y Ratisbona, por mandado del mismo emperador: persuadiéndoles con muy buenas razones, que guardasen lo que en las cortes, ó dietas de Bormes se habia decretado; en que Lutero, y su doctrina, con general consentimiento y voluntad de todos los príncipes de Alemania, se habian condenado, y dado por herética y mala. Que si asi no lo hiciesen se enojaria. Que guardasen lo que el archiduque su hermano don Hernando en la dieta de Ratisbona habia propuesto, y con parecer de los príncipes de Alemania se habia ordenado y mandado guardar.

AÑO DE 1525.

XV.

Desafío del rey de Francia y el marqués de Pescara.

Notable debe ser este año de 1525, pues en el principio de él fue preso el muy poderoso rey de Francia, nó por otro príncipe tal como él, sino por unos capitanes que pocos dias antes casi le huian, (que son las suertes de la fortuna en quien tan poco se debe fiar).

La pascua y fin del año que el emperador

tuvo en Madrid estuvo el rey de Francia en el campo cerca de Pavía á las inclemencias del cielo, apretando con mas determinacion que antes á los cercados, que no con menos valor le resitian. De manera que con el furor de la guerra que acabó el año de 24 comenzó el de 25.

Confiando el rey de Francia en su numeroso y fuerte ejército, que segun todos dicen, tenia mas de cincuenta mil combatientes; y los cercados y demas imperiales en el socorro que esperaban de Alemania, que ya sabian les venia, y en la virtud y esfuerzo de la gente que tenian, ufana y gloriosa por las victorias que contra Francia habian ganado.

Andando así la porfía bien caliente, como el rey de Francia se preciaba de hablar valentías y hacerlas, envió á decir al marqués de Pescara (que en Lodi estaba) con un criado del mismo marqués, que se llamaba Hernando, que sobre seguro y negocio de rescates y otras cosas habia venido á su campo, que un trompeta suyo le habia dicho de su parte, que dentro de ocho dias le iria á buscar, y que no lo habia cumplido. Que él le daba otros veinte mas de término para ello. Y que si dentro de ellos hacia lo que habia dicho le daria veinte mil escudos; que si lo dejaba de hacer por no tener tanta gente como él, que el tenia por bien fuesen tantos á tantos y que luego le enviase respuesta secretamente.

El marqués de Pescara, recibida esta embajada, por guardar el respeto devido al virey de Nápoles, que era el general, la comunicó luego con él. Y los dos se concertaron en que se le respondiese al rey de Francia con el mismo Hernando en la manera siguiente.

Respuesta del marqués al rey.

«Muy poderoso señor: con aquel acatamiento que á tan gran príncipe se debe y un criado y servidor del emperador mi señor es obligado, digo que no es de mi condicion decir cosa que no pensase poderla cumplir. Y que me maravillo que algun trompeta haya dicho cosa de mi parte sin yo se lo decir, especialmente á un príncipe cristianísimo. A mí no se me acuerda haberlo dicho. Pero en cuanto á lo demas que V. A. ha tenido por bien de me mandar decir y ofrecer, digo que por ello beso sus reales manos. Que bien muestre el valor de su persona, como siempre lo ha hecho confiando mas en la virtud que en el número de su gente. Yo lo he comunicado con el ilustrísimo virey de Nápoles, capitan general del emperador mi señor, y pedídole sea contento, esto se acepte, y ello tiene por bien. Y por tanto digo, que dentro de diez dias contándolos desde el dia, que supiéramos la respuesta de V. A. sacaremos de toda la gente que tenemos en Italia que juntaremos para ello diez y ocho mil hombres. Con los cuales en campo igual, asegurado del resto de los ejércitos, contra otros tantos del ejercito que V. A. tiene en Italia, combatiremos la definicion de esta empresa y queriendo V. A. se podrá esto luego concertar con suficientes capítulos y seguridad. Y la otra merced de los veinte mil escudos, guardarla he para tal tiempo (quedando yo vivo), que como de amigo del emperador mi señor la pueda recibir

de V. A. Y de lo sobre dicho se esperará respuesta
»De Lodi á 5 de enero de 1525».

Hernando fue con esta respuesta, pero no le dejaron hablar con el rey de Francia. Dióla á Mr. de la Tremulla, el cual por mandado de su rey escribió, y respondió al marqués: que el rey de Francia decia, que aunque él negaba lo que su trompeta le habia dicho, no por eso queria negar lo que a Hernando dijo, que siempre habia estado presto y aparejado de lo cumplir dentro del termino de los veinte dias. Y ahora era contento de salir con otra tanta gente, con condicion, que los fosos de una y otra parte fuesen allanados, y que no fuese á escoger del marqués de combatir señaladamente á pié: que si tuviera gana de que aquesto se hiciera, que no hubiera dilatado tanto la respuesta. A lo que decia que juntarian la gente que tenian en Italia, él le aseguraba de parte del rey, que no podrian juntar los que estaban en Pavía, aunque el término fuese mas largo. Y porque el rey no queria andar en carteles, ni en disimulaciones, estaba determinado de no enviar mas á él. Que queriendo hacer lo susodicho, que fuese cierto, que lo saldria á recibir; que él le prometia que se cumpliria asi sin falta. En fé de lo cual lo firmaba de su nombre, y lo selló con su sello, á los trece de dicho mes y año.

El marqués de Pescara, vista la respuesta, contestó luego lo que sigue: «yo he visto lo que vuestra merced dió por respuesta á Hernando, criado del marqués del Vasto. A lo cual no me parece necesario replicar. pues decis que el cristianísimo rey no quiere andar en carteles y disimulaciones y yo tambien soy muy mozo para saberlas,

Cuanto á lo demas, que bien creo que el cristianisimo rey lo hará siempre como valeroso príncipe, pero yo como caballero que estima su honra, no dejaré de procurar lo mismo donde pudiere.»

Estas levadas pasaron entre el rey de Francia y el marqués de Pescara. Porque el rey si bien era un valeroso y esforzado príncipe, holgábase de hablar con soltura, no igual á su autoridad y gravedad real.

Sucedió despues que el campo del emperador lo vino á buscar y él no lo salió á recibir como habia dicho.

XVI.

Llegada del socorro á los imperiales: —Generoso desprendimiento de los soldados españoles.

En tanto que pasaban estas cosas á los capitanes del emperador les vino alguna gente de armas y de artilleria, que el infante de Castilla archiduque de Austria envió, y algunas compañias de infanteria alemana. A seis ó siete dias de enero llegó el cumplimiento de los diez mil alemanes, gente muy lucida, que el duque de Borbon con favor del infante don Fernando habia levantado; y esperaban que luego se juntarian con el campo imperial los venecianos y saldrian á socorrer á Pavía ó darian la batalla al rey de Francia si ellos no se fuesen de allí.

El infante llegó á Espirna, recogiendo mas gente de á pié y de á caballo, para entrar con ella en

Italia siendo necesario. Era coronel de estos alemanes Jorge de Austria: serian doce mil alemanes los mas lucidos, que se habian visto en Italia.

Los franceses se estrecharon algo mas; con todo tenian en poco a los imperiales, porque á esta sazon eran mas de sesenta mil combatientes.

Con este socorro tan aventajado luego se juntaron el virey de Nápoles, marqués de Pescara y duque de Borbon, y vino aqui el duque de Milan: y hubieron consejo y determinacion, que convenia salir en campo y acercarse á los enemigos y hacerles el mal que pudiesen.

Determinados en esto, el marqués de Pescara habiendo juntado todos sus españoles hablóles altamente, diciendo la confianza que de su esfuerzo tenia por haberlos visto en tantas ocasiones gloriosamente victoriosos. Y que no desconfiaba ahora menos, si bien entraban á pelear sin paga. Que los enemigos eran aquellos que tantas veces habian vencido. Que aunque estaba alli el rey no habia mas fuerzas, sino mas riquezas que saquear.

Que la soberbia francesa los habia de cegar y vencer. Que habiendo estado tres meses sobre Pavia, envió parte de su campo sobre Nápoles en desprecio del ejército imperial. Que no dejasen de pelear por no estar pagados, que de España se traian muchos dineros. Que venciendo (como esperaba), toda Italia y Lombardia daria dineros y del enemigo los sacarian. Que era gloria suya acometer al francés y vencerlo, ó hacer que se levantase de Pavia. Que tan ardientes como él decia, habia tomado de estar erre que erre alli y porfiado en quererla entrar.

Con estas y otras buenas razones que el mar-

qués sabia muy bien decir, dispuso los ánimos de sus soldados. Dicho esto calló el marques, al cual sin ningun alboroto respondieron los españoles con hacimiento de gracias por la estima que de ellos tenia, y ofreciéndose de salir en campaña no solo sin paga, pero aun, que de lo que tuviesen, venderian hasta la camisa para comer, y darian para dar paga y socorro á los tudescos. El que tuviese ciento, ochenta; y el que diez, seis. Y que por eso no quedase el salir en campaña.

El marqués se holgó mucho de ver el buen ánimo y voluntad de sus soldados, y agradeciéndose mucho los mandó ir á sus posadas, y ordenó qué cada capitan recogiese los dineros que de su compañia contribuyesen los soldados tomándolo por cuenta y memoria, para que despues Angiliberto, escribano de raciones ó contador del ejército, tuviese cuidado de hacerlos pagar.

En este mismo dia los capitanes españoles llevaron al marqués los dineros que suyos y de sus compañias pudieron haber; y con estos y otros que dieron los caballeros, hubo para dar un escudo de socorro á cada tudesco, y aderezar algunas cosas necesarias para la artilleria y municiones, como son carros, ruedas, sogas, azadones y otras cosas de este jaez, que son muchas y grandes las que un ejército ha menester.

XVII.

Orden con que salió de Lodi el ejército imperial.

Otro dia, (24 de enero) mandaron llamar la gente de armas y caballos ligeros y alguna infantería napolitana que en la Geredada tenian alojada: y venidos todos, junto ya el ejército en Lodi, martes á 24 de enero por la mañana, con gran alegria de todos, ruido y música de trompetas y atambores, salió el ejército imperial de la ciudad de Lodi tan triunfante, que á quien le veia se le representaba el triunfo de la victoria que esperaban.

Salieron en esta órden: en la vanguardia, don Fernando Castriot, marqués de Civita de Sant Angel, caballero griego de linage, gran servidor del emperador y muy estimado en las armas, capitan general de los caballos ligeros. Y asi salió con su gente á punto de guerra, muy acompañado de buenos capitanes y muy bien aderezados de caballos y armas. Serian en todos hasta quinientos caballos, entre los cuales iba el capitan Chuchar, alvanés, con su compañia de capeletes, gente de provecho para correr la campaña. Luego el virey Cárlos de Lanoy que era general de todo el ejército, con sus trompetas, reyes de armas delante é insignias de su oficio. Salió con él el duque de Borbon, que representaba bien quien era, y Hernando de Alarcon, marqués de la Ucicciliana: todos acompañados de ilustres caballeros y capitanes

con la gente de armas, que serian doscientas lanzas muy lucidas. Asi como iban saliendo, hacian luego alto juntándose con sus escuadrones en el campo.

Luego salió el marqués de Pescara, general de la infanteria, con sus escuadrones de hasta seis mil infantes españoles tales y tan bien puestos, que viéndolos el capitan Chuchar, alvanes, recibió tanto contento de su buen semblante, que los llamó este mismo dia hijos del dios Marte. En este escuadron salió el marqués del Vasto que iba por teniente de su tio el de Pescara aunque ambos llevaban compañias de gente de armas, pero iban con ellos los tenientes en la retaguardia.

Despues de este escuadron salió el de la gente italiana, soldados viejos y de vergüenza con sus capitanes Papapoda y Cesaro de Nápoles y otros. Volvió el marqués de Pescara á salir con estos, porque era tal, que todo lo andaba, honraba y cumplia; serian estos hasta dos mil hombres, antes menos que mas.

Luego salió la artilleria que era tan poca, que casi es vergüenza decirlo, porque solo habia cuatro piezas de bronce y dos lombardillas de hierro del tiempo viejo, que sacaron del castillo de Lodi. La municion eran tres carros de pólvora y dos de pelotas. Llevaban otros cinco ó seis carros con barcos, para echar puentes donde fuese menester. Con esto salieron hasta doscientos gastadores azadoneros que dió el duque de Milan, y fueron tales, que aun dos jornadas no siguieron el ejército.

En la retaguardia salió Jorge de Austria con su escuadron de tudescos muy bien ordenados y vestidos.

Quedó en Lodi el duque de Milan con su gente; el cual dejando allí recaudo suficiente para las provisiones que al ejército se habian de enviar, él se volvió á Cremona.

Pasóse toda la mañana; hasta que ya era mas de mediodia, en salir la gente con gran sonido de trompetas y atambores: y comenzaron á moverse los escuadrones por esplanadas, que camino de Milan estaban hechas. A este tiempo los sargentos mayores de la infanteria española, que se decian Aldana y el otro Pasate, hombres muy diestros y de la confianza que para aquel oficio se requieren, tenian apercibida toda la arcabuceria: y en comenzando á marchar los escuadrones hicieron una maravillosa salva con que se regocijó todo el ejército y los que en la ciudad quedaban puestos en los muros y torres para verlos salir.

El duque de Milan quedaba bien suspenso, considerando el fin de esta jornada, en que estaba la ventura de verse un gran príncipe ó en mucha miseria, cautiverio y servidumbre.

XVIII.

Toma de Sant Angel.

Salido el ejército de Lodi con el órden dicho, semblante y denuedo, comenzaron á marchar cada escuadron por su parte la via de Milan. Fueron aquella noche á alojar á Mariñan, (que como dije) está en medio del camino: á la entrada hicieron otra muy hermosa salva de arcabuceria:

Los enemigos que por alli cerca estaban aposentados, que tenian por muerto y acabado al ejército imperial, despertaron á este son y abrieron el ojo, sintiendo que no les convenia dormir ni tener en poco tales contrarios. Pasada la noche con buena guardia, habido su acuerdo, los capitanes imperiales determinaron partir á la mañana dejando el camino de Milan, para donde habian hecho muestra de querer ir. Volvieron sobre la mano izquierda á ponerse en el camino que va de Lodi á Pavia, por ser el mas breve para llegarse á sus enemigos y hacerles aflojar en la bateria y combates que porfiadamente le daban; y tambien porque alli tenian mas seguras las vituallas que de Lodi les habian de venir. Porque el estorbo que en el camino hallaban, pensaban quitarle; era este.

Entre Lodi y Pavia hay un lugar bien fuerte de sitio y muros, y fosos de agua, que se llama Sant Angel, y junto á él pasa un rio grande llamado Lambartmuerto, á diferencia del que pasa por Mariñan, que se llama Lambartvivo, porque lleva mas descubierta y furiosa la corriente, y este otro mas mansa y honda. Este lugar tenian los franceses bien proveido de gente italiana, asi de á caballo para correr la campaña, como de á pie para su guarda y defensa, que eran Pirro Gonzaga con ochocientos infantes, y doscientos caballos. De suerte que se tenian por seguros los que en él estaban. Pues para esta villa tomaron los imperiales el camino desde Mariñan, y con jornadas muy pequeñas, asi por estar la tierra llena de agua, como por haber de ir siempre en escuadron (y fue sobre aviso) llegaron en dos dias cerca de él. Y echando una puente de barcas en el rio, se fueron á alo-

jar entre él y Pavia, por hacer rostro en todas partes, fortificándose de bastiones y trincheras una parte, donde pudiesen esperar la batalla, si los franceses por no perder aquella gente la quisiesen venir á dar.

Otro dia luego que llegaron, el marqués de Pescara con hasta mil infantes y dos cañones de artilleria, fue á poner bateria sobre Sant Angel, dejando ordenado que el ejército estuviese muy sobre aviso, esperando al enemigo, que se creia vendria en socorro del lugar, luego que oyesen los golpes de la artilleria.

Para esto pusieron gente de á caballo con centinelas, y parte que pudiesen avisar con tiempo.

Llegó el marqués al lugar, y reconocida su fortaleza y defensa, asentó la bateria á la parte que le pareció mas flaca. Y entretanto que batian hizo cortar mucha fajina ó rama, para cegar el foso.

Diéronse tan buena maña, que en poco espacio dió con parte de la muralla en tierra, aunque no tan bajo, que no quedase dificultosa la subida y entrada.

Y viendo que no se podia allanar mas con la artilleria, por estar el muro por la parte de dentro terraplenado, mandó apercibir para el asalto, queriendo ser el primero como lo hizo en Génova, con su espalda y rodela; y la muerte dibujada en ella.

De esta manera con unas calzas de grana, y jubon de raso carmesí, arremetió á la muralla de Sant Angel. Como en el trage iba tan señalado, tirábanle á punteria las piedras y arcabuzazos, pero de todo lo quiso Dios librar.

Llegado á la bateria, quísoselc poner delante para entrar el capitan Quesada; animoso andaluz, y estimado capitan de arcabuceros españoles: hizo esto con celo de anteponerse á los peligros, por defender de ellos la persona del marqués. Lo cual él no consintió, diciendo: «¿Cómo, capitan Quesada, con título de amigo me quereis quitar mi honra? Dios no me ayude, si yo tal consiento» Y con esto se lanzó por la bateria delante de todos apellidando como siempre lo hizo, España, España.

Entró tras él el capitan Quesada, y luego otros muchos buenos soldados. Derribaron algunas garitas, de donde los de dentro hacian daño con saetas y arcabuzazos. Con esto desampararon los muros, y retiráronse al castillo.

Entonces estando el marqués y otros soldados en el foso, que aunque era hondo habian cegado, un cabo de escuadra español subió por las piedras caidas de la bateria, y alzó un bonete colorado en la pica, poco mas alto que la muralla. Despues tomó un muchacho y levantólo sobre la muralla; y como ninguno de dentro le tiraba, entendieron que los de la estancia habian huido. Luego el español subió en lo alto del muro, y tras él el marqués y todos los demás, y abrieron las puertas del lugar y acometieron y rindieron el castillo.

De suerte que en poco tiempo fue tomado el lugar, y muerta y presa la gente que le defendia, á 29 de enero. Pusieron aquí una compañía de caballos ligeros, para asegurar el camino de las provisiones, y otra de infanteria italiana para la defensa. Y con esto dejando allí algunos que en el combate habian sido heridos, volvió el marqués con su gente y artilleria á juntarse con el ejército

que habia estado en arma. Porque ciertos caballos franceses se habian descubierto, que venian á reconocer cuando oyeron la bateria. Mas no hicieron sino dar una vista, y volverse huyendo.

XIX.

El campo imperial á la vista del francés, le incita á la batalla.

Otro dia de mañana, 30 de enero, partió el ejército imperial de aquel alojamiento, camino de Pavia. Las jornadas eran tan pequeñas, que en doce millas, que son cuatro leguas, que hay de Sant Angel á Pavía, tardaron cinco ó seis dias. Pero en ellos no hubo mas de ir muy sobre aviso, y muchas veces ponerse en escuadrones y en arma con alguna gente que de los enemigos venian á reconocer el campo. Al cabo de estos dias, llegó el ejército á ponerse ya cerca de los franceses y á vista de Pavía, representando al francés la batalla que él habia pedido.

Lo cual visto por los cercados hicieron grandes alegrias, disparando la artilleria y arcabuces, poniendo iluminarias por las torres y ventanas de la ciudad, y repicando las campanas.

Los franceses los recibieron con una salva enemiga de mas de cincuenta cañones y culebrinas, que habian hecho asestar á la parte por donde venia el ejército. Pero habia en el medio tanta arboleda y tan espesa, que hicieron poco daño.

Allí se alojaron y fortificaron con bestiones y trincheras, y se fueron acercando tanto al campo francés, que se pusieron á tiro de arcabuz de sus bestiones y fuerte. De manera que las centinelas (que llaman estrechas) del un ejército hablaban con las del otro.

La vecindad tan grande era ocasion de que las escaramuzas fuesen apretadas y contínuas cada dia entre la gente de á pie y de a caballo.

El rey de Francia mandó hacer á la parte del campo imperial tres ó cuatro caballeros de tierra bien altos, y otros grandes bestiones, donde puso mucha artilleria con que hacia daño. Y como la campaña se desmontaba cortando de una parte y de otra los árboles para quemar (que era el tiempo frio) estaba ya tan raso, que la artilleria jugaba á punteria y mataba alguna gente. Por lo cual hacian sus reparos delante de las tiendas, que les valian las vidas.

Salia el marqués de Pescara cada dia á las escaramuzas, y para defensa mandó hacer un gran bestion algo apartado del campo, y cerca de los enemigos. Guardábanle con mucho cuidado de dia y de noche mil infantes. De aqui descubrian los franceses cuando salian de su fuerte, y les resistian y entretenian en tanto que la gente se ponia en arma.

En estas fortificaciones y reparos se gastaron seis ó siete dias, trayendo (como dice la sagrada escritura de otros) en una mano las armas, y en la otra la azada ó instrumento para hacer la obra.

Díjose en el campo, que el almirante de Francia se holgaba mucho de que los españoles descalabrasen á los franceses, y que le servia de con-

suelo de su pérdida; y al rey que mirase por sí, que si hasta entonces los españoles dormian, veria presto como estaban despiertos y las manos que tenian. Pero el rey con su buena gracia se reia mucho de ello por la grandeza de su corazon. Estimaba en poco los enemigos que delante de sí tenia, pareciéndole muy inferiores en número, pobres de dinero, armas y vituallas, y aun sin esperanza de socorro. Y que con tales faltas, ó se habian de rendir ó desamparar el campo: y aun decia que se gastaban mas escudos en el campo francés, que cuatrines ó blancas en el imperial. Y á la verdad asi era, que los imperiales vinieron á tanta necesidad, que no daban de racion cada dia á cada soldado mas de un pequeño panecillo, repartiéndose con esta tasa porque durasen las provisiones de Lodi, y los villanos de la tierra no querian traerlas al campo, por el poco dinero que en él habia.

XX.

Desculabro nocturno en el campo frances.

En este tiempo quiso el marqués de Pescara hacer verdadero al almirante de Francia: para lo cual dormia algun tanto de dia, para velar mejor de noche, y dañar cuanto pudiese á sus enemigos. Sucedió pues, que una noche cuando los franceses dormian á sueño suelto, se fue á una de las compañias que hacian guardia, y tomando de

ella hasta treinta arcabuceros, fue con ellos secretamente á los bestiones, donde los franceses hacian guardia. Y luego que las centinelas le sentian, hacia disparar todos los arcabuces con grande grita diciendo: España, España. Con lo cual los enemigos se alteraban, y tocaban arma, y cuando los veia muy revueltos y confusos, callando se volvia con sus arcabuceros á la guardia, de donde los habia sacado.

Con estos sobresaltos contínuos se cansaban los franceses en hacer sus escuadrones, y saber de qué cuartel habia venido la arma. Y sabido, no hallando otra cosa, tocando á la ordenanza se volvian á sus aposentos.

Cuando el marqués, que andaba por las guardias, conocia que ya estaban reposando, tomaba de otra guardia otros tantos arcabuceros, é iba por otra parte de los bestiones, y les tocaba fuertemente al arma, como la primera vez: de suerte, que los hacia volver á poner en orden á sus escuadrones. Usó de este ardid el marqués, cinco ó seis noches, con que los tenia tan desvelados, que lo sentian grandemente al principio. Pero como vieron que no era mas de tocar arma, entendieron que se burlaban de ellos, y vinieron á tenerlos en nada, y mandar á las guardias que por nada de aquello tocasen al arma, pues no era mas de inquietar el ejército.

Entendiólo asi el marqués, é hizo esperiencia dos noches, viendo que cuando sus arcabuceros tiraban, las guardias no hacian mas de burlarse de ellos, diciéndoles desde sus bestiones: «Ah marranos canalla, pensais que habemos de tocar al arma? os engañais, que no os tenemos en tanto.»

De esto se holgaba mucho el marqués, porque era el fin que habia tenido.

Con esto la tercera noche á la hora de las once, hizo poner el ejército con mucho silencio en escuadrones, habiendo dado el arma á los enemigos una vez, como las noches pasadas, y á la hora que solia ir la segunda vez, tomó consigo hasta mil y cuatrocientos infantes españoles, y avisados que cuando oyesen sonar una trompeta clarín, que consigo llevaba, todos se recogiesen, volviendo á la parte por donde entrasen en buen órden, en sus escuadrones.

Con grandísimo silencio arremetieron á una parte de los bestiones, donde hacian guardia cinco banderas de italianos. Fue tanta la furia con que los envistieron, que antes que se pudiesen revolver, mataron é hirieron muchos de ellos, los demas se pusieron en huida, perdiendo las banderas y despojo que tenian.

Los españoles no contentos con esto, entraron por el campo frances adelante discurriendo por las tiendas y aposentos, matando, é hiriendo cuantos por sus pecados les esperaban. Asi llegaron hasta la plaza principal del campo, de donde sacaron gran despójo de ropas y joyas, algunos caballos, y muchas provisiones de las que alli hallaron.

El marqués hizo enclavar, y echar en un foso muchas piezas de artilleria, que alli los franceses tenian. Hizo esto porque era imposible sacarlas de los bestiones para llevarlas.

A esta hora el ruido de las trompetas y atambores, y las bocinas, con que los esguizaros tocaban al arma, era tan grande, que por toda la

comarca parecia que el mundo se hundia: ya los escuadrones franceses se rehacian á mas andar, si bien por la grande oscuridad de la noche no sabian que hacerse, porque ninguna luz habia, sino el resplandor de los arcabuces, que los españoles á todas partes tiraban. Lo cual atemorizaba mas á los franceses, pensando que no era tan poca la gente, sino que estaba sobre ellos todo el ejército imperial. Por lo cual los españoles tenian lugar de hacer el daño que querian, pues los enemigos no hacian otra resistencia, mas que recogerse á sus escuadrones.

Aquella noche los franceses se tuvieron por perdidos, y asi fuera, si los españoles fueran mas. Pero con recelo que los franceses, reconociendo los pocos que eran, perderian el miedo, y revolverian sobre ellos, en lo cual no podrian dejar de recibir daño, antes de salir de su suerte, porque los españoles estaban muy dentro de sus alojamientos, al marqués le pareció que convenia contentarle con lo hecho, y retirarse, pues esperar mas seria temeridad antes que valentia. Asi mandó tocar el clarin cuando los españoles pudieron oirlo, y con los despojos que cada uno habia tomado sin turbacion alguna, sino muy á su placer, se retiraron todos, llevando algunos prisioneros, que habia prometido buen rescate, porque no los matasen, y salieron fuera de los bestiones de los enemigos sin pérdida de mas que un soldado, que andando en las tiendas de los franceses cayó en un silo, que junto á una casa abierto estaba; al cual por la oscuridad no pudieron socorrer sus compañeros, si bien le oyeron dar voces dentro del silo.

Vueltos los españoles, á su campo con gran honra y gloria, llenas las manos de lo que habian robado, los escuadrones se detuvieron por espacio de una hora en su suerte, esperando lo que los enemigos hacian: y sintiendo que ellos se sosegaban, fortificadas bien las guardias, se fueron a reposar que lo habian bien menester.

Otro dia comenzaron á venir trompetas y atambores franceses, para rescatar los que habian sido presos. De los cuales se supo haber sido casi dos mil los muertos y heridos, y que quedaban tan espantados los franceses, que algunos que seguian por su gusto el campo, habian pedido licencia al rey para volver á sus tierras, entre los cuales fueron el cardenal de Lorena, y el datario del Papa, que bajamente se habia pasado del campo imperial al frances, y dádole avisos.

De este y otros que asi se fueron, pesó mucho á los españoles, que tenian tan buenos pensamientos, que querian prenderlos, y haber de ellos ricos rescates. De lo cual el marqués y los demas señores se reian muy de gana, en ver los buenos pensamientos de los españoles: y el marqués los consolaba diciendo: que quedaban hartos príncipes en el campo frances, para satisfacerse con ellos de aquella pérdida.

Lo que mas todos sintieron, fue la ida de Juan Mateo el datario, que le deseaban pagar las ofertas que en Lodi les habia hecho. Mas él se quitó de estos ruidos, como quien sabia las manos que tenian los imperiales.

XXI.

El rey de Francia se retrae de dar batalla.

Temian ya los franceses á los imperiales, y no se demandaban cosa. Tenian por saludable un consejo que Alberto Carpense habia escrito desde Roma en nombre del Papa al rey, para que de todas maneras escusase la batalla, y que se fortificase en su campo, de suerte que no le pudiesen entrar, ni obligar á batalla. El rey siguiendo este parecer, y la determinacion de no alzarse hasta rendir á Pavia, mandó venir y recoger toda la gente y guarniciones, que en diversos lugares comarcanos tenia, y que se hiciesen grandes fosos y fortificaciones en su campo, contra la parte imperial.

Puso las esperanzas de su jornada en entretener la guerra, por el aviso que tenia de la falta de dineros y vituallas, que habia en el campo imperial, y en Pavia; juzgando que no se podrian sustentar mucho tiempo los unos, ni los otros.

Esperaba tambien que el duque de Albania, habia de hacer grande efecto en el reino de Nápoles, el cual se habia detenido en la Toscana procurando apartar de la devocion del emperador las ciudades de Sena y Luca. Y asimismo sacar de ellas dineros y artilleria para reforzar su gente, y

proseguir el camino que llevaba, lo cual no se lo aliñó asi.

De manera que con la dilacion del tiempo pensaba el rey de Francia hacer su hecho, no queriendo venir á la batalla que él habia ofrecido.

XXII.

Hecho notable del capitan Fernando de Haro.

Otro hecho señalado hizo el capitan Francisco de Haro, que era de caballos ligeros y fue, que teniendo aviso el virey de Nápoles, que en Pavia habia gran falta de bastimentos y municiones le encargó que buscase manera como poderlos proveer. Y él tomando una noche consigo veinte ó treinta de á caballo de su compañia hombres escogidos puso á las ancas de los caballos un saco de pólvora Y saliéndose del campo por diferentes caminos se apartó gran trecho y se entró en el camino real que de Milan va á Pavia el cual los franceses andaban cada dia; yendo disimulados á la francesa. Por el camino con los que topaban hablaban frances.

Con esta disimulacion y fingimiento y con la oscuridad de la noche no fueron al principio conocidos, hasta que ya estaban muy cerca de la ciudad. Y viéndose en buena disposicion arremetieron de tropel y llegaron hasta la puerta de la ciudad sin ser atajados, donde por la seña que tenian fueron luego conocidos y les abrieron la puerta,

recibiéndolos con gran gusto y risa por la burla que habian hecho al enemigo y por el socorro que fue de mucha importancia, por la falta que de municion habia. Porque con las contínuas salidas y rebatos que Antonio de Leyba hacia en los contrarios, estaba muy gastado.

Fueron algunos sangrientos particularmente uno con Joanin de Médicis y su gente en el cual le mataron mas de quinientos hombres y él fue herido de una escopeta en el tobillo ó espinilla, y fue tan mala la herida, que hubo de irse del campo á curarse á Plasencia. De manera, que el ejército frances se sentia muy apretado y de cercador parecia ya cercado.

Algunos aconsejaban al rey que se retirase y alzase de sobre Pavia: pero él no quiso tomar este consejo, antes se afirmaba y fortificaba mas cada dia. Por otras partes andaban las armas por mar y por tierra entre estas gentes, con el mismo furor que sobre Pavia.

XXIII.

Aprieto del campo imperial:—Consejo en que toman parte los capitanes de aquel.

Estaba en Alejandria con guarnicion de italianos Gaspar Moyano capitan milanés y tuvo aviso que venian al campo del rey dos mil soldados que por su mandado se sacaron de Marsella y desembarcaron en Saona. Salió con su gente y con al-

guna de la ciudad y al paso de un rio llamado Mura dió sobre los que venian descuidados y con poca resistencia los desbarató y fue siguiendo hasta una villa llamada Castellazo donde él y su gente entraron á las vueltas de ellos y prendieron á los que quisieron y á los demas desarmaron y despojaron y con la victoria y despojo y siete banderas que ganaron en ella, se volvieron á Alejandria.

Acaeció asimismo, que el duque de Milan que en Cremona habia quedado, viniendo á Lodi, con pensamiento de cobrar á Milan, teniendo alguna plática con los vecinos de ella Juan Ludovico Palavicino capitan del rey de Francia, pareciéndole que Cremona quedaba mal proveida, se acercó á ella pensando tomarla y siendo el duque avisado envió luego contra él á Alejandro Bentivola, con la mas gente que pudo juntar. Hubieron los dos un encuentro cerca de una villa llamada Casal Mayor (que como está dicho es en la ribera del Pó) donde el Palavicino se habia fortificado; y siendo vencido y preso el Palavicino, la tierra se tomó por fuerza, fueron presos algunos capitanes y todos los demas robados y deshechos y el Bentivola volvió muy victorioso á Cremona, donde el duque estaba.

Asi tratándose la guerra por todas partes tan reciamente, habiendo ya veinte dias y mas, que los campos estaban juntos, visto por el virey de Nápoles, marqués de Pescara, el de Borbon y los otros capitanes del emperador, que el rey de Francia tenia propósito de dilatar la guerra y no venir á batalla, fortificándose en su real cada dia mas y que aunque en las escaramuzas ellos ganaban honra y ventaja, la dilacion les era muy dañosa por

que ni socorian á Pavia que estaba en grande aprieto (aunque despues que llegó el campo imperial a vista del frances no se les dió combate) ni podian sostenerse en campo muchos dias por la falta que tenian de dineros y de vituallas, pareciéndoles que deshacer el campo era poco menos que perderlo en batalla.

Sintiendo ya la falta de provisiones, que era tanta que aquella tarde tocándose al arma por cierta escaramuza que se trabó no estaban en el campo la mitad de los españoles, pues los mas eran idos á buscar de comer por los lugares comarcanos, para sí y para los que quedaban. Lo cual visto por el marqués de Pescara, y demas capitànes, mandaron que don Alonso de Córdova hermano del conde de Alcaudete, y don Felipe Cervellon caballero catalan, señalados capitanes, fuesen á recogerlos. Los cuales se dieron tan buena maña, que al tercero dia tuvieron junto todo el ejército.

Luego se juntaron los caballeros y capitanes, que eran del consejo de guerra, en la tienda del virey de Nápoles para consultar lo que les convenia hacer. Porque tenian aviso que los venecianos se apercibian de secreto para sacar ejército en favor del frances. Y siendo asi, era llano que habia de procurar de tomar á Lodi, que por falta de gentes, vituallas y municiones no se podria defender y lo mismo se temian del Papa y de los demas potentados de Italia.

Lo que mas se sentia era, que ya el pan, que se daba de racion se habia acabado, sin tener de donde haberlo. De suerte que á este punto habia llegado el ejército imperial, con la mayor necesidad que en toda la guerra se habia visto, sin es-

perar socorro sino del cielo. Asi en el consejo hubo diferentes pareceres.

Unos decian que seria lo mas acertado levantar una noche el campo y caminar para Cremona, donde hallarian vituallas con que entretenerse hasta que el emperador enviase socorro, que ya sabian que tenia nueva, del aprieto en que estaban, por un soldado catalan, que sabiendo la lengua francesa y con su trage por mandado del virey pasó por Francia á España. Otros decian que era mejor meterse una noche en Milan, donde los franceses habian puesto muchas provisiones. Otros querian ir á Nápoles y que el frances no los seguiria, contentándose con el estado de Milan que le dejaban libre y que no habia que temer de Antonio de Leyba, porque él haria sus partidos como quisiese para sacar en salvo su persona y gente.

Finalmente, los pareceres eran varios, los ánimos dudosos y el temor cierto; y asi pidieron al marques de Pescara que aun no habia hablado que dijese lo que sentia, pues todos habian de seguir su determinacion. Esto le dijo el duque de Borbon que era lugarteniente del emperador en Italia.

Estimó en mucho el marques el credito que de él se tenia y dijo con muy elegantes razones (que tales las tenia) que conocia con cuanta razon el capitan Joanin de Médicis se escusaba, cuando le pedian semejantes pareceres, diciendo; que queria mas pelear que dar consejo, porque en lo uno aventuraba solo la propia vida y con ella pagaba lo que debia y en lo otro no solo la vida propia, sino la de muchos y lo que mas era la honra y perpétua fama. Y que conociendo él de sí que ni para pelear, ni para dar consejo se podia comparar con

los que allí estaban, tenia legítima escusa. Sin embargo, que cumpliendo con lo que un tan gran príncipe le mandaba, decia: que muchos de los que allí estaban sabian de él cuan enemigo era de batallas y que tenia por sentencia lo que vulgarmente se dice: «Déme Dios cien años de guerra y no un dia de batalla, de la cual son tan varios y dudosos los sucesos y tan ciertos y calamitosos los peligros.» Pero que aunque esto fuese asi, las causas presentes para no dilatar la batalla, ni poder sustentar la guerra, eran tan manifiestas que no habia para que repetirlas, pues todos las tenian bien vistas. Y que los medios que allí se habian dado parecian buenos y que se podria aceptar en cada uno de ellos. Pero que si se queria advertir en la ida á Milan ó en la de Cremona y asimismo en la de Nápoles, quedaban sujetos á la voluntad del enemigo: porque si el rey de Francia teniéndose por victorioso con su retirada, se le antojaba seguirlos, nadie podia negar, sino que á pesar suyo le habian de aventurar la batalla; y por ventura no tendrian lugar para prevenir lo necesario y buscar lugar cómodo para ella como ahora lo podian hacer.

Que así, su parecer era, que lo que habian de hacer forzados, hiciesen de voluntad, libremente, y á tiempo que ni como temerosos huyendo, ni como acometidos turbados, sino muy como quien tiene la justicia de su parte, y con ella debe confiar que tema tambien á Dios, que da las victorias, no segun la multitud, sino por la razon y justicia, y que la gente que en el campo imperial habia, era tal, que aunque pocos en número, se podia confiar de ellos que tendrian manos para doblados, de los que los contrarios eran.

XXIV.

Determínase dar la batalla:--Palabras del marqués.

Satisfizo á todos el parecer del marqués, y el duque de Borbon levantándose de su silla lo aprobó y lo mismo el virey de Nápoles, como todos los demas caballeros. Y fue acordado que la batalla se diese otro dia, teniéndole por favorable y dichoso, por haber nacido en él el príncipe á quien servian.

Remitiose el órden que en esto se habia de tener al marqués de Pescara, determinando que todos estarian á lo que él dispusiese.

Aparejaron las armas, sillas y caballos, cada uno como mejor podia. Y el marqués dobló la guarda y centinelas, porque nadie pudiese dar aviso á los enemigos, aunque hasta bien tarde solos los del consejo supieron esta determinacion.

Oyeron misa este dia con mucha devocion, y el duque de Borbon hizo plato en su tienda al virey y marqueses. Los demas caballeros y oficiales principales del campo recojiéronse á sus tiendas para dormir, y descansar un poco, porque esperaban tener muy mala noche.

El jueves por la tarde último de las Carnestolendas, vigilia de San Matias, el marqués de Pescara mandó á los sargentos mayores, que en dos ó tres partes juntasen la infanteria española; porque las guardias no se quitasen, para hablarles; y

siendo juntos les dijo, estando sobre un cuartago puesto en medio de todos, mirándolos con ojos amorosos: que nunca los juntaba sino para contarles trabajos y lacerias, de lo cual sabia Dios cuanto á él le pesaba, porque mas se holgara de verse con ellos para alegrarse y regocijarse, como con verdaderos amigos, pero que se temia, que la ventura no le habia de dar tanta vida para gozar de este bien; y que como á todos los que alli estaban, él tuviese en su corazon, no podia dejar de comunicarles lo que en él se trataba. Que no pensasen que habian hecho esto por él, en tenerle puesto en lugar tan honroso, como era ser su capitan general que él á la verdad asi lo conocia, que se lo debia; pero que queria que supiesen cuan caro se lo vendian, que era tanto, que estaba por decir, que maldita fuese la honra, y quien honra del mundo quiere que el sabio aunque la hallase por el suelo, no se habia de bajar por ella, pues en tomarla se obliga á perder bienes y vida, y aun el alma que duele mas sustentarla. Y que poner vida por la honra, cuando con sola ella se puede satisfacer, era nada, y en tal lo tenia, y como tal podia decir, que en todas las afrentas donde se habian hallado, siempre le habian visto delante de todos, por perder antes la vida, que la honra de su capitan: pero que cuando la vida no basta para sustentar la honra, mirasen que podria sentir él, pues á tanto le tenian obligado; y que pues el decirlo por la boca tampoco satisface, lo sintiese el corazon, y lo sintiesen todos, pues en ello le tenian puesto.

Dijo estas palabras con tanta ternura de corazon, que se le arrasaron los ojos, y enterneció los ánimos de los que le oian: porque todos le amaban

de corazon. Lo cual como él viese, prosiguió con su plática diciendo:

«He dicho esto, señores é hijos mios, para daros parte del estremo á que la fortuna nos ha traido. Y es, que de toda la tierra, sola la que debajo de los pies teneis, podeis contar por amiga, que la otra toda es nuestra enemiga, y como tal se nos ha querido mostrar, en que solo un pan que daros mañana para comer, yo ni todo el poder de nuestro emperador no lo alcanzamos, ni sabemos de donde poderlo haber sino es en aquel campo de franceses que alli veis. Porque alli como algunos de vosotros visteis la otra noche, hay abundancia, y sobran el pan, el vino y la carne, y las truchas, y carpiones del lago de Pesquera, para mañana viernes. Por tanto, hermanos mios, la cuenta es, que si mañana queremos comer, alli lo hemos de ir á buscar. Y si esto no os parece, decídmelo, para que yo sepa vuestra voluntad.»

Como los soldados esto oyeron, con muy buen semblante y animosos corazones respondieron, que aquello era lo que siempre habian deseado, y que de ninguna manera se dejase de dar la batalla el dia siguiente. El marqués les dio muchas gracias, y órden, que de los piqueros ninguno saliese de su escuadron, hasta ser conocida la victoria: que los arcabuceros que anduviesen desmandados, no se embarazasen en robar, ni tomar prisioneros, ni hacer otros sacos, hasta que la victoria estuviese cierta por su parte: y que si alguno lo hiciese, los demas le matasen los caballos, ó prisioneros, y aun al mismo, cuando fuese necesario, para atemorizar lo demas. Que aquella noche á la hora de las nueve andarian los atambores sin las cajas, sino solo con los palillos, tocando por los cuarteles, para que to-

dos se armasen; y con camisas encima de las armas y vestidos, saliesen á ponerse en los escuadrones. Que los que tuviesen camisas sobradas, las diesen á los tudescos que no las tenian, y los demas se las hiciesen de sabanas y tiendas: sino bastasen, que de pliegos de papel se cubriesen los cuerpos, para ser conocidos en la oscuridad de la noche. Que los que tuviesen ropa, ú otros embarazos la enviasen con el bagaje, que iba á enviarse á un castillejo alli cerca, para que con mozos estuviesen seguros de los villanos de la tierra, hasta el fin de la batalla. Y que siendo esto hecho pusiesen fuego á sus tiendas, chozas, barracas, que todo el ejército haria lo mismo. Porque viendo los franceses moverse todo el campo, pensarian que huian, y por ventura saldrian de su fuerte.

Enviaron al capitan Arriano que se ofreció á ello, para que avisase en Pavia á Antonio de Leyba de lo que estaba determinado, para que al mismo tiempo él hiciese por su parte lo que pudiese, aunque era muy dificultoso, por los grandes reparos y trincheras, que entre el campo y la ciudad habia

El capitan mudó la banda roja imperial, en la blanca francesa, se hizo soldado de Joanin de Médicis y pudo asi pasar, hasta entrar en Pavia, donde luego con humos hicieron la señal.

Recojiéronse al castillo de Sant Angel los embajadores que andaban en el campo, y todos los carruajes del ejército, con que quedaron mas libres y desembarazados: y puestos todos en órden, la jornada se hizo en la forma siguiente.

XXV.

Preliminares y aprestos para la batalla.

Venida la noche se pusieron las guardias, y centinelas dobladas, porque los franceses no pudiesen ser avisados: para esto puso el marqués tres capitanes, á Luis de Viacampo, á Juan de Herrera, y á Gayoso, hombres muy diestros en las armas, y diligentes, para que con sus compañias velasen, en mirar que no se pasase algun espia, ni otro alguno al otro campo.

Hecho esto y llegada la hora señalada, estaban todos á punto como el marqués habia ordenado. Luego el marqués mandó á Santa Cruz capitan viejo de arcabuceros y al capitan Salcedo de piqueros, que con sus compañias fuesen á derribar una parte del muro del Parque, que es una dehesa del monasterio de cartujos, que se llama la Certosa y llega hasta junto á la ciudad de Pavia, que es casi una legua de la dehesa con algunas pequeñas arboledas. Por la una parte confina con un rio llamado el Grabalon, que cerca de Pavía se junta con el Tesin. Por la otra estaba cercado de un muro de cal y ladrillo, de la altura de una pica ó mas.

Este muro viene desde dicho monasterio hasta junto á la ciudad. Llámase esta dehesa el Parque de Pavía. Es apacible para la recreacion de los religiosos: en medio de ella está una buena casa lla-

mada Mirabel, cercada á la redonda con un foso de agua, que de un arroyo que por alli corre le pueden echar. Esta dehesa está á una parte de Pavía y como el campo frances fuese tan grande, que cercaba toda la ciudad, venia á estar dentro de este Parque gran parte del ejército. Como lo de fuera era todo arboledas, viñas y tierra no competente para la batalla, quiso el marqués entrar en el Parque, que es tierra llana y descombrada para pelear.

Para esto envió los dos capitanes, que dije, para que algo apartado del campo francés, á la mano derecha derribando una parte del muro, hiciesen entrada al ejército. Los cuales con picos y vaivenes, trabajaron toda la noche sin ser sentidos, y con gran dificultad por ser la pared muy fuerte, al romper el alba, tenian derribado tanto, que podia entrar el ejército.

A la hora de las diez de la noche todo el ejército imperial se juntaban en sus escuadrones, cuando puesto fuego á las tiendas y chozas comenzó á arder, que parecia quemarse toda aquella tierra. Lo cual como los franceses vieron, fueron al aposento de su rey diciendo como los españoles quemando los alojamientos se iban huyendo. El rey salió de su cámara y visto el fuego creyó ser asi; con gran placer pareciéndole haber salido como él habia pensado y dicho, mandó que en siendo de dia estuviese la gente en arma en sus escuadrones, que queria seguir á sus enemigos hasta desbaratarlos, ó á lo menos echarlos fuera de todo el estado de Milan. Con esto se sosegaron hasta casi el alba.

Siendo ya juntos los escuadrones imperiales

encamisados ó empapelados, comenzaron los tudescos poco á poco á caminar, donde el muro que dije se rompia. Y como no pudo derribarse, hasta que ya era de dia, todo el resto de la noche, que fue bien larga y fria, se les pasó en confesarse algunos soldados con los capellanes de las compañias y otros sacerdotes que andaban en el campo. Ordenaron testamentos. Abrazábanse los unos con los otros como sino se hubieran de ver mas, no por causa de flaqueza que ellos hubiese, sino por buena providencia, cual deben tener los que semejantes peligros se ponen. Aunque la noche era fria, estaba serena y clara por el gran resplandor de las estrellas y sin ningun aire.

Venida la mañana, ya que abria el alba, las guardias se levantaron de donde estaban secretamente y se vinieron á los escuadrones. Y cuando ya la pared que Santa Cruz y Salcedo derribaban cayó en tierra, mandó el marqués juntar un escuadron de cinco banderas de españoles, y otras tantas de tudescos, y metióse con ellas por el portillo dentro del Parque, para reconocer lo que los enemigos hacian. Entrados un poco dentro del Parque, hizo detener el escuadron, entretanto que solo llegó á una arboleda pequeña que delante estaba; desde la cual podian ver todo aquel campo, hasta los bestiones de los enemigos. Vió como todo el ejército frances estaba fuera del fuerte en lo llano de aquella misma dehesa, ordenados en escuadrones, con intento á lo que se creyó de seguir á los que á su parecer huian: para esto habian sacado mucha artilleria con sus caballos y municiones y todo puesto á punto de batalla. Lo cual visto por el marqués, considerando ser aquel buen

lugar para lo que deseaba, volvió á su ejército con rostro muy alegre y los hizo entrar á todos en el Parque; que los tudescos se pusiesen en escuadron y los españoles en otro, pareciéndole, que por ser los italianos pocos, seria bien juntarlos con españoles, y ellos que holgarian de ello. Pero los italianos con una honrosa presuncion no quisieron, diciendo, que si se juntaban con españoles y la batalla se perdia, seria dar ocasion á que todos dijesen, que por ellos se habia perdido; y que si la batalla se ganaba, sabian que toda la gloria y honra se habia de dar á los españoles, sin acordarse de ellos. Que asi era mejor, que señalándose cada nacion por su parte, cada cual hiciese lo que pudiese para ganar honra.

A todos pareció bien este pundonor, y asi se concertó, que de la gente de armas se hiciesen tres escuadroncillos, como ellos suelen repartir.

Como todos llevaban camisas sobre las armas, no se pudo notar bien sus sobrevistas y divisas: las camisas iban cosidas con las mangas sobre el codo y las faldas á la cintura. Todos llevaban sus bandas de tafetan colorado sobre las camisas.

El escuadron de la vanguardia llevaba el virey como capitan general, con hasta doscientas lanzas muy bien aderezadas, y mas los continuos de Nápoles, y los suyos, que serian cerca de otros ciento, los estandartes en medio del escuadron muy en órden. Delante del virey iban seis trompetas vestidos de colorado y amarillo, con banderetas de tafetan colorado, y en ellas las armas imperiales. Estas eran particulares de su persona; porque las trompetas de las compañias iban con los estandartes. El virey iba muy bien armado

de unas armas doradas y blancas; en el almete un penacho muy hermoso colorado y amarillo. Llevaba un sayo de brocado y raso carmesí muy lucido, sobre un caballo ruano muy bueno y muy bien encubertado, todo de la misma divisa: y delante de él hasta cincuenta alabarderos á pié de su guardia. Los cuales al tiempo de él romper, se metieron ó recogieron en la infanteria.

El segundo escuadron, que era de la batalla, del duque de Borbon, como lugar-teniente del emperador (que aquel es su lugar) llevaba casi doscientas lanzas muy lucidas, y algunos caballeros que le acompañaban. Llevaban el duque un sayo de brocado sobre un fuerte arnes blanco, sin otra divisa ninguna. Iba á su lado el marqués del Vasto, que fue uno de los mas gentiles hombres que en su tiempo se conocia, y junto con esto muy galan. Iba muy bien armado de unas armas de veros dorados y azules, muy bien labrados. Llevaba en el almete una pluma muy hermosa, blanca y encarnada, y un sayo de tela de plata, y oro encarnado; sobre un caballo castaño oscuro, las cubiertas de la misma divisa y sobre todo una camisa rica con el collar de perlas, y otras piedras de valor, tan bien puesto en el caballo que era contento mirarlo.

Quisiera el marqués hallarse á pié con la infanteria; pero su tio el de Pescara no lo consintió, sino que fuese en compañia del duque de Borbon, pues en aquel escuadron iba su compañia de gente de armas.

El escuadron de la retaguardia llevaba Hernando de Alarcon, con hasta doscientas lanzas bien aderezadas. Iba bien armado con sobrevista

de terciopelo negro, sin otra divisa alguna. De suerte, que toda la gente de armas, sin los continuos, serian hasta setecientas lanzas, ó poco mas.

Los capitanes, tenientes y otros muchos particulares hombres de armas, iban galanes, con divisas, que por no ser prolijo, no digo.

XXVI.

Orden en que iban los ejercitos.

Esta gente entrando en el Parque, tomando todos lanza en cuja, y echando de sí los mozos, se apartaron á la una parte en la órden que he dicho.

Salió delante el marqués de Civita de Sant Angel con hasta cuatrocientos caballos ligeros, de quien era capitan general, gente de valor y vergüenza, y muy bien aderezados, asi de caballos como de armas. El iba en un buen caballo castaño oscuro, á la ligera, aunque no tan proveido de cadenas en las riendas y guarniciones, como fuera menester ,el cual descuido le costó la vida. Llevaba sobre las armas un sayo de terciopelo carmesí, y los paramentos ó cubiertas del caballo de lo mismo.

A este marqués mandaron que luego fuese con su gente á reconocer la casa de Mirabel, que en medio del Parque estaba, y la desembarazase de alguna gente de los enemigos que alli estaba; porque los escuadrones pensaban ir derechos alli. El

lo hizo muy bien, y despues volvió á ponerse en la batalla.

De la infanteria española se hizo un escuadron, á quien se dió la vanguardia. Serian hasta seis mil españoles infantes, antes menos que mas; delante de los cuales iba el marqués de Pescara armado de infante, sobre un hermoso caballo tordillo, que llamaban el Mantuano, al cual él tenia en tanto precio, que no tenia cosa que estimase en mas. No llevaba otra divisa mas que la comun, sus calzas de grana, y jubon de raso carmesí, con una camisa rica de oro y perlas. Iban con él sus continuos y gentiles hombres, ellos y los capitanes lo mas bien aderezados que pudieron.

De la infanteria tudesca se hizo un hermoso escuadron de hasta doce mil infantes; mandábale Micer Jorge su coronel. Llevaba sobre su corselete y camisa una capilla de fraile francisco por su devocion, de que mucho se rieron el virey y los demás. Este escuadron fue muy señalado.

En la retaguardia venian Papapoda y Cesaro de Nápoles con los otros capitanes italianos. Tendria su escuadron aun no dos mil infantes, aunque en el valor y esfuerzo era harto poderoso. Estos traian la artilleria, que era no mas que la que dije, y la municion conducida sobre unas yeguas, y encerró cada una con un costalejo de pólvora ó pelotas, que parecia cosa de risa.

Ordenados de la manera dicha los escuadrones, y puesto cada uno en su lugar, yá el sol comenzaba á resplandecer, cuando (aunque algo lejos) vieron venir sobre la mano izquierda hácia sí los escuadrones contrarios, que al parecer ponian espanto por su gran multitud. Porque venian en un

escuadron con Mr. de Alanson quinientos hombres de armas, y en guarda de ellos cinco mil esguizaros, algo apartados de los otros. Cerca de ellos venian otros escuadrones de casi dos mil lanzas gruesas, donde estaba la persona del rey; asi como don Enrique de La Brit, que se llamaba rey de Navarra, el príncipe de Escocia, el almirante de Francia, el duque de la Paliza gobernador de Borgoña, el conde de Sant Pol, el marqués de Aveni, con otros mas de sesenta príncipes franceses, todos tan aderezados de armas y atavios, que en comparacion de ellos era pobreza lo que traian los imperiales, como lo dice quien lo vió por sus ojos, y escribió esta relacion con mucha puntualidad y noticia do todo, por ser criado de confianza del marqués del Vasto, y que se halló en estas ocasiones.

El cual dice que vió los brocados, joyeles y cadenas gruesas de oro que traian y los soldados victoriosos les quitaron.

Venia luego un gran escuadron de infanteria alemana, de los que llaman de la banda negra de mas de quince mil hombres puestos en ala por aquella llanura. Tras ellos venia otro escuadron de diez mil esguizaros, otro de quince mil italianos, y otro de diez mil franceses á pie (que llaman fratopines) gascones y bearneses. Estos eran sin mas de otros diez mil italianos y franceses de á pie y de á caballo que quedaban sobre Pavia, para asegurar que los de dentro no saliesen á dañar á los franceses, ni á robar su campo, ni de parte de los imperiales se les pudiese meter socorro.

XXVII.

Casamiento de don Alonso de Córdova.

No desmayaron los imperiales viendo venir un ejercito tan poderoso, antes se dijeron muchos dichos muy graciosos y con buen donaire, como gente que tenia muy enteros los ánimos. Adelantóse un poco el marqués de Pescara, acercándose mas á los enemigos, y no estuvo mucho, que volvió con una risa que parecia muy de veras, diciendo: «Pasais por la soberbia de estos locos? Sabed que el rey de Francia ha mandado echar bando ó pregon, que nadie tome español á vida, so pena que la perderá tambien el que la tomare. Mirad que vanidad, si piensa que nos tiene ya las manos atadas.»

Este dicho (dado que algunos conocieron ser burla y fingimiento) encendió á la mayor parte en tanto corage, que hizo gran daño en los enemigos. Porque se enojaron tanto los españoles, que muchos juraron luego de no tomar hombre á vida, y de antes morir mil muertes, que rendirse, que era lo que el marqués queria.

En este tiempo el capitan don Alonso de Córdova mandó á su capellan que fuese por doña Teresa su amiga, que allí cerca en la retaguardia habia quedado, en la cual tenia dos hijos; y venida le dijo:

«Ya, señora, veis el tiempo en que estamos, y

sabed que yo estoy obligado á pelear por tres, que es por mí y por mis hijos. Querria si vos mandais que me fuese lícito pelear por cuatro; quiero decir, que fuese tambien por vos. Y por esto estoy determinado si vos lo teneis por bien, que volviéndonos á Dios, nos pongamos en su servicio, y recibiros por mi mujer, y los muchachos por mis lejítimos hijos. Porque con esto con mas ánimos podré poner la vida por vos primero que por mí, y ayudarnos á Dios.»

Viendo ella la merced que Dios le hacia, se apeó presto del cuartago en que estaba, y se puso de rodillas á los pies de don Alonso. Y él la levantó y allí les fueron tomadas las manos, y hecho el casamiento por su capellan, ella se volvió con muchas lágrimas donde habia venido.

A todos pareció bien este hecho y lo tuvieron en mucho. Y luego vino allí don Juan de Córdova su hermano, capitan de gente de armas por el duque de Sessa, y le abrazó: habia dias que no se hablaban, y aprobó y loó mucho lo hecho. Lo mismo hizo don Pedro de Córdova su hermano, que estaba con la gente de armas. Los cuales luego se volvieron á sus escuadrones, porque ya comenzaban á tocar los atambores á la órden.

XXVIII.

Da principio la batalla de Pavia.

A esta hora ya los enemigos habian puesto delante de sus escuadrones la artilleria que dije que habian sacado, que eran mas de treinta piezas gruesas, sin otras muchas de campaña. Y comenzaron á tirar á los escuadrones imperiales. Porque la traian con tal arte, que sin quitar á la pieza los caballos, que la llevaban sino con solo revolver la boca adelante con un estribo grueso de hierro que en la cureña traian, donde hacian incapié para la coz, podian jugar de cada pieza sin tener que detenerse mas de para asestar á la parte que el artillero queria.

Con la primera rociada mataron algunos hombres de armas, y infantes de los escuadrones imperiales.

Viendo esto el marqués, mandó que el escuadron de la infanteria española caminase poco á poco derecho á Mirabel, dejando los enemigos sobre la mano izquierda, y traer las dos piezas de artilleria y algunas yeguas de las cargadas con municion que llevasen consigo, para que llegados cerca de un altillo que junto á Mirabel esta, las pusiese para dañar de allí á los enemigos tirándoles de través.

En esto salieron del escuadron dos muy buenos soldados de la compañia del capitan Ribera,

el uno llamado Pedro Caraez y el otro Juan de Medina armados con sus coseletes y picas en las manos, y suplicaron al marqués les diese licencia para que al tiempo de acometer los escuadrones, ellos dos solos pudiesen ponerse algo delante al largo de tres ó cuatro picas, para que alli tuviesen lugar de mostrarse. El marqués se lo hubo de conceder por el crédito que de ellos tenia. Pero como nunca los enemigos llegaron á esa manera de romper, no tuvo efecto su peticion. Aunque se dieron bien á conocer por lo mucho que aquel dia estos dos valientes españoles hicieron.

Caminando, pues, el escuadron de españoles, paso á paso, llegó al arroyuelo que está junto á Mirabel, cuya agua llegaba á la rodilla: pasáronle y llegaron junto á la casa. De la cual los caballos ligeros habian echado algunos enemigos y mercaderes que en ella estaban. Y poniéndolos en aquel cerrillo para tirar con las dos piezas de artilleria, las yeguas que la municion traian se habian espantado y huido, que no las pudieron tener los villanos que las traian. De suerte que sino fue de dos tiros que venian cargados, de otra cosa no se aprovecharon de su artilleria y asi se la dejaron alli.

En este tiempo Mr. de Alanson, cuñado del rey, que algo apartado de los otros escuadrones con quinientas lanzas y cinco mil esguízaros venia, como dije, rodeando por detras de unos álamos, vino á salir á la retaguardia de los imperiales, con intento de tomar el paso por donde habian entrado y herirlos por las espaldas. Pero como ya asi la infanteria española como tudesca y la gente de á caballo no estaban como él pensó, vino á encontrarse con los italianos que con la artilleria algo

mas se habian detenido. Los cuales como viesen venir contra sí tanta gente de á pie y de á caballo, con muy buen ánimo se apercibieron para esperarlos. El capitan Papapoda que en la hilera estaba, dijo viendo el peligro: «Paréceme que seria cordura recojernos á aquella alamedilla. Porque alli fácilmente nos podremos defender de la gente de á pie y de la de á caballo, y estaremos seguros por la espesura de los árboles.» Al cual respondió el alférez que estaba detras de él con su pica en la mano: (porque dia de batalla campal las banderas van en medio del escuadron y llévanlas los abanderados, y los alféreces van en la segunda hilera del escuadron con sus picas): y asi iba este valiente soldado; y de alli dijo á su capitan: «Mirad, capitan; no es tiempo de buscar esas seguridades á los que mas buscan honra que vida. Acordaos que para este dia os ha pagado el emperador muchos años. Por tanto, no os mudeis de donde estais; sino, tened por cierto que el primer picazo que diere será en vos.»

Apenas habia dicho estas palabras, cuando la gente de armas por una parte y los esguízaros por otra arremetieron con tanta furia, que en breve espacio rompieron aquel escuadron y mataron é hirieron la mayor parte de él. Aunque ellos pelearon con grande ánimo y derribaron y mataron muchos de sus enemigos, tanto, que la gente que los rompió no osó mas entrar en batalla. Y vista su pérdida, se fueron de alli sin mas pelear. Pero en este reencuentro ellos quedaron victoriosos y ganaron la artilleria, y la dispararon contra los imperiales gritando en alta voz: Victoria, Francia, victoria.»

Lo cual visto por el virey de Nápoles, con alguna turbacion de lo que habia pasado sin poderlo remediar, envió de presto con el capitan Aguayo uno de sus contínuos á decir al marqués que le parecia que él con la infanteria española se metiese dentro del foso de Mirabel y alli se fortificase para recoger la gente mas á su ventaja. El marqués que sin alguna turbacion lo miraba todo, vió que era una gran ceguedad lo que el virey queria, porque dentro de dos dias era fuerza que se rindiesen por hambre ó salir á buscar los enemigos. Que por ventura viendo la ventaja se fortificarian de bestiones en torno de ellos y con sola su artilleria los hundirian alli.

Considerados estos inconvenientes, respondió el marqués en alta voz que oyeron todos: «Decid al virey que sin mas esperar el daño que la artilleria hace en la gente de armas, acometa y rompa los enemigos. Porque al fin el que espera da ánimo á su contrario; que yo seré luego en la batalla.»

Con esta respuesta fue Aguayo y volvió luego, diciendo: «Señor, el virey manda que V. S. tome luego á Mirabel como lo dice, que lo demas seria ir á buscar la muerte á sabiendas.

El marqués respondió: «Decid al virey que acometa á sus enemigos: que pues la muerte no deja de alcanzar á los que huyen, mas vale buscarla con honra que huirla con perpétua infamia.»

Y dicho esto, mandó volver de alli el escuadron para ir á la batalla de los enemigos. Y tornando á pasar el arroyo, hizo que todos sus contínuos y criados se apeasen y se metiesen en su lugar del escuadron que es la tercera hilera. Porque

la primera es de los capitanes, la segunda de los alféreces y la tercera de los gentiles-hombres del capitan general.

Ordenado bien el escuadron, los arcabuceros delante que serian hasta ochocientos ó pocos mas, salió solo el marqués delante en su caballo Mantuano, y viendo tendida en tierra una lanza de hombre de armas, pidió que se la diesen, y poniéndola en la cuja la tornó á lanzar al suelo, diciendo: «Quítame allá ese embarazo.» Y echó mano á su espada.

El capitan Aguayo llegó al virey con la respuesta y determinacion del marqués. El cual viendo ser aquello lo que cumplia, se volvió á su escuadron diciendo: «Ea señores, aqui no hay mas que esperar sino en Dios. Por tanto, os ruego á todos que me sigais haciendo como yo haré.»

Cerca de él estaba el marqués de Sant Angel, que echada la gente de Mirabel se volvió á su estancia. El virey envió á decir al duque de Borbon que luego acometiese con la batalla y Alarcon con la retaguardia. El de Borbon cuando aquello oyó, alzó juntas las manos al cielo como hombre que veia llegarse lo que para mostrar el enojo que contra el rey de Francia tenia habia dias que deseaba. Y asi lo publicó en palabras.

El virey haciendo la señal de la cruz sobre sí, tomó su lanza, y con su escuadron comenzó á caminar en buen órden hácia los escuadrones franceses que algun tanto se habian parado. Lo cual como el rey de Francia viese, que muy bien armado sobre un caballo rucio andaba discurriendo por sus escuadrones y traia sobre las armas un sayo de brocado y terciopelo morado á escaques y

bordadas en él muchas F. F.; al contrario en el brocado terciopelo y en el terciopelo brocado, con cordones de oro y seda morada. En el almete traia una gentil pluma ó penacho grande amarillo y morado. Las caidas del penacho llegaban á las ancas del caballo. De entre las plumas salia una bandera de cendal morado con una salamandria dorada en un fuego, y al cabo de ella una F granrada en un fuego, y al cabo de ella una F grande dorada y una letra á la redonda del pendoncillo que decia: *Ista vice et non plus.* Que quiere decir, *esta vez y no mas.* Esta traia él, porque en aquella jornada pensaba quedar seguro señor de Italia.

Junto á él venia el príncipe de Navarra con ricas armas doradas y sobrevistas de hermoso brocado verde con unas esferas doradas por las sobrevistas, el caballo encubertado de terciopelo pardo y fajas de oro. Venia tambien allí el príncipe de Escocia, muy hermoso de rostro y bien dispuesto de hasta diez y ocho años. Traia sobre las armas un sayo de brocado muy lleno de cruces blancas con una gruesa cadena de oro á la garganta con un rico joyel. Otros muchos venian de brocado y sedas muy ricamente ataviados sobre hermosas armas.

Pues como dije andaba el rey con sus escuadrones y solicitando á los artilleros á que se diesen toda priesa á tirar. Y como viese que la gente de armas de España iba la vuelta suya, dijo en alta voz. «Ea caballeros, que pues esta gente viene como buenos á buscarnos y nos quitan de trabajo, razon será que como tales los salgamos á recibir.»

Luego mandó al principe de Navarra que con Mr. de la Palisa, el conde de San Pol y el mariscal

de Montmorency todos grandes señores y otros muchos saliesen con la vanguardia delante.

A este tiempo ya el virey venia con su escuadron á mas andar juntándose á ellos. Y puestas las lanzas en los ristres, con gran ánimo arremetieron los unos á los otros, que era hermosa cosa ver los lindos encuentros que se daban, y muchos caballos que salian sin señores. El alarido de las voces de los unos y de los otros, era tan grande, y las voces que daban los unos apellidando Francia y los otros Santiago y España, y el ruido del quebrar las lanzas y de las caidas de los caballeros era cosa espantosa, que parecia estar allí todo el mundo junto. Lo cual como el marqués de Pescara viese, que venia á la mano derecha con los españoles, temiendo el peligro de su gente de armas que era tan poca y los enemigos tantos, vuelto el rostro al escuadron dijo:

«Ya señores veis como nuestra gente de armas hace como buenos lo que en sí es y si reves ó daño han de recibir será por ser tan pocos que largamente hay tres para uno: por tanto conviene socorrerlos. Y porque no seria acertado ir todos estos, salga el capitan Quesada con su compañía de arcabuceros y váyalos á socorrer.»

En diciendo esto, salió Quesada con su arcabuz en la mano, y vestido una cuera de ante con mangas de malla, morrion, camisa y banda colorada: y llamando sus soldados salieron todos, que serian hasta doscientos arcabuceros bien aderezados: puédese decir por digno de memoria, que aquel dia, sin haber sargentos mayores ni menores que del escuadron saliesen, su buena estrella los gobernaba de tal manera, que solos sus soldados sin jun-

társele otro ninguno, le siguieron con muy buen órden y llegaron donde la gente de armas peleaba valerosamente. Con cuya llegada perdieron muchos franceses los caballos y las vidas. Porque en llegando comenzaron á tirar á los escuadrones de los enemigos aunque no andaban bien mezclados. Pero en viendo cruz blanca ó el caballero sin camisa sobre las armas, daban con ellos en tierra.

El ruido de la arcabuceria y el humo, puso gran temor en los caballos de los enemigos, tanto, que enarmonados muchos de ellos se salian de la batalla, sin poderlos sus dueños señorear. Alli murieron muchos señores y caballeros franceses, como fue el almirante de Francia Mr. de la Palisa y otros muchos. Que aunque salian de la batalla, se rendian á quien pensaban les salvaria las vidas y para esto prometian gran rescate. Pero no tenian remedio porque llegaban los arcabuceros y sin piedad alguna los mataban.

De esta manera vió quien escribió esto, morir á Mr. de la Palisa, caballero anciano y muy estimado, que se habia rendido al capitan Chuchar y prometídole veinte mil ducados de talla ó rescate; llegó un arcabucero y le mató. Mostráronse mucho como valientes en este primer encuentro el virey de Nápoles y el duque de Borbon que se metió cuanto pudo en la batalla con deseo de toparse con el rey y matarle. Tambien el marqués del Vasto hizo lo mismo y Hernando de Alarcon que entró con su retaguardia y se puso en tanto peligro que aunque mató algunos le derribaron del caballo; y sino le socorrieran ciertos arcabuceros y Jorge de Sevilla buen soldado que se puso en gran peligro por darle un caballo que quitó á un frances, peligrára.

XXIX.

Prosigue la batalla.

Entró (como dije) con el virey el marques de Civita de San Angel, mostrando bien quien era. Yendo peleando le cortaron las riendas del caballo, por el descuido de no llevar cadena de hierro (como dije). Como el caballo se sintió suelto metió á su dueño por el tropel de los enemigos aunque él siempre con su maza de hierro iba hiriendo á una parte y á otra hasta que fue á dar donde el rey de Francia andaba. El cual con una gruesa lanza que traia le encontró de suerte, que como el marques iba armado á la ligera ó estradiota, le derribó muerto en tierra.

Esto pareció ser asi porque el mismo rey despues de la batalla dando buenas señas de él dijo lo que le habia acaecido.

Andando la gente de armas en los principios de la batalla, el marques de Pescara, que á mano derecha venia con la infanteria española, vió venir hácia su escuadron, otro bien grueso y con buen concierto de los enemigos. Y con una disimulacion y fingimiento gracioso, que naturalmente tenia, se volvió á su gente diciendo: «Ea mis leones de España, que hoy es dia de matar la hambre que de honra siempre tuvisteis. Y para esto os ha traido hoy Dios tanta multitud de pécoras, en

que os cebeis. Mirad que aquel escuadron que algo lejos viene hacia acá, me parece que es la gente de Pavia, que con el mismo deseo de ganar honra ha salido y viene á juntarse con nosotros. Por tanto vamos á recibirlos. Y juntos podemos volver sobre la mano izquierda y á nuestro salvo entrar por los enemigos.»

Con esto no cesaba el escuadron de caminar paso á paso hacia ellos, dejando la retaguardia algo desviada.

XXX.

Prosigue la batalla.

El escuadron de los tudescos se estaba quedo en el campo, para acudir donde fuese necesario. Si algun arcabucero español pasaba acaso cerca de ellos, Micer Jorge salia y tomándole por el brazo le metia en el escuadron diciéndole en su lengua: «*fermi*, *fermi*» esto es, que estuviese alli con él. De esta manera juntó consigo mas de treinta arcabuceros que viendo su buena voluntad holgaban de complacerle.

Todavia caminaba el escuadron de españoles, derecho al escuadron que el marqués les habia hecho creer que era de los de Pavia, aunque algunos claramente vieron no ser asi. Pero entendiendo que el marques lo hacia por animar á su gente y que cuando hubiesen de romper fuese como de improviso, callaron. Asi iba con gran regocijo y el marques delante en su caballo haciendo mil gentilezas y diciéndoles muy buenas razones, que alegraban á todos y les ponia esfuerzo, hasta que llega-

ron tan cerca los unos de los otros, que no tuvo ma lugar la disimulacion. Porque vieron claramente las cruces blancas y se conoció ser aquel escuadron de los quince mil tudescos de la banda negra: los cuales venian en muy buen órden, trayendo en la vanguardia mas de cuatro mil coseletes escogidos. Delante venian hasta doscientos escopeteros.

A esta sazon ellos comenzaron á calar las picas hacia delante y decir: *Her her*. Que es, *arma arma*.

Lo cual visto por el marques y que no era ya tiempo de mas disimular, volvióse á los españoles diciendo como que se admiraba:! «Oh cuerpo del mundo! engañados veniamos, que enemigos son! Sus todo el mundo hincadas las rodillas haga oracion y nadie se levante hasta que yo lo diga.

Ya los arcabuceros españoles que estaban delante del escuadron se habian apercibido de encender cada uno dos ó tres cabos de mecha, para poder tirar mas liberalmente, y llevaba cada uno en la boca cuatro ó cinco pelotas, para cargar mas presto.

Hincados pues todos de rodillas, las mechas puestas en las llaves de los arcabuzes, hicieron oracion: los enemigos hicieron lo mismo. Al levantar salieron los doscientos escopeteros que los tudescos traian y adelantándose hasta diez pasos dispararon todos á una. Pero como los españoles estaban de rodillas y ellos no tiraban de punteria sino puesta la mecha á un palillo teniendo con una mano la escopeta y con la otra pegaban el fuego no mataron ni hirieron á nadie. Y en tirando volvieron á quererse meter en su escuadron para tornar á cargar.

Volviendo pues para esto las espaldas, comenzó el marqués en alta voz: «¡ Santiago, y España! á ellos, á ellos, que huyen!» A esta voz se levantaron los arcabuceros, y comenzaron á tirar con tanto concierto, que parecia habia alli seis mil, no siendo mas de seiscientos los que estaban. Fue tanta la furia, que los enemigos no pudieron dar dos pasos adelante, sino que caian tan espesos, que las picas cayendo unas sobre otras parecian algun cañaveral, que derribaba el viento. En medio cuarto de hora no habia cosete de la vanguardia de los enemigos, pues todos habian caido, y hallábanse despues muertos, con cinco arcabuzazos en el peto, y otros con cuatro, y tres, y con dos, señal que todos habian llegado juntos y á un tiempo: tan espesa, y concertada fue la punteria, pues cada uno de aquellos tiros era mortal. De suerte que en el tiempo que tengo dicho, cayeron mas de cinco mil hombres. Porque no hubo arcabucero que por lo menos no tirase seis tiros, y otros ocho, y á diez.

Los enemigos se vieron perdidos, y haciendo una ciábogo, dejando el pelear, se fueron donde el cuerpo del campo imperial estaba: quiso su ventura que pensando salvarse por alli, toparon con la compañia de Quesada, que habia socorrido la gente de armas, y casi rompido y desbaratado la de los enemigos, y venian con gran furia á socorrer el escuadron imperial de españoles, que venia peleando. Como los toparon, volvieron á darles otra rociada, que matando muchos de ellos, fue del todo desbaratado aquel escuadron.

El rey de Francia, que por una parte veia

desbaratada su gente de armas, y por otra el gran peligro de sus tudescos, fuese á juntar con los esguizaros animándolos á que fuesen á pelear contra el escuadron de españoles. Fueron dificultosos de arrancar, y mover de donde estaban. Llegaron á pasar por junto al escuadron de los tudescos imperiales, de donde salieron los arcabuceros españoles, que Micer Jorge habia recogido, y otros de los suyos, y dieron una mala rociada á los esguizaros. Y llegando á tentarse de las picas, no quisieron acometerlos ni detenerse, por el temor que de los arcabuceros habia cobrado. Por lo cual decia despues el rey, que no le habian roto sino los arcabuceros españoles: que á donde quiera que habia ido, los habia hallado.

Pasando de alli los esguizaros casi juntos con el otro escuadron de italianos y frantopines se venian hácia donde los españoles estaban. Y llegando cerca, por un costado le salió una buena banda de arcabuceros, que desmandados habian llegado á la artilleria francesa, y muertos los artilleros que hallaron, y desarretados los caballos y carros de la artilleria, apoderándose mucha de ella. Como vieron la multitud de gente que iba contra el escuadron de españoles, dejándolo todo, por un lado dieron en ellos, de suerte que facilmente cortaron el escuadron. Los otros arcabuceros que estaban con la infanteria española le salieron con tanto ánimo al encuentro, y tanto concierto en el tirar, que hicieron detener á los enemigos, esperando acabasen de tirar. En el cual tiempo recibieron gran daño.

Viendo que jamas aflojaba ni un punto la furia del tirar, volvieron sobre la mano derecha, y

dejando la batalla, tomaron el camino del rio para salvarse, que realmente fue huir.

En esto Antonio de Leyba, que dentro de Pavia estaba, y con poca salud, se hizo sacar en una silla á la puerta de la ciudad. De alli mandó salir hasta mil soldados españoles y tudescos, de los que tenian dentro; y que con mucho tiento comenzasen algunos de ellos á escaramuzar con la gente italiana, que el rey de Francia alli habia dejado por guardia. La escaramuza se trabó de suerte, que tuvieron impedida y ocupada aquella gente, que no fuese á la batalla. Que fue un buen hecho por ser la gente buena.

Estando ya las cosas en el estado que digo, el capitan Guevara, que con algunos españoles al rey de Francia servia, (como ya dije) aquel dia fue mandado ir á guardar la puente al Tesin, que tenian echada. Y como vió la perdicion de su ejército, procuró defender aquel paso, para por alli recoger alguna gente que venia huyendo, para ponerla en salvo, derribando despues la puente, ó desbaratando las barcas sobre que estaba armada.

XXXI.

Victoria de Pavia:—Prision de Francisco I.

Al tiempo que el escuadron de los imperiales rompió con los de la banda negra, el marqués se metió en los enemigos como un leon. Que no solo hacia el oficio de capitan de palabra, sino tambien con admirables obras; y matando é hiriendo se lanzó entre los contrarios: de tal manera y suerte, que en mas de media hora no supo hombre de todos ellos de él.

En el cual espacio, como el marqués de Sant Angel fue hallado muerto, como no dijesen cual de los marqueses era, y el de Pescara se les hubiese perdido de vista, los soldados creyendo ser él el muerto, se enfurecieron mucho, lo cual costó harto caro á los enemigos. Porque perdida toda la piedad que los españoles suelen tener, andaban como lobos hambrientos, matando cuantos hallaban, y algunos con las lágrimas en los ojos, de dolor por la muerte de un príncipe, capitan tan amado de todos, acrecentándose á algunos esta saña, porque á la misma sazon vieron entrar herido al capitan Quesada, que yendo á la artilleria de los enemigos, de un escopetazo por las espaldas le hirieron. Pero fue su ventura que la herida aunque mala, no fue de muerte.

Este capitan se llamaba Pedro Fernandez de Quesada, hidalgo noble, natural de Segura de la

Sierra, villa frontera entre el reino de Toledo y el de Granada y Andalucia. Fue uno de los señalados capitanes que el emperador tuvo. De los despojos de esta guerra trajo á su lugar telas de terciopelo azul oscuro, sembradas de flor de lis de oro, de que hoy dia hay frontales y otros ornamentos en las iglesias.

Andando los soldados españoles tan encarnizados, como tengo dicho, salió el marques de Pescara de un escuadron que de enemigos se desbarataba, y en las veneras que traia se pudiera bien saber las romerias que habia andado. El venia herido en el rostro junto á la nariz de una pequeña herida, que con una pica le habian dado: traia otra herida en la mano derecha, no peligrosa; pero sí un arcabuzazo por medio de los pechos, que pasándole el coselete y los vestidos llegaba á la carne. Como la pelota estaba caliente, dábale pesadumbre pensando que entraba por el pecho en el cuerpo, y esto le ponia algo fatigado. En las armas traia mil cuchilladas, alabardazos y golpes de picas. El caballo venia con una gran herida en las quijadas y otra en la barriga, que le hacia venir las tripas arrastrando. Con todo esto, en saliendo del escuadron de los enemigos comenzó á relinchar, y como el marques lo viese, y supiese cual el caballo salia, dijo:

«Mantuano, ese es el cantar del cisne: pluguiera á Dios que con mil ducados pudiera yo salvarte la vida.»

Y llegado á los españoles dijo: «Ea amigos, nadie descanse, pues el tiempo no da lugar, que ahora es tiempo de seguir la victoria que Dios os

ha dado. Sabed que la guerra y mis dias acabarán juntamente, porque vengo mal herido de un arcabuzazo por estos pechos.»

¿Quién podria contar la tristeza que en todos esta palabra puso? Bien se puede creer, que la alegria de haberle visto venir despues de tenido por muerto, se volvió en mortal tristeza con tales nuevas. A la hora llegaron á él, el que mas presto pudo, y le apearon del caballo. Un gentil-hombre suyo, llamado Antonio de Vega, le quitó pronto los correones del coselete, y metiendo la mano al pecho halló la pelota junto á la carne hecha una tortilla. Pidiendo albricias al marques se la mostró: y como él se vió libre, de presto se hizo tornar á armar. Tomó otro caballo, dejando allí su Mantuano, que de allí á poco murió.

Recogiendo la gente que pudo (que ya mucha se habia desmandado á seguir la victoria) se fue la via del rio Tesin, donde veia ir muchos de los enemigos. La gente de armas, aunque retirándose, siempre iban defendiendo lo que podian.

Como el rey de Francia vió que no podia hacer tornar sus esguízaros (que era la gente de que mas estima hacia) á la batalla, y que claramente parecia su perdicion, trató de ponerse en salvo; y tomó el camino de la puente del Tesin. Iba casi solo, cuando un arcabucero le mató el caballo y yendo á caer con él llegó un hombre de armas de la compañía de don Diego de Mendoza, (llamado Juanes de Urbieta, vascongado, natural de Hernani en Guipuzcoa) y como le vió tan señalado, fue sobre él al tiempo que el caballo cayó. Y poniéndole el estoque á un costado por las escotaduras de las armas, le dijo que se rindiese. El

rey viéndose en peligro de muerte, dijo: «La vida! que yo soy el rey!» El guipuzcoano lo entendió, aunque era dicho en francés: y diciéndole que se rindiese, él dijo: «Yo me rindo al emperador.» Como esto dijo, el guipuzcoano alzó los ojos y vió allí cerca al alférez de su compañía, que cercado de franceses estaba en peligro, porque le querian quitar el estandarte. Juanes, como buen soldado, por socorrer su bandera, sin tener acuerdo de pedir gaje ó señas de rendido dijo: «Si vos sois el rey de Francia hacedme una merced.» El rey le dijo que se la prometia. Entonces alzando la vista del almete, le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes delanteros de la parte de arriba, y le dijo: «En esto me conocereis.»

Y dejándole en tierra, la una pierna debajo del caballo, se fue á socorrer á su alférez.

Hízolo tan bien, que con su llegada dejó el estandarte de ir en manos de los franceses.

Entre tanto llegó á donde el rey estaba, otro hombre de armas de Granada, (llamado Diego de Avila), el cual como viese al rey en tierra con tales atavios, fue á él á que se le rindiese. El rey le dijo quien era, y que él estaba rendido al emperador. Preguntado si habia dado gaje, dijo que no. El Diego de Avila se le pidió, y el rey le dió el estoque, que bien sangriento traia, y una manopla. Apeado Avila procuraba sacarlo de debajo del caballo, cuando llegó allí otro hombre de armas, gallego de nacion, llamado Pita, el cual le ayudó. Y al levantar tomó al rey la órden que de S. Miguel en una cadenilla traia al cuello. Que es la órden de caballeria, que los caballeros de Francia traen, como los del emperador el Toison,

Por esta le ofreció el rey seis mil ducados. Pero él no quiso sino traerla al emperador.

Estando ya el rey de Francia en pie, acudieron hácia aquella parte algunos soldados arcabuceros, los cuales no conociéndole le quisieron matar, porque no daban crédito á los que le tenian, que decian ser el rey. Y sin duda ellos no le pudieran salvar la vida, si á la sazon no viniera por alli Mr. de la Mota, deudo y muy gran amigo del duque de Borbon, que con él habia andado, y desmandándose hácia aquella parte vió la contienda que alli tenian; porque ya se habia llegado copia de soldados de á caballo y de á pie. Unos alegando lo que el marqués les habia encomendado, le querian matar, no creyendo ser el rey: otros le querían defender.

Como Mr. de la Mota entendiese, que toda la contienda era por no haber quien le conociese, pidió que se le dejasen ver. Llegado luego, conoció quien era. Entonces hincadas las rodillas por tierra, le quiso besar la mano. El rey le conoció, y haciéndole levantar le dijo: que le rogaba que hiciese como quien siempre habia sido. Viendo esto los soldados, se certificaron ser aquel el rey. Y quitándole Diego de Avila el almete, el rey por limpiarse el sudor con una poca de sangre, que en una mano tenia, se ensangrentó un poco el rostro, por donde algunos pensaron, que estaba herido en él; pero no fue asi.

Luego llegaron algunos soldados. Unos le tomaron los penachos y bandereta que en el yelmo traia: otros cortando pedazos del sayo de sobre las armas, como por reliquias, para memoria. Cada cual que podia llevaba su pedazo, de suerte

que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró magnánimo, mostrando reir y holgar de todo, y los soldados le daban bien de qué, porque le decian cosas donosas para reir.

En esto el escuadron de la gente de armas y los esguízaros, que con Mr. de Alanson, (que era cuñado del rey) habian rompido la gente italiana, por poco que se quisieron detener á descansar, y repararse del mucho daño que habian recibido, como tan presto conocieron la perdicion y desbarato de su ejército, recogiendo la gente que hácia aquella parte iba, tomó el camíno de Begeven, (que es una buena villa, diez y ocho millas de Pavia). En donde muchos señores de los franceses tenian sus recámaras, y estaba bien guardada. La otra gente comenzó á huir por diversas partes.

Algunos llegaron á la puente que guardaba: Y recogidos los mas que pudo, viendo ya venir cerca la gente española, que en el alcance iba, cortó la puente, y fuese con aquella gente á salvo la via de Turin, de donde pasaron á Francia. Otros muchos que no pudieron tomar el camino de la puente, se lanzaron en el rio y como iba tan grande, todos se ahogaron. Estos fueron muchos, y entre ellos el escuadron de los esguízaros y frantopínes, que de la batalla salieron (como dije).

Tomando la via del rio, no bastaron muchas voces de españoles.que tras ellos iban, prometiéndoles buena guerra, asegurándoles las vidas, porque no pereciese tanta multitud. Finalmeute, con el gran temor que llevaban, se lanzaron casi todos en el rio. Y como iba grande, todos se ahogaron, que estos fueron mas de seis mil hombres. Otros

temblando se venian á poner en manos de españoles. Asido uno al estribo del español, otro se asia á aquel, otro al otro; y asi venian con cada uno cuarenta ó cincuenta rendidos; y con algunos, mas de ciento. Todos con lágrimas pedian misericordia, que era la mayor compasion del mundo vellos. Los españoles los aseguraban, y prometian hacerles buen tratamiento, como lo hicieron.

Hallóse en esta batalla el príncipe de Bearne, conde de Foix, don Enrique, rey de Navarra, el cual viendo perdida la batalla y destrozado el campo del rey cristianísimo, procuró salvar su real persona, y volviendo las riendas al caballo, le vió salir del campo un hombre de armas, natural de Portillo cerca de Valladolid, llamado Ruy Gomez, soldado criado en la milicia desde la guerra y conquista de Granada, siguiendo la bandera del gran capitan, como he visto lo certifican el marqués del Vasto y Hernando de Alarcon. Tambien lo vió salir del campo, ó retirarse Cristóbal de Cortesia caballo ligero; y asi mismo Juan de Pernia soldado valiente, natural de Carrion, que con pies muy ligeros siguió los dos caballos que perseguian al príncipe don Enrique.

Alcanzáronle desigualmente segun los pies que los llevaban, sin seber quien era el príncipe; mas de ver era de estima por las ricas armas, caballo y cubiertas que llevaba. Rompiéronse ó quebraron la rienda del caballo de Ruy Gomez, y asi no pudo ser el primero. Llegó á unos franceses ya rendidos, con la espada desnuda, sangrienta y levantada en la mano, y ellos temiendo que los iba á matar se le arrodillaron (con la humildad

que el rendido suele tener) diciendo: «Mr., la vida.» Ruy Gomez les dijo le aderezasen las riendas quebradas del caballo, y hecho le arrimó las espuelas en seguimiento del de Bearne que halló detenido y embarazado con Cristóbal de Cortesia; y como un Hércules no puede contra dos, el generoso príncipe, hijo de los reyes de Navarra, se rindió siéndole enemigo de á pie el de Carrion. Entregó el príncipe á Ruy Gomez la maza de armas (que he tenido en mis manos) y el estoque, y del caballo del príncipe le quitó las cubiertas, que eran de terciopelo pardo, y fajas de tela de oro que Ruy Gomez trajo á Portillo, lugar de su nacimiento, y las dió á su parroquia, de las cuales hicieron una manga de cruz.

Procuró el marqués de Pescara haber la persona del príncipe de Bearne (como aqui digo) y dió mil florines de oro del sol de contado á Ruy Gomez; otros tantos á Cortesia, y ochocientos á Pernia que era su soldado, obligándose de dar á cierto plazo otros tres mil florines de oro á cada uno de los de á caballo, la cual obligacion se hizo en latin, y otorgó ante Estéfano Escronio, notario, á 2 de junio de este año. Y porque no cumplió el marqués, Ruy Gomez puso demanda á sus herederos y se hizo informacion, de la cual he sacado lo que he dicho. Y en este suceso presentó Ruy Gomez una certificacion escrita en pergamino y en lengua francesa firmada del príncipe don Enrique, preso en el castillo de Pavia, 1.º de agosto de este año: en que dice como Ruiy Gomez fue uno de los que le prendieron en la batalla que se dió delante de Pavia y le tomó el estoque. Alguna otra gente huyó por la via de Milan, de los cua-

les fueron muchos muertos de los del villanaje, que por alli en cuadrillas se habian juntado de toda la comarca, (como es costumbre) para perseguir al vencido.

Era cosa maravillosa, que hasta las mujeres todas se habian juntado, y alli muchas en la propia batalla andaban despojando los que caian. Andando la batalla, en muertes y prisiones de esta manera, divulgóse la fama de la prision del rey de Francia entre los unos y los otros. Lo cual fue causa que muchos buenos caballeros franceses que estaban ya en salvo, ó se pudieran salvar, se volvieron voluntariamente á darse por prisioneros de españoles, prometiéndoles grandes rescates, con una honrosa consideracion, diciendo: que no quisiese Dios, que ellos con gran ignorancia dejando su rey en prision, volviesen á Francia. De estos fueron muchos y algunos principales señores. Como la nueva se derramó por el campo y llegó á oidos de los señores, cada uno procuró de ir á aquella parte por verle. El primero fue el marqués de Pescara que á la sazon de junto á Pavia venia. De donde con alguna gente que consigo llevaba y con algunos que salieron de Pavia habia hecho huir los italianos que sobre la ciudad habian quedado, y d ellos traian muchos presos. Volviendo pues de esta empresa, supo donde el rey estaba, y fuese para allá.

Con el rey estaban algunos soldados aunque pocos, que ya se habian ido en seguimiento de la victoria. Estaba alli Mr. de la Mota, el cual como vió el marqués diciendo al rey quien era, se fue á buscar al duque de Borbon, para traerle alli. El marqués hincadas las rodillas por tierra, con grande

acatamiento, pidió las manos al rey. El no se las queriendo dar se las puso sobre los hombros y le hizo levantar, mostrando holgarse mucho de su venida, y le habló con buen semblante rogando que mirasen lo que á caballeros vencedores debian. Que los pobres vencidos fuesen tratados con la piedad, á que los españoles, como los mejores soldados del mundo, estaban obligados.

Al marqués se le vinieron las lágrimas á los ojos de pura compasion, de oir semejantes palabras á un tan gran príncipe, y por no darle afliccion las disimuló diciendo: que S. M. no tuviese pena de aquello, que él le certificaba ser la nacion española tan piadosa, que él estaba seguro que aun de las muertes ya pasadas les pesaba. Y que él haria buen tratamiento á los soldados presos, y los pondria en libertad. Esto mostró agradecerlo mucho el rey. Luego llegó allí el virey de Nápoles, y haciendo el acatamiento que el marqués, fue recibido con buen semblante del rey, y á todos decia palabras, aunque con ánimo que movian á piedad.

Estando en esto llegó el marqués del Vasto con el mismo acatamiento, y el señor de Alarcon; y como el rey viese la persona del marqués del Vasto, y tan señalada gentileza entre todos, con buen semblante y risa, le dijo: «Marqués, yo he deseado mucho veros, pero no quisiera que se me cumpliera mi deseo asi, sino de manera que yo pudiera haceros la honra, que merece vuestra persona.»

El marqués con mucha gracia le respondió: «Señor, á Dios gracias por todo, de esa manera bien puedo yo decir, que se me ha cumplido á mi mejor mi deseo, pues veo á V. M. en poder del

emperador mi señor.» Lo uno y lo otro dió algun regocijo á los que le oyeron.

A esta sazon vieron llegar allí cerca el duque de Borbon con su estoque en la mano muy teñido de la sangre francesa, y la camisa que sobre el sayo de brocado, y armas traia, muy salpicada de la misma sangre, que bien mostraba no haber estado ocioso. Al cual como él vió preguntando quien era y diciéndoselo, dió dos ó tres pasos hácia tras, retirándose hasta ponerse casi en las espaldas del de Pescara con alguna turbacion de semblante. Conocido esto, y la causa por el marqués, salió adelante hasta llegar adonde el duque venia, y con mucha gracia le dijo, que le diese el estoque. El duque que la vista del almete traia levantada, con gran alegria le respondió: «Yo, señor marqués soy contento de daros mi estoque, pues tan justamente os deben hoy todos los nacidos las armas por vencedor.» Y tendiendo la mano le daba el estoque.

El marqués con gran agradecimiento del favor y honra que le daba, le suplicó que poniendo el estoque en su lugar se apease, y con toda mansedumbre y acatamiento hablase al rey, pues allende del deudo le obligaba ver en su prision. El duque dijo que así lo haria.

Apeándose se fue á poner de rodillas delante del rey y porfió con él que le diese la mano, y no pudiéndolo acabar, con los ojos arrasados de agua dijo al rey:

«Si mi parecer en algunas cosas hubiera tomado V. M. ni se viera en la necesidad que al presente está, ni la sangre de la nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de

Italia.» A lo cual el rey con gran turbacion de rostro, alzados los ojos al cielo, con un entrañable suspiro, respondió: «*Paciencia, pues ventura falta.»*

Como el marqués de Pescara vió la pena que recibia, hizo á Borbon que se apartase un poquito, y con palabras alegres dijo al rey, cuanto á su persona y gravedad hacia el no recibir, ni mostrar turbacion en cosa alguna, ni pensar que habia otra ventura, que la voluntad de Dios, la cual habia permitido aquel revés: pero que le debia dar gracias, pues le habia traido á poder del mas benigno príncipe que la cristiandad habia tenido muchos años habia, que era el emperador. Por tanto, que en alguna manera dejase de mostrar ánimo, porque los que no le querian bien, no tuviesen lugar de atribuírselo á flaqueza. El rey se lo agradeció, y limpiándose los ojos mostró alegre semblante.

Diéronle un sombrero del virey, y asi armado en blanco, salvo manoplas y cabeza, le dieron un cuartago en que subió sin espuelas; con la cual se movieron todos aquellos príncipes de alli hácia la ciudad de Pavia. Las banderas españolas recogieron alguna gente, porque mucha de ella seguia al alcance y vinieron por mandado del marqués á donde el rey los pudiese ver: mostráronle el escuadron de los tudescos, y pasando junto á los españoles hiciéronle una muy hermosa salva.

Alli pasaron cosas de reir. Porque uno llegaba y le decia: Ea, señor, que en semejantes toques se provean los valores de los príncipes! y otros le decian, que tuviese paciencia, porque podia estár seguro, que seria mejor tratado en poder del emperador, que no lo fuera el emperador en poder

suyo. Otros le decian que con pensar haber sido preso de la mejor nacion de todo el mundo, lo debia tener por bien empleado. De todo esto y mucho mas que le decian, él se reia, y hacia que le declarasen en su lengua todas las palabras que él no entendia. Lo cual hacia Mr. de la Mota que alli venia.

En esto llegó un soldado español arcabucero llamado Roldan (que bien se lo podia llamar por su esfuerzo); traia dos pelotas, una de plata, y otra de oro de su arcabuz en la mano, y llegado el rey le dijo: «Señor V. A. sepa, que ayer cuando supe que la batalla se habia de dar, hice seis pelotas de plata, y una de oro, para VV. MMrs. y la de oro para vos. De las de plata las cuatro yo creo que fueron bien empleadas, porque no las eché sino para sayo de brocado ó carmesí. Otras muchas pelotas de plomo he tirado por alli á gente comun: Mr. no topé mas: por eso me sobraron dos de las suyas. La de oro veisla aqui, y agradecedme la buena voluntad que cierto deseaba daros la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Pero, pues no quiso Dios que en la batalla os hubiese visto, tomadla para ayuda á vuestro rescate, que ocho ducados pesa una onza.»

Tendió la mano el rey, la tomó y le dijo que le agradecia el deseo que habia tenido, y mas la buena obra que en darle la pelota hacia.

Esto fue muy reido de todos. Se iban acercando á la ciudad, y continuamente topaban con caballeros franceses en prision de españoles, que ellos holgaban ser vistos de su rey, el cual los saludaba con buen semblante, diciendo por gracia, que procurasen aprender la lengua española, pero

que pagasen bien los maestros, que haria mucho al caso. Y siempre encomendaba y pedia á aquellos señores que encomendasen el buen tratamiento á los que los llevaban.

Yendo de ésta manera llegaron cerca de Pavía; y como el rey vió la puerta, con alguna turbacion detuvo el cuartago en que iba. Lo cual como el marqués conociese llegando á él le preguntó la causa El rey le dijo: «Queria os rogar, marqués, que vos, y todos estos caballeros me hiciésedes un placer, y es que no me metais en Pavía: ruegoos que no reciba yo tan gran afrenta, como sería despues de con tanta gente haberla tenido cercada tanto tiempo, y no haber sido para tomarla, meterme en ella preso.»

Al marqués le pareció justo hacer lo que el rey pedia, y comunicándolo con aquellos señores fue acordado que le aposentasen en un monasterio que alli fuera estaba. Al cual llegados hubieron su acuerdo á quien se daria el cargo de la guardia de la persona del rey; y todos lo remitieron al parecer del marqués de Pescara.

En presencia de todos aquellos príncipes y señores. dijo: «No os insto, señores, que en lo que Dios nuestro Señor tan aventajadamente pone su mano de favores, los hombres lo contradigamos. Digo esto, porque nadie, que sentido tenga, habrá que niegue de verse hoy el prez y gloria de esta tan maravillosa victoria á la nacion española, que tantas y tan señaladas hazañas hoy han hecho. Y pues Dios de cuya mano todo ha venido, ha querido mostrar tan particulares favores, asi en romper las batallas, como en prender los principes, dándoles tanta gloria, razon será que nosotros nos

conformemos con lo que su divina Majestad muestra, no queriendo quitar á esta tan escelente nacion lo que de nuestra parte le debemos. Y con esta consideracion despues de besadas las manos á V. S. por cometerme á mí este tan arduo negocio, digo que la guardia de la persona del rey se debe dar al señor Alarcon, que presente está, porque allende del gran valor de su persona, (al cual en esto no damos sino trabajos) por ser de la nacion española, y cabeza de todos los que de ella acá estamos, soy cierto que el emperador será servido y la nacion honrada, y todos podemos dormir seguros.»

A todos aquellos señores les pareció muy acertada la determinacion del marqués, ó á lo menos lo mostraron asi. Luego fue dada la guardia del rey al señor Alarcon, y le aposentaron en aquel monasterio, y ellos en las tiendas francesas.

XXXII.

Muerte del hijo del rey de Escocia.

Aposentado el ejército imperial en las tiendas y aposento de los franceses, vino Cristobal Cortesia con el príncipe de Navarra su prisionero, el cual dio al marqués del Vasto, quedando él á pagarle el rescate. Fue puesto en el castillo de Pavía, donde estuvo muchos dias. Despues por poca fidelidad de un criado del marqués que tenia cargo de él, se fue á Francia y la guarda con él. Luego otro dia

despues de la batalla vino al real y aposento donde los príncipes del campo imperial á la contínua estaban, un villano de aquella tierra, y venia preguntando por el marqués de Pescara, y puesto con él pidió albricias, y sabida la causa era, porque decia haber muerto el hijo del rey de Escocia. El cual como viese la perdicion de la batalla, queriendo ponerse en salvo, tomó á su paje un capote verde que traia cubierto en cima de un sayo de brocado que sobre las armas traia: se salió de la batalla, y quitando el yelmo, se iba por un camino que va á Begeven, donde no lejos del campo halló una cuadrilla de villanos que aguardaban el vencimiento ó por una parte ó por otra. Llegado á ellos les rogó que alguno de ellos le guiase hasta Begeven, y que les prometia pagárselo muy bien.

Uno de ellos se ofreció á guiarle, y yendo algo delante el pobrecito príncipe, por asegurar mas su guia, le dijo quien era, prometiéndole que si se quisiese ir con él que le haria hombre: y si no que llegado á Begeven á donde él tenia sus criados y recamara, le daria doscientos ducados, y para señal le dio una cadena rica que al cuello llevaba.

El traidor del villano llegados á un pantano le dijo que atravesase por alli, y no fue entrado el caballo, cuando se hundió hasta las ancas; y luego llegó sobre él, y por las espaldas diole un tan grande golpe con su espada sobre la cabeza desarmada, que se la hundió hasta los sesos.

Dejándole muerto vino á pedir las albricias, y mostró por señal la cadena qua le habia dado. La cual conoció bien el rey por el joyel que tenia, y lloró la muerte del príncipe. El marqués envió

por el cuerpo, y salió con muchas hachas y caballeros á recibirle. Era la mayor lástima del mundo verle, que era hasta de diez y siete años, la mas hermosa criatura que se ha visto. Fue depositado en un monasterio de Pavía hasta que le llevasen á su tierra.

Las albricias del villano fueron mandarle ahorcar, y cierto bien empleado.

El dia de la batalla en la tarde vino al campo el señor Antonio de Leyba bien acompañado de sus capitanes y buenos soldados, fue recibido de todos aquellos señores. Fue á besar las manos al rey, el cual le mostró grandes favores, loándole por uno de los mejores capitanes del mundo, y diciendo palabras de placer. Alli estuvo el ejército cinco ó seis dias, entrando cada dia en la ciudad de Pavía, y saliendo los de dentro.

El despojo y rescates, bajillas de plata, joyas, vestidos, caballos y acémilas, fue tanto, que no se puede creer su valor. Las vituallas que en el aposento francés se hallaron, fueron muchas, que habia para proveer el ejército y la ciudad. Luego dieron libertad á la gente prisionera que no era de rescate, que cada uno se fuese á su tierra, y algunos caballos ligeros acompañaron á los estrangeros hasta sacarlos de peligros del villanaje.

En este tiempo volvieron muchos que habian seguido el alcance, y muchos vinieron ricos de aquellos que llegaron hasta Milan; lanzados los enemigos de ella con el favor de la ciudad, que luego apellidó «Imperio y Duque», vieron muchas riquezas de franceses y foragidos ciudadanos. Otros habian llegado á Begeven y echado de ella la gente francesa, saquearon cuanto hallaron, que fue mucho.

Finalmente, en ocho dias no habia francés libre en el estado de Milan, y los españoles se recogieron al ejército.

XXXIII.

Noticia de los muertos que hubo en la batalla de Pavia:--Angustia del rey.

Los señores principales de Francia que murieron en la batalla, fueron Mr. Francisco, hermano del duque de Lorena; Mr. de la Trémula, el almirante de Francia, el caballerizo mayor de Francia, Mr. de la Palisa. Mr. de Bussi de Ambuesa, Mr. de Dasmont de Ambuesa, el duque de Suforque, que pleiteaba con el rey de Inglaterra sobre el reino. Muertos y presos de los MM. de Francia fueron en esta batalla, el rey de Francia, Mr. de Alanson su cuñado, el príncipe de Navarra, el conde San Pol, el marqués de Saluzo, el hermano del marqués de Saluzo, Luis hermano del conde de Nevers, el príncipe de Talemon señor de la Tremulla, el gran maestre de Francia tio del rey, el mariscal de Francia Mr. le Vidame de Chartres, Mr. de Boncual gobernador de Limosin, el capitan Boncual su hermano, el vizconde Galliazo, Mr. Federico de Bozolo, el vizconde de Lavadam hijo de Cárlos de Borbon, Mr. de Remont hermano del cardenal de Ans, Mr. de Montpesat, senescal de Montalban, Mr. de Poties general de la artilleria, Mr. de la Barra preboste de Paris, Mr.

de Montegni, Mr. de Gayga hermano del duque de Lorena, Mr. de la Dalta, Mr. de San Moseo, senescal de Pienregit, Mr. de Floranges, el hijo mayor de Roberto de la Marca, Mr. de Potiens, el capitan Jorge, el baron de Bufarrí, Mr. de Nasi, capitan de la guarda, Mr. de Villeroy secretario de Francia, Mr. de Rohan, Mr. de Berri, Mr. de Lori, Mr. de San Menas, el hijo del Chanciller de Francia, Mr. de Monleon.

El duque de Milan vino luego y no quiso ver al rey, hasta que por importunacion de aquellos señores un dia le fue á hablar, no con el acatamiento que los demas: el rey le recibió bien y habló con buen comedimiento.

Luego de alli fueron despachados correos á España y mensageros al Papa y venecianos, y á las otras señorias de Italia: de los cuales se sacó gran suma de dinero, porque so color de disimulada amistad lo pedian á todos, diciendo la necesidad que habia de pagar el ejército que aunque vencedor estaba pobre. El Papa envió luego dineros, como dije, con muestra de gran placer de la victoria. Venecianos, florentinos, ginoveses y duque de Ferrara tambien ofrecieron muchos pesos de oro, tanto, que luego se dieron tres pagas á todo el ejército.

A los alemanes enviaron á sus tierras y al rey llevaron al castillo de Piciguiton que es muy fuerte: y en el lugar y cámara alojaron una parte de los españoles que le hiciesen guardia, la cual tenia buena, dia y noche. Los capitanes generales del emperador se fueron con el duque de Milan á ordenar lo que debia hacer hasta esperar mandato del César, el cual tardó algunos dias.

Vinieron todos á notificárselos al rey de Francia en Piciguiton; el cual viendo que le pedia á Borgoña y le mandaba dejar la Provenza y todo lo que tenia usurpado, puso las manos sobre un puñal que ceñido traia, y con gran suspiro dijo: «De esa manera mejor seria morir rey de Francia.»

Hernando de Alarcon se llegó presto y le desciñó el puñal, con temor no hiciese algun desconcierto con su propia persona. A lo cual el rey no pudo disimular sin apartarse algun tanto y limpiar las lágrimas que todos las vieron.

Entonces llegó el marqués de Pescara y con palabras de piedad le consoló, diciendo que todos aquellos habian sido fieros del emperador como de hombre enojado: pero que tuviese por cierto que al fin el emperador tenia tal condicion, que no haria mas de lo que él quisiese. Con esto y con otras buenas palabras que todos aquellos príncipes le dijeron se volvió á sosegar. Ellos volvieron á Milan dejándole muy buena guardia y en poder del señor Alarcon, el cual le daba todos los pasatiempos posibles y cuanto dinero queria para que jugase.

XXXIV.

Errores en que Jobio incurre.

Por lo que debo á la verdad y á la nacion de quien soy, diré aqui dos palabras respondiendo al agravio que Paulo Jobio hace á la gente española. Queriendo disminuir tan señalada victoria,

dice que se enflaquecieron las fuerzas del ejército francés por haber enviado el rey á Juan Stuardo, duque de Albania con ciertas lanzas ligeras y de armas y alguna infanteria contra el reino de Nápoles. Que se le habian ido tres mil y quinientos grisones á poner cobro en sus tierras que las molestaba Juan Jacobo de Médicis. Que habia crecido el poder imperial con seis mil tudescos que trajo el duque de Borbon. Y es cierto que habia en el campo francés seis mil infantes mas que en el imperial; y que la caballeria era mayor y mejor, cual suele ser la francesa.

En el campo imperial no habia mas que dos mil y quinientos italianos, y se perdieron con la artilleria que traian á cargo á la entrada del Parque, y Jobio mezcla con ellos tres compañias de españoles: es verdad que en aquella retaguardia (que en ella venian los que he dicho) no iba un solo español. El primer escuadron de españoles y alemanes mezclados fue á combatir el palacio del Mirabel, y hecho esto volvió luego á la batalla: y otro escuadron de solos españoles sin mezcla de otros rompió de parte á parte otro de suizos que era el primero de los contrarios, y roto este y viniendo otro de la misma nacion á dar de través y por el lado en los españoles, les fue necesario dar casi en rededor una vuelta escuadronadamente, para volver la cara á los enemigos, que inadvertida, y quizá maliciosamente Galeazo Capella llamó retirar. Que si bien el retirar á veces es conveniente y sustancial en la guerra y muchas necesario, aqui no lo fue: porque no fue necesario ni hubo mas misterio de aquel que hay cuando un hombre vuelve cara á cara siendo acometido

por un lado ó por las espaldas; ó como cuando en la mar andan dos navios por ganar el viento el uno al otro. Asi estando mezclados los unos con los otros llegó otro escuadron de alemanes en socorro de los españoles, y luego todos los de una banda y otra, ni mas ni menos se mezclaron peleando como debian. Los caballos hicieron lo mismo, y con ellos á un lado dos compañias de españoles (provision del marqués de Pescara) las cuales fueron la de don Alonso de Córdova y la de Rodrigo de Ripalda. De manera, que llegando los caballos contrarios á encontrarse con estotros, quedaron primero bien rociados de aquella arcabuceria española: y por otra parte tambien el capitan Quesada con cuatrocientos españoles por órden del mismo marqués de Pescara arremetió en el principio de la batalla á la artilleria francesa, y la ganó y echó de alli á Mr. de Alanson que estaba de retaguardia con sus caballos y con cierta infanteria gascona, á donde luego llegó el marqués del Vasto con sus españoles y alemanes vuelto ya de Mirabel donde tambien habia ido con el marqués de Sant Angel con el cual se acabó el hecho de la artilleria, dando tan gran carga al de Alanson, que hicieron que volviese huyendo y que él mismo rompiese su propia infanteria.

Todo esto calla Jobio por decir pocas verdades en lo que toca á españoles.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO DECIMO TERCERO.

I.

Consecuencias dichosas para los imperiales, con motivo de la batalla de Pavia.

Poco hay que fiar en la fortuna, que aun á los mismos reyes no perdona: y si lo que dice Aristóteles es verdadero, que se muestra favorable donde es menor el entendimiento, pudiera decir el rey de Francia, que le ayudaba en nada, porque él sabia mucho. Pero considerando bien los hechos que he referido, de los años 1523 y 1524 con este de veinte y cinco se hallará lo poco que ellos hizo fortuna, ni otra suerte contingente, sino el sumo valor, destreza y valentia de los mejores capitanes y soldados, que tuvo príncipe del mundo. Que esta sola fue la que pode-

mos llamar buena fortuna del César, en tener tales ministros, que estando en su casa, echaron de Lombardia á Mr. de Lautrech, valeroso capitan, que por renombre le llamaron el Conquistador de ciudades. Y en un pensamiento se hicieron señores de ella sin dejar un frances en Italia. Y en el año siguiente de 1524 pensando cobrar lo perdido, volvió el gran almirante de Francia, con ejército tan poderoso, que asombró toda la Italia. Hiciéronle dar la vuelta, dejando la gente y armas que consigo habia traido: teniendo por buena suerte, haber escapado en salvo su persona. Y en este año 25, añadiendo el rey sus fuerzas con la autoridad grande y digna de imperio, de su real presencia, vino á tomarse con unos descalzos, pobres, hambrientos, inferiores mucho en el número. De los cuales le dejamos roto, deshecho, y vencido, y lo que mas es, cautivo.

Viendose pues los capitanes imperiales con victoria tan señalada, entraron en acuerdo sobre lo que debia hacer. Fue lo primero, mandar que fuese parte del ejército en seguimiento de los que huian, y á recobrar los lugares que por Francia en aquella comarca estaban. Lo cual sucedió tambien que dentro de tres ó cuatro dias, no quedó almena, ni tierra en todo aquel estado por el rey de Francia. Porque sabida la victoria, los franceses que estaban en Milan se salieron huyendo, y la desampararon luego, y lo mismo hicieron los de Begeven, y los otros lugares, y todos fueron luego entregados al duque de Milan. Hicieron correo al emperador, dándole aviso de la victoria que el cielo le habia dado, y pidiéndole su órden y mandato, sobre lo que se debia hacer.

Algunos juzgaron y fueron de parecer, que sin mas esperar debian luego con la alegria de la victoria, y con el ejército victorioso, caminar contra Francia, y entrar por ella, por estar en aquella sazon desamparada de su rey, y de toda la mayor nobleza de ella, que se habian perdido en la batalla, y por estar sin defensa de gente, habiendo sido deshecho del todo el ejército que el rey tenia. Pero el virey de Nápoles, ni el duque de Borbon, ni marques de Pescara se determinaron á hacerlo por algunos justos y bien considerados respetos que tuvieron, y tambien porque una empresa tan grande no se debia acometer sin mandamiento y licencia del emperador, que era su príncipe.

Y tambien porque estaban faltos de dinero para pagar la gente, sin la cual, no era posible acometer nueva, y tan grave jornada. El ejército asimismo se habia menoscabado por los que fueron muertos y heridos en la batalla. Y porque es ordinario en una victoria, y saco grande, irse muchos del campo, contentándose con lo que saquearon, á gozar de ello en sus tierras.

Tenian ademas de esto esperanza, que la prision del rey de Francia podria ser camino para que entre él, y el emperador hubiese paz; la cual sabian que el emperador deseaba. De manera que por estas y otras consideraciones determinaron esperar el órden que S. M. daba, y en el ínterin acordaron de llevar al rey de Frarcia al castillo de Piciquiton, que era muy fuerte, cercano de Cremona. La guarda y cargo de su persona fue dada á Hernando de Alarcon gobernador de la Calabria, (y famoso capitan aqui bien nombrado).

Para que el que iba al emperador con la nueva de la victoria, que era Rodrigo de Peñalosa, y las otras postas que fuesen menester pasasen libremente por Francia, el rey dió sus mandamientos y cartas, y escribió á Madama Luisa su madre, á cuyo cargo estaba el gobierno del reino. A ruego y suplicacion de estos capitanes, mandó que diesen libertad á don Hugo de Moncada, que (como dije, fue preso por Andrea Doria.

Hechas estas diligencias acordaron los capitanes que en tanto que venia la respuesta del emperador, el ejército se fuese á alojar á la comarca de Parma y de Plasencia, ciudades del Papa; por ponerle en cuidado, y necesidad de que quisiese ayudar y contribuir, como por los conciertos pasados era obligado, para la paga de la gente. Tambien se pidió al embajador de Venecia que persuadiese á los venecianos que diesen en dinero lo que habian de dar en gente para aquella guerra conforme á lo capitulado. Era tan temido en aquel tiempo el ejército imperial en Italia, que en pocos dias el papa Clemente pagó ciento y veinte mil ducados, y el duque de Ferrara cincuenta mil, por no ser tenidos por enemigos. tambien los venecianos prometieron ochenta mil pesos de oro. Pero como el virey Carlos de Lanoy por haber mas se detuvo en cobrarlos, mudaron parecer, porque no tuvieron por seguro fiarse solo de Carlos de Lanoy, sin negar la confederacion, y tener firma del César.

Tambien el Papa quiso confirmar la liga y amistad con el emperador. Y como en la prosperidad todos se muestran amigos, de la misma manera se enviaron á ofrecer el duque de Ferrara y otras

repúblicas y señorias de Italia. Por lo cual por complacer al Papa los capitanes imperiales mandaron pasar el campo en el Piamonte, marquesado de Saluzo y condado de Aste, por descargar el estado de Milan del peso de la guerra y estar mas en frontera de Francia.

II.

Sabe la victoria el emperador.

Sucedió, pues, á los imperiales en todo prósperamente. El duque de Albania, que como está dicho habia ido contra el reino de Nápoles cuando llegó la nueva de la victoria de Pavia y prision del rey de Francia, estaba con gente en los confines de Roma poniéndose en órden para hacer su entrada. Contra el cual los caballeros y señores de Nápoles habian hecho su ejército para resistirle. El duque de Sesa que estaba en Roma y los coloneses (que siempre fueron muy leales servidores de la casa real de España), habian asimismo juntado gente contra el francés: y sabida la nueva, todos los favores le faltaron y aun el consejo y aliento, de manera que procuró luego volverse y escapar la gente. Pero los coloneses y los que tenian la parte imperial le siguieron y apretaron de tal suerte, que le mataron y prendieron muchos hombres, quitándole toda la artilleria y bagaje que llevaba, y él con la gente que pudo se fue á Ci-

vita Vieja, donde la armada del rey de Francia y Andrea Doria su general le recogieron, y así escapó por mar sin quedar en Italia bandera levantada contra el emperador.

Llegó á Madrid el comendador Rodrigo de Peñalosa con el despacho y nueva del suceso de Pavia. Halló al emperador flaco y deshecho á causa de las cuartanas que tenia. Vióse claramente en este príncipe la grandeza de su ánimo, porque con recibir una nueva nunca pensada como era el vencimiento y prision de un ejército y rey tan poderoso, no mostró en su gesto ni semblante alteracion ni mudanza alguna, ni dijo palabra, ni hizo muestra de placer, sino entróse luego en un oratorio de su aposento, donde se puso de rodillas y estuvo espacio de una hora dando gracias á Nuestro Señor. En el cual tiempo el alcazar real se hinchó de gente acudiendo todos los grandes y caballeros de su corte con los embajadores que venian á darle el parabien de tan alta nueva, próspera y gloriosa victoria.

El emperador salió á ellos y habló á todos con aquel tiento y gravedad que al recibir el despacho habia mostrado, diciendo que diesen á Dios las gracias por todo lo que hacia, en cuya disposicion sola estaba la victoria y castigo de los mortales.

Nunca consintió que se hiciesen en su corte fiestas ni muestras de regocijos como se suelen hacer en semejantes ocasiones; y lo mismo mandó guardar en todo su reino.

Otro dia siguiente salió al monasterio de Santa Maria de Atocha que es de frailes dominicos, donde oyó misa y sermon y mandó hacer procesion y letania dando gracias á Nuestro Señor. Lo cual

acabado se volvió á su palacio con el acompañamiento de toda la corte.

Escribió luego el emperador á los del reino las nuevas de tan insigne victoria, diciendo al marqués de Denia lo siguiente:

Carta del emperador al marqués de Denia.

«Marqués primo. Ya sabeis como el rey de Francia con muy gran aparato pasó en persona á Italia con fin de tomar y usurpar las tierras de nuestro imperio y el nuestro reino de Nápoles, donde habia enviado al duque de Albania con gente á lo conquistar y tenia cercada la ciudad de Pavia. Agora sabed que el dia de San Matias y dia de nuestro nacimiento que fueron el 24 de febrero, aunque el dicho rey de Francia por tener su campo en sitio muy fuerte y á su propósito no tenia voluntad de aceptar batalla, fuele forzado, porque nuestro ejército pasó con no pequeño trabajo á donde estaba y asi la dieron. Plugo á Nuestro Señor que sabe cuan justa es nuestra causa, darnos victoria. Fue preso el dicho rey de Francia y el príncipe de Bearne, señor de La Brit y otros caballeros principales, y muertos el almirante de Francia y Mr. de la Tremulla y Mr. de la Palisa y otros muchos; de manera que todos los principales que alli se hallaron fueron muertos y presos. Escriben que de su campo murieron quince mil hombres y del nuestro hasta setecientos. Y por todo he dado y doy muchas gracias á Nuestro Señor; y asi se las debemos todos dar, porque espe-

ro que esto será causa de una paz universal á la cristiandad, que es lo que yo siempre he deseado: y acordé de hacéroslo saber, porque sé lo que de ello habeis de holgar.

»De Madrid, á 15 de marzo de 1525 años.

»YO EL REY».

«Por mandado de S. M.=Francisco de los Cobos.»

III.

Consulta el emperador sobre la prision del rey.

Despues de esto hubo grandes consultas y juntas sobre lo que se debia hacer, hallándose en ellas el emperador con los grandes que en su corte estaban. Tres pareceres hubo principales.

El uno, que lo tuviese perpétuamente preso, si bien con la reverencia debida.

El segundo, que lo soltasen, con que se obligase y diese seguro de que jamas haria guerra.

El tercero, que con la brevedad posible y con las mejores condiciones que ser pudiese fuese suelto.

Del primer parecer no se hizo caso. El segundo fue del obispo de Osma, confesor del emperador, parte del cual se tomó y parte se dejó. El tercero tuvo el duque de Alba, don Fadrique de Toledo digno de quien él fue: y aunque no pareció mal al emperador no se hizo, antes apretaron

muchos diciendo, que pues el emperador tenia su campo hecho, pagado, victorioso y con tanta reputacion, debia mandar seguir la victoria y tomar enmienda y satisfaccion de las ofensas que el rey de Francia le habia hecho en moverle y hacer guerra tan sin razon, mandando que los suyos entrasen poderosamente por Francia y que por las partes de España y Flandes se hiciese lo mismo. Con lo cual se tenia por cierto habria felices sucesos, visto como está dicho, que aquellos reinos estaban sin rey y sin amparo y puestos en grandísima turbacion y temor, y sin ejército ni gente de guerra. Principalmente teniendo el emperador por amigos al Papa y venecianos como luego se habian mostrado, y que no debian perder tal coyuntura.

Duró muchos dias este parecer en los que eran de esta opinion y el progreso de las cosas mostró bien la razon que tenian, como se verá, si bien es cierto que nadie puede saber cual fuera el suceso que tuviera tal empresa. Como quiera que sea, el emperador no dejó de entender esto; pero era de su natural bueno, nada ambicioso y enemigo de hacer guerra á algun cristiano. Y asi lo mostró en todos sus hechos; pues cuando mas victorioso y pujante se veia entonces procuraba la paz. Asi con ánimo generoso no queriendo usar de la ocasion de la victoria, deseó la paz y la pidió á su enemigo, rendido y preso; porque veia que este era el bien comun de la cristiandad.

Resuelto en esto envió á mandar que su ejército estuviese alojado y quedo. De manera, que con su victoria puso paz y sosiego, cuando pensaba el mundo que se queria hacer monarca de él, y le habia de abrasar con guerras.

Despachó luego á todas las fronteras de sus reinos con Francia, mandando so pena de la vida que ninguno fuese osado de entrar ni perturbar, ni saquear ni hacer daño á algun lugar del reino de Francia, mas que sino hubiera tenido guerra con él. Tambien envió órden á los capitanes y ejércitos que estaban en Lombardía, que no pasasen á Francia ni prosiguiesen la guerra, porque ya habian venido á tales términos las cosas, que la guerra que hasta entonces se habia hecho entre cristianos, esperaba en Dios se tornaria contra infieles.

Escribió al rey de Inglaterra y á las señorías de Génova, Florencia, Venecia, y á todos los potentados de Italia sus confederados, tuviesen por bien de no hacer guerra ni molestar las tierras del rey de Francia. Porque siendo su prisionero, sentiria mucho que alguno se atreviese á querer ofender sus gentes. Envió á Mr. Adrian de Croy caballero del Toison, señor de Beuri y de su Consejo de Estado, varon muy cuerdo, para que de su parte visitase al rey de Francia y le consolase. Por manera que usando de la clemencia que usan los buenos príncipes, quiso mas compadecerse de su prision, que acordarse de la enemistad que con él habia tenido.

IV.

Tratan los del consejo de las condiciones con que se habia de dar libertad al rey.

Luego que el emperador declaró su intencion, comenzaron los de su consejo á tratar las condiciones que se habian de pedir al rey de Francia, y que Mr. Adrian que le iba á visitar llevase tal instruccion, que se certificase que en el cumplimiento de ella y la brevedad estaba su libertad y paz universal de la cristiandad. Asì misme se ordenó que este caballero visitase á madama Luisa, madre del rey Francisco, y le mostrase la instruccion que llevaba, y dijese á la clara que si no entendia cumplirla, no esperase la libertad de su hijo.

Además de esto se acordó que pues el rey de Francia era prisionero del emperador, que ya que por su clemencia le quisiese visitar de palabra, pero que no le escribiese hasta ver si el rey con humildad le escribia; que entonces era justo el responderle, y que pues madama Luisa habia escrito al emperador con el comendador Peñalosa, el emperador la respondiese con este caballero.

La carta que madama Luisa escribió al emperador luego que supo la prision de su hijo, fue de este tenor.

Carta de madama Luisa al emperador.

«Monseñor y mi buen hijo. Despues de haber entendido por este gentil-hombre la fortuna acaecida al rey mi señor, y hijo, yo he alabado y alabo á Dios porque ha caido en manos del príncipe que yo mas quiero. Tengo esperanza que vuestra grandeza no os hará olvidar la propinguidad de sangre y linage que entre vos y él hay. Lo que en mas y por mas principal tengo, es el gran bien que podrá universalmente venir á toda la cristiandad de la union y amistad que de los dos resultará. Por esta os suplico, mi buen señor y hijo, que penseis en ello, y que entre tanto mandeis que sea bien tratado, como la honestidad de vos y de él requiere. Asi mismo os suplico permitais, si vos place, que muchas veces pueda haber nuevas de su salud. En lo cual obligareis una madre asi por vos siempre llamada. La cual otra vez os ruega que agora en aficion seais padre.»

Respondió el emperador á la carta de la reina de Francia de esta manera.

Carta del emperador á madama Luisa.

«Madama. Yo he recibido la carta que me habeis escrito con el comendador Peñalosa, y de él tambien supe lo que vos ovo dicho á cerca de la prision del rey vuestro hijo. Yo doy muchas gra-

cias á Nuestro Señor por todo lo que á él le ha placido permitir, porque espero en su divina providencia que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos paz, y contra los infieles volvamos la guerra. Sed cierta, madama, que tal jornada como esta, no solo no seré en estorbarla, mas aun tomaré el trabajo de encaminarla, y allí emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed tambien cierta, madama, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos, y tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca enemistad entre nosotros hubiese pasado. Yo envio á Mr. Adrian á visitar á vuestro hijo, sobre el infortunio que le ha sucedido, del cual si nos place por el bien universal que de su prision esperamos, por otra parte nos ha pesado, por el antiguo deudo que con él tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian una instruccion asaz bien moderada, y no menos justificada, para que os la muestre á vos y al rey vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo, y sacar á él de cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis pues con brevedad platicar sobre esa nuestra instruccion, y tomar luego resolucion de lo que entendeis hacer, y respondernos, porque conforme á vuestra respuesta alargaremos su prision ó abreviaremos su libertad. Entre tanto que esto se platica, he dado cargo al duque de Borbon mi cuñado, y á mi virey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le haga buen tratamiento, y que continuamente os hagan saber de su salud y persona, como vos lo deseais y por vuestra carta lo pedis. Mucha esperanza tengo de que vos, madama, trabajareis de llegar todas estas cosas á buen fin, lo cual si

asi hiciéredes, me echareis en mucho cargo, y á vuestro hijo hareis gran provecho.

Partió por mandado del emperador Mr. de Croy á visitar al rey de Francia, y á su madre madama Luisa, y llevó el despacho é instruccion de lo que habia de tratar con el rey como luego diré.

V.

Escribe el rey al emperador.

Antes que Mr. de Croy llegase á visitar de parte del emperador al rey de Francia preso, y dar á madama Luisa su madre la carta sobredicha, ya ellos tenian determinado enviar al arzobispo de Embrum para que residiese en la corte imperial, y tratase en ella lo que tocaba á la libertad del rey. Escribió madama Luisa otra carta al emperador suplicándole humildemente tuviese por bien de enviarle un salvo-conducto para este arzobispo; lo cual el emperador concedió, como se pedia.

Entretanto que se despachó á Leon de Sanarrona donde madama Luisa estaba, acordó el rey de Francia de enviar á Mr. de Brion al emperador con una carta de su propia mano escrita, en que decia.

Carta del rey de Francia al emperador.

«Si mas aina me fuera dada libertad por mi primo el virey, yo no hubiera tardado tanto en hacer con vos lo que era obligado, segun el tiempo y lugar en que me hallo. Sed cierto que no tengo otro consuelo en mi infortunio, sino es la esperanza de vuestra bondad, la cual si le pluguiere usar conmigo, vos lo habreis hecho como príncipe generoso, y yo os quedaré para siempre obligado. Muy grande y muy firme esperanza tengo en vuestra bondad, que no querrá forzarme á cosa que á vos no sea honesta mandarme y á mí no sea posible cumplirla. Mucho vos suplico comenceis á determinar en vuestro corazon, que es lo que vos placerá facer de mí. Y en este caso téngome por dicho que lo hareis como se espera en un príncipe tal cual vos sois, es á saber, acompañado de honra, y afamado de magnanimidad. Pues si vos pluguiere haber está piedad de mí, dando vos la seguridad que es razon de darse por la prision de un rey de Francia, sed cierto y seguro, que en lugar de un príncipe inútil, cobrareis un rey por esclavo, porque mas provechoso vos será, me cobreis por fiel amigo, que no que muera aquí desesperado. Por no vos enojar mas con mis razones, hago fin á la letra, recomendándome una y muchas veces en vuestra buena gracia.»

IV

Envia el emperador á visitar al rey con cierta concordia que le ofrecia.

Luego que el emperador supo la prision del rey de Francia le envió á visitar (como dije) con Mr. Adrian de Croy, sin haber el emperador recibido carta ni embajada del rey, y llevó orden para que el duque de Borbon y Cárlos de Lanoy virey de Nápoles, le pidiesen las cosas siguientes.

La primera, que entre ambos príncipes se hiciese una paz universal para toda la cristiandad, y que cada uno preste caucion por sus reinos, y aliados y se perdonen todas las injurias y enojos.

La segunda, que ambos juntos con sus armas y potencia vayan contra los turcos é infieles, y lleve cada uno de su parte cinco mil caballos, y veinte mil infantes, y que pedirán al Papa y á los demas príncipes cristianos se liguen con ellos para tan santa empresa.

La tercera, que para mayor firmeza case el Delfin de Francia con madama Maria hija del rey de Portugal, y de la reina doña Leonor, y ambos príncipes en lugar de dote, renuncien en los dos todo el derecho que pretenden tener el uno á las tierras del otro, y el otro á las del otro.

La cuarta, que el rey de Francia restituya, y entregue el ducado de Borgoña, al emperador con todas sus tierras, condados y señorios en la ma-

nera que los tenia el duque Carlos cuando murió, y asimismo restituya la ciudad de Terobana, y la villa y fuerza de Hesdin, y lo que tiene ocupado del condado de Artois, que los reyes de Francia habian tomado á los predecesores del emperador.

La quinta, que al duque Carlos de Borbon se les restituyan sus estados, y el mueble que les fue tomado, y en especial el condado de Provenza, y todo lo demas, que el rey habia quitado á sus parientes y amigos de la parte de Borbon. Y que el condado de Provenza sea reino, y se intitule el duque rey, pues por haberse venido á poner en la proteccion y amparo del emperador, como su deudo propincuo, no merece por ello ser culpado, ni despojado.

La sesta, que al rey de Inglaterra restituya todo lo que justamente le pertenece, ó se concierte con él.

La sétima, que á Mr. de San Valier señor que es de Ponchierri, y á sus hermanos, y á todos los otros caballeros que han seguido la parte del duque de Borbon, les sean restituidos sus bienes y honras, y los procesos hechos contra ellos se den por nulos.

La octava, que al príncipe de Orange, y á don Hugo de Moncada, y al señor de Bonso, y al señor de Autroy, los suelte y ponga en libertad, y restituya al príncipe de Orange, lo que en la guerra de Bretaña le fue tomado.

La nona, que á madama Margarita tia del emperador, y á la reina Germana, y al marqués de Arasgot, y al señor de Sienis, y al conde de Percient, y al conde de Gauri, y al señor de

Urens, y al señor de Exinay, y al señor de Luz, de Monay, y á la princesa de Jimay, les sean restituidos sus bienes en la manera que los poseian antes de la guerra, y de la misma manera al conde de Nascort marqués de Cenete.

La décima, que despues de hechas las paces se dé órden entre los príncipes como súbditos tengan libremente sus tratos, y comercios por mar y por tierra, y no se consientan cosarios, sino que como hermanos verdaderos anden por do quieren libremente sus súbditos.

La undécima, que el rey de Francia antes que sea puesto en libertad, haga ratificar y aprovar este contrato de paz por todo su reino, y señoríos de él, y en el parlamento de Paris, y en los parlamentos de Borgoña, y de Provenza, y de Bretaña, y Tolosa: y que los juren solemnemente.

La duodécima, que el rey de Francia despues que fuere puesto en libertad, dentro en su reino aprovára, y confirmára estas obligaciones con toda solemnidad necesaria. Y asimismo hará que cuando el Delfin su hijo llegare á edad de catorce años, confirme, admita, y tenga por buenas estas capitulaciones hechas en Madrid á veinte y cinco de marzo del año de 1525.

VII.

Córtes de Toledo: — Prosiguen las pretensiones del rey para su libertad.

Antes de saber el emperador la prision del rey de Francia tenia convocadas cortes para Toledo, donde S. M. fue: y se juntaron la reina de Portugal doña Leonor, la reina Germana, el duque de Calabria don Fernando de Aragon, muchos grandes y títulos de Castilla y de Leon, los embajadores de Francia que vinieron á tratar la libertad de su rey, los de Inglaterra, Portugal, Venecia, y de otras repúblicas, y potentados de Alemania, y de Italia, del Sofí rey de Persia, y de otros reyes de Africa, muchas personas eclesiásticas, con el nuncio del papa Clemente VII, don Alonso de Fonseca arzobispo de Toledo, don Juan Tabera arzobispo de Santiago, que presidió en las Cortes.

Determináronse con gran acuerdo muchas y buenas cosas para el buen gobierno de estos reinos, especialmente contra blasfemos, vagamundos y gitanos; y que los corregidores que diesen buena residencia fuesen consultados, para que el rey los honrase, y que se declarase así en sus sentencias. Suplicó el reino al emperador se sirviese de efectuar el casamiento que estaba tratado con doña Isabel, infanta de Portugal, si bien los embajadores de Inglaterra instaron para que casase con María, su prima hermana, que pespues fue se-

gunda mujer de don Felipe II. Sirvió el reino al emperador con doscientos cuentos de maravedis.

Llegó en estos dias á Toledo Mr. de Brion, gentil-hombre del rey Francisco, y dió al emperador los recados que dije traia del rey y de madama Luisa, su madre, y no pidió cosa en particular, ni la trató hasta la venida del arzobispo de Embrun.

Venido pues el Mr. de Brion, con él comenzaron á tratar de la libertad de su rey, y ante todas cosas proveyó el emperador, que ellos, y todos los que de alli adelante viniesen de Francia, fuesen muy bien aposentados y tratados, no como criados de su prisionero, sino como embajadores de rey amigo.

Si bien cada dia se hablaba en esto, no se tomaba resolucion: hacaise mas de industria que por otra causa, porque el emperador esperaba la vuelta de Mr. de Croy para ver lo que madama regente de Francia respondia á los capítulos que este caballero habia llevado, y lo que el rey de Francia por su libertad ófrecia.

Volvió con mucha brevedad: y de madama Luisa á la ida y á la vuelta, oyó muchas y muy dulces razones; y del rey de Francia para el emperador grandes promesas diciendo: que pues Dios por sus pecados le habia querido tan ásperamente castigar él tenia determinado de ser amigo de toda la cristiandad, y perpétuo esclavo del emperador.

Pocos dias antes de esta batalla de Pavia fueron presos por los franceses el príncipe de Orange, y don Hugo de Moncada: el rey de Francia los mandó luego soltar, por dar gusto al emperador.

Entre los grandes señores que fueron presos con el rey, fue uno don Enrique de La Brit, hijo de don Juan de La Brit, rey despojado de Navarra, el cual desde la prision envió al bastardo de La Brit al emperador, para que de su parte le rogase tuviese por bien que se tratase de su libertad. Venido el bastardo de La Brit á Toledo, el emperador le hizo mucha cortesia, y le respondió muy á gusto á la embajada, aunque despues no tuvo necesidad don Enrique de dineros, ni otras diligencias para su libertad, dejando burlado al marqués de Pescara cuyo prisionero era.

VIII.

Proposiciones del rey.

Luego que don Hugo de Moncada fue suelto, vino á la corte del emperador, y trájole dos cartas, una del rey de Francia, y otra de su madre madama Luisa, en las cuales ambas ofrecian, y juntamente los embajadores el arzobispo de Embrun, Mr. de Brion, y don Hugo de parte del rey.

1º. Que doña Leonor hermana del emperador viuda del rey de Portugal, que estaba prometida al duque de Borbon, casase con el rey de Francia, y la infanta doña Maria hija de la dicha reina doña Leonor casase con el delfin de Francia, para seguri dad de una paz perpétua.

2º. Que el ducado de Borgoña, que pedia el em-

perador, lo diese en dote á su hermana la reina Leonor, y quedase perpétuamente para el hijo mayor, y sus descendientes que en la reina Leonor hubiese el rey de Francia: y que si ella muriese sin hijos, quedase Borgoña al hijo segundo del emperador y si el emperador no tuviese hijos varones sino hijas, que en tal caso casase el hijo segundo del rey de Francia con hija del emperador, porqué de esta manera el emperador cobraba el ducado de Borgoña.

3º. Que desde ahora para siempre renunciaba el rey de Francia toda la accion, y derecho que pretendia tener, y tenia al ducado de Milan, para que el emperador hiciese de él lo que quisiese.

4º. Que asi mismo renunciaba la accion y derecho que pretendia tener sobre la señoria de Génova, no obstante que la tuvo en su poder.

5º. Que renunciaba todo el derecho que los reyes de Francia en cualquier manera tuviesen al reino de Nápoles, y renunciaba cualesquier deudas, pensiones, etc. que en aquel reino, le fuesen debidas.

6º. Que el rey de Francia quitaba, removia, y soltaba la superioridad y dominio que tenia sobre las tierras de Flandes, y condado de Artois, y por ser esto cosa grave y de importancia, prometia que haria que todos los estados de Francia lo consintiesen, aprovasen y confirmasen.

7º. Que restituirá la villa y fuerza de Hesdin con la fortaleza, y toda la artilleria y municiones que en ella hubiese.

8º Que hará lo mismo de la ciudad de Tornay renunciando el derechó en el emperador, y en todos los que sucedieren en los estados de Flandes: y

esto con solemne juramento para nunca pretenderlo, ni por justicia ni por armas.

9º. Que por todas las tierras que estan en las riberas de Soma, que el emperador pretendia que eran del condado de Artois, daria, y pagaria por ellas lo que el emperador quisiese, y madama Luisa la regenta concertase.

10. Que cuando el emperador determinase pasar á Italia á coronarse, pagaria el rey la mitad del ejército que llevase, y que si quisiesen hacer guerra el emperador, ó su hermano el rey don Fernando, prometia el rey de Francia de no solo pagar la mitad del ejército, mas de hallarse personalmente en ella.

11. Que si el emperador quisiese pasar por mar Italia daria toda su armada, galeras, navios, galeones, y la pondria en el puerto de Barcelona muy á tiempo.

12. Que si el emperador quisiese hacer guerra contra infieles en Africa, ó en Grecia, pagaria la mitad de la costa, y si el emperador fuese en la jornada, iria en ella acompañando la persona imperial.

13. Que todo lo que el emperador tenia capitulado con el rey de Inglaterra, y todo lo que de empréstitos, y pensiones era debido al dicho rey, lo pagaria y cumpliria de tal manera, que el emperador quedase de todo ello libre, y el de Inglaterra satisfecho.

14. Que restituiria al duque de Borbon todos sus estados enteramente, y le mandaria pagar todas sus pensiones, y le daria su hija por mujer con el dote que á semejantes infantas se suele dar. Y que en el ejército que hiciese para servicio del emperador, no yendo la persona real, pondria en su lugar

al duque de Borbon, olvidando los enojos que le hubiese dado, y deservicios que le hubiese hecho por graves que fuesen.

15. Que de todo esto daria bastantes prendas, y seguridad, y aprobacion y obligacion del parlamento de Paris.

IX.

Contestacion y réplica.

A los cuales medios, conservando su valor y reputacion, como enemigo de ambicion y sospecha de tirania, respondió el emperador, que á él no le parecia que debia trocar el derecho y título que al estado de Borgoña tenia tan justo y cierto por alguna otra cosa, antes le debia ser restituido, y por alguna manera lo daria en dote á su hermana y que el casamiento, que de ella se proponia con el rey, él no otorgaria, sino fuese con voluntad del duque de Borbon, á quien la tenia prometida. A lo que decia de Italia, que él no queria, ni tenia propósito de alterar las cosas de ella, ni ponerla en guerra, ni desasosiego, antes su deseo era quitarla y pacificarla siempre. Y en lo tocante al reino de Nápoles, y lo demas que él poseia, que el rey de Francia no tenia algun justo título, ni derecho á ello, ni habia que renunciar. Que el emperador se contentaba con que él restituyese el ducado de Borgoña, de la manera que lo habia poseido el duque Cárlos su bisabuelo. Que asi mismo aceptaba el

ofrecimiento que le hacia de la armada de mar para su pasada en Italia á coronarse.

El rey de Francia replicó á esto moviendo otros partidos de grandes sumas de dineros, y de otras cosas, porque el emperador se apartase de la pretension de Borgoña: mas el emperador siempre estuvo en que se le habia de dar lo que era suyo, y no dándoselo no aceptar los demas ofrecimientos, si bien fuesen grandes. Si él pretendiese la monarquia de Italia (como muchos calumniaban) nunca mejor al tiempo tuvo, pues tenia preso un competidor tan poderoso, los demas príncipes atemorizados, y dentro en Italia un ejército victorioso; però como nunca él tuvo pensamiento de esto no admitió los ofrecimientos que el rey, le hacia antes á este mismo tiempo dió el título é investidura de duque de Milan á Francisco Esforcia con unas honestas y moderadas condiciones y recompensa por los grandes gastos que habia hecho en la conquista de Milan y guerras sobre echar de él los franceses.

Andando, pues, asi estas cosas, el emperador habia salido de Madrid é ido á Toledo, donde mandó juntar los procuradores del reino para tener cortes generales, las cuales luego se comenzaron y se dieron treguas á los franceses por seis meses.

X.

Entra el rey en Madrid.

Sentia mucho el rey de Francia la prision pareciéndole que se alargaba demasiado, y hablando muchas veces con el virey de Nápoles, Cárlos de Lanoy, le oia decir la benignidad y blandura del emperador y la grandeza de su generoso pecho: con esto le puso un gran deseo de verse con él, con una cierta esperanza que si le veia la cara con tolerables condiciones le daria libertad: y por esto rogaba á Lanoy que no le llevase á Nápoles, donde habia oido decir que le querian llevar, sino á España.

No estaba Lanoy lejos de este parecer esperando grandes mercedes y no menos honra, si mediante él se diese fin en las discordias de dos tan poderosos príncipes y tan enemigos entre sí. Por tanto, aconsejó al rey que asegurase el paso para España, de manera que de Francia no hubiese algun peligro.

Para esto partió luego Anna, señor de Montmorency, uno de los privados del rey, á madama Luisa, su madre, gobernadora de Francia; y tomada la fe de seguro, partió de Marsella con seis galeras, y halló á Lanoy con el rey en Puerto Delfin que es veinte millas de Génova al levante; y como hasta alli en público y en secreto delante de los capitanes del emperador, de Borbon y del mar-

qués de Pescara hubiese siempre dicho que llevaba al rey á Nápoles, volvió el viaje para España con diez y siete galeras llenas de soldados españoles, sin que lo entendiesen ni aun cayese en la imaginacion del duque Borbon ni marqués de Pescara, ni de los otros capitanes principales que en Lombardia estaban.

Siguiendo su viaje con próspero viento llegaron á la costa de España, al puerto de Palamós y Colibre: y de ahí fueron á Barcelona, mediado el mes de junio de este año de 1525; donde al tiempo de desembarcar se le hizo al rey grande salva de artilleria y en la ciudad un solemne recibimiento. De aqui se dió aviso al emperador de su venida, de que fue muy espantado porque no lo sabia. De Barcelona vino toda la armada con el rey á desembarcar en Valencia, donde fue solemnemente recibido. De Valencia fueron á Requena, donde esperaba don fray Francisco Ruiz, obispo de Avila, con otra mucha caballeria que el emperador habia enviado, á darle el parabien de la venida y que le acompañasen. De Requena vinieron á Guadalajara, donde el duque del infantado le hizo tan costoso recibimiento y hospedage, que el francés quedó admirado: y solia despues decir muchas veces que el emperador le hacia injuria en llamarle como á los otros duque, sino que le habia de llamar por escelencia príncipe.

De Guadalajara pasó á Madrid y aposentáronle en el alcázar, donde estuvo hasta que se le dió libertad. Vinieron en compañia y guarda del rey, Cárlos de Lanoy, Hernando de Alarcon y otros capitanes y soldados escogidos y valientes, de los cuales quedaron en su guarda con Hernando de

Alarcon y al rey se le hacia buen tratamiento con la cortesía que merecia la persona real de Francisco.

Permitíasele salir al campo, ir á cazar las veces que queria, y en todo se miraba mucho por darle gusto. Súpose y sintióse en Italia la traida del rey á España: los juicios y sentimientos que de ella hubo fueron muchos y pesados; diré los despues de haber dicho lo que el emperador hizo y pasó en España con el rey detenido en el alcázar de Madrid, pues todo no se puede contar junto si bien haya pasado á un tiempo.

XI.

Embajadores llegados al emperador.—Su corte.

La grandeza de los hechos de la guerra no da lugar al que escribe para que por menudo pueda referir los que son de paz y gobierno de la república. Lo cual yo he hecho en este año de 25, que por escribir las guerras de Lombardía he dejado de contar algunos sucesos que no fueron de ella, fiestas, caminos y embajadas y otros acaecimientos: pero ahora que la gran victoria del César ha puesto algun silencio á las armas, dejaré un poco de tratar de ellas y escribiré las de gobierno y paz, si bien por nuestros pecados duró tan poco, que será muy breve el tiempo que gozaremos de esta historia.

Al tiempo, pues, que el rey de Francia llegó á

Madrid, tenia el emperador cortes generales de los reinos de Castilla en la ciudad de Toledo, donde estaban con él la reina de Portugal viuda, su hermana doña Leonor, la reina Germana, los embajadores de Francia que ya nombré que eran venidos á tratar la libertad de su rey. Y asimismo embajadores de los reyes de Inglaterra, de Portugal, de venecianos, del Sofi y de otros reyes de África y repúblicas y un legado del papa Clemente, y estaba asimismo el duque de Calabria y los duques de Alba, Bejar, Nájera, Medinaceli y otros muy grandes señores de Castilla, y el arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca y don Juan Tabera, arzobispo de Santiago, presidente que era del Consejo Real con otros muchos prelados segun dejo dicho. De manera, que la corte del emperador era una de las mayores y mas lucidas que ha tenido príncipe de España. Los cuales todos se holgaron mucho con la venida del rey de Francia, por la honra que con su real persona recibia Castilla y por la paz que se esperaba viéndose los dos príncipes.

Entró en Toledo el virey de Nápoles, Cárlos de Lanoy en dejando al rey en Madrid, é hízosele un solemne recibimiento y el emperador lo recibió con demostracion de muy gran placer, y lo honró y trató amorosamente conforme al amor que le tenia, que era grande. Envió luego el emperador á visitar al rey de Francia con graciosas y amorosas palabras y á significarle la voluntad que tenia de que él quisiese venir en buenos medios de paz y para que le fuese dada libertad, los cuales se continuaron y trataron como se habia comenzado por sus embajadores. Pero como el em-

perador estaba determinado en que ante todas cosas le habia de restituir el ducado de Borgoña, y al rey de Francia se le hacia grave y casi imposible, dilatóse mas de lo que el rey quisiera. La justicia que el emperador tenia para pedir á Borgoña era tanta, que ninguno que fuere enterado de ella podrá decir sino que le sobraba razon. Y porque de ella conste y por haber sido la pretension de este estado una de las causas principales y la piedra de la ofension en que estos dos príncipes se toparon, será bien antes de pasar adelante decir el derecho que cada uno de ellos tenia, y asi procedia con mas segura conciencia en la guerra.

XII.

Derecho que tenia el emperador á Borgoña.

Fue Borgoña antiguamente reino: comprendia la provincia Lotaringia, que ahora es Lorena, cuando sus límites eran mayores, y se estendia desde el rio Mosa hasta el Reno, donde se contenian Holanda, Zelanda, Henat, Asbavia, Alsacia, Gueldres, Cleves, Lieja, Maguncia y la selva de Ardeña, Tréveri y Limburg. Quedó despues metida en el reino Borgoña en tiempo de Enrico I de este nombre, rey de Francia. Por sediciones de los mismos pueblos de Borgoña se dividió este reino en ducado y en condado. El ducado quedó en la obediencia de los reyes de Francia y el condado en la de los emperadores de Alemania, del cual es cabeza y matriz la gran ciu-

dad de Bisanzon de donde fueron naturales don Ramon y don Enrique que dieron reyes á Castilla y Portugal. Ha sido Bisanzon ciudad nombrada y célebre por la gran feria que en ella se hace, á la cual Julio César y otros antiguos llamaron Vensoncio. Pasa pues el cuento asi.

En el año de 1326, á 12 de agosto murió en Francia el rey Cárlos el Hermoso, hijo del rey Filipo el Hermoso. Cuando Cárlos pasó de esta vida, la reina doña Juana su mujer quedó preñada, y como el rey su marido no dejó hijo que le sucediese y despues de su muerte la reina doña Juana no pariese sino una hija, fue ocasion que se levantasen grandes sediciones y guerras en Francia. El rey Filipo el Hermoso, tuvo tres hijos y tres hijas. Los hijos se llamaron Ludovico Utino, Filipo Longo y el tercero Cárlos el Hermoso, los cuales fueron por órden reyes pacificamente: porque Ludovico reinó un año, Filipo cinco y Carlos siete sucesivamente; y si bien fueron todos casados, murieron sin hijos. Cosa por cierto harto maravillosa y en la real sucesion muy nueva, ver suceder en un reino tres hermanos, y morir sin herederos. Las hijas del rey Filipo se llamaron Margarita ó Beatriz que casó con el rey de Castilla don Fernando III. La segunda doña Isabel que casó con Eduardo rey de Inglaterra. La tercera doña Catalina que murió moza. Este Filipo el Hermoso tuvo un hermano que se llamó Cárlos Valesio y por otra parte la reina doña Isabel de Inglaterra dejó un hijo que se llamó Eduardo que reinó en Inglaterra. Estando pues desierto el generoso reino de Francia y sin príncipe heredero por muerte de Filipo el Hermoso y sus tres hijos, luego se opusieron á la pretension del reino Eduardo, rey de

Inglaterra, diciendo que era suyo el derecho, pues era nieto de Filipo. Lo contrario decia Filipo Valesio alegando pertenecerle á él por ser sobrino de su hermano de Filipo el Osado. Dividióse Francia en dos parcialidades, siguiendo la una á Eduardo, y la otra á Filipo Valesio. Prevaleció Valesio, y quedó con el reino, quedando muy descontento, y protestando siempre Eduardo. Por manera, que desde aquellos tiempos siempre pretenden los de Inglaterra que el reino de Francia es suyo.

Como se vió privado Eduardo rey de Inglaterra del reino de Francia, acordó poner en armas su justicia, levantó un ejército muy poderoso, y acometió y tomó á Cales, con otras tierras de Francia.

Sintió tanta pena y afrenta Velesio de la toma de Cales, que de pura tristeza le vino una calentura lenta de que murió, año 1352, á 7 de julio, de edad de cincuenta y siete años. Muerto Filipo Valesio sucedió en Francia su hijo el rey don Juan, el primero de este nombre, el cual luego que murió su padre, movió guerra al rey Eduardo por cobrar á Cales, vengar el enojo de su padre, y dar á entender al ingles el competidor que tenia. El rey Eduardo era ya viejo, y gotoso, y no podia salir á campaña, y asi envió á su hijo que se decia Ricardo, príncipe heredero: Diéronse una sangrienta batalla cerca de Poitiers, año 1356, á 20 de setiembre, jueves en la tarde, víspera de san Mateo. La batalla fue reñida, porfiada, sangrienta y dudosa la victoria: mas al fin el rey Juan de Francia fue preso, y un hijo suyo llamado Filipo el Osado. Hallose en esta batalla el cardenal de Petragorico, que el papa Ino-

cencio habia enviado para dar alguna traza, y componer los dos príncipes. Lo cual no pudo acabar por mas que lo trabajó. Murieron en esta batalla don Guillermo hermano del rey Juan y duque de Orleans. Murió el condestable de Francia, el gran Senescal, trece mil infantes, y mil y cuatrocientos caballos, y escapó herido en un brazo el principe don Cárlos hijo primogénito del rey Juan: el cual en el tiempo que el padre estuvo preso gobernó el reino de Francia. Preso el rey Juan; y su hijo Filipo, lleváronlos á Burdeos, y de alli á Inglaterra, donde estuvieron cuatro años, y el tratamiento que les hicieron fue, que en todo este tiempo no salieron de una fortaleza, ni aun de un aposento donde dormian, y una sala donde comian y se entretenian.

Loan mucho los cronistas en el príncipe don Cárlos, la prudencia que tenia en gobernar el reino de Francia, y la diligencia que puso en sacar á su padre de prision. Pero como los ingleses pedian mucho y él daba poco, hubo de estar el rey Juan mucho tiempo preso. Al fin el papa Inocencio, y el rey de Escocia, concertaron la libertad del rey en esta manera.

Dieron á Eduardo rey de Inglaterra el señorio perpétuo de Cales y su tierra: y las tierras de Poitiers, la ciudad de Saintes, la ciudad de Limoges, la ciudad de Tarba, la ciudad de Rodes con todas sus tierras. Diéronle mas la ciudad deTouars, Agen, Perigueux, Ponthieu y Bigorra: el condado de Angulema y ducado de Guiena, con tres millones de oro en dinero. Pagáronle las dos partes del gasto que en aquella guerra habian hecho. Dieron otra gran suma de dinero, por los prisio-

neros, que con el rey Juan fueron tomados, y restituidos todos los ingleses, que en Francia estaban presos, sin pagar rescate por ellos; y para seguridad de todo cuatro castillos muy fuertes, y doce caballeros los mayores de Francia, y dos hijos del rey Juan en rehenes. Año de 1360, á 3 de octubre trajeron al rey don Juan á Cales, y allí le pusieron en libertad.

XIII.

Señores que hubo en Flandes y Borgoña.

Para inteligencia de lo que pretendo decir, conviene saber, que en el condado de Flandes, y ducado de Borgoña, hubo treinta y un señores, contado desde el primer conde, que se llamó Elderico, hasta el último duque, que fué Cárlos Pugnax ó el Peleador: comenzó el señorío de Elderico año 792. Gobernó el condado de Flandes cuarenta años y tuvo una mujer que se llamaba Flandra y por ella se llamó aquella tierra Flandes. El duque Cárlos murió en la batalla que le dió Renato duque de Lorena dia de los Reyes, año de 1476. El mismo año de la delibracion del rey Juan, que fue año de 1360, murió el duque de Borgoña, que se llamaba Filipo, y fue el último duque que por linea de varon hubo en aquel estado. El rey de Francia Valesio, padre que fue del rey Juan preso en Inglaterra, fue casado con una tia del duque Filipo de Borgoña que se llamaba Juana, de la cual dicen

los cronistas franceses, que fue muy docta en la lengua latina y gran música. El rey Filipo Valesio tuvo en esta señora reina Juana, al rey Juan que estuvo en Inglaterra, el cual se llamó Juan, porque su madre se llamaba Juana. Muerto el duque de Borgoña Filipo como no dejó hijo varon legítimo, opúsose al estado el rey Juan de Francia, diciendo: que pues él era el primer hijo de hermano de Filipo de Borgoña, hijo de su tia la reina Juana, que á él y no á otro como pariente mas propinguo que tenia el duque Filipo, pertenecia aquel estado y de hecho se apoderó de él. Los borgoñones protestaron al rey Juan diciendo que el ducado de Borgoña no pertenecia á él, sino á su hermano Filipo el Osado, porque él era rey de Francia, en el cual reino no se debia, ni podia incorporar aquel estado. Viendo el rey Juan que los borgoñones tenian razon, declaró que él no heredaba á Borgoña, como persona particular, esto es, como pariente mas propingüo á la casa de Borgoña. Declaró asimismo que en el ducado de Borgoña, no habiendo varon, la mujer legítima podia ser heredera porque asi lo heredaba él: es á saber, por ser hijo de la reina Juana duquesa que fuera de Borgoña, si al tiempo que murió el duque Filipo, su sobrino, fuera viva. Este rey Juan despues que salió de la prision, como vino á Francia y no pudo cumplir todo lo que por su rescate prometiera, acordándose de los grandes rehenes que tenia puestos en lugar de su persona, determinó como príncipe verdadero, tornar á ser prisionero del rey de Inglaterra; y de esta manera puso en libertad á los que por él se habian puesto en prision. Murió el rey Juan en ella, en la ciudad de Londrés año de 1364. Fue traido á enterrar al monasterio

de San Benito junto á Paris, que se dice Sant Benist; viéndose en tanto trabajo los franceses por rescatar el cuerpo de su rey muerto, que por poco les costara tanto como si fuera vivo.

XIV.

Prosigue la misma materia.

A la sazon que esto pasaba, era conde de Flandes Ludovico de Marla, el cual tenia una hija que se decia Margarita, y era viuda, heredera del condado de Flandes. Muerto el rey Juan como sucedió en el reino su hijo Cárlos el V, luego se fue al parlamento de Paris, donde juntó el reino, y allí se concertó con su hermano Filipo el Osado, en que Filipo renunciase, como lo hizo, el condado de Terobana, que su padre le habia por su testamento mandado: el rey Cárlos lo incorporó en la corona real. En recompensa del condado de Terobana dió á su hermano Filipo el ducado de Borgoña, para que libremente lo poseyese él y sus herederos. Y todo esto se hizo queriéndolo el rey Cárlos, consintiéndolo el reino, y aprobándolo los parlamentos. Declarado pues Filipo el Osado, por duque de Borgoña, casó con la hija de Ludovico conde de Flandes, que se llamaba Margarita, heredera única del condado, y en el casamiento fue consentidor Cárlos rey de Francia, hermano de Filipo: y casaron con estas condiciones, etc. Filipo el Hermoso rey de Francia, teniendo guerra con el rey de Inglaterra,

el conde de Flandes favoreció al inglés, y acabada la guerra el rey de Francia fue contra él, y prendiólo con un hijo suyo: y túvolo hasta que murieron en la cárcel. Rebeláronse por esto los flamencos contra el rey de Francia. El cual como los tornase á sojuzgar, pidióles tres ciudades en rehenes que fueron, Amsola, Adnaco, y Orchias. Jamas pudieron los condes de Flandes recobrar estas ciudades: pero concertáronse en que los reyes de Francia diesen á los condes de Flandes diez mil ducados cada año: pero estos eran tan mal pagados, que llegaron á deber cien mil.

Por recuperar los daños pasados, y evitar enojos, capitularon estos príncipes, que el rey de Francia pagase luego los cien mil ducados, y restituyese al conde de Flandes las tres ciudades, con tal condicion, que las apelaciones fuesen á Paris. Mas que si el conde de Flandes Ludovico, puesto que era viejo, tuviese hijo, heredase las tres ciudades; y sino que Filipo el Osado, pues casaba con Margarita única heredera de Flandes, heredase las tres ciudades con todo lo que era de su suegro el conde Ludovico.

Capitulóse mas: que si Filipo el Osado duque de Borgoña muriese sin hijos legítimos, las cosas tornasen á su estado primero, esto es: el ducado de Borgoña, y las tres ciudades de Flandes al rey de Francia, y el rey de Francia pagase los diez mil ducados cada un año á los condes de Flandes. Favoreció tanto la fortuna al duque Filipo, que tuvo tres hijos legítimos: el primero se llamó Juan, que le sucedió, y casó con Margarita hija del conde, ó duque de Henaut; el segundo se llamó Antonio, y este fue duque de Brabante: al tercero llamaron

Filipo, y este fue conde de Lucemburg. De estos tres hijos heredó el ducado de Borgoña, y condado de Flandes, Juan que era el mayor. Este duque Juan no tuvo mas de un hijo que se llamó Filipo el Piadoso, porque lo fue. Casó Filipo con Leonor infanta de Portugal, princesa muy hermosa, liberal y afable.

Tuvo el duque Filipo tres hijos: el primero se llamó Antonio, el otro Iodo, el tercero Cárlos. Los dos primeros murieron mozos, y Cárlos heredó el estado de Flandes y Borgoña. Murió el duque Cárlos en una batalla dia de los Reyes, segun ya dije; fue casado con madama Isabel hija del duque de Borbon, y no tuvieron mas que una hija, que se llamó Maria, que casó con el emperador Maximiliano, archiduque de Austria. Los cuales tuvieron dos hijos, á Felipe y á Margarita. Felipe casó con doña Juana, infanta de Castilla, hija de los reyes Católicos: de ellos fue hijo el bienaventurado Cárlos V, rey de España, emperador de Alemania, etc.

XV.

Prosigue la misma materia.

Muerto el duque Cárlos de Borgoña, el rey Luis de Francia XI de este nombre, envió mucha gente y dinero á Renato duque de Lorena, para que prosiguiese la victoria, y en su nombre tomase el ducado de Borgoña. Lo cual hizo Renato: no contento el rey Luis con esto, él mismo en persona fue á tomar otras tierras del estado de Flan-

des, y se apoderó por fuerza de Noyon, Perona, Montuel, Ras, con todas las tierras que en contorno de estas ciudades estaban. Mostráronse los flamencos y borgoñones valerosos vasallos y leales servidores de la duquesa Maria, que era muy niña: mas no pudieron mas. Y sucedió que tomando los franceses la ciudad de Arrás, ponian los cuchillos á las gargantas de los vecinos, y los perdonaban solo porque dijesen, viva el rey de Francia; pero ellos no querian decir sino, viva madama Maria duquesa de Borgoña: luego los degollaban muriendo como leales: y aun como mártires, pues morian por defender la justicia y lanzaban al tirano de la tierra. Despues de muchas guerras que pasaron entre franceses, flamencos y borgoñones, finalmente, el rey Luis dijo y declaró, que él no tomaba aquellos estados sino como tutoria, y que madama tuviese la gobernacion. El rey de Francia queria que los flamencos le entregaran á la duquesa Maria y les ofreció ricos dones: mas los flamencos como leales la guardaron. Y como no pudo vencer la lealtad de los caballeros, acordó negociar de secreto con la misma Maria, que era niña, á ver si por ruego y promesas podria meterla en Francia. Tenia el rey Luis un barbero flamenco, que se decia Guillermo, y á este como sabia la lengua flamenca, y era natural, encomendó que fuese á madama Maria, y la dijese tres cosas: la primera que él la tenia por hija: la segunda que el tenia en su nombre el ducado de Borgoña muy bien tratado: la tercera, que él la queria casar con persona real de su casa, y que la engañaban en aconsejarla otra cosa. Fue Guillermo con esto á Flandes, y tuvo tan poca discre-

cion que no supo guardar secreto, (parlando como barbero) ni aun buscar tiempo para decir á lo que iba. Y asi se descubrió y corrió harto peligro su vida. Viendo los flamencos las diligencias que el rey hacia por haber en su poder á la duquesa, diéronse prisa á casarla: y asi la casaron, como dije, con Maximiliano, hijo del emperador Federico. Viendo el rey Luis casada á María en Alemania, acordó alzarse con el ducado de Borgoña, porque importaba mucho á Francia, por confinar con lo mejor de ella. Tal es el derecho absoluto que el rey de Francia tuvo para entrarse en el ducado de Borgoña; la justicia que el emperador tenia para pedirle, y la justificacion con que hizo guerra por él. He referido esta historia no conforme á las de Austria ni del condado de Flandes ni de Borgoña, sino por las mismas historias francesas; para mayor seguridad de la verdad. Y los autores que con mayor curiosidad y largamente la escriben, son: Roberto Gaguino, Guillermo Rabasten, Burliser, Pisano en las vidas de los reyes de Francia, Felipe el Hermoso, Ludovico Hutino, Filipo el Longo, Cárlos el Hermoso, Filipo Valessio, Juan I, Cárlos VI, Cárlos VII, Ludovico XI.

XI.

Treguas.— Visita hecha al rey por el emperador en su prision.

Volviendo pues á nuestros cuentos para poder tratar de la composicion de estos príncipes, se asentaron treguas entre los reinos de España y Francia por ocho meses, que comenzaron desde el de junio. El emperador siéndole pedido por parte del rey de Francia, dió licencia y seguro para que madama Margarita de Alanson, hermana del rey Francisco, mujer que habia sido de Mr. de Alanson, viniese á España á visitarle y tratar de sus negocios, como se dirá. El emperador continuando las cortes de sus reinos, hizo en ellas algunas leyes necesarias y provechosas al bien público, como parece en el volúmen que de ellas hay, que con mucha curiosidad vi escrito en la libreria del monasterio de Fres del Val, que es de los padres gerónimos, y fundacion del adelantado Gomez Manrique, una legua de Burgos. El reino atendiendo á los grandes gastos que el emperador habia hecho, le otorgó mayor servicio que hasta alli se le habia dado. Y todo el reino le suplicó que fuese servido de casarse, pues ya su edad lo pedia, para que nuestro Señor le diese hijos en quien se continuase su sucesion, y encarecidamente le pidieron que casase con doña Isabel, infanta de Portugal, pues aquello era lo que mas convenia al rei-

no, por los grandes deudos y vecindad que con la casa de Portugal habia; y por las virtudes y perfecciones que de la infanta se decian. Por la cual suplicacion el emperador se inclinó á este casamiento, y desde luego se comenzó á tratar de él, si bien los embajadores de Inglaterra instaban que casase con la infanta de Inglaterra su sobrina, con quien se habia platicado, como queda dicho, en las ligas y amistades que con el rey de Inglaterra el emperador habia hecho.

Acabadas las cortes, el emperador acordó de ir á Segovia, porque los vecinos de aquella ciudad se sentian desfavorecidos y agraviados de que él habia pasado junto á ella cuando vino de Valladolid y no la habian visitado. Y siendo ya el fin de agosto, partió para allá, y fuele hecho un solemne recibimiento, y despues muy grandes fiestas.

Detúvose en Segovia pocos dias el emperador, y partió para Buitrago, donde se entretuvo en cazar.

En estos mismos dias enfermó el rey de Francia: dicen que de pura melancolía de verse preso, y que el despacho de su libertad se dilataba. Y estando el emperador en un lugar que se llama San Agustin, seis leguas de Madrid, le vino una posta con aviso de Hernando de Alarcon, que tenia en guarda la persona del rey, que decia como la enfermedad del rey se iba agravando de manera que se tenia poca esperanza de su vida: que para alivio de su mal no pedia el rey sino que el emperador le viese.

Como el emperador supo esto, con acuerdo de los duques de Calabria, Bejar, Nájera y otros señores que con él venian, se determinó que seria

obra cristiana y pia irle á visitar y consolar, y dar buenas esperanzas de su libertad; y asi partieron luego por la posta, y llegó aquella misma noche, (que fue á 28 de setiembre) á Madrid, y como iba de camino entró á visitar al rey.

Siendo el rey avisado de la venida del emperador, recibió tan gran alivio que mostró mucha mejoria.

Como el emperador entró en el aposento donde el rey estaba, quitó el sombrero, y llegó á abrazarle en la cama donde estaba; y el rey se incorporó en ella y abrazó al emperador diciéndole: «Mr., veis aquí vuestro esclavo.» Y el emperador respondió: «No sino un buen hermano y amigo libre.» Y el rey replicó: «No sino vuestro esclavo.» Y el emperador tornó á responder: «No, sino libre amigo y buen hermano.»

Despues de esto pasaron otras muchas palabras: la sustancia de ellas fue decirle el emperador que no tuviese al presente cuidado sino de su salud, que aquella era la que deseaban muy mucho, y que estuviese cierto que sus negocios se harian muy bien.

Con esto el emperador se salió y pasó á otro cuarto del mismo alcázar, y el rey quedó consolado, con que se le sintió notable mejoria.

A otro dia siguiente el emperador lo tornó á visitar, y de nuevo lo esforzó y consoló todo lo posible.

Este mismo dia llegó á Madrid madama Alanson, hermana del rey de Francia, que sabiendo la enfermedad de su hermano, se habia dado prisa á caminar, y el emperador la salió á recibir y acompañó hasta el aposento de su hermano. Él

cual se alegró y consoló mucho con ella: habiéndoles el emperador dicho á ambos dulces y amorosas palabras llenas de buenas esperanzas, los dejó juntos, y partió para Toledo, donde llegó el dia siguiente: y desde ahi adelante el rey de Francia fue mejorando, de manera que en breve tiempo quedó sano. Y desde á ocho dias que el emperador llegó á Toledo, vino alli el cardenal Salviati, que venia por legado del Papa, al cual el emperador mandó hacer un gran recibimiento, en que se hallaron los prelados y grandes de la corte, y él por su persona salió fuera de la ciudad, queriendo hacer una gran demostracion y cumplimiento con el Papa, porque tenia aviso que no le hacia buena amistad, antes trataba, como luego veremos, hacer ligas contra él. Y siendo asi recibido y aposentado el legado, el emperador por satisfacerle de lo que dije, y desenconar el ánimo del Pontífice, le quiso dar cuenta y comunicar todos los medios y pláticas que con el rey de Francia y sus embajadores habia pasado, y los que luego se ofrecieron con madama de Alanson. La cual desde á pocos dias, quedando el rey su hermano mejor, vino á Toledo, y con ella fray Felipe Villers Lifleadam, maestre de la órden de San Juan, despojado de la isla de Rodas. El emperador salió á recibir á Margarita, y la hizo aposentar y honrar mucho. Luego volvieron á tratar medios de paz y de libertad del rey; y añadió además de los capítulos que don Hugo de Moncada habia traido, que se daria al emperador el vizcondado de Auxona, que es en el ducado de Borgoña, ó una gran suma de dinero, cuando esto no quisiese, y que el emperador le quisiese dar su hermana Leo-

nor, con los partidos y ofrecimientos dichos. Y se dijo que el rey de Francia tendria por bien que su hermana madama de Alanson casase con Carlos, duque de Borbon. Pidió que en lo que tocaba al derecho de Borgoña, se determinase por justicia ante los doce pares de Francia: que son seis prelados y seis caballeros. Enfadose el emperador de esto, y lo que dió por respuesta fue, que era contento que se señalasen personas doctas por una y otra parte, para que lo determinasen en justicia; y que el Papa fuese tercero con ellos: pero madama no quiso esto.

XVII.

El emperador da á Malta á los caballeros de San Juan.

En esta misma sazon, que era principio de octubre, entró en la corte del emperador el gran maestre de Rodas, Filipe Lilleadam, que habia perdido aquella isla, acompañado de muchos caballeros de su órden. Saliéronle á recibir todos los grandes que en la corte estaban, y el emperador le recibió muy bien y honró mucho, y trató con él las cosas de aquella religion. Y quiso el emperador dar á estos caballeros la isla de Malta, donde ahora están el convento y nobleza de esta religion con su gran maestre.

Tambien el legado del Papa, entre otras cosas, trató y pidió al emperador que enviase á mandar á sus capitanes que fuesen á tomar la ciudad de Rezo,

y la villa y castillo de Ruberia, que el duque de Ferrara tenia usurpadas á la Iglesia desde la muerte del papa Adriano, y se las mandase entregar, como se habia capitulado cuando se hizo la paz, y los habia socorrido con cientoveinte mil ducados.

El emperador respondió lo que otra vez á este artículo habia respondido, y que daria modo como aquella demanda se determinase por justicia ó amigable composicion y concierto, y que procuraria como sin armas pacíficamente el Papa hubiese la posesion de ellas, sin perjuicio de la superioridad del imperio, ni de tercero alguno, porque por armas y fuerza no le parecia se debia hacer: porque el duque de Ferrara era vasallo del imperio, y no era bien que por su parte se alborotasen las cosas de Italia. No fue muy contento con esta respuesta el legado; que aunque eclesiástico, quisiera mas las armas y ejecucion de ellas.

XVIII.

Trata de huir el rey.

Viendo madama de Alanson lo poco que sus ruegos y medios aprovechaban, y que lo que se ofrecia se estimaba en nada, pidió licencia para volverse, y ver de camino á su hermano. Diósele, y fue al alcázar de Madrid á visitarle, donde estuvo algunos dias dando orden, y traza como cautelosamente pudiese sacarle de la prision, pues ruegos ni ofertas no bastaban.

El ardid era que un esclavo negro, que metia leña en la cámara donde dormia el rey, para una chimenea, se acostase en la cama del mismo rey, y el rey se vistiese las ropas del negro, y tiznase la cara, y asi se saliese fuera del alcázar, cuando quisiese anochecer, á hora que nadie pudiese echar de ver el tizne fingido.

En este tiempo estaban en servicio del rey alli en Madrid, un caballero francés que se decia Mr. de Larochepot, y un camarero que habia por nombre Clemente Chapion: los cuales dos riñeron un dia, y dió Mr. de Larochepot un bofeton al camarero de que quedó muy cargado y lastimado.

Viendo pues el camarero, que por estar en reino estraño, y por ser el que lo injurió mas poderoso, no habia lugar para su venganza, fuese de Madrid á Toledo, donde estaba el emperador, y descubrióle la maraña que el rey de Francia tenia urdida, para salirse de la cárcel. Y que estaba determinado de hacerlo pocos dias despues de ida su hermana.

Tenia tambien alli el rey de Francia un criado tesorero francés, y este supo la jornada del camarero á Toledo, y su enojo, y sospechó que iba á descubrir el secreto. Y con sola esta sospecha se pusó en huida, y tomó el camino para Francia. La causa porque este huyó fue, porque entre solos cuatro estaba ordenada la fuga del rey, esto es, entre el rey, su hermana, el camarero, y tesorero.

Maravillóse el emperador de que el rey de Francia quisiese usar de esta treta, y humillarse tan feamente para huir. Al principio no daba crédito al camarero, porque parecia que hablaba

apasionadamente: y lo otro porque no se podia persuadir que un príncipe, como el rey de Francia, quisiese intentar cosa tan fea. Con todo eso mandó el emperador escribir á Hernando de Alarcon todo lo que el camarero decia, y esto no para que lo descubriese, sino para que lo mirase, y remediase, y estuviese sobre aviso en las guardas del alcázar, y que el esclavo no entrase con la leña de alli adelante.

De mas de esto en el salvo-conducto que se le dió á madama para tornar á Francia, con mucho aviso se puso, que con tal condicion se le daba que en España no hiciese, ni hubiese hecho alguna cosa que fuese en deservicio del emperador, ó daño de la república.

XIX.

Pide el rey por esposa á la reina Leonor.

Visto por el rey de Francia que su hermana era ida, y que se quedaba preso, y desenhilado su negocio, con despecho y aborrecimiento envió al emperador un criado, que se decia Memoransi, diciendo que él estaba determinado á ser antes su perpetuo prisionero, que no darle el ducado de Borgoña con lo demas que en el memorial pedia, y que para esto le señalase luego lugar donde habia de estar preso, y los que habia de tener en su servicio.

El emperador respondió que era contento de señalarle el lugar de su prision, y darle personas

que le sirviesen. Y ademas de esto que dijese al rey su amo, que á él le pesaba mucho de no querer dar por rescate de su persona, lo que era obligado á restituir por justicia.

Apenas era partido Memoransi con esta respuesta, cuando vinó Cárlos de Lanoy el virey de Napoles, á decir al emperador, que el rey estaba de otro próposito, y de venir en lo bueno, y que para este efecto le habian traido grandes poderes de la reina su madre, y del parlamento de Paris. Que no restaba sino que su magestad señalase personas, y enviase sus poderes para que concordasen lo que él pedia, con lo que el rey otorgaba.

Envió el emperador sus poderes, y con ellos al virey, á don Hugo de Moncada, y al secretario Juan Aleman. Llegados estos tres á Madrid, lo primero que el rey pidió fue, que le diesen por mujer á doña Leonor hermana del emperador viuda del rey don Manuel de Portugal. El dote que pidió el rey fue el condado de Malon, y el condado de Osera, y que dejandole estos dos condados, él restituiria el ducado de Borgoña: que tenia por cierto que el reino de Francia vendria en esto por casar él con tan alta princesa, y por el bien de la paz tan deseada: que juraria esto debajo de su fé, y palabra real. Que si los de su reino no quisiesen venir en ello, se volveria á España á ser prisionero del emperador, y daria en rehenes uno de sus hijos, y doce caballeros de los mas nobles de Francia, que el emperador nombrase.

No se podia efectuar esto por tener el emperador dada la palabra al duque de Borbon de que le daria por mujer á su hermana la reina Leonor, y para esto le envió un correo poniéndole delante que no

se podia concluir nada con el rey, sino se le daba á su hermana por mujer. El duque de Borbon sintió notablemente esto, diciendo, que habia perdido grandes estados en Francia, no por codicia de otros, síno por desear casar y emparentar con hermana del emperador, y que al cabo de tantos servicios, y peligros en que se habia visto, por esto le daban este pago. Recibió el emperador mucha pena por el sentimiento de Borbon, y estuvo suspenso algunos dias, porque deseaba por una parte componerse con el rey de Francia, y por otra no enojar al duque de Borbon, á quien tenia muy buena voluntad. Y entre tanto que se determinaba dar su hermana à Borbon, ó al rey, envióla á Guadalupe con color de unas novenas que habia prometido cuando el emperador estuvo cuartanario.

Volvió el emperador á decir á Borbon, que tuviese por bueno el casamiento de su hermana con el rey, y que en recompensa de quitársela, le daba el ducado de Milan, y luego le haria el título, y daria la investidura. Lo cual Borbon, si bien quisiera mas á la reina, lo aceptó, y fué luego á palacio, y puesto de rodillas el emperador le dió la investidura de su propia mano.

Esto fue año 1526. Ví en Simancas las escrituras que sobre esto se hicieron, y como Borbon, y Cárlos de Lanoy eran enemigos, dieron el rey, y él, aviso á la reina doña Leonor de los debeles que habia sobre su casamiento, y que viese que le estaba mejor ser reina de Francia que mujer de un fugitivo. Ella escribió luego al emperador su hermano diciendo llanamente, que queria casar con el rey de Francia, y no con Cárlos de Borbon.

XX.

Resentimientos de varios capitanes.

La venida del rey de Francia á España en la forma que dije, queriéndose hacer Cárlos Lanoy autor de su prision, y solo dueño de la gloria, y honra que tal presa merecia, indignó por estremo al duque de Borbon y al marqués de Pescara, por haber sido sin que ellos lo supiesen, ni entendiesen. Dijeron sobre esto palabras muy pesadas y de gran sentimiento contra Lanoy, y determinaron venir á España, como despues lo hicieron.

El de Pescara escribió al emperador.

Procuró el emperador templar estos enojos con buenas razones: mas no aprovechó, y volvió el duque de Borbon á escribir al emperador quejas contra Lanoy, diciendo que tenia mucho porque sentirse de él por la afrenta, que le habia hecho en llevar al rey de Francia á España: y tambien por la mala provision que le dió para la conquista de Marsella, y que daria otras causas, por donde hallaria cuan digno de castigo era Cárlos de Lanoy.

A esta sazon se habian puesto treguas por tres meses entre Francia y España, y así caminaban los correos seguros por Francia. Y fue la ventura que los franceses tomaron unas cartas de Borbon, y las enviaron á Lanoy, haciendo esto de propósito, por encender mas el fuego de enemistad,

que entre Borbon y Lanoy habia. Mandó el emperador que fuesen las galeras a Génova por Borbon; el cual vino prósperamente á Barcelona por el mes de diciembre, y de allí á Valencia: finalmente á Toledo donde le salió á recibir el emperador largo espacio fuera de la ciudad, si bien hubo muchos que dijeron, que el emperador no le hiciese tanta cortesia.

Los caballeros españoles no se la hicieron, mirándole de mala manera.

Mandó el emperador á un caballero que le hospedase en su casa. El caballero dijo, que por mandarlo S. M. lo haria de buena gana, mas que en saliendo Borbon de ella, la habia de derribar hasta los cimientos: porque quedando inficionada por haber posado en ella un traidor, no estragase otros buenos que despues viviesen en ella. Hablaba como leal este caballero, mas no lo consideraba bien todo; que un bueno, ofendido, á mucho se arroja.

XXI.

Enemistad de Borbon y de Lanoy.

Antes que Borbon viniese á España, Cárlos de Lanoy habia dicho al emperador en Toledo, que si tenia voluntad de dar al duque de Borbon su hermana la reina Leonor. El emperador le respondió que no solo tenia voluntad de darsela, mas que aun jamas le habia pasado por el pensamiento quitársela.

Si Lanoy no estuviera tan apasionado contentárase con esta respuesta, y callára: pero la pasion le hizo replicar, diciendo: que porque queria dar á Borbon su hermana, pues no habia cumplido con él alguna cosa de las que habia capitulado, mas de haberse venido fugitivo de Francia: á lo cual el emperador volvió á responder, que Borbon habia mejor cumplido con él que no él con Borbon.

Quedó el emperador algo enfadado de esta plática, y Lanoy corrido. Un dia suplicó Lanoy al emperador, que mandase llamar allí á Borbon, porque delante de S. M. le queria hablar, y decir las quejas que de él tenia. El emperador tenia mucho respeto á Borbon, y hasta ver si gustaba, no lo quiso conceder á Lanoy. Borbon dijo que él lo queria así, y aun lo suplicaba. Señaló audiencia el emperador á los dos, en la cual dijo Lanoy, que él se quejaba del duque de Borbon, porque habia escrito unas cartas en que le ofendia pesadamente, diciendo en ellas que él habia hecho mal en traer al rey de Francia á España, y que no le habia dado buen recado para la guerra de Marsella, y aunque tenia otras cosas secretas que decir contra él, las cuales él queria callar, y allí delante de S. M. se las dijese, y que si en ellas le hallase culpado, se sujetaba a la pena.

A esto que Lanoy dijo, respondió Borbon: «Sacra Cesárea Majestad, bien sabe el virey, que todo lo que yo escribí en mis cartas es verdad, y las otras secretas que tengo que decir, si á mi honestidad conviene que se callen, á su honra, conviene mas que no se digan, porque bien sé que mis cartas fueron con gran malicia tomadas en

Francia, y puestas en sus manos. De lo cual se puede bien colegir, que si yo soy frances de naturaleza, él lo es de corazon y obras.»

No poco encendido y turbado respondió á estas palabras Lanoy: «Si lo que en mi corazon está secretado osase mi lengua sacar aqui en público, sin comparacion tendria yo muchas mas quejas que decir de vos, que no vos de mí.»

Visto por el César que descubrian materia para venir en rompimiento, y desmandarse delante de S. M., mandó á Lanoy que callase: y como él porfiase en hablar, y decir con cólera algunas palabras pesadas contra el duque, díjole el emperador: «Callad en hora mala, virey, que no os está bien decir esas cosas, ni á mí oirlas.»

Como vió Lanoy enojado al emperador, dijo, que renegaba de la paciencia forzada, y maldecia su ventura; y metiose en una cámara, llevando tras sí la puerta con gran golpe.

De alli á tres dias que pasó esto, mandó el emperador á Enrique conde de Nasau, á Mr. de Lasao, y al secretario Juan Aleman que los hiciesen amigos, y se tratasen como caballeros. Lo cual ellos hicieron facilmente en lo esterior; mas los corazones quedaron en la desigualdad que antes.

Cuando estos caballeros hubieron estas palabras ante el emperador, estaban alli el conde de Nasau, Mr. de Lasao, Hernando de Vega, y el secretario Juan Aleman. A los cuales mandó el emperador que callasen lo que alli habia pasado.

Cuando se dió á Carlos de Lanoy el oficio de virey de Nápoles, era caballerizo mayor del emperador, y no queriendo dejar este empleo, puso en su lugar un caballero italiano que se lla-

maba César de Ferra Mosca, el cual sirvió tan bien, que alcanzó mucha gracia con el emperador. Lanoy le aborrecia, le mostraba muy mal rostro, y andaba por quitarle el oficio.

Queriendo Ferra Mosca, congraciarse con Lanoy, usó del oficio infame de malsin, y parlole, que Borbon hablaba muy mal de él, sin mirar en la amistad que entre ellos el emperador habia puesto. Mentira era y falsedad: mas Lanoy lo creyó, que esto tiene el mal que halla luego entrada, y disposicion para echar raizes. Con estas cosas reverdeció la enemistad mortal, y quejóse Lanoy al emperador, pidiendole licencia para que pues Borbon no queria su amistad, él se declarase por su enemigo. El emperador proveyó que se supiese lo que el duque habia dicho, y á quien lo habia dicho, y quien á Lanoy; y como por la informacion se hallase que nunca tal el duque de Borbon habia dicho, sino que Ferra Mosca lo habia levantado, mandó el emperador desterrarle de la corte, castigo bien merecido, pues con tan mal oficio queria ganar la gracia de su amo.

Tenia el duque de Borbon antes de venir á España cerca de la persona del emperador un caballero por su agente, que se decia Mr. de Larfi: al cual luego que pasó la batalla de Pavia, dijo el emperador, que escribiese al duque de Borbon, que en albricias de tan gran victoria enviase poderes para que en su nombre se desposase con él su hermana la reina Leonor. Y como Mr. de Larfi, sabia que el duque habia de venir presto á España, dijo al emperador, que no habia necesidad de esto, sino esperar á que el duque vi-

niese; en cuyo tiempo se podria hacer el desposorio. Fue desgracia de este príncipe, que hartas tuvo en esta vida, y ellas le acabaron, y deshicieron sin mercerlo.

XXII.

Resentimientos de otros caballeros.

No pararon aqui los enojos de los capitanes del emperador, que nos falta decir el de don Hernando de Avalos marqués de Pescara, el cual fue asi. Don Juan de La Brit rey despojado de Navarra, murió de pura tristeza dentro de breve tiempo, despues que el rey don Fernando el Católico le quitó el reino. Dejó dos hijos y tres hijas: el mayor de los hijos se llamó don Enrique de La Brit, caballero valeroso: el cual cuando se dió la batalla de Pavia, andaba en el campo del rey de Francia, y fue preso en ella.

Entre la gente de á caballo, que tenia el marqués de Pescara, andaba Cristóbal Cortesia natural de Carrion de los Condes. Este y Ruiz Gomez, pelearon como dije con don Enrique, y lo vencieron, rindieron y prendieron. Es costumbre entre la gente de guerra, que cuando algun soldado prende en la batalla á algun generoso, le ha de dar al capitan, y el capitan se le ha de pagar moderadamente: asi en la prision de don Enrique, que el marqués de Pescara procuró haber al rey, y dió mil florines de oro del sol, de contado, á Ruiz Gomez de Portillo, y otros tantos á Cris-

tóbal de Cortesia, obligándose de dar á cierto plazo otros tres mil florines á cada uno de los dos: la cual obligacion vi hecha en latin signada de Estefano Escrono notario á 2 de junio. Porque el marqués no cumplió, Ruiz Gomez puso demanda á sus herederos del proceso de la cual saqué este: con el cual está una certificacion en lengua francesa en pergamino, firmada del rey Enrique en el castillo de Pavia dia primero de agosto año 1525, en que dice como Ruiz Gomez fue uno de los que le prendieron el dia de la batalla, que se dió delante de Pavia, y le tomó el estoque.

Como el emperador supo la prision de don Enrique y que era prisionero del marqués de Pescara, escribióle que don Enrique era persona real, pues era hijo de rey y de reina, y legítimo príncipe heredero: por tanto, que se lo entregase juntamente con el rey de Francia, pues los reyes é hijos de reyes no podian ser prisioneros sino de otros reyes. A esto replicó el marques, que don Enrique no era rey ni hijo de rey, pues su padre no habia muerto rey; ni tampoco era príncipe heredero, y que asi, si S. M. se queria servir de él, le mandase dar cien mil florines, porque á Dios ni al mundo pareceria bien que un príncipe tan grande como él era, quisiese tomar á su vasallo lo que con su sangre y aun con sus dineros habia comprado.

Vista esta respuesta por el César, y sabiendo que el marqués llevaba mal que le quisiesen quitar á don Enrique, no quiso hablar mas en ello, por los merecimientos del marqués y porque los de su consejo le dijeron, que en ley y usanza de guerra el marqués tenia justicia.

Deseaba el César que el príncipe de Orange saliese de la prision en que estaba en Francia y concertó con madama Luisa la regenta, que él daria á don Enrique de La Brit en trueque del príncipe de Orange: esto lo hacia el emperador con intencion de concertarse con el marqués de Pescara. Estaba don Enrique de La Brit preso en la fortaleza de Pavia y tenia el marqués en su guarda, ciertos italianos y españoles. Fue pues el caso, con que se determinó el pleito entre el emperador y el marqués, quedado ambos iguales, que cuatro de estos soldados se concertaron con el don Enrique, que les diese luego cuatro mil ducados y despues de puesto en Francia otros cuatro mil, y que ellos le soltarian. Y asi fue que una noche se salieron ellos, y él por un albañal de la cocina que salia al foso de la barbacana, con harto peligro de ser sentidos y aun despeñados: mas como eran de guarda aquella noche, pudiéronlo hacer y meterse en Francia en salvo.

Muchas diligencias hizo el marqués por haberlos, mas no pudo; por manera que se quedó sin los ducados que dió á los que le pendieron, y sin el rescate que esperaba. El proceso de esta fuga de don Enrique, está en el archivo de Simancas donde yo lo ví.

XXIII.

Papa, venecianos y duque de Milan tratan de arrojar á los imperiales de Italia.

Dió notable pena al Papa y venecianos la traida del rey de Francia á España, pareciéndoles que el emperador querria tener siempre al rey en prision y alzarse con la monarquia de Europa. Les era por estremo odiosa y sospechosa la potencia del emperador, temiendo cada uno perder lo que tenia; que con tales cargas gozan los príncipes del mundo los señorios y estados. Apoderada esta sospecha, envidia ó temor del corazon del Papa y de todos los príncipes y repúblicas ó señorias de Italia, y aun del rey de Inglaterra, facilmente se concordaron para oponerse al César y apretarle, con color y voz de que diese libertad al rey de Francia.

Madama Luisa de Savoya madre del rey Francisco y gobernadora de Francia, solicitaba cuanto podia las voluntades del Papa y venecianos y de otros príncipes para que se confederasen y pusiesen miedo á César.

Comenzáronse á comunicar y escribir sobre ello siendo los principales de este trato al Papa y venecianos. Procuraron poner en esta opinion á Francisco Esforcia duque de Milan, en el cual hallaron fácil entrada, porque estaba muy sentido porque los capitanes del emperador le pedian una gran

suma de dineros para los grandes gastos de la guerra, que en su favor y por defenderlo en su estado se habia hecho y olvidado de los beneficios que de el César habia recibido; y siguió ingratamente el consejo de su gran privado Gerónimo Moron. Este, si bien doctísimo y cabeza de larga esperiéncia, se cegó y quíso ser el muñidor (como dicen) de estos tratos, poniendo á su señor donde vino á perder lo que tenia. Parecióle que echando de Italia al emperador y sus ejércitos, seria el duque su señor, de veras duque de Milan, y no tributario y pensionero Pero conociendo los que en esto andaban, que hacerlo por fuerza de armas era imposible, teniendo el emperador en Italia tan poderoso ejército y tales y tantos capitanes, acordaron tentar y haber de su parte al de Pescara.

Tentáronlo como el demonio á Cristo, ofreciéndole el reino de Nápoles, y ser capitan general de la Iglesia y de toda Italia. Encargóse de esto el Gerónimo Moron por ser sagaz, astuto y muy amigo del marqués. Fue el órden que se le dió que no jugase al descubierto, sino que con disimulacion y astucia le fuese tentando, representándole el agravio que se le habia hecho en llevar al rey de Francia y la menudencia en que el emperador se ponia con él sobre tantos servicios en no consentir el rescate del príncipe de Bearne. Hizolo asi Moron con grandísimo secreto, y procuró persuadirle lo que en todos los de la liga deseaban y que le harian rey de Nápoles y el Papa le daria luego la investidura. Que se conquistaria con las fuerzas de todos. Que le haria general de toda la liga. Díjole, en fin, muchas y muy buenas razones (que Moron las sabia) aseguróle la conciencia porque el reino era feudo del

Papa, diciendo que lo podia dar á quien quisiese. Que el título conque se queria hacer esto, era honrosísimo de libertador de Italia, que era la patria donde habia nacido. Facilitóle el hecho, pues estaba en su mano degollar todos los españoles que en Italia habia. Que serian luego con él el Papa, venecianos, florentinos, franceses y suizos, con los cuales se traian inteligencias, y con madama Luisa gobernadora de Francia, que por la libertad de su hijo, deseaba ver apretado al emperador.

No quiso el marqués declarar su voluntad, ni abrir el pecho leal que tenia, de manera que Moron quedase sin esperanzas, ni con ellas; dejándole suspenso y en alguña manera cierto de que vendria en lo que por parte del Papa y de los demas príncipes se les ofrecia. Que si bien el interés de una corona raras veces deja de vencer al corazon mas fuerte, el antiguo suelo de Castilla tan ilustre y generoso, de donde este gran capitan traian su origen, pudo mas que el reino de Nápoles ni las demas ofertas que se le hacian.

Entretúvolos dándoles blandas y dudosas respuestas y algunas quejas de agravios que se le habian hecho por ministros del emperador. Pidió para entretener las firmas de hombres doctos, que le asegurasen que con buena conciencia lo podia hacer. en el ínterin con grandísimo secreto envió un caballero de confianza, avisando al emperador de la conjuracion y tela que contra su grandeza se urdia.

Quisó el emperador que los suyos hiciesen que no lo entendian, y fuesen disimulando; y que el marqués hiciese lo mismo hasta que mas se descubriesen aquellas marañas, y los conjurados de todo pun-

to se declarasen y se supiesen sus ánimos ya resueltos.

Pidió el marqués licencia al emperador, para prender al duque Esforcia y quitarle á Milan. Puso mucho recado y guardas en las plazas importantes porque no le cogiesen de improviso, temiendo no tratasen por otra parte la misma traicion. Aunque el emperador tuvo estos avisos y los mismos, de otros que de muchas partes le enviaron, no creyendo que el mal era tan grande cuanto se lo representaban, y no queriendo que por su parte se comenzase el rompimiento, deseando siempre justificar con todo el mundo sus hechos, y por guardar el respeto debido al Papa que habia comenzado ya con su legado que en la corte estaba, agradeciendo al marqués su fidelidad, le mandó que mirase mucho por el ejército; pero que no innovase en Milan cosa alguna, salvo en alguno de tres casos. Si sucediese muerte del duque Esforcia, que estaba enfermo: si bajasen á Italia franceses ó suizos; ó finalmente, si alguno de los conjurados comenzase la guerra ó hiciese algun movimiento: que en cualquiera de estas tres cosas hiciese lo que le pareciese.

En el tiempo que esperaban esta respuesta, los que trataban el negocio se dieron mucha priesa con el marqués de Pescara para que se resolviese y declarase. El trato y concierto era, que á dia señalado el marqués de Pescara con los capitanes y gente en quien él mas fiase, se pasasen y tomasen la voz del Papa y de la liga, y que luego por él y por los del duque y los demas que habian de acudir, fuesen metidos á cuchillo y deshecho el resto del ejército imperial en los alojamientos donde

estaban. Que quitado este impedimento, todos los pueblos de Italia se alzasen apellidando libertad y no dejasen en ella hombre ni voz del emperador; y que el marqués de Pescara juntase luego el campo como capitan general de las gentes que cada una de las partes tenia.

Ordenadas asi estas cosas, que luego el marqués comenzase á llamarse rey de Nápoles, y tratar como tal, y se diese traza como darle la posesion de aquel reino. Trataban ademas de esto, que el Papa privase al emperador del imperio, siendo un hecho tan feo y mal mirado, considerando las personas que lo trataban que del emperador habian recibido crecidos beneficios. Para lo cual todo allende de la gente del Papa, venecianos y duque de Milan, que eran los principales movedores, estaban solicitados, y puestos en ello algunos grandes señores franceses, so color de procurar la libertad de su rey, si bien madama Luisa no se quiso descubrir ni mostrar en esta liga. Antes daba á entender que le pesaba viendo que no le convenia mover guerra al emperador teniendo al hijo en su poder, y que era mejor llevar este negocio por medios de paz y buenos ó razonables conciertos.

XXVI.

Pescara destruye la conjuracion.

Estando, pues, los negocios en los términos que digo, como el Papa y los demas temian no se concertasen el emperador y rey de Francia, antes de haber ellos puesto por obra su mal propósito, diéronse gran priesa en apercibir la gente y todo lo necesario para la guerra. Y pareciéndoles que ya era tiempo, escribieron al marqués de Pescara, el cual con muy buena disimulacion habia dilatado lo posible el descubrirse.

Viendo que ya no se debia esperar mas, señalado el dia en que él habia de comenzar por su parte y los demas tenian de acudir, estando los tratos en término que no se podian mas entretener, comunicó el hecho todo con Antonio de Leyba que ya sabia algo de ellos (y aun dicen que primero que el marqués habia avisado al emperador): tambien lo comunicó con el marqués del Vasto y los otros capitanes imperiales; y resolviéndose en lo que se debia hacer, escribió el marqués á Moron (que como dije, era la guia y cabeza de esta conjuracion) que luego viniese á él á Novara donde estaba, porque convenia que se viesen para poner por obra aquel negocio.

Gerónimo Moron sin algun recelo de lo que sucedió, vino con la llaneza que otras veces habia venido y comunicado con él estas cosas. En en-

trando en Novara el marqués le mandó prender, y habiéndole tomado su confesion en que declaró abiertamente todo lo que se habia urdido en la conjuracion y trato, lo entregó á Antonio de Leyba y le mandó ir con el á Pavia y que se apoderase de aquella ciudad.

Con grandísima presteza envió algunas compañías á otros lugares del estado de Milan: y él con el ejército que habia llamado partió para Milan donde el duque estaba enfermo. Al cual envió á decir que al servicio del emperador convenia para asegurarse de algunas sospechas que habia, que luego mandase entregar las fuerzas y tierras de aquel estado.

Sabida por el duque la prision de Moron y oida esta embajada, quedó como asombrado. Y viendo que no tenia remedio de hacer otra cosa, dijo que le placia hacer la entrega que se le pedia. Asi la hizo luego, y el marqués puso donde convenia sus guarniciones.

Reservó para sí el duque los castillos de Milan y Cremona que dijo habia menester para guarda y seguridad de su persona, hasta que el emperador proveyese y mandase lo que fuese servido: porque él estaba muy sin culpa de todo lo que se decia y que no habia hecho cosa contra el servicio del emperador, y estaba presto á mostrar su inocencia.

El marqués de Pescara llegó á Milan con su campo, y no contentándose con la respuesta del duque, lo hizo requerir de nuevo que entregase el castillo y el de Cremona. Perseverando el duque en lo que habia respondido, despues de haberle hecho los autos y requerimientos necesarios,

el marqués sitió el castillo y al duque dentro de él: el cual cerco duró el tiempo que se dirá.

Como el Papa y los demas conjurados supieron lo que el marqués habia hecho, fue grande la alteracion que recibieron, y terrible el miedo. Viéndose atajados y burlados, disimularon lo que fue posible haciendo cada uno del ladron fiel, queriendo lavar sus manos (como dicen) entre los inocentes. El Papa despues por carta suya lo confesó al tiempo que diremos adelante.

De esta manera trató y llevó este negocio el marqués de Pescara, del cual hablaron como suele el mundo, los descubiertos y agraviados mal por estremo; los contrarios bien, encareciendo su virtud, valor y lealtad hasta el cielo.

XXV.

El emperador se muestra generoso con el Papa y el duque de Milan.

El marqués de Pescara, luego que hizo lo que tengo contado, dió aviso al emperador, diciendo la causa urgente que hubo para no dilatarlo, y suplicándole que enviase á mandar al duque de Milan que entregase los castillos de Milan y Cremena ó á él le diese licencia para pasar adelante con el campo y tomar las ciudades de Parma y Plasencia que el Papa tenia (como está dicho), y para hacer guerra á todos los que andaban en la liga y conjuracion, pues el tiempo era próspero para cobrar lo que tenia usurpado.

Al emperador, aunque tenia bien entendida la culpa del duque y que sus capitanes habia tenido causas bastantes para lo que hicieron y lo tuvo por bien hecho, no le pareció por entonces mandar al duque que entregase las fortalezas queriendo llevar aquel negocio por via ordinaria y conforme á derecho; y que el duque pareciese á defenderse como habia prometido; ni tampoco quiso romper con el Papa, antes daba oidos á los descargos que su legado hacia en su nombre, queriendo en cuanto posible fuese tener la paz y concordia que tanto importaba á la cristiandad, principalmente con el Papa.

Disimulaba por esto, y mostraba que no daba entero crédito á lo que de él se habia dicho, condescendiendo siempre y mostrándose fácil y rendido á su voluntad y peticiones como poco antes de esto lo habia hecho cuando andaban ya los tratos dichos, teniendo el emperador aviso de ellos.

Por disimular Clemente y encubrir mas la trama que se urdia, le envió á pedir por su legado que por cuanto el duque de Milan estaba tan enfermo que se temia de su salud, que en nombre suyo y de los príncipes y repúblicas de Italia le pedia, que si muriese, tuviese en sí aquel estado y que no lo diese al archiduque su hermano, sino á alguna otra persona de menos estado y de quien no se pudiese tener miedo ni sospecha. Porque esto era lo que convenia á la quietud y paz de Italia; y aun le señaló que lo podia dar al duque de Borbon ó á don Jorge de Austria, su tio, hijo natural del emperador Maximiliano.

El emperador por su mucha bondad, y santas intenciones, si bien no tenia obligacion, ni lo merecia

las obras que con él usaba el Papa, por justificar todos sus hechos, respondió que lo haria asi, y desde luego señaló al duque de Borbon, y dió la vestidura, (como dejo dicho) que era el primero de los dos que el Papa habia nombrado: mostrándose siempre ageno de lo que de él tenian y sospechaban, que era, que se queria hacer monarca, y tomar para sí todo el señorio de Italia. Asi ahora (como digo) no quiso seguir el parecer del marqués de Pescara: antes mandó decir al duque, que le daria juez sin pasion, y lo oiria conforme á derecho. Lo mismo respondió al Papa, que despues de lo arriba dicho, le envió á pedir que lo mandase descercar, y lo perdonase.

Solo pedia el emperador, que el duque pareciese personalmente á la determinacion de la justicia, y no quisiese purgarse de la culpa que le echaban, estando encastillado, ni alzado. Pero no queriendo el duque allanarse á esto, estuvo muchos dias cercado, y padeciendo.

XXVI.

Casamiento del emperador con doña Isabel de Portugal:--Envidia del rey de Inglaterra.

No cesaban los tratos sobre la libertad del rey Francisco, que su madre madama Luisa, y los de Francia traian con el emperador. Mas como el emperador estuviese firme en que se le habia de entregar Borgoña, y Francia no quisiese venir en ello, estaba muy suspensa, y se alargaba y dificultaba la libertad del rey, que por estremo lo sentia

Por este tiempo, que era el mes de noviembre, se concluyó el casamiento del emperador con la serenísima Infanta de Portugal doña Isabel, hija del rey don Manuel, y de la reina doña Maria Infanta de Castilla.

Fue por parte del emperador á Portugal Mr. de Lasao, y con su poder se desposó con ella, con gran gusto de toda España, si bien no del rey de Inglaterra Henrico VIII que lo sintió, por estar, como dije, capitulado que el emperador casase con la infanta doña Catalina su hija. El emperador, antes que efectuase el casamiento, queriendo satisfacer al de Inglaterra, le envió á requerir que le enviase su hija, y que casaria con ella, ó que le consintiese casar en otra parte. Lo cual el de Inglaterra no quiso hacer, porque pretendia, que el emperador habia de ir á Inglaterra, y celebrar el casamiento en aquel reino; y antes tuvo por bien enviar poder á sus embajadores, para consentir que el emperador casase en otra parte. Pero todavia formó despues quejas de ello, no tanto por esto, como por la envidia que le mordia mas que nunca despues de la prision del rey de Francia. Porque si bien el rey de Inglaterra, conforme al deudo y amistad que con el emperador tenia, debiera holgarse mas que otro de sus buenos sucesos, la bestia fiera y poderosa baja y vil de la envidia, pudo tanto con él, que al descubierto mostró pesarle, y apartó su corazon del emperador, y lo puso en querer hacer amistad á Francia habiendo sido tan antigua y heredada de padres en hijos la enemistad.

Quisiera el rey Henrico, que el rey de Francia fuera roto, desbaratado, y que huyera y se rehiciera, y volviera sobre sí y que el emperador recudiera

sobre él, y de esta manera los dos príncipes se hiciesen continua y mortal guerra, para que confundiéndose en ella cada uno, tuviera necesidad de su amistad y favor, teniendo por grandeza, lo qué arriba dije, que tenia por blason, que al que se llegaba daba fortaleza para poder mas que su contrario.

Sintiose tambien el rey Henrico de que el emperador antes de la victoria de Pavia le escribia toda la carta de su mano con esta cortesia *Tuus filius etc. cognatus*. Que es: *Tu hijo, y pariente*; y que despues que hubo la victoria le escribió de mano agena, y solo firmaba «Cárlos.»

Luego comenzó á tratar con madama Luisa, liga y amistad para hacer guerra al emperador, ofreciéndose á seguirla, y poner en ella las fuerzas de su reino, hasta sacar de prision al rey Francisco.

Resucitó Francia con la amistad y liga que el ingles ofrecia: mas todas estas trazas se deshicieron como el humo, ó nieblas al sol; y al fin les pareció, que el camino mas seguro para la libertad breve, y buena del rey, era llevarlo por bien.

XXVII.

Muere el marqués de Pescara:—El duque de Borbon es nombrado general del ejército en Italia.

Por acabar en este año con los sucesos de Lombardia, antes de contar otros que fuera sucedieron, diré la muerte de don Hernando de Avalos marqués de Pescara, que fue en Milan, teniendo cercado en el

castillo al duque Francisco Esforcia. La enfermedad que le acabó fue tisica, que de los continuos trabajos de la guerra le sobrevino.

Murió en la flor de su edad; y si Dios le diera larga vida, fuera uno de los mayores capitanes que ha tenido el mundo. En los años que vivió, y siguió la guerra, ninguno se le igualó en valor, prudencia liberalidad, grandeza de animo, y otras virtudes dignas de un gran capitan.

Fue de muy apacible condicion, y aficionado grandemente á los españoles, como verdadero español, castellano viejo, porque era biznieto por linea de varon de don Ruy Lopez de Avalos el Bueno, Condestable de Castilla, que en los tiempos turbados del rey don Juan el II, por falsas informaciones que el rey tuvo de él, se hubo de salir del reino, perdiendo sus estados : sus hijos fueron herederos en aquel reino.

El sentimiento que el ejército hizo fue el que se debia á la muerte de tan estremado capitan. Lleváronlo á sepultar á Nápoles en el monasterio de santo Domingo.

Sucediole en el estado su sobrino don Alonso de Avalos marqués del Vasto, porque no dejó heredero.

Quedó el ejercito, hasta que el emperador proveyese, á cuenta del marques don Alfonso y de Antonio de Leyba.

Supó el emperador la muerte del marques, y sintiola como era razon.

Proveyó luego el oficio de capitan general en el duque de Borbon, que cuando llegó la nueva de la muerte del marques, estaba en la corte; ademas le dió el ducado de Milan en caso que Francisco Esforzia muriese, ó fuese despojado. Dejo esto ya dicho.

XXVIII.

Levantamento de Alemania:— El emperador hace que se bauticen todos los moros de Valencia.

Diré ahora otros sucesos varios de este año y acabarlo he con ellos, que por ser de las tierras del Imperio, tocan algo á esta historia.

En Alemania se levantaron unas comunidades harto notables, de la gente rústica, que con gran furor como bárbaros se amotinaron. Fueron las cabezas de este levantamiento Tomas Muncero clérigo renegado, y Cristóbal Esclupero, que fingiendo no sé que revelaciones, ordenaron ciertos artículos, que ellos llamaron de la libertad cristiana. Uno de los cuales era, que no se habian de pagar los tributos ni pechos á los príncipes, y señores. Con lo cual engañaron, y juntaron tanta gente rústica y baja, que bastaron á robar y saquear muchos lugares de señores, y alborotaron la tierra, y la pusieron en harto trabajo.

Para remedio se juntaron los duques de Sajonia: el Lanzgrave de Asia, y otros principes, con mano armada fueron contra ellos, y los vencieron, y deshicieron rompiéndolos en diversas partes: se afirma que en menos de tres meses mataron mas de cincuenta mil de ellos con cuya sangre se remedió este mal, si bien con dura y fuerte medicina, con la que merecian.

En este año de mil y quinientos veinte y cinco

fue sepultado en la capilla real don Felipe primero de este nombre, habiendo veinte años que la reina doña Juana lo tenia consigo en Tordesillas.

Por el mes de octubre de este año, el marqués de Mondejar, capitan general y alcaide de la ciudad y reino de Granada, por avisos que tuvo de que facilmente podria ganar la fortaleza del Peñon de Velez, lo consultó con el emperador, y con su voluntad fue sobre ella con muy buena armada. Tuvieron aviso los moros y previniéronle de manera que no le sucedió al marqués como pensaba; antes habiendo saltado gran parte de su gente en tierra, unos fueron rebatidos y muertos otros, quedaron presos y cautivos en que se perdieron muchos caballeros de Ubeda, Baeza, Granada y otras partes, sin que el marqués pudiese llegar á socorrerlos, porque le pareció que seria acabarse de perder y asi se volvió corrido y lastimado.

Del fuego que en la Germania de Valencia se encendió, quedaron unas brasas que en este año de 1525 volvieron á poner aquel reino en grandísimo peligro.

El caso fue, que en la Germania de Valencia aquella gente desatinada en todos los lugares que entraban á robar y saquear, compelian á los moros á que se bautizasen y esto no lo hacian los agermanados con caridad y celo de cristianos, sino por hacer mal á los caballeros cuyos eran, que por ser de moros les dan las rentas é intereses doblados mas que donde todos son cristianos.

Despues que el emperador vino España y se apaciguaron los tumultos del reino de Valencia, los que por fuerza se habian hecho cristianos, de muy buena voluntad volvieron á ser moros y en sus mez-

quitas, hacian la Zala y el Guadoque, circundaban los hijos y tenian muchas mujeres, ayunaban el Ramadan y finalmente, hacian todas las cosas del Alcoran de Mahoma: lo peor era que los caballeros que eran sus señores, no solo lo consentian, mas los defendian.

La causa porque los caballeros consentian tan gran maldad era, porque decian los moriscos que si los compelian á ser cristianos, no habian de pagar los tributos como moros y los caballeros querian mas sus rentas, que las ánimas de sus vasallos.

Era en aquellos tiempos inquisidor general don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla, varon virtuoso y cristiano. Avisáronle los inquisidores de Valencia de esta ofensa, que en aquel reino se hacia á Nuestro Señor. Estaba la corte en Madrid. Hízose una junta en el monasterio de San Francisco en la cual dentro de veinte y dos dias el Consejo Real de Castilla, el de Aragon, el de la Inquisicion, el de Ordenes y el de Indias, trataron y disputaron, si habiendo sido estos moros bautizados por fuerza, bastaba para poderlos compeler á que fuesen cristianos.

Llamaron de los téologos que tenian nombre en el reino y entre ellos fue uno fray Antonio de Guevara, mi antecesor en este oficio, que fue cronista del emperador, obispo de Guadix y despues de Mondoñedo. Disputose mucho entre los téologos y canonistas y todos se conformaron, que pues los moros de Valencia no hicieron alguna resistencia, cuando los bautizaron sin quererlo, que la fé que les hicieron tomar quisiesen ó no, que la debian guardar.

Hízose esta junta en el mes de marzo de este año, y á 23 de este mes vino el emperador en persona á hallarse en ella y alli le fue por el inquisidor general referido el caso y la resolucion que en él habian tomado: él lo aprobó y confirmó como príncipe católico y mandó dar sus provisiones para que se guardase y ejecutase.

Elijiéronse luego cuatro comisarios, para que fuesen al reino de Valencia á reducir los moros á la guarda de la fé cristiana y absolverlos de la escomunion y apostasia: los comisarios fueron don Gaspar de Avalos obispo de Guadix, á quien sucedió Guevara, el doctor Escarmier del consejo de Cataluña, fray Juan de Salamanca de la orden de Santo Domingo y fray Antonio de Guevara cronista del emperador.

Idos pues á Valencia, el comun los recibió bien; mas los caballeros muy mal. Podian ser quince ó diez y seis mil moros los que se habian bautizado y despues apostatado: los mas de los cuales se fueron y se subieron á la sierra Bernia.

Para hacerlos bajar de ella, no solo los caballeros no favorecian, mas antes los animaban á que se defendiesen, porque pensaban ellos que á la hora que el emperador supiese aquel motin, mandaria suspender el negocio.

Subiéronse á la sierra de Bernia en el mes de abril y estuvieron alli encastillados hasta 22 de agosto. En el cual tiempo fueron muy requeridos, rogados y amenazados que descendiesen de grado, sino que los bajarian por fuerza. Y como vieron que la gente de guerra se comenzaba á juntar para combatirlos, se allanaron y bajaron la sierra, presentándose ante los comisarios.

Antes que se bajasen de las sierra capitularon que si por el desacato hecho al emperador y á la inquisicion, merecian alguna pena se les perdonase; lo cual se les concedió y vinieron á la villa de Murla, que es del condado de Oliva, cerca de la sierra de Bernia, donde fueron absueltos y benignamente tratados. Por manera que aquel negoció se comenzó con fuerza y se acabó con blandura.

Estando pues los comisarios para volver á Castilla, llegó un correo con despachos asi para ellos, como para los del reino, en que decia el emperador, que pues Nuestro Señor en aquel año le habia dado victoria y habia preso al rey de Francia, no sabia otro mayor servicio que hacerle, sino era mandar, que todos los infieles de sus reinos se bautizasen.

Cuando se hacian estas provisiones, pusiéronle muchos temores los del Consejo de Aragon, diciendo, que era esta una determinacion tal, que los reyes Católicos sus abuelos no la habian osado acometer. Que se temian que S. M. no podria salir con ella. Que pues los bulliciosos de aquel reino no estaban del todo llanos, podria ser que los de la Germanía se levantasen antes que bautizarse los moros. A estas y otras muchas cosas que los del consejo le pusieron delante, respondió el emperador: «Las cosas que en tí son grandes, no pueden dejar de tener grandes inconvenientes y por eso los príncipes cuando quisiéremos emprender alguna que sea grave, no hemos de mirar á los inconvenientes en que podemos tropezar. Esto digo, por que no dejo de conocer que la conversion de los moros de Valencia me puede dar enojo y enjendrar en aquel reino escándalos: mas junto con esto sé,

que hago á Nuestro Señor servicio. Venga lo que viniere y suceda lo que sucediere, que yo estoy determinado, que pues Dios trajo al rey de Francia mi enemigo á mis manos, he de traer yo los moros sus enemigos á su fé: porque no puedo yo dar gracias cumplidas á Dios con alguna cosa, por tantos y grandes beneficios como he recibido de su mano, como es en limpiar de infieles y hereges todos mis reinos.»

Palabras por cierto de un príncipe cristianísimo y de mas edad de la que el César tenia.

Derramada pues la fama de la conversion general, todos los caballeros del reino y los moros con ellos se alteraron. Habia en el reino de Valencia, cuando se hizo la conversion general veinte y dos mil casas de cristianos y veinte y seis mil de moros. De toda esta tan gran morisma, no se bautizaron seis personas de su voluntad: mas por no perder la hacienda se dejaban poner la crisma, y por no verse cautivos, decian que querian ser cristianos.

Comenzó la conversion en la ciudad de Valencia y como eran pocos, no hubo dificultad en bautizarlos.

Cuando los moros de la villa de Almonacid supieron que los iban á bautizar, cerraron las puertas y pusiéronse en armas, por cuya causa hubo de ir sobre ellos gente de guerra de Valencia y otras partes.

Estuvo cercada esta villa desde 20 de octubre hasta 14 de febrero dándola combates y ellos defendiéndose hasta que los entraron por fuerza de armas y justiciaron los principales: los demas se bautizaron; y despues se echaron los muros por tierra.

El señor de la villa de Costea estaba á la sazon en la villa de Requena, el cual movido con buen celo tomó consigo diez y siete hidalgos valientes, y fue para allá con intencion de á todos los moros sus vasallos, tornarlos cristianos. Sabiéndolo ellos, aguardáronlo de noche á un paso estrecho y peligroso, y mataron alli á los diez y siete, degollando tambien á su señor.

XXIX.

Conclusion de la conversion de los moros.

Por lo que entendian perder de sus haciendas, pesaba á todos los caballeros de esta conversion; mas al que mas pena dió, y la contradijo, fue al duque de Segorbe, hijo del infante Fortuna, en cuya tierra se recibió mas trabajo y peligro, y pérdida de tiempo, que en la conversion de todo el reino.

A 23 de noviembre, vísperas de Santa Catalina, se levantaron los moros del valle de Ujo, los del valle de Almonacid, y muchos de Segorbe y del rio de Moruedre, acogiéndose á la sierra de Espadan, llevando consigo á sus mujeres é hijos, con voluntad determinada de morir antes que ser cristianos.

La reina Germana, que gobernaba aquel reino, envió tres mil hombres con sus capitanes al duque de Segorbe, para que fuese sobre los moros que estaban enriscados: fuése el duque al va-

lle de Almonacid: fray Antonio de Guevara que escribió esto iba con él.

No les faltaban bastimentos á los moros que estaban en las sierras, que los demas los proveian y decian; que pues por su Mahoma padecian, antes les faltaria la comida á ellos y á sus hijos y mujeres.

Como la sierra de Espadan era grande, y no se podia toda guardar, muchas veces descendian los moros, y hacian grandes daños, robaban los ganados, prendian á los pastores, talaban los campos, y quemaban y saqueaban las casas. Descendieron una noche á un lugar pequeño de la plana, en el cual habia cristianos é iglesia; prendieron al clérigo, y profanaron la iglesia, mataron á muchos, y llevaron el Sacramento á la sierra, sin hacerle algun desacato, ni tan poco reverencia, como dijo el clérigo, pues que encima de una peña tuvieron puesta la custodia.

La gente de guerra que estaba en el valle de Almonacid, casi cada dia daban vista á la sierra: mas no habia remedio de hacer descender á los moros, ni menos subirles la sierra, porque con solas piedras que echaban se defendian. Vista pues la resistencia tan porfiada de los moros, y el daño que hacian, salió en campo el senado y bandera de Valencia, contra la sierra de Espadan, y juntáronse con la gente del duque: entre los unos y los otros habia cada dia diversos pareceres, no concertándose sobre ver por donde podrian subir la sierra.

En este tiempo estaba el emperador en Toledo (como dejo dicho). Fue avisado por la reina Germana que seis mil hombres, que estaban sobre la

sierra, no eran bastantes para tomarla. Envió á mandar á Rocandulfo, capitan que era de los cuatro mil alemanes, que trajo el emperador, y estaban en Perpiñan, que viniesen luego á Valencia contra los moros amotinados. Vinieron los cuatro mil tudescos, y juntáronse con los seis mil españoles. Y un jueves de mañana, á 12 de octubre, unos por una parte, y otros por otra, partidos en doce escuadras, comenzaron á subir la sierra, y los moros á defenderla. Mas habian jurado los españoles y tudescos de morir aquel dia ó tomar la sierra: si bien morian muchos, subian cumpliendo su palabra. No tiraban los moros saeta que no fuese enarbolada, y con estas, y con escopetas, mataron setenta y dos cristianos, y los treinta y tres fueron alemanes. Mas cuando ya eran las tres de la tarde, la sierra estaba tomada con muerte de muchos moros. Los soldados españoles no mataban sino á los viejos y viejas, y á los otros tomaban por esclavos: mas los alemanes como les habian muerto los de su compañia, no perdonaban á nadie. Pasaron de cinco mil moros los que los alemanes mataron en venganza de treinta y tres. Tal fue la conversion de los moros del reino de Valencia, la cual se comenzó año de 1524, por el mes de setiembae, y se acabó en el año segundo de 1525 por el mes de octubre.

XXX

Descubrimiento del Perú.

Si bien hay historias particulares y cumplidas, que tratan el descubrimiento de las Indias y nuevos mundos, que con sumo valor los españoles hicieron, no puedo escusarme de decir sumariamente alguna cosa, pues es tan propia del reino y tiempo del emperador Cárlos V.

Fue Cristóbal Colon el primer descubridor de estas tierras y nuevo mundo tan encubiertas y no conocidas en los siglos pasados. Si bien es verdad, segun dice Apiano Alejandrino en el libro IV de las Guerras civiles entre los romanos, capítulo segundo, que mataron á Cayo César inhumanamente en presencia de los dioses inmortales, despedazando su cuerpo con veinte y tres heridas, sin tener respeto que era general del ejército romano, príncipe y sacerdote de los sacrificios, y que había conquistado para el pueblo romano, gentes indómitas y terribles, siendo el primero de los romanos que pasó el mar hasta entonces innavegable, y muy adelante de las columnas de Hércules, y descubrió y dió noticia de tierras y gentes jamás conocidas.

Bien sé que declaran algunos esto de las Islas Afortunadas, que son las Canarias. Mas tambien he leido que los cartagineses, que fueron grandes marineros, cuando andaban muy vivas las guer-

ras con los romanos, habian descubierto unas tierras nunca vistas, por cuya bondad y por las riquezas grandes se despoblaba Cartago, pasándose todos á ellas. Y como la señoria estuviese con falta de gente para las guerras, mandó el senado por edicto público, que so pena de la vida, ninguno pasase á ellas ni dijese que tierras eran aquellas: y con esto cesó el paso, quedándose los que habian pasado en aquellas tierras.

Como despues destruyeron los romanos á Cartago, perdiose de todo punto la noticia que de aquellas tierras habia; ni quiso alguno darla, porque los romanos no se aprovechasen de ellas. Pero con todo esto no se satisface á la duda, por donde ó como pudieron atravesar tantas gentes, mares tan largos y peligrosos, sin saber navegar ni conocer mas que unos pequeños leños en que cabian seis ó diez personas.

Ni se puede decir que por la tierra continua, pues en muchas partes no lo es, y con sierras y montañas inaccesibles.

Pues decir que son gentes que duran desde la creacion del mundo, es error manifiesto y contra la fé, que en el diluvio general perecieron todas las gentes, y se salvaron solo ocho con el patriarca Noe. De los cuales se volvió á poblar el mundo como ahora está.

Quédese esto asi, pues ni es de esta historia, ni alguna por mas diligente que sea lo dirá:

Digo, pues, que Colon topó con las islas de Santo Domingo y de Cuba, y con otras de aquella comarca: y en el segundo viaje descubrió la tierra Firme, que llamaron la provincia de Paria, en la cual no paró ni hizo poblacion, ni mas que dar

noticia de estas tierras, y poner codicia en los españoles de irlas á buscar y conquistar. En lo cual sucedieron hartas cosas que se dirán en su historia.

Los primeros que mas hicieron, fueron Diego de Nicuesa, y Alonso de Hojeda, que poblaron en tierra-Firme la villa del Antigua, de la provincia del Darien. Pero en muchos años (si bien se barruntaba que del otro cabo de aquellas tierras debia haber otro már) no hubo quien supiese dar razon de ello, hasta que estando un dia el alcalde mayor de la villa del Antigua, Vasco Nuñez de Balboa, y otros, riñendo sobre partir cierta cantidad de oro, que les habia dado un cacique amigo, llamado Panquiaco, y su padre que se decia Comagre, viendo el Panquiaco cosa tan fea, como era que entre compañeros y amigos hubiese palabras de ira por el interés del dinero, dijo con mucho enojo dando una puñada sobre el peso con que se partia el oro: «Yo os certifico, cristianos, que si supiera, que sobre mi oro habiais de reñir que no lo lleváredes de mí, porque soy amigo de paz. Maravíllome cierto de vuestra locura, que por cosa que tan poco vale os querais matar. Si habias de tener posesiones en tierra agena, mejor estuviérades en la vuestra. Y si tanto codiciais el oro, idos hacia donde yo diré, y hallareis harto.»

Espantado Vasco Nuñez de la discrecion con que hablaba el indio, pidióle que se tornase cristiano, y que le dijese donde era aquella tierra que tanto oro tenia. Hízolo Panquiaco, y llamáronle Cárlos en memoria del emperador. Dijo el nuevo Cárlos á Balboa, donde caia el mar del Sur, y él por su industria pasó las montañas altas y áspe-

ras, que hay desde la Antigua hasta Panamá, y púsose con harto trabajo en un cerro alto, de donde descubrió el mar del Sur, á 25 de setiembre, año de 1513. Tardó cuatro dias en llegar desde aquel cerro á la mar, y dia de San Miguel tomó posesion por los reyes de Castilla en el golfo, que por ser en tal dia se llamó de San Miguel.

Descubrió muchos secretos de la tierra, y halló que era rica de oro y de perlas.

Volvió con esto muy gozoso á la villa de la Antigua, con propósito de volver luego con mas poder á conquistar y poblar lo que habia descubierto. Detúvose cuatro meses en esto. Trajo mas de cien mil pesos de oro; y dejó trabadas grandes amistades con caciques, y señores de aquella tierra.

Fué tan venturoso Vasco Núñez en esta jornada, que con haberse topado con indios bravos y guerreros que le resistian, nunca fue vencido, ni recibió en su cuerpo herida, ni le faltó alguno de los compañeros: fue bien recibido en su lugar.

Despachó luego un correo á Castilla con el aviso de lo que habia descubierto, y pidió que aquella tierra (pues era rica y descubierta por castellanos) se llamase Castilla de Oro.

Hízose asi: el rey Católico dió á Vasco Nuñez título de adelantado del mar del Sur.

Poco despues de esto fue allá Pedrarias de Avila, á quien llamaron por ser valiente, el Justador, caballero bien conocido en Castilla por la antigüedad de su sangre, y grandes servicios que al reino hizo. Llevó consigo mil y quinientos hombres, en cuarenta y dos navios.

Partió de España á 17 de mayo año 1514.

Entró en el Darien á 21 de junio con próspera navegacion.

Muchas cosas se cuentan de este caballero, y de los encuentros que tuvo con Vasco Nuñez: no son para esta historia, sino para las que en particular se escribian de las Indias, donde remito al que las quisiere bien saber.

Fundó y pobló Pedrarias de Ávila la villa que llaman del Nombre de Dios, y en el mar del Sur la ciudad de Panamá, donde se embarcan para Nicaragua, y Nueva-España, que están al Poniente, y para el Perú que se descubrió despues hácia el Oriente y Mediodia.

Prosiguiendo pues los españoles el descubrimiento y conquista de aquellas nuevas tierras, continuando siempre la costa del mar del Norte, por la parte que se alarga hácia el Oriente, hallaron algunas tierras y vinieron en conocimiento de que habia otras. Su principal intento, despues que se supo del mar del Sur, no era otro sino hallar un estrecho para pasar á él, sin descargar los navios, y tener por allí camino para las Molucas, de donde los portugueses navegando al Oriente traen las especias.

Los que tenian mayor confianza de hallar este estrecho fueron dos portugueses, grandes marineros, llamados Hernando de Magallanes, y Ruy Falero, los cuales, habiendo pedido á su rey lo necesario para hacer aquel viaje tan largo, por no se lo dar, vinieron á Castilla, y si bien en el Consejo de Indias lo dificultaron, al fin les dieron cinco navios armados con doscientos hombres, para que fuesen á hacer esta peligrosa y dudosa jornada.

Antes que partiesen de Sevilla, murió allí Ruy Falero, y por eso se entregó la armada á solo Hernando Magallanes. El cual partió de San Lucar de Barrameda, en 20 de setiembre del año de 1519, al tiempo que ya Hernando Cortés andaba en la conquista que arriba vimos de la Nueva-España.

Tomó Magallanes su derrota por la costa del mar del Norte, y costeando hácia el Mediodia con grandísimos peligros y dificultades, acabó de pasar la línea equinoccial. Descubrió el otro polo, que llamamos antártico, y despues de haber padecido grandes trabajos, y motines de los suyos (que decian que los llevaban á morir) sucedió que el un navio de los cinco (donde iba por piloto Estéban Gomez, y por capitan Alvaro de Mezquita, sobrino de Magallanes) se quedó atras, y perdiendo de vista á los otros cuatro, y teniendo creido que su tio fuese perdido con ellos, el Mezquita dió la vuelta para España con harto trabajo.

Hernando Magallanes prosiguiendo su camino, cuando menos se cantaba, vióse embocado por un estrecho angosto por algunas partes de dos leguas, y legua y media, y mas y menos, y largo como ciento y diez leguas. Prosiguió su viaje hasta ver en que paraba, y salió del otro cabo al anchísimo mar del Sur, muchos grados del cabo de la línea equinoccial. Luego que se vió salido del estrecho que todo es de tierras fragosísimas y muy frias, que á lo que yo creo deben de ser antípodas de Flandes, ó de Polonia, revolvió Magallanes sobre la mano derecha, en busca de las Molucas, por desviarse del camino de los portugueses.

Al cabo que hubo navegado cuarenta dias con viento que él no conocia, tomó tierra en la isla

Yubagana, y fue descubriendo infinitísima multitud de islas, juntas unas cerca de otras, hasta que salió á la isla Zebut, que llaman otros Subo.

Alli predicó Magallanes la fé de Cristo Nuestro Señor, que confirmó su predicacion con un milagro que hizo, sanando un sobrino del rey Hamabar. Convencidos él y toda su casa con la fuerza de la verdad, recibieron el santo bautismo: Hamabar se llamó don Cárlos, y la reina, doña Juana, por llamarse asi nuestra reina de Castilla y su hijo el emperador. Bautizáronse con estos reyes hasta ochocientas personas, y dos hijos suyos Hernando y Catalina.

Convirtiéronse luego todos los isleños de Zebut, de comun acuerdo, y lo mismo persuadieron á los de Mesana, isla alli cerca.

Como Magallanes vió, que se recibia bien por alli la fé, pensó convertir todas las demas islas de aquel pasage. Tentó de paz á Calipulapo rey de la isla Mautan, cuatro leguas de Zebut, y no lo queriendo él aceptar, un cierto caballero suyo, envió á llamar por engaño á Magallanes, diciendo; que le ayudaria contra Calipulapo. Y yendo halló los isleños puestos en arma, y hubo de pelear con ellos. Le mataron y asi no pudo gozar de sus trabajos, como tenia pensado, y merecia.

Murió este famoso marinero á 27 de abril del año de 1521, y durará su nombre y fama para siempre, porque el estrecho que descubrió (aunque poco nos servimos de él, por ser tan lejos y fuera de conversacion) se llama hoy y se llamará siempre (segun se cree) el estrecho de Magallanes.

Dieron luego los compañeros el cargo de capi-

tan general de las cuatro naos, á Juan Serrano piloto mayor. Al cual estando en Zebut (bien descuidado de lo que le sucedió) le convidó el malvado rey Hamabár, nuevo cristiano, que ya estaba arrepentido, por consejo de un perro morisco que servia á los nuestros de lengua, llamado Enrique. Y estando comiendo con gran regocijo él y otros treinta de sus compañeros, saltaron sobre la mesa cierta gente, que el rey falso tenia aparejada. Mataron á los treinta compañeros; y prendieron al capitan Juan Serrano, y luego el mal aventurado rey con toda la isla renegó el santo bautismo, que habia ribido.

Los demas compañeros que ya no eran mas que ciento y cincuenta, como vieron el tratamiento que á Juan Serrano le habia hecho, aderezaron muy bien los dos de sus navios con la madera y clavazon de los otros, y recogiéronse en ellos. Diéronse á la vela y entraron en el puerto de Borney, en una rica isla de moros, donde fueron muy bien recibidos, y honrados de Siripa, rey de aquella isla, del cual supieron que las Molucas que buscaban, las dejaban muy al Poniente.

Por el aviso que les dió, vinieron á topar con una de las Molucas, que se llamaba comunmente Tidorre.

Entraron en ella á 8 de noviembre del año de 1521. Hallaron buen acogimiento en Almanzor rey moro de la misma isla, y detuviéronse con él cinco meses en buena paz, porque Almanzor holgó de ser amigo del rey de Castilla. Escudriñaron todo lo que se pudo saber de los secretos de la tierra, y de las otras tres Molucas, que se llamaban Matias, Terrenate, y Matimatil. Y cargando de

la especieria que Almanzor les dió, partieron de allí por diversos caminos.

La una de las naves llamada Victoria, prosiguió la derrota del poniente, y vino á salir por el Oriente, dando al mundo una vuelta entera, y hallose en el mismo camino, que los portugueses suelen hacer por Calicut. Salió la victoria de Tidorre en 22 de abril del año de 1522. Pasó por junto á Zamora, que es la antigua Taprovana, y al fin penetrando el Cabo-Verde, y el de Buena-Esperanza, vino á salvamento á san Lúcar de Barrameda con solos diez y nueve compañeros. Tomó puerto á 6 de setiembre del año de 23.

Traia por piloto esta famosísima nao á Juan Sebastian del Cano, natural de Guetaria en Vizcaya, el cual afirmó que habia caminado catorce mil leguas. Nunca hombres jamas anduvieron tanto, ni es nada lo que de otras largas navegaciones se escribe en comparacion de lo que estos navegaron; porque sin mentir, dieron una vuelta al universo mundo; pues saliendo por la via del Occidente penetraron por todo el globo del mundo, y salieron por el Oriente al mismo punto de donde habian partido. Por lo cual con mucha razon tomó Juan Sebastian por armas un mundo con una letra, en la cual hablando el mundo con el mismo Juan Sebastian decia: *Primus circumdedisti me*: tu eres el primero que me rodeaste.

La otra nave de las dos que se decia la Trinidad, partió por otro camino, y tomó puerto en Panamá, y despues tornó á Maluco á donde los portugueses que allí estaban la tomaron. De todo lo que arriba se ha dicho queda bien entendido, que Vasco Nuñez de Balboa fue el primero de los

españoles que vió el mar del Sur, Magallanes el primero que navegó por él, Pedrarias de Avila fundó á Nombre de Dios, y á Panamá, y Hernando Cortes y sus capitanes conquistaron la Nueva-España.

Cursose la navegacion del mar del Sur por la costa del Poniente, desde Panamá á las provincias Hicaragua y Guatemala; pero por la costa que de Panamá vuelve hácia el Mediodia nunca navegó ni descubrió español alguno, ni cristiano de otra ni de esta nuestra nacion, hasta que el año adelante de 1525, tres vecinos de la ciudad de Panamá muy ricos, que fueron Francisco Pizarro, natural de Trujillo, Diego de Almagro, hombre no conocido, porque estuvo creido que fue echado cuando nació á la puerta de la iglesia, y Hernando de Luque, maestro de escuela de aquella ciudad, movidos con esperanza de que debajo de la linea equinoccial, que no la tenian muy lejos, habria necesariamente grandes riquezas, determinaron gastar sus haciendas en descubrir aquellas tierras que se designaban hácia el Mediodia.

Para esto hicieron entre sí compañia, metiéndo en ella sus haciendas con igualdad en pérdida y ganancia de todo lo que se descubriese ó gastase en el viaje que entendian hacer. Despues de otorgadas sus escrituras fuertes y firmes, acordaron que Francisco Pizarro fuese en la armada en el descubrimiento; que Diego de Almagro le proveyese de navios, y de gente de socorros, todos los que hubiese menester; y que Hernando de Luque grangease desde su casa las haciendas de todos tres.

La primera salida hízola Francisco Pizarro con

ciento y veinte compañeros. En ella descubrió hasta cien leguas de costa: queriendo tomar tierra halló resistencia en los indios de ella, y peleando con ellos perdió algunos de los compañeros, y él recibió siete heridas, con las cuales dió la vuelta para Panamá no muy descontento; porque aunque no traia sino puñadas, todavia entendió que era la tierra riquísima, porque todos los indios pelearon cargados de oro, y arreados de perlas y de cosas de gran precio.

Salió Diego de Almagro poco despues en busca de Pizarro antes que supiese lo que le aconteció. Llegó hasta el rio de san Juan, y lo que trajo del viaje fue un ojo menos, porque peleando se le quebraron. Vinieron despues á juntarse los dos compañeros en Chinchama, cerca de Panamá. Contáronse el uno al otro los trabajos que habian pasado, y con buen ánimo tornaron juntos á continuar su descubrimiento con hasta doscientos hombres.

Toparon con una gente tan bárbara y cruel, que no les quisieron dar ni aun agua, sino muchas heridas. Determinaron hacer la guerra de propósito contra aquellos indios, que parecian tan ricos, como soberbios y crueles, si bien la mayor parte de los soldados eran de parecer que se volviesen á Panamá, y que se dejase aquel negocio tan dudoso, y lleno de peligro: pero todavia porfiaron á perseverar los capitanes, y quedándose allí Pizarro con la gente. envió á Diego de Almagro á Panamá por mas gente de armas, y por otros pertrechos de guerra.

Dió presto la vuelta Almagro con otros ochenta hombres, y algunos caballos.

Con este socorro cobraron ánimo los de Pizarro: y pareciéndoles el sitio no muy bueno para poblar, pasaron adelante hasta Camarez, á donde la gente andaba tan llena de oro (que era lo que principalmente ellos buscaban) que determinaron asentar allí. Pero hallaron en los indios tanta resistencia, que fue menester nuevo socorro de gente.

Almagro volvió á Panamá segunda vez por ella, y entretanto que tornaba, recogióse Pizarro á una isla que la llamó del Gallo.

Estaban los suyos descontentos de aquel viaje, y tan desconfiados que habian de sacar provecho, que le fue bien necesario á Pizarro mostrarles los dientes, y aun estorbarles que no escribiesen á Panamá, porque no desganasen con la relacion de sus trabajos á los que se quisiesen embarcar con Almagro para la conquista. Pero por mucho que lo quiso encubrir, no dejaron de avisar á Pedro de los Rios, gobernador de Panamá, de como Pizarro los tenia por fuerza, y los trataba con crueldad, diciendo que Almagro era el recogedor, y Pizarro el carnicero: con lo cual Pedro de los Rios dió una provision, para que Pizarro y Almagro no compeliesen á alguno á seguirlos. Dando licencia á los que estaban en la isla del Gallo, para venirse á Panamá, y á los que habian concertado de ir con Almagro, para que se quedasen en Panamá.

De esta manera Diego de Almagro se quedó solo, que no pudo llevar algun socorro, y á Pizarro no le quedaron sino solos Pedro Candía, natural de Candía, Bartolomé Ruiz de Moguier su piloto, con otros once compañeros en un solo na-

vio: con los cuáles Pizarro (casi desesperado) se fue á la isla Gorgona, y allí estuvo muchos dias, sin comer pan ni carne, ni otra cosa mas que cangrejos crudos, y algunas yerbas y aun culebras.

Salió de Gorgona medio muerto, y llegó con mucho trabajo á la costa de Tangarra. De allí fue á Montupe, despues á Chira, y últimamente llegó al valle de Tumbez, á donde puso en tierra á Pedro de Candia. El cual entró por el valle adelante hasta topar con unos ricos palacios que allí habia de los reyes Incas del Cuzco, cabeza de todas aquellas largas provincias.

Supo algunos secretos de la tierra. Tomó lengua de sus grandísimas riquezas, y, contentándose estrañamente de todas las calidades de ella, dejó allí dos de sus trece compañeros, para que aprendiesen la lengua y costumbres de los indios de aquella region.

Dió la vuelta para Panamá muy contento de lo que habia visto y sabido, y con propósito de pasarse luego á España, y pedir al emperador la conquista de aquellas riquisímas tierras, á las cuales él quiso llamar la nueva Castilla, ó por otro nombre, el Perú: porque asi se llama el rio que parte aquellas provincias de las otras que hasta allí se habian visto.

Tres años enteros gastó Francisco Pizarro en este descubrimiento primero, con tanta costa de su hacienda, y persona, y de las de sus compañeros Almagro y Luque, cuanta se puede encarecer. Y porque casi habian ya todos tres quedado pobres y apenas tenian dineros que dar á Pizarro para venir á Castilla.

Al fin, como pudieron le remediaron de mil ducados para el camino, y él se partió del Nombre de Dios con próspero tiempo.

Llegó á Castilla año de 29, y en ella hubo de merced el descubrimiento, y la gobernacion de la nueva Castilla, y de las provincias del Perú, con título de adelantado, y capitan general. Con lo cual se juntaron luego muchas personas principales, que se acodiciaron á las inestimables riquezas que les decia él que habian de hallar en aquella tierra.

Con ellos, y con cuatro hermanos suyos, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, y Martin de Alcántara su hermano de madre, partió de Sevilla muy gozoso, y pujante.

Llegó al Nombre de Dios, y de allí á Panamá, á donde halló á Diego de Almagro triste y agraviado, porque habiendo él gastado su hacienda, y padecido poco menos trabajos que Pizarro, se traia él todo el premio con nuevos y honrosos títulos: y á él le habia dejado fuera, sin pedir para él siquiera algo de la mucha honra que traia. Disculpábase Francisco Pizarro con muchos cumplimientos y promesas, afirmando que no habia sido suya la culpa sino que S. M. no habia tenido gana de darle nada para él, si bien se lo habia pedido: y prometiéndole muy de veras partir con él por su mitad las ganancias, y aun de cederle el oficio y gobernacion. Pero estaba tan arraigado en el pecho de Diego de Almagro el rencor y pasion, que jamas lo pudo echar de sí hasta la muerte: y si bien algunas veces se reconciliaron, siempre tornaron á recibir las pasiones con tanta porfia, que duraron muchos dias en aquella tierra los bandos de Pizarristas, y Almagristas, que por otro nombre se llamaban los de

Chile, como en Vizcaya, Giles y Negretes, y en Italia Guelfos, y Guibellinos, Y no bastaria papel para contar los daños y muertes, que de estas competencias se han seguido.

Cuando Pizarro se vino á Castilla dejó en poder de Almagro toda su hacienda, y cuando volvió apenas la podia sacar de él.

Haciále padecer Almagro gran necesidad, porque la costa era mucha, y el dinero poco. De lo cual Hernando Pizarro (el hermano mayor de todos cinco) sentia mas enojo que alguno; y si á su voto se dejara no sufriera Francisco Pizarro lo que sufria: pero al fin él deseaba contentar á su compañero. No faltó quien se metiese por medio, y los reconcilió, y asi pudo aparejarse Pizarro para su jornada, y conquista. Y con dos navios, y ciento cincuenta hombres partió para Tumbez, á donde ya habian los indios muerto á los soldados que alli quedaron.

No pudo con fortuna Francisco Pizarro tocar en Tumbez, y fue á tomar tierra en el rio Perus, ó cerca de él. Siguió la costa por tierra con grandes trabajos, y llegó hasta Coaque, pueblo rico y principal, adonde adolescieron algunos de los suyos de viruelas y bubas; murieron algunos, y otros quedaron feisímos: pero todo lo sufrian contentos con el mucho oro que á cada paso hallaban. De lo cual tomó Pizarro hasta veinte mil pesos, y enviólos á Panamá á Diego de Almagro, para que con ellos le enviase mas gente y caballos.

Sin esto llegaron á juntarse con Pizarro Sebastian de Benalcázar, y Juan Fernandez, que venian de Nicaragua con alguna gente. Con lo cual se reforzó muy bien su campo, y él pudo ganar la isla

de la Puna, con pérdida de tres ó cuatro compañeros en la Puna, que no está de Tumbez mas de doce leguas.

Halló Pizarro muy muchos cautivos de alli de Tumbez, de los cuales supo como alli en aquella tierra firme que llamamos Perú, que corre la costa mas de mil y doscientas leguas hasta el Chile habia un gran señor que reinaba en toda ella, y tenia su asiento en la gran ciudad del Cuzco. Dijéronle que en tiempos pasados Guanicaba, y otro hijo suyo, Jupague, y despues Topainga, habian sido grandísimos guerreros, y muy poderosos, y que pocos dias atras era muerto Guanicaba hijo de Topainga, y que sobre la sucesion del reino habia al presente guerras muy reñidas entre Guascar hijo mayor de Guanicaba, y Atabaliba su hermano menor que llamaban rey del Quito.

Sin estas, supo otras particularidades, pero la que mas contentamiento le dió fue, ver que habia bandos en la tierra, como aquel que sabia que á Hernando Cortes en la Nueva-España le habia valido esto mas que otra cosa para hacerse señor de todo.

Soltó Pizarro los presos que halló en la Puna, y enviólos á Tumbez á que dijesen al rey Atabaliba que él queria ser su amigo, y ayudarle contra Guascar, si lo tenia por bueno. Envió con estos indios tres españoles, y sacrificáronlos allá luego á sus ídolos, que los llaman Guacas. Por lo cual hubo de pasar él á Tumbez con todo su campo, y venciendo al gobernador que alli tenia Atabaliba pobló la ciudad de San Miguel, que fue la primera ciudad que hubo en aquella tierra de cristianos, en la riberas del rio Chirra, que es en la provincia de Tangarare.

Despues, sabiendo que Atabaliba estaba en el valle Casamalca, determinó irle á buscar. Tomó por lengua á un indio de Puna, que se llamó Filipillo, cuando se bautizó.

Conquistados y hecha paz con los Pohechos (pueblos entre Tumbez, y Casamalca) prosiguió su camino harto trabajoso por los muchos arenales y desiertos que hay entre los valles; que por no llover jámas en aquellos llanos no se puede vivir, sino en los valles donde hay rios.

Antes que llegase á verse con Atabaliba le vinieron embajadores de Guascar, pidiéndole paz y amistad con su hermano. Luego topó otros dos de Atabaliba, el cual le mandaba espresamente, que nó pasase mas adelante, ni hiciese mal á sus vasallos, sino queria que le mandase matar. A Guascar dió buena respuesta Pizarro: y al Atabaliba envióle á decir, que por cierto él holgara de poderse volver sin hacer cosa que nó debiese: pero que él era mandado, y venia por embajador de los dos señores del mundo, que son el Papa, y el emperador. Los cuales le enviaban á decir cosas importantísimas para la salud de su alma, y aumento de su honra. Por tanto, que le pedia mucho de merced no recibiese pena de dejarse ver, y de oir la embajada que le traia. Replicó á esto Atabaliba (con determinada y resoluta voluntad) que no pasase de donde estaba en alguna manera, sino que luego le mandaria matar.

Habianle dicho al rey, que los cristianos eran pocos y para poco, y por eso hablaban tan resueltamente, pareciéndole que no habia de ganar honra en matar una gente tan vil. Con todo esto, Francisco Pizarro determinó proseguir su camino. Dijo

á los mensajeros, que se volviesen á su señor y le dijesen, que á riesgo de perder la vida él no dejaria por alguna cosa de pasar mas adelante hasta verle la cara y decirle lo que le traia encomendado.

Entonces uno de los mensajeros sacó unos zapatos muy pintados y unos como puñetes, ó ajorcas de oro y dijo á Pizarro: «Pues si has de ir á verte con el señor Inca (que asi se llaman los reyes del Cuzco) ponte estos puñetes y cálzate estos zapatos, porque te conozca.»

Con esto se despidió, y Pizarro prosiguió su camino hasta llegar á Caxamalca.

No halló allí al rey porque se habia ido á ciertos baños alli cerca. Envióle luego á visitar con el capitan Hernando de Soto y á pedirle licencia para tomar su aposento en Caxamalca, en tanto que él venia á ella. Recibió Atabaliba al Hernando de Soto con mucha gravedad, y sin gastar muchas palabras díjole: «Vé y di á ese tu capitan, que mando yo que deje ahí todo lo que á mis vasallos ha robado y se salga luego de mi tierra, y que con esto yo le recibiré por amigo y le dejaré ir en paz y seré buen amigo de su emperador. Mañana yo seré con él en Caxamalca, y daré la órden que ha de tener en su partida y diráme quien es el Papa y el emperador que de tan lejas tierras me envian á visitar.»

Espantose el capitan Soto (y Hernando Pizarro que fue con él) de la grandísima riqueza y magestad de aquel bárbaro. Volvieron luego con la respuesta, diciendo. Que á lo que habian sentido de Atabaliba, les habian de ser bien menester las manos.

Gastaron toda aquella noche en aderezar sus ar-

mas y en platicar lo que habian de hacer. Francisco Pizarro hizo á los suyos una plática para ponerles ánimo y á la mañana repartió á cada uno su estancia, diciéndole lo que habia de hacer. Mandó que los de á caballo se escondiesen tras unas tapias y que de los de á pié, ni de los de á caballo, ninguno se moviese hasta oir soltar un arcabuz.

Atabaliba que tenia propósito de pelear con los cristianos (para sacrificarlos á su ídolo) tuvo mucha cuenta con que no se le pudiesen ir, teniendo por fácil cosa el vencerlos. Mandó á Ruminagui, su capitan, que se pusiese con cinco mil hombres á las espaldas de los cristianos, porque no huyesen.

Con esto partió á la mañana de los baños para Caxamalca, con tanto espacio y magestad, que en sola una legua tardó cuatro horas enteras.

Venia en una litera de oro macizo aforrada de plumas de papagayos· traianle en hombros ciertos indios caciques, grandes señores. El asiento que ocupaba era un muy hermoso tablon de oro, que pesó veinte y cinco mil ducados y un cojin de lana finísima todo guarnecido de piedras preciosas de grandísimo precio. Traia en la frente una borla de lana que es la insignia de los reyes Incas, como acá entre nosotros la corona. Delante venian trescientos como lacayos, vestidos de muy rica librea, quitando las piedras y pajas del camino y otros bailaban y cantaban: detras venian otros muchos caciques tambien en andas.

En llegando al Tambo de Caxamalca que son unos palacios reales, alzó los ojos y vió á los cristianos arrimados á las paredes y como vió que no se movian aquellos, ni parecian los de á caballo,

levantose en pié sobre la litera y dijo: «Estos, rendidos estan.» Respondieron los indios. «Señor, sí.»

Enojose infinito Atabaliba de ver algunos españoles puestos en una torrecilla de ídolos que alli cerca estaba y los mandó echar de la torre. Llegóse entonces á él el obispo fray Vicente de Valverde, fraile dominico, con una cruz en la mano derecha y con un breviario en la izquierda y hecha su mesura comenzó á hablar de esta manera.

«Muy escelente y poderoso señor: habeis de saber y cumple que se os enseñe, que Dios es uno y trino é hizo de nada todo el mundo. Este Dios formó en el principio del mundo un hombre: hízole de tierra y llamóle Adan. De él nacimos y traemos el orígen todos los hombres. Pecó Adan por inobediencia contra su Criador y en él pecaron todos los hombres, cuantos hasta hoy han nacido, y nacerán hasta la fin del mundo: salvo Jesucristo Nuestro Señor, el cual siendo verdadero Dios, bajó del cielo y nació de Maria vírgen, para redimir y sacar al linage humano de la servidumbre del pecado. Murió Jesucristo en una cruz semejante á esta que tengo en las manos y por eso la adoramos los cristianos. Resucitó al tercero dia: subió á los cielos á los cuarenta dias, y dejó por su vicario en la tierra á San Pedro y á sus sucesores, á los cuales nosotros llamamos Papas. El Papa que hoy vive dió al potentísimo rey de España, emperador de los romanos y monarca del mundo, la conquista de estas tierras. El emperador envia ahora á Francisco Pizarro, á rogaros seais su amigo y tributario y que obedezcais al Papa y recibais la fé de Cristo y creais en ella, porque vereis como es santísima y que la que vos ahora teneis es mas que

falsa. Si esto todo no haceis, sabed que os hemos de dar guerra y os quebraremos los idolos y os forzaremos á que dejeis la religion de vuestros falsos dioses.»

Enojóse estrañamente Atabaliba de oir tan nueva embajada y respondió con ira y desden.

«No quiero dar tributo á nadie, que soy libre: ni tampoco quiero oir, ni creo que haya otro mayor señor que yo en el mundo. Bien me holgaré de ser amigo de ese emperador, porque pues envia tantos ejércitos acá tan lejos, gran señor debe de ser.

«Obedecer al Papa no me está bien, que debe de ser loco, pues que dá lo que no es suyo, y me manda dejar el reino que yo heredé de mi padre; y quiere que le dé á quien no conozco. Religion tampoco quiero mas de la que tengo, que sobra de buena. Yo me hallo muy bien con ella y no tengo para que poner en disputa cosa tan antigua y aprobada como esta.

«Vosotros teneis por Dios á Cristo y decis que murió: pues yo adoro al Sol que no ha muerto jamás, ni morirá mucho menos. ¿Quién os ha dicho á vosotros que vuestro Dios crió el mundo? «Este libro» (dijo fray Vicente) y púsole el breviario en las manos.

Tomóle Atabaliba y comenzó á hojear en él pensando que habia de hablar el libro. Como vió que callaba, dió con él en tierra, como haciendo escarnio y amohinado porque no hablaba.

Como el obispo vió su libro en el suelo, arremetió á alzarle y fuese dando voces á Pizarro, diciendo: «Los Evangelios por tierra, cristianos! justicia de Dios! venganza, cristianos! venganza!! á ellos

á ellos, que menosprecian y no quieren recibir nuestra ley, ni ser nuestros amigos!»

Mandó luego Pizarro disparar el arcabuz: arremeten todos ciento y sesenta compañeros (que no eran mas) dispararon unos tirillos de artilleria que tenian, y con el estruendo comenzaron á herir en aquellos indios, con un valeroso ánimo de más que hombres: acudieron todos al tropel donde tenian en medio los suyos al rey Atabaliba.

Fue tan repentino este acometimiento (y tanto lo que los indios se embarazaron de ver una cosa tan repentina y tan nueva) que ni sabian donde estaban ni lo que harian. Rompió Pizarro por toda la gente y llególas á andas del rey y con furia de un leon asióle de la ropa y dió con él en tierra. Los suyos como le vieron caido, escaparon unos por aqui y otros por alli, que no hallaban donde esconderse. Lo mismo hizo Ruminagui, sin que algun hombre de ellos echase mano á las armas si bien todos las tenian. Siguieron los de á caballo el alcance hasta que se hizo de noche. Mataren infinitos indios, sin que alguno de los castellanos recibiese herida sino Francisco Pizarro que salió con una pequeña en la mano.

Aconteció esta admirable hazaña en el año de 1533. Fue una de las mayores y mas importantes cosas que jamas capitan hizo en el mundo, porque con ellas se abrió la puerta á las mayores riquezas que los hombres oyeron ni pudieron imaginar. Y que mas es, que se dió con ella principio á la conversion de mas tierra que hay de España á Babilonia, á donde se han convertido y cada dia se convierten infinitos millares de gentes. Satanás fue vencido y echado de ellas con grandísima gloria y

triunfo de la Cruz de Cristo para eterno loor de la nacion española.

Otro dia despues de la prision saquearon los españoles el Tambo Caxamalca y los baños donde Atabaliba se habia estado recreando: hallaron grandes riquezas de oro y de cosas de plumas y una bajilla que valió de cien mil castellanos arriba.

Mandó Pizarro echar grillos al pobre Atabaliba e i tiempo que por su mandado sus capitanes traian ya presos y con ellos á su hermano mayor Guascar, con quien tenia cruelísima guerra sobre la posesion de aquellos riquísimos reinos.

Sintió Atabaliba las prisiones estrañamente, y prometió por su rescate tanto oro y plata que bastase para henchir una gran sala donde le tenian, desde el suelo hasta donde él señaló con la mano poniéndose sobre las puntas de los pies y echando una raya por toda la sala alrededor, que apenas en toda Europa se hallaria tanto oro; y no prometia cosa imposible para él. Prometióle Francisco Pizarro la libertad por el rescate, y asi comenzó él luego con grandísima diligencia á despachar mensageros al Cuzco y otras partes. Cada dia venian indios cargados de cántaros y jarros de oro y plata; lo cual no hacia mucho embarazo en la sala por ser tan grande. Los españoles mas quisieran el oro que no al rey, y cada dia se les hacia un año. Al fin, como veian que no se henchia la sala y temian no fuese manera de entretenerlos para hacerles alguna burla, decian algunos de ellos á Pizarro que le matase, porque andaba alargando la cura por soltarse. Entendió esto muy bien Atabaliba y dió á Francisco Pizarro sus disculpas, jurando muy de veras que la causa de la dilacion

no era sino porque el oro habia de venir del Cuzco que estaba mas de doscientas leguas, y que no podian los indios traer mucho de una vez para que se satisfaciese. Rogóle muy mucho que enviase alguno de los suyos al Cuzco, y que veria que no habia memoria de juntarse gente ni se entendia en otra cosa sino en allegar el oro del rescate.

Parecióle este buen medio á Pizarro y despachó luego para el Cuzco á Hernando de Soto y á Pedro de Vasco. Toparon estos en el camino á Illescas, hermano menor de Atabaliba, el cual traia trescientos mil pesos de oro para el rescate. Luego toparon á Guascar que le traian preso los capitanes de Atabaliba. Holgóse Guascar de toparlos, y dándoles grandes quejas de su hermano Atabaliba, prometió de ser amigo fiel de los españoles si no le mataban, y de darles otros mayores tesoros que les prometia él.

Tenia sus espias Atabaliba y de ellas supo lo que Guascar habia tratado con Hernando de Soto, y por quitarse de peligro mandóle matar, y asi se hizo.

Entre tanto que Soto iba al Cuzco, fue Hernando Pizarro á Pachacama, á donde halló grandísimos tesoros y supo grandes secretos de aquellas tierras. Tuvo necesidad de herrar los caballos, y por falta de hierro hiciéronse de plata las herraduras.

Como los españoles no aguardaban sino á que se hinchiese la sala y vieron que no llevaba camino de henchirse tan presto, acordaron partir lo que habia. En poco mas de quince ó veinte dias hallaron un millon y veinte y seis mil quinientos castellanos con cincuenta y dos mil marcos de plata.

Cupo á cada soldado de a caballo á ocho mil y novecientos pesos de oro y á trescientos sesenta marcos de plata. Al infante cupo la mitad, porque el caballo traia tanto sueldo como su amo. De los capitanes unos hubieron á treinta, otros a cuarenta mil pesos. A Francisco Pizarro diéronle ademas de su parte aquel tablon en que venia sentado Atabaliba.

Luego que Almagro supo en Panamá la fortuna buena de su compañero, fue á Caxamalca. Pizarro se holgó con su llegada, y partió con él fidelísimamente, como amigo, por iguales partes. Quedaron por entonces muy conformes y asi lo estuvieron dias. Despacharon luego los dos á Hernando Pizarro con el quinto del rey y con la nueva de lo acontecido.

Estando todavia Atabaliba en la prision, acaeció, que el malo de Filipillo (el que ya dije que servia de lengua), se enamoró de una de las mujeres de Atabaliba; y asi por haberla en su poder como porque de suyo era traidor y deseaba verle muerto, levantó al pobre Atabaliba un falso testimonio, diciendo que trataba de soltarse y de matar los españoles. Por el dicho de este malvado, si bien muchos lo tenian por falso y eran de parecer que se enviase Atabaliba asi preso á Castilla, últimamente Pizarro se resolvió en matarlo, que no debiera. Para justificar su muerte (atentó que ya el buen hombre se habia vuelto cristiano), formósele proceso sobre la muerte de Guascar y sobre el trato que hacia para matar los españoles.

Hízose la probanza de estos y de otros delitos con testigos, parte de ellos falsos y sobornados por el traidor de Filipillo; porque los que no de-

ponian contra Atabaliba como él era la lengua, interpretábalos á su favor. Asi se probó contra él todo lo que fue menester para condenarle á muerte.

Cuando el pobre mancebo supo la sentencia que habia de morir y el por qué le mataban, hizo gran sentimiento y dió grandes razones (que cierto era discreto), para fundar que no era posible ser verdad que él tratase de traicion alguna. Pero al fin no le valieron sus escusas y ruegos. Sacáronle á ajusticiar en público y diéronle un garrote, el cual sufrió con mucho ánimo; y pues era bautizado, es de creer que se salvó: bienaventurado él, que tambien grangeó con la vida temporal la del cielo. Si fue justa ó no la muerte de este poderoso y riquísimo rey, Dios lo sabe, que nada ignora: pero á lo menos á lo que acá se puede juzgar ella fue injustísima, y asi lo mostró Nuestro Señor casi palpablemente, porque todos cuantos en ella entendieron vinieron despues á morir malas muertes como se cuenta de los matadores de Julio César.

Filipillo murió ahorcado, Pizarro y Almagro y los demas, unos murieron por justicia y otros á puñaladas.

En acabando Pizarro de matar al rey, partió de Caxamalca la via del Cuzco. Topó en el camino, á Quizquiz, capitan valeroso, que venia con gente y en arma; peleó con él y vencióle. Y porque Mango Inca, otro hermano de Atabaliba, se vino á él de paz, recogióle Pizarro y dióle la borla del reino del Perú, con que prometió vasallaje al rey de Castilla, aunque despues no lo cumplió.

En el Cuzco no halló Pizarro resistencia alguna, sino mucho mas oro y plata que todo lo que ha-

bia visto. Habia en aquella ciudad muchos templos, todos cubiertos de planchas de oro y muchas sepulturas cubiertas de plata y llenas de grandes tesoros: porque generalmente en aquellas partes, todos los hombres ricos enterraban consigo todos los tesoros y aun parte de sus mujeres y pages vivos, para servirse de ellos en el otro mundo: que asi les hacia entender el diablo con quien hablaban, que habian de tener en ella los mismos regalos que acá y otros mucho mayores. Sepultura hubo en que se halló mas de cincuenta mil castellanos de oro.

El otro capitan Ruminagui, cuando vió muertos á Guascar y Atabaliba y que Pizarro se habia ido hácia el Cuzco, fuese al Quito, y habiendo en su poder á Illescas, el otro hermano, por alzarse él con el reino matóle cruelmente, é hizo del cuero un atambor. Supo esto Pizarro, y envió luego contra Ruminagui á Sebastian de Benalcázar con doscientos infantes y con cuarenta de á caballo.

El cual venció á Ruminagui peleando con él, y ganó la ciudad de Quito. El capitan Quizquiz levantó por rey á Paulo, el último de los hijos de Guaynacava y hermano de Atabaliba. Hubo con los cristianos algunas batallas, y como por la mayor parte de todas salia vencido, rogáronle los suyos á Quizquiz que hiciese paz con Pizarro: y porque no quiso, matáronle.

Ibase cada dia haciendo Pizarro mas poderoso, porque á la fama de las inestimables riquezas del Perú, acudian allá cada dia infinitas gentes de España, de las Indias y de Méjico. Negociaban en la corte de España muchos hombres principales

de haber conquistas y descubrimientos en aquellas tierras, principalmente donde Francisco Pizarro no hubiese descubierto.

El primero que hubo licencia para descubrir, fue el capitan Pedro de Alvarado, uno de los principales compañeros de Hernando Cortes. Partió Alvarado de la Nueva-España, con dos navios y con mucha gente para el Perú. Tuvo grandes bregas con Pizarro, y con los que allá estaban: y al fin húboles de vender la flota que llevaba por cien mil pesos de oro que le dieron por ella, si bien no valia la mitad. Volviose á su gobernacion de Guatemala, y allá murió desastradamente, porque yendo por una cuesta muy agria de Compostela á Guadalajara él y otros, tropezó un caballo en lo alto de la cuesta, y vino rodando con toda furia, que Alvarado no se pudo desviar, y el mismo caballo le hirió de manera que de allí á poco murió en Guadalajara.

Comenzaron luego Pizarro y sus capitanes á poblar ciudades. Fundó Diego de Mora la ciudad de Trujillo, y Pizarro la de los Reyes, en la ribero del rio Lima, á donde ahora reside la chancilleria real, y es la cabeza de aquellos reinos.

Diversas cosas pasaron en estas conquistas, que si las quisiese yo aqui contar, seria menester hacer otra historia tan larga como la principal. Solamente quiero decir en suma lo que ha sucedido en aquella tierra. Que cierto entró poca gente (todos compañeros y de una misma nacion): en menos de diez y ocho años, nunca tanta tierra se ganó ni tantas riquezas se vieron, ni tantas guerras civiles se trataron, ni con mayor odio y crueldad, como entre dos ó tres mil hombres, que por

todos serian los que en estos años allá se hallaron.

El principio de las guerras civiles nació de una merced que S. M. hizo á Diego de Almagro, haciéndole mariscal y gobernador de cien leguas mas al Mediodia, adelante de lo que Pizarro hubiese descubierto, con título y nombre de gobernador de la nueva Toledo, como Pizarro lo era de la nueva Castilla. Sobre la division de estas gobernaciones, y sobre si el Cuzco era de Pizarro ó era de Almagro, no se puede pensar las disensiones que hubo. Luego se encendió la tierra en bandos y guerras. En llegando las provisiones de Almagro, comenzaron él y Pizarro á apuntarse: porque le duraba todavia á Almagro el desabrimiento antiguo, de cuando Pizarro fue de acá sin nada para él. Estas primeras pasiones se acabaron presto, como buenos medianeros que hubo.

Tornaron de nuevo á ratificar la compañía con escrituras y juramentos: y aun Almagro dicen que dijo. «Confundido sea yo el cuerpo y en el alma, si jamás por mi causa quebrantare la paz entre nosotros.»

Partióse con esto Diego de Almagro al descubrimiento de Chile, siguiendo la costa al Sur la via del estrecho de Magallanes. Topó en el camino con ciertos indios que traian de Chile ciento cincuenta mil castellanos del tributo para Guascar, que aun no sabian que fuese muerto, y tomóselos. En el entretanto Hernando Pizarro acá en España negoció con el emperador grandes favores para su hermano, y el título de marqués de los Atabillos. Para Diego de Almagro llevó provisiones y todo recaudo, para que gobernase la tier-

ra de la nueva Toledo, desde cierta parte en adelante. Y como (conforme á la division que el emperador hacia entre los dos compañeros) la ciudad del Cuzco caia en la parte de Almagro, segun él decia, los que la tenian de parte de Pizarro, no la quisieron dar, y Almagro no quiso quedar sin ella, y asi tornaron de nuevo á sus pasiones, y tan de veras, que el uno y el otro formaron ejércitos, y se hicieron cruelísima guerra. La cual se comenzó en el año de 1536, y duró hasta que los unos y los otros se acabaron.

Afirmase que murieron en estas guerras mil españoles, y pasados de un millon y quinientos mil indios.

Apoderóse Almagro á los principios de la ciudad de Cuzco, y prendió en ella á Hernando y Gonzalo Pizarro. Estuvo determinado de matarlos, y al fin por ruegos los dejó. Tornaron despues á la batalla el año de 38 Hernando Pizarro y Almagro, y en ella fue preso Almagro. Pizarro por acabar cosas determinó cortarle la cabeza. Formóle proceso, y hízole acusar que habia entrado con mano armada en el Cuzco en gobernacion agena, y que habia sido causa de morir muchos españoles. Item, que se habia concertado con Mango Inca contra el marqués, y que habia peleado contra la justicia del rey en Abancay y en las Salinas. Por lo cual (y por otros algunos cargos que se le pusieron) se pronunció contra Diego de Almagro sentencia de muerte.

Por mas cosas que dijo, y lástimas que hizo al mismo Pizarro, nunca le pudo ablandar á que siquiera le otorgase la apelacion que interpuso para el rey: cuando mucho por hacerle honra le

dieron garrote en la cárcel, y despues le sacaron á degollar á la plaza.

Hizo Almagro su testamento, y aunque tenia un hijo bastardo (que se llamaba don Diego de Almagro, habido con una india en Panamá) no le dejó á él su hacienda sino al emperador.

Era Almagro natural de la villa de Almagro, tan pobre y de oscuro linage, que nunca se pudo saber quien fue su padre. No sabia leer ni escribir, y algunos le tenian por clérigo. Hízose justicia de él en la plaza del Cuzco, año de 1540.

De los que mas sintieron su muerte despues de su hijo, fue un tal Diego de Alvarado, el cual vino luego á Castilla á querellarse de Hernando Pizarro porque le mató, y del marqués porque lo consintió. Andando en este negocio murió en Valladolid.

Mandó S. M. parecer en España á Hernando Pizarro, y túvole muchos años preso en la Mota de Medina del Campo; despues salió libre.

Pocos meses despues de muerto Almagro, vengaron su muerte don Diego su hijo, Juan de Rada, y otros once amigos suyos, matando al marqués Francisco Pizarro en la ciudad de los Reyes, mientras Gonzalo Pizarro andaba en el descubrimiento de la Canela: matáronle á cuchilladas, dia de San Juan, en junio del año 1541.

Era Francisco Pizarro hijo bastardo del capitan Gonzalo Pizarro: echóle su madre á la puerta de la iglesia. Anduvo perdido en su niñez, y nunca tuvo quien le enseñase á leer ni lo supo jamás. Hubo su padre lástima de él, y recojióle, y traiale á guardar los puercos en Trujillo de donde era natural.

Andando con los puercos acaeció que les dió mosca, ó se le alteraron por otra causa, y no los pudiendo recoger, no osó volver á casa. Fuese huyendo á Sevilla, y de alli se pasó á las Indias, y vino á lo que todos vimos. Fue el mas rico de dinero que cuantos hombres particulares se han visto en este mundo.

Luego en matando los conjurados al marqués Francisco Pizarro, levantaron á don Diego de Almagro el mozo, dándole titulo y voz de gobernador, entre tanto que S. M. otra cosa mandaba. En sustancia, tiranizaron él y los suyos la tierra con intencion de hacerle rey y señor absoluto de ella.

Envió el emperador por su gobernador al licenciado Cristóbal Vaca de Castro para que allanase la tierra. Fuele menester formar ejército contra don Diego, porque no quiso venir al servicio del emperador. Entró con él en batalla junto á Chupas, en 15 de setiembre de 1542. Salió huyendo don Diego, y fuese á meter en el Cuzco, á donde sus mismos oficiales le prendieron, y Vaca de Castro hizo justicia de él y de otros muchos de los que le seguian.

Estuvo despues de esto Vaca de Castro en el Perú, gobernando pacíficamente año y medio, hasta que fue allá por virey Vasco Nuñez Vela, caballero principal de Avila; del cual y de los levantamientos hechos en el Perú adelante se dirá.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO DECIMOCUARTO.

AÑO DE 1526.

I.

Intercede el papa por el duque Esforcia.

La inconstancia humana, la poca firmeza de las voluntades, (si bien sea de reyes) en esta historia se nos representan, y en lo que de este año aqui dijere, muy mas al vivo. Hallaremos conformarse, los reyes, con fé, con palabras, con juramentos, hacer una liga, y perpetua amistad, que dentro del mismo año la quebraron, enconando los ánimos el odio, y aborrecimiento mayor, que jamas entre sí Carlos y Francisco tuvieron. De donde resultaron

los desafios, carteles, y libelos que en el año siguiente entre ellos pasaron, ordenando el cielo para consuelo de tantos trabajos, que se celebrasen las bodas dichosas del emperador Carlos V. con la serenísima princesa, infanta de Portugal, doña Isabel, que fue en este año de 1526 como aqui diré.

En cuyo principio volvió de Roma el comendador Herrera con cartas largas, y largas satisfacciones escritas de la propia mano de Clemente VII descargándose con el emperador, y diciendo, que las ligas y juntas que contra su Magastad se habian hecho, no habian sido por su órden, ni sabiéndolo el: que los autores y movedores habian sido Moron, y el marques de Pescara.

Aqui habló Clemente, no como vicario de Cristo, sino como Julio de Médicis natural de Florencia, que asi lo descubrió el tiempo. Cargaba la culpa á Gerónimo Moron, porque estaba preso y caido, y al marques de Pescara, que ya era muerto. Suplicaba al emperador por la restitucion de Francisco Esforcia, y que si habia pecado, le perdonase por el bien comun, paz, y quietud de Italia, y que de ninguna manera admitiese, que en su honra, ni nombre Imperial se pusiese mácula, ni creyese que por alguna ambicion él hubiese tratado de perturbar el Estado de la Iglesia Católica, y república cristiana. Que pues Dios le habia colocado en tan alto grado, y hecho cabeza de los principes cristianos, que no habria cosa que á su autoridad se pudiese añadir, ni quitar, como en hacer merced al duque, y perdonar á todos los que á su Magestad habian deservido.

Con estas, y otras palabras muy humildes, queria el Pontifice congraciarse, entrener al empera-

dor, y alcanzar lo que bien le estaba. Y es cierto que no salian del corazon, ni las sentian como sonaban, sino de puro miedo que de la poca amistad que al emperador hacia en lo secreto, y de su gran potencia tenia (que la conciencia culpada vale por mil testigos.)

Entendió muy bien el emperador la mente del Pontífice, que era. Si él por sus medios diese libertad del duque Esforcia, que Esforcia agradeceria no á él este beneficio, sino al Papa y venecianos, que asi mismo terciaban, como autores de su libertad, y se juntarian con ellos, y procederian en sus malas ligas.

II.

Venida á Castilla de la emperatriz:—Paz entre el rey y emperador.

Llegado el tiempo concertado para celebrar sus bodas, el emperador á dos dias del mes enero de este año, partieron de Toledo para la ciudad de Badajoz, donde habian de recibir á la princesa, el duque de Calabria don Hernando de Aragon, don Alonso da Fonseca arzobispo de Toledo y don Alvaro de Zúñiga duque de Bejar con gran acompañamiento de señores muy principales.

Con el arzobispo de Toledo fueron el obispo de Palencia, don Hernando de Silva conde de Cifuentes, y don Pedro de Ayala, conde de Ribagorza, el conde don Hernando de Andrada, y otros muchos

Caballeros. Con el duque de Bejar fueron el conde de Aguilar, y don Pedro de Avila, que despues fue marques de las Navas.

Vinieron á Badajoz para juntarse con don Juan Alonso de Guzman duque de Medina-Sidonia, don Francisco de Zúñiga y Sotomayor marques de Ayamonte, y conde de Benalcázar, que despues fue duque de Bejar, por ser casado con doña Teresa de Zuñiga y de Guzman, sobrina del dicho duque, que le sucedió en el estado por no tener hijo. Los cuales todos fueron con el mayor y mejor acompañamiento que pudieron.

Partidos á lo que tengo dicho, el emperador quedó tratando los conciertos, y paces que con el rey de Francia, se habian de hacer sobre su libertad. Porque el rey de Francia viendo la determinacion del emperador en la demanda de Borgoña, vino á otorgar que la entregaria dentro de un breve tiempo, iría á sus reinos, y daria la seguridad y rehenes que le pidiesen; manifestando que no la entregaba luego porque estando él preso y sin libertad no era parte para hacer la entrega.

Habiendo pues llegado la conclusion á estos términos, y poniendo el emperador en el consejo el caso para ver lo que se debia hacer, hubo sobre ello, diversos pareceres, porque el virey de Nápoles, y otros algunos le aconsejaban, y hacian instancia sobre ello diciendo, que habia de tomar algun buen medio con el rey de Francia, para poner, y tener paz en la cristiandad, pues sabia lo que el Papa, y venecianos habian intentado, y la mala voluntad que mostraban en sus cosas: que no debia dar ocasion ni esperar á que madama Luisa, gobernadora de Francia, desesperada de la libertad de su hijo se

ligase, y considerase contra él, y se pusiesen las cosas en mayor dificultad. Lo cual no podria ser siendo el amigo del rey de Francia como estaba en su mano serlo. Que haciendo esto su pasada á Italia á coronarse seria facil, y no se atreverian los otros potentados á ponerse contra él, y podria asimismo asistir á proveer las cosas de Alemania, y á la resistencia del turco, y de Barbarroja, y otros cosarios que lastimaban la cristiandad. Lo cual todo se impedia con la guerra que con la casa de Francia tenia.

De contrario parecer eran Mercurin Gatinara gran canciller, y algunos españoles, que aconsejaban al emperador, que alargase, y dilatase los tratos, y no soltase al rey de Francia hasta tener á sus hijos puestos en el estado que conviniese, y hasta haber pasado á Italia á coronarse; porque teniendo al rey en su poder no habria quien se atreviese á moverle guerra, y que viéndolo libre, nunca faltaria quien le incitase, y moviese, y de él asimismo no se podia tomar ni tener seguridad, porque era bullicioso y esforzado, y siempre habia de desear vengarse de la mengua que habia recibido en la batalla de Pavia. Que ya que esto no se esperase, que á lo menos no debia de ser suelto, hasta que hubiese entregado á Borgoña: que pues no la queria entregar por verse fuera de prision, que era de sospechar y temer que menos la entregaria viéndose libre.

Hernando de Vega dijo que el rey de Francia estaba bien en Madrid. El canciller dijo resueltamente, que ó le soltase libremente, ó le tuviese siempre preso y seguro.

El emperador viéndose en esta diversidad de

pareceres, por su buen natural quiso escoger el de la paz como habia dicho, y publicado, que restituyéndole á Borgoña daria libertad al rey de Francia, y que las razones que el rey de Francia daba para no lo entregar estando preso, parecian bastantes, pues se podia temer que sus súbditos no le obedecerian en este caso, estando ausente preso. Y que pues daba en rehenes y prendas los dos hijos mayores que tenia herederos de Francia, era cierto y seguro, que cumpliria su palabra, y todo lo que habia prometido.

Quiso tambien el emperador satisfacer á los príncipes cristianos, y al mundo todo, para que viesen que no quedaba por él procurar la paz, y quietud universal; que por ella queria aventurar los intereses posibles. Que sin duda el rey de Francia cumpliera cuanto se le pedia, y su reino lo quisiera, si vieran en el emperador resuelta determinacion de no soltarle hasta que diese y entregase lo que se le pedia. Asi se concluyeron los contratos y conciertos á catorce dias del mes de enero de este año de 1526 en Madrid, y se otorgaron é hicieron los capítulos siguientes, de perpetua paz y concordia, entre el emperador Cárlos V y Francisco de Valois rey de Francia, que fueron tan mal guardados, y causa de tantas muertes y ruidos como adelante veremos.

Esto me obligan á ponerlos aqui estensamente, como se otorgaron: por ser el fundamento de las grandes guerras que hubo tantos años entre estos dos príncipes, y por donde se justifican las acciones de ellas: que para satisfaccion de muchos, y ocasiones que puede haber de estas contiendas por estas mismas pretensiones, es bien saberlas, pues

se escriben las historias para saber los hechos heróicos de los príncipes, y gente de guerra: y los intentos, causas y justificaciones de ellas.

III.

Concordia de Madrid.

»La capitulacion de la paz entre el emperador y el rey de Francia, y sus súbditos, reinos, y señorios, hecha y concluida en la villa de Madrid á 14 dias del mes de enero de 1526 años, por los embajadores del emperador de una parte, y el mismo rey de Francia en persona, juntamente con los embajadores de madama Luisa de Savoya, su madre, gobernadora de Francia, en nombre de todo el reino de Francia de la otra parte. Trasladada de lengua francesa en castellana, sin añadir, quitar, ni mudar cosa alguna que en algo mude la sustancia de la dicha capitulacion.

PROHEMIO.

«En el nombre de Dios Nuestro Señor, y de la gloriosa Vírgen Maria, y de toda la corte celestial, y á honor y gloria suya, sea notorio, y manifiesto á todos los que agora son, é de aqui adelante serán; como desde algunos dias á esta parte, no sin gran daño y perjuicio de la república cristiana, y

aumento de la tiranía de los infieles turcos, enemigos de nuestra santa fé católica, hayan sido levantadas, crecidas y continuamente ejecutadas muchas y diversas guerras, disensiones, y discordias entre los muy altos, y muy escelentes, y muy poderosos príncipes don Cárlos V de este nombre, sacratísimo emperador de romanos, siempre augusto católico, rey de las Españas, de las dos Sicilias, de Jerusalen, archiduque de Austria, duque de Borgoña, conde de Flandes, y de Tirol, etc., y Francisco I rey de este nombre, cristianísimo rey de Francia. El cual por permision divina, y como se ha de creer, para mas facilmente poder hallar medio de paz, en la última batalla en el parque de Pavia fue preso en justa guerra del dicho señor emperador, y á ruego del dicho rey cristianísimo por hallarse con él dicho señor emperador, y tanto mas presto alcanzar esta buena amistad, fue desde la dicha ciudad de Pavia traido á estos reinos de España, por el ilustre señor don Cárlos de Lanoy, caballero de la orden del Toison de Oro, y virey de Nápoles, lugarteniente, é capitan general de la cesárea magestad, é de la santísima liga en Italia. Y estando la persona del dicho rey cristianísimo en esta villa de Madrid muy bien tratado por el dicho señor emperador, como de la honestidad y parentesco de entre ellos convenia, de que el dicho señor rey mucho se ha loado, y contentado: y deseando los dichos príncipes de todo su corazon poner fin en las dichas guerras, divisiones y disensiones, y arrancar las raices de donde las dichas guerras pasadas han nacido, y podrán de aqui en adelante nacer, si del todo no fuesen arrancadas, y que-

riendo todos, por evitar el derramamiento de la sangue cristiana, dar medio para una paz universal, para poder convertir, y volver las armas de todos los reyes, príncipes, y potentados de la cristiandad, á la ruina y destruccion de los infieles: y para desarraigar los errores de la secta luterana, y de otras sectas reprovadas. Para que mediante la gracia de Dios Nuestro Señor de esta dicha paz pueda suceder el bien, reposo, y sosiego de toda la cristiandad, y se siga el deseado fruto, los dichos príncipes, conviene á saber el dicho señor emperador, y por él, el dicho don Carlos de Lanoy, caballero de su orden del Toison de Oro, y su virey de Nápoles, lugarteniente, y capitan general en Italia, don Hugoe Moncada, caballero de la orden de san Juan de Jerusalen, prior de Mescina en el reino de Sicilia, nuestro justiciero en el dicho reino, y capitan general del dicho señor emperador en el mar Mediterráneo, y Juan Aleman baron y señor de Bonclause su tesorero, y secretario de Estado, y contra-relator general de los reinos de Aragon, consejeros, embajadores, comisarios, diputados, teniendo para esto amplio poder y facultad, cuyo tenor será mas adelante inserto: y el dicho señor rey cristianísimo, asi por él mismo, como por él los señores Francisco de Turcio arzobispo de Embrum, electo de Bourges en Berry, y Juan de Selva caballero, y doctor en cada un derecho, señor de Craberes, primer presidente del parlamento de Paris, y Felipe Chabot, baron de Brio, maire de Burdeos, caballero de la orden del dicho señor rey cristianísimo, sus embajadores, teniendo para esto amplio poder de madama Luisa de Savoya, su madre, regente en

Francia, en virtud de la gobernacion á ella otorgada por el dicho señor rey antes de su prision, y verificada por la corte del parlamento de Paris. El tenor de los cuales poder, gobernacion, y verificacion será asi mismo en fin de la presente capitulacion de *verbo ad verbum* inserto, contenido y empero que los originales de los dichos poderes y gobernacion, con la dicha verificacion de la corte del parlamento serán realmente dados, é confinados en las manos de los diputados, y procuradores del dicho señor emperador. Y de la misma manera los poderes originales del dicho señor emperador serán dados é confinados en manos del dicho señor rey é de los dichos sus diputados. Los cuales todos sobredichos de una parte y otra, en virtud de los dichos sus poderes, de comun consentimiento trataron, acordaron, é concluyeron los capítulos y convenciones siguientes:

I. »Primeramente ha sido tratado, y concertado entre los sobredichos, en virtud de los dichos sus poderes, que de aqui adelante entre los dichos señores emperador y rey cristianísimo, é sus herederos y sucesores, y sus reinos, tierras y señorios, vasallos y súbditos que al presente poseen, y de aqui adelante podrian haber, tener, y poseer, asi en virtud de esta presente capitulacion, como en otra cualquier manera, y entre sus amigos, criados, y confederados, que de comun consentimiento de los dichos señores emperador y rey, serán particularmente nombrados y declarados, y no de otra manera, sea y se entienda ser establecida, concluida y confirmada, perpetuamente, para siempre jamas, buena, entera y segura paz, amistad, alianza, union, inteligencia,

confederacion y verdadera hermandad. De manera que los dichos señores emperador y rey en la manera sobredicha sean é queden de aqui adelante buenos, verdaderos, é leales hermanos, amigos, aliados, y confederados, y sean perpétuamente amigos de amigos, y enemigos de enemigos, para la guarda, conservacion, y defension de sus estados, reinos, tierras y señorios, vasallos y súbditos, donde quier que estén: los cuales se amarán y favorecerán el uno al otro, como buenos parientes é amigos, é se guardarán el uno al otro las vidas, honras, estados y dignidades, bien é lealmente, sin alguna fraude, ni engaño, y no favorecerán, ni mantendrán alguna persona que sea contra el uno, ni el otro de los dichos señores. Y por esta paz cesarán todas las guerras, ó prisiones, violencias, ejercicios de armas, y disensiones, y discordias entre los dichos señores, olvidando por esta presente capitulacion todas las injurias, quejas, odios, é mal querencias, ó de hecho, ó de palabra, que hasta ahora hayan habido entre ellos, y de sus predecesores: de manera que enteramente queden olvidadas, y no quede memoria de ellas como si jamás la hubiese habido.

II. »Item, mediante la dicha paz é amistad, los súbditos y vasallos, mediatos é inmediatos de los dichos señores, asi del emperador por razon del imperio como por razon de los dichos sus reinos, tierras, señorios y estados de los dichos señores, y de cada uno de ellos, podrán lícitamente conversar, ir é venir, tomar, estar y frecuentar libre y seguramente, asi en cosas de mercadurias, como de otra manera por mar, y por tierra, y aguas dulces, sin por ellos ó sus

gentes pueda ser hecho, puesto, ó dado algun empacho, ó daño, en perjuicio de los unos, ni de los otros, pagando solamente los antiguos peajes, y derechos acostumbrados en la forma y manera que en el tiempo antiguo, y de paz se acostumbraba pagar, sin los constreñir á pagar los dichos nuevamente impuestos despues de las guerras entre ellos, y los sus predecesores comenzaron, señaladamente de veinte años á esta parte, en especial sobre el vino y sobre la sal; y que de una parte y de otra se proveyese la seguridad de la mar, teniéndola libre de cosarios, de manera que los mercaderes y súbditos de una parte y de otra, puedan libremente navegar, pescar, pasar, venir, y estár con sus naos, bienes, y mercadurias, en todos los puertos, y playas de la una parte y de la otra, sin algun estorbo, ni empacho, suspendiendo todas las marcas y represalias, asi generales como particulares, como si particularmente aqui fuesen especificadas y remitiéndolas á justicia é de aqui adelante no se dirán, ni otorgarán por los dichos príncipes en sus cancillerias, salvo solamente contra los principales delincuentes y sus bienes, é sus favorecedores é ayudadores y esto solamente en caso que manifiestamente la justicia les fuere denegada, de la cual denegacion de justicia los que las dichas marcas y represalias procuraren antes que las obtengan seran obligados de hacer demostracion por las cartas requisitorias de la dicha justicia, ni mas ni menos é de la forma é manera que de derecho se requiere. Y si algunas presas, robos, ó no debidas exacciones han sido fechas contra la forma de los salvos-conductos de una parte y de otra dados, y en perjuicio de las segu-

ridades sobre esto concedidas así á genoveses como á otros súbditos, mediatos ó inmediatos de los dichos señores ó en tiempo de las treguas que fueron hechas para venir á esta paz ó que de aquí adelante se hiciesen contra la forma de las dichas treguas y de esta presente capitulacion que todo sea luego reparado con entera restitucion, todas escusas y achaques cesantes.

III. »Item, para mayor seguridad y firmeza de la dicha paz y para venir mas facilmente á la libertad del dicho señor rey cristianísimo, ha sido tratado, acordado y concluido, que para estirpar y apaciguar la antigua demanda del ducado de Borgoña y otras tierras que el señor duque Cárlos de Borgoña tenia y poseia al tiempo de su muerte é de las cuales madama María, su hija, abuela del señor emperador, quedó heredera, y como el dicho señor emperador pretende que fue de hecho y sin justa causa despojada por el rey Luis XI aunque el dicho rey cristianísimo pretendia el contrario, será el dicho rey obligado dentro de seis semanas, contándo desde el dia que fuere puesto en su libertad y entrare en su reino, de dar, rendir y restituir, y con efecto consignar y poner en poder del dicho señor emperador ó de sus comisarios y diputados que para esto serán ordenados, el ducado de Borgoña, juntamente con el condado de Carlois y señoríos de Noyers y Chastelchino, que dependen del dicho ducado y el vizcondado de Absona y la superioridad de San Lorenzo, que están y dependen del franco condado de Borgoña y todo aquello que antiguamente era y solia ser de feudo y superioridad y pertenencia de los dichos condado é vizcondado y esto pura, libre, é perpe-

tuamente para siempre jamás, para el dicho señor emperador y sus herederos y sucesores, así hombres como mujeres con toda superioridad y preeminencia y exencion de la corona de Francia, sin reservar cosa alguna á la dicha corona de Francia, antes el dicho ducado de Borgoña, con las otras tierras y pertenencias sobredichas, queden enteramente para siempre exentas y totalmente apartadas de la dicha corona de Francia. De manera que el dicho rey cristianísimo de su cierta ciencia y poder absoluto, por sí y por todos sus herederos y sucesores, sea obligado en la mas segura y válida forma que se pudiere pensar de quitarse y apartarse de todos y cualesquier derechos que él y sus sucesores en la corona de Francia puedan pretender en el dicho ducado de Borgoña é tierras sobredichas, haciendo de ello tal separacion de la dicha corona de Francia, que el dicho rey cristianísimo, ni de sus herederos y sucesores jamás puedan demandar, ni pretender derecho alguno posesorio, ni petitorio, ni otro algun derecho de regalía, ni de superioridad, con espresa derogacion de todas y cualesquier incorporaciones é uniones que antes de agora hayan sido fechas de las sobredichas tierras en la corona de Francia y de cualesquier ordenanzas é derechos de parlamentos y de la ley Sálica y de otras cualesquier leyes, constituciones, estatutos y ordenanzas ó costumbres á esto contrarias, fechas, publicadas y puestas por el dicho rey cristianísimo ó por los reyes de Francia sus predecesores, las cuales todas sean espresamente derogadas de la misma autoridad, cierta ciencia é poderio absoluto del dicho rey cristianísimo quitado de sí y de sus sucesores la facultad

de poder jamas hacer ó tentar lo contrario, por alguna via que sea de fecho ó de derecho, aunque de derecho pretendiesen poderlo contradecir: no obstantes cualesquier cláusulas derogatorias, aunque de ellas se debiese hacer mas amplia espresion é insercion. Y para mayor seguridad é firmeza de lo susodicho el dicho señor rey cristianísimo sea obligado de consentir y declarar en forma debida y suficiente que los vasallos y súbditos de los dichos ducados y otras tierras sobredichas, sean quitos y absueltos perpétuamente para siempre, de la fé, homenaje, servicio, juramento de fidelidad, que ellos, é cada uno de ellos podrian haber fecho al dicho rey cristianísimo y á sus predecesores á causa del dicho ducado y tierras sobredichas. Y asi mismo de toda obediencia, sujecion, superioridad que por esto podria deber al dicho señor rey é á sus sucesores, á causa de la corona de Francia: declarando que las dichas fé, homenajes y juramento de fidelidad, queden y sean nulos y de ningun valor, como si jamás hubiesen sido fechos. La cual restitucion y consignacion del dicho ducado y tierras sobredichas, será enteramente fecha dentro del dicho tiempo de seis semanas en la forma sobredicha, con las otras seguridades adelante declaradas, juntamente con los castillos y fortalezas y sus artillerias y municiones, en la forma y manera, que el dicho señor rey las ha tenido proveidas y aderezadas hasta agora y esto sin algun fraude ni disminucion.

IV. »Item porque, dicho rey cristianísimo, para cumplir las cosas sobredichas juntamente con las seguridades necesarias, pretende ser menester, que él sea en persona en su reino, ha sido tra-

tado é concertado, acordado y concluido, que el dicho rey cristianísimo sea puesto y soltado en los límites de su reino por la parte de Fuenterrabia á diez dias del mes de marzo, primero que viene; y que este mismo dia á la misma hora é instante que el dicho rey cristianísimo saldrá de las tierras y poder del emperador, y entrará en Francia, los rehenes siguientes saldrán de Francia y entrarán en las tierras y poder del emperador. Y la dicha libertad de la persona del dicho rey cristianísimo, y el recibimiento de los dichos rehenes se hará con igual seguridad y compañía de una parte y otra, segun y como, y en la forma y manera que por los que llevaren cargo de la persona del rey por parte del emperador, y de los que trajeren los rehenes de parte de madama la regente será ordenado. Los cuales rehenes serán los siguientes. Conviene á saber, los dos hijos mayores del dicho rey cristianísimo, que son el señor delfin, primo, y el señor duque de Orleans, segundo solamente. O con dicho señor Delfin Mr. de Vandoma, el duque de Albania, Mr. de San Pol, monsieur de Guisa, Mr. de Lautrech, Mr. de la Val de Bretaña, el marques de Saluzo, Mr. de Rieux, el señor gran senescal de Normandia, el mariscal de Montmorency, Mr. de Brion y Mr. de Ambegui. Los cuales rehenes, ó solamente los dichos dos hijos primeros, ó el dicho señor delfin, juntamente con las dichas doce personas, será al escoger de la dicha señora regente, y serán dados y puestos como dicho es, para estar y quedar en rehenes en poder del dicho señor emperador, en el lugar que le placerá ordenar, hasta que el dicho señor rey cristianísimo haya de su parte cum-

plido todo lo que dicho es, de la restitucion de Borgoña, y otras tierras en la forma susodicha. E asimismo quedarán en rehenes, como dicho es, hasta que el dicho rey cristianísimo haya hecho ratificar y aprobar esta capitulacion de paz, y todo lo en ella contenido, por los estados generales de sus reinos y señorios, y jurar y prometer la perpétua observancia de la dicha capitulacion, y la haya hecho notificar, verificar y haber por grata en la corte del parlamento de París y en los otros parlamentos del reino de Francia, haciendo un procurador con especial poder de parecer en su nombre en los dichos parlamentos, é allí someterse de su voluntad á la observancia de todo lo contenido en esta dicha capitulacion de paz, é que en virtud de la dicha voluntaria sumision por sentencia definitiva de los dichos parlamentos, en buena y conveniente forma sea á esto acordado. Y asimismo esta dicha capitulacion de paz sea verificada, y habida por grata en la Cámara de las Cuentas en Paris para la efectual ejecucion, y cumplimiento de la dicha capitulacion de paz, y validacion de las quitanzas, renunciaciones, sumisiones y otras cosas en esta capitulacion contenidas. Las cuales ratificaciones, verificaciones, y cosas sobredichas serian hechas y cumplidas por el dicho señor rey cristianísimo, y despachadas en forma debida, y seran consignadas en las manos del dicho emperador dentro de cuatro meses primeros siguientes, y el dicho señor emperador del dia de la data de esta presente capitulacion, dará sus letras patentes, firmadas de su mano, y selladas con su sello. Por las cuales prometerá, y jurará en fé de príncipe, de la mejor forma que será

acordado, que rendirá y volverá los dichos rehenes libres, luego que el dicho señor rey hubiere cumplido lo que dicho es, con tal condicion, que en el mismo instante que los rehenes serán vueltos, se dará al dicho señor emperador, ó á su comisario la persona del muy escelente príncipe don Cárlos, duque de Angulema, hijo tercero del dicho señor rey para que se crie con su magestad, y para entretenimiento de la verdadera amistad de entre los dichos dos príncipes, conforme á lo que el dicho rey cristianísimo ha ofrecido y otorgado, Y allende de esto el dicho rey cristianísimo luego que fuere puesto en libertad, será obligado de dar su fé al emperador ó á su comisario, como desde agora para entonces la he dado á su magestad, prometiendo por esta presente capitulacion, como de hecho ha prometido, y jurado en fé de buen rey y príncipe, que en caso que dentro de seis semanas el dicho señor rey no hubiese cumplido la dicha restitucion de Borgoña, y tierras arriba declaradas: y asimismo, en caso que las ratificaciones, y otras seguridades arriba declaradas, no fuesen dadas dentro de los dichos cuatro meses como de suso ha sido concertado y tratado, en cada uno de los dichos dos casos, el dicho señor rey cristianísimo tornará á poder del dicho emperador, luego pasado el dicho término, y vendrá adonde su magestad estuviere á se dar por prisionero de guerra como lo es al presente, para estar en prision en el lugar que el dicho señor emperador le ordenare, hasta que todo lo contenido en la presente capitulacion sea enteramente cumplido y acabado: y entonces en el mismo instante que el dicho señor rey volviere, los dichos sus rehenes serán restituidos y consignados.

V. »Item, para mayor firmeza y seguridad de la dicha paz y amistad, y para que entre los dichos señores, emperador y rey cristianísimo no quede demanda alguna, ni causa de discordia, y que no haya ocasion de levantarse de aqui adelante algunas guerras ni discordias, para mejor desarraigar, amortiguar, y deshacer todas las demandas antiguas, de donde las dichas guerras pasadas han procedido, ha sido tratado, acordado, y concertado, que el dicho señor rey por sí, y por sus herederos, y los dichos embajadores y procuradores en su nombre en virtud de esta capitulacion revocan, dejan, conceden, y traspasan perpétuamente para siempre jamas en el dicho señor emperador rey de las Españas, y de las dos Sicilias etc. etc. duque de Borgoña etc. conde de Flandes y de Artois, y de Henaut, etc. y en sus herederos y sucesores, todos y cualesquier derechos, acciones, demandas, ó pretensiones que el dicho señor rey cristianísimo, y los dichos sus herederos y sucesores tienen ó pretenden, ó podrian tener é pretender por cualquier razon, ó causa que sea, en cualesquier reinos, estados, tierras y señorios, que al presente por el dicho señor emperador, y en su nombre mediata ó inmediatamente son tenidas, y poseidas, especialmente todo el derecho que el dicho señor rey cristianísimo, y los reyes de Francia sus predecesores han tenido, ó pretendido en el reino de Nápoles, asi en la propiedad, como en la posesion y pension, á paga de la misma pension, como en otra manera en cualquier forma que sea; asi en virtud de las investiduras, por la santa Sede Apostólica dadas á sus predecesores, ó á él, como por capitulaciones hechas entre los predecesores del dicho señor em-

perador, é del dicho rey cristianísimo, y especialmente entre el rey Católico abuelo del dicho señor emperador, y el rey Luis XII, suegro del dicho rey cristianísimo, ó por la capitulacion hecha en Noyon entre los dichos señores emperador y rey, asi por el principal derecho del dicho reino, como por las dichas pensiones, é deudas por el dicho rey cristianísimo, pretendidas en virtud de las dichas capitulaciones. Ansi mismo el derecho que el dicho señor rey cristianísimo asi en virtud de las dichas capitulaciones y concesiones á sus predecesores hechas, como por herencia, ó sucesion, ó de otra manera en cualquier forma que pretenda, en los estados de Milan, Génova, y en el condado de Aste, y en todas sus dependencias, é pertenencias. E que el dicho señor rey sea obligado de dar dentro del dicho término de las ratificaciones, y entregar al dicho señor emperador todos los títulos de las adquisiciones, concesiones y investiduras, asi del dicho reino de Nápoles, como del ducado de Milan, Génova y Aste, asi pontificales como imperiales, hechas y otorgadas, asi á él como á sus predecesores. Y asi mismo las escrituras de las capitulaciones, conciertos, y renunciaciones hechas entre el dicho rey cristianísimo, y Maximiliano Esforcia, sobre los dichos estados de Milan, Génova y Aste y otras dependencias de los dichos estados. Y de la misma manera el dicho señor rey cristianísimo, y tambien sus embajadores en virtud de esta presente capitulacion por sí, y por sus herederos y sucesores, cualesquier que sean, renuncia, quita y traspasa en el dicho señor emperador don Cárlos, como conde de Flandes y de Artois, para él y para sus herederos y sucesores, todo el derecho que el

dicho rey cristianísimo tiene, é pretende ó podria tener, ó pretender en las ciudades de Arrastonay, y Tornasis, y en los lugares de Mortana, y Santa Mau, con el derecho de recompra que pretende en las villas, é castellanias de Lilla, Dobay, y Orches al presente poseidas por el dicho señor emperador y tambien lo que pretende en la villa. castillo vallaje de Hedin, al presente por el dicho señor rey cristianísimo ocupados: de las cuales hará hacer pronta, y entera restitucion al emperador como miembros dependientes de su condado de Artois, juntamente con la artilleria, municiones, y otros muebles, que estaban en el dicho castillo de Hedin cuando últimamente fue tomado. Y por semejante, el dicho señor emperador, y sus herederos y sucesores quedarán libres y exentos para siempre jámas, de cualquier derecho de superioridad, que el dicho señor rey, é sus sucesores en la corona de Francia podrian pretender, ó demandar en los condados de Flandes, é Artois, y otras cualesquier tierras que el dicho señor emperador al presente tiene y poseé, y de aqui adelante en virtud de esta presente capitulacion de paz, tomará y poseerá. Y de esto el dicho señor rey cristianísimo despachará sus letras, con todas las cláusulas, derogaciones, relajaciones de homenajes y fidelidades, y otras solemnidades declaradas en el capítulo de la restitucion del ducado de Borgoña, y piezas en él nombradas, y otras seguridades aqui adelante especificadas. Y semejantemente el dicho señor emperador por sí, y por los dichos sus herederos, y sucesores, renunciará, cederá, quitará y traspasara, como los dichos sus embajadores, procuradores, y diputados en su nombre al presente revocan, ceden,

quitan, y traspasan perpétuamente, y para siempre en el dicho señor rey, y en sus herederos y sucesores, cualesquier derechos, acciones, demandas, ó pretensiones que el dicho señor emperador y los dichos sus herederos y sucesores tienen, ó pretenden, ó podrian tener, ó pretender por cualquier razon é causa que sea, en cualquier de los estados, tierras, y señorios del dicho rey cristianísimo por él, y en su nombre mediata ó inmediatamente al presente tenidas, y poseidas; especialmente todo lo que pretende en las villas y castellanias de Perona, Monte de Didier, y Raya, y en los condados de Boulona, Guisnes, é Poyeshiel, y en las ciudades, villas, y señorios situados en la ribera de Sauna de una parte, y otra, ansi por título de empeño, como de otra manera, juntamente con todos los otros derechos, acciones, y demandas que el dicho señor emperador podria tener en las cosas por el dicho señor rey poseidas, asi á causa de sus reinos de España, como de otras demandas de su casa de Borgoña, asi en virtud de la capitulacion de Ras, como de las que despues fueron fechas en Confluencia, Perona, y otras partes: solamente reservando los condados Masayonos, Aujerois, y el señorio de Valsobresena, de los cuales mas adelante será mas particularmente dispuesto. Y en lo demas los dichos señores emperador y rey cristianísimo, cada uno por su parte, tornarán las tierras é límites de sus reinos é señorios en el estado en que estaban al principio de esta presente guerra, salvo y esceptado aquello de que particularmente en esta presente capitulacion será de otra manera declarado, y ordenado, y todas las otras demandas y acciones, aqui no especificadas en que

alguna de las partes en cualquier manera que sea puedan algo pretender, quedarán perpétuamente quitas y deshechas, sin que ellas puedan jamas volver.

VI. »Item, que por esta paz, amistad, ó inteligencia sea, y se entienda ser hecha liga defensiva, y ofensiva en la manera siguiente. Conviene á saber: en virtud de la defensiva no daran paso, acogimiento, ayuda, favor ni asistencia en sus reinos, señorios, ciudades é villas de ellos de mantenimientos, artilleria, gente, dineros, ni otra cosa á aquel, ó aquellos que cometeran ó querran hacer daño el uno á el otro de los dichos señores, ó estorbarlos ó embarazarlos en la conservacion de sus estados é dignidades, reinos y señorios, directa ó indirecta en cualquier manera que sea: antes seran obligados de ayudarse, y favorecerse el uno al otro, para la guarda y defension de los dichos sus estados, reinos, y señorios. Conviene á saber el dicho señor rey cristianisimo en lo que agora el emperador tiene y posee, y en lo que por virtud de esta capitulacion, mediata ó inmediatamente habrá, tendrá, y poseerá: y el dicho señor emperador hara asimismo otro tanto por el dicho señor rey cristianisimo, y esto contra todas, y cualesquier porsonas que los quisieren acometer, estorbar ó embarazar, sin esceptar alguno. Y en virtud de la dicha defensiva seran el uno al otro obligados de enviar luego que fueren requeridos sin dilacion alguna en socorro ó ayuda, contra el acometedor ó turbador, cada uno de ellos quinientos hombres de armas, y diez mil infantes, con una buena banda de artilleria bien aderezada, ó menor número de hombres de armas ó de infanteria ó artilleria, á escoger del que lo pidie-

re, todo á costa del que diere la ayuda: y será continuada, hasta que la tal invasion, y acometimiento sea reparado y suficientemente recompensado é cuanto á la ofensiva que sea solamente contra los enemigos de entrambos de la forma é manera, que los dichos señores de comun parecer y deliberacion hallaran ser convenientes, y deberse hacer por el bien de entrambos.

VII. »Item, para que de cada dia la dicha paz, union, consideracion y amistad sea mas firme, y para atarla y ligarla con parentesco é afinidad de casamiento, los dichos embajadores del dicho señor emperador teniendo para esto poder bastante asi de su magestad, como de la muy alta, y escelente princesa madama Leonor, reina viuda de Portugal, hermana primera del dicho señor emperador, el cual poder será asimismo adelante inserto, contratado, acordado, é concertado con el dicho señor rey cristianisimo, y con los dichos embajadores de Francia, asi mismo en virtud de su poder, el cual de la misma manera será adelante inserto, el casamiento de entre el dicho señor rey cristianísimo y la dicha señora doña Leonor, reina de Portugal. El cual casamiento se celebrará por palabras de presente luego que el dicho señor rey cristianísimo habrá obtenido y alcanzado la dispensacion necesaria del parentesco, que hay entre él y la dicha reina, para la consumacion del dicho matrimonio. Y para este efecto la dicha señora reina será llevada y entregada á costa del dicho señor emperador en el lugar, y al tiempo, y en el mismo instante que los dichos rehenes sean vueltos y entregados al dicho rey de Francia como arriba se ha dicho y tratado, y de parte del dicho señor rey de Fran-

cia, la dicha señora reina será recibida y tomada á su cargo, y honradamente tratada como conviene á reina de Francia, y tan alta sangre como ella es.

VIII. »Y la dicha señora reina habrá en dote doscientos mil escudos del sol, los cuales en su primero casamiento con el rey don Manuel de Portugal, de gloriosa memoria, que Dios perdone, le habian sido constituidos, por cualesquier derechos que de parte de padre, y de su madre y abuelos le podrianpertenecer: y allende de la dicha suma habrá sus arras que del dicho casamiento le pertenecen, y son debidas, y la cual suma de doscientos mil escudos le sará pagada por el dicho señor emperador: conviene á saber, la mitad dentro de seis meses primeros siguientes despues de la consumacion del dicho matrimonio: y la otra mitad de alli á un año. Y en recibiendo el dicho señor rey la dicha suma ó parte de ella, será obligado á asegurarla bien ó convenientemente, en buenas y suficientes asignaciones: de las cuales la dicha señora reina y sus herederos, ó sucesores sean ó queden poseedores, hasta la entera restitucion de todo lo que de la dicha suma hubiere recibido, sin descontar nada de ella por razon de lo que hubiere gozado.

IX. »Y allende de esto, por respecto de este casamiento, ó á ruego del dicho señor rey cristianísimo, y por el muy gran, cordial y singular amor de hermano, que el dicho señor emperador tiene á la dicha señora reina su hermana, le da en acrecentamiento de la dicha dote, los condados de Masconois, y Ausestrois, y el señorio de Valsobresena, juntamente con sus pertenencias; para ella, y para sus herederos varones, que seran procreados y descendieren

del dicho casamiento de entre el dicho señor rey y ella tan solamente.

X. »Y la dicha señora reina no podrá pretender, ni demandar alguna otra cosa en los bienes y herencias, y sucesos de las buenas memorias del emperador Maximiliano su abuelo é de don Felipe rey de Castilla su padre (que Dios perdone), ni de la muy alta y poderosa princesa la reina doña Juana su madre: y despues de su muerte, y desde ahora la dicha señora reina renuncia espresamente todo lo sobredicho, y allende de esto la dicha señora reina un dia despues de la solemnidad, y consumacion del dicho matrimonio y casamiento, dará y otorgará al dicho señor emperador, y á sus herederos, buena, válida, suficiente quitazca, y finiquito; y para esto le será espresamente dada autoridad por el dicho señor rey cristianísimo, salvó solamente reservado el derecho que á la dicha señora reina pertenece á la sucesion colateral, en caso que el dicho emperador, y el señor archiduque don Hernando infante de las Españas, su hermano, pasasen de esta vida sin hijos, ni herederos, lo que Dios por su santa bondad no permita, y en defecto de entrambos, y de los dichos sus herederos y descendientes, y no de otra manera.

XI. »Y la dicha señora doña Leonor habrá del dicho señor rey cristianísimo tantas joyas, que lleguen á la suma de cincuenta mil escudos, los cuales serán de la dicha señora reina de natura de herencia, y quedarán para ella, y para cualquier de sus herederos y sucesores.

XII. »Y espresamente ha sido tratado y concertado, que considerada la importancia, necesidad y grandeza del dicho casamiento de entre el

dicho señor rey cristianísimo, y la dicha reina, si hubiere hijos varones, al primero será dado por su herencia paternal, el ducado de Alanzon con sus pertenencias, cantidad, preeminencias y derecho que el duque de Alanzon difunto tenia y poseia. Sobre el cual ducado le será cumplido en condados, señorios y tierras á él mas cercanas, hasta la suma de sesenta mil libras de anua renta para él y para sus herederos: y por la parte de su madre habrá los condados y señorios de Masconoys y Aujerrois, é Valsobresena, lo cual todo tendrá y poseerá como dicho es, no obstantes cualesquier constituciones, leyes, usos, y costumbres del dicho reino á esto contrarias, las cuales son espresamente derogadas. Y habiendo mas hijos varones serán proveidos dos de ducados, condados, é señorios, é bienes igualmente como los otros hijos del primero matrimonio del dicho señor rey, reservada solamente al señor delfin la prerogativa, que como á hijo primero del dicho señor rey le pertenece, é si hubiere hijas del dicho matrimonio, habrá cada una de ellas lo que se suele dar á las hijas de los reyes de Francia.

XIII. »E en caso que el dicho rey cristianísime parta de esta presente vida antes que la dicha señora reina doña Leonor, ella habrá por arras sesenta mil francos de renta, los cuales desde agora para entonces le son asignados en el ducado de Turame, y sobre el condado de Guiton y sus pertenencias, de los cuales ella por sus manos gozará durante su vida tan solamente. Si las rentas de los dichos ducados y condados, quitados los gastos y cargos, no montaren la dicha suma de sesenta mil francos, cada año le será suplido

y cumplido de otras tierras mas cercanas, de las cuales asimismo ella gozará durante su vida.

XIV. »Y en caso que la dicha reiná doña Leonor viva mas que el dicho rey, ella podrá libremente partirse del dicho reino de Francia cuando á ella plugiere, y con ella sus oficiales, servidores y criados, y volverse á las tierras, reinos y señorios del dicho señor emperador, asi de España como de Flandes é Borgoña, y llevar é sacar consigo todos é cualquier bienes, muebles, joyas, vestidos y otras cosas, sin que por alguna causa, color ni ocasion que sea ó ser pueda, le sea puesto directa ni indirecta, embargo ó impedimento alguno en su partida, ni en el gozar de sus dichas arras, ni asignacion de los dineros del dicho su casamiento. Y para esto antes de la solemnidad del dicho matrimonio, será dado el sello del dicho señor rey, y del señor delfin, y de los estados y lugares principales del dicho reino de Francia, con las sumisiones y obligaciones para que sean forzados al cumplimiento de lo susodicho, por censuras de escomuniones, y por arrestos y detenimiento de todas las personas del dicho reino de cualquier estado é calidad que sean.

XV. »E allende de esto para mas firmemente establecer y hacer firme, y para siempre durable esta paz y amistad, ha sido tratado, prometido, concertado é acordado, por virtud de los dichos poderes, el casamiento de entre el dicho muy escelente príncipe Francisco, hijo primero del dicho señor rey cristianísimo, delfin de Vienoys, y fa muy escelente princesa doña Maria infanta de Portugal, hija del dicho rey don Manuel, y de la dicha reina doña Leonor: y el dicho ma-

trimonio se hará solamente por palabras de futuro entre el dicho príncipe y princesa, luego que la dicha princesa será en edad de siete años, y cuando llegare á doce se solemnizará por palabras de presente. Y para esto intervenga poder del dicho señor emperador, y de la dicha reina doña Leonor, é de consentimiento del muy alto y muy escelente, é muy poderoso príncipe don Juan, rey de Portugal, hermano de la dicha señora infanta, con poder en buena y conveniente forma, para la constitucion y paga de su dote.

XVI. »La cual señora infanta cuando hubiere doce años, ó antes, como al dicho señor emperador pluguiere, será llevada á Francia para el efecto del dicho casamiento, y desde entonces será entretenida á costa del dicho señor rey, é del dicho señor delfin, de manera, é como á una princesa mujer de delfin de Francia pertenece.

XVII. »Item, por quitar todas las ocasiones que por vias indirectas podrian ser causa de embarazar esta paz, y hacer algun movimiento ó turbacion entre los dichos señores emperador é rey, ha sido tratado, concertado y acordado; que el dicho rey cristianísimo procurará con todo su poder, y hará lealmente y derechamente todo lo que en él fuere, de inducir y atraer á don Enrique señor de La Brit, á que deje el nombre y título de rey de Navarra, é quite é renuncie perpétuamente y para siempre jamás, por él y sus herederos y sucesores, en el dicho señor emperador, y los reyes de Castilla sus sucesores, cualquier derecho, accion ó demanda, que él podria pretender en el dicho reino de Navarra, que el dicho señor emperador tiene y posee, y que esta renunciacion

se haga en buena y válida forma; y que la haga rectificar á todos sus hermanos y hermanas, dentro de seis meses mas cercanos. Y en caso que dicho señor rey cristianísimo habiendo hecho todo su deber y diligencia posible con el dicho don Enrique de La Brit, para inducirlo á lo que dicho es, no lo pudiere á ello atraer ó inclinar, en tal caso el dicho señor rey cristianísimo promete no dar al dicho don Enrique de La Brit, directa ni indirecta favor, ayuda, ni asistencia contra el dicho señor emperador.

XVIII. »Asimismo el dicho señor rey por la causa sobredicha procurará con todo su poder y hará todo lo que en él será con don Cárlos de Gueldres, que él y los principales de Gueldres y del condado de Zutsen dejando gozar al dicho don Cárlos como al presente goza de las dichas tierras dentro de un año primero venidero, den suficientes seguridades á contentamiento del emperador, para que despues de la muerte del dicho don Cárlos, la dicha tierra de Gueldres y condado de Zutsen, con todas sus pertenencias serán enteramente entregadas en manos é poder del dicho señor emperador y de sus sucesores. Asegurando tambien el dicho señor emperador por su parte al dicho don Cárlos de Gueldres que gozará de la dicha tierra, durante su vida en la manera sobredicha, sin que de parte del dicho emperador, ni de los suyos le sea puesto embarazo; ni embargo alguno. Y que si el dicho don Cárlos de Gueldres dejare hijos legítimos habidos de legítimo é leal matrimonio, el dicho señor emperador los proveerá á su costa de mantenimientos convenientes, conforme á su calidad y como á su estado pertenece. Y en caso que el dicho señor

rey cristianísimo habiendo hecho lealmente todo su poder y diligencia á él posible no pudiere inducir al dicho don Cárlos de Gueldres, ni tampoco á las dichas villas y lugares y asegurar la sucesion de las dichas tierras de Gueldres y condado de Zutsen al dicho señor emperador ó á sus herederos y sucesores, que en tal caso el dicho rey cristianísimo no dará al dicho don Cárlos de Gueldres, ayuda, favor, ni asistencia alguna contra el dicho señor emperador, de gente ni de dineros ni otra cosa perteneciente á la guerra, ni so color de conducta, y cargo ordinario de gente de armas, ni so color de pensiones ni en otra manera directa ni indirecta. Antes en caso que el dicho don Cárlos de Gueldres y las dichas villas y lugares no quisieren hacer lo susodicho el dicho señor, rey será tenido y obligado luego que el dicho don Cárlos muriere de ayudar y favorecer al dicho señor emperador con trescientos hombres de armas y cuatro mil hombres de á pié, de la nacion que al emperador plugiere, bien pagados á costa del dicho señor rey para conquistar y cobrar las dichas tierras de Gueldes para el dicho señor emperador y para sus herederos, como dicho es, contra cualesquter personas, sin reservar alguna.

XIX. »Asi mismo el dicho rey cristianísimo no dará ayuda, favor ni asistencia, directa ni indirecta, ni en otra cualquier manera al duque Urliche de Viertinuetga, ni á monseñor Roberto de la Marcha, ni á sus hijos, contra el dicho señor emperador. Por cuanto al dicho duque Urliche el dicho rey cristianísimo no entiende tenerlo, ni sostenerlo mas en su servicio ni de otra manera. Y cuando al dicho Roberto de la Marcha y sus hijos en caso que

durante esta paz ellos ó alguno de ellos hiciesen alguna empresa contra el dicho señor emperador el dicho rey cristianísimo será obligado de ayudar á su costa á castigar y deshacer sus empresas como arriba es declarado en el capítulo de la liga defensiva y no se entremeterá en alguna plática de Italia en favor de algun potentado que sea contra ó perjuicio del emperador.

XX. »Item, porque el fin de esta particular paz es para alcanzar la universal y entender en la guerra contra infieles y hereges y el principal fundamento consiste en la ida del dicho señor emperador á Italia, para lo cual el dicho rey cristianísimo de su libre voluntad ha ofrecido mucho ayudar y favorecer al dicho señor emperador, asi con su armada de mar, como con gente de guerra ha su costa, para acompañarlo y defenderlo contra los que le quisieren impedir, los cuales ofrecimientos y buena voluntad el dicho señor emperador ha aceptado y á esta causa ha sido tratado, concertado y acordado que en el primer viaje que el dicho señor emperador querrá hacer para pasar á Italia el dicho rey cristianísimo dentro de dos meses que fuere requerido, enviará á su costa al puerto ó lugar que le será declarado, donde el dicho señor emperador se querrá embarcar para pasar á Italia, todas las naos, galeras, galeones y otros cualesquier navios de la dicha su armada de mar; conviene á saber: doce galeras, la Gran Maestrasa, la Capitana, que fue tomada de Génova y la Bravosa é otra nao de las mejores y otros cuatro galeones, todos bien aparejados de artilleria y municiones necesarias y con los marineros y remadores y otros oficiales que menester fueren para la gobernacion

de las dichas galeras y otros navios susodichos sin poner en ellos alguna gente de guerra. Antes hará dar y entregar al dicho señor emperador é á sus diputados y comisarios, que para esto poder tuvieren, los dichos navios y galeras y toda la dicha armada de mar en la forma y manera sobredicha libremente, para que en ella puedan los capitanes poner gente de guerra y otras personas que el dicho señor emperador para esto ordenare. De la cual armada de mar en la manera que dicha es, el dicho señor emperador se podrá servir para hacer el dicho viaje á costa del dicho señor rey, salvo de la gente de guerra y otras personas que serán puestas por el emperador, por término y espacio de tres meses contando desde el dia que el dicho señor emperador se embarcare y hará la vela para el dicho viaje. Y cuando el emperador recibiere la dicha armada, dará al capitan que la trajere sus letras patentes, firmadas de su mano y selladas con su sello, por las cuales prometerá é jurará en fé de príncipe, que luego que los dichos tres meses fueren pasados volverá y restituirá al dicho señor rey ó á su comisario de mar, de la manera, que le fuere entregada, é por la ayuda y asistencia que el dicho señor rey habia ofrecido al dicho señor emperador de gente de armas y artilleria á su costa para el dicho viaje del dicho señor emperador en Italia, y para el servicio mientras que aquel durare, ha sido concertado y acordado que el dicho rey cristianísimo por la dicha ayuda dar é pagar en dineros contados, é hará realmente pagar al dicho señor emperador en España ó en Italia donde el emperador mas quisiere, doscientos mil escudos del sol: conviene á saber, los cien mil den-

tro de diez y seis meses primeros siguientes y los otros cien mil dentro de un año adelante. Y tambien el dicho rey cristianísimo dará al dicho señor emperador ó á su comisario al mismo tiempo que los rehenes sobredichos, como dicho es, serán soltados y entregados para que vuelvan á Francia cédulas de mercaderes suficientes que respondan por la seguridad de la paga que pudiere montar seis mil infantes por seis meses, para que la dicha paga sea dada al dicho señor emperador ó á su comisario, realmente y con efecto el mismo dia que S. M. desembarcare ó llegare á Italia. Y tambien el mismo dia dará el dicho rey cristianísimo si el emperador le demandare por el dicho término de seis meses, quinientos hombres de armas de Francia ó menos, como el emperador mas quisiere, ó una buena bandada de artilleria, todo á costa del dicho señor rey cristianísimo y para servicio del dicho señor emperador en el dicho su viaje de Italia.

XXI. »Item, porque á causa de las guerras pasadas el dicho señor emperador para atraer al rey de Inglaterra de su parte contra el dicho rey cristianísimo se obligó al dicho rey de Inglaterra por su seguridad de pagarle en cada un año la suma de ciento treinta y tres mil trescientos cinco escudos, en lugar de las pensiones y rentas que el dicho rey de Inglaterra é su hermano solian haber é recibir del dicho rey cristianísimo hasta entero cumplimiento de todos los términos pasados, y continuándolos hasta que por paz ó por guerra el dicho rey de Inglaterra fuese de ello recompensado como en la obligacion de la idemnidad y seguridad hecha en Vindiforc en el año de 1522 á 19 dias del mes de junio se contiene, á la cual en

esto se remiten. E que despues de la dicha obligacion el dicho señor emperador no haya pagado cosa alguna por la dicha idemnidad: de manera, que quedaria debiendo todo el tiempo que la dicha obligacion ha durado de todos los términos pasados hasta la conclusion de la dicha capitulacion y concierto postreramente hecho entre los dichos señores rey cristianísimo y rey de Inglaterra, y que por el dicho concierto y capitulacion el dicho rey cristianísimo pretende y dice haber tratado y concertado con el dicho rey de Inglaterra de todos los rezagos pasados y de todo lo que podria ser debido por la causa susodicha. Por ende ha sido tratado y concertado que el dicho rey cristianísimo sea tenido y obligado de sacar á paz y á salvo al dicho señor emperador de todo lo que el dicho rey de Inglaterra le podrá pedir y demandar á causa de la dicha obligacion é idemnidad sobredicha y declarada, y de dar copia auténtica del dicho concierto y capitulacion postreramente hecha entre el dicho rey cristianísimo y el rey de Inglaterra, dentro de cuatro meses primeros venideros, y asimismo de las quitanzas válidas y bastantes de las pagas que el dicho rey cristianísimo hubiere hecho y de las pagas dichas se hicieron: y allende de esto, cuanto á lo que toca á la indemnidad sobredicha, descargará enteramente al dicho señor emperador y á sus herederos y sucesores. De manera, que si al dicho señor emperador fuese demandada la dicha indemnidad, el dicho señor rey será obligado de tomar la causa en sí y procurarla y defenderla como si suya propia fuese, y pagar todo lo que á esta causa será declarado contra el dicho señor emperador.

XXII. »Item, porque como dicho es, la principal intencion de los dichos señores emperador y rey cristianísimo ha sido y es de alcanzar la paz universal por medio de esta particular, y por consiguiente entender en la empresa contra los turcos y otros infieles y hereges apartados del gremio de la Iglesia como la necesidad lo requiere y nuestro muy Santo Padre lo ha asi muchas veces exhortado y persuadido; y para seguir y poner por obra estas sus persuasiones y exhortaciones, ha sido tratado, concordado y concertado, que los dichos señores emperador y rey cristianísimo de comun acuerdo y consentimiento, y por sus comunes embajadores suplicarán juntamente á nuestro muy Santo Padre que quiera para esto escoger y señalar un tiempo el mas breve que ser pudiere, y escribir de su parte á todos los reyes, príncipes y potentados de la cristiandad, que envien en la dicha congregacion sus diputados y comisarios con entero y bastante poder; asi para tratar de la dicha paz universal entre todos los cristianos, como para dar órden en todos los medios convenientes para las dichas empresas é dar órden en todas las otras cosas asi contra los turcos é infieles como contra los dichos hereges apartados del gremio de la Iglesia y de las contribuciones y formas de haber dineros para este efecto y para sostener las dichas empresas y dar órden en todas las otras cosas á esto necesarias y para las enderezar y poner en obra con la mayor diligencia que posible fuere. E que á este efecto para ganar tiempo y hacer los aparejos necesarios Su Santidad desde agora otorgue á los dichos emperador y rey cristianísimo é á cada uno de ellos y á todos los

otros reyes, príncipes y potentados que quisieren ayudar á esta santa empresa, una cruzada general para todas sus tierras y señoríos en la mas amplia forma que fuere posible, á lo menos por espacio de tres años primeros venideros y asimismo haga que en tal caso los prelados y personas eclesiásticas, cada uno por su parte contribuyan para la dicha santa empresa, de la manera que razonablemente será ordenado. Y si la dicha congregacion tan presto no se pudiese hacer y concluir, ó guiar á buen efecto y ejecucion, que entre tanto los dichos turcos é infieles intentasen alguna empresa por mar y por tierra contra la cristiandad, principalmente en Italia, y seria lo mas peligroso que podria suceder á toda la cristiandad, (lo que Dios no quiera), en tal caso, el dicho señor emperador como cabeza de los príncipes seglares de la cristiandad, á quien principalmente pertenece la defension de ella, en propia persona, acompañado de la persona del dicho rey cristianísimo, y de otros sus amigos é confederados, que mas presto para esto se podran aparejar, y principalmente con ayuda del gran maestre y religion de Rodas, y con sus galeras, carracas y otros navíos, asi de la dicha religion, como de la ciudad de Génova, ajuntando las que los dichos señores emperador é rey cristianísimo pudieren aparejar, asi del Papa y de otros, como de las armadas de mar, que ellos al presente tienen, y de otra manera harán á costa de entrambos igualmente la mejor armada de mar que les fuere posible, para resistir con todas sus fuerzas á las empresas de los dichos turcos é infieles, agora sea para combatirlos por mar ó para tomar tierra si menes-

ter fuere, y proveerá con todas sus fuerzas, asi por mar como por tierra, de la manera que les pareciere necesario, y que la necesidad lo requiere, con el número de gente de á caballo y de á pie que de ellos fuere concertado. Y en caso que la invasion de los dichos turcos no fuese tan grande, que para resistirlos fuese necesario que los dichos señores emperador y rey cristianísimo empleasen sus personas en ella, no por esto se dejará de ayuntar las dichas armadas de mar de los dichos señores de bajo la obediencia del capitan general, que, por parte del dicho señor emperador á este efecto fuere ordenado. Al cual asi mismo el dicho señor rey encomendará la dicha su armada, con todas sus naos y galeras para ayudar á la resistencia de los dichos turcos y acometedores. Y si todavia la invasion de los dichos turcos fuese de calidad, y pareciese necesario y conveniente de emplear en ella las personas de los dichos señores en la manera que dicha es, en tal caso para mostrar la verdadera hermandad y amistad que hay entre ellos, y para que mientras el dicho viaje durare, no pueda acaecer algun inconveniente en sus reinos y señorios, ha sido ordenado y acordado que el dicho señor emperador durante el dicho viaje, dejará algunas personas notables por sus embajadores ó consejeros en el reino de Francia: y tambien el dicho señor rey cristianísimo dejará en el reino algunos de sus embajadores y consejeros, asi en España como en Borgoña y Flandes, para que si alguna cosa acaeciere en sus ausencias entiendan en proveer como los unos reinos y señorios puedan ayudar á los otros si menester fuere.

XXIII. »Item, porque el alto y poderoso príncipe don Cárlos, duque de Borbon y de Albernia, con algunos sus amigos, aliados y servidores por algunas causas y razones que á esto les movieron, se ausentó del reino de Francia y del servicio del rey cristianísimo, por la cual ausencia, é durante aquella le han sido tomados y ocupados los ducados de Borbon y Albernia y Chastelerault, los condados de Clermont y Ambergue, y condado Delfin, de la dicha tierra y señorio de Veauguelleys Rovenboys, Aniconari y Roche, Eurrieguieren, vizcondados de Charlat y de Murat, Varonia de Murat, Graneros de Verre, y señoria de Marignare, provincias de Morbolen é Borgoña, las tierras de Dombes, fuera del señorio y sujecion é jurisdicion de Francia, y generalmente á todos sus bienes, tierras y señorios, y los dichos sus amigos, aliados y servidores fueron tomados y echados de sus bienes, ha sido tratado y concertado, que el dicho señor rey cristianísimo luego sin dilacion despues de la publicacion de la presente capitulacion, ó á lo menos dentro de las dichas seis semanas despues de la libracion del dicho señor rey, hará volver y restituir al dicho señor de Borbon, ó á sus comisarios é diputados, realmente é de hecho todos los dichos ducados, condados, tierras y señorios, juntamente con cualesquier otros bienes, muebles, é raices de cualquier calidad que sean. ó el justo valor de los dichos muebles, y de todos los títulos y escrituras dejadas al tiempo de su partida en las casas de las dichas sus tierras y señorios, ó en otra parte que pertenezcan al dicho señor de Borbon, el cual será reintegrado en la verdadera y real posesion de los

dichos ducados, condados, tierras y señorios, y con los mismos derechos, autoridad, justicia y chancillería, casos reales, graneros, presentaciones, é colaciones de beneficios, nominaciones de oficios, gracias, preeminencias, de que él y sus predecesores han gozado, y como el dicho señor de Borbon habia gozado antes de su salida de Francia, de lo cual le serán despachadas las letras patentes, é que todos los que de parte del dicho señor rey han sido diputados para recibir, haber y cobrar los frutos y rentas ordinarias y estraordinarias de los dichos ducados, condados y tierras, y señorios, y aquellos á quien el dicho señor rey y madama su madre, y otros de su parte en ello habrán hecho merced, ó traspasado, sean constreñidos realmente é con efecto, no obstantes cualesquier oposiciones ó apelaciones, como por los propios dineros reales, á dar cuenta y pagar lo que debieren al dicho señor de Borbon, ó á sus comisarios de todo lo que así hubieren recibido y cobrado, sacado solamente los gastos ordinarios, y razonables; todo lo sobredicho dentro de cuatro meses venideros. Y en caso que el dicho señor rey, y madama la regente su madre, hubiese aplicado así alguna cosa, ó de ello hubiese dado quitanza alguna, que el dicho señor rey mismo dentro del dicho término sea obligado á restituirlo, ó que por respeto de esta paz el dicho rey cristianísimo, y madama la regente, ó cualquiera de ellos tendrán suspensas todas demandas, derechos, y acciones, que ellos, ó alguno de ellos, pretenden, ó que puedan pretender contra el dicho señor de Borbon en los dichos ducados, condados, tierras, é señorios, ó en alguna de ellas, por cualquier causa

y ocasion que sea. Y tambien hará tener todos los pleitos suspensos, procesos, causas, instáncias yá comenzadas, á causa de las dichas demandas que ellos pretendan, y esto durante la vida del dicho monseñor de Borbon, sin que durante aquella le pueda ser demandado, ni por ello molestado, ni le pueda ser dado algun empacho, ni embarazo por el dicho señor rey, y sus herederos y sucesores, y oficiales directa ni indirecta, no obstantes en esto cualesquier uniones, ó incorporaciones que de los dichos ducados, condados, tierras, y señorios hayan sido fechas, é cualesquier cláusulas derogatorias, constituciones, y ordenanzas á esto contrarias, y que el dicho señor de Borbon ni sus herederos, y sucesores, por cosa que pueda haber hecho, despues de su partida de Francia, ni por cualesquier contratos de inteligencias por él hechas, ó habidas con cualesquier príncipes, de cualquier estado ó calidad que sean, no puedan ser molestados, ó desturbados, ni puestos en pleito: antes que cualesquier sentencias, ú otros autos que en este caso fueren hechos, sean habidos por nulos, de ningun valor, y jamas será hecha sobre ello alguna diligencia ni seguimiento. Y allende de esto, que durante la vida del dicho señor de Borbon, por cualquier causa ó ocasion no pueda ser constreñido á dar ni rendir cosa alguna por su persona, ni de ir á morar y servir en el reino de Francia, mas que pueda gobernar, é administrar los dichos sus ducados condados, tierras y señorios por sus lugares tenientes, oficiales, criados, comisarios, tales como ellos quisieren escoger, y ordenar, y libremente hacer, traer, ó llevar los frutos y rentas de aquellos, á donde él quisiere, y por bien tuviere fuera del di-

cho reino de Francia, donde el dicho señor de Borbon quisiere residir, é que los dichos su lugar-tenientes y oficiales, criados y comisarios no puedan en las cosas sobredichas ser impedidos, empachados, ni molestados por cualesquier oficiales reales, directa ni indirecta, sobre cualquier color que sea. E cuanto al derecho que el dicho señor de Borbon, pretente en el condado de Provenza, y otras tierras comarcanas y dependientes de él, de lo cual el dicho señor rey se ha ofrecido de estar á justicia, ha sido acordado, que queriendo el dicho señor de Borbon seguir su pleito, ó comenzarlo de nuevo, ante la justicia á quien perteneciere el conocimiento de la causa, que lo pueda hacer cuando él quisiere, y por bien tuviere: y que entonces los dichos jueces sumariamente determinen la dicha justicia conforme á razon y equidad. Y cuanto á los amigos, aliados, y criados, que han seguido la parte del dicho señor de Borbon, así esclesiásticos, como seglares que ahora son vivos, y á los herederos de los que en este medio de esta presente vida son pasados, que seran enteramente restituidos en sus bienes de la manera que antes los tenian, y poseian, juntamente con los muebles que dejaron, declarando nulas y de ningun valor y efecto cualesquier procesos, sentencias, adjudicaciones, donaciones, incorporaciones, y otros autos que contra ellos y contra sus herederos podrian haber sido hechos, hasta dia de esta paz, por haber seguido la parte del dicho señor de Borbon; á causa de lo cual ellos ni sus herederos no podran en manera alguna ser molestados ni perturvados de aqui adelante. Y asimismo le es dada entera absolucion y abolicion de todo lo que contra ellos se podrá pretender hasta el dia de esta

paz, é que todos los que por la causa sobredicha hubieren sido presos: señalada y espresamente el señor obispo de Autun y Mr. de San Valier, sean pronta y libremente soltados é absueltos con las mismas restituciones y aboliciones, anulando cualesquier sentencias sobre esto dadas y procedidas, poniéndolo todo en olvido: é que los dichos obispo de Autun y señor de San Valier y todos los otros amigos, aliados, criados y adherentes del dicho señor de Borbon, queden en su libertad de vivir y morar en el dicho reino de Francia ó fuera de él é ir y venir de él dentro é fuera á su voluntad, sin que ellos ni alguno de ellos puedan ser constreñidos á parecer personalmente por cualquier caso que acaezca y por las otras acciones y demandas que ellos ó alguno de ellos, y señaladamente los hijos del señor de Porniur difunto y el señor de San Valier y otros cualesquier de los dichos sus amigos y criados pretendian allende de los bienes tenidos y poseidos antes de la partida de Francia del dicho señor de Borbon. Los tales que asi pretendieren y demandaren, podrán seguir su justicia ante los jueces ordinarios de tales demandas, los cuales sean tenidos de administrarles buena y breve justicia como es razon. Y el dicho señor de Borbon y los dichos sus amigos, aliados y criados asi los que agora tiene, como los que de su partida de Francia tenia, podrán, si quisieren, estar y continuar en servicio del emperador sin que á causa del dicho servicio del dicho señor de Borbon ni los dichos susamigos, aliados, ni criados, sean molestados ni maltratados. De lo cual todo lo sobredicho é de cada una cosa de ello, el dicho señor rey cristianísimo hará despachar asi al dicho señor de Bor-

bon como á los dichos sus amigos, aliados y criados todas las letras y despachos necesarios, que toquen á lo sobredicho en buena y segura forma.

XXIV. »Item, que todos los presos de guerra, que así por mar, como por tierra, de una parte y de otra han sido tomados, ansi don Pilebert de Chaalon príncipe de Orange, como otros cualesquier súbditos de los dichos señores emperador y rey cristianísimo, y otros cualesquier que hubieren servido, y seguido su parte, de cualesquier nacion ó condicion que sean, seran dentro de los quince dias del mes de febrero primero venidero, soltados y puestos en llana libertad, sin pagar rescate alguno, con tal que queden y tornen al servicio del señor á quien mediata ó inmediata se hallare ser súbditos; sino fuese que de comun consentimiento de los dichos señores fuese otra cosa entre ellos ordenada.

XXV. »Item, porque los rebeldes, ó foragidos, ó desterrados de una parte y de otra, podrian ser causa de alguna perturbacion de esta dicha paz, ha sido tratado y concertado, que cuanto á las rebeliones que de aqui adelante se podrian hacer de una parte y otra, los rebeldes del uno no puedan ser acogidos ni recibidos en las tierras del otro, ni les sea dado ayuda, ni favor alguno, ni asistencia del uno contra el otro: antes si los tales rebeldes fueren hallados en las tierras y señorios de los dichos señores, pidiéndolos á cualesquier que fuesen súbditos, les sean dados y entregados para castigarlos á su voluntad, é que esto se guarde por entrambas partes. Mas cuanto á aquellos que se dice haber sido rebeldes en el ducado y estados de Milan y Génova, y condado de Aste, antes de la conclusion de la presente capitulacion, si de otros delitos no

fuesen hallados culpados, mas de haber servido la una parte con la otra en las guerras pasadas, en tal caso cuanto á sus personas les sea esto libremente perdonado, é sean restituidos y puestos en sus tierras, y los dichos señores emperador y rey, cada uno de su parte, disputarán sus comisarios para verdadera informacion de la calidad y valor de los bienes enagenados, y confiscados, que cada uno de los dichos rebeldes tenian, y poseian al principio de esta guerra, y de la calidad de las personas que al presente tienen y poseen los dichos bienes: para que habida la dicha informacion de comun consentimiento, por via amigable se declare y determine lo qué de los dichos bienes se deba hacer. La cual determinacion y declaracion se hará por los dichos señores emperador y rey, dentro de seis meses despues de la publicacion de la presente capitulacion y concierto, y entre tanto ninguna innovacoin se hará en los dichos bienes. Y cuanto á los otros, de los cuales en la presente capitulacion no se hallará espresa mencion hecha, y se hallarán ser culpados, y cargados de otros delitos, que de haber en esta última guerra servido, ó serán personas tan escandalosas, que no puedan ser puestas en sus tierras, sin peligro de mayor escándalo é inconveniente, y haciendo constar de esto por informacion bastante, el señor donde los dichos foragidos se habran retirado será obligado siendo requerido por el señor de quien los tales rebeldes serán súbditos, de asignarles término de un mes, dentro del cual deban salir de sus reinos y señorios, so pena que si pasado el dicho término fueren hallados en los dichos reinos y señorios, sean tomados y entregados

en las manos del señor de quien fueren sujetos, é de sus oficiales á cualquier demanda suya, é que de esta manera sea en efecto guardado de una parte y de otra.

XXVI. »Item, que todos é cualesquier prelados, y personas eclesiasticas, obispos, abades, comendadores, deanes, arcedianos, prebostes, canónigos, capellanes, curas, y otras personas eslesiásticas de cualquier estado y condicion que sean, cabildos, conventos, colejios, iglesias, asi de esta parte, como de la otra de los montes, asi mesmo personas nobles, y nobles villas, comunidades, y otros particulares súbditos y criados de una parte, y de otra, de cualquier estado y condicion que sean, asi en Francia, y otras tierras del dicho rey cristianísimo como en España, Borgoña, Flandes, Arthoes, Henaut, otras tierras fuera de Italia, que pertenecen al dicho señor emperador, por esta presente paz volveran á gozar de sus dignidades, beneficios, feudos tierras, señorios, y otros heredamientos, dineros de casamientos, rentas, heredamientos y deudas, asi sobre el dominio de los dichos principes, como sobre los dichos cuerpos de las ciudades, villas, iglesias, ó en otra cualquier manera en cualesquier partes donde los dichos bienes, rentas, y heredades estuvieren situados y puestos, para que los gocen y posean desde el dia de la data de la publicacion es este presente concierto en adelante: serán tenidos, é mantenidos en aquella posesion y estado como ellos ó sus predecesores estaban antes del embargo á causa de la guerra, no obstantes cualesquier dones, ó disposiciones en contrario, por recompensa, ó de otra manera hechos, ó tambien cualesquier confiscaciones, sentencias, secretos hechos, por con-

tumacias quedarán casas, y nulas, aunque los dichos bienes despues de las dichas donaciones, disposiciones, ó confiscaciones hubiesen sido vendidos ó enagenados en otras personas, y los jueces ordinarios de tales villas y lugares, donde los dichos bienes serán puestos y situados, serán obligados de tornar, reintegrar y restituir en los dichos bienes las tales personas sumariamente y de plano, no obstantes cualesquier oposiciones ó apelaciones é sin perjuicio de ellas. Y si menester fuere mano armada, hará hacer las dichas restituciones, ó reintegraciones á los dichos señores emperador, é rey: y cada uno de su parte lo harán dar, y no consentirán, que en sus chancillerias, ó consejos se despachen algunas letras, ó provisiones para embargar, detener, ó dilatar las dichas reintegraciones y restituciones: y si algunas por inadvertencia se despachasen, que sean habidas por nulas, y de ningun valor y efecto, y que no sean obedecidas por los dichos jueces. Y los que tenian pleitos pendientes, podrán, si quisieren, volver á seguirlos en aquel estado en que al principio de esta guerra estaban, no obstantes cualesquier procesos, ó sentencias hechas ó dadas durante la dicha guerra, porque en tal caso por este concierto quedan nulas, y de ningun valor. Y si durante las dichas guerras algunos de los dichos feudos, heredades, casas, rentas de algunos, que tenian la parte contraria, hayan sido vendidas por decreto, ó apropiadas por contumacia, todo será reducido en el primero estado, quedando cada una de las partes en aquellos derechos y acciones, como estaban al principio de las dichas guerras cualquier lapso de tiempo, en que despues hayan incurrido, y todas faltas y contumacias hechas du-

rante las dichas guerras de los de la una parte á la otra, por cualquier causa que sea, serán nulas, y de ningun valor, y los que asi tornaren á los dichos sus bienes, si en ellos hallaren cargos, ó hipotecas de algunas rentas cualesquier que sean serán, y quedarán libres de la paga de ellas las tales rentas del tiempo que ha durado la guerra; y los que hubiere en este medio de ellos gozado en virtud de algun don ó recompensa, serán obligados á hacerles quitos, y pagarlos para el descargo de los dichos bienes, por el tiempo é término que de ellos hubieron gozado. Y si durante las dichas guerras algunos bienes hubiesen de nuevo sucedido, ó venido por testamentos, y por otra última voluntad ó sucesion *ab intestato* por derecho de parentesco, ó por donacion entre vivos, ó de otra manera por cualquier título, aunque el dia de los tales acaecimientos, sucesion, ó donaciones, aquellos á quien perteneciere, estuviesen con la parte contraria, serán todavia restituidos tambien en los dichos bienes, que asi les perteneciere, haciendo dentro de tres meses despues de la publicacion de esta paz, con el príncipe, ó señor, en cuyo señorio los tales bienes serán situados los cumplimientos, á que por razon de los dichos bienes, los que aquellos volvieren, fueren tenidos y obligados: y los que asi volvieren en los dichos bienes no serán obligados á ir, ó venir á hacer residencia en los lugares, donde los dichos bienes estuvieren, ni de hacer algun juramento al príncipe, ó señor, so cuyo dominio los dichos bienes serán situados, escepto por los bienes feudales, segun la natura de los dichos feudos, lo cual si quieren podrán hacer por procurador especial dentro

de tres meses despues de la dicha publicacion.

XXVII. «Item, porque en las cortes de Castilla, y señaladamente los cónsules, y universidad de Burgos se han quejado al emperador, que allende de los males y daños escesivos que han sostenido y sufrido durante estas guerras contra la forma de los privilegios que dicen tener de los predecesores del dicho rey cristianísimo, asi reyes de Francia, como duque de Bretaña, han sido antes de las dichas guerras, y durante aquellas en muchas maneras damnificados, asi en la mar, como en otras partes por mas de trescientos mil ducados: por esto ha sido concertado, que haciendo constar suficientemente al dicho señor rey de los privilegios de los dichos sus predecesores dados á la nacion de España, los mandará confirmar en forma, y guardar su tenor. Y cuanto á los daños que pretende, que de la una parte y de otra sean diputadas algunas buenas personas, que verifiquen todos los daños hechos en tiempo de paz, y antes de las guerras, á los súbditos de la una y otra parte; entenderán en concertarlos si hacerse pudiere amigablemente, ó sino en hacer buena y breve justicia contra los damnificadores.

XXVIII. »Item, porque de algunos años á esta parte, principalmente antes de estas guerras últimas se dice haber hechas por el señor rey, ó por su predecesor, algunas prohibiciones y defensas, contra los antiguos cursos de las mercadurias, por los cuales los paños de lana, que se hacen en Cataluña, Rosellon, y Cerdeña, y otros lugares de la corona de Aragon, no se pudiesen vender ni meter en Francia, ni en ella hacer alguna mercaduria de los dichos paños ni hacer paso por tierra,

ni por mar, por la jurisdicion y límites del dicho reino de Francia, de poder pasar, y traspasar los dichos paños á otros reinos y señorios, sin caer en peligro de confiscacion de los dichos paños. Y que á esta causa los súbditos del dicho señor emperador de las dichas tierras, con gran peligro y daño de los dichos sus haberes y mercadurias, son constreñidos de tomar el camino mas luengo de alta mar; donde muchas veces se hallan perdidos, ó por fortuna de mar, ó ser tomados de cosarios; de que se les sigue gran destruccion, ruina y perdicion del dicho curso de sus mercadurias. Por lo cual, los dichos súbditos de Cataluña, Rosellon, y Cerdeña, han suplicado al emperador, que sobre esto les quiera proveer de remedio convenien-te, de manera que asi como los paños de Francia se pueden libremente traer, distribuir, y vender en los reinos y señorios del dicho señor emperador, asi se haga de los que en los dichos sus reinos y señorios. Por lo cual ha sido tratado, acordado y concertado, que no obstante las dichas defensas y prohibiciones en contrario hechas por el dicho señor rey, ó por su predecesor, las cuales cuanto á esto se entienda ser espresamente derogadas, no obstante cualesquier cláusulas derogatorias en ellas contenidas, aunque de ellas se debiese hacer espresa mencion de *verbo ad verbum*, los súbditos de los dichos señorios de Cataluña, Rosellon é Cerdeña, y otros lugares de la corona de Aragon puedan libremente sin pena alguna meter y llevar los dichos paños de lana, y otros haberes, y mercadurias de las dichas tierras en Francia por mar y por tierra, pagando los peages que solian pagar ahora ha veinte años: mas

no para debilitarlos, ni venderlos en Francia, salvo para venderlos fuera de la jurisdicion del dicho rey cristianísimo sin poner ni sufrir se ponga por la entrada, ni por la salida de los dichos paños algunas nuevas imposiciones, ni derechos allende de los dichos antiguos derechos y costumbres.

XXIX. »Item, porque madama Margarita tia del dicho señor emperador, archiduquesa de Austria, condesa de Borgoña y de Charlois, viuda de Savoya ha mucho procurado esta paz, y para esto espresamente enviado al emperador á Micer Nicolas Pamot, consejero, y maestre de recuestas de S. M., y de madama, el cual con instancia ha procurado la dicha paz, asi con el dicho señor emperador, como con el dicho señor rey de Francia: y por mandado del dicho señor emperador se halló en las comunicaciones de la dicha paz, y en la conclusion de la presente capitulacion. Y de parte de madama Margarita ha dado á entender algunos negocios suyos, es á saber, como neutralidad, que ella tenia con el dicho señor rey cristianísimo aprobada y ratificada por el dicho emperador, debia pacíficamente, y sin embargo alguno, gozar y poseer los condados y tierras en la dicha neutralidad nombradas, y señaladamente del dicho condado de Charloys y graneros de sal del dicho condado, y tambien de los de Noyers Chastel, hasta el Chiomi Chansin, y la Petrera, conforme á las concesiones que madama tenia: y que contra la forma de la dicha neutralidad le ha sido ocupado y detenido el dicho condado de Charloys, sin dejarle gozar de él, ni de los dichos graneros de sal, durante el tiempo de esta guerra, aunque ella no tenia guerra alguna contra el dicho rey cris-

tianísimo, y debia gozar de la neutralidad, ha sido tratado, concertado y acordado, que no solamente será restituido á madama el dicho condado de Charloys con los dichos graneros de sal, mas que gozará de aqui adelante del dicho condado y de los dichos señorios de Noyers, Charloys, y Chinon, durante su vida, como soberana señora de ellos: y despues de sus dias el emperador, y sus herederos y sucesores cualesquier gozará de ello en la forma y manera que antes es declarado en el capítulo de la restitucion del dicho ducado de Borgoña, y condado de Charloys, y sus pertenencias. Y allende de esto el dicho señor rey hará volver y restituir á la dicha madama todos los dineros, rentas, y frutos que habran sido cogidos durante la dicha neutralidad, y contra la forma de ella en los dichos condados de Charloys, señorios de Chatel Chinon y graneros de sal de los dichos lugares, é del dicho de Noyers, y de otra parte: porque los dichos señorios de Chamsin, y de la Petrera, siendo antes de la dicha neutralidad puestos en poder del dicho señor rey, so color que los dichos señorios no habian sido entretenidos por la dicha madama, ni hechas las debidas reparaciones, é que por la solicitacion que la dicha madama hizo hacer con el dicho señor rey, fue ordenado que le seria todo dejado: que tambien lo que durante el tiempo que fue tenido, se habia cogido y recibido, le seria restituido, con condicion que diese fianzas de cumplir las reparaciones, á las cuales parecia ser ella obligada. Las cuales fianzas no fueron entonces dadas por estar la cosa asi confusa é incierta, é que á causa de esto, y de la muerte de su embajador, que á la sazon residia en Francia, solicitando su

negocio, y de las guerras despues sobrevenidas, la restitucion de los dichos frutos asi llevados, no fue fecha. Y porque agora por la dicha restitucion que se debe hacer del vizcondado de Aujona, donde estan los dichos lugares, cesa la dicha dificultad de haberse de dar las dichas fianzas, el dicho señor rey cristianísimo hará volver enteramente á la dicha madama los dichos frutos, rentas, recibidos por mandado del dicho señor rey, durante el dicho tiempo que estuvo en su poder, y tambien durante esta presente guerra. Y todos los dichos feudos y rentas en este capítulo contenidas, se estiman en veinte cinco mil libras, las cuales serán pagadas á la dicha señora por el dicho señor rey dentro de ocho meses primeros sigüientes.

XXX. »Item, porque la reina doña Germana de Foix, y viuda de Aragon, dice haber habido sentencia definitiva en el parlamento de París por la cual son declarados pertenecerle las villas, y tierras de Marseni, Tursen, Gavierdey y Gavaret, con todas la otras cosas en la dicha sentencia nombradas, las cuales dice ser de hecho tenidas y ocupadas por don Enrique señor de La Brit, el cual por fuerza de armas ha resistido y embarazado la ejecucion de la dicha sentencia como la dicha reina dice contra el comisario enviado por el dicho parlamento, y porque conviene á la autoridad de los reyes y príncipes, que las tales sentencias en su nombre pronunciadas sean puestas en debida y entera ejecucion, y no parezcan ser cosas de burla, el dicho rey cristianísimo hará con efecto ejecutar la dicha sentencia, segun su forma y tenor, como á razon perteneciere, y si menester

fuere favorecerá con mano armada al ejecutor.

XXXI. »Item, que monseñor Felibert de Chalon príncipe de Orange, allende de su libertad, de que ha sido hecha mencion, sera reintegrado y restituido por respeto del emperador en su principado de Orange, para que goze de él, en tal autoridad, preeminencia y derecho, y de la misma manera, como él mismo lo ha gozado y poseido despues de la muerte del príncipe de Orange su padre, hasta el embargo puesto por el dicho señor rey cristianísimo, antes que el dicho señor príncipe viniese á servicio del emperador. Asi mismo sean vueltas y restituidas al dicho príncipe las tierras, y señorios de Dompierre, Tretas, Monsason, y la Perriere de Nablesayan, que son en el delfinado, como los tenia y poseia antes de la guerra. Y cuanto á las tierras, y rentas de Sucernis, y Tefen, que son en el ducado de Bretaña, será puesto en aquel estado en que al principio de la guerra estaba, y sonle restituidos y reservados todos sus derechos, acciones, y señaladamente cincuenta mil escudos que pretende en las dichas tierras, é las otras que dice tener en su provecho, para que prosiga los dichos sus derechos y acciones por justicia, la cual será hecha y administrada sumariamente, y de plano; vistos sus títulos y derechos, y le sea restituido lo que tenia antes de la guerra en el condado de Pontierre, es á saber en Vallemont, Conten, las playas y puertos de Alvot, é Hencenoy, y otras tierras y derechos que de alli dependen, como las poseia antes de la guerra, á que semejantemente el dicho señor rey haga pagar al dicho señor príncipe todo lo que mostrare ser debido al señor príncipe su padre, y sucesivamente á él, asi por letras

del rey Luis XI, como de la reina Ana de Bretaña su mujer.

XXXII. »Item, que Mr. Felipe de Croy marqués de Arschot, conde de Procien, y de Vanmontrenc, sea tambien reintegrado y restituído en todos sus condados, baronias, tierras y señoríos que en el reino de Francia le pertenecen por sucesion, asi de sus señores padre y madre, como de su tio monseñor Guillermo de Croy, marques de Arschot, señor de Jeures y de las piezas y tierras por el dicho su tio adquiridas de la reina Germana de Aragon, y en el derecho asi petitorio como posesorio que el dicho marqués, su tio, tenia en el año de 1520 sin considerar los embargos en ello puestos entonces ó despues por faltas de relieves no pagados y deberes no hechos, los cuales sean cogidos á su provecho: y no obstante esto, será el dicho señor marqués obligado á relevar y conocer las tales tierras del rey ó de otro señor de donde pueda depender en feudo: y los pleitos que monseñor de Lesart, difunto, habia antes de la guerra comenzado por la recta línea por él pretendida en los lugares debidos como dicho es á la reina Germana, sean tenidos en el estado en que antes de la guerra estaban, quedando todos los otros autos hechos despues en ausencia y contumacia del dicho señor marqués, casos, nulos y de ningun valor, y tambien todas las sentencias sobre esto dadas si algunas hubiere, cuanto al dicho señor marqués y en su perjuicio. Y en cuanto á la renta de los servios y graneros de sal de Valsier Aulve, y tambien de los graneros de sal de Sandesier, Tornesi, Chastel é Emporcion, el dicho señor marqués los tornará á gozar como hacia antes de esta guer-

ra, segun el tenor y forma de las letras patentes que tiene el dicho señor rey y de sus predecesores.

XXXIII. »Item, que la señora princesa de Chinay haya de gozar y poseer todo lo que mostrare pertenecerle de la sucesion á ella venida durante la guerra, con los bienes y herencia del señor de La Brit, difunto, su padre, y lo que ella antes de la guerra podria pretender en los bienes de su madre y hermanos, y en todo le sea hecha buena y breve justicia.

XXXIV. »Item, que á don Enrique, conde de Nasau, marqués de Cenete, camarero mayor del dicho señor emperador, le sean reservados enteros los derechos que tenia contra el dicho señor rey, por una parte de la dote de madama su mujer, y le será pagado lo que pareciere serle á esta causa debido.

XXXV. »Item, que Mr. Astolfo de Borgoña, señor de Buyrri, almirante de la mar de Flandes, sea restituido y reintegrado en los derechos y acciones que pretendia y tenia al principio de esta guerra en el castillo, tierras y pertenencias de Greveani en Cambresis, é podrá seguir su derecho por justicia ante el juez á quien de ello perteneciere reconocer.

XXXVI. »Item, que á Mr. Charles de Pompet, señor de La Chaulx, camarero del dicho señor emperador, sean vueltos y restituidos los dineros que le hicieron pagar por el rescate de sus hijos, los cuales, siendo estudiantes en la universidad de Paris estaban privilegiados y asegurados, de manera, que de derecho no podian ser presos ni lo fueron de justa presa: la restitucion del dicho res-

cate será hecha por los que los pusieron á rescate ó por sus herederos, y el dicho señor rey hará hacer buena y breve justicia conforme á los privilegios de la dicha univessidad de Paris.

XXXVII. »Item, que Guillermo de Vergi, señor y varon Dauntrech, sea restituido al derecho y accion que pretende ó que al comienzo de la guerra tenia en la señoria de San de Sier en Perchois, para que asimismo siga su derecho por justicia ante los jueces á quien el conocimiento de la causa perteneciere.

XXXVIII. »Item, cuanto á los señores de Frenes, conde de Gaures, Mr. Adriano de Croy, de Reulex, Mr. Francisco de Meleny, conde de Spinay y el señor de Reulex, sea tambien hecha entera restitucion de todos los bienes que tenian en el reino y jurisdicion de Francia, de la manera que los gozaban al comienzo de esta guerra, no obstante, cualesquier sentencias, declaraciones, confiscaciones, alienaciones en contrario hechas durante la dicha guerra, á lo menos por faltas y contumacias: las cuales quedaran nulas y de ningun efecto y valor.

XXXIX. »Item, que el marqués Miguel Antonio de Salucio y su madre y hermanas; y Federico de Bauje á peticion y por respeto del dicho rey cristianísimo, poseeran y gozaran sus tierras y otros bienes como lo hacian al principio de esta guerra, quedando, por ende, el derecho de la propiedad de las dichas tierras, salvo y reservado á aquel ó aquellos que perteneciere para proseguir su derecho, como bien les pareciere ante los jueces á quien tocare, segun los títulos y derechos de una parte y de otra, las cuales quedaran en su fuerza y vi-

gor sin que por esta capitulacion sean perjudicados.

XL. »Item, que el señor de Monago, obispo de Grasa, sea restituido y reintegrado en su obispado de Grasa y en todos los bienes que tenia y en todos los derechos y acciones que le pertenecian antes de la guerra en la jurisdicion del rey cristianísimo, y que en lo demas que quisiere demandar serle debido y pertenecerle, le sea administrada justicia buena, breve y sumariamente y de plano, y él y sus parientes, sobrinos, súbditos y criados puedan libremente conversar en el dicho reino de Francia y en todas las partes de él, como antes de la guerra. Y que los que mataron al señor de Monago, su hermano, y todos los culpantes en la dicha muerte sean castigados conforme á la calidad del delito y conforme á justicia.

XLI. »Item, que el señor de Lus sea asimismo restituido y reintegrado en todo lo que tenia y poseia al comienzo de la guerra, antes que viniese al servicio del emperador y sea mantenido y guardado en lo que ha acostumbrado. Y cuanto á las tierras y baronías de Pardillani, y vizcondado de Jullas y sus pertenencias en que pretende haber sucedido durante la dicha guerra el dicho rey cristianismo, le hará buena y breve justicia.

XLII. »Item, que esta paz, amistad y alianza de acuerdo y consentimiento de los dichos señores emperador y rey cristianísimo serán comprendidos si lo quisieren. Primeramente nuestro muy santo padre el Papa y la santa Sede Apostólica, los reyes de Inglaterra, Ungria, Polonia, Dinamarca, Portugal y de Escocia y el muy alto y muy poderoso príncipe don Fernando

infante de España, archiduque de Austria, duque de Vitemberga, conde de Tirol, hermano del dicho señor emperador, é lugarteniente general en el imperio, madama Margarita tia del dicho señor emperador, condesa de Borgoña y de Carlois, viuda de Savoya, los electores y otros príncipes del imperio, obedientes y súbditos del emperador, señores de las antiguas ligas y cantones de las altas Alemanías, con los otros que dentro de seis meses despues de la publicacion de esta presente capitulacion se podrán de comun consentimiento nombrar y comprender. Los cuáles sobredichos, como dicho es, nombrados con los otros que dentro de los dichos seis meses se podrán nombrar, se entenderá ser en esta capitulacion comprendidos, dando dentro de los dichos seis meses á cada uno de los dichos señores emperador y rey sus letras declaratorias y obligatorias que en semejante caso se requieren y no de otra manera. Todos los otros aquí nombrados y que se nombraren de aquí adelante como dicho es, se entenderán fuera de esta presente paz y amistad sino fueren comprendidos en la generalidad de los vasallos y súbditos de los dichos señores y de cada uno de ellos.

XLIII. «Item, el dicho rey cristianisimo, luego que fuere libre de la prision y puesto en su libertad como dicho es, dará sus letras patentes de ratificacion de esta capitulacion en buena forma hechas, en la primera villa de su reino donde posare, despues de la dicha libertad; dándole al mismo tiempo las letras ratificatorias del dicho señor emperador en la misma forma. Y luego que el dicho delfin hubiere cumplido catorce años, el dicho señor rey será obligado á hacérselo ratificar, con-

firmar, y aprobar este dicho tratado de paz y todo lo en el contenido, con juramento solemne y espresa revocacion y renunciacion del beneficio de menoria de edad y de la restitucion in *integrum*. La cual dicha ratificacion el dicho señor rey como padre legítimo administrador del dicho señor delfin, será desde entonces obligado á autorizar á este efecto con las sumisiones, solemnidades, cláusulas, que para ello se requieren, todas escepciones y escusas cesantes.

XLIV. »Item, que los dichos emperador y rey cristianísimo ratificando y aprobando esta presente capitulacion y todos los capítulos en ella contenidos, cada uno por su parte en presencia de los embajadores que para ello serán ordenados, presencialmente el dicho señor rey, estando como dicho es, libre en su reino, jurará por juramento solemne corporalmente hecho á los santos Evangelios en presencia de la Veracruz, de tener, guardar, y mantener el uno al otro todo lo contenido en la dicha capitulacion, sometiéndose en esto á la jurisdiccion y censuras eclesiásticas, hasta la invocacion del brazo seglar inclusivamente y constituido sus procuradores en forma de cámara apostólica, para parecer en sus nombres de cada uno de ellos en la corte de Roma, ante el nuestro muy Santo Padre el Papa y ante los auditores de la Rota. Y aceptar voluntariamente la condicion y fulminacion de las dichas censuras, en caso de contravencion, como dicho es y por las dichas censuras, se someter y prorogar jurisdicion ante algun prelado ó juez eclesiástico. Y que los dichos señores emperador ó rey, ni alguno de ellos sin comun consentimiento, no puedan en manera alguna demandar, ni pedir absolucion del dicho jura-

mento y de las dichas censuras y si el uno la demandase y alcanzase, no le pueda aprovechar sin consentimiento del otro.

XLV. »Item, que esta paz concluida sea publicada en todos los reinos y señorios de los dichos emperador y rey, asi de esta parte como de la otra de los montes y principalmente en los lugares y fronteras, donde las tales publicaciones se han acostumbrado á hacer y esto se haga á los quince dias del mes de febrero primero que viene, porque ninguno pueda pretender ignorancia.

»La cual capitulacion de paz y todos y cada uno de los capítulos y puntos arriba declarados, nos, el dicho rey cristianísimo en nuestro propio nombre habemos lealmente y en buena fé, en palabra de rey, so nuestra honra é por nuestro juramento que para esto habemos hecho, tocando corporalmente los santos Evangelios, prometido y prometemos de tener, guardar y cumplir, de punto en punto todo lo sobredicho y asi lo juramos solemnemente y ratificaremos, aprobaremos y confirmaremos, y de ello daremos nuestras letras patentes en forma debida y bastante y al tiempo y como arriba es declarado. Y nos los dichos embajadores y procuradores de los dichos señores emperador y reina viuda de Portugal su hermana mayor y de madama la regente de Francia y cada uno de nos por su parte respectivamente en verdad y siguiendo nuestros poderes, habemos asimismo á buena fé, y por nuestros juramentos, que para esto cada uno de nos ha fecho, tocando corporalmente los santos Evangelios, prometido y prometemos, que haremos debidamente ratificar lo contenido en el dicho asiento y concierto de paz en

todos los puntos y capítulos arriba declarados y de cada uno de ellos y que de esto se darán y entregarán las letras patentes en forma debida bastante de una parte y de otra en el tiempo y como arriba es declarado. Lo cual fue asi hecho, tratado y concluido en la villa de Madrid de la diócesis de Toledo, domingo 14 dias del mes de enero del año de 1526, contando desde la Natividad de Nuestro Señor conforme á estilo de España.—Francois,—Charles de Lanoy,—Don Hugo de Moncada,—Juan Aleman,—Francois, Arch. d' Ambrum,—Juan de Selva, Chabot.»

IV.

Jura de la concordia de Madrid.

Ordenada y escrita que fue la capitulacion referida, revistióse el arzobispo de Embrum, para decir misa. La cual dicha, estando arrimado al altar, y teniendo unos Evangelios abiertos en las manos, llegóse á él el rey de Francia, y puesta su mano derecha sobre ellos juró por el Sacramento que en aquel altar se habia celebrado, y por los santos Evangelios sobre que tenia puesta la mano, de no quebrantar en todos los dias de su vida aquella capitulacion, ni dar consejo, ni favor para que otro la quebrantase.

El virey de Nápoles, don Hugo de Moncada, y el secretario Juan Aleman, que tenian poderes bastantes para concertar, y otorgar la capitula-

cion, y asi mismo para jurarla y firmar á todos tres; luego que el rey firmó, la firmaron; y despues por la forma y manera que el rey la juró, todos tres juraron. Asi jurada por los unos y los otros, el virey de Nápoles tomó la fé, y pleito homenage en sus manos al rey de Francia, en que como príncipe, y rey cristianísimo prometia, y daba su fé y palabra real de volver á España dentro de seis meses, asi como era prisionero, si á caso no pudiese cumplirlo por el capitulado. Con cara alegre, y con palabras risueñas dió el rey en manos del virey su fé real, é hizo un solemne pleito homenage, aunque despues lo cumplió mal.

Hecho esto fueron á Toledo los embajadores del César, y vista, firmada y jurada la capitulacion por el rey de Francia, luego él la confirmó, y otorgó, y á la hora la envió á Mr. de Prat su embajador de Francia, para que en llegando el rey á Bayona se la hiciese de nuevo ratificar y jurar.

V.

Cárlos V y Francisco I.

Cinco ó seis dias despues de la concordia hecha con la solemnidad dicha en Madrid, el virey de Nápoles Carlos de Lanoy, que fue el componedor de esta paz y concordia, que se llamó de Madrid; por mandado del emperador y con poder de la reina doña Leonor su hermana, en la villa de Madrid, secretamente se desposó en nombre de

la reina con el rey de Francia; y con poder del mismo rey vino á Torrijos donde la reina estaba, què poco habia era venido de Guadalupe, y se desposó con ella en nombre del rey.

La nueva reina de Francia vino á Toledo, y entró en la ciudad el primer dia de febrero: con ella venia la reina Germana, que poco antes habia enviudado por muerte del marqués de Brandemburg, con quien habia casado como ya dije.

El emperador se salió gran trecho á recibir fuera de la ciudad, acompañado del legado del Papa, y maestre de Rodas y de los embajadores y grandes caballeros que en su córte habia.

Dejando el emperador á su hermana en Toledo partió para Madrid, á visitar al rey de Francia, ya como amigo y cuñado: el rey de Francia le salió á recibir al campo, en una mula con capa y espada á la española y acompañado del maestre de Rodas y de otros caballeros que para este efecto habian venido: como tambien de Hernando de Alarcon, con alguna infanteria de su guarda ordinaria. El emperador y el rey se abrazaron y trataron con muestras de mucho amor y alegria, y porfiaron sobre cual iria á la mano derecha: y al fin el de Francia quiso que fuese el emperador. Ambos fueron aposentados en el alcázar, dando al rey los mejores aposentos.

Salieron juntos un dia á oir misa en San Francisco estando las calles llenas de gente, que de gozo lloraban, viendo dos príncipes tan poderosos, tan enemigos, ya tan conformes, y al parecer amigos, con que esperaban gozar una paz larga, y siglo felicísimo.

Estuvieron dos dias juntos y hablaron larga-

mente á solas y en secreto y dicen que el rey de Francia agradeciéndolo y encareciendo lo que el emperador por él habia hecho, le dió de nuevo su fé y palabra, confirmándola con juramento de cumplir lo prometido ó volver á su prision.

VI.

Prosigue la misma materia.

Dos dias despues de estas fiestas, andando los dos príncipes paseándose solos por los campos de Illescas, el de Francia dijo al emperador: «Ya veis cuan hermanados estamos vos y yo, y malaya quien intentare descomponernos. Por esto he pensado deciros, que pues el Pontífice es hombre bullicioso, y que, los venecianos son mas amigos de turcos, que de cristianos, seria bien que al Pontífice le allanásemos, y á los venecianos destruyésemos: para esta jornada si nos queremos juntar, nadie será poderoso á resistirnos.»

Maravillado y aun escandalizado quedó el emperador, oyendo lo que el rey de Francia decia, porque en lo que toca al Papa se mostró el rey poco aficionado á su persona, y en lo de venecianos amar menos la paz.

Respondió pues el emperador: «Ya hermano habeis visto, cuan niño era yo cuando nuestro señor me hizo merced de tantos, y tan grandes estados, y como despues acá me ha dado victoria de mis enemigos: y siendo esto así, sed cierto

que no tengo voluntad de buscar enemigos, ni alzarme con lo ageno. En lo que decis que el Papa es bullicioso, y los venecianos amigos de turcos, bien sabeis cuan poco les debo, y que en nada se han mostrado aficionados á mis cosas, y que han sido mas vuestros que mios. Mas esto no obstante, me parece, que si en algo ellos se atrevieren contra la fé, y contra nosotros, será bien avisarlos, mas no destruirlos: sino quisieren reformarse. ni vos ni yo nacimos para ser verdugos de los vicios del Papa, y venecianos.»

Como el rey de Francia vió que el emperador no arrostraba á lo que él queria, atajó la platica diciendo que no hablasen mas en cosas de guerra pues Nuestro Señor los tenia en paz.

VII.

Despedida de ambos monarcas.

Antes que el emperador saliese de Illescas, presente el rey de Francia, hizo mercedes á los capitanes, que habian venido con el rey de Francia. Dió á Cárlos de Lanoy diez y seis mil ducados de renta, y título de príncipe de Salmona: entre los otros capitanes repartió sesenta mil ducados de renta. A Juan de Urbieta que rindió al rey de Francia dió el hábito de Santiago; y por armas en campo verde, primero un medio caballo blanco, y en el pecho una flor de lis coronada: estaba enfrenado, con las riendas caidas por el cuello: en el segundo un brazo ar-

mado, con un estoque quebrado; y debajo aguas marinas en memoria del rio Tesin.

Vuelto el rey á Francia, le fue á ver Juan de Urbieta: hízole mucha merced. Pidióle se quedase con él; Juan se escusó diciendo iba á Italia á servir á su rey.

Hecho esto, la reina Leonor, que ya se llamaba de Francia, volvió á Toledo para dar órden en su camino para Francia, el cual hizo, si bien con poca dicha: porque llegando á Vitoria, y parando allí, pensando verse en Francia dentro de un mes, hubo de tornar á Castilla por mas de tres años.

Despues de esto entráronse los dos príncipes en una litera, y caminaron para Torrejon de Velasco. (Cosa digna de memoria fue ver dos tan grandes príncipes, mozos, briosos, amigos de honra, y tan poderosos, cuyos corazones no cabian en España ni Francia, ni en Alemania ni Italia, que los llevase la fortuna juntos en una pequeña litera). Y es muy de notar, que el año de 1515, cuando entre estos dos príncipes se hizo la paz de Noyon, por especial gracia fue dada la órden del Toison al rey de Francia, que es traer un vellocino de oro colgado al cuello: este vellocino se le cayó y perdió al rey de Francia, peleando en la batalla de Pavía, y lo halló un tal Juan de Ribera, soldado, natural de Palencia. Comprósele el emperador en cuatrocientos ducados, y allí en Torrejon de Velasco con su propia mano se lo echó al cuello al rey de Francia.

Salieron los dos príncipes en sendos caballos de Torrejon de Velasco, el rey de Francia derecho á Madrid, para de allí hacer el camino, que

él harto deseaba. Caminaron juntos hasta una cruz que parte los caminos de Madrid para Illescas y á Torrejon. Apartáronse allí á hablar solos, sin que nadie los pudiese oir, y dijo el emperador al rey de Francia: «Hermano, acordaos de lo que conmigo habeis capitulado.» El de Francia dijo que sí; y que le diria todos los capítulos allí de memoria, como lo hizo sin faltar letra.

Díjole mas el emperador: «Pues tambien os acordais de lo que habeis jurado, decidme: ¿teneis voluntad de cumplirlo, ó hallais alguna dificultad? Porque si en esto hubiese alguna duda, seria tornar á las enemistades de nuevo.»

A esto respondió el rey de Francia: «Yo tengo voluntad de cumplirlo todo, y sé que nadie en mi reino me pondrá estorbo: y cuando otra cosa vos de mí viéredes, quiero y consiento que me tengais por lasche y meschant, que es, que me tengais por bellaco y vil.»

A esto respondió el emperador: «Lo mismo que vos decis que diga yo de vos, sino lo cumpliéredes, esto mismo quiero que vos digais de mí, sino os diere libertad. Una sola cosa os pido, y es, que si en algo me habeis de engañar, ó en todo, no sea en lo que toca á mi hermana, y vuestra esposa, porque seria injuria que no la podria dejar de sentir ni de vengar.»

Dichas estas palabras quitóse el uno al otro el sombrero diciendo: «Dios vaya hermano en vuestra guarda.»

Tomó el rey el camino de Madrid, para de allí ir á Fuenterrabia, y el emperador el de Toledo, sin mas verse ni hablar por muchos dias, ni aun años.

Acompañaron al rey de Francia en este camino por mandado del emperador, el virey de Nápoles Cárlos de Lanoy, y otros caballeros: el condestable de Castilla don Iñigo de Velasco acompañó á la reina doña Leonor, á quien debia poner en Francia, luego que se hubiesen entregado los rehenes, y el rey hubiese ratificado los capítulos de Madrid.

VIII.

Entrada de la emperatriz en Castilla.

Dejando caminar al rey de Francia, volvamos á las bodas del emperador, de las cuales llegó el tiempo señalado. Habiendo de ser como estaba concertado, en la ciudad de Sevilla, dije ya como eran idos á Badajoz á recibir á la infanta el duque de Calabria y los demas nombrados

Los cuales habiendo llegado á Badajoz (que es raya entre Portugal y Castilla) luego el rey de Portugal partió con la infanta, que ya llamaban emperatriz, y la acompañó parte del camino; y donde le pareció quedarse, la entregó á los infantes sus hermanos, al duque de Braganza, al marqués de Villareal, y á otros caballeros de aquel reino, que la acompañaron hasta la ciudad de Elves que es tres leguas de Badajoz, donde llegó á 6 de febrero: luego el siguiente dia, que fue miércoles, la entregaron á los caballeros de Castilla.

Hubo en dote el emperador novecientos mil ducados, pagados los cuatrocientos mil de una

deuda que el emperador debia al rey de Portugal, y doscientos mil que se habian de pagar en las ferias de octubre del año 1525: los cuales no se pagaron porque no estaban hechas las velaciones; pero se abonaron con otros tantos en feria de cuaresma del año de 1526 en Valladolid, y en Sevilla los ochenta mil en joyas, cien mil en Flandes en todo este año, y los otros en Castilla.

Diré, por ser notable, en que manera se solemnizó la venida de la emperatriz.

Salieron de Badajoz con toda su gente los caballeros castellanos riquísimamente ataviados, y llegaron cerca de la raya y término del reino: al mismo tiempo salieron los infantes de Portugal con la emperatriz su hermana y los que con ella venian. La cual llegando á treinta ó cuarenta pasos de la raya, salió de la litera en que venia, y púsose en una hacanea blanca: estando asi se apartaron todos los portugueses, y por su órden besaron su mano y se despidieron de ella. Esto hecho los infantes llegaron con ella hasta la raya de Castilla, donde los caballeros castellanos se comenzaron á apear, y fueron á besar la mano como los portugueses lo habian hecho, y tornado á tomar los caballos, y hecha una grande rueda de toda la caballería de castellanos y portugueses (que fue una gran multitud) quedando la emperatriz en medio de ellos, y de los infantes don Luis, y don Hernando sus hermanos, el duque de Calabria, el arzobispo de Toledo, y el duque de Bejar llegaron donde estaba la emperatriz, y estando todos tres, los sombreros en las manos, el duque de Calabria dijo á la emperatriz: «Oiga V. M. á lo que aqui somos venidos por mandado del emperador

nuestro señor, que es el fin mismo para que V. M. viene.»

Dicho esto mandó á su secretario que leyese el poder que traia del emperador para recibirla. El cual lo leyó en alta voz; y siendo leido dijo el duque:

«Pues V. M. ha oido esto; vea lo que manda.»

La emperatriz estuvo muy serena, y callando á todo: entonces el infante don Luis tomó la rienda á la emperatriz, y dijo al duque: «Yo entrego á V. E. la emperatriz mi señora, en nombre del rey de Portugal mi señor y mi hermano, como esposa que es de la cesárea magestad del emperador.»

Dicho esto él se apartó del lado diestro de la emperatriz donde estaba, y el duque de Calabria se acercó, y tomó la rienda, que el infante tenia, diciendo: «Yo, señor, me doy por entregado de S. M., en nombre del emperador mi señor.»

Acabada esta ceremonia, con grandísimo estruendo de ministriles, trompetas, y atabales, que de ambas partes habian venido, llegaron los infantes á pedir las manos á la emperatriz, y despedirse de ella. La emperatriz los abrazó, y les hizo mucho acatamiento. Asi se despidieron con muestras de lágrimas y sentimiento.

Luego caminaron los castellanos con la emperatriz para la ciudad de Badajoz.

Quiso el marqués de Villareal (que es uno de los grandes señores de Portugal) acompañar á S. M. con muchos caballeros de la nobleza de Portugal. Fueron recibidos en Badajoz, con solemnes fiestas, y aquí se detuvieron hasta siete dias, que todos fueron de regocijos, que los ciudadanos hi-

cieron: de alli partieron para Sevilla, á la cual llegó la emperatriz antes que el emperador llegase, un sábado 3 de marzo de este año 1526, y le fue hecha la misma fiesta y recibimiento, que estaba aparejado para el emperador, porque lo mandó S. M. asi.

El recibimiento fue, cual de la grandeza de Sevilla se puede pensar.

IX.

Recibimiento magnífico que Sevilla hizo al emperador y emperatriz.—Desposorio de SS. MM.

Recibimiento solemne que la ciudad de Sevilla hizo al emperador Cárlos V y á la emperatriz su mujer, en 11 de marzo de este año de 26.

Hizo la ciudad siete arcos triunfales de grandísima costa y arte, repartidos en los lugares mas públicos. En el primero estaba retratado el emperador, al natural, de pies sobre un globo; y en el frontispicio la Prudencia con esta inscripcion:

Sacratissimi, ac maximi Caroli prudentiæ incomparabili S. P. Q. H. hoc dedicavit.

Que en castellano es:

A la incomparable prudencia de Cárlos sacratísimo y máximo, el senado y pueblo de Sevilla dedicó esto.

Debajo del globo que el emperador tenia á sus pies estaban estos versos:

Carole quod mundo imperitas, fœlicia quod tu
Fata etiam cogis rebus adesse tuis.
Quod te Turca ferox, quod te tremit, Africa tellus,
Et videt exitio te superasse suo.
Hoc tua dive facit prudentia, quæ ibi laudis
Hæc sacrata manu maxima testis erit.

Que en castellano son:

Invicto Cárlos, gran señor del mundo,
Que á tí solo el gobierno se atribuya,
Que venza al hado tu valor profundo,
Y el turco, y la africana tierra suya,
Tiemblen ya de tu brazo furibundo,
Aquesto hace la prudencia tuya;
Esta, pues, santo rey, de la fé abrigo,
De tu eterno loor será testigo.

El segundo arco estaba dedicado á la Fortaleza, enseñando que despues de la Prudencia tiene el segundo lugar en los príncipes la fortaleza. El emperador estaba sobre él armado, y con la espada desnuda levantada para herir, puesta á sus pies la figura de la Soberbia, y esta letra:

Cæsareæ fortitudini totius christiani orbis rempublicam protegenti S. P. Q. H. hunc arcum triumphalem consecravit.

Que es en castellano.

A la fortaleza del César que ampara la república de todo el orbe cristiano, el senado y pueblo de Sevilla consagró este arco triunfal.

La figura de la fortaleza tenia aquestos versos:

Non nos quod victum vi debellaveris hosten,
Hæc dam auspiciis Carole magne tuis:
Nec quod spes omnis in te inclinata recumbit,
Ne lacerent avidi viscera nostra lupi.
Sed quod vincendo te, sis te fortior, inde
Laudibus hæc crescunt pegmata celsa tuis.

Que son en castellano:

Aunque eternos loores te ofrecemos
Oh Cárlos V, emperador famoso,
No es porque al enemigo por tí vemos
Vencido de ese brazo valeroso:
Ni porque la esperanza en tí ponemos,
No despedace el lobo codicioso,
Nuestras entrañas que acechando asiste;
Sino porque á tí mismo te venciste.

El tercer arco triunfal era dedicado á la Clemencia, por ser virtud que tanto adorna á los príncipes. Sobre este arco estaba el emperador con jubon y cota de malla, y la espada, manoplas, y celada puestas á los pies, juntamente con una brava figura de la Ira que tenia rendida á ellos, y la Clemencia que daba la mano al César con esta inscripcion:

Clementiæ Cæsaris violenter oppressos erigenti S. P. Q. H. hoc fieri iussit.

A la clemencia del César, que levanta á los oprimidos con violencia, el senado y pueblo de Sevilla mandó hacer esto.

Y junto á esta inscripcion estaba este hexástico.

Non minor est virtus, quam debellare superbos,
Quam spolia vltori victa referre Iovi.
Parcere subiectis hæc est tua gloria Cæsar.
Convenit hæc fronti laurea sola tuæ.
Fortis homo es, prudens rex, ac clementia sola.
Ex homine, etc. rege te fecit esse Deum.

Que son en castellano:

No es esta hazaña menor,
Rebeldes volver rendidos,
Quedar despojos vencidos
A Júpiter vengador.
Los rendidos perdonar
Tu gloria es, César clemente:
Solo conviene á tu frente
Esta corona sin par.
Eres tenido entre nos
Por fuerte hombre, y rey prudente;
Y clemencia solamente
De hombre y rey te hizo ser Dios.

El cuarto arco dedicado á la Paz, estaba el César con una ropa hasta los pies, pisando la figu-

ra de la Discordia, que con rostro feroz, y armas en las manos estaba postrada en el suelo, con esta letra:

Ob pacem prudencia, fortitudine, ac clementia cæsaris, (fugata toto christiano orbe discordia) ob-temptam S. P. Q. H hac aurea ætate clementisimo principi extruxit.

Que es en castellano:

Por la paz conseguida, por la prudencia, fortaleza, y clemencia de César, ahuyentando la discordia de todo el orbe cristiano, el senado y pueblo de Sevilla levantó en esta edad dorada, este arco al clementísimo príncipe.

Con estos versos:

Ergo erit ut taurum cum tygride iungat aratro
Pastor, etc. innocuo nubat ut agna lupo.
Prælia dediscat miles, pax omnia passim
Occupet, etc. terras incolet alma suas.
Omnia debemus tibi pacatissime cæsar,
Cujus ab aspectu pax sine labe fluit.

Que en castellano son:

Ya es tiempo que el pastor junte amoroso
Al tigre con el toro en el arado,
Y en el aprisco ande descuidado
La oveja con el lobo no dañoso:
Y que el soldado el ímpetu furioso
Suspenda de la guerra:

Y el labrador cultive en paz la tierra.
Todo se debe á tí César pacífico,
De do nace la paz y ser amplífico.

El quinto arco, estaba dedicado á la Justicia. en lo alto de él el César armado, en la mano derecha la espada desnuda, y en la otra el cetro real y en la parte anterior del arco, la Justicia, con la Equidad y Concordia que la acompañaban; con esta inscripcion.

Oh sacratissimi Cæsaris justiciam bonos extollentem, malos vero oprimentem S. P. Q. H. omnium justisimo principi hoc consecravit.

Que en castellano es:

Por la justicia del sacratísimo César, que levanta á los buenos y oprime á los malos, el senado y pueblo de Sevilla, consagró esto, al príncipe justísimo de todos.

Y la Justicia tenia estos versos:

Una Dei in terris est omnipotentis imago:
Una est in cælo cándida justicia.
Illa hominum cœtus scelerosis excita factis.
Fugerat ad summùm cùm Jove recta Polùm.
Nunc eaden, duce te (regum ó justisime Cæsar)
Vera est in terris aurea justicia.

Que en castellano son:

Una es la imágen, simulacro solo,
De Dios omnipotente acá en el suelo.

Y una clara justicia allá en el cielo,
Que escitada huyó al mas alto Polo:
El padre la llevó del dios Apolo,
Porque ella de mortales
Aborrecia los males:
Y por tí justo César solo ahora
La dorada justicia en tierra mora.

El sesto arco triunfal era dedicado á las tres virtudes teologales, fé, esperanza, y caridad: en la frente de él estaba la Fé labrando una corona de hierro con esta letra:

Fides emollit ferrum.

Que significa:

La fé ablanda el hierro.

La caridad hacia una corona de oro, y tenia esta letra.

Charitas auro pretior est.

Que significa:

La caridad es mas preciosa que el oro.

Luego estaban estos versos.

Nulla est virtutum species, quæ maxime Cæsar,
Non colat ingenium nobilitata tuum.
Illæ omnes unum corpus formare paratæ
Dotibus immodicis corporis atque animi.

Formabere tuum corpus, sanctissime Cæsar,
Atque in te fedes disposuere suas.

Que son en castellano:

Especie de virtudes hay ninguna,
Oh César! que por mas ennoblecida
No adorne tu alto ingenio agradecida;
Pues por formar dispuesta cada una
Un cuerpo bien compuesto
De gracia echando el resto,
El tuyo, oh santo César, fabricaron,
Y en él todas su asiento colocaron.

El sétimo arco era dedicado á la Gloria con la figura de la Fama, que por todo el mundo se estendia, con una trompeta en la mano derecha, y en ambos lados manojos de armas, banderas y estandartes, y un estandarte con las armas de los dos príncipes. La figura de la Gloria coronaba con la mano derecha al emperador, y con la izquierda á la emperatriz; con esta inscripcion:

Quod totus orbis fœlicissimis imperatori, ac imperatrici debuit S. P. Q. H. exsoluit.

Que es en castellano:

Lo que todo el orbe debe á los felicisimos emperador y emperatriz, el senado y pueblo de Sevilla lo paga.

La imágen de la Gloria tenia este exasticon:

Gloria reliquias hominum post sæcula mille
Suscitat, etc. vinos vivere sola facit.
Illa dedit Fabios, nobis dedit illa Camilos:
Hæc peperit stirpis robara Cæsareis.
Nunc autem illa tuo de pectore, maxime Cæsar,
Omnibus in rebus quas facis exoritur.

Que son en castellano:

La fama al hombre su ceniza honrosa
Al cabo de mil siglos resucita,
Y vida á los vivientes da infinita,
Y Fabios y Camilos gloriosa.
De esta nacion la estirpe valerosa
De Césares invictos,
En navales conflictos;
Y ahora grande César esta nace
De tu pecho en las cosas que en tí hace.

Estaban en este arco pintadas diversas gentes españoles, italianos, alemanes, flamencos, indios y otros muchos, que decian:

Vincit, regnat, imperat.

Vence, reina y manda.

Y la Fortuna con la rueda, en cuya cumbre estaba el César sentado clavando el eje, para que no anduviese. Todo con tanto primor que admiraba. En lo mas alto estaba el César y las virtudes todas coronándole, teniendo ellas las armas del imperio y estado: el César tenia un globo debajo de sus pies, con esta inscripcion.

Maximus in toto regnat nunc Carolus orbe.
Atque illi merito machina tota subest.

Que son en castellano:

Ahora reina en todo el orbe Cárlos,
Y con razon le está sujeto el mundo.

Estas y otras grandezas dignas de Sevilla, con grandísimo gasto y suntuosidad hicieron en las bodas del emperador y recibimiento de la emperatriz, que tuvieron bien que mirar y aun de que se admirar los estrangeros; en las cuales se hallaron los grandes y la nobleza de toda el Andalucia, echando el resto de sus fuerzas y haciendas para mas mostrarse. Y puédenlo muy bien hacer los grandes y caballeros andaluces, por ser señores de las tierras mas ricas y poderosas de España, y la gente de su natural de larga y generosa condicion y amigos, por sus altos corazones de aventajarse á todos.

Ocho dias despues que la emperatriz fue recibida en Sevilla, entró el emperador, haciéndosele el mismo recibimiento y fiestas que á la emperatriz. Entraron acompañando á S. M. el cardenal Salviatis legado del Papa, y don Fadrique de Toledo duque de Alba, don Álvaro de Zúñiga duque de Béjar, el prior de San Juan don Diego de Toledo, y los marqueses de Moya, y Villafranca, con otros muchos caballeros de título. Vino derecho á apearse á la Iglesia mayor de Sevilla, y de ahí pasó á los alcázares, donde la emperatriz le estaba esperando, acompañada de la duquesa de Medina Sidonia doña Ana de Aragon, y de la marquesa de Cenete mujer del conde Nasau, y de otras

grandes señoras; la emperatriz y todas ellas vestidas riquísimamente.

Luego como el emperador llegó, aquella misma noche los desposó por palabras de presente el cardenal legado, en la cuadra grande, que llaman media naranja, en presencia de todos los prelados, y grandes que allí habian venido. La emperatriz pareció á todos una de las mujeres mas hermosas del mundo, como á juicio de los que la vieron lo era, y se muestra en sus retratos. Llegada la hora de cenar el emperador y la emperatriz se pasaron á cenar á sus aposentos: y despues de media noche (queriéndolo así el emperador por su religion) fue aderezado un altar en una cámara del alcázar, y el arzobispo de Toledo que para este efecto se habia quedado, dijo allí la misa, y los veló. Fueron sus padrinos el duque de Calabria, y la condesa de Haro, que era una señora viuda portuguesa camarera de la emperatriz.

Acabada la misa el arzobispo, y el duque se fueron á dormir, y el emperador y la emperatriz se recojieron á su aposento: así se celebró este casamiento muy en grácia, y con alegria de todo el reino.

De allí á cuatro ó cinco dias tuvo el emperador nueva, que la reina de Dinamarca su hermana, llamada doña Isabel era muerta, y se cubrió de luto, y se dilataron las fiestas que tenian ordenadas. Pasado el luto se hizo una solemne fiesta en la plaza de San Francisco, en que justaron muchos señores, y caballeros mancebos: el emperador y la emperatriz con todas sus damas ricamente aderezadas, las vieron.

X.

Determinaciones para la libertad del rey.

Partió (como vimos) el rey de Francia de Madrid, y con él Cárlos de Lanoy virey de Nápoles que le habia de acompañar hasta ponerle en Francia, y recibir los príncipes, dos hijos mayores del rey; y ademas la revalidacion, ó confirmacion del juramento que el rey de Francia puesto en libertad, y dentro en su reino habia de hacer de los capítulos y concordia que se hicieron en Madrid. Hubo dificultades sobre la manera que se habia de tener en esta entrega del rey y sus hijos, y del seguro de las partes (que los mas poderosos viven con mayores recelos, y menos confianza). Despacháronse correos del rey, y del virey, á madama Luisa gobernadora de Francia, y de ella para ellos sobre esto.

En Aranda de Duero el rey y virey ordenaron que todos los hombres de armas, y otra cualquier gente de guerra que fuese de la una y de la otra parte, se retirase y apartase veinte leguas del lugar, donde se habia de hacer la delibracion (que asi se llama) ó delibranza del rey, sin que se pudiesen acercar diez dias antes, ó diez dias despues que la dicha delibranza fue hecha; y que los que hubiesen llegado se volviesen atras. Que ninguno de los gentiles-hombres de la casa del rey, ni otros, pasasen ni viniesen mas acá de la villa de Bayona

hasta tanto que el rey hubiese llegado á San Juan de Luz. Que no se haria alguna llegada de gente de á pie en la frontera de una parte, ni de otra, que escediese al número de mil infantes de sueldo. Y que despues que madama Luisa hubiese declarado los rehenes que habian de venir, ya fuesen el delfin y el duque de Orleans, ó el delfin, y con él los doce hijos de los señores mayores de Francia nombrados, que entonces se diria, que número, ademas de los mil hombres de á pié, habian de venir, y estar en el lugar donde se habia de hacer la delibranza. Que el dia de la dicha delibranza no pudiese llegar ni estar en los lugares vecinos al lugar donde se habia de hacer, algun género de gente, hombres ni mujeres, vecinos ni estrangeros. Que seis dias antes que se hiciese la dicha delibranza fuesen de parte del emperador doce personas de la parte del rio dentro en Francia, á las cuales madama haria dar cuatro personas de la misma manera para que fuesen obedecidos en lo que tocaba á la dicha delibranza, como se contiene en el dicho tratado, y que asimismo se hiciese el virey de la parte de España á las doce personas, que madama enviaria al dicho tiempo para el dicho efecto. Que de la una parte ni de la otra dentro del rio, ni fuera de él, pasando cerca de Fuenterrabía, en cualquier lugar que fuese, no quedaria ni pudiese quedar alguna barca, pinazas, ni otros navios, ni género de batel, de cualquier manera ni suerte que fuesen salvo dos barcas ó bateles de un mismo tamaño, para pasar y repasar de una parte y de otra, para hacer la dicha delibranza: que los doce diputados por cada una de las partes mirasen guardar esto. Que cinco leguas de donde se habia de ha-

cer la dicha delibranza, dentro en la mar, no hubiese galeras, ni navios, ni pinazas, ni otro algun batel armado, ni sin armas, ni de otra manera alguna.

XI.

Prosigue la misma materia.

Ordenóse esto en Aranda de Duero á 26 de febrero de este año 1526, y en San Sebastian á 15 de marzo.

Estando ya para concluir la libertad del rey y entrega de sus hijos, el rey y el señor de Brion con poder de madama Luisa por su parte y Cárlos de Lanoy virey de Nápoles, con poder del emperador, se concertaron en que siguiendo los capítulos sobredichos, se diesen y recibiesen en rehenes los dos hijos del rey, el delfin que era príncipe heredero, y su hermano el segundo, llamado Enrique, duque de Orleans.

Que el sábado 17 del presente mes de marzo, el dicho virey llevaria y guiaria al rey de Francia hasta la ribera ú orilla del rio, que pasa cerca de Fuenterrabia, donde estaria á las siete horas de la mañana en Landucho y Fuente de Andaya. Y el dicho dia y hora Mr. de Lautrech traeria y acompañaria á los rehenes sobredichos hasta la ribera del dicho rio, á la parte de Francia, en aquel mismo derecho, acompañados el virey, de veinte y cinco hombres y otros tantos caballos; y Mr. de Lautrech de la misma cantidad de gente y caballos

Que por la seguridad del pasage del rey y de los príncipes se ponga en la mitad del rio una puente con áncoras de dos árboles de largo, y de uno ancho, ó cerca de dos: en la cual no esté persona alguna de cualquier calidad que sea. Que haya dos barcas de una misma manera, y de un tamaño, bien aderezadas; y en cada una tantos remeros que lleguen al número de veinte, cada uno de su nacion: que de estas dos barcas el rey escoja para su persona la que quisiere, y la otra se pase á la banda de Francia, y que la lleve Mr. de Moret; y en la que ha de estar en la costa de España, el dia y hora sobredicha, entre en ella el rey, y en su compañia el virey de Nápoles, y con él hasta diez personas, las que á él le pareciere: en este mismo tiempo entrarian en la que estaba de la parte de Francia, los dichos señores rehenes, á los cuales acompañarian Mr. de Lautrech, y otros diez, los que él quisiere.

Que en el mismo punto, y á una misma hora, las dichas barcas abordaran á la dicha puente, la una de una parte, y la otra de la otra y se pondran sobre la dicha puente el rey y virey; y con él sola otra persona, la que bien le pareciere, y con los dichos señores hijos, el dicho Mr. de Lautrech, y las señoras damas de Brisac y de Chabigni.

Quedando la persona del rey en manos de Mr. de Lautrech, tomará el virey sol dichos príncipes, para que despues cada uno en su barca vuelva á su lado.

Que ninguno de los dichos gentiles-hombres, ni de una parte ni de otra, asi los que vinieren acompañando al virey hasta la ribera, como los que vinieron con Mr. de Lautrech, ni traerán ni ten-

drán armas, salvo las espadas y puñales que acostumbran traer siendo de camino ordinariamente.

Que antes que el dicho pasaje se haga, y durando el efecto de él, haya en Landrecho, donde se ha de hacer, una barca, en la cual habrá tan solamente ocho remeros, cuatro franceses y cuatro españoles, y dos gentiles-hombres, el uno francés y el otro español, tan solamente. Los cuales sobre la dicha barca iran juntamente á ver y reconocer de una parte y de otra, si resta algo por hacer de lo que se ha concertado sobre la forma de la dicha delibranza.

Que porque en lo que se capituló en Aranda de Duero, de no poder haber de una parte ni de otra mas de mil hombres de á pie en la frontera, los cuales no se habian de llegar al lugar donde habia de hacer la dicha delibranza, sino como fuese determinado, ahora se ha acordado y concluido que mil hombres de guerra á pie, tanto de una parte y tanto de la otra, el dia que se hará la dicha delibranza, no se llegarán al lugar donde ella se hiciere, en cualquier manera que sea. Y para hacerlo asi, y cumplir, se retirarán los que estan en la guarda de Fuenterrabia una legua apartados del rio: y los de Irun, asimismo una legua atras. Y en cuanto al castillo de Beovia serán visitados y vistos los que suelen allí estar ordinariamente para su guarda, los cuales no podrán pasar del número de veinte, ni durante el efecto de la dicha delibranza, salir fuera de la dicha plaza.

Fue asi mismo acordado y prometido, que alguno de los dichos remadores, tanto de la una parte como de la otra, no puedan haber, ni llevar armas algunas defensivas, ni ofensivas en cualquiera ma-

nera que sea, sino tan solamente sus remos. Que ademas del número de los veinticinco gentiles-hombres susodichos, que se da que puedan venir hasta el borde, ó ribera del rio, tanto de un cabo como de otro, se puedan hallar en la dicha campaña los que se siguen. Es á saber: con los señores hijos, Mr. de Prat, embajador del emperador en Francia: y con el rey, el señor de Bally de Paris, que podrá pasar en la compañía del dicho señor. Los cuales Mr. de Prat y Bally de Paris, no puedan llevar consigo armas ofensivas, ni defensivas.

Que los capítulos hechos en Aranda, á los cuales no se hallaron los presentes, queden en su fuerza y vigor.

Que los gentiles-hombres señalados y diputados en los capítulos de Aranda, puedan ir y vayan á ver y reconocer las riberas y fronteras de ambas partes, como allí se concertó; y ademas de la dicha su comision, podrán ir á ver y visitar dentro de la villa de Fuenterrabia, Irun y fortaleza de Beovia.

Estos fueron los capítulos que se acordaron para hacer la dicha entrega, a 13 de marzo, año de 1526 firmados de Filipo Chabot, francés, de cuyo original yo los saqué.

XII.

Libertad del rey.

Habiendo ya llegado al lugar que llaman Iruniranzu, que es entre Francia y Castilla, y venido el dia señalado, los españoles que llevaban ó acompañaban al rey de Francia, se pusieron á la ribera del rio Tolosa, que divide á Francia de España.

Estaban en Bayona de Francia, madama Luisa, madre del rey Francisco con el delfin y duque de Orleans su hermano. Saliendo de alli vinieron al rio Tolosa, y pusiéronse en la ribera de la banda de Francia, á vista de los castellanos.

En medio de este rio estaba una gran barca ó navichuelo con seis ó siete áncoras amarrado en igual distancia de ambas riberas.

Estando asi los unos á vista de los otros, el rey de Francia, y el virey de Nápoles Cárlos de Lanoy y Hernando de Alarcon, hasta el número de los caballeros españoles que dice la escritura, se metieron en un batel grande, que para aquello estaba aparejado y de la otra banda entraron en el otro el delfin y su hermano, y Lautrech, con otros tantos caballeros franceses, y á un tiempo con iguales remeros partieron los unos y los otros para la barca ó puente que como dije estaba ancorada y firme enmedio del rio. Llegados á ella por la una parte entraron dentro doce de los franceses con los príncipes y por la otra doce españo-

les con el rey entrando uno á uno y á un mismo tiempo.

Hízose esta entrega, jueves á las tres de la tarde á 19 de marzo.

Fue concierto que á la entrega del rey no se hallasen mas de doce caballeros de cada parte, con solo puñales. Tambien se concertó que la mañana antes de ser entregado el rey entrasen en Francia cien caballeros españoles á caballo, y en Castilla entrasen otros cien caballeros franceses, que corriesen y reconociesen la tierra si estaba segura de celadas, lo cual se hizo asi. Fueron tambien caballeros por parte del emperador que conociesen al delfin y al duque de Orleans: para esto fueron Mr. de Praet, embajador que habia sido en Francia y Mr. de Darmayr, gentilhombre del emperador y natural de Borgoña, que conocia á los príncipes desde que nacieron, porque una tia suya, llamada la gran Senescala de Normandia, se habia hallado á su crianza.

El delfin y el duque su hermano llegaron á besar la mano al rey su padre, y luego todos los franceses que con ellos habian entrado hicieron lo mismo: acabado esto el virey Lanoy dijo: «Señor, ya estais en vuestra libertad: cumpla agora V. A. como buen rey lo que ha prometido.» El rey de respondió. «Todo se guardará cumplidamente.»

Dichas estas palabras el virey hizo entrar en el barco en que él habia venido al delfin, á su hermano y á un hijo del almirante, que con ellos tambien vino: al mismo tiempo entró el rey en otro barco y trocadas las compañias, los unos se volvieron á la costa de España con los príncipes

de Francia, y los otros á la de Francia con su rey.

El cual en saltando en tierra (y aun por saltar antes de llegar se mojó bien) subió en un caballo turco muy ligero, y poniéndole las piernas no paró de correr levantando en alto el brazo, diciendo á voces: «Yo soy el rey, yo soy el rey» sin reparar mas en su autoridad y gravedad real.

Fue á dormir aquella noche á san Juan de Luz, y de allí otro dia á Bayona, donde con increible gozo de su madre y de todos los caballeros franceses que habian allí venido, fue recibido.

Luego envió un caballero al rey de Inglaterra haciéndole saber su libertad, y dándole muchas gracias porque por él principalmente la habia alcanzado, ofreciéndole su ánimo y amistad todo el tiempo que viviese.

El virey Lanoy con los delfines fueron á dormir aquella noche á Fuenterrabia, y los entregó á don Juan de Tobar, marqués de Berlanga que los recibió en nombre del condestable su padre. Lanoy se volvió donde estaba el rey de Francia para hallarse presente á la ratificacion que habia de hacer en el primer lugar de Francia.

De esta manera salió el rey Francisco de su prision, haciendo un año y pocos dias mas que fuera preso en Pavia.

Mostró al principio voluntad de que cumpliria lo que habia prometido y capitulado en Madrid, y asi lo escribió al emperador y envió á decir que la reina su esposa, que habia ya llegado á Vitoria se fuese para él. Pero como estuviese asentado que ante todas cosas en el primer lugar de Francia habia de confirmar y ratificar todo lo capitulado, y esto no lo hubiese hecho, el condestable no quiso

llevar la reina, guardando la instruccion que luego diré, y el rey de Francia prosiguió su camino para Paris, sin querer hacer la dicha ratificacion como habia jurado y prometido: si bien el virey Lanoy le iba apretando cuanto podia, mas no dando largas hasta que de todo punto se descubrió el no quererlo hacer, como diremos.

XIII.

Instruccion para la entrega de la reina doña Leonor.

Encomendó (segun dije) el emperador al condestable de Castilla que llevase la reina doña Leonor su hermana, dándole una instruccion de lo que habia de hacer, que fue: que despues que hubiese partido de Madrid el cristianísimo rey de Francia para su reino, la llevase hasta la ciudad de Vitoria, por los mejores lugares de aposento que hubiese en el camino haciéndole todo el servicio y placer que pudiese, yendo dos ó tres jornadas detras del rey Francisco: que llegado á la ciudad de Vitoria esperase alli con la reina á que el virey de Nápoles (que por mandado del emperador iba con el rey de Francia) le trajese en rehenes á los muy altos, y escelentes príncipes Francisco, delfin de Viena, mayor, y Enrique duque de Orleans hijos del dicho rey de Francia, ó al delfin, y con él á los duques y condes y otras personas contenidas en el poder que del empera-

dor y condestable llevaba para recibirlos y entregado de ellos que diese conocimiento al virey de como los recibia en guarda conforme al poder que llevaba y que entregase al virey la cristianísima reina su hermana para que conforme á lo asentado entre el emperador y rey de Francia se la llevase y entregase en Francia tomando el condestable del virey la misma seguridad. Que partida de Vitoria la reina partiese con los rehenes camino de Búrgos con la guarda y recado que convenia, haciendoles todo el buen tratamiento, placer y servicio que ser pudiese. Que avisase luego que fuese entregado de ellos, y partiese de la ciudad de Vitoria para que enviase á mandar el órden que habia de tener en traerlos y adonde los habia de llevar; y que para aposentarlos y servir se pudiese aprovechar del alcalde, alguacil y aposentadores que iban con la reina, y que ellos hiciesen lo que el condestable les mandase.

Envió á mandar á don Pedro de la Cueva (que despues fue comendador mayor de Alcántara y de quien el emperador hizo gran confianza) que hiciese luego partir cuatro compañías de las guardas las que estuviesen mejor aderezadas y a Gutierre Quijada que enviase una de sus compañías para que residiese en la guarda de los rehenes; y que si los príncipes franceses, duques y condes, no trajesen recado para sus espensas como era razon que viniesen proveidos, avisase para que lo mandase proveer.

Diósele esta instruccion al condestable don Iñigo Fernandez de Velasco en Illescas, á 17 de febrero año de 1526.

XIV.

Vuelta de la reina á Búrgos.

El condestable conforme á la instruccion estuvo quieto en Vitoria esperando con la reina Leonor que el rey de Francia cumpliese lo que habia prometido, de ratificar los capítulos y concordia que se hicieron en Madrid; pero no lo hizo asi si bien el virey de Nápoles le fue instando y apretando y el rey dando largas, y entreteniéndolo hasta llegar á Paris.

De esto tuvo aviso el emperador en Sevilla y envió á mandar que el condestable recibiese al delfin Francisco y á su hermano Enrique duque de Orleans, que hiciese pleito homenage por ellos y con ellos, y con la reina Leonor se volviese á Búrgos donde hallaria órden de lo que habia de hacer.

El condestable lo cumplió asi é hizo el pleito homenage con tantas ceremonias y autos de escribanos, que seria inmenso referirlas aqui, aunque tengo los originales que hizo el conde de Haro su hijo que por muerte suya sucedieron él y su hermano don Juan de Tovar, marqués de Berlanga en la guarda de estos príncipes. Muerto el condestable pidieron que se les volviese el pleito homenage que habia hecho por los príncipes y se hicieron hartas diligencias por hallarlo y porque no se pudo descubrir, el emperador dió una cédula

al condestable en que absolvia y daba por libre á don Iñigo Fernandez de Velasco su padre, ya difunto, del pleito homenage que habia hecho por estos príncipes para que en ningun tiempo se le pudiesen pedir.

XV.

Exigencias del condestable.

Como el condestable recibió los delfines, despachó un criado al emperador dando con él cuenta de lo que habia hecho, y este criado llevó órden para traer una provision para que todos los alcaldes y justicias de las fortalezas y lugares por do pasasen los príncipes se las entregasen al condestable por el tiempo que parasen en cada lugar y para que cumpliesen lo que el condestable les mandase de parte del emperador en cualquiera cosa que tocase al servicio de los príncipes; asi como para que se pudiesen aposentar en las fortalezas y que el emperador alzase el pleito homenage á los alcaides por el tiempo que las fortalezas estuviesen en poder del condestable y en ellas aposentados los príncipes.

Pidió mas el condestable, que el virey de Navarra, y capitanes generales de las fronteras le diesen la gente que pidiese para la guarda de los príncipes. Pedia el condestable que el rey de Francia le diese por la guarda de los príncipes diez mil maravedis cada dia, que era lo que el empe-

rador daba al condestable don Iñigo Fernandez de Velasco cuando tuvo el cargo de virey y gobernador de Castilla, y á su hijo don Pedro conde de Haro por capitan general.

XVI.

Marcha de los rehenes.

Llegó el condestable con los príncipes de Francia y con la reina Leonor su madrastra á la ciudad de Búrgos. Aquí recibió una carta del emperador escrita en Valladolid á 5 de febrero año de 1527, en que le dice como habia recibido una carta suya que le llevó don Pedro de la Cueva, y se holgaba porque se hubiese determinado en venir que le deseaba tener consigo por la gran confianza que tenia de su persona y por la entera bondad de ella y que en lo de la venida de los príncipes, le parecia muy bien lo que decia, y así si le pareciese que se debian venir con la reina su hermana los trajese hasta Palencia, para que desde allí los llevasen á Villalpando, y el condestable se viniese á Valladolid con la reina. Que si quisiese que ellos viniesen por su parte lo hiciese así proveyendo que su venida fuese con el recaudo que convenia. Y que en lo de la gente que habia de camino para su guarda y la que habia de haber para Villalpando, el condestable escogiese la que quisiese y fuese conveniente y aquella viniese. En lo de los franceses y personas que los servian,

que su voluntad era que los príncipes fuesen bien servidos que para esto tuviesen las personas que fuesen necesarias y que estas se les dejasen; y en fin, que si viese que convenia que se les quitasen hasta las veinte que habia enviado á decir, ó mas ó menos, quedase á su determinacion para que hiciese lo que mas convenia.

Estuvieron los príncipes de Francia en diferentes lugares. Primeramente en Villalva de Alcor que fue de doña Juana Manrique, hija de don Pedro conde de Oforno, por una manda de la duquesa de Frias. Aqui por algunas sospechas les quitaron los criados franceses y se los pusieron castellanos. Veremos adelante las quejas que hubo en los franceses que quitaron del servicio de estos príncipes y otras particularidades: veremos como se les apretó la prision y el tratamiento por lo que el rey su padre hizo en muchas cosas contra el emperador que aqui se dirán. Y adelante (como vi por carta original del conde de Haro, escrita en Torquemada á 25 de enero año de 1528) envió algunos criados de estos príncipes á su villa de Pedraza de la Sierra, encargando á Francisco de Salinas Alcaide de la casa y fortaleza de Pedraza que á la persona y personas que el condestable enviase de los que estaban en servicio del señor delfin de Francia y del señor duque de Orleans su hermano, tuviese de la manera que el condestable le mandase de manera que los inocentes pagaban las culpas agenas.

XVII.

Cásase la reina Germana:—Entra el emperador en Granada:—Quejas de los moros.

Estuvo el emperador en Sevilla hasta 18 de mayo, que quiso pasarse á Granada por ver aquella ciudad, y tener el verano en ella: antes que saliese de Sevilla, casó allí á la reina Germana, mujer que habia sido del rey Católico, y despues del marqués de Brandemburg, con don Fernando de Aragon duque de Calabria. Fueron sus padrinos el emperador, y la emperatriz.

La ciudad de Granada suplicó al emperador la favoreciese y honrase con su real persona y corte; el emperador agradeciendo las buenas voluntades de Granada, y por huir de los grandes calores de Sevilla, se lo concedió; y á 20 de abril escribió á don Alonso de Granada alguacil mayor, de aquel reino, bien nombrado en esta historia, que él como tan principal caballero de ella, y cierto servidor suyo, haria en su servicio lo que siempre habia hecho, ordenase la forma que mejor le pareciese del aposento de su casa, y corte. Para lo cual le envió la nómina y relacion de los grandes, y caballeros, y otros oficiales, que con él habian de ir; y que los aposentadores hiciesen lo que don Alonso les ordenase, para que se hiciese el aposento con suavidad y sin molestia.

Salió pues el emperador de Sevilla huyendo

de los grandes calores de esta ciudad para Granada. Vino á Córdoba, de allí á Ecija, y de allí á Jaen, en las cuales ciudades nunca habia entrado: en ellas fue muy bien recibido.

Entró en Granada con la emperatriz, y toda su corte, á 4 de junio de este año de 1526. Fue el recibimiento solemnísimo, y costoso; en especial las moriscas hicieron un juego que llaman leilas, que era muy regocijado para los que le miraban, y peligroso para los que le hacian.

Aposentóse en la Alhambra, y como mirase con curiosidad los edificios antiguos, obras moriscas, los ingenios de las aguas, la fuerza del sitio, y la grandeza del pueblo, si bien de todas las ciudades de sus reinos mostró tener gran contento, de esta en particular recibió mucho gusto.

Vinieron á él don Fernando Venegas, don Miguel de Aragon, y Diego Lopez Benajara, caballeros regidores de Granada, y diéronle en nombre de los moriscos de todo el reino un memorial de agravios que recibian de los clérigos, de los jueces, de los alguaciles, y escribanos. El cual memorial visto por el César se escandalizó mucho de los cristianos que tal hacian. Puesto el negocio, y leido el memorial en consejo, fue acordado que se enviasen visitadores, para que supiesen de raiz la razon de aquellos agravios, y tambien como vivian los moriscos.

Fueron los visitadores don Gaspar de Avalos obispo de Guadix, el doctor Quintana, el doctor Utiel, el canónigo Pero Lopez, y fray Antonio de Guevara. Anduvieron visitando el reino, y hallaron ser muchos los agravios que se hacian á los moriscos, y junto con esto que los moriscos eran

muy finos moros: veinte y siete años habia que eran bautizados, y no hallaron veinte y siete de ellos que fuesen cristianos, ni aun siete. De esta infidelidad tuvieron culpa los cristianos, por favorecerlos, y no doctrinarlos.

Para remedio de esto mandó el emperador que se juntasen algunos prelados, y letrados de su corte, para que viesen los procesos y relaciones que los visitadores traian, y en ello pusiesen remedio, y la conciencia real se descargase.

Muchos dias se juntaban en la capilla real, don Alonso Manrique arzobispo de Sevilla, inquisidor general, don Garcia deLoaysa, obispo de Osma, confesor del César, don fray Pedro de Alba arzobispo de Granada, don Gaspar de Avalos obispo de Guadix, don fray Diego de Villaman, obispo de Almeria, don Juan Suarez obispo de Mondoñedo, don Alonso de Valdes obispo de Orense, don Garcia de Padilla comendador mayor de Calatrava, Francisco de los Cobos secretario mayor del César, el doctor Guevara del consejo de S. M., y fray Antonio de Guevara, con los otros visitadores sus compañeros. Procuraban medios los de esta junta, para remediar tales daños: el remedio que se dió, fue, que la inquisicion que estaba en Jaen se pasase á Granada, para que los cornuesos que alli se habian acogido de otras muchas partes y los moriscos se espantasen. Lo segundo se ordenó, que los delitos que habian cometido hasta aquel año de 1527 se les perdonase, con apercibimiento, que si de alli en adelante no se emendasen, el Santo Oficio procediese contra ellos rigurosamente. Lo tercero, que no hablasen algaravia, sino que todos en aljamia, y que todas las escrituras, y contratos que se so-

lian hacer en arábigo, se hiciesen en castellano. Lo cuatro, que las marlotas que solian traer en lugar de sayas, y las halmalasas de lienzo que traian en lugar de mantos, las dejasen y desiciesen, y que todas las moriscas y moriscos se vistiesen como los cristianos. Lo quinto, que de allí adelante ningun sastre fuese osado de cortar ropas, ni platero fabricar obras moriscas, porque en aquel tiempo, ni se vestian ropas, ni traian joyas de plata, sino de la manera que cuando eran moros. Lo sesto que cuando alguna morisca hubiese de parir, estuviese presente alguna cristiana vieja, porque no se encomendasen á Mahoma, ni hiciesen alguna ceremonia morisca. Lo sétimo, que se hiciese un colejio en Granada, otro en Guadix, y otro en Almeria, en los cuales los niños de los moriscos fuesen doctrinados, porque de los padres ninguna esperanza se tenia.

Estas y otras muchas cosas se ordenaron, las cuales como vinieron á noticia de los moriscos, en especial que los ponian inquisicion, y que les quitaban sus trages, hicieron entre sí muy grande junta, y sirvieron de nuevo al emperador, allende de los tributos ordinarios, con ochenta mil ducados. Aprovecholes este dinero, para que el César mandase, que en la inquisicion no les confiscasen los bienes, y que por el tiempo que fuese su voluntad pudiesen traer los hábitos moriscos; y fue parte para que esto se les concediese, el favor de algunos privados que les cupo parte de los dineros.

En esta ciudad ordenó el César el Consejo de Estado para comunicar las cosas de sustancia, y mas importantes, que tocaba á la buena goberna-

cion de Alemania y España. Fuera de este consejo don Alfonso de Fonseca arzobispo de Toledo, Enrique, conde de Nasau, Mercurino Gatinara gran Canciller, don Fadrique de Toledo duque de Alba, don Pedro de Zúñiga duque de Bejar, don Garcia de Loaysa obispo de Osma, y don Alonso de Merino obispo de Jaen.

XVIII.

La emperatríz en cinta.—Várias determinaciones.

Mucho se agraviaron otros caballeros de este nombramiento, porque quisieran ser del nuevo consejo. Entendiólos el emperador y dándole pena su enojo, dentro de cinco meses deshizo el Consejo estando en Valladolid.

A 4 de julio á las once de la noche, y á las cuatro de la mañana tembló en Granada la tierra: mas el emperador que estaba en la Alhambra, ni se alborotó, ni se levantó, si bien los de su casa se espantaron.

A 15 de setiembre se publicó por toda la corte, como la emperatriz estaba preñada: allí en Granada tuvo principio este bien (y no en Sevilla) que de allí á nueve meses vino á salir á luz en Valladolid.

Este año de 1526 fue muy abundante de pan y fruta, por cuya causa, y ser las aguas de Granada muy delgadas, murieron muchos.

Mandó el emperador que se hiciese un hospital en Granada para los niños espuestos, y señaló

para él ciento y cincuenta mil maravedis de renta. Fundóse á la puerta de Viva-rambla: de los ochenta mil ducados que los moriscos dieron, libró diez y ocho mil, para que le comenzasen á hacer una casa en la Alhambra; y asi fue que se comenzó la obra costosamente.

HISTORIA

DEL

EMPERADOR CARLOS V,

REY DE ESPAÑA.

LIBRO DECIMO QUINTO.

I.

Escusas del rey de Francia para no cumplir la concordia de Madrid.

Cuando al parecer perseveraban firmes en la paz los corazones de los príncipes cristianos, se levantaron mayores tempestades. Aun no habia el rey Francisco puesto los pies en Francia, cuando ya tenia los pensamientos en Inglaterra, solicitando al rey Enrico, y lo mismo al Papa, con la intencion y fin que aqui veremos, siendo Clemente VII el primero que comenzó á descubrir su mal propósito.

Habia este Pontífice escrito al emperador una carta (que casi dejo referida), queriendo en ella

justificar sus hechos, y santas intenciones con la liga que tenia tramada, que fue la que presto veremos. Sentíase en la carta doliéndose, pero no llanamente, diciendo razones, que si bien queria cubrirlas con un velo santo (cual debe tener quien preside por Cristo) se veia en ellas la acedia amarga que tenia en el alma, como dentro de pocos dias la descubrió; y lo que aquí decia por rodeos, manifestó bien claro quejándose al mundo todo.

Representaba al emperador los servicios que le habia hecho, el amor grande que siempre le habia tenido, los enemigos que por su respeto tenia, y que ahora que era nuevo hombre no podia dejar de acudir y ser igual á todos: que por las entrañas de Jesucristo le pedia se contentase con lo que tenia y quisiese concertarse con el rey de Francia, mirase el peligro en que estaba la cristiandad, y no quisiese ser causa de su perdicion, con otras cosas que adelante largamente veremos.

Esta carta armada sobre falsas razones y sospechas recibió el emperador en Sevilla cuando ya sabia la mala intencion del rey de Francia. Quiso responder y satisfacer al Papa, mostrando ser muy diferentes sus intentos de los que el Papa y venecianos pensaban, y que sus deseos habian sido siempre hacer bien á Italia y amar la paz como el tiempo lo habia mostrado.

Despachó el emperador luego al comendador Herrera con dos cartas escritas de su mano, para el Pontífice, dándole breve cuenta de la libertad del rey de Francia y de las condiciones con que se hizo la paz entre los dos. Y en lo que el Pontífice habia pedido cerca de la libertad de Francisco Esforcia, duque de Milan, le respondió en par-

te con blandura y amor, y parte con razones graves y severas. Porque el emperador tenia muy bien entendido el corazon del Papa y lo poco que él gustaba de sus buenas fortunas, y los malos oficios que le hacia en Italia: y asimismo sabia el parabien que habia enviado al rey de Francia de su libertad, con Capino Mantuano, y otra carta que con Gaulara habia enviado al rey de Inglaterra, y lo que en voz y secreto les habia mandado tratar con estos príncipes en ofensa suya. Por manera, que Clemente no trataba sino de recoger y ganar los corazones de todos los príncipes de Europa contra el emperador, debiendo ser otro su oficio como lo pide el de padre espiritual de todos, y aun el de un hombre honrado y agradecido.

Viendo, pues, el emperador los ánimos de tantos enconados, que el rey Francisco dilataba el cumplimiento de los capítulos de la concordia de Madrid, y que lo que habia jurado de hacer, que los estados eclesiástico y seglar de Francia lo jurasen y confirmasen, no lo hacia, comenzó á sentir mal de su fe y dudar de su palabra que no le habia de guardar. Envió á mandar á Cárlos de Lanoy y á Hernando de Alarcon que apretasen al rey para que cumpliese. Respondió el rey, que no era en su mano ni él tenia poder para desmembrar cosa alguna de su reino sin consentimiento de la misma parte y de todo el reino. Pidió amigablemente que en lo que tocaba á restituir á Borgoña se conmutase en dinero, que él daria cumplidísimamente.

Turbóse el emperador viéndose engañado: no quiso dar oidos á la satisfaccion del dinero de Borgoña ni á que se alterase en cosa alguna lo capitulado en Madrid, y se resolvió en querer mas la

paz con el Pontífice y venecianos y dar á Francisco Esforcia á Milan, que hacer otra nueva concordia con un rey que poco antes habia sido su prisionero y ahora le faltaba en la promesa que habia hecho, atreviéndose á esto por parecerle que todos los príncipes de Europa se juntaban contra el emperador. Caso por cierto notable y digno de memoria para no soltar de las manos sin cierto y seguro fruto la victoria que ofrece el cielo por una vana esperanza de grandes promesas: ni se debe dar tan fácilmente libertad á enemigos tan poderosos, si bien de prendas de lo que mas aman; ni por algun juramento ni seguro que hagan se puede fiar de ellos, sino apretarlos antes de la libertad á que cumplan lo que prometen.

II.

Piérdese Lodi:--Concordia del Papa, venecianos, duque Esforcia, etc, y reyes de Francia é Inglaterra.

En este estado se ponian las cosas, y aun se disponian para nuevas y sangrientas guerras, cuando en Milan, Antonio de Leyba y don Alonso de Avalos apretaban á Francisco Esforcia encerrado en su castillo, que ya no podia sufrir el cerco. Los imperiales viendo la porfia de Esforcia y que sentian los malos humores de Italia contra el emperador, determinaron poner á la ciudad en todos los trabajos posibles antes que el duque fuese socorrido; y asi, ante todas cosas, procu-

raron con promesas y con amenazas que los ciudadanos jurasen fidelidad al emperador. Sobre esto y ciertas demandas de dineros tuvieron algunos desabrimientos y alborotos, hasta llegar á levantarse los ciudadanos, ponerse en armas y salir el duque con los suyos en favor de los ciudadanos. Llegaron las cosas á tanto mal, que estuvo muy cerca de perderse la ciudad, porque abiertamente rompieron los imperiales y milaneses, unos contra otros; siendo tantos los agravios, que solos tres mil españoles y tres mil alemanes que estaban en Milan, hicieron que los naturales dejando sus casas, haciendas, mujeres é hijos, se saliesen de Milan: otros de puro desesperados se ahorcaron: otros daban voces al cielo, pidiendo á Dios remedio de tantos males.

Acudian al duque de Borbon, al marqués del Vasto y á Antonio de Leyba con grandísima humildad y sumisiones, pidiendo que los librasen de gente tan mala. Entreteníanlos con buenas esperanzas. Pidióles Borbon treinta mil ducados, y temiéndose los de Milan que en dándolos seria lo mismo, les juró Borbon que no, y que el primer tiro que sus enemigos disparasen le matase, si tal hiciese. Dicen, que por esta maldicion que se echó, le mató un tiro en Roma, como se dirá.

Perdieron los españoles á Lodi por traicion que hizo Ludovico Vistarino, que era allí sargento y tiraba sueldo del emperador; el cual con su traza dió entrada á los venecianos; si bien los españoles de Milan acudieron á favorecer, no fueron poderosos y la hubieron de desamparar, teniendo por mejor perder á Lodi que á Milan.

De esta manera andaban en Lombardia, y el

Pontífice y los demas de la conjuracion se daban priesa á poner en órden las armas para salir con sus banderas. Envió el Papa al rey de Francia relacion del juramento que había hecho de cumplir los conciertos hechos en Madrid; y si bien fue esto al principio en secreto y con disimulacion y haciendo algunos cumplimientos fingidos, diciendo, que los de su reino no querian venir en aquella concordia, y que los naturales de Borgoña no sufririan ser enagenados de la corona real de Francia, que por esto no podia cumplir lo pactado, no tardó mucho en declararse y publicar su mala voluntad y al virey de Nápoles que en su corte estaba, no le dejaba pasar á Italia para hacer su oficio, antes lo compelia á que volviese á España, y estuvo cerca de prender á don Hugo de Moncada, y hubo de pasar disimulado por Francia, que ya no habia cosa segura.

Finalmente, la liga se hizo entre el Papa, venecianos, florentinos y duque de Milan, no obstante que el duque de Sesa, embajador del emperador en Roma, hizo toda la resistencia que pudo por estorbarla y entretener al Papa, hasta que don Hugo llevase el poder que dije. Pero el Papa jamas quiso esperar, y la liga se hizo con títulos muy santos y justificados, llamándola liga y confederacion santa, paz y concordia comun para la defensa y libertad de Italia y de los conferados, y que daban lugar al emperador para entrar en ella, siendo en la verdad contra el mismo emperador: el poder da esta licencia á los príncipes de colorear como quieren sus hechos, si bien claramente las gentes vean y entiendan lo contrario.

Entraron en esta liga el rey de Francia y el de

Inglaterra, que ya andaba fraguando el abominable repudio que poco despues hizo de la reina doña Catalina, su legítima mujer. Los capítulos de la concordia son los que aqui diré.

III.

Capítulos de la confederacion clementina.

Llamóse la confederacion, concordia ó liga, que intitularon clementina defensiva, ofensiva y santísima; que tales títulos dieron, mereciendo otros diferentes. Cual ella fue, no es menester decirlo á quien supiere, de quien tuvo su principio, y con cuales su progreso y en que tiempo principalmente y con que ocasiones: y es cierto que juzgará no haberse hecho para la paz y tranquilidad universal, como en ella se dice, sino para ser materia de mortales enemistades, y el sustento de una cruel guerra. Porque ¿qué príncipe por mediano que sea, podrá llevar en paciencia, que el veneciano y el milanés le dé las leyes y condiciones de paz? ¿Quién, pues, no sentirá considerando consigo, haber venido la república cristiana á tal punto, que en los ojos de un príncipe le salten y quiebren la fe y palabra y no cumplan las promesas, que justa y legítimamente le fueron hechas, y mas por un rey, cuyos mayores ganaron el nombre de cristianísimos? ¿Cómo podrá verse que autorice y dé favor á esto el Sumo Pontífice pastor universal de la Iglesia, dándole color del bien co-

mun, paz y tranquilidad de todos? Si tal era su celo, como hizo unas condiciones tan fuera de razon y término tan odiosas y perjudiciales?

Si bien el César, no fuera César, sino muy inferior, de ninguna manera las sufriera. Mándanle (como si tuvieran autoridad superior y las manos sobre su cabeza que ponga en libertad los hijos del rey de Francia, como sino bastara haber fiado una vez de su palabra: ordenando que no entre en Italia, sinó fuese con los criados y gente, que al Pontífice y venecianos bien pareciere: que no solo permita las tiranias de los potentados de Italia, pero aunque las defienda: que perdone á todos los acusados sin oirlos; y estas cosas y otras que las cumpla y haga, antes que en tan santa y religiosa concordia sea admitido.

Si esto no escede los términos de la modestia y equidad, para exacervar el ánimo de un príncipe, considere cada uno y así mismo vea y repare, cuan desigual es la concordia con el estruendo de armas y aparatos de guerra. El mar lleno de galeras, estandartes y atambores del Pontífice. Por la tierra, compañias de soldados y gente de á caballo. La máquina de artilleria y otros aparatos belicosos, amenazando con ellos al César, que parecia que juntaba el mundo contra este príncipe, viendo el capitan y cabeza de esta santa jornada al Pontífice, á título de pacificar la Iglesia, como si asentara bien la paz á palos en el pecho generoso y mas de Cárlos V!

Dirán que escedo de mi oficio, que no es abogar sino referir limpiamente; que hablo como español en favor de mi príncipe. Dígalo la concordia y júzguenlo buenos y desapasionados juicios.

Diré aqui los capítulos de la liga, como ellos fueron y no en sola relacion, porque vean que la que hago de esta historia, es cumplida y verdadera, no fingida, ni desapasionada.

Concordia que llamaron santísima, entre Clemente Pontífice romano, y el rey de Francia, venecianos, duque Francisco Esforcia y florentinos, contra el emperador Cárlos V.

«Como todo sea notorio, cuantos años há, que con contínuas guerras se ve fatigada la república cristiana, que si con el favor de Dios no se pone fin á tan crueles guerras y la república cesando en ellas no tomase algun aliento, está muy cerca de verse en gran peligro, principalmente que de una guerra por mal que suceda, se saca materia para sustentar el fuego de otras muchas, y vemos que crece la llama demasiadamente; lo cual viéndolo y revolviéndolo en su ánimo santísimo señor nuestro Clemente VII, Pontífice maximo y pastor vigilantísimo, quiso no dejar cosa alguna por tentar en razon del bien, salud y seguridad de la república cristiana, y asentar una paz verdadera, firme y estable entre los príncipes cristianos. Para lo cual no ha dejado por intentar cosa alguna, hasta traer un bien tan saludable y necesario al deseado fin: pues intentando muchas cosas, vino finalmente saber, que el rey cristianísimo Francisco estaba ya libre de la prision, en que el emperador le habia tenido y envióle por su nuncio y embajador á Capina de Cappo, dándole el parabien de su li-

bertad y principalmente para que tratase con él de componer una paz universal entre los príncipes cristianos. Y para alcanzarlo con mas brevedad, dió comision particular al dicho nuncio para que por medio de él se hiciesen las condiciones, tratados y capítulos necesarios á esta paz general ó particular. Lo cual entendido por Andres Griti duque de Venecia y por el senado ó dominio de esta ciudad y por el duque Francisco Esforcia (que deseaban esta concordia) considerando los intereses que de ella se seguian, movidos con el ejemplo del Pontífice, enviaron á Andres Roberto secretario del dicho duque y dominio de venecianos, por su embajador al rey cristianísimo con los mismos fines y por la misma causa que el Pontífice tenía enviado. Los cuales oidos por el rey cristianísimo, que tanto siempre habia deseado la paz universal de la cristiandad, procurándola con los medios que pudo, sin perdonar á trabajos ni costas, los recibió con cara alegre, y pronto ánimo, tanto, que luego nombró sus procuradores generales y especiales para hacer y concertar con los demas los capítulos de dicha concordia. Consideradas, pues, bien todas las cosas, los dichos nuncios y procuradores por y en nombre del dicho Papa y rey cristianísimo, duque y dominio de venecianos, y duque de Milan, ordenaron y concertaron un tratado de paz, así mismo por el emperador, y rey de Inglaterra, y los demas príncipes cristianos, y potentados que en esta concordia quisiesen entrar, dejándoles lugar y puerta abierta para ello. Lo cual porque sea dichoso y feliz á los dichos príncipes contrayentes, y á la república cristiana, invocando el nombre divino, á gloria y honra del

omnipotente Dios, y para paz y salud de todos los cristianos, y no para injuria de nadie (del cual pensamiento están muy lejos) sino para provecho, tutela, y quietud de todos, se concluyó el dicho tratado de la dicha paz, en la manera siguiente.

»Primeramente, se conciertan y prometen los dichos contrayentes, que no se dañarán ni ofenderán, ni perturbarán de alguna manera, directa, ni indirecta, pública ni secretamente, ni darán favor ni ayuda á alguno de sus enemigos, antes les resistirán y se ayudarán entre sí mismos, los unos á los otros, defendiéndose los reinos y estados que al presente tienen. Pero que no se comprendan en esta cláusula general los dominios, que al Papa y venecianos tienen fuera de Italia. Y que prometen los sobredichos, que con todas las fuerzas y armas, que aqui se dirán, defenderán la persona y dignidad del Pontífice, contra cualquiera que la quisiera ofender, como la propia salud de cada uno.

»Y que se deje lugar para poder entrar si quisiere en esta santísima concordia, primeramente al serenísimo y potentísimo príncipe Cárlos electo emperador, y al serenísimo rey de inglaterra, no solo como contrayente, sino como protector de esta concordia. Y asimismo al ilustrísimo don Fernando archiduque de Austria, y á los demas reyes, príncipes y potentados de la cristiandad. Pero que no será recibido, ni admitido en esta concordia el sobredicho emperador, si primero no restituyere los ilustrísimos hijos del rey cristianísimo, que tiene en rehenes, dandole la recompensa competente, honesta y razonable. Y si no dejare el ducado de Milan libremente al dicho duque, y los

demas estados, y dominios de Italia, en la manera que estaban antes de la guerra pasada. Y que no pueda entrar á coronarse en Italia, ó á otra cosa, sino fuere con la casa y acompañamiento que al Papa, y venecianos pareciere apto y conveniente, teniendo respeto á la seguridad del sumo Pontífice, y de toda Italia, y tambien á la dignidad y seguridad de su imperial magestad. Y que dentro de tres meses despues de la conclusion de este tratado entrando en él el rey de Inglaterra le dé y pague el dinero que debe al dicho rey de Inglaterra.

»Y que por los dichos confederados, y á comun espensa se haga en Italia un ejército de treinta mil infantes, y de dos mil y quinientos hombres de armas, y tres mil caballos ligeros, con la artilleria y municiones necesarias y competentes, asi para impugnar, como para defender las ciudades, y fuerzas: el cual dicho ejército se pondrá en órden, y recibirá la paga, otro dia despues que la ratificacion de este presente tratado se entregare al rey cristianísimo. Lo uno, para defender á los dichos confederados: lo otro, para resistir á los que en esta paz no hubieren venido, ó perturbaren las cosas de Italia contra la presente confederacion. Para el cual ejército ha de contribuir el Papa por su parte ochocientos hombres de armas, y setecientos caballos ligeros, y ocho mil infantes. Y el rey cristianísimo ha de contribuir en cada un mes para el sueldo, y otros gastos de la guerra cuarenta mil escudos de sol: y demas de esto, quinientos hombres de armas, aderezadas al uso de Francia, en los cuales se comprenden mil caballos ligeros. Y los venecia-

nos han de dar ochocientos hombres de armas, y mil caballos ligeros, y ocho mil infantes. El duque de Milan cuatrocientos hombres de armas, trescientos caballos ligeros, y cuatro mil infantes: y que sino pudiere cumplir este número, particularmente en el principio de la guerra, sean obligados el Pontífice y venecianos á prestarle los cuatro mil infantes, con condicion, que cuando pareciere que el duque puede cumplir, no estén obligados, sino por sus ocho mil, como está dicho. Y en el gasto de la artilleria, municiones y bastimentos den respectivamente en la forma que lo demas se ha repetido. Y que este ejército se sustente, y conserve entero, hasta acabar la guerra de Italia, ó hasta que sean echados de ella los que la perturban, ó su ejército sea totalmente deshecho, ó de tal manera debilitado, que le sea forzoso encerrarse en alguna ciudad, ó lugar fuerte para defenderse. Y que no puedan salir en campo, ni tengan fuerzas para alojarse en él: y en este caso se pueda deshacer el ejército de la liga, quedando solamente los que bastan para acabar de consumir las reliquias del enemigo, ó para tomar algunas fuerzas, si las hubiere de mayor momento. y esto sea al parecer de los capitanes del ejército, Y para este ejército que asi ha de quedar, den al respecto de lo que antes daban.

»Demas de esto promete el rey cristianísimo á los confederados, que por las dichas causas hicieren guerra en Italia, que él tambien tendrá su ejército de esta parte de los montes, para divertir las fuerzas de cualquier enemigo, y embarazarle, que no pueda juntar nuevas gentes, ayudas contra los confederados de Italia, ni las consenti-

rá pasar. Y que al tiempo que en Italia se comenzare la guerra, él la hará, acometiéndole sus tierras con poderoso ejército, que por lo menos sea de dos mil hombres de armas, y conveniente infanteria, y no solo por tierra, sino por la mar, haciendo cruel guerra por todas partes á los enemigos de los confederados.

»Que para el dicho ejército de la liga, los confederados levanten la gente de suizos que les pareciere, y que el rey cristianísimo dé su favor y su autoridad y ponga el suyo, para que con estas condiciones, convenientesueldo vengan lo mas presto que puedan.

»Que como esta santísima liga, (como arriba se ha dicho) sea asi para salud y quietud de los príncipes que entran en ella y sus tierras y estados, como para pacificar la república cristiana, que luego que por los dichos procuradores este tratado, fuere ratificado, que en nombre de todos ellos sea requerido y rogado el serenísimo príncipe electo emperador; que por la paz y salud de toda la república cristiana quiera benignamente restituir los hijos del rey cristianísimo en la manera que se ha dicho y dejadas todas enemistades, reconciliarse con él, pues no habrá cosa que mas firme y estable haga la paz en los dos, que usar de esta liberalidad. Y sino lo quisiere hacer, se le diga que los dichos príncipes no alzaran la mano hasta tanto que le fuercen á hacerlo. Para ejecucion de lo cual ordenan, que acabada la guerra de Italia que por la presente capitulacion se ha ordenado, se den al cristianísimo rey por los confederados diez mil infantes y mil hombres de armas y mil caballos ligeros ó el dinero que para levantar esta gente

fue menester, para que haga esta guerra, hasta tanto que libremente se le restituyan los hijos.

»Prometen demas de esto los dichos confederados, los unos á los otros de ayudarse y favorecerse y defenderse perpétuamente contra cualquiera que quisiere perturbar el quieto y pacífico estado que tienen, ó dañarle sus tierras, ofreciendo los de Italia al rey los diez mil infantes y dos mil caballos y el rey á ellos otros tantos.

»Que porque para la conclusion de esta guerra no solo son menester las armas por la tierra, sino tambien que las haya en el mar, que se haga una armada por lo menos de veinte y ocho galeras y otros navios, hasta el número que á los confederados pareciere bastante y que para esta armada dé el cristianísimo rey doce galeras muy bien armadas y bastecidas, aprestadas dentro el dicho tiempo, para que puedan salir á cualquiera parte de Italia que á los confederados importe. Y las demas se armen y apresten á costa de los demas de la liga, dando el Papa las cinco galeras y las demas los venecianos. Y que el duque de Milan dé para el gasto que en el progreso de la guerra se hiciere, lo que pareciere conveniente y honesto y que se pueda disminuir este número que cada uno ha de dar, en caso que la ciudad de Génova se quiera juntar con los confederados dando sus galeras. Y que toda esta armada junta haya de acudir á cualquiera parte de Italia, que importare á los confederados por razon de esta guerra y que se sustenten y hagan los gastos en esta forma. El rey de Francia los doce, los venecianos trece y las otras tres el Papa, todo el tiempo que durare la guerra y que el rey de Francia ayude con las dichas doce galeras, con

condicion que habiéndolas menester para la defensa de su reino por guerra que el enemigo le haga se le vuelven y siendo menester mas por ser grande el peligro y poder del contrario, vayan todas las demas en su ayuda, escepto las tres del Papa que han de quedar para guarda de sus puertos. Y que sirvan al rey no como dicho es, para lanzar sus enemigos, sino tambien para hacer guerra con ellas, hasta tanto que saque de prision sus hijos.»

»Que para quitar toda sospecha al duque de Milan, por las cosas que en tiempos pasados sucedieron, promete el rey cristianísimo que en ningun tiempo moverá ni intentará alguna cosa contra el estado y duque de Milan, sino que le dejará que libre y pacíficamente sin perturbacion ni molestia le goce y le defenderá perpétuamente si acaso el rey de romanos ó el príncipe su hermano ó otros algunos príncipes les hicieren guerra y le dará los capitanes y gente que está obligado á dar para la guerra de los confederados y esto con condicion, que el dicho duque por razon de derecho que los reyes de Francia han tenido en el dicho ducado de Milan y muchos gastos que en la pretension de él han hecho dé en cada un año la pension que al Papa y venecianos pareciere, puesta en la ciudad de Leon de Francia y que no sea menos de quinientos mil ducados, y de ello haga seguridad.

»Y porque esta paz ha de ser perpétua y la libertad de Italia firme y eterna, y es bien que todos gocen de esta felicidad (que con ayuda de Dios se ha de ver) determinan, que se restituyan todos los bienes que se hubieren tomado en cualquier manera, por los que siguieron la parte del rey y se

les alza cualquier impedimento, para que queriendo puedan volverse á sus tierras.

»Que para declarar mas el rey cristianísimo la voluntad que tiene al duque de Milan, le dará mujer de la sangre real, la que el Papa juzgare mas conveniente. Y que procurará que los suizos se junten con él para defensa y tutela de su estado, en aquella forma y con las condiciones que estaban juntos cuando poseia el dicho estado y les alzará la obligacion que le tenian hecha, los dichos suizos, de defender aquel estado por S. M. Y que el duque pague á los suizos ciertas pensiones, y que los suizos gocen en su estado las libertades y preeminencias que tenian cuando el rey cristianísimo lo poseia. Y que dará de esto el duque la seguridad necesaria, luego que sea libre de los trabajos en que ahora se vé oprimido y no haciéndolo quede privado del favor que en esta concordia se le prometé pero que el rey Francisco no entiende, ni quiere apartarse de la amistad y confederacion que siempre tuvo con los suizos.

»Que se restituya al rey cristianísimo el condado de Aste, como cosa distinta del ducado de Milan y perteneciente por derecho antiquísimo á los duques de Orleans. Y que si pareciere por alguna causa, que no se deba hacer esta restitucion á lo menos se dé el gobierno del dicho condado al ilustrísimo duque de Orleans, su hijo, ó que otro le gobierne en su nombre, hasta que el duque tenga edad.

»Que en Génova quede por duque Antonio Adorno, si entrare en esta concordia ó se mude el estado de esta ciudad en la forma que á los confederados pareciere conveniente para la seguridad y

quietud de Italia. Reservando empero al rey cristianísimo el título y derecho del supremo dominio de la manera que lo tenia, cuando poseia la dicha ciudad.

»Y prometen los dichos confederados, que si el electo emperador negare ó dilatare hacer y cumplir lo que en el segundo artículo de esta capitulacion se contiene, que luego que se hubiere acabado la dicha guerra por la pacificacion de Italia (el cual dicho fin ha de ser cuando el ejército enemigo quede acabado ó debilitado, ó tan desamparado que le sea forzoso retirarse ó no osar mas salir en campaña) que los dichos confederados acometan y conquisten el reino de Nápoles con todas sus ciudades y puertos de mar, como está declarado, salvo aquellas que á su voluntad se han de dejar para hacer guerra á los enemigos que quedaren. Y que si el electo emperador fuere lanzado del dicho reino de Nápoles con su ejército, que el dicho reino quede á voluntad del Papa, para que haga de él como de cosa que pertenece á la Iglesia. Y que el rey, ni los demas confederados no desminuyan las ayudas que cada uno de ellos debe hacer en esta guerra, hasta tanto que el ejército del emperador quede de todo punto deshecho, ó de tal manera debilitado, que para defenderse se haya de encerrar en alguna fuerza. Contra los cuales (para acabarlos de consumir) se ha de enviar los que pareciere á los capitanes del ejército ser bastantes, y que estos se sustenten á costa comun de los confederados por su rata parte, y que el reino de Nápoles quede en poder del Pontífice, con tal condicion, que con consentimiento de todos los cardenales se obligue por sí y por todos

sus sucesores, y dé seguridad en Francia de que en cada un año dé al rey cristianísimo por razon del derecho que en este reino pretende tener, la pension que le pareciere, con que no sea menos de sesenta y cinco mil escudos de oro del sol. Y esto promete el rey cristianísimo, en caso que el estado de estos reinos se mude. Pero sucediendo de otra manera le quede salvo el derecho y accion que pretende tener al dicho reino.

»Y que en caso que faltase alguno de los confederados, apartándose de esta liga, esto no obstante quede firme y estable, y en su fuerza y vigor entre los demas. Y si la falta fuere por muerte, que el sucesor del muerto pueda entrar en su lugar. Y que el Papa hará aprobar esta liga en el colegio de los cardenales.

»Que todos los confederados tomen la defensa, proteccion y amparo de los Médicis, y de todos sus sucesores, y la sustenten en la dignidad y grandeza en que de tiempo antiguo han estado y están en Florencia.

»Y determinóse, que porque el serenísimo y potentísimo rey de Inglaterra defensor de la fé, siempre amó la paz, como ahora parece por la que hizo con el rey de Francia, y que siempre empleó sus fuerzas y deseos en servicio de la Iglesia Católica, asi él como su padre, y que no se podia interponer mayor autoridad para conservar en paz los buenos, y reprimir los que la perturban, se determinó que S. M. sea protector y conservador de esta santísima concordia, que siempre llana y inviolablemente sin alguna escepcion se guardará todo lo en ella contenido, y se lo requieren y suplican todos los confederados, y le ofrecen

para él y sus hijos un estado del reino de Nápoles con título de duque ó príncipe, y que no valga menos de treinta mil ducados de renta. Y asimismo ofrecen otro estado de Italia, que rente diez mil ducados, para el cardenal Eboracense, por lo mucho que habia trabajado en aquella concordia.

»Y que los confederados no se puedan ligar, confederar, ni hacer treguas con otro príncipe que no sea de los contenidos en esta concordia, y que si antes de este tiempo la tuviesen hecha, la den por ninguna.

»Y que antes de la ratificacion de esta concordia cada uno de los contenidos en ella, nombre los amigos que tiene, con que no sean súbditos ó vasallos, ó enemigos de las demas partes. Y de parte del Papa se nombraron el rey de Inglaterra, el marqués de Mantua, reservando el nombramiento de otros dentro del tiempo señalado. De parte del rey de Francia se nombraron los reyes de Inglaterra y Escocia, Navarra, Portugal, Polonia, Hungría, duques de Savoya, Lorena, y Gueldres, y los trece cantones de los suizos. De parte de los venecianos se nombraron el rey de Inglaterra, reservando el nombramiento de otros.

»Y que el rey de Francia envie los dineros dentro de un mes á la ciudad de Roma, ó los ponga en Venecia ó Florencia, y dé fianzas seguras en los bancos, seis dias antes de cada mes.

»Que dentro de un mes aprueben y confirmen esta dicha concordia; y si el duque de Milan no pudiere por estar muy apretadamente cercado, que el Papa y venacianos firmen por él. Hecha á 22 de mayo de 1526.»

IV.

Buenos oficios que Clemente debia al emperador.

A quien mas se podia culpar de esta concordia (mas ofensiva que defensiva, y pervertidora de la paz que causadora de ella, era á Clemente VII que tantas obligaciones tenia á reconocer los beneficios que de mano del emperador habia recibido, porque cuando no hubiera otros bastaba haberle librado de las manos de Francisco Soderino, cardenal de Bolterra, su enemigo capital, y de toda su generacion: el cual le habia hecho notable contradicion en todas sus pretensiones y aumento, y le llegó al alma cuando el papa Leon su primo le dió el capelo.

Cuando Leon murió, entrando los cardenales en su recogimiento para elegir Pontífice (como eligieron á Adriano) el dicho Soderino pidió que echasen fuera á Julio de Médicis, porque se le habia dado el capelo contra las leyes y constituciones de la Iglesia que prohiben que aquesta dignidad se dé á bastardo, y que Julio lo era; y es asi que siempre se tuvo escrúpulo de esto: porque cuando Lorenzo de Médicis, y su hermano menor Juliano de Médicis, hijos ambos de Pedro de Médicis, y nietos de Cosme, gobernaban á Florencia en una conjuracion de florentinos llamados los Pacis, estando oyendo misa mayor, cuando el sacerdote alzaba la hostia, el Juliano fue muerto á pu-

ñaladas. Este dejó preñada á una mujer su amiga, y de allí á pocos meses parió á este Julio Clemente VII. Pero despues cuando el primo le hubo de dar el capelo, se hizo informacion, y él dió testigos, que juraron que su padre se habia casado con su madre antes de su muerte, y es de creer que no faltaria quien jurase. Asi en el cónclave desecharon aquel pedimento, y dejaron á Julio en su posesion, reservando el derecho á salvo, en lo que el de Bolterra le quisiese pedir.

Elegido Adriano, luego que vino á Roma se mostró muy favorable al Julio, por saber que era hechura del emperador, y que le habia servido de legado en su campo; y asi le confirmó en el gobierno de Florencia: lo cual fue de tanta acedia para el de Bolterra, que luego comenzó á tratar con los franceses (y esto es lo que apunta Jobio) para que echasen de Florencia a Julio.

Asi enviaron á Rezo de Cherri, con alguna gente que no hizo efecto; la cual trama entendida por cartas, prendió Adriano al cardenal Soderino de Bolterra, y le tuvo en el castillo de San Angel, hasta que murió Adriano á 24 de setiembre del año 23.

El colegio de cardenales para elegir nuevo Pontifice le mandó soltar y venir al cónclave, donde se renovaron las barajas entre Soderino y Julio; y fue la ventura de Julio, que le eligieron por Pontifice, y los cardenales se echaron á sus pies, pidiéndole perdonase á Soderino.

El lo hizo asi; mas Soderino murió muy presto de pura melancolía.

En todas estas cosas halló Clemente, y le valió el favor del emperador, y una aficion grande ha-

ciendo que Adriano hiciese de él mas cuenta, y haberle ayudado en lo de su legitimidad, y favorecido su familia, de manera que por ella mandó que los suyos dejasen las cosas de Lombardia, y acudiesen á la Toscana, para conservar á Julio en Florencia contra sus enemigos.

Dióle sobre el arzobispado de Toledo diez mil ducados de pension; y últimamente cuando murió Adriano, envió tres nombrados, á su embajador don Luis de Córdoba duque de Sesa, para que trabajase á fin de que uno de ellos fuese elegido por Pontífice; siendo el primero Julio; y si no pudiese que fuese el cardenal Colona, y sino Farnesio, que despues fue Paulo III. Por manera que el emperador le hizo legítimo dueño de su patria, aumentó su fausto con oficios y dineros, y finalmente, le puso en el pontificado.

Cuando se vió en él, se volvió frances, y su enemigo encubierto, y despues adelante muy declarado: y si bien fue requerido, para que guardase la liga de su predecesor, y la confirmase, pues él habia sido autor en ella y puesto una condicion que muriendo el Pontífice el que sucediese la confirmase, no solo no lo quiso hacer, antes mandó revocar el ejército de la liga, y reducirse á las tierras de la Iglesia, y que se desamparasen al emperador, que tales fueron los principios de su pontificado, y de alli adelante se fue quitando la mascara hasta quedar del todo francés, como aqui se ha visto y verá.

V.

Quejas que tenia Clemente del emperador.

Daba color á tales intentos y hechos quejándose del emperador y sus ministros, como presto veremos, que el duque de Borbon habia hecho una mala entrada en Francia: que por entrada, irritado el rey se habia levantado, y con poderoso ejército pasado á Italia, y encendido la guerra, particularmente en Lombardia, abrasándose otra vez aquella provincia con armas, por no querer contentarse el emperador con haber deshecho al almirante, y su ejército francés, y echádoles de Italia, sacándoles de las manos el estado de Milan. La cual nueva guerra se hubiera escusado, y otros mil inconvenientes, si el emperador quisiera contentarse con lo que habia hecho, sin dejar entrar sus gentes á despertar al enemigo.

Asi dice que por estas y otras cosas él y venecianos se astuvieron de esta guerra; lo cual no pareció asi, pues el uno se apartó por la liga secreta que con el francés tenia, mediante Alberto conde del Carpio, su grande amigo, al cual al principio de su pontificado le hizo apartar de la amistad del emperador, y ponerla en el francés, y los venecianos por no enojar al rey, y á las demas señorias.

De estas quejas del Pontífice veremos adelante una larga relacion.

VI.

Ríndese el duque Esforcia.

Con estas, y otras condiciones no de tanta cuenta se hizo la concordia y firmó por las partes á 22 de mayo.

Fue tambien capítulo de esta liga, que dentro de tres meses el emperador pagase todo lo que debia al rey de Inglaterra, y que pudiese pasar á Italia á coronarse, y no á otro fin: pero que fuese con tan moderada compañia y gente, de manera que sin temor, ni escándalo de los señores de Italia se pudiese hacer; cuya moderacion y tasa fuese al parecer del Papa, del duque Esforcia, y de la señoria de Venecia. Que cumpliendo esto le admitiesen en su liga, y no queriendo luego venir en ello, que se le denunciase, é hiciese guerra hasta hacer que cumpliese, y ser deshecho de todo el ejército que tenia en Italia; de manera que asi ponian leyes al vencedor, como si le tuvieran vencido.

Para conseguir tan santos intentos se asentó, que juntasen luego un ejército de treinta mil combatientes, y tres mil caballos ligeros, con la artilleria y municiones necesarias. El cual repartieron entre sí (como dije) supliendo por el duque de Milan, lo que no pudiese cumplir, el Papa y venecianos hasta ser restituido: este ejército habia de estar entero hasta ser deshecho el del emperador, y echado de Italia, y conquistado el reino de Nápo-

les. Ademas de lo cual el rey de Francia, habia de tener otro campo de respeto para los casos que se ofreciesen.

Nombraron el Pontífice y venecianos por general de su ejército al duque de Urbino.

En fin del mes de mayo de este año, por no perder tiempo, ni darlo al emperador para proveer ni hacer nuevo ejército, mas del que tenia en Milan, los confederados juntaron á gran priesa los suyos, queriendo comenzar (como lo hicieron) la guerra por Lombardia, para socorrer á Francisco Esforcia, mas no lo pudieron hacer como la necesidad pedia; porque el castillo estaba falto de vitualla, y fuertemente de los imperiales apretado.

Tambien el rey Francisco se detenia con esperanzas de cobrar sus hijos.

Con esta dilacion Francisco Esforcia apretado en el castillo con falta de comida, y sin esperanzas de socorro, á 24 de julio se concertó con los capitanes imperiales, les entregó el castillo de Milan, y él se fue con todos los suyos, y con toda su ropa á Como, donde él tenia guarnicion. Diéronle para su sustento las rentas de ella, hasta que el emperador sentenciase sobre el estado y culpas que le ponian. Mas el duque se rigió tan mal, que descubriéndose se fue al ejército de la liga, y la confirmó y se confederó con los otros príncipes de Italia, y comenzó á hacer guerra contra los españoles como contra enemigos comunes.

De esta guerra de Milan, y desventuras de Francisco Esforcia, escribieron largamente Galleacio, Capilla, y Francisco Guiciardino, lib. 17, Paulo Jobio 24 y 25.

VII.

Encuentro de las armas de la liga é imperiales.

El ejercito de la liga que pensó librar á Francisco Esforcia, no hizo suerte que algo valiese, antes parecia que iba muy de caida. Habian hecho en el agua los confederados una flota de treinta y siete galeras, sin otros navios, con Pablo Justiniano, poniendo el Papa seis galeras, venecianos catorce y las demas el rey de Francia, con Pedro Navarro, que le habian soltado en trueque del príncipe de Orange Filiberto Chalon, y con Andrea Doria, que servia al rey Francisco con seis galeras suyas.

Volvian á Italia Cárlos de Lanoy, y Hernando de Alarcon en treinta naves con hasta ocho mil hombres; se toparon con Andrea Doria y Pedro Navarro, entre Córcega y Elba: ambos contendientes tuvieron una brava batalla, en que los imperiales perdieron una nave, ó dos; empero arribaron á Córcega, y aqui se rehicieron: tambien tuvieron tormenta de calma.

Finalmente, aportaron á Cabo-monte, donde les calmó el viento, por lo cual no pudieron entrar en Génova para socorrerla, que la tenia como cercada la flota de la liga, que corrió toda la ribera de Génova, haciendo muchos daños. Y como pareció la flota de España, fueron á ella ciertas galeras ve-

necianas, que la hicieron salir al largo de la mar y con un temporal que sobrevino á la armada; unos fueron á Liorna, otros á Gaeta, y algunos á Bonifacio.

VIII.

El parlamento de Paris da por nula la concordia de Madrid.

Estando el emperador en Granada supo como el rey de Francia habia hecho en Paris un acto solemne, en que los del su parlameto, ó consejo, daban por nula la concordia que el rey habia hecho en Madrid, atento que la hizo, estando preso y sin libertad, y que asi no era obligado á cumplirla.

Antes que el emperador saliese de Granada llegaron los embajadores de Francisco diciendo, que él no podia cumplir la dicha concordia, pues Borgoña no podia ser enagenada de la corona real de Francia; y que volviéndole los hijos por un precio razonable, tomaria su hermana por mujer; donde no, que los entendia cobrar por guerra.

Favorecian esta demanda los embajadores de los aliados, que estaban en la corte, diciendo á S. M. que descercase al duque de Milan, y que sacase los españoles de Lombardia, que dejase á Nápoles, que no pasase a Italia con ejército, y que pagase al rey de Inglaterra: sino, que todos le harian guerra, pues para ello se habian ligado.

IX.

Respuesta del emperador á los embajadores franceses

Eran recias las demandas, y temerosa la guerra por ser muchos, y muy poderosos los confederados. Pero no por eso torció su brazo el emperador sino que les respondió con su acostumbrada gravedad, que haria mal el rey cristianísimo en no cumplir su palabra y juramento, que su reino no le podia estorbar los capítulos de paz, pues no le estorbaba los de la guerra: mayormente que el reino los habia sabido, y otorgado: que detendria los rehenes: que no debia dejar por algun enojo su mujer: que Francisco Esforcia como duque de Milan era su vasallo feudatario, y lo podia, y debia castigar por rebelde y alevoso: que los españoles estaban bien alli, habiendo de ir a coronarse á Italia: que no dejaria él a Nápoles, pues era suyo por herencia, y otros muchos títulos de conciertos y buena guerra: que iria a Italia cuando él quisiese, y como quisiese: y si guerra le hiciesen todos ellos, que de todos se sabria defender con sus buenos y leales vasallos, llevando a Dios, y á la razon delante. Y en fin. que pagaria al rey de Inglaterra con los dineros del rey de Francia.

X.

Desdichas del rey de Hungria.

Habiendo Soliman rey poderosísimo de los turcos ganado la isla de Rodas, como queda dicho, quiso ensanchar sus reinos por la parte de Hungria y Valaquia, por donde ya habia entrado hasta Belgrado. A la cual (allende de la ordinaria y natural ser suya) le incitó ver, que Ludovico rey de Hungria ademas de ser muy mozo, y poco ejercitado en la guerra, no habia de tener quien le favoreciese, estando como estaba el emperador su cuñado tan lejos de él, envuelto en guerras con todos los príncipes cristianos, que contra él se acababan de confederar.

Habiendo el rey Segismundo de Polonia, poco antes asentado tregua con el mismo Soliman, pareciéndole buena la ocasion que en esto, y en otras cosas habia, este año entró por Hungria con tanto poder, que dicen llevaba doscientos mil combatientes.

Quiso el rey Luis resistirle; y viéndose tan inferior en fuerzas, para valerse de los príncipes cristianos, escribioles, dándoles cuenta de la potencia del turco y de los grandes daños que en aquel reino hacia, y los que se temia que haria, si con todas las fuerzas de la cristiandad no se le oponian.

Estando el emperador en Granada recibió una carta del rey Luis, en que decia:

Carta del rey Luis de Hungria al emperador.

«Católico y muy poderoso príncipe y emperador. Los errores pasados, y los pecados presentes han sido causa, que la primera causa olvidase sus redimidos, para castigarlos con cruel pena de su demasiada culpa en lo presente, que no para correjirlos de sus malas obras en lo venidero, pues en lo uno no hubo enmienda, ni en lo otro que esperar remedio. No por falta de conocimiento que en lo malo y bueno tenemos, sino por sobra de malicia que en lo uno y en lo otro alcanzamos y obramos con todos nuestro sentidos. Y lo peor, que no procuramos con alguno el arrepentimiento y asi el daño venidero no reparamos, y los males presentes quedan sin enmienda y castigo, y por esto él que puede tomarla de sus injurias, ha dado lugar á los hijos de la soberbia, y á los hermanos de la ambicion, y una gloria, y á los padres de todo mal ejemplo, y á los inventores de toda condenacion, que entren por nuestro reino de Hungria, matando los inocentes, despedazándolos sin culpa, corrompiendo las vírgenes, forzando las casadas, afrentando las viudas, agraviando los huérfanos, violando los divinos templos, acoceando los cultos, cruces é imagénes celestiales, abofeteando los sacerdotes, y poniéndolos en sujecion vilísima, y martirizando los prelados, y haciendo renegar las dignidades no dejando por eso convertir con persuaciones falsas á su diabólica y condenada secta, las tristes mujeres, y á los de mísero y flaco ánimo,

con los infantes desventurados, que á las desdichadas tetas hallaban mamando. Ya no nos queda gente para resistir, y con que resistir podamos demasiado, porque la mayor parte que teniamos es muerta ó cautiva, y el resto tenemos tan herido y desmayado, que mas por desesperacion, que por esperanza de remedio sale mi persona mañana al campo, donde hay mas enemigos de nuestra santa fe, que yerbas hay en el campo, acompañado de doce prelados, que despojados de sus prelacias se han venido á morir con Nos, para que como Nos fueren compañeros en el martirio, nos sean guiadores para en la gloria por nuestro buen morir. Bien tenemos por cosa muy cierta, que sus crudas manos derramarán nuestra sangre: mas creemos que los santos recibiran nuestras ánimas. Fáltanos el socorro de los príncipes cristianos y reyes católicos, y olvidónos el rey de la gloria, por ver quien seria vencedor en el bien morir, que mañana esperamos. Muchas veces fue suplicado á V. M. cesarea por el infante nuestro carísimo hijo, y vuestro hermano, que socorriésedes la mísera cristiandad, que ansi para desesperar estaba, y fue tan socorrido por vos cuanto desdichado por mi. Y porque la presente es la última letra que á V. M. podemos escribir, quisiera proceder en ello dando larga cuenta del demasiado poder de nuestro enemigo el turco: pero no lo permite el dia de mañana que esperamos, ni lo sufre el de hoy, que tan mísero tenemos. De una cosa aviso á V. M., que si con todo vuestro poder no socorreis lo que queda, que no quedará la romana ciudad sin tomarle los combates de este carnicero lobo: porque tenemos por cierto, que salido mañana con la victoria de

nuestra muerte, espera pasar su ejército á las faldas de Italia, y enviar su armada á las islas de Venecia y Sicilia. Bien creemos que la piedad del inmenso Dios Nuestro Señor detendrá sus pasos, y estorbará sus dañados propósitos, pero con que V. M. procure hacer resistencia á lo que hombres no bastan. Y porque me remito á la carta, que envíamos al embajador de vuestro reverendísimo infante, ceso rogando por el ánima que de este nuestro cuerpo espera salir, y por la vida de los que estan en aventura. Acreciente Nuestro Señor el estado de V. M. con victoria contra los infieles.

»Del campo á 27 de agosto de 1526.»

El fin de esta jornada fue que en los campos de la villa de Mugacio, ó Mohacz entre Belgrado y Buda se atrevió el rey Luis con desiguales fuerzas (habiendo treinta turcos para cada cristiano) á dar batalla campal al turco, en la cual el desdichado y malogrado rey fue vencido y roto con muerte de casi todos los suyos; él por salvarse huyendo al pasar de una laguna como el caballo iba fatigado, dió de ojos en el agua y de tal manera se le embarazaron los pies en los estribos que se ahogó en menos de palmo y medio de agua y cieno.

Por la muerte del rey Luis, y no dejar hijos sucedió el reino en el infante de Castilla archiduque de Austria, don Fernando, hermano del emperador; y estando el emperador en Granada le llegó la nueva de esta desgracia y una carta de su hermano el nuevo rey don Fernando en que le decia.

Carta del infante don Fernando al emperador su hermano.

«Muy alto y M. P. S. Hago saber á V. M. que á los veinte y nueve de agosto pasado el turco en persona acompañado de doscientos mil hombres y mas, demas de la gran guerra que habia hecho en el reino de Hungria vino y se acercó con su gran ejército á veinte leguas de la gran Buda, donde el rey de Hungria estaba con cuarenta mil combatientes en el lugar. La batalla se dió y fue ganada por el dicho turco, y el rey de Hungria fue muerto en ella y perdida su artilleria: y á causa de esto soy tan triste que no puede ser mas. En especial que en nuestros tiempos tan gran plaga inestimable haya venido á la cristiandad en que la necesidad y perplejo en que yo me hallo presente es de dineros y de ayuda de socorro, para remediar y defender contra tal, y tan cruel enemigo de Cristo, y contra su pujanza, que es la del dicho turco. Suplico á V. M. con toda humildad lo quiera pensar y considerar como el caso lo requiere. En cuanto á la reina nuestra hermana ella está presente en una villa que está diez leguas de Viana como V. M podrá considerar, con su trabajo ó fatiga; y para la consolar mis regentes de Austria (visto las dolorosas, tristes y lamentables nuevas) han enviado personas para la consolar y de mi parte yo la he mandado consolar y visitar lo mejor que de mi ha sido posible. Y por esto señores de dudar y temer que el turco visto

su tan venturoso vencimiento y bastante pujanza que no se retirará de Hungria antes querrá pasar mas adelante á la cristiandad en que yo seré el primero acometido, lo que Dios no quiera, y aun puede ser que el turco quedará y fortificará tanto cuanto pudiere en mis tierras por pasar en ellas el invierno y durante el dicho tiempo correrá y saqueará y quemará, y hará muchos daños y crueldades en ellos, y aun por ventura viendo el dicho turco que no está dentro del invierno que su ejército puede durar aun harto tiempo en el campo, querra seguír su vitoria á la primavera y querrá pasar adelante. De manera que el peligro será tan grande y tan á la mano que no se podrá mas encarecer; y no solamente de perder mis tierras y patrimonios que son agora fronteras del turco, mas toda la germania que queda y por consiguiente toda la cristiandad, lo que Dios no quiera. Yo me hallo aqui solo, muy pobre y desproveido sin alguna esperanza de ayuda ni socorro sino es la de Dios Nuestro Señor y la de V. M. y la ayuda que mis tierras me podrán hacer, será casi nada contra tan gran pujanza como es la del turco. Suplicó á V. M. humildemente como á cristianísimo y católico príncipe y cabeza que es de la cristiandad, tenga piedad y respeto tal cual conviene á este lamentable negocio. Y sea el ayuda y socorro el mas pronto y mayor, y con la mayor brevedad que ser pueda como la necesidad, y el deber pide y requiere pues esta es causa de Dios, que todos somos obligados á defender y que por falta de dinero tan presto perdido, no caiga en mayor perdicion. Yo prometo á V. M. que no digo esto por dejar de poner mi persona y cuanto ten-

go en este mundo en tan santo trabajo; pero como tengo dicho no me queda alguna esperanza, salvo en Dios Nuestro Señor y en V. M. Y asimismo tenemos perdido á nuestro cuñado el rey de Hungria en la batalla y la reina nuestra hermana echada del reino con tanta lástima y desconsolacion y con tanto aparejo que hay para que muy presto puede permitir Dios á mí acaezca el mismo caso, é infortunio, lo que Dios no quiera: porque los turcos no tardarán de hacer lo que digo sino se pone remedio y socorro de la cristiandad. Suplico á V. M. como su humilde y obediente, solo hermano y verdadero servidor, con la mayor humildad que puedo, que tenga respecto á lo susodicho pues tanto importa á la cristiandad con buenas provisiones y con toda diligencia como tengo dicho provea y remedie de socorro, porque de otra manera todo es perdido, caido, desolado y gastado (lo que Dios no quiera) y no será despues en nuestro poder de lo remediar aunque queramos. Porque ya he sabido como el turco ha entrado en la ciudad de Buda, y á hecho gran crueldad en ella: y que ya tiene despachados dos capitanes generales con gran número de gente para contra mis tierras de Austria, y el otro lo mismo contra Estiria, y Carintia, y Carniola.»

XI.

Escribe el emperador á varios personajes para conjurar los males con que amenazaba el turco.

Sabida esta nueva el emperador hizo el sentimiento que se puede pensar de un pecho tan cristiano y trató luego del remedio que un mal tan grande pedia. Escribió á los grandes del reino y á los prelados pidiéndoles su consejo y ayuda, pues á todos tocaba, y al condestable de Castilla, por ser persona de las mas importantes de estos reinos por la grandeza de su casa y sangre y por el mucho valor de su persona, le escribió dándole cuenta de esta desdichada jornada. La carta fue:

Carta del emperador al condestable.

EL REY.

«Condestable primo. El ilustrísimo infante don Fernando, mi muy caro y mi muy amado hermano, me ha escrito como el gran turco enemigo de nuestra santa fe católica, con mas de doscientos mil combatientes de á caballo y de á pie, y con gran copia de artillería vino al reino de Hungría y como el serenísimo rey de Hungría nuestro muy caro y muy amado hermano, por atajar las grandes crueldades que los cristianos de su reino recibian, salió

contra él al campo, con toda la mas gente que pudo, que serian hasta cuarenta mil combatientes y en una batalla que hubieron fue muerto el rey y algunos prelados y grandes de sus reinos, y la mayor parte de todos los otros cristianos que se hallaron en la batalla. Y el dicho turco entró y tomó la gran ciudad de Buda, que es la mayor y mas principal del dicho reino de Hungria con otras ciudades y lugares que metió á cuchillo y mató á todos los cristianos, asi hombres como mujeres, de edad de trece años arriba. De manera que fueron por todos los cristianos muertos mas de ciento y cincuenta mil ánimas y los de trece años abajo los llevaron consigo á su tierra para tornarlos moros, de su perversa y mala secta y dañada, y otros muchos cristianos se convirtieron á su mala secta en los pueblos que tomó, viéndose afligidos, por temor de la crueldad tan grande que hacia. Ya veis cuan grandes causas y razones hay, para que no solamente yo á quien tanto me toca tenga de ello muy gran sentimiento, como lo tengo en ver que en mi tiempo y por nuestros pecados. Dios Nuestro Señor haya permitido que el turco haya hecho tan grandes daños y crueldades como ha hecho y por esta causa cada uno debe tenerla por suya propia y defensa de ello y no menos gran lamentacion para toda la cristiandad pues que principalmente lo que el dicho turco hace es muy grande ofensa á Dios Nuestro Señor y de toda la religion cristiana, pues toma y ocupa las tierras y señorios de los príncipes cristianos despedazándolos y martirizando los cristianos que se defienden y no le quieren seguir ni obedecer y que en los templos donde se servia, y alababa Nuestro Señor se hagan ahora vituperios

y cosas y ritos de menosprecio contra S. M. Y continuando con su diabólica y dañada guerra dice que ha proveido sus capitanes con mucha compañia de gente, para que vengan á las tierras del dicho infante nuestro hermano, que estan comarcanas y en frontera de las otras que ahora tomaron, que es otro muy gran daño y dolor y sentimiento que de ello tenemos viendo que su infidelidad y crueldades quiere señorearse y sujetar los cristianos. Y teniendo consideracion á todo esto, en conocimiento de los muy grandes, señalados y buenos beneficios que hasta aqui habemos recibido, y cada dia recibimos de Nuestro Señor, que nos puso para que en su lugar reinásemos en la tierra y que nos dió señal é imperio y señorio con que le sirviésemos y tambien por el deudo tan cernano que tenemos al dicho rey de Hungria con el dicho infante don Fernando y que será en bien de las tierras de nuestro patrimonio y cumplir con la obligacion que tenemos, para defension de nuestra santa fé católica y religion cristiana. Quiero, teniendo á Dios delante mis ojos: pues es la causa mia propia y defensa y es servicio de Nuestro Señor en el cual yo espero que me dará galardon y á todos los cristianos, que en ello se emplearen, la victoria de ella, asi para resistir como para recobrar lo que se ha tomado y ocupado de cristianos y hacerle á él y á todos sus súbditos é infieles todo el daño é mal que pudiéremos y procurarlo con todo nuestro poder, de resistir al dicho turco y estorbarle que no haga cosas en tan grande ofensa de Nuestro Señor y de nuestra santa fe católica y religion cristiana, y trabajaremos con todas nuestras fuerzas, de quebrantar y acabar la gran soberbia del dicho turco, la cual

con ayuda de Nuestro Señor entendemos poner asi en obra en el tiempo mas breve que ser pueda segun al caso conviene y se entenderá en ello con todo cuidado y lo que para el asiento de ello es menester. Entre tanto yo entiendo socorrer al ilustrísimo infante nuestro hermano con alguna suma de dineros con que pueda sostener y pagar á la gente que es menester, para impedir y resistir que no reciban daño sus tierras y las otras que allá tenemos, con las otras de cristianos de aquellas comarcas, ni se hagan tan grandes daños, muertes, robos, cautiverios y crueldades como las pasadas; porque de otra manera no le convenia esperar al gran poder del turco. Hago esto todo saber, pues esta empresa toca á nuestra santa fe católica y á toda la cristiandad, que tiene obligacion al remedio por las causas ya dichas y nos va y cumple mucho la defensa de esto. Encargoos que, pues importa esto al bien universal de nuestra santa fe, que penseis bien la forma é manera que conviene que se tenga para proveer todo lo que conviene, y fuere menester para tan gran caso como este que segun la calidad de todos, nos debemos disponer y trabajar en ello: porque en nuestro tiempo sirvamos á Dios Nuestro Señor y Redentor y no solamente defendamos nuestra santa fe católica y la aumentemos como tenemos confianza en él, que nos dará gracia para ponerlo en obra como dicho es: mas para que hagamos tales obras, que dejemos buen nombre y el ejemplo en la santa iglesia universal y en el mundo á los que despues vinieren y hacednos saber como la recibisteis.

«De Granada á 29 de noviembre 1526 años.»

La misma sin faltar letra escribió este dia y año al marqués de Denia y otros grandes de Castilla.

Escribió asimismo el emperador al presidente de la chancilleria de Valladolid, que mandase hacer precesiones por el bien de la cristiandad y que se hiciesen plegarias en las misas, acabada de alzar la hostia y asimismo al mediodía, rogando á Dios hubiese misericordia de la cristiandad y no permitiese que el turco encarnizado en la sangre cristiana pasase adelante con sus victorias, sino que lo confundiese volviendo por su pueblo. Lo cual se hizo asi con mucha devocion en todo el reino y el emperador envió al infante don Fernando su hermano doscientos mil ducados, para que se entretuviese la guerra, hasta que le pudiese ayudar con todas sus fuerzas.

XII.

Nueva embajada de Francisco I, y nueva respuesta de Carlos V.

Ya que por este año hemos acabado con las cosas que fuera de Italia sucedieron, será bien volver donde dejamos los cuentos de la guerra y de la liga, y los demas con el rey de Francia.

Por el mes de setiembre envió el rey de Francia al arzobispo de Burdeos por su embajador á la corte del emperador, donde juntamente con el nuncio del Papa, y el embajador de venecianos le requirieron, que pues el rey su señor, como ya

habia mostrado, no podia cumplir lo que habia prometido, que le restituyese sus hijos que tenia en rehenes, tomando por ellos algun honesto rescate. Respondió el emperador á esta embajada con muestras de harta indignacion en breves palabras que si el rey de Francia no podia, como decia, cumplir lo que habia prometido, y queria libertar sus hijos, que se viniese él á la prision, donde ellos estaban, como lo habia prometido y jurado, porque de otra manera no entendia dárselos. A la cual respuesta ningun descargo ni disculpa tenia que dar el rey de Francia, porque aquello no podia decir que no estaba en su mano, y lo podia hacer como era obligado, y para ello tenia ejemplo de los reyes sus predecesores, que asi lo habian hecho: señaladamente estaba fresca la memoria del rey Juan, único de este nombre, que siendo preso por los ingleses en una batalla, y despues suelto con ciertas condiciones, vuelto á su reino, y no pudiéndolas cumplir, se volvió á la prision, y permaneció en ella hasta morir.

Ademas de esta respuesta tomó á parte el emperador al embajador, y díjole que dijese al rey de Francia, que lo habia hecho laschemente y meschantemente, que en castellano suenan muy ruinmente y villanamente en no guardarle la fé y palabra que le habia dado por la capitulacion de Madrid, y que si esto quisiese contradecir, se lo haria conocer de su persona á la suya.

XIII.

Apologia de Francisco I, de la concordia de Madrid.

Tan apoderada estaba la pasion del rey de Francia, que no contentándose con la sangre que en las guerras derramaba, quiso tambien mostrarla en las palabras y cartas que contra el emperador escribia. Y para justificar su mala voluntad, y el no querer cumplir lo que en Madrid habia prometido y aun jurado, escribiólo a todos los príncipes de Italia y Alemania, y ademas de esto una apologia que mandó imprimir para sembrarla por todo el mundo, cuyo titulo era. *Apologia disuasoria Madriciæ conventionis*

Apologia del rey contra la concordia de Madrid.

«Por si acaso hubiese alguno que pusiese en duda la fé del cristianísimo rey de Francia, por no haber guardado la concordia ó concierto que entre él y el electo emperador se habia hecho, rogaba Francisco I que no se determinasen en cosa alguna, ni lo pensasen hasta entender bien el hecho de la verdad: y que para que mejor la entendiesen, le pareció acertado ponerla segun se referia este escrito. Luego (dice) que el rey cristianísimo recibió la administracion del reino de

Francia, ninguna cosa procuró con mayores veras que confederándose con los demas príncipes de la cristiandad, emplear las florecientes fuerzas del reino, y de su edad contra los crueles enemigos de la fé cristiana. Y para conseguirlo, ni perdonó á trabajos ni gastos, ni otras dificultades, confederándose de diversas maneras, particularmente con el electo emperador. Las cuales confederaciones guardó firmemente por ser en favor, y para bien de la república cristiana, y de los súbditos de ambos. Pero no le siendo guardada por el electo emperador la misma fé, porque le negó el tributo que le habia de dar por el reino de Nápoles, y la restitucion del reino de Navarra: acometiendo asimismo con tratos secretos el estado de Milan, y no queriendo hacer el juramento de las apelaciones, que por los condados de Artois y Flandes era obligado, y por otras muchas causas en que habia faltado, que por razon de superioridad que el rey tenia en los dichos condados de Artois y Flandes debia cumplir. Y lo que mas grave y penoso fue, que le sacó con largas promesas á Cárlos de Borbon, siendo su vasallo, é hizo que se levantase contra él. Finalmente, despues que estas y otras muchas cosas (que seria largo contar) fueron intentadas en perjuicio del rey y del reino, llegaron á las armas, y se hicieron guerra en el ducado de Milan, que es suyo, por juro de heredad, y concesion de los pontífices, y donacion en feudo de Maximiliano, emperador de felice memoria, abueló paterno del nuevo electo, echando fuera (no mucho despues) del estado de Milan el presidio del rey cristianísimo. Y cuando se pensaba que el electo emperador habia de quitarlo, y

apagar el incendio tan grande de la guerra, entonces la encendió y movió con rabia y furia: y confiando demasiado en la fortuna, que se le mostraba tan favorable, acometió con su ejército el condado de Provenza, antiguo patrimonio de los reyes de Francia, y cercó á Marsella. Necesitado de esta manera el rey cristianísimo, juntó sus fuerzas, y levantó un campo con el cual defendió sus tierras. De manera que forzó al enemigo á levantar el cerco, y poner su salud en la huida. Y yendo en su seguimiento hasta Lombardía, cobró la ciudad de Milan. Despues de esto, poniéndose sobre Pavía, siéndole contrario algun mal hado, y antes por ventura, que por virtud de los contrarios, ni por saber mas de la guerra, sustentando por su persona la batalla, y esforzando á otros y deteniéndolos para que peleasen, cayó en manos de sus enemigos. En el cual suceso como no hubiese tanto vencido el electo emperador, cuanto caido en mayor peligro, pues era asi que recogiéndose las fuerzas del rey, que estaban enteras, y solo derramadas, y levantándose casi toda Italia contra el electo emperador temeroso, viendo crecer tanto sus fuerzas, y amotinándose los alemanes de su campo porque no se les daba paga, debiéndoseles muchas, por no tener de donde sacar dineros, cercados de tantas dificultades, no sabian en que parte podrian tener al rey que estuviese seguro. Pues en esta turbacion, la ilustrísima Luisa, madre del rey (á quien habia dejado el gobierno de toda Francia) tuvo por acertado para la libertad de su hijo, y salud de toda Italia, que se apretase y diese sobre el ejército del César, que era muy fácil, pues estaba desavenido, para

de esta manera poner á su hijo en libertad. Por librarse el César de un peligro tan notorio, ofreció por sus embajadores grandes partidos, y la paz, amistad y parentesco con el rey. Demás de esto los que estaban con el rey, le aseguraban del buen ánimo del César; encarecian su clemencia, y que con solo ir el rey donde el César estaba, con facilidad no solo alcanzaria libertad, sino su amistad y una paz perpétua y saludable para sí y para toda la cristiandad. Con las cuales razones el cristianísimo rey se inclinó á querer en su armada (cuando de otra manera ser no pudiese) pasar en España, donde procuró con ruegos y buenos consejos, cuanto pudo, para que dejadas las enemistades, se acudiese á la república cristiana, que estaba en tanto peligro, y que bastase la sangre que se habia derramado, y ver á Italia casi asolada. Que no se veian en ella sino muertes, é incendios. Porqué en esto tenia lugar el enemigo cruel, para ofender la religion cristiana, que ya no le moviese piedad, á lo menos supiese que habia de dar cuenta á Dios de todas cosas. Que en lo que á él le tocaba, estaba muy presto para hacer una perpétna confederacion y amistad con él, y daria por su libertad una gran suma de dineros, cual debia dar un rey de Francia cautivo. Pero despreciando esto el César pedia unas condiciones tan duras y graves, que si bien el reino quisiera, no las pudiera cumplir. Porque era tanto el rigor, que decia, que si no le daba el ducado de Borgoña, jamás saldria de la prision. Y demas de esto añadió otras condiciones, sobremanera inicuas, que seria largo contarlas, amenazándole con cárcel perpétua, y otras penas graves é in-

dignas, no solo de un rey, pero de otro cualquiera De lo cual conoció el rey cristianisimo, que le habian engañado y faltado notablemente en las muchas promesas que le habian hecho. Fatigado pues con semejante molestia del cuerpo y del alma cayó en una grave y peligrosísima enfermedad. Entonces temiéndose el César perder con la muerte no pensada del rey, lo que deseaba, y las provincias del reino francés, que deseaba, junto con que caeria en un odio general y aborrecimiento de todos, fue á visitar al rey cristianísimo, que apenas ya sustentaba el último espíritu, y no se apartó de él animándole y prometiéndole grandes cosas, tanto que le puso en segura esperanza de conseguir su libertad. Pues como el rey por la voluntad de Dios buena y grande, convaleciese, envió sus embajadores y con su hermana á rogar al César, que con las condiciones honestas que habia ofrecido, fuese contento de darle libertad, y que mirase bien lo que habia dicho á los suyos en Italia. Que si le pidiese condiciones inicuas, que él no pudiese cumplir, que de ninguna manera las guardaria y dándosele ocasion vengaria cuando pudiese su injuria. Pues como viese en el César muchas señales de ánimo enemigo y duro, facilmente descubria que jamás alcanzaria libertad hasta hartar la inmensa codicia del César. Y temiéndose que por no estár confirmado en la salud, con esta pesadumbre de ánimo caeria en alguna enfermedad peligrosa; y demas de esto, que con su larga ausencia podrian nacer algunos movimientos en su reino, como en otros tiempos sabia haber sucedido; movido demas de esto con un justo miedo de perpétua servi-

dumbre, como no hallase otro camino para librarse de la carcel: considerando que en un estado tan feliz del César y por sus grandes fuerzas, no habria alguno que ó con armas, ó por su autoridad le pudiese compeler, para guardar las leyes de los cristianos, que vedan como cosa indigna y no conveniente á la religion cristiana, que algun rey preso en la guerra, esté perpétuamente cautivo, sino que se le dé libertad por un justo precio. Por las cuales causas el rey cristianísimo vino en las condiciones que el César habia procurado, y como las quiso no solamente feas y perniciosas á su reino, pero aun indignas que el César las pidiese y quisiese. Y si bien el cristianísimo rey tenia entendido, que los dichos capítulos se habian ordenado con inhonestas é indignas condiciones, con todo eso luego que entró en su reino, mandó juntar todos sus grandes y senadores de él, y les pidió su consejo y mandó que consultando entre sí el hecho, le dijesen lo que segun derecho y su dignidad real debia hacer. Estos, pues, con madura deliberacion respondieron, y fue tal su sentencia y parecer.

»Las confederaciones y contratos no acostumbrados, que contienen notable detrimento y daño del que promete, hechos con el mas poderoso, segun derecho, se han de tener por violentos é involuntarios; y asi no se deben guardar. Y demas de esto, cuando el rey, segun costumbre, fue ungido en la ciudad de Remis, entre las ceremonias de la consagracion juró, no enajenar el patrimonio del reino. Por tanto, si hubiere prometido algo contra el dicho juramento, de ninguna manera lo debe guardar. Asimismo es derecho, que ninguno

pueda transferir en otro, ciudad ó provincia contra la voluntad y repugnando los súbditos: y asi no pudo el rey venir en semejante enagenacion sin consentimiento de los suyos. Demas de esto habiendo protestado que si el César le ponia condiciones inicuas y graves, que no las cumpliria, tiene satisfecho bastantemente á sí y á su honor. Y lo que mas es de notar, que cuando se trataba de la libertad del rey, no se miraron estas cosas, ó al César se le olvidaron. Asi que, es necesario confesar, que se hizo por justo juicio de Dios, á cuya cuenta estaba la libertad del rey cristianísimo. Y dejando otras muchas cosas: ¿Quién era tan ignorante de los derechos de Francia, que no entendiese, que de alguna manera podia el rey obligarse á tales condiciones, sin que los parlamentos de Francia (cuyo consentimiento habia de pasar por sus consultas) admitiesen una enagenacion como esta, ó las consintiesen guardar, por estár juramentados estrechamente de amparar y conservar el reino en todo lo que tiene? ¿Qué se puede pensar, que sentirian y dirian todos los naturales del reino, pueblos y comunidades de Francia? ¿Cuáles serian sus pensamientos viendo que le metian en las entrañas del reino un enemigo tan antiguo y poderoso, y qué enagenaban de él, dando á los estraños un fuerte seguro y firme de Francia, que tanto tiempo habia sido? Bien fuera pues que se esperara el consentimiento de todos en lo que el César se habia convenido con el rey: principalmente acordándose que el electo emperador no se habia fiado de la fe del rey, antes le habia puesto guardas de dia y de noche, hasta que entregó sus hijos, á quien estaba cometido por e

César. Por lo cual la libertad que con la prision de los hijos alcanzó, puede decir que la tiene segun derecho de guerra. Y tambien es derecho cierto, que no se debe guardar la fe y palabra, donde hay peligro conocido de muerte, ó de perpétua servidumbre ó cárcel. Y esto principalmente si se hace la promesa por miedo ó fuerza. Y segun esto ninguno podrá dejar de confesar, ser lícito al rey cristianísimo, cuando ya las condiciones dichas no las pudiera ni aprovechara recusar, procurar como pudiese su libertad: principalmente habiendo alguno que le pudiese librar de la fuerza que padecia, y darle su ayuda, y asimismo al reino, puesto en tanto peligro. Finalmente, de ninguna manera pudo venir en que el ducado de Borgoña se enagenase, ó diese al César como estaban convenidos, pues aquel ducado era anejo al de Normandia é incorporado en el reino por el rey de Francia, de suerte que no pudiese enagenarse ó dividirse, pues se gobiernan con las mismas leyes que todo el reino de Francia. Y es cierto y sin duda, que conforme á la ley Sálica, no pueden pasar en hembras, ni en los descendientes de ellas. Y por el mismo derecho tampoco se podia transferir ó enagenar el dicho ducado agora. Y como estas cosas fuesen dichas y alegadas largamente, con todo eso, el rey cristianísimo no quiso determinarse en este parecer, hasta tanto que diese parte por sus embajadores y cartas á los demas príncipes amigos, y confederados suyos, por saber de ellos, que era lo que en esta materia sentian. Los cuales todos fueron de parecer que de ninguna manera debian ser guardadas condiciones tan inicuas y perniciosas al reino. Porque demas que

en ellas se contenia la enagenacion del ducado de Borgoña, y se soltaba el feudo de los condados de Artois y Flandes, y entregaba el condado de Borgoña, y el vizcondado de Anxous, el ducado de Carlois, y señorios de Noyers, y Castel Cimon, anejos al dicho condado, y superioridad de San Lorenzo, etc. Y se apartaba del derecho que tenia al reino de Nápoles, y ducado de Milan, y de las demas cosas, que de derecho pertenecen al rey de Francia, y á su reino, de la parte de los Alpes, y en Italia. Y perdonaba gran suma de dinero, que muchos años antes el electo emperador debia al rey de Francia. Y lo que mas indecente debe á cada uno parecer, se obligaba el rey cristianísimo acompañar al emperador cuando fuese á coronarse, con mil hombres de armas, y seis mil infantes. A los cuales habia de dar la paga junta de seis meses. Y demas de esto habia de dar una armada para esta jornada, en la cual habian de ser capitanes solos los que el emperador nombrase: de suerte, que aun no le quedaba al rey seguridad, para volver á cobrar su armada. Y que donde quiera que el César fuese, hubiese de ir el rey con gran ejército. Finalmente, de tal manera se olvidó de todos los amigos del rey, sin hacer cuenta de ellos, que quiso que se apartase de ellos. Y como pareciesen á todas estas condiciones inhonestas, y demasiadamente pesadas, y aun indignas de que el César las quisiese, juzgaron que de ninguna manera se debian guardar. Y no queriendo el rey dejar cosa por intentar mandó llamar ante sí muchos de los principales, y caballeros de Borgoña: á los cuales, como les esplicase todo el negocio, respondieron.

Que no podian resolverse en cosa, hasta que lo consultasen con todo el consejo de Borgoña: y en lo que á ellos tocaba, que jamas vendrian en concierto alguno, que los enajenase de Francia, antes perderian haciendas y vidas, enviando el rey algunos de los suyos para que hablasen a los del consejo (ó como ellos llaman, estado) y les persuadiesen por buena esta enagenacion, unánimes respondieron, que antes se pondrian á cualquier riesgo y peligro, que verse en poder de otro señor del que tenian. Y que si el rey cristianísimo estaba en tal determinacion, le pedian una cosa, que de ninguna manera se la podia negar, y era que oyendo los pares de Francia, y los del parlamento, hiciese despues lo que segun justicia determinasen. Porque en las calles y plazas abominaban todos públicamente de esta enagenacion, y decian á voces, que nola consentirian. Finalmente por satisfacer en todo el rey cristianísimo, y hacer lo que en sí era, rogó al virey Carlos de Lanoy (que algunos dias estuvo en su corte, y vió al ojo estas cosas) que tratase con el electo emperador, que se quitasen de las condiciones las cosas que no eran tan honestas, y que de ninguna manera se podian cumplir. En cuyo lugar daria una bastante suma de dinero, y se compondria la paz tan deseada entre cristianos, y que se le volviesen los hijos, que tenia en rehenes, y se quitaria el impedimento, para que su muy amada esposa, Leonor, entrase en Francia, que por esa razon habiéndose puesto en camino se habia vuelto. La cual muchas veces le habia encarecidamente pedido por sus cartas, y embajadores, siendo tan justo, que segun derecho divino y hu-

mano no se le podia negar. Lo cual hasta este dia no se pudo alcanzar de él. Siendo pues estas cosas tantas veces intentadas sin poder tener efecto, hubo de dar en un estremo, que era el que quedaba, como último remedio de su salud, y de todos los cristianos, que fue confederarse con el Papa, y con el duque y senado de Venecia. De la cual liga habia de ser el protector y defensor el rey de Inglaterra. Y para que mas facilmente se viniese á la universal paz, y concordia de todos los reyes y príncipes, le quedó libertad al emperador, para que teniendo consideracion á su dignidad, pudiese entrar en esta liga: con tal que dejase libre y quieta á Italia, y que las condiciones, que tanto ofendian á la libertad del rey de Francia, las diese por nulas, inhonestas, inicuas é imposibles, y le restituyese sus hijos, dándole el rey por su redencion lo que fuese justo. Habiéndose pues hecho tantas diligencias, para que de todo punto no quedase cosa por intentar en satisfacion de su honra y fé, rogó y suplicó encarecidamente al Sumo Pontífice, y reverendísimos cardenales, y á la santa Sede Apostólica, á la cual siempre ha venerado, y á los demas reyes y príncipes cristianos, que por aquel que es rey de los reyes, y nos redimió con su preciosísima sangre, tomasen esta su causa, y la defendiesen. Y asimismo juzgasen si debia hacer mas de lo que mandaban las leyes, los derechos, la equidad, ó que es lo que permite la Iglesia cristiana, que se debe pedir al rey de Francia preso en una batalla, por su libertad: porque promete á Dios, y á la Iglesia apostólica, y á todos los príncipes cristianos de cumplirlo asi, y que en ningun tiempo faltará de ello.

»Siendo pues esto asi, será ya facil el poder juzgar, ¡oh reyes, oh príncipes! si por ventura es mas justa la causa del electo emperador, que tan duras é imposibles leyes puso, ó la del cristianísimo rey, que no estando obligado á cumplirlas, con todo, no dejó (cuanto en sí fue) cosa que importase á la guarda de su fé, y palabra inviolable. Defended pues la causa del rey cristianísimo, y de sus hijos, pues es comun y general de todos los reyes y príncipes, porque no se ensoberbezca esta sacrosanta dignidad, y se perviertan las leyes cristianas. Recibidles os ruego, y ayudadla.»

Con esto acaba la apologia francesa, que parece bien justificada: pero sabida la respuesta se verá, cuan en la corteza, ó sobre haz tiene la verdad. Acaba la apologia con un tetrasticon ó cuatro versos, que decian al lector:

Fœdera vana putes, ratio si desit inicua.
Pactio nec stringet, quod sacra jura vetant.
Ergo ubi vis cogit, pacti conventio nulla:
Compulsum salva non negat ire fide.

Que es la siguiente:

Si falta la razon, juzga por vanos
Los injustos conciertos, pues no aprietan,
Ni fuerzan con violencia
En los casos humanos,

Que las sagradas leyes nos decretan:
Pues donde hay fuerza ciega,
No la tiene alguna conveniencia,
Ni el concierto se niega
Al que ha sido forzado,
Que busque libertad, y nuevo estado.

XIV.

Respuesta á la apologia del rey de Francia por parte del emperador.

Causó escándalo la apologia francesa, y hubo varios pareceres en diversas partes.

En Castilla se escandalizaron, y el emperador recibió pena, viendo las razones por donde el rey de Francia se alzaba con el crédito de su fé y palabra, no queriendo cumplir lo que en Madrid habia prometido y jurado. A todos parecia que el rompimiento habia de ser grande.

Querian unos que no se respondiese, pareciéndoles, que ni lo merecia, ni tenia razon, que á algun buen ingenio hiciese fuerza. Otros decian que sí, que al fin es infinito el número de los necios en el mundo, y que es necesario á veces responder á los tales, porque no se tengan por sabios.

La respuesta, que por parte del emperador se dió es larga, yo no queria serlo, de manera que cansase, si bien personas doctas me persuadieron que pusiese estos papeles al pie de la letra, por ser gravísimo y de gusto.

Diré en relacion lo que bastare, para que todos sepan estos cuentos que ya en nuestros tiempos estan olvidados.

La pestilencia de los aduladores (segun Isidoro) es ponzoñosa enemiga de amistades y sin verdad; Séneca dice, que los príncipes y estados mas altos padecen este mal y se ven en este peligro, que los mas poderosos son mas pobres, y carecen de quien les diga abiertamente la verdad. Porque el cuidado de los aduladores es engañar blandamente y todo lo que el Señor dice ó hace, loarlo sin moderacion. Encarecen adulando, fingen el semblante esterior, callando lo que sienten, sin decir verdad, hablando al gusto ó favor del señor. Si niega, niegan. Si afirman, afirma. Y como dice Plutarco, tienen la naturaleza del camaleon, que se vuelve del color que se le pone delante, salvo del blanco.

Asi el adulador toma los colores de las cosas torpes y feas y revístese de ellas, pero no de la blancura honesta de la verdad, que de ninguna manera puede vestirse de ella ni imitarla; y como el pintor con las sombras levanta los colores, asi el adulador loando y aprobando los vicios, los sustenta y favorece; y como la áspide mata al que hiere con su ponzoña, entorpeciéndole con un pesado sueño, y es su veneno incurable mas que otro alguno, asi los aduladores matan de tal manera que privan de los sentidos.

El que quisiere librarse de un mal tan dañoso y ponerse en la razon, conózcase asimismo, como dice Taletis Milesio, que de esta manera entenderá si le tratan verdad, y entendiéndola echará muy lejos de sí afrentosamente los aduladores.

Habiendo pues salido de la mano del embajador de Francia, que residia en la córte del emperador, y venido (dice este autor sin nombre) á mis manos una cierta escritura, que llaman (si bien es mas invectiva) apología, hecha por un incierto autor, llena de adulacion y engaño, en la cual no hay cosa justa, verdadera, ni honesta; porque tanta ponzoña saliendo en público no ofendiese y dañase los oidos de muchos, no me pude contener, antes armado del escudo de la verdad y con favor de aquel que es luz, via, verdad y vida, preparar la medicina de un mal tan contagioso, deseando y procurando la salud de todos los oyentes con sola la verdad de estas cosas: deshaciendo las mentiras y fingimientos, con los cuales este adulador quiere engañar y apestar los ánimos de tantos reyes y príncipes, y apartarlos de la verdad.

Pretende este adulador con sus engañosas palabras, persuadir que ninguno tenga duda de la fe del rey cristianísimo, por no haber querido cumplir lo que tiene capitulado con el emperador y que ninguno imagine cosa, ni se determine en ella antes de enterarse y haber entendido el hecho de la verdad. La cual (si bien falsamente promete decir en su escrito. Pero hiriéndose con su azada en el principio de su oracion, confiesa por su propia boca que el rey no ha guardado la concordia, fatigándose en defender la fe en que ha faltado, quiere introducir un monstruo, llevando por blanco, proposicion ó tema, la misma infidelidad y mentira: no mirando el adulador, que no hay cosa que mas resplandezca en un príncipe, que la firmeza de su palabra, ni que

mas firmes tenga sus cosas que la verdadera religion.

Porque segun graves autores tres cosas sustentaron á los romanos y los hicieron señores del mundo, que fueron las letras, el ejercicio de las armas, la religion y verdad que trataron. Es intolerable la falta de la palabra, que como dicen los derechos, aun á los enemigos se ha de guardar, como mostró Marco Régulo, queriendo mas volver á las prisiones de Cartago, que dejar de cumplir lo que habia prometido. Y asi lo hizo Juan rey de Francia, que siendo preso en una batalla que le dieron los ingleses y dándole libertad conque no cumpliendo lo que habia prometido, se volveria á la prision, quiso mas viéndose libre volver á la cautividad y acabar la vida en ella, que faltar á su fe y palabra.

La fe es fundamento de justicia, que está en la comunicacion y trato de las gentes. Y hace este adulador predicando por fe la falta de ella y la contravencion por observancia de la religion, como el que cae en el lodo, que porfiando á levantarse, sin que otro le ayude, mas se revuelve y ensucian en él, y echa mano para salir del cieno de cualquier ramos, ó del primer o que puede, de los cuales unos estan secos, otros son delgados y cenagosos y quedándose con ellos en las manos vuelve á tenderse en el mismo lodo, lastimándose las manos con ellos, por tener espinas ó ser ásperos.

De suerte que le cumple echando mano de ellos, soltarlos y no asirse mas de su flaqueza.

»Comienza el autor de esta apologia, con que luego el rey cristianísimo tomó la administracion

del reino de Francia, ninguna cosa procuró con mas veras que guardar las concordias y pactos con los reyes y príncipes cristianos y principalmente su amistad, para emplear las armas florecientes de su reino y edad, en los enemigos crueles de la fe cristiana.»

Quien tal dice, es fuerza que confiese ó esté sin memoria, ó no saber las historias de lo pasado, y de que manera el cristianísimo ha amado y guardado la paz. Testigo es el que todo lo sabe, de qué suerte comenzó a reinar y lo que luego que se sentó en la silla intentó, y quién fue el autor de la paz cristiana, quien el primero que la admitir y concertó, por cinco años con Leon X para quietud de la cristiandad, y quién gustó de ella, quién tuvo limpias las manos de la sangre cristiana, y quién levantó primero campo contra los enemigos de la fe y les hizo guerra y entró en sus tierras, testificándolo las confederaciones que hizo despues que comenzó á reinar. Dígalo la jornada primera del rey cristianísimo para ocupar el estado de Milan, con tantas muertes de los suizos y otros cristianos, siendo duque Maximiliano Esforcia. Testigos son los dos ejércitos que el César antes de recibir el imperio, envió contra los enemigos de la fe, desde los reinos de España, de los cuales el uno rindió la isla del Peñon de Argel, promontorio muy fuerte de los piratas. Siendo pues estas cosas tan notorias, que con ninguna cautela se pueden encubrir, fuera mas acertado dejarlas en silencio, que tomar principio y fundamento de ellas. Cayendo pues y faltando tal fundamento habia de tomar otro de nuevo, sobre el cual pudiese renovar y blanquear las paredes abiertas

que se estaban cayendo, cubriendo y ocultando lo defectos aparentes.

«Refiere los conciertos hechos con el emperador quien como dice, siendo importantes para la salud de la república cristiana y bien de los súbditos de ambos, los guardó siempre firmes y inviolables. Pero que no se la guardó á él la misma fe, porque se le negó la posesion del reino de Nápoles y restitucion de Navarra.»

Pero cierto que fuera mejor callar estas cosas y no remover tal sentina, porque á los presentes no diese mal olor, ó fuera causa que quitándose las cortezas y jalvegues de las paredes viejas, descubriéndose sus aberturas y vicios, cayese todo el edificio, tomando debajo al que edificaba. Bastaba cierto haberse disputado largamente, no solo con palabras, sino por obras en Cales, cuya era la culpa. Cuando estando en cuestion, quien de los dos príncipes, que contendian, habia quebrado la concordia y por virtud del concierto habia de asistir y juzgarlos el rey serenísimo de Inglaterra, y él puso en su lugar por medianero al cardenal Evoracense, legado de Inglaterra, para que haciendo sus veces determinase quien primero habia faltado en la concordia, y provocado la guerra y acometido á tomar las armas contra el otro, para favorecer segun la condicion del concierto, al que lo habia guardado y sido provocado y acometido. Y siendo finalmente conocida la verdad, y por cartas propias y propia confesion del rey cristianísimo comprobada haber sido el primero en quebrantar la concordia, y el que primero acometió; el serenísimo rey de Inglaterra, guardando justicia determinó, que el César por haber guardado el concierto y si-

de provocado y acometido del francés, debia ser amparado, y que le habia de ayudar con todas sus fuerzas, y se declaró por enemigo del francés, como la justicia lo pedia, segun la forma del concierto.

Porque nadie piense, que esto se hizo por favor y no conforme á justicia, procurare (dice) responder abiertamente en a cada cosa particular. Que no hayan sido siempre guardadas estas concordias inviolablemente por el francés consta claro: porque en el primer año que el rey cristianísimo comenzó á reinar viviendo el rey don Fernando el Católico y no siendo Carlos aun rey de las Españas, sino que solo tenia el título de príncipe de Castilla, concertándose entre el rey cristianísimo y el príncipe Cárlos la concordia que llamaron de Paris, en la cual se trataba de los socorros que le habia de dar para obtener los reinos de España en muriendo el rey Católico y del matrimonio que se habia de hacer entre Carlos y Renata, hija del rey Luis, sucediendo poco despues la muerte del rey Católico, tratandose de la guarda de este concierto, y ejecucion de él, quiso el rey cristianísimo que no se cumpliese en lo que tocaba al matrimonio, y sucesion de los dichos reinos. Y por estas cosas mudando el parecer del primer concierto ordenó que se hiciese otro de nuevo, que llaman de Noyon, el cual tampoco parecerá haber guardado el cristianísimo rey, antes ha faltado en todo: porque llamando el cristianísimo su hijo a Cárlos, y prometiéndole amorosamente su grandeza, hiere como serpiente con la cola, y procura de todas maneras derribar y disminuir sus fuerzas. Y para poderlo hacer mas facilmente, pocuró con todo

ahinco (por fas, ó por nefas) impedir, que muerto el emperador Maximiliano, no le sucediese Carlos en el imperio. Pero no saliéndole asi sus intentos, buscó nuevas causas y maneras para apartarse de su amistad. Pidió rehenes para la seguridad de la junta en la concordia de Noyon, sin haberse prometido. Pidió la restitucion del reino de Navarra, de la cual nunca se trató: y que no concediéndosele esto, se diesen por rotas las concordias. Demas de esto, trató de quitar al César todos sus amigos y confederados. Solicitó (si bien en balde) los electores y príncipes del Sacro Imperio, para que difiriesen la dieta de Bormes, y la diesen por nula, y entretuviesen y ocupasen al César Concertóse asimismo con Leon X, para ocupar los reinos de las dos Sicilias: y que partiesen entre sí los estados de Italia. Incitó con letras, y correos los pueblos alterados de España, para que se apartasen de la obediencia del César.

Movió, finalmente las armas, asi contra Flandes como contra España; y ocupó el reino de Navarra, pero no sin llevar lo que merecia, echándole de él los españoles por su gran virtud, con muerte de muchos de los suyos. Estas cosas pues intentó el cristianísimo, antes que el César tomase las armas, ó se apartase de la observancia de la concordia, juzgue cualquiera de sano entendimiento, y sin pasion, que concordias firmes é inviolables puede mostrar haber guardado, pues aun con sus propias letras se comprueba lo contrario. Y veamos en que podrá mostrar, que el nuevo competidor no ha guardado la fé al rey cristianísimo, sino es que, como el asna de Balam, profetizando, diga la verdad que no entiende, esto es, no ha-

berse guardado una misma fé. Siendo asi, porque el César en nada ha contravenido al cristianísimo. Y añada que se le negó el censo del reino de Nápoles, en lo cual se muestra totalmente ignorante. Porque hablando del censo, ignora su naturaleza; y asi para descubrir lo poco que de esto entiende, hemos de acudir á la concordia de Noyon, la cual se hizo siendo Carlos menor de edad, y que no habia venido á España, ni los españoles le habian jurado por su rey, ni sabia los derechos de sus reinos, ni tenia cerca de sí consejeros que los supiesen, y vino en tal concordia por consejo de algunos, que pensaban que no tenia segura la entrada en España, si primero no se concertaba con el frances, haciendo nueva concordia á su gusto.

Engañado pues y vencido de la ignorancia del derecho, por medio de estos consejeros que tales cosas (ignorando los derechos) le aconsejaban, creyendo á las palabras solas, y pretension del Frances, vino en el desposorio y matrimonio que se habia de hacer á su tiempo, con Luisa, hija del rey cristianísimo, niña aun no de un año. Y que faltando ella, casase con otra, que aun no era nacida, si acaso despues naciese, y que faltando ambas, volviese al desposorio antes concertado con Renata. Y como entonces Carlos poseyese el reino de Nápoles *iure hereditario*, y por investidura de la Sede Apostólica, de quien es feudatario, y el rey cristianísimo pretendiese tener derecho á este reino, aunque en efecto no pueda pretenderlo, como está declarado por el señor del feudo, y puede constar por manifiestos documentos. Y si bien tuviera algun derecho, el rey Luis su antecesor, que no lo podia tener, lo perdió: y le ha-

bia dado en dote (antes que la sucesion del reino pasase al mismo rey Francisco) á madama Germana de Fox su sobrina, reina de Aragon, que entonces vivia. Y asi al rey Francisco no le quedó derecho alguno. Y como los agentes del rey cristianísimo pretendiesen, que el rey Católico don Fernando se habia obligado, por razon del derecho, que en el dicho reino el rey cristianísimo pretendia, de dar cada año cien mil ducados, si bien de esto no mostraran obligacion ni escritura bastante, y ya que la mostrase parecerá en ella haberse ya estinguido y perdido su valor, y despues se convinieron y concertaron, que el derecho que el cristianísimo pretendia al dicho reino, se diese en dote en el matrimonio que con el rey Carlos se habia concertado, y en el ínterin, hasta que el matrimonio se contrayese, diese Carlos al cristianísimo cada un año los dichos cien mil ducados para los alimentos de su esposa, y gastos de su casa. Y conforme á esto podrá este autor juzgar, que tal censo no se debe sino es al señor propio, que el derecho llama *directum*: ó ha de confesar su ignorancia, y error en que estaba. Y si bien conociéramos no haber errado, con todo, no decia bien, habérsele denegado el censo, porque de las escrituras del mismo rey cristianísimo, y su confesion consta claramente, que se le dieron y pagaron los dichos cien mil ducados, hasta que él rompió la concordia. Y no guardándola, conforme á ella perdió la accion y derecho que tenia al dicho censo. Y no solo esto, mas aun debia restituir todo lo que habia recibido, y se le podia pedir lícitamente. Y si bien no hubiera faltado en la concordia, conforme a la otra de

Noyon, si la guardara, no se le debia el dicho censo.

Arguye y quéjase de que no se haya hecho la restitucion del reino de Navarra, sin mostrar que jamás se haya ofrecido, ni puesto en la concordia de Noyon, ni parecerá por otro contrato porque ni en el de Noyon se hace mencion, ni hay una palabra que tal diga, sino solamente se da al cristianísimo: que si el César (mostrando el navarro el derecho que tenia á este reino, y visto y entendido) no le contentase y satisfaciese, de manera que razonablemente se debiese contentar, pudiese en tal caso el cristianísimo darle su favor y ayuda. Pero es cierto que no constará tan claro el derecho del navarro, como dicen. Ni tampoco parecerá que el César tenga noticia de otro algun derecho, ni lo imagine. Y asi no se podrá inferir que por culpa del César, no esten razonablemente contentos pues no dejó de hacer cosa conforme á razon, ni puede hacer mas hasta tanto que parezca mas liquidamente otro derecho de donde se vea abiertamente lo que es razon y justicia. Y si se entendiera esta razon, ninguno se quejará de que el César no hubiera restituido el reino de Navarra. Antes de la concordia de Noyon consta que el rey de Francia estaba obligado á dar todo su favor y ayuda al César contra los que acometiesen al reino de Navarra, y ampararle en la posesion de él. Y á la queja de haber acometido el César repentinamente, y alterado el estado de Milan, responde que ninguna cosa hizo, sino clara y abiertamente, y con buena guerra, y cuando ya el francés habia roto la paz y movido la guerra contra el César, que es directo señor del feudo, y en desacato del

Sacro Imperio, no habiéndose preciado el rey Francisco de pedir la investidura al emperador Maximiliano, ni ahora al César. Por lo cual si bien tubiera algun derecho (que no tenia) se hizo indigno y como ingrato quedó privado de él, y el dominio útil se volvió al directo. De manera que lícitamente el César pudo con todos los medios de hecho y derecho, recuperar el estado de Milan indebidamente ocupado, sin poderse decir que haya violado las concordias. Y asimismo se responde haber mal entendido lo que dice que se le debia el estado de Milan, como juro de heredad, y por concesion de la silla apostólica, é investitura que de él hizo el emperador Maximiliano. Lo cual es falso, que aun la naturaleza del feudo no permite que pase en juro de heredad, ni el decreto de la Sede Apostólica puede alterar la naturaleza de los feudos imperiales, ni quiere decir tal cosa la concesion de Maximiliano, ni conforme á la concordia de Cambray, que no se guardó. Y ya que se guardara, no por eso tenia algun derecho al ducado de Milan.

Y á lo que se queja, de que no se le guarda el juramento de apelaciones, y reconocimiento que se le debe, por razon de los condados de Artois y Flandes, responde que en esto no hubo falta hasta tanto que el rey de Francia faltó y quebró las concordias. Y ademas de esto, puesto ya el César como nueva persona en la dignidad imperial, no reconoce superior alguno en lo que es temporal, ni debia, ni por algun derecho era obligado á hacer juramento de fidelidad al rey de Francia, por razon de los estados que antes poseia, ni reconocerle por superior: porque aquella superioridad

se suprime con la potestad imperial, de donde primero salió. Que segun dicen los derechos de imperio, como de una fuente todas las jurisdiciones como los rios proceden, y de alli manan y corren: porque facilmente cualquiera cosa se convierte en su propia naturaleza; y esto se puede entender y admitir mas facilmente, si se mira los instrumentos antiguos, en los cuales parecerá como no se debe la tal superioridad al reino de Francia, si bien el duque Filipo I, último hijo de Juan, rey de Francia, por tener los vasallos (que en razon del matrimonio nuevamente habia adquirido) con autoridad real, en ciertos casos introdujo esta manera de superioridad y reconocimiento á Francia: pero no en todo, antes quedaron en muchas cosas exentos, y sin reconocimiento alguno. Queriendo ahora el nuevo rey de Francia meter la mano, y tener mayor derecho del que solia, justamente se le negó y quitó aun lo que tenia. Y mucho mas por razon del concierto hecho entre Luis XI, rey de Francia, y Cárlos, duque de Borgoña, bisabuelo del César, en el lugar de Perona, donde por las causas que alli se espresan, todas sas tierras del duque quedaron exentas de la superioridad y jurisdicion francesa, por todo su tiempo, y de todos sus sucesores perpetuamente. Lo cual se cumplió asi el tiempo que duró la vida del duque Cárlos: y todo lo que despues se intentó, fue violento y contra las concordias, que por no haberlas guardado, aun perdieron este y otros derechos. Y asi las quejas que tienen del César, con mas justo título se deben tener de los franceses, que nunca guardaron concordia, salvo en lo que les está bien. Y á lo que se quejan gravemen-

te del duque de Borbon, y que el emperador le inquietó con promesas, y hizo levantar contra su rey, se responde, ser tan ageno de verdad, como lo pasado: pues no podia haber promesa que moviese á hacer traicion el ánimo de un príncipe, verdaderamente con sangre real decorado. Sino que le forzó el no hacerle justicia en las cosas que pretendia serle justamente debidas. Y la manifiesta sed y codicia de ocuparle sus estados, poniéndole pleito injustamente á ellos, no en el tribunal ordinario, sino fuera de órden, ante jueces sospechosos, nombrados con particular comision, sin haber remedio de poder tener jueces sin sospecha ni pasion.

Compeliéronle asimismo muchas persecuciones y amenazas que tocaban á su vida, dignidad y estado, que habian de estar muy lejos del señor del feudo. Y por las razones cerca de esto dichas, pudo el duque de Borbon sin incurrir en pena procurar su libertad y sacudir el yugo de tan inicua sujecion: porque no sucediese que lo que contra él no se podia intentar segun derecho, violentamente ejecutasen en él. Y pidiendo por esto su libertad y favor al César contra tantas injusticias, debia el César siendo de su sangre y por razon de la dignidad cesárea (que en cuanto fuere lícito ha de socorrer á los oprimidos, y que ya en este tiempo le tenia por enemigo descubierto), dar el favor que el duque de Borbon pedia, y ampararle, pues se acogia á él como á seguro refugio, pobre y despojado de todos sus bienes. Principalmente, que entonces trataba el emperador de casarle con su hermana, y por eso le puso en su lugar en Italia. Y asi, confiando en su justicia consiguió la victo-

ria, y echó, no solo del estado de Milan, sino de toda Italia, al ejército francés, con gran daño de todos ellos y pérdida de artillería.

Alcanzada esta victoria, no siendo aun muerto el incendio de la guerra, que el francés (como se ha dicho) habia levantado, como fuese muy notorio que el mismo rey de Francia levantaba nuevos movimientos de guerra, para volver á turbar la paz de Italia, segun pareció por la obra, habiendo peligro en deshacer el ejército y dar materia al enemigo para acometer facilmente, ni tampoco convenia que el ejército estuviese ocioso y el duque de Borbon, debajo de cuya ventura (favoreciendo Dios) se habia alcanzado la victoria yendo á recuperar su estado y pretendiendo ademas de esto ser suyo el condado de Provenza, pidió al César parte de su ejército. La cual no pudo lícitamente negarle, si bien el César tenia mejores derechos que el duque de Borbon, para pretender este condado, por ser suyo y no del rey de Francia, que de ninguna manera puede decir ser patrimonio de los reyes de Francia, porque constará de títulos antiquísimos y otros documentos, que Gir Berga condesa de Provenza, teniendo una sola hija, que se llamaba Dulcia, la casó con Raimundo conde de Barcelona y la dió en dote el condado de Provenza y otras tierras que habia heredado asi de su padre como de su madre.

Casada asi Dulcia hizo donacion á su marido Raimundo de todas estas tierras, para que las poseyese todo el tiempo de su vida juntamente con ella: y despues las heredase el hijo, ó hija que hubiesen. Y no teniendo hijos que le sucediesen los herederos de su marido Raimundo. Esto fue el

año de 1112. Hecho pues Raimundo señor de estas tierras, en esta manera, murió su mujer Dulcia sin dejar hijos; y nombró por sucesor en las dichas tierras á Raimundo Berengario, hijo de un su hermano, el cual viviendo aun su tio Raimundo, fue recibido y jurado de los vasallos y súbditos del dicho condado de Provenza, por futuro sucesor, en el año de 1146, y en el año de 1151. Muerto ya Raimundo, conde de Provenza, y sucediéndole su sobrino Raimundo Barengario, que tambien era conde de Barcelona, y príncipe de Aragon, casó con doña Rica, sobrina del emperador Federico, del cual año de 1162 recibió la investidura del dicho condado de Provenza, como se contiene desde Durancia hasta el mar, y desde los Alpes hasta el rio Ródano, con la ciudad de Arles y condado de Foricalcerrij, y todo lo demas que el emperador tenia en Aviñon y en otras tierras. Despues de esta investidura, el dicho Raimundo Berengario, obtuvo el dicho condado de Provenza todo el tiempo que vivió; y muerto él, sucedió en el dicho condado, por nombramiento del mismo conde, su hija Beatriz, la cual casó con Cárlos, conde de Anjou, que fue el primero de este nombre que tuvo el reino de las dos Sicilias. Porque siendo llamado por Urbano IV, para que echase de él á Manfredo intruso, despues recibió la investidura de Nicolao III, que sucedió á Urbano. Por razon del cual matrimonio el dicho condado de Provenza se incorporó por muchos tiempos con el reino de Sicilia Y para mostrar mejor el derecho del dicho condado de Anjou: es forzoso (aunque sea de paso) tocar en el de los reinos de las dos Sicilias.

Del matrimonio pues de Cárlos I rey de Sicilia, (como dije) con madama Beatriz, condesa de Provenza, nació Cárlos II, de quien dicen que tuvo de Maria hija del rey de Hungría, catorce hijos, los nueve varones, y los cinco hembras. De ellos fue uno Juan, príncipe de Amorea y duque de Duraco, que engendró á Luis, del cual nació Cárlos III de este nombre, de quien se dirá.

Volvamos á Cárlos I. Como este reinase en Nápoles, en una batalla que hubo cerca de Benavente con Manfredo, siendo vencido Manfredo, se apoderó del reino, prendiendo despues á Conradino, que era el verdadero rey. Y muerto por órden del dicho Cárlos fue llamado de los sicilianos don Pedro rey de Aragon (que con armada muy poderosa habia pasado en Africa contra los moros) porque de ninguna manera podian sufrir las demasias de los franceses que los gobernaban, siendo movedor don Juan de Prócida. Pretendia el rey de Aragon tener derecho al reino de Sicilia, por razon de la reina su mujer, llamada doña Costanza, que era hija de Manfredo rey de Sicilia y Nápoles. Llegó pues el rey de Aragon con su armada á Palermo, y alli le aclamaron por rey, y el rey Cárlos, marido de madama Beatriz, que estaba sobre Mecina, viéndose inferior, y que no podia esperar al rey don Pedro, levantándose del cerco, se retiró á la Calabria. Y siguiéndole Rogerio general de la armada de Aragon, le tomó parte de la flota, escapando los que pudieron huyendo. Entró Rogerio en el puerto de Nápoles, y peleó con Cárlos hijo de Cárlos I, que habia llegado alli con algunos navios á socorrer á su padre. Venciole Rogerio y húbole á las manos. Volvió con

él a Sicilia, y de allí le trajo á Aragon, donde estuvo preso.

De aquí comenzaron las guerras sangrientas, que hubo entre aragoneses y franceses, hasta que muerto Cárlos I y don Pedro rey de Aragon, y su hijo primogénito don Alonso, sucediendo en Aragon su hijo segundo, que fue don Jaime, se hicieron paces, y dieron los aragoneses libertad á Cárlos II, concertándose en que quedase con el rey de Aragon Sicilia, que se dijo, *Ultra farum*, (que es lo que ahora llamamos Nápoles) y con Cárlos, Sicilia *Citra farum* (que es la isla que ahora se dice simplemente Sicilia) con el condado de Provenza, por herencia de la condesa Beatriz su madre. El primogénito de este Cárlos, vino á reinar en Hungría por sucesion de la reina María su madre. Y murió dejando dos hijos, á Luis, que sucedió en Hungría, y á Andres, que fue segundogénito, del cual se dirá. Pero Roberto, hijo tercero de Cárlos II, y conde de Provenza, fue coronado por rey de Sicilia y Apuya, dándole la investidura Clemente II, escluyendo los nietos de Cárlos II. Tuvo Roberto rey de Sicilia y conde de Provenza, un hijo llamado Cárlos, que fue duque de Calabria, y muriendo en vida del padre, dejó dos hijas, Juan é Isabel. Por descargar su conciencia el rey Roberto, que se habia alzado con Sicilia, quitándola á los nietos de su hermano, casó estas dos nietas con los descendientes de su hermano Cárlos, rey de Hungría. A Isabel su nieta que era la segunda, casó con Luis, hijo de Cárlos Marcelo primogénito, que reinaba en Hungría. Y á Juana, que era su nieta mayor, y que le habia de suceder en el reino de Nápoles y condado de Pro-

venza, casó con Andrés, hijo segundo del dicho Cárlos Marcelo.

Esta Juana primera, muerto el rey Roberto su abuelo paterno, sucediendo en el reino con su marido Andrés, incitada de un espíritu diabólico, ayudada de sus mujeres, damas y criados, ahorcó á su marido de una ventana; y temiéndose del rey Luis de Hungría, que queria vengar la muerte del hermano, y decian que ya venia con gran ejército, huyó al condado de Provenza, y allí dicen que adoptó á Luis conde de Anjou, primero de este nombre. Confirmó esta adopcion Clemente, antipapa, de quien dicen recibió la investidura año de 1382. Y de aqui tiene principio el derecho de la casa de Francia, comenzando por los condes de Anjou, y despues por los duques de Lorena, y finalmente, por los reyes de Francia. Por manera que el derecho de Francia tiene su orígen de una mujer que mató á su marido, huida de su reino, enemiga de la Iglesia romana, y que no tenia derecho alguno en el reino, ni en el dicho condado de Provenza para poder adoptar alguno: ni la autoridad de un antipapa la pudo valer, contradiciéndola la sentencia que dió Urbano VI, verdadero Pontífice contra la dicha Juana. Y por la misma razon merecidamente y segun derecho, en el año de 1381 concedió la investidura á Cárlos III de este nombre, que como arriba se mostró, era descendiente de Cárlos I, y de su mujer madama Beatriz, condesa de Provenza, por medio de Cárlos su hijo segundo, y de Juan y Luis, y asi gradatim por otros descendientes. El cual Cárlos III se comprendia en la investidura que se concedió á Cárlos I. Y por esto con mucha razon, el dicho

Cárlos III investido, en una batalla en que alcanzó la victoria, prendió á la reina Juana, que habiéndose vuelto de Hungría habia tornado á su reino: y se lo quitó, venciendo asi mismo al dicho Luis, conde de Anjou, su adoptado. El cual con un grueso ejército de franceses siguió dos años la guerra contra el dicho Cárlos III, y murió en Apulla. Sobreviniendo despues su muerte natural al dicho Cárlos III, dejó dos hijos que fueron Ladislao, y Juana II de este nombre. Ludovico II, conde de Anjou, hijo del dicho Ludovico I adoptado, en virtud de la dicha adopcion (que como se dice era nula) confiando mas en las armas que en la justicia, muerto su padre antes que la reina Juana que le habia adoptado, muriese, acometió al reino de Nápoles con poderosa mano, y ocupó parte de él. La cual, despues Ladislao, hijo de Cárlos III volvió á cobrar con ayuda de la ciudad de Gaeta, y de Bonifacio pontífice máximo, nuevamente electo, y asi poseyó el reino de su padre todo el tiempo que vivió, que fueron cerca de treinta años.

Difunto Ladislao sin hijos sucedió Juana su hermana, segunda de este nombre, que recibió la investidura de Martino V. Esta despues de haber, adoptado al rey don Alonso de Aragon, dicen que adoptó á Luis III de este nombre conde de Anjou, hijo de Luis II, al cual (viviendo aun la dicha Juana, Martino V, dió la investidura con tal que volviendo el reino á la Iglesia romana le tuviese por su feudo, y que muriendo sin hijos sucediese en él Regnato y despues Cárlos, sus hermanos, guardando el órden de nacimiento y sexo. La cual investidura no tuvo efecto porque el que la dió y el que

la recibió murieron antes que la dicha Juana segunda, que habia adoptado. Por lo cual el rey don Alonso de Aragon I, adoptado, obtuvo justamente la posesion del reino, si bien Regnato hermano del dicho Luis III conde de Anjou, por razon del primer fundamento inválido, obtuvo subreticiamente otra investidura de Eugenio IV con ciertas condiciones que no se guardaron. Por lo cual el mismo Eugenio la dió despues por nula invistiendo al dicho rey don Alonso y confirmándolo en la posesion del reino por los servicios y señaladas obras que habia hecho á la Iglesia romana derogando y dando por nulo el derecho de los de Anjou con la cláusula *de plenitudine potestatis*, por el estado y beneficio de la Iglesia romana. Del cual rey don Alonso quitado el dicho derecho y la sucesion de don Fernando su hijo, por no ser legítimo, pasó el derecho y sucesion del reino en el rey Católico don Fernando y de él por medio de la reina doña Juana su hija pasó al emperador Cárlos V. Y asi por cualquier via, sea del rey don Pedro de Aragon y doña Constanza su mujer hija de Manfredo ó por Cárlos el I y su mujer doña Beatriz, es clara y manifiesta la sucesion y derecho que el emperador tiene al reino de Nápoles y por el consiguiente al condado de Provenza. Aunque los que tuvieron el reino de Nápoles despues de la dicha Juana II, por la injusta ocupacion de los condes de Anjou, y despues de ellos de los reyes de Francia no pudieron conseguir el dicho condado de Provenza. Y no por eso se le pudo quitar por algun transcurso de tiempo el derecho que á él tiene el dicho emperador. Asi que puede justamente por las razones dichas pretender por

armas, ó en otra manera el dicho condado.

Pero deseando el César gratificar al duque de Borbon sus servicios, y por contemplacion del matrimonio que con su hermana estaba concertado, pretendiendo asimismo ser suyo el dicho condado, por razon de la concesion que Regnato duque de Lorena habia hecho en Ana su hermana, duquesa de Borbon y sus herederos, y que por ningun derecho pertenecia á la corona de Francia, quiso ayudarle con parte de su ejército, para que conquistase el dicho condado de Provenza que decia pertenecerle. De suerte, que por la entrada que el duque de Borbon hizo en Provenza, estando las cosas en este estado, no se podia culpar al César, antes darle gracias: porque no tanto confiando en su fortuna, como dice, cuanto en su justicia, quiso ayudar á Borbon por ser tan benemérito. Y no deben gloriarse los franceses, porque no tomó á Marsella, pues las victorias se han de atribuir á solo Dios, que á las de quien quiere y muchas veces niega al justo, lo que dá al malo, para despues castigarle con dobladas penas. Y no volvió, como dice, huyendo a Italia, ni siguiéndole el rey cristianísimo, sino sin recibir daño alguno, para oponerse al rey, que á toda furia con poderoso ejército por caminos mas breves pasaba á Italia, y impedirle el acometimiento que queria hacer en Lombardia. No fue posible llegar tan á tiempo, que el rey primero acometiese á Milan y la ocupase, estando bien descuidada, sin haber en ella quien la defendiese.

Llegando Borbon con los demas capitanes y soldados imperiales sin temor ni falta de ánimo, con su ejército entero guarneció con suma diligencia

las demas ciudades del ducado de Milan, poniendo en ellas presidios. De manera que echándose el rey sobre Pavia, que pensaba ser la mas flaca, deteniéndose con muy poderoso ejército (sin poder salir con cosa de cuantas intentó) muchos dias que duró el cerco fue rebatido en los asaltos y en otros acometimientos, con gran pérdida de los suyos y de su reputacion, permaneciendo siempre el ejército imperial en su fuerza. Y despues aumentandose con socorro de los que vinieron, estando el rey de Francia en su alojamiento fortificado por estremo, dentro de sus mismas trincheras y fuertes, le acometieron y vencieron, matando y prendiendo gran parte de los mas lucidos de su ejército, huyendo los demas. Y el mismo rey (como dije) sustentando la pelea, ni animando los suyos, para que resistiesen en ella, sino acompañado, como era razon, de los mayores y mas principales capitanes de su ejército, buscando por donde salvarse, cayó en manos del virey de Nápoles, que en nombre del César le cautivó y los demas príncipes que con él venian fueron cautivos y muertos. Del cual suceso consta, que no por sola fortuna, y mal hado los franceses, sino por la voluntad de Dios, valor y esfuerzo de los imperiales, se ganó esta victoria, como parece por el fin de ella y por otras muchas que por virtud de los capitanes imperiales, con gran daño han visto los franceses.

Quitando a los vencedores la virtud y conocimiento del arte militar, mas se ofenden y pierden de su honor pues confiesan ser vencidos de soldados que no sabian de guerra quererlo atribuir todo á la fortuna es ofender á Dios y tenerle en poco pues de él procede toda victoria; que co-

mo dice San Agustin no está la victoria de la batalla en la multitud del ejército, sino del cielo es la fortaleza y da Dios la victoria al que da osadia de pelear. Porque no nos espanta la multitud de los enemigos, ni el órden y forma de los que pelean, ni el resplandor de sus lucidas armas. Venció á Golias con sola una pedrada solo David, pequeño y desarmado, siendo un gigante robusto y espantoso en las armas, acompañado de infinitas gentes, que turvados de sola esta victoria huyeron.

Asi á Dios se debe la victoria, no á la fortuna ó hado sino es que hagamos dioses como hacian los gentiles á la fortuna y al hado.

Por eso impertinentemente se dice que no vencio tanto el emperador cuanto cayó en otro mayor peligro pues fue Dios el que venció, y no podia suceder otro peligro mayor, sino es permitiéndolo el mismo Dios, ni las fuerzas del rey quedaron tan enteras que se pudiese temer de ellas siendo presos ó muertos todos sus capitanes y de los demas tantos, que los que escaparon huyendo por ninguna via ni con algun dinero los hicieran volver á pelear de nuevo contra los imperiales victoriosos.

No arguya el adulador que toda Italia se levantó contra el emperador, antes quedó atemorizada de que las águilas vencedoras, armas y banderas imperiales, no volviesen sobre los que habian quebrado la fé y no guardado lo que habian prometido; luego se vió al ojo la benignidad y clemencia del César que hizo estar quedo su ejército vencedor y abrazó muy de voluntad los medios de paz.

Ofende este autor á la fidelidad y generosos ánimos de los tudescos en decir, que porque no se les daba paga se querian amotinar; pues estuvieron siempre firmes y perseverantes en el cerco de Pavia sin recibir en siete meses paga, y pelearon con conocido daño de los franceses. Ni faltó lugar donde poner preso al rey de Francia y guardarle, teniendo el César un ejército tan fuerte y victorioso. Ni estaba tan aparejado el poder de madama Luisa para rescatar á su hijo, oprimiendo al ejército imperial, y si lo intentara no lo hallara tan fácil, antes muy dificultoso, y aun imposible como se vió por el efecto. Y si el César siendo vencedor y teniendo a su enemigo cautivo ofreció medios de paz, no fue (como dice) para ocurrir al peligro que amenazaba, que ninguno habia, sino solo para mostrar el ánimo y deseo grande que tenia de la quietud de los cristianos y que las armas de todos se volviesen contra los enemigos de Cristo. Por lo cual antes se le habian de dar gracias que no vituperarle.

En lo demas que dicen, que por no tener donde guardarle en Italia seguro, le persuadieron que se viniese á España, donde alcanzaria del emperador lo que quisiese, y que el rey fiado quiso venir, y dió para la jornada su armada, se responde como llevándole el virey á Nápoles, partidos ya de Génova en quince navios del emperador, el rey pidió á Cárlos de Lanoy, que le trajese á España, y mandó venir algunos navios suyos (como se dice en la historia de esta jornada) que no fue por órden ni traza del emperador, sino antes sin saberlo él. En España se le hizo tan buena acogida como si fuera rey de ella; ó no viniera preso ó cautivo,

como por cartas del mismo rey se podria mostrar.

Asimismo se le responde ser falso lo que dice de que el rey trató con el emperador de una paz universal, y que se juntasen las armas contra los enemigos de la fe; antes fue al contrario, que el emperador era, y siempre fue él el que pidió esto, como lo mas principal que pretendia y deseaba, y por ello ofreció grandes partidos. Y el rey de Francia le ofreció, que si se le daba su hermana doña Leonor por mujer, y con ella le cedia el derecho de Borgoña, que con todas sus fuerzas le ayudaria hasta que se hiciese señor de toda italia, que á su costa haria guerra á los venecianos, y florentinos hasta sujetarlos; y cederia cualquier derecho que tuviese á Milan y Génova para que fuesen del emperador, y sus herederos: que lo mismo haria de Nápoles, y de las ciudades de Arras y Tornay, y la superioridad que tenia en Flandes, y Artois; y le acompañaria con su armada hasta Italia, cuando fuese á coronarse; y que si el César hiciese otra guerra contra los infieles, ú otros cualesquier, le haria la mitad de la costa; y que yendo el César le acompañaria con su persona.

Esto todo y otras cosas ofreció, no solamente estando en España, mas en Italia. A lo cual respondió el César, que él no renunciaria el derecho de Borgoña que era de su patrimonio, ni le daria su hermana que tenia ofrecida al duque de Borbon, si el duque no daba su consentimiento: ni queria levantar en Italia nuevas guerras, sino sustentarla en paz, y ayudarse de ella contra los enemigos de la fe. Lo demas que le ofrecia de su armada, y gente de guerra, lo admitia con hacimiento de gracias.

En lo que ofrecia de Nápoles, Milan, etc, que no tenia que decir, porque él lo poseia, y no entendia que el rey tuviese que dar, ni que renunciar en ello, que restituyéndole el ducado de Borgoña, de la manera que lo habia tenido el duque Cárlos su bisabuelo, se acabarian luego las cuestiones que entre los dos habia, y que él no queria los dineros que el rey ofrecia: ni se le pusieron condiciones imposibles, sino muy suaves, que el mismo rey las ofreció; ni el emperador era obligado á tomar por fuerza dineros por el rescate del rey, sino aquello que mejor y mas á cuento le estuviese.

Es asi mismo falso, y engáñase en lo que dice, que le amenazaron con cárcel perpetua; pues antes la tenia muy libre, y salia al campo, y á caza, y á otras recreaciones.

De la enfermedad que tuvo el rey, menos se le podia poner culpa, sino á la poca paciencia con que el rey sufria aquel azote que Dios le habia dado, que no estaba en manos del emperador darle salud, ni conservarle con ella, ni quitarle sus melancolias, que el César no tenia codicia de ningunos de los estados del rey, para juntarlos á los suyos, ni le importaba su vida ni muerte, para perderlos, ó ganarlos. Que le visitó humanísimamente, y le pidió no se acordase de mas que tener salud, que con ella se haria todo muy á su gusto.

Que la venida del legado del Papa, y otros, no fue á ofrecer lo que habian prometido, sino á moderar, y quitar lo que pudiesen de las cosas que por su libertad el rey dijo que daria estando en Italia. Y andaba este trato, cuando en Italia se concertaban el Papa, y otros, para deshacer el ejército

imperial, y poner en tanta necesidad al emperador, que hubiese de soltar al rey con las condiciones que quisiesen. Y teniendo el rey entendido esto no quiso pasar por lo que primero habia ofrecido, y haccia otros partidos muy diferentes. Que madama Alanson hermana del rey con otros vino á España, con achaque de visitar á su hermano, á tratar con él esto, y avisarle de lo que se concertaba en Italia. Y como no salió segun pensaban concertó que el rey huyese de la cárcel, y tenia aparejadas las postas, y franceses que habian entrado disimulados para este efecto. Fueron presos algunos de los que eran en este trato, particularmente se supo de tres, que eran los principales, y el César tuvo por bien que se disimulase, poniendo mas guarda y cuidado en la prision del rey.

Entendiendo su hermana que habia sido sentida, pidiendo nuevo salvo-conducto para sí y los suyos, se volvió llena de vergüenza á Francia.

Niega haberse hecho ante el César la protestacion que el apolojista dice; que nunca el rey vió en el emperador mal semblante, sino grandísimo amor, ni el emperador tuvo la codicia inmensa que dice, no pidió mas de lo que notoriamente era suyo. Que antes parecia culpable el rey en esto, pues con codicia de lo que no era suyo habia revuelto el mundo. Que eran muy frívolas y de ningun peso las causas que dice de su miedo. Que no fue culpa del emperador, si el rey por su melancolia llegó á estar desahuciado. Que es ridiculoso decir que el rey vino en aquellas condiciones por miedo de verse en perpeuta servidumbre. Que no hay en el mundo las leyes que dice el francés que veden dar cárcel perpetua á los que fueren presos en buena guerra,

antes conforme á la disciplina militar es licito al vencedor, que al que prendiere en buena guerra, pueda tener preso perpetuamente, ó darle libertad ó matarle si quisiere. Y si se componen, como las condiciones no escedan sus fuerzas siendo imposibles, está obligado á cumplirlas, aunque las haya hecho en durísima cárcel. Y esto es lo que dicen todos los derechos. Que ademas de esto era falso, que el rey fuese compelido á hacer condiciones inicuas ni imposibles, pues no se le pedia en ellas, sino que le restituyese su patrimonio. Que le daba por mujer su hermana mayor, segunda en la sucesion de tantos reinos y estados; y otras ventajas que no á un rey cautivo, mas libre y muy poderoso fueran muy favorables, y se le concedieran con dificultad. Que si el rey fuera bien aconsejado, lo habia de conocer asi, y guardarlas para el bien de su reino, y de toda la cristiandad.

Responde á lo demas que dice, que en el parlamento de Paris con maduro acuerdo se habia determinado que el rey no cumpliese la concordia por las condiciones inicuas, y por ser contra lo que juró cuando lo coronaron, que lo miraron mal, y que mas fueron aduladores que consejeros; que no hay condicion nunca usada, porque no se promete cosa que no sea debida: que el César, á quien ahora el francés llama mas poderoso, no fue jamas tenido por los franceses sino por menor, y de menos poder: que conforme á todo derecho pudo el rey ser compelido, á que restituyese lo que tenia, usurpado; que el juramento que hizo, no tiene que ver en esto, pues no era sino de aquello que era del patrimonio real, y aqui se trata de la restitucion de lo que tiene usurpado, y no

era de su patrimonio, que no se trata de enagenacion, sino de restitucion; y cuando fuera enagenacion, no era necesario el consensu de los súbditos, haciéndose la enagenacion en el que es mayor ó superior. Y si fuera necesario se quitaba el fundamento de la union que alegan del ducado de Borgoña con la corona de Francia, porque volviendo la sucesion del ducado al rey Juan, los súbditos que querian tener duque por sí, la contradijeron de tal manera, que la hicieron dar por nula, y se les dió por duque á Filipo Le Hardi, hijo del dicho rey Juan, á quien se hizo concesion de este ducado, para él y para todos sus descendientes que por línea legítima de él viniesen. Por la cual línea via recta desciende el César desde el duque Filipo, y se le debe por esto el dicho ducado de Borgoña, pues de él está despojado y niega haber hecho el rey Francisco la protestacion que dice, para si el César le pidiese condiciones inicuas; y cuando las hubiera hecho, que no las hay en toda la concordia.

Que puesto ya el rey Francisco en libertad y dentro en su reino, habia dicho y prometido á los embajadores del César, que cumpliria todo lo que en España habia prometido: y lo mismo habia hecho por cartas escritas de su propia mano para el César. Que los borgoñones que habia llamado para decirles lo que de ellos habia prometido, habian sido sobornados por sus ministros é impuestos en lo que habian de decir delante del embajador del César, el cual lo habia muy bien entendido. Que no obstante, lo que los borgoñones habian dicho y protestado, el mismo rey respondió que habia de guardar lo que habia prometido. Que sino

hubiera cautela, no tenia necesidad del consensu de ellos ni de otros, pues tenia en su poder todas las fuerzas y castillos del ducado de Borgoña. Que estando en su reino no le valia quererse salvar por razon de la protestacion ó miedo, siendo clarísima determinacion del derecho que no dura mas el miedo que cuanto dura la razon de temer, y asi el consensu que se da cesando la causa del temor, purga el miedo antes que uno, y se quita la presuncion de cualquier temor, para que asi se juzgue el acto precedente ageno de todo temor, y segun esto no ha lugar toda escusa, para no guardar la dicha concordia. Que debia temer (pues todas las cocas suceden por justo juicio de Dios) que como de cautivo le habian puesto en libertad, no volviese de la libertad al cautiverio, por no haber cumplido sus juramentos, y por la dureza de su corazon. Que la autoridad del parlamento de París valia poco para esto, pues aquel consejo se ordena solo para administrar justicia, y no para resistir que el rey restituyese lo que injustamente poseia. Y era cierto que no se resistieran ellos, ni los demas parlamentos de Francia, si él no quisiera, pues el mismo rey confiesa, que es señor, no solo de los bienes públicos, pero aun de los particulares de su reino. Y asi es claro que los suyos no le podian forzar ni resistir. Que estando el rey Francisco en Italia ofreció de su voluntad por su embajador don Hugo de Monte Cateno, que todas las condiciones de paz que con él hiciese de mas de las rehenes que habia de dar para seguridad, haria que las confirmasen, y las aprovasen los parlamentos del reino, y en las cortes generales que en él se harian. Que el ducado de Borgoña, no es, ni está

en las entrañas de Francia, ni se puede decir ser de Francia, ni su defensa, sino es queriéndose escudar (como hacen otros) con armas agenas.

Ademas responde á lo que dice de la enegacion del ducado de Borgoña, de no poderse hacer, por haberle incorporado en el reino, juntamente con él de Normandía el rey Juan; que si bien fuese asi, no por eso se le quitaba al César el derecho que pretende en persona del duque Filipo Le Hardi, de quien por linea recta desciende. Y pone la sucesion en la manera que yo la tengo dicha en esta historia, y concluye la obligacion que el rey tiene, estando bien informado á cumplir lo que prometió, sino es que dejándose guiar de un ciego de ambos (como dice el proverbio) consigo en el barranco; y que la gente de armas, y el acompañamiento que para su coronacion ha prometido al César fue de su mera liberalidad, ofreciéndola el rey, sin que se lo pidiesen. Que antes le perdonó muchas cosas, que conforme á derecho eran del emperador: que asi mismo le prometió de ayudarle, y acompañarle con su persona y fuerzas en las guerras que hiciese contra turcos y luteranos. Y á lo que se queja de no haberse tenido respeto á sus amigos, que habian seguido su parte, le responde, que se dió libertad á muchos, y á algunos como Florencio, hijo de Roberto de la Marca, y Pedro Navarro, y otros á quien no se debia, y eran dignos de muerte, por haber tomado las armas contra su señor natural. Y que el virey de Nápoles no se le habia dado comision para hacer nuevas capitulaciones, sino para que procurase que se cumpliesen las prometidas y asentadas. Y que no estaba obligado, segun la forma

de la concordia, á entregarle la reina Leonor ser su esposa, hasta tanto que cumpliese lo que habia prometido. Y que no eran estas causa bastantes, ni habria hombre cristiano que las tuviese por justas para hacer una liga tan fuera de toda razon, justicia y equidad con el Pontífice y venecianos, y poner por protector de ella al rey de Inglaterra, sin saberlo, como lo dice el mismo rey, ni pasarle por pensamiento; y querer atrevidamente y con soberbia obligar al emperador á que entrase en ella, siendo el fin de esta liga, (que llamaban santísima), escluir al emperador y echarle de ella, pues, dice, que no le admitian hasta tanto que ponga en libertad los hijos del rey de Francia. Y que antes que se le intimase esto al César, se levantase un ejército y todo lo demas que en la concordia se refiere.

Responde finalmente á una protestacion que la apologia hace al Pontífice, cardenales y á otros príncipes tan larga y picantemente, que no le quedó nada á deber al francés para la otra vida; y por pagarle en todo respondió últimamente á los versos con otro que para el curioso pongo en dos lenguas.

In Apologiam Gallicam.

Quod violata fides. quod fœdera pactaque rupta
Patronum, quis non ista stupescat? habent.
Invenere suas lauctucas labra: probatur
A cæco lippus, cum nihil ambo vident.
Fertur in authorem vicium quod prodit ab ipso,
Et male defensus fit magis inde reus.

Fœdera sic cum tu non observata tueris,
Non bene suscepti causa clientis habet.
Debet enim promisa fides et in hoste morari,
Hanc ab amicicia tu procul esse jubes.
Nonne fidem rex iste tuus jam factus amicus,
Et pos conjugii vincula, sponte dedit?
Pactio nulla valet, verum est, ut dicis, iniqua:
Hic sed iniqua refert pactio qualis erat?
Rex bello captus, promisit reddere, jure
Quod nunquam tenuit: dic sacra jura vetant?
Sic postliminio liber dimittitur: hæc ne
Vis tanta est, licead quod violare fidem?
Non noscit siquidem perfricta fronte pudorem:
Rex etiam quem non novit et iste tuus.
Deducus hinc semper, si non resipiscat, habebit,
Et tecum æternam quam facis ipse notam.
Injustæ siquis defendit crimina causæ.
Qua forsan voluit parte juvare: nocet.

In Fœderis ruptorem.

Et vento, et foliis quanquam plus ponderis ese,
Quam vobis constat rex modo France tuis
Esse tamen vana hæc cum dicis fœdera: credo.
Hic saltem posum dicere: vera refers.
Idem etenim es facti, atque idem sermonis es author,
Idem, qui dicis fœdera vana: facis.
Cum subdis: ratio quia defuit: hoc quoque credo,
Miretur quis non tam bona verba tibi?
Sis animi compos, sis non rationis egenus.
Non credis testes fœderis esse Deos?
Qui te ultro instantem: qui te videre rogantem:

Vota æques rapidis non licet illa Notis.
Pactio iniqua fuit: fateor. Nam dicere æqua
Incolumen quod te fecerit ese, nequit.
Nec estringit quod jura vetant sacra: te quoque pose,
Cum sacra sint, stringi, Gallica jura vetant.
Et sacra sunt certe. Nam quid sacratius illis
In quibus omnis abest cum ratione pudor?
Et prohibent stringi: quia ne stringaris, id á te
Nunc totis fieri viribus, illa vident.
Sed vis cogebat: verum est ut fallere poses.
Hæc ubi adest, nula est pactio. cedo tibi.
Rethoribus quantum debes Francisce? videris
His ducibus verum jam didicidise loqui.
Si responderent istis alia omnia verbis.
Hannibalem nemo, te Latiumque vocet.

Que en romance son:

Si falta la razon, juzga por vanos
Los injustos conciertos, pues no aprietan
Ni fuerzan con violencia,
En los casos humanos,
Que las sagradas leyes nos decretan,
Pues donde hay fuerza ciega
No la tiene alguna conveniencia,
Ni el concierto se niega
Al que ha sido forzado
Que busque libertad y nuevo estado.
Que la violada fe y las alianzas,
Y los conciertos quebrantados tengan
Patron que los defienda, á quién no admira?
Halla al fin su manjar cualquiera gusto.

Aprueba el ciego al otro ciego, y ambos
No ven alguna cosa, culpa el vicio
A quien lo aprueba, y por autor lo nota
Y parece mas reo y mas culpado
Aquel que flojamente es defendido.
Asi tú defendiendo los conciertos
No bien guardados, con razones frívolas
La causa y el cliente que á tu cargo
Tomaste á defender, quedan perdidos.
Porque debe la fe siempre guardarse
Aun con el enemigo; mas tú mandas
Que aun de las amistades estes lejos.
Acaso este tu rey despues que hubo
Amistad confirmado, tras los vínculos
Del matrimonio, dí, su fe no puso
Muy de su grado y voluntariamente?
Verdad es (como dices), que no vale
Algun concierto injusto; mas aqueste
De qué injusticia, dí podrás culpalle?
Rey cautivo en la guerra dió palabra,
Lo que no poseia con derecho
Volvello: qué derecho esto impide?
Libre volvió despues del cautiverio.
Tan gran violencia fue esta, tanta fuerza,
Que quebrantar su fe le fuese lícito?
Pobre tienes la frente de vergüenza,
La cual tampoco este tu rey conoce;
Seguirásele de esto siempre infamia
Si en ello persevera, y juntamente
La nota que tu haces ser eterna.
Porque si alguno crímenes de injusta
Causa defiende, por la parte misma
Que pretendió ayudalla, la destruye.
De aquesto consta, pues, oh rey de Francia,

Que hay mas peso y firmeza aun en el viento
Y blandas hojas, que no en tus promesas
Mas cuando dices que estas alianzas
Fueron vanas, lo creo y decir puedo
Que á lo menos en esto verdad dices.
Un mismo es el autor del dicho y hecho:
Uno mismo el que dice los conciertos
Ser vanos, y el que hace que lo sean.
Y cuando añades que ellos fueron vanos
Por faltalles razon, lo creo: no admira
Que tan buenas palabras en tí se hallen?
Ten alma, de razon no seas ageno.
Tú no crees que á las justas alianzas
Sirven los mismos dioses de testigos?
Los que rogar te vieron con instancia,
Veran en el suceso tus promesas
A los rápidos vientos ser iguales.
El concierto fue injusto: eso confieso,
Porque el concierto ser no puede justo,
Pues hizo la injusticia de librarte.
Y no te obliga, porque los derechos
Lo prohiben, los cuales por sagrados
Obligar no te pueden, pues lo vedan
Los sagrados derechos de tu Francia.
Mas sagrados no son, sino execrables,
Pues la razon les falta y la vergüenza
Y vedan obligar, porque ven ellos
Que con todas tus fuerzas tú procuras
El no estar obligado en algun modo,
Compelióte la fuerza, verdad dices:
Pero fue solo á que engañar pudieses.
Y donde hay fuerzas ya cesó el concierto.
Cuánto debes, Francisco á los retóricos?
Pues que te enseñan á hablar verdades

Siendo ellos maestros que te adiestran.
Mas si todas las obras respondiesen
A estas tales palabras, ya ninguno
Te llamaria Annibal ó el gran Latono.

XV.

Escribe el rey de Francia á los príncipes del imperio.

Paréceme que basta lo referido de la apologia francesa y de la respuesta española: que si bien no es todo lo que se dice, es lo mas y de mas sustancia, para que sepamos cual andaba la cólera y ciega pasion entre estos príncipes.

Por el mes de octubre de este año (que no sé si fue antes de la respuesta que he referido ó despues de ella), escribió el rey de Francia á los príncipes electores y demas del imperio romano de Alemania que estaban en la dieta de Espira, diciendo, que habiendo recibido sus cartas en que le pedian libertad y seguro para que sus correos pasasen por Francia, se la daba. Que deseaba verse con ellos para consultar y tratar cosas tocantes al bien comun. Pero que despues que supo que el terrible enemigo de nuestra fe habia entrado con poderoso ejército en Hungria, y tomando algunos lugares, vencido y muerto al rey en una batalla y ocupado casi todo el reino, habia sentido (como era razon) notablemente un daño tan grande de la Iglesia cristiana, y lloraba consigo mismo lo que en estos tiempos habia perdido la cristiandad, con la pér-

dida de la fortísima ciudad de Belgrado y la nobilísima isla de Rodas que era una defensa grande de los cristianos, verla en manos de los enemigos: y que se temia que le seria fácil al enemigo entrar con el ejército victorioso hasta el ducado de Austria, sin podérselo impedir algunos presidios ni fuerzas que no las habia en él.

Al cual si ocupase, dice, ¿qué podíamos esperar de toda Alemania estando todas las ciudades desconformes y las gentes llenas de nuevas opiniones? Lo que mas pena nos daba era, que en tanta turbacion de cosas veamos la religion cristiana desamparada de todos. Y que las armas que se habian de emplear en los enemigos, las fuerzas que se debian volver contra ellos, los consejos que habian de aprovechar, no solo para defendernos, pero para totalmente destruirlos, se volvian contra nosotros y se metian por nuestras entrañas y derramaban la sangre humana. De manera que con nuestros odios y enemistades sentimos mas las fuerzas de los enemigos. Y ellos concordes nos quitan lo que tenemos, y con guerra y armas y derramamientos de sangre, el pequeño espacio de tierra que tenemos se consume. Y el enemigo entre tanto nos ocupa los reinos, islas y provincias. Y lo que mas sentimos y es vergüenza decirlo, que cuanto mas la religion cristiana se ve en peligros, tanto con mayores enemistades se incitan y revuelven entre sí los ánimos. Y ciertamente, si bien estamos mas lejos de estos peligros, no por eso dejamos cosa con la cual pudiésemos socorrer tantos males. Aconsejamos con diligencia al César electo emperador, y le rogamos y protestamos, que dejadas todas enemistades procurase la concordia entre los

príncipes cristianos, pues estaba en su mano si quisiese con honestas condiciones que se le proponian, componer la paz de todos. Que mirase no fuese que queriendo con demasiada codicia lo ageno, perdiese lo propio y cayese en la ira de Dios. Y mas, porque no hubiese impedimento en la tranquilidad de los cristianos le soltaria todo lo que le pertenecia, con muy buen derecho en Italia; pero que no habia querido admitir las condiciones de paz dando largas al tiempo, y asi daba lugar para que se destruyese la cristiandad, y se abrasasen sus campos, robasen sus ciudades, y consumiesen con muertes é incendios. Lo cual todo si bien hasta el dia presente fuese notorio haber hecho con él, no hallaba mas de lo que se ha dicho. Porque sabiendo el evidente peligro de Austria, (que era su patrimonio) el peligro de toda Alemania, la miserable suerte de su hermana y cuñado vencidos y echados de Hungria, sino le despertaban la religion cristiana, la fé de Cristo, la salud de su pueblo, cuyo patron y defensor se predicaba, ¿qué esperanzas podia haber de sus consejos, y ruegos? No fuimos cierto de parecer, que desamparásemos la república cristiana, sino antes procurar su remedio, porque del todo no cayese.

De esta manera habla el rey de los príncipes alemanes, y les pide y ruega, que hagan con el emperador, que se quiera aquietar, apartándose de un propósito tan dañoso, y de tan notorio peligro para sí, y para toda la religion cristiana.

Y dice mas:

«Sabemos, que prudentemente le direis, que las cosas de la cristiandad estan en el estado, que ya no sufren dilacion; porque la enfermedad cre-

ciendo ha penetrado hasta las entrañas, y meollos de los huesos, que no se mira solo por su salud, cuanto por la de los demas príncipes, y pueblos cristianos. Y si pusiere achaques ó dilaciones, si encareciere sus fuerzas, y disimulare mas su miedo, os avisamos que con estas dilaciones hemos venido en peligros tan notorios, que ya no hay quien no vea, que apenas tienen lugar los príncipes cristianos para entenderse y concertarse, y juntar sus fuerzas para defenderse á sí, y á sus cosas del peligro que nos está amenazando. Y que estas sus escusas no quieren otra cosa, sino hartar aquel deseo insaciable de su ambicion', que si contiende con los príncipes cristianos por la gloria, ú honra; si dijere, que quiere defender sus cosas; ¿qué se le podia ofrecer mas honroso ni feliz? que juntas las armas de todos los príncipes cristianos, lanzar al enemigo, no solo de sus tierras, mas aun perseguirle vencido, y deshecho, hasta cobrar de ella tierras que han sido de cristianos, que seria fácil. Que queriendo todos con tanta sangre un estado tan pequeño, era fuerza querer la perdicion, estando ya en Italia juntas las fuerzas y armas que abrasaban á Lombardia derramando la sangre de cristianos, y seria mas conveniente volverlas contra los enemigos y deshacerlos; y restituir el reino á su cuñado, y defender sus tierras y ganar grandes reinos y ciudades, aumentando la religion cristiana, y librando las almas de los desdichados que forzados reniegan de Cristo. Como se puede acordar que hicieron nuestros pasados, cuando saliendo de sus tierras, entraron mano armada en Asia, y vencieron poderosos enemigos, y ganaron de ellos aquel santo lugar donde tuvo principio la religion cris-

tiana. Y si como imaginamos y deseamos, viniere en esto, facilmente nos y los demas príncipes, con las condiciones que ofrecimos, ó con otras, si parecieren mas convenientes nos concertaremos, y nos pondremos en hacer esto, que tanto ha que deseamos, y prometemos delante de Dios, y os damos palabra de emplear en esta empresa todas nuestras fuerzas, y bienes de nuestro reino, y nuestra persona, sin reparar en trabajos, peligros de la vida, ni gastos por la defensa, y aumento de la religion cristiana. Pero si (lo que Dios no permita) estuviere porfiado en su parecer, y no quisiere la paz, que se le ofrece que la habia él de desear mas que nosotros ofrecérsela, pues estamos mas libres de peligro, que él, y gozamos dentro en nuestro reino de la paz dulce y amable, protestamos delante de Dios, que sabe los corazones, que no hemos dejado cosa que importase para la defensa de su santísima ley, y verdadera y saludable fe, y religion católica, y asi sernos lícito probar las armas si nos negaren lo que es tan honesto.»

XVI.

Respuesta por notas á la carta anterior.

Con esto acaba el rey su carta, que si se leyere á solas no sabiendo las historias que toca, parece justificada y santa, y que el emperador tenia mil culpas. Pero por sacar al mundo de esta ignorancia, luego que en Espira se publicó, enviaron

los que querian bien al emperador copia de ella, y algun curioso la imprimió en Alcalá, arrimándole por la margen, unas anotaciones con que responde aguda y brevemente á los puntos que al emperador mordian. Yo no tengo por tan sufridos y modestos á los franceses, que no se pagaran, si hallaran con que.

Bastará lo dicho para que entendamos que tiempos tan miserables eran aquellos, y con cuánto trabajo se vivia en ellos, con que amor se tratarian los súbditos de los reyes, cuando los mismos reyes asi se trataban, conque rabia y furor usarian de las armas, y se quitarian las haciendas, las honras, las vidas, pues aun á las plumas no perdonaban.

De la misma manera la cólera, el enojo, indignacion, y rabia, encendian el pecho de Clemente VII y lo hacian fulminar censuras, anatemas mas hinchadas y espumosas, que el mar Océano cuando mas airado, que como rayos del cielo asombraban la tierra, y encogian los corazones humanos.

Dije como habia procedido contra el cardenal Colona, y Vespasiano, Ascanio Colona, y otros caballeros de esta familia, y contra Cárlos de Lanoy virey de Nápoles, y algunos príncipes; y aun llegó la demasia hasta tocar en el emperador, y súbditos suyos, criminando sus cosas, y quejándose de él, y de los coloneses, por todo el mundo. Y si bien es verdad que habia muchos que se reian de estas censuras, y las tenian en poco como de persona demasiadamente apasionada; otros temerosos de Dios, con buena conciencia, se escandalizaban llenos de temores. Y asi fue necesario que por parte del emperador respondiesen á ellas, satisfaciendo á todos, y al mismo Pontífice.

XVII.

Escribe el Papa al emperador.

Escribió Clemente un breve ó carta al emperador, en 23 de junio del año de 1526, y en él decia. Que no pensaba que tendria necesidad de muchas razones para mostrar cuanto habia procurado con obras y palabras desde el principio de su pontificado su gracia y amistad, pues era tan notorio. Y que él mismo estaba de sí muy cierto, que no habia dejado cosa, que fuese del oficio de buen pastor, y verdadero amigo para con el emperador, y todos sus súbditos. De las cuales buenas obras, y verdadero amor que le habia tenido, no habia sacado otra cosa, mas de verse despreciado y echado de su amistad, sin haber jamas hallado muestra alguna de amor, ni voluntad en él, ó por causa, y engaño de aquellos que jamas gustaron de que entre ellos dos hubiese amor, ó porque lo queria él asi para oprimir á Italia, y disminuir la dignidad pontifical; y que asi le era forzoso llegarse á la amistad de aquellos, que por naturaleza: y propia voluntad el mismo habia aborrecido y esto con mas veras, que lo que la autoridad de muchos y su propio honor, y bien público de Italia pedia.

Pero como ya hubiese llegado á punto, que por su larga paciencia, y gran espera perdia reputacion, teniéndole por negligente en lo que tocaba al bien público, le convenia ya tomar aquellas armas

que para defensa de la justicia y libertad de Italia, y suya propia, fuesen necesarias: no para ofender á nadie, sino para amparo, y conservacion de su honor, y oficio propio. Y que para recontar brevemente las causas, que le forzaban á esto, se podia acordar el emperador, como le habia servido siendo cardenal, y cuan su allegado y apasionado habia sido en vida de su tio Leon X, y despues de su muerte, deseando gloriosos fines en todos sus hechos, cuales el mismo emperador pudiera desear, sin perdonar á trabajos, ni peligros de su propia persona. Y que como despues siendo ya llamado por la providencia divina al sumo pontificado, teniendo los enemigos del emperador gruesos ejércitos en Italia si bien el oficio de pastor le obligaba á no tratar de las armas, porque los hechos del emperador no se disminuyesen, no solo permitió que en sus ejércitos entrasen ayudas de los florentinos, sino tambien de la Iglesia Romana: y aun les dió grandes socorros de dinero: y finalmente, todos los favores que importaban á los capitanes imperiales, hasta tanto que se vieron libres de aquel peligro. Pero que despues, como el honor pontifical pidiese una persona, que fuese padre comun de todos, él se apartó de la armas y guerras, y llamó y recogió sus soldados, cuando las cosas imperiales estaban no solo no inferiores, mas superiores á sus enemigos.

Que dejadas asi las armas á los capitanes imperiales para la entrada que hicieron en Francia habia socorrido, segun su caudal, con copia de dineros. De la cual entrada, sin órden ni tiempo, habia sucedido un acelerado y grave rompimiento de los franceses, viniendo su rey poderosísimo por

caudillo de sus gentes, y tomándo la ciudad de Milan. En el cual tiempo como los capitanes imperiales totalmente perdiesen la esperanza, y aun se temiesen y viesen en peligro las tierras que eran propias del emperador, y el mismo Pontífice estuviese con gran miedo del peligro en que estaban las suyas, fue forzado á venir en los medios y conciertos que el emperador muy bien sabia. De las cuales cosas habia cierto visto y conocido, cuanto habia sido su cuidado; cuanta la diligencia que en la salud de las causas imperiales habia puesto: pues igualmente habia mirado por sus cosas, y de los suyos, como por las propias, y de los que la tocaban. Y que pues él sabia bien todo esto, no tenia necesidad de referir en particular sus acciones, y buenos oficios, que en su gracia habia hecho: pues fácilmente las podia entender. Pero que si acaso no las supo, ó estaba olvidado, habria tiempo cómodo para se las decir, pues él detuvo de muchas maneras el acometimiento que los franceses hicieron en sus tierras, con los cuales si se hubiera querido confederar y seguir sus partes se le habian ofrecido grandes intereses. Y no solo ofrecido, pero aun entregado, porque se apartase de la opinion que hasta entonces habia tenido. A lo cual no dió lugar, porque habia valido con él mas la memoria de su antigua amistad, que otro algun interés.

Que habiendo alcanzado los capitanes imperiales aquella célebre victoria de los franceses, pareciéndole que ya era acabada la competencia con ellos, y que asi podria con estrecho vínculo ligarse con él, sin sospecha de las partes, ni de alguna mala codicia (en lo cual entendia estaba

todo el bien de Italia, y aun de la cristiandad) no solo se confederó con el Cesar, pero á sus capitanes y ejército (que estaban faltos) proveyó de dineros, con que se pudiesen sustentar: enviándoles cien mil ducados, con condicion, que si de esta confederacion el emperador tuviese alguna duda, se restituyese al Pontífice esta moneda. El cual concierto no le acepto el emperador claramente, asi por su mal ánimo, como por las enemistades de algunos de sus capitanes, y malos consejos.

Que comenzó el marqués de Pescara á tratar, y mover lo que era detrimento, y peligro de su estado; los cuales tratos entendidos por el Pontífice, viéndose totalmente despreciado, y que el emperador no admitia su amistad, faltándole como le faltaba en todo, habia querido buscar á quien llegarse, para seguridad de sus hechos. Pero no lo habia puesto por obra, antes venciendo el amor, que le tenia su dureza, habia acordado amonestarle que mirase como los capitanes de quien fiaba sus cosas en Italia no estuviesen quejosos, en lo cual debia el emperador entender, cuan á cuenta del Pontífice estaban la quietud y firmeza de sus cosas.

Pero despues de esto con grandísimo sentimiento y dolor suyo, y de toda Italia, ocupando los capitanes imperiales el estado de Milan, tratando de sitiar el castillo en que estaba Francisco Maria, entonces, pidiendo el peligro su cuidado y severidad contra un desacato tan grande, y suplicándoselo con encarecimiento todos, conocidos y no conocidos, ofreciéndose con sus armas, haciendas y personas, y animandole casi todos los

reyes de la cristiandad, viendo que ya no podia resistir á sus demandas, quejas y ruegos, moviéndole la deuda de su oficio, y calamidad, y peligro general de Italia; llegó á este tiempo el comendador Herrera, que el emperador habia enviado con despachos suyos, con los cuales volvió á caer en la antigua esperanza, y deseo de reconciliarse en alguna manera con él; y dejando los consejos, las armas, y ofertas de muchos, con queja, y grave indignacion de todos, que con sentimiento se agraviaban que los desamparase, determinó volverse á juntar con él, queriendo darle la gloria, y hacerle autor de la paz en la cristiandad.

Asi admitiendo los capítulos que el dicho Herrera habia traido con alguna leve moderacion, los volvió á enviar al mismo emperador, escribiéndole de su propia mano, y pidiéndole, que por la misericordia de Dios quisiese quitar de sí la sospecha, que de su demasiada codicia todos tenian, y le ofrecia la perpetuidad, y fruto de su amistad: lo cual le aconsejaba amigablemente, y finalmente, le pedia con toda blandura y amor, lo que lícitamente se podia pedir de otra manera. Esto es, la seguridad de Italia, y que perdonase al duque de Milan, si acaso habia errado, y mirase el amor que al Pontífice debia por tantas obras, y buenos oficios que con él habia hecho; y otras muchas que cada dia le pedia, y largamente con generosa voluntad se las concedia; de las cuales le resultaba honra y provecho.

Lo cual podia facilmente entender por los bienes que de ellas habia recibido, y que de la manera que se le habia agradecido era facil conocerlo.

Lo primero por las afrentas que los capitanes que tenia en Italia le habian hecho; los cuales porque el Pontífice no habia luego venido en lo que ellos por su demasiada codicia querian, habian hablado mal de su fé y voluntad, y puesto muchas sospechas con siniestra relacion cerca del César, sin mirar lo que su oficio y honor pontifical pedia: queriendo despeñarle con ellos mismos, en todas las determinaciones que arrebatada y temerariamente se ponian. Y cuando veian que con mayor moderacion y recato procedia, perdia la gracia con ellos olvidándose de todos los beneficios que de él habian recibido; y que el emperador daba á estos mas crédito de lo que convenia; y demas de esto que en la ciudad de Sena habian procedido los ministros imperiales con tanta aspereza, y maldad, con los amigos, y aficionados del Pontífice, que destruida casi toda la nobleza, y hechas muchas muertes ninguna otra cosa parecia hacerse mas abiertamente, que darle á él con aquellas afrentas y oprobios en los ojos, guardando él en todo con paciencia, disimulacion y modestia, tanto respetó al César, que de ninguna otra parte procuró el remedio de las calamidades de tantos inocentes, sino del mismo César. Y estuvo tan lejos de darle, que cada dia crecian los males, y el rigor, y la afrenta de sus amigos. Que habia mostrado el César cuan dañado tenia su ánimo con él en la confederacion, y pacto que con sus embajadores por el poder que tenian habian hecho: que el virey Carlos de Lanoy le habia aprovado, y confirmado, y ratificado; y él lo habia tenido por tan firme, que no solamente esperaba, que el emperador le habia

de ratificar, sino ejecutar. Y fue asi, que lo que le estaba bien, admitió de buena gana. Pero lo que era del provecho y dignidad pontifical, lo habia reprovado, como cosa dañosa, y mala. Como fue en la restitucion de los sacos de las tierras y lugares de la Iglesia, y de otros. En el cual caso no solo no habia recobrado (segun el pacto) sus dineros: pero aun contra lo prometido y fé dada, se habia aposentado gran parte de su ejército mucho tiempo en los lugares, y tierras de la Iglesia, con tantos robos, y graves injurias, sacos y detrimentos de sus súbditos, que habria de ello una larga memoria de crueldad, abaricia, é innumerables maldades nunca oidas, terribles y espantosas.

Quejábase mas el Pontífice, que en la concordia hecha en Madrid entre el emperador y rey de Francia, se habian guardado de sus legados: y que habiendo querido saber lo que en ella se hacia, apenas y con trabajo alcanzaron á saber algunas particularidades de cosas ligeras, y que no se les permitia que escribiesen, ni le avisasen de lo que oian, ó podian sacar por conjeturas. En lo cual se daba manifiesta señal de la mala voluntad del emperador, contraria, y perjudicial á la fé que el Pontífice con él tenia. Que dejaba otras innumerables cosas: en las cuales el César jamas habia tenido consideracion, ni respeto de su honra, y buena voluntad. Que habiéndole escrito unas cartas con mucho amor y amistad, habia respondido á ellas de tal manera, que donde pedia su clemencia para el duque de Milan, daba el rigor de la justicia. De suerte que (contra toda razon) era antes la pena

que el juicio, y la sentencia, que el conocimiento de la causa. Que si se quejaba de los escesos de sus soldados, que por la misma razon que él los facriminaba, y pedia castigo: el emperador los facilitaba, y daba á los reos por libres. Que lo que él daba al César benigna y largamente, él tomaba y pedia como si de rigor se le debiera. En lo cual manifiestamente hacia burla de él, y mostraba lo poco en que le tenia.

Que los capítulos que habia llevado Herrera, para que el emperador los aprovase, habiendo tenido muy amplia facultad para hacerlos, porque ya el emperador tenia hechas sus capitulaciones, y concordias con el rey de Francia, los habia limitado y hecho diferentes de los primeros, mostrando abiertamente como lo tenia en lugar interior, y en menos, cuando tenia amistad con otros. Que viendo tantos disfavores, y muestras tan contrarias de buena voluntad, habia desconfiado grandemente del emperador, hallándole tan contrario en todo.

Y ademas de esto entendia que la perversidad y malos consejos de tantos que con él podian (que eran sus enemigos) ponian en mucho peligro sus cosas y las de toda Italia. Pero que procuraria siempre el amor, paz y concordia de todos, armándose de sus acostumbradas armas de paciencia y poniendo en Dios todas sus acciones y esperanzas sino le despertara la pertinacia de los imperiales en el cerco del castillo de Milan, para ponerle en el último peligro en defensa de la libertad de Italia.

Principalmente habiendo el emperador para mayor muestra de su mala voluntad, promulgado

una pragmática en España en perjuicio de la autoridad de la Silla Apostólica y disminucion de la dignidad pontifical, siendo en derogacion de la facultad y libertad eclesiástica, con otras cosas semejantes que en èl reino de Nápoles feudatorio de la Iglesia romana se habian hecho, y ademas de esto el haberse quedado en la corte del rey de Francia el virey de Napoles, cuando estaba señalado, que habia de ir á verse con el Papa; donde se entendia que habia algunos tratos secretos, porque se guardaban mucho de sus legados y que estaba en él firme la determinacion de querer oprimir la dignidad pontifical y dejar su amistad. Y que se confirmaba esto por la tardanza de don Hugo de Moncada, que habia ido á Francia y habia de venir á Roma para confirmar la paz y amistad; estando alli como espia para ver si las cosas del emperador sucedian á su gusto, dejar las del Pontífice. Y de ahí tratar de la misma suerte con el duque de Milan: para que por todas vias pareciese que los imperiales que estaban en Italia trataban las cosas en público y secreto contra el Pontífice y estado de la Iglesia.

Que habia intentado tomarle por traicion la ciudad de Parma, que era suya. Que por tantas injurias, y causas contra su voluntad y con grave sentimiento le era forzado desconfiar ya de todo punto de su amistad y ponerla (pues él le habia despreciado tantas veces) con otros grandes reyes y príncipes, cuyos buenos ánimos y santas intenciones en la religion cristiana y silla apostólica, si acaso él despreciase, perderia por ello la loa y honra de pastor y padre comun de todos y se le daria el nombre de soberbio é insolente.

Que cuando ya esto estaba hecho y él confederado con los reyes, llegó don Hugo de Moncada con muy tardas y perezosas jornadas, al cabo de muchos dias ofreciendo la amistad y condiciones que él muchas veces deseando su amistad y bien de toda Italia y la cristiandad y cómodo del emperador y su honra, le habia ofrecido y no le habia querido admitir. Y que ahora cuando no habia ocasion para ello, se le ofrecia.

Que pues amenazaba ya á Italia un grave peligro de servidumbre y turbacion de toda la cristiandad, le era forzoso, para librarse de tantos males, fortalecer la silla apostólica con armas y ejército (rompimiento por cierto que él siempre habia aborrecido) pero que no veia otro camino para defender la justicia y deseada paz con iguales condiciones entre todos. Que en esto le daba la razon de su hecho y consejos la cual sumariamente habia querido declarar asi y manifestar al mundo para justificar sus acciones, no solo delante de Dios que ve los corazones humanos, sino con los hombres. Y que con todo estaba al presente con tal ánimo (y asi lo protestaba delante de Dios y del mismo emperador) que si quisiese ponerse en lo que era equidad y humanidad, que sus armas no solamente no le serian contrarias, antes favorables, para hechos verdaderamente gloriosos. Pero que si perseverase en seguir los consejos y codicia de los suyos, queriendo ocupar cada dia mas a Italia y perturbar otras partes de la cristiandad él no habia de faltar á la justicia, ni á la libertad de Italia, en la cual estaba la defensa de la Sede Apostólica, sino que moveria sus justas y santas armas, no tanto en ofensa suya, á quien deseaba las cosas honestas y

prósperas, cuanto en defensa de los suyos, salud de la patria y dignidad pontifical.

Que porque no le fuese forzoso hacer esto, necesitado y con disgusto grande suyo, le suplicaba por las entrañas de Dios y por la esperanza que todos tenian de su virtud, favorable al pueblo cristiano, quisiese mirar bien esto, echando de sí la demasiada codicia, mirando mas al bien público de la cristiandad y no quererse alzar con todo, y que se sosegasen los movimientos de Italia y asegurasen los peligros de la cristiandad, pues á él le tocaba esta carga y cuidado juntamente con el Pontífice, pues á ambos los habia Dios puesto en la honra en que estaban con tal obligacion, en el cual oficio y deuda él nunca habia faltado ni faltaria en cuanto á el no faltase el favor de la justicia. Y que si en las cosas que habia propuesto de la paz general, tenia verdaderas raices de prudencia y piedad, en esto se le daba ocasion para declarar que lo que sentia, lo habia siempre asi sentido muy de voluntad y mostrando con las obras sus palabras adquiria loa singular de bonísimo príncipe. Y que si quisiese satisfacer, asi á él (que tanto deseaba su amistad y la libertad de Italia) como á los confederados en sus justas demandas llenas de razon y justicia, ganaria mayor nombre y gloria de su virtud y claro ingenio y de conservador de la paz universal y seguridad asi de sus cosas, como de toda la cristiandad.

XVIII.

Responde el emperador á las quejas de Clemente.

Recibió esta carta el emperador estando en Granada y quiso responder a ella largamente, satisfaciendo al Pontífice y á todo el mundo. Y públicamente á 17 de setiembre á las nueve del dia delante de notarios, dió y entregó la respuesta escrita en 20 de agosto á Baltasar Castilleon, nuncio y legado apostólico, para que le enviase á su Santidad: en la cual sumariamente decia. Que cuando recibió su carta, que fue á 20 de agosto estaba con mucha pesadumbre, llorando la calamidad general de toda la cristiandad, por lo que habia oido que su Santidad andaba removiendo humores contra él y sus reinos y dignidad del Sacro Imperio. Que esta pesadumbre habia aumentado en gran manera la carta de su Santidad que su nuncio le habia dado: porque en ella no parece que trataba otra cosa, sino justificar su causa y condenar la del emperador y los suyos, y cargarlos de amenazas, guerras y muertes, y tratarlos de ambiciosos, avarientos y demasiadamente codiciosos de reinar y mandar. Las cuales cosas eran muy indignas de un verdadero pastor de laIglesia y de la devocion, piedad y obediencia, que el emperador tenia, no solo á la Iglesia sino a su Santidad, y dignidad que tenia. Y mucho mas ofendian al amor y cuidado con que desde el principio de su reinado siempre habia abrazado la república cris-

tiana y deseado su paz, quietud y aumento con todas veras y fuerzas posibles.

Que ahora se sentia tan lastimado, que si no era, que callando quisiese ofender á su honra y clara fama, le era forzoso rechazar los tiros y enconosas saetas que le tiraba mostrando su inocencia limpia y desnuda de semejantes calumnias y que él (que sabia bien su conciencia y tenia bien considerados los secretos de su alma) no hallaba en sí culpa de las que le oponian. Que juraba delante de Dios que jamas habia tenido cosas mas sobre sus ojos que á su Santidad, despues que el Señor del cielo le habia puesto en aquella silla y le respetaba como á vicario de Cristo en la tierra. Y esto por serle tan natural la obediencia y veneracion que aquella dignidad tenia.

Que aun antes de esto siendo cardenal habia tenido mucha amistad con él, y deseado con particular amor y acrecentamiento, como lo vió en los tiempos de Leon y Adriano y era notorio á todo el mundo, no imaginando que alguna dignidad ni aumento pudiera hacer que su Santidad degenerando de sus antiguas costumbres y buenos propósitos, si bien habia oido algunos tratos (muy agenos de su dignidad, estimacion y autoridad) que él intentaba queriendo oprimir la felicidad, potestad y grandeza de los reinos, y estados que Dios le habia dado. Y que ni habia dado fe á quien esto le decia, ni él podia creer tal cosa de su Santidad. Ni por eso habia dejado de oir con buen ánimo la voz de la paz y habia incitado y movido á su Santidad para que como padre y verdadero pastor la propusiese á todos y la abrazase. A la cual paz su ánimo naturalmente era inclinado.

Que nunca entre los cristianos habia movido ni intentado guerra sino provocado de ellos porque habiendo juntado su ejército para ir contra los infieles, y tomarles una isla con resolucion de pasar adelante en aumento de la fe católica los ejércitos de Francia, acometiéndole por diversas partes le forzaron á volver en defensa de sus propias tierras.

Que por mano de su Santidad y diligencia suya se habia confederado con Leon X y movido sus armas en defensa de la Sede Apostólica y guarda de sus preeminencias y del Sacro Imperio y habia ido á Lombardía para hacer guerra al francés juntando su ejército con el del Pontífice en el cual, siendo su Santidad cardenal hizo el oficio de legado. Lo cual el emperador habia hecho con recta y justa intencion, por la quietud de la cristiandad y libertad de Italia y no por pura codicia como él decia. Que de esto era Dios testigo que sabe los corazones y mira sus secretos muy de lejos y por esto habia siempre defendido y amparado su causa y justificado sus hechos con tan señaladas victorias.

Que su Santidad era de esto buen testigo s tuviese memoria y razon de las cosas pasadas y quisiese decir la verdad. Y asimismo, eran testigos sus ministros que muchas veces habian á él venido proponiendo medios de paz y treguas. Los cuales abiertamente esperimentaron que él siempre (aun cuando sus fortunas eran felicísimas) estaba muy presto para admitir con cualesquier honestas condiciones con que su honra y de sus allegados no padeciese detrimento y lo mismo testificaban infinitos mandatos y embajadas que en tiempo de

Adriano, y de su Santidad habia enviado á Roma. De suerte que él nunca dejó de intentar medio alguno para conseguir la paz, que él tanto deseaba, por razon del bien público, ni fue menos codicioso y celoso de la paz que riguroso y pronto vengador de las injurias y cuando la razon lo pedia clementísimo perdonador y liberal en dar bien por mal y honras por afrentas recibidas.

A lo que su Santidad decia, que no habia dejado á sabiendas oficio alguno que fuese de buen pastor ó de fiel amigo, no queria contradecirle en esto ni contender con él en lo que era de su conciencia y ánimo, sino creer á las obras, y lo demas dejarlo á Dios que lo juzgue. Que cuando asi fuese; como dice, se habia de atribuir eso á Dios por cuya gracia se hizo mas que á fuerzas humanas ó industria de alguno, si bien era verdad que muchas cosas se le habian referido harto contrarias que respondiendo aqui se descubrian.

Que en lo que decia que en pago de sus buenas obras y de el amor que le tenia habia recibido baldones y desprecios sin haber sentido rastro de amor ó por engaño y malas artes de los que nunca habian querido la amistad de los dos, ó por su mala voluntad que era oprimir á Italia, y disminuir la dignidad pontifical, se maravillaba mucho que semejantes cosas saliesen del corazon de su Santidad y tan fuera de tiempo y de razon, y sin saberlo cierto, dijese una palabra tan agena de verdad el sumo juez que hace las veces de Cristo en la tierra que él no era hombre ingrato á los beneficios recibidos ni tenia odio debiendo tener amor ni despreciaba á quien le queria, antes pagaba en la misma moneda, y aun daba mas de lo que recibia.

Ni le debian tener por tan flaco y de tan poco ánimo que con las artes de algunos ó engaños se apartaise de la verdadera amistad cuando estuviese ligada con verdaderos lazos.[1]

Que menos se le debia hacer cargo de la opresion de Italia y disminucion de la dignidad apostólica, que era Dios testigo que nunca tal habia intentado, ni aun pensado, antes habia puesto todas sus fuerzas y cuidados para poner á Italia en quietud y libertad: y la silla apostólica (como protector y defensor de ella) en su honra y dignidad. Y que pacificada la república cristiana se volviesen las armas de todos contra los infieles.

Que donde no habia acto de opresion que hubiese hecho no era justo presumir de él cosa en contrario pues en las cosas dudosas segun el derecho se ha de tener la mejor presuncion y no condenar á alguno por sospechas sino es que haya evidentísima provanza ó cuando es tal la presuncion que por evidente los derechos no piden provanza. Lo cual no tenia lugar en este caso, pues no solo no le empecia presuncion alguna de hecho ó de derecho, pero estaba muy lejos cualquiera mácula que se pudiese sospechar ó imaginar de su intencion y obras. La cual voluntad, sincera y casta, no podian ofender la toma del estado de Milan y el haberle ocupado su ejército y de ello habia procurado satisfacer a todos los que con sano juicio ponian los ojos en ello, y á su Santidad responderia en particular recontándole todo el hecho, no paliada y encubiertamente, sino con pura verdad abierta y claramente para que todos los que estuviesen sin pasion lo juzgasen. Y que si de esto su Santidad se sentia y decia haber sido agraviado

y tener obligacion á hacer lo que contra su natural y propia voluntad tanto era como tomar las armas tan en deshonor suyo y de el bien público de Italia para defenderse y defender la justicia y libertad de sus tierras, le rogaba mucho que su Santidad mirase con que fundamento se moviese. Y si era lícito esto al oficio pastoral si convenia que su Santidad desenvainase la espada que Cristo mandó envainar que es prohibido regularmente usar de ella, aun contra los enemigos de la fe; que considerase si resultaria de ello lo que convenia á su honra y público bien de Italia, ó cuan provechoso seria á la justicia, libertad y quietud de Italia; que antes por el contrario se disminuiria la honra y autoridad del Sumo Pontífice. Y que se proceda tan injustamente con el protector y defensor del Sumo Pontificado, y se conturbe la república cristiana y estado de toda la Iglesia y se encienda un fuego que no pueda tan facilmente apagarse.

Que viese, que debilitándose las fuerzas de los cristianos, los enemigos infieles como lobos robadores poco á poco irian tragando el rebaño cristiano, y se daria ocasion para que cada dia nazcan nuevos errores y prevalezcan mas y mas las nuevas doctrinas de los hereges, dañando la religion cristiana irreparablemente.

Y en lo demas que protestaba su Santidad en el exordio de su carta que no hacia esto por causa de ofender á alguno, sino por amparar y conservar su honra y oficio, que era muy santa esta protestacion si por el hecho contrario no pareciese ser fingida y de ningun efecto y si se pusiera en solos términos de defenderse sin pasar á cosas que

notoriamente ofenden ó por lo menos dan ocasion de ofender como se aparejaban las armas para defenderse donde no habia ofensor que ofenda la Santidad del Pontífice ni su honra ó dignidad: si hubiese ofensor con todo su ánimo y fuerzas procuraria ampararla y defenderla no teniendo cosa tan antigua en su ánimo como era hacer aquellas cosas que pertenecen al oficio y son propias de un cristianísimo emperador y de la dignidad imperial, y que si como su Santidad protestaba era solo su ánimo de defenderse ¿por qué antes que aquella protestacion saliese á luz y sus cartas viniesen á manos del emperador intentó ofender el estado de Milan que es feudo del Sacro Imperio, apoderándose de la ciudad de Lodi, sacándola de la mano de sus gentes cuando estaban descuidados? Por qué sin preceder alguna amonestacion ó cortesia, acometió con sus gentes y fuerza y de su confederacion al ejército que tenia en Milan? en defension (ó antes era ofensa) aun los ciegos lo veian.

Que su Santidad para escaparse de esta nota urdia una gran tragedia, contando lo que hacia á su propósito y callando las cosas que tenian mas verdad. Y tomando lo mas de atras, para que cada uno pudiese ver la sinceridad de su ánimo, si lo que su Santidad siendo cardenal habia hecho por él y por sus cosas, mirando bien en ello se conocia cierto, que en muriendo el emperador Maximiliano, su abuelo paterno, de feliz recordacion, habiendo él (siendo vivo, ganado las voluntades de los electores, para que él sucediese en el imperio y estando estrechamente ligado con el rey de Francia y por razon de estár desposado con su propia hija, de manera que le trataba como

á hijo y que no se veia en él cosa indigna, ni agena de un amor paternal.

Este tal se puso y movió de tal manera para conseguir el imperio, que por diversas vias procuró inducir á los electores, que eligiesen: y que cuando á él no, fuese otro muy inferior tanto, que antes fuese mandado, que poder mandar, solo por concluirle á él. Y no pudiendo salir con ello venciendo la virtud de los electores que ni por fuerza, ni por miedo ni por otras partes pudieron ser movidos, unánimes y conformes le eligieron y nombraron emperador. La cual eleccion él no quiso aceptar, sin que primero interviniese el consensu y autoridad del Pontífice y que pudiese con su dispensacion obtener el reino de Nápoles: en lo cual pareció claro, como él no buscaba medios para disminuir la autoridad pontifical, antes se buscaban por sus contrarios para abatir y deshacer la del Sacro Imperio y derribarle y disminuir sus fuerzas, de lo que habian intentado con cartas y embajadores y otros varios tratos para que se difiriese é impidiesen su coronacion en Aquisgran y despues en la dieta de Bormes que se diese por nula la eleccion.

De lo cual fue el agente y movedor Alberto Pio, con órden de su Santidad, confederándose su tio el Papa Leon X con el francés, para quitarle los reinos de Nápoles y Sicilia y dividir entre sí los potentados de Italia y usurpar su imperio, ó deshacerle del todo. Lo cual se habia sabido por cartas originales, que se les habian cogido y él tenia en su poder.

Y que como el rey de Francia, fiado de la confederacion y liga que habia hecho, deseoso de

ampliar los términos de su estado, violando el concierto que con el primero habia hecho, moviese sus armas contra las tierras de Flandes por Roberto de la Marca: y sus soldados y capitanes, que estaban en Italia procurasen ocupar engañosamente las tierras de la Iglesia como fue la ciudad de Rijoles. Entonces confesaba él, que el Pontífice Leon temeroso del francés y dudando de su fe, por órden de su Santidad se habia confederado y juntado con él antes que con el francés, por conservarse en la dignidad apostólica y restituir á la Iglesia lo que franceses habian ocupado y tambien habia restituido á Francisco Esforcia en su estado, que el francés le tenia.

Todo lo cual habia hecho con tan buen ánimo y voluntad, posponiendo y olvidando las cosas pasadas, que en su deservicio y perjuicio de su dignidad habia hecho y que no pensaba haber hecho por órden de su Santidad, menos que dos grandes lumbreras del orbe, que para siempre le ilustrasen y redujese á perpétua paz y quietud.

Que fiado en esta concordia, juntando sus ejércitos con los de Leon X como antes habia dicho, yendo por el legado, se conquistaron y restituyeron para la Iglesia las ciudades de Parma y Plasencia y á Francisco Esforcia en el estado de Milan y otros lugares con muertes de los que los tenian, por esfuerzo de los ilustres capitanes Próspero Colona y marqués de Pescara, y otros valientes capitanes y soldados de su ejército imperial, echando de todo punto á los enemigos de Italia. Que estas eran las obras, que en tiempo de Leon, su Santidad habia hecho por él, las cuales no habian sido remuneradas como quiera, pues la Iglesia

romana habia aumentado con ella su patrimonio, no solo recuperando á Parma y Plasencia, sino tambien acrecentando los tributos y cargas en el reino de Nápoles para el Pontífice.

Que á su Santidad (que esto no se le decia por darle con ello en rostro) le habia dado por su mera libertad, diez mil ducados de pension en el arzobispado de Toledo, y que llegando á lo que en tiempo de Adriano se habia hecho por él, que su Santidad mirase con cuantos disfavores el papa Adriano habia recibido al cardenal de Bolterra, su émulo y enemigo capital y con cuantas artes y medios habia procurado quitarle la vida y en que manera pretende escluirle de la administracion de la república de Florencia. Y que asimismo sabia como habia recibido y tomado á su cargo la proteccion y amparo de sus cosas y de su familia, y de la misma república florentina con aumento conocido de su estado y de todos sus sobrinos. Y el mismo Adriano por su favor y respeto, no solo habia recibido en gracia á su Santidad, pero le habia favorecido tanto, que salió en todas sus cosas con cuanto quiso, hasta prender á su adversario el cardenal de Bolterra, á quien castigára asperamente, sino le sobreviniera la muerte, con la cual el colegio de los cardenales le sacó de la cárcel para la eleccion del nuevo Pontífice.

La cual hecha por medio é intercesion de los cardenales alcanzó perdon de su Santidad, con que murió en paz dentro de pocos dias, si bien era verdad (y él confesaba,) que viviendo Adriano y estando su Santidad en su gracia, con su industria le habia atraido á la concordia y liga, que se llamó defensiva, con el cual medio volviendo los

franceses á entrar en Italia, y cercando á Milan, fueron vencidos y echados de Italia por el ejército de esta liga. Lo cual si bien se habia hecho, y concluido en el pontificado de su Santidad, pero habia sido debajo de las banderas y gente de Adriano, y en virtud de la concordia y liga hecha en su tiempo, la cual su Santidad (hecho ya otro hombre y puesto en nueva dignidad) despreciando la obra de sus manos, no la quiso aprobar ni confirmar aunque no impidió la ejecucion de la liga, en la cual estaban firmes los confederados, concurriendo con ellos los venecianos. Y si bien entonces saltaron las ayudas de la Iglesia, no por eso fue menos cierta la victoria de los suyos ni por eso de reconocer y estimar el favor, que su Santidad en aquella ocasion habia hecho, y le daba muchas gracias y ofrecia servirle en la misma moneda y con mayores fuerzas si caso se ofreciese, estaba aparejado como verdadero hijo á padre corresponder en todo sirviendo á la Iglesia. Del cual propósito jamás se apartó ni se apartaria, no se le ofreciendo impedimento, que la embarazase sus fuerzas, para defender sus tierras y confesaba deber esto á Cristo, cuyas veces su Santidad hacia en la tierra. Y al cargo, que su Santidad le hacia de la entrada que sus capitanes habian hecho en Francia, que habia sido ocasion para que el rey viniese con poderoso ejército y tomase á Milan, le responde: que él ni escusa ni condena aquella entrada: pero que no negaba, que se hubiese hecho sin consultarle, porque no pudo dejar de dar su ejército al duque de Borbon su deudo, para recuperar el estado, que por haberse pasado á su servicio, se lo habia quitado: porque fuera du-

ro y al parecer inhumano, que siendo él su capitan general y haciendo sus veces en Italia, habiendo alcanzado victoria del comun enemigo, y echado de allí los franceses, le negára sus armas victoriosas, para recuperar los estados que por su causa habia perdido.

Principalmente, que de la entrada de su ejército en Francia, parecia quedar mas quieta y pacífica Italia, y libre de las insolencias y demasías que los soldados victoriosos suelen usar.

Pero sucedió la cosa al contrario de lo que pensaba, por ser tal la suerte de la guerra y la victoria, que solo Dios la da y no sucede siempre como se espera. Pero valió por lo menos la prudencia de los capitanes, su osadía y ánimo para volver el ejército con tiempo oportuno, sin pérdida, en Italia á reprimir el ímpetu de los franceses, y oponerse á sus intentos, que segun se tenia por relacion de personas dignas de crédito, su Santidad y ministros habian persuadido é incitado al francés, para que acometiese semejante empresa y hiciese una guerra tan cruel en Italia. Pero favoreciendo el Altísimo su justicia y causa, fue vencido el rey con gran mortandad de los suyos, y cautivo le fue llevado por su virey de Nápoles, y despues se le dió libertad con las condiciones, que su Santidad sabia.

Que en cuanto á lo que su Santidad se escusaba, que estando sus capitanes imperiales sin esperanza de poder defender aquel estado, y aun con miedo de perder lo que era propio, y su Santidad en gran peligro, se habia concertado por miedo y fuerza, y venido con los enemigos, en las condiciones que él sabia, le responde: que él no podia

saber los conciertos, y condiciones en que habian venido, habiéndose tratado sin darle parte, ni haberlas visto ni leido , ni mostrádose á sus ministros, sino es que hubiese de creer á lo que los franceses dicen, que era muy diferente de lo que su Santidad decia.

Sobre esto dice el emperador muchas razones cargando al Papa del término doblado y cauteloso que en esta ocasion con él habia tenido, pero con tanto respeto y moderacion, que en nada parece quererle ofender, mas de mostrar su inocencia, y la culpa que Clemente tenia.

Al cargo que el Papa hacia al emperador, del cuidado que de sus cosas mas que de las propias habia tenido, queriendo estorbar la entrada de los franceses en sus tierras, le responde: Que la devocion que con él tenia, lo merecia, y era propio oficio de su Santidad, y asi lo pedia la salud de la república cristiana, porque no se encendiese en ella algun gran fuego: si bien del efecto pareció haberse mas determinado en el camino los franceses, por sacar dineros y artilleria de las ciudades del Sacro Imperio, Luca y Sena para hacer guerra á él, y á su reino, y para turbar el estado de la ciudad de Sena, y meter en ella tiranos, que á su voluntad mudasen el gobierno, para de todo punto apartarla de la devocion del Sacro Imperio, levantando gente en las tierras de la Iglesia, con los dineros que habian sacado por fuerza de las ciudades del imperio, para entrar y acometer con mayor potencia las tierras de su reino, si Dios por su misericordia, dándoles á sus capitanes la victoria de Pavia, y preso el rey, no pusieran tanto temor en ellos, que ya no trataban de acometer, sino de su salud y huida.

A lo que su Santidad decia, que si siguiera su amistad, no solo se le ofrecian grandes premios, sino que luego se los daban, le pedia dijese, qué razon, qué causa justa podia mover á su Santidad para ayudar á un acometimiento semejante, contra su propio feudatario sin merecerlo. Pues estaba obligado, como señor del feudo, á defenderle, y ampararle en él, antes que dar entrada, ó juntarse con los invasores, ó acometedores, pues por la misma razon que un vasallo debe por causa del feudo, servir al señor, asi debe el señor amparar en el feudo al vasallo. Y por las mismas causas que el vasallo pierde el feudo, es privado el señor de la propiedad directa, y directo dominio del feudo, por ser tal la naturaleza del feudo.

Que era facil acometer á un reino desapercibido y salteado, y tomar parte de él. Pero que mirase su Santidad si esto era lícito, y convenia al oficio de pastor.

A lo que su Santidad decia, que luego que se alcanzó la victoria de los franceses, y fue preso el rey, cuando parecia que ya las contiendas eran acabadas, por quedar vencida la una de las partes, y él se podia sin sospecha llegar al emperador, no solo lo hizo, pero aun dió cien mil ducados, etc. confesaba que aquella victoria le habia quitado de toda contienda, y que sin sospecha de alguna codicia (la cual nunca él tuvo) se debia pensar, segun razon, que se habia de juntar con él, pues en ello estaba el bien de toda Italia, si el sembrador de la cizaña no ahogara este fruto. Pero negaba la condicion que decia, que se habia puesto en el concierto, de que habiendo alguna duda, se le restituyesen los cien mil ducados que habia dado

á sus capitanes, pues constaba del progreso de aquella jornada lo contrario, ni parecia hacerse mencion alguna de tal condicion en el concierto.

En lo que dijo, que el marqués de Pescara por disgustos habia tratado de alzarse con el reino de Nápoles en deservicio del emperador, responde: que se maravillaba mucho de que su Santidad dijese semejante cosa, que si bien otros lo habian escrito, nunca habia dado crédito, ni ahora lo creyera, sino lo viera firmado de su nombre, siendo la verdad, segun parece por cartas del marqués, y por las confesiones de otros, que aun vivian, que fueron sabedores, y participantes es esta traicion. De las cuales consta manifiestamente, que el marqués de Pescara no descuidándose de su propia honra y conciencia, no solo no tratase alguna cosa en deservicio y daño suyo, sino que fingió lo que no le pasaba por el pensamiento, para descubrir con indicios mas verdaderos, y claros argumentos, el fuego que se iba encendiendo, cuyo humo habia sentido; porque avisando de él pudiese ser apagado con tiempo. Y por esto habia fingido estar descontento del emperador, porque los contrarios, que urdian tal trama le convidasen y atrayesen, y pudiese saber lo que se trazaba, y de todo punto entenderlo. Y asi llamado el marqués, para entrar en esta tragedia, disimulando su ánimo se juntó con los autores de ella y dio muestras de consentir la traicion.

Que habiendo sabido los que estaban conjurados, para acometer tal maldad, entendida de todo punto, y que su Santidad era el principal autor, de quien el marqués tuvo despacho enviado por su nuncio, en que debajo de la creencia de un cierto breve le ofrecia la investidura, y posesion del reino

de Nápoles. si el marqués se pasase con los soldados, de quien él mas se fiaba, á la parte de su Santidad, y de sus confederados, para que juntas las armas de los confederados, con el ejército del rey de Francia, en que habia gran número de suizos, y asimismo otras ayudas de los venecianos, tratasen de libertar al rey de Francia y sacarle por fuerza de la prision, y que se levantasen todos los pueblos de Italia, á título de libertad, y de un golpe diesen en el ejército imperial, y le acabasen escluyéndole á él, no solo del estado de Milan, sino del reino de Nápoles, é imperio de toda Italia. Y demas de esto, que su Santidad le privase, y depusiese de la dignidad imperial. Y que pidió el marqués tiempo para consultar, si podia hacer tal cosa sin detrimento de su honra, ni incurrir en el crímen de la lesa magestad, y que él responderia dentro de quince dias, que pedia de término para tener tiempo de avisarle, como lo hizo.

Que para mas disimularse el marqués, lo consultó con hombres doctos, y tuvo pareceres de Roma, que le persuadian poderlo hacer lícitamente sin daño de su honra, ni del juramento de fidelidad, ni incurrir en el crímen de lesa magestad, y pasarle á la parte de su Santidad, como de supremo señor de aquel reino, y recibir el feudo de su mamo, principalmente estando de por medio su mandato, y que si esto es asi como lo cuenta el marqués (que hasta que acabó la vida, dijo y afirmó siempre de una manera) si eran tales los consejos, y tratos que su Santidad confesaba haber oido, viese con el ojo derecho de su entendimiento, si son dignas tales marañas de un tan gran pastor: y qué fruto se podia sacar de ellas:

cuál escándalo: cuantas alteraciones nacerian en la Iglesia de Dios, y en toda la república cristiana.

De esta manera va el emperador cargando al Papa con palabras elegantes, y razones que concluyen, le responde al cargo que hizo, de que los capitanes imperiales tenian ocupado el estado de Milan, y cercado en el castillo á Francisco Maria Esforcia. Y á las quejas de la embajada que hizo el comendador Herrera, y á los demas que dice, que desesperado de él era forzoso juntarle con otros príncipes, descargándose largamente el emperador, y diciendo la poca verdad, que en estos cargos habia con un término cortés, y elegante, y confesando que si tales cosas tuvieran verdad, no se podia tener por dignas de un príncipe cristiano, sino condenarlas á los infiernos. Va asimismo respondiendo cada uno de estos cargos, satisfaciendo en todos.

Y funda desde su principio el derecho que tenia al estado de Milan, y que pudiéndole con justos títulos retener en sí, ó darle á su hermano el archiduque don Hernando, ó a otro, no quiso sino á Francisco Maria Esforcia, por ser la persona que parecia mas grata, y á satisfaccion de los milaneses de toda Italia: y que el tenerle cercado, que era lo que su Santidad tanto lloraba, lo tenia bien merecido, por haber sido el movedor principal de los tratos que se habian traido con el marqués de Pescara, y que como ingrato merecia ser despojado de lo que con tanta liberalidad le habia dado. Refiere los embustes, cautelas, y casi traiciones que habia urdido por medio de Gerónimo Moron, su consejero, como lo he referido tratando de la conquista de Milan: y el proceso de

esta causa, que es bien largo, está hoy dia en el archivo real de Simancas.

Al cargo que el Pontífice hacia de que el emperador habia alterado las capitulaciones, que el comendador Herrera con pleno poder de S. M. habia asentado con el Papa en Roma, quitando unas cosas, y poniendo otras á su voluntad, responde con razones bien justificadas y concluyentes.

Finalmente, concluye ofreciendo su amistad, su hacienda y reinos, persona y vida, pidiendo al Pontífice se ponga en lo justo, y se quite de pasiones, y vea el oficio que tiene, las obligaciones que trae, y que pues puso Dios en su Iglesia las dos dignidades pontifical é imperial, como dos lumbreras para dar luz al mundo, no lo oscureciesen, eclipsándose la una á la otra, y esto dice con palabras tan católicas, elegantes, y devotas, (usando muy á propósito de lugares de la escritura) que sino temiera cansar, los tradujera aqui al pie de la letra. Bástanos decir que se imprimieron en Alcalá, y se derramaron por la cristiandad, y juzgaban de ellas segun la pasion que cada uno tenia.

XIX.

Escribe el emperador á los cardenales.

Luego se arrepintió y conoció su cólera el papa Clemente, porque dos dias despues de haber escrito la carta que arriba dije, que fue á 23 de

junio, escribió otra á 25 del mismo mes, para que el emperador oyese y diese crédito á Baltasar Castileon, su nuncio. En la cual carta de creencia, con palabras blandas y amorosas le pide, quiera oir los tratos de paz y amistad, pues de ellos habia de resultar tanto bien á la cristiandad. A la cual carta respondió el emperador á 18 de setiembre, dándole gracias por verle con tan diferente ánimo del que habia mostrado en la primera carta, y ofreciéndose al bien y paz universal de toda la Iglesia, con razones católicas, y dignas del ánimo cristianísimo, que este príncipe siempre tuvo.

A 6 de octubre de este año de 1526, estando el emperador en Granada, escribió otra carta al senado, ó colegio de los cardenales, pidiéndoles encarecidamente, que si el Pontífice negase ó difiriese el concilio general que se pedia, ellos lo señalasen, ó echasen, pues veian los peligros en que estaba la Iglesia, principalmente en las partes de Alemania, con las novedades de las heregias y errores que allí se habian comenzado, y lo que él habia hecho, y peligros en que se habia puesto, obstante la contradicion y guerras que el rey de Francia y otros príncipes le habian hecho.

Porque esta carta no la impidiese el Papa, y se pudiese leer en el ayuntamiento de los cardenales, para que fuese notorio á todo el mundo el celo que de este bien el emperador tenia, dió traza su embajador en Roma, como Alonso de las Cuevas, clérigo de la ciudad de Búrgos, notario apostólico diese esta carta cerrada y sellada al colegio de los cardenales delante de los testigos, para que alli se leyese, como se hizo.

XX.

Escribe el emperador á los electores.

Quiso ademas de esto el emperador satisfacer á los príncipes y ciudades de Alemania, porque sabia las trazas que sus enemigos traian para desacreditarle con ellos.

El último dia de noviembre, de este año de 1526, estando aun en Granada despachó un correo con su carta para los electores del Sacro Imperio, en que decia, que entendia ser á todos muy notorio el ánimo que hasta entonces habia tenido de la salud de la república, paz, quietud y tranquilidad, de manera que ninguna malicia de hombres podria por alguna parte ofender su nombre y honra, porque habia sido siempre tal su ánimo, que no con palabras dobladas, y agenas de lo cierto, (como algunos decian) sino con la misma verdad las comprobaba, y eran notorias, no solo á todos los del mundo, sino delante de Dios que sabe los corazones de los hombres, que por no referir cosas pasadas diria solamente, como no haciendo caso del interés ni propia gloria, antes deseando muy de corazon la salud de la república, particularmente la quietud de Alemania, habia hecho tantas y tan buenas obras al rey de Francia, que como era notorio, con justo título habia tenido preso despues de haberle recibido en estos sus reinos de España con toda benignidad y clemen-

cia, siendo tratado por los naturales con grandísima honra, tanto, que no parecia ser cautivo, ni haber sido vencido en la batalla de Pavía, sino antes sido el vencedor.

Que siendo enemigo le habia dado por mujer su propia hermana mayor, y segunda en la sucesion de tantos reinos, para hacerle de enemigo hermano ó cuñado. Que siendo tenido al juicio de todos, por conturbador de la quietud cristiana, habia partido con él la gloria de la salud comun. Que teniendo usurpados muchos estados y tierras, asi de los reyes de España, sus predecesores, como de los duques de Borgoña, ocupándolos con violencia y fuerza, contra razon y derecho, le habia cedido la accion que á ellos tenia, pidiendo solo que fuera de perder su honor y disminucion de dignidad, é incurrir en indignacion de los suyos, no pudo perdonar. Y que él mismo no rogado, ni pidiéndoselo (si con razon usa del título de cristianísimo) debia restituir. Y que cargado de tales beneficios habia restituido un rey cautivo á su libre y real dignidad; si bien muchos se lo disuadian, que fiaban poco de su palabra, dándole libertad para ir á Francia: queriendo mas esperimentar su fé, y perder con él de su derecho, que no que se le pudiesen imputar en alguna manera los males, que acaso podian suceder en la cristiandad. Y cuando aparejaba para pasar á Italia, como entre los dos estaba concertado, y sus armas contra los enemigos de nuestra religion, con las cuales pudiese defender á Hungría, y lanzar de ella los contrarios, faltando en su fé y palabra, se aparejaba para hacerle una cruel guerra, confederándose con el Pontífice romano, y

otros potentados de Italia, que haciendo entre sí una liga, que llamaron ofensiva y defensiva partiendo y dividiendo entre sí el reino de Nápoles. Y cuando el uno con vanas promesas aseguraba de cumplir lo que habia prometido, y el otro (que era el Pontífice) le incitaba á la defensa de Hungría, para con este ardid cogerle y acometerle descuidado, y que acometieron de esta manera como crueles enemigos las tierras suyas y del Sacro Imperio, sin tener respeto ni consideracion de su amor y amistad, ni de la salud de la república cristiana, y de nuestra religion. Los cuales intentos y malos fines, no le sucediendo (por justo juicio de Dios) como pensaba, no contento el rey de Francia de contender con él (usando de las armas) queria ofenderle con palabras, estanpándolas con su real privilegio, y enviándolas por todas partes, sin temer ni reparar que en sus obras se vaya la falsedad de sus palabras. Y si bien contra su voluntad se le habia respondido bastantemente á una apología, ó por mejor decir, invectiva satisfaciendo en diversas lenguas, á lo que decia, no consintió, antes mandó espresamente que no se imprimiese en alguna parte de sus reinos ni estados, queriendo mas vencerle con virtud, que con sus denuestos, esperando que con su modestia reprimiera su demasía.

Que ahora, habiendo llegado á estas partes un tanto de las cartas que el dicho rey les habia escrito, con ocasion de las que á él le habian escrito, pidiéndole paso para que sus embajadores pudiesen ír y venir por sus tierras de Alemania á España, veia en ellas que el de Francia hablaba palabras pesadas y descompuestas contra él, y la

dignidad y honor suyo. Que con todo eso era tal su ánimo, que en tiempos tan turbados y dificultosos deseaba mas hacer la causa comun que la propia particular. Pero porque no pareciese, que con el mucho callar hacia verdaderas las criminaciones, é injurias que los enemigos decian, de fuerza, ó de grado, habian de mostrar la verdad á todos, y dar razon de sus acciones: que por eso les enviaba juntamente con esta carta, aquella apologia, ó por mejor decir, invectiva, con la refutacion, que en su justificacion se habia hecho, para que mejor entendiesen, con que derecho, ó con que razon queria el francés escusarse de la fé y juramento, en que habia faltado: y con que titulo y verdad pueda decir, que ama la paz, y que ofreció medios honestos de ella, pues que no solo no quiso estar en los que se habian capitulado, sino que contra la palabra, que de todas las maneras dió, habiendo hecho la liga ofensiva, cuyo tratado tambien iba con esta, con mano armada le entraba sus tierras. Y que podian ver con cuanto afecto respetó la república cristiana, y el ornamento de nuestra religion, y gloria del nombre de Cristo, pues en oyendo que el turco habia entrado con poderoso ejército contra el reino de Hungria, luego el francés le movió guerra, y le forzó á detener las armas, que habia juntado para ir á la defensa de Hungria dentro en sus tierras, para defender sus súbditos. Por lo cual sucedió con grandísima ignominia del nombre cristiano, que el comun enemigo saliese con lo que queria, sujetando aquel firmísimo muro de la religion á su imperio y señorio, muriendo el rey en edad floreciente, cautivos y desterrados los cristianos de sus

propias casas, profanando los templos, derramada tanta sangre de sus inocentes, lo cual él no podia referir sin muchas lágrimas, y con sentimiento del alma. Y habiendo sido el francés causa de estas y otras calamidades, é infortunios de la república, predicaba ahora, que sentia mucho estos males, como si se hubiera de dar mayor crédito á sus palabras, que á las propias obras y ojos de cada uno. Y que entendia haber el de Francia escrito aquellas cosas, con ánimo de querer cerrar las bocas de los que afirman (despues que se le cogieron unas cartas) que por su causa, y por su consejo acometió el turco con tanto ímpetu á Hungria.

Pero que dejando lo que otros decian (dice) y viniendo á las cartas del rey, escritas con tan fingido y disimulado color de sentimiento, si tanto temia el peligro de la religion cristiana, si deseaba la salud de la república, si la espada que se habia de sacar contra los enemigos de la fé, si las fuerzas que se habian de volver en ellos, si tan mal le parecia que se derramase la sangre cristiana, y entre sí se consumiesen sus ejércitos ¿por qué él mismo con nuevos movimientos de guerra, quiso poner la república en tanto peligro? por qué estando en paz la turbó? por qué acometió con mano armada sus tierras y quiso dar principio á su reino con derramamientos de sangre? Por qué quiso tantas veces con sus marañas y malos tratos embarazarle, para no poder defender sus súbditos, contra los enemigos de la religion, siendo sus tratos agenos de la salud comun? Y que por que tantas veces vencido, favoreciendo la divina justicia su causa, quiso esperimentar diversas suertes de for-

tuna adversa, con efusion de la sangre cristiana, mas que tener respeto á la gloria de Cristo, y mirar por su propia honra y dignidad?

Que si bien estas cosas eran notorias á todos, no mirando si era falso, ó verdadero lo que decia, procuraba echarle á él toda la culpa, diciendo; que á costa de sangre humana pretendia un palmo de tierra. Que era asi por cierto, que por un breve término de tierra, que era el ducado de Borgoña, habian dado libertad á un rey tan grande, el cual nunca él pidiera, sino fuera por ser tan claro el derecho que á él tenia como constaba claramente de la respuesta dada á la apologia de los franceses. Y que el no hacer caso de él, parecia antes cortedad de ánimo, que religion ó liberalidad.

Que aunque el mismo rey, asi en el concierto de Madrid como fuera de él, con sus propias palabras dichas por su boca, y confirmada con juramento, hubiese prometido de restituirlo. Que ademas de esto, libre ya en su reino, muchas veces con palabras y cartas firmadas de su propia mano, que le habia escrito, prometiese de cumplir todo lo contenido en la dicha concordia: despues mudando parecer, no quiso hacer la restitucion.

Que no por eso el emperador habia tratado de satisfacerse de esta injuria, y quebrantamiento de palabra y concordia. Ni quiso tocarle á sus tierras, ni con nuevos movimientos pertubar la paz pública, sino con cartas, y embajadas hizo solicitar su endurecido corazon, para que cumpliese lo que habia prometido. Que cuando no quisiese tener consideracion á la república, la tuviese á su honra y dignidad. Pero él queriendo poner mas la

república cristiana en manifiesto peligro, olvidándose de su palabra y juramento, fue causa de que sucediesen los males que dice. Y demas de esto era vergüenza suya decir tan falsamente, que muchas veces habia protestado por la religion cristiana, y la paz, y usa de las mismas palabras con que diversas veces se le habia pedido, que no quisiese violar su fé, faltando en lo que habia jurado. Por lo cual, con varias dilaciones se gastaba en vano el tiempo, y las tierras de los cristianos se destruian, las ciudades se asolaban, crecian los incendios, las muertes se multiplicaban, los términos de los infieles se dilataban, sus fuerzas se aumentaban cada dia. Y esto era lo que la república cristiana debia al rey de Francia, que se gloriaba de tener su reino en medio de la cristiandad, seguro, y libre de semejantes incendios y peligros, y él lo conturbaba todo, sin dejar vivir á alguno en paz, procurando que las armas, que se habian de usar contra los turcos, se convirtiesen sobre su cabeza: que prendia los correos que iban con despachos en servicio de la repùblica cristiana, y contaba entre sus triunfos la entrada de los turcos en el reino de su cuñado el rey Luis, contentándose y pareciéndole le bastaba, que los suyos le llamasen cristianisímo. Que solemnizaba la miserable suerte del rey Luis su cuñado, que dió su vida por la fé, por la religion, por su patria, por la gloria de Dios, y de Jesucristo su hijo, siendo él llamado á otro mas feliz reino, dejó loable nombre, y perpetua memoria de escogido príncipe, valiente, y magnánimo: porque el morir por Cristo, es suerte que debe parecer á cualquier hombre de sano entendimiento, no miserable, sino felicísima.

Que el mismo rey de Francia podia bien decir cuanto mas miserable era su propia suerte, y que él cierto quisiera mas trocar la suya con el húngaro, que con el francés. Aunque indiscretamente repetia tantas veces, que qriere tentarlo todo, procurando la paz de la república cristiana.

Que si la deseaba quien le provocaba á la guerra? ¿Qué enemigos le entraban las tierras? Quién le desafiaba? ¿Quién era el que deseaba mover la mata que de sí echaba tan mal olor? Que si deseaba cobrar los hijos que habia dado en rehenes, por qué no guardaba las leyes, que se le habian puesto? Y si le era imposible, como decia, ¿por qué siendo posible no se volvia á la prision, como habia prometido? Que se hallaria cierto muy deseoso de la salud pública y de las cosas de su honor.

Pero que si queria continuar las armas, ¿habia de ser él tan negligente y sin cuidado de su honor que tenia de permitir que se encarnizase un enemigo en el rebaño, que Dios le habia encomendado? Y que asi la amonestacion y protestacion que el francés queria que se le hiciese, se debia hacer á él con mas razon: pero que se avergonzaba cierto, usar de tantas palabras respondiendo á semejantes niñerias y vanas fábulas.

Que si estaba apartado de todo peligro y dentro de los términos de su reino, y gozaba de la dulce paz y grata quietud, que ninguna envidia le tenia de aquesta felicidad, antes muy de ánimo se holgaba de ella y holgaria mucho mas, si gozando él de tal quietud, permitiese que sus vecinos viviesen en paz, y no sembrar en tantas partes la guerra, turbando todas las cosas con repentinos acontecimientos.

Que aunque estas cosas eran á todos muy notorias, de manera que no tenia necesidad de comprobacion, pero con todo se las habia querido escribir, porque no hubiese quien diese crédito á semejantes burlerias; y porque palabras tan descompuestas no tuviesen lugar, para poder ofender su clara fama, y para que supiesen como el mismo rey de Francia habia sido causa de embarazarle la jornada, que los dias pasados les habia escrito que queria hacer. Pero que esperaba con el favor de Dios disponer sus casas de tal manera, que si bien el rey porfiase, quedando sus intentos frustrados y vencidos, satisfaria cumplidamente á todos del deseo que tenia de hacer bien á la república y limpiar y dilatar la religion cristiana.

Que para esto tenia convocadas cortes en Valladolid á los 20 de enero, para donde él ya caminaba, y alli trataria de enviar con toda brevedad la gente y ayuda que pudiese en Alemania, con la cual pensaba, no solo defenderla, sino quebrantar y reprimir el ímpetu de los enemigos, y apartarlos lejos de las cervices de los cristíanos: porque conmovidos é indignados los ánimos de los españoles con tal injuria, de su propia voluntad le habian ofrecido sus fuerzas, riquezas y propia sangre y le instaban á que hiciese esta jornada, por la cual pareciendo convenir, prometia, no tanto sus reinos y dominios todos, sino su persona y su sangre y ofrecia á Cristo, Dios bueno y poderoso, su propia vida y alma. Y que si ayudándole Dios en este tiempo el rey de Francia mudase propósito y quisiese volver á su amistad, procuraria sin duda muy de corazon, todo lo que fuese de su provecho, honra y dignidad; y liberalmente le perdo-

naria esta injuria y perderia con él de su propio derecho, para que quitadas estas contiendas, con las fuerzas y armas juntas, pudiesen facilmente vencer los enemigos y echarlos de sus tierras, ó si Dios quisiese, reducirlos al rebaño de Cristo.

Ademas de esto, dice el emperador á estos príncipes, que bien sabian las artes y sutilezas de los franceses, que por hacer su negocio, no cesaban de sembrar discordias; y que era suyo no fiar mas en sus promesas para que entiendan cuan sin fruto solicitaban los ánimos de tan grandes príncipes.

Con esto acaba el emperador su carta hecha en el tiempo que dije: y dice ser el año octavo de su imperio romano.

XXI.

Movimientos de guerra generales contra el emperador.

En este tiempo el príncipe de Bearne, que se llamaba rey de Navarra, con favor y ayuda del rey de Francia, comenzó á hacer gente, diciendo que queria venir á cobrar su reino.

Por la parte de Italia estaban los enemigos que he dicho: y tan poderosos, que llegaba su campo á sesenta mil combatientes. El de Inglaterra amenazaba con rabia. Lo cual todo no tomó al emperador tan apercibido, como convenia, para ofender y defenderse de tantos: porque su fin y pensamientos habian sido siempre de paz. Solamente tenia en Lombardia el ejército ordinario, del cual

una buena parte, que eran tres mil alemanes, estaban ocupados en Milan y los que restaban, con la paz y el tiempo se habian menoscabado mucho, y demas de esto, cansados é indignados los ciudadanos de Milan, por los agravios que habian recibido, y ver al duque su señor tan mal tratado, con el aliento de la liga, estaban alborotados, y aun levantados: sino que la necesidad de no poder mas, los hacia estar quedos con muy buenos deseos de que el duque con los de la liga viniesen á vengar sus injurias.

Viendo el emperador lo que en Italia pasaba, y que ya todo iba tan de rota, que no bastaba razon para llevarlo sino por armas, y que su ejército estaba flaco, deshecho en Italia, y el poder de los enemigos era grande, determinó escribir al infante su hermano, que levantase algunos alemanes, y los enviase á Italia, si bien el rey Francisco por divertir al emperador, mandó hacer mucha gente, y enviarla al príncipe de Bearne, con voz de que queria conquistar á Navarra: y en la Picardia, que es tierra que confina con Flandes en la raya de Francia, mandó hacer otros acontecimientos que inquietaron aquellas fronteras.

XXII.

Ríndese Cremona á la liga.

Andaba, como dije, en el campo de los de la liga el duque de Milan, Francisco Esforcia, y con su acuerdo y voluntad el duque Urbino acordó en-

viara sobre la ciudad de Cremona, cuyo castillo aun estaba por Esforcia, á la defensa de la cual estaban mil y quinientos alemanes, y ochocientos españoles, y ciertos caballos ligeros de los de Nápoles, con algunas compañias de italianos.

Encomendóse esta jornada á Malatesta Vayon general de la infanteria de venecianos, y con él á Julio Manfredonio capitan de gente de armas, los cuales con buena parte del campo, y mucha artillería, partieron para allá, quedando el duque de Urbino con la otra parte de ejército en una villeta cerca de Milan, por conservar la reputacion de que estaban sobre ella, y por quitar los bastimentos á los españoles.

Llegados á Cremona los dichos capitanes, pusieron luego el cerco sobre ella, y con mucho ánimo y diligencia le dieron la bateria, y despues la batalla; pero los cercados lo hicieron tan valientemente, dos veces que fueron acometidos, que matando un gran número de los que acometieron, los forzaron á retirarse mas que de paso, quedándose muertos Julio Manfredonio, Alejandro Marcelo, y otros principales capitanes venecianos, de lo cual quedaron tan mal parados y deshechos, que no se atrevieron á acometerlos otra vez.

Aivsado de esto el duque de Urbino, y teniendo este hecho por muy importante, movió luego con todo su campo, y púsose sobre Cremona, apretándola tanto con baterias y combates, que si bien los capitanes alemanes hicieron todo su poder por defenderla, fueron puestos en tal necesidad, que hubieron de venir á tratar medios para entregarse. Y asi se concertaron que dentro de diez dias que se cumplieron á tantos de

setiembre (sino fuesen socorridos) entregarian la ciudad, con tal condicion, que á todos los que dentro estaban, asi alemanes como españoles, los dejasen salir libres con sus ropas, armas, y banderas tendidas, tocando sus atambores. Lo cual se cumplió despues de pasado el término; y hubieron los de la liga la ciudad de Cremona para el duque Esforcia.

Habiéndola entregado al duque, se tornaron á poner en los lugares que antes estaban en torno de Milan.

En los dias que duró este cerco pasaron en él muy grandes cosas y hechos de armas, asi en las escaramuzas, como en los combates, los cuales no puedo contar por menudo, por lo mucho que hay que decir en este año. Diré de lo que en estos dias sucedió en Sena, porque comenzamos á dar noticia de esta república, que adelante dará bien que contar por lo mucho que dió que hacer á los imperiales.

XXIII.

Movimientos de los ciudadanos de Sena:—Treguas con el Papa y don Hugo de Moncada.

Andaban muchos de los vecinos de la ciudad de Sena desterrados, por los bandos y discordias que entre los ciudadanos naturales habia.

Estando la ciudad en paz debajo de la obediencia y gobierno del emperador, estos foragidos pareciéndoles buena la ocasion con la guerra de

Lombardia, y liga que habia contra el emperador pidieron favor el Papa y florentinos, para entrar en su tierra, y ellos se la dieron.

Tomando, pues, por capitanes á los condes de Gangialera, y Petiliano, hicieron ejército de mas de seis mil hombres, con el cual fueron sobre las tierras de Sena, y despues sobre la misma ciudad, que tuvieron cercada muchos dias. En la cual guerra, asi de cerco, como de correrias, pasaron señalados trances de armas. Hubo muertes de personas señaladas, quemas y robos, y otros grandes daños, combates y escaramuzas.

Finalmente, paró por entonces, en que un dia los cercados salieron y dieron súbitamente en el campo de sus enemigos, y los rompieron y desbarataron, matando muchos de ellos, con que la ciudad quedó libre por entonces.

Dicho queda el camino, ó embajada que el emperador encomendó á don Hugo de Moncada desde España á Roma.

Llegado que fue á Italia, hallando ya la liga hecha contra el emperador, comunicó con los capitanes imperiales en Milan lo que convenia hacer, y pasó adelante, si bien con peligro, derecho á Roma.

Como halló las cosas todas turbadas, y que el duque de Sesa embajador del emperador se habia salido de la corte romana, desesperado de la paz, con el Pontífice, sin embargo de los buenos cumplimientos y partidos, que de parte del emperador le habia ofrecido, haciéndole las salvas posibles. Pero como nada aprovechase, don Hugo salió de Roma, y se fue a Nápoles, y la guerra se rompió por Lombardia como está dicho.

Luego comenzó el Papa á perseguir los coloneses, porque tenian la voz del emperador, é hizo gente en Roma y su comarca, en que pasaron muchas cosas y tratos entre ellos. Lo cual visto por don Hugo, y sabido como el ejército de la liga, despues de haber estado sobre Milan, iban á cercar á Cremona (como arriba dije), con intent y pensamiento de que el Papa hiciese por fuerza y temor, lo que por tratos y ruegos no habia querido, por divertir la guerra de Lombardia, quiso metérsela de las puertas de su casa.

Era el cardenal Pompeyo Colona tan verdadero servidor del emperador, que en ninguna manera podia sufrir que el Papa se hubiese confederado contra él: y si bien al cardenal se le ofrecian hartas dificultades, él se concertó con don Hugo de Moncada, y con Cárlos de Lanoy virey de Nápoles, para hacer guerra al Papa y echarle de Roma, y aun prenderlo, y ponerle en tanta necesidad, que le fuese forzado salir de la liga, que habia hecho; lo que todo se hizo.

Para poder el cardenal hacer esto, y valerse de los imperiales, fingió estar tocado de la gota, y fuese á tener el invierno á Tusculano. Juntóse con el duque de Sesa, y con don Hugo de Moncada, los cuales todos comenzaron secretamente á aparejarse para saltear al Papa. Juntaron hasta mil y quinientos infantes, los mas españoles, y mil y quinientos caballos de los de Nápoles, y de los coloneses.

Partiendo con esta gente la vuelta de Roma, echando corredores delante que tomasen, y atajasen los caminos, diéronse tan buena maña y diligencia, que antes que el Papa pudiese ser avisado

del camino que traian ó llevaban, llegaron á Roma un dia en amaneciendo, y en entrado por la puerta de San Juan de Letran, sin que nadie se lo defendiese, entraron en la ciudad con la gente en órden, de á pie y de á caballo. apellidando «libertad, libertad» y pregonando que ningun viejo tuviese temor.

Como luego avisasen al Papa, con el miedo y turbacion que se puede pensar, salió huyendo de su palacio con los cardenales, y otros prelados y cortesanos que con él se hallaron, y habian acudido al rebato, y fuese á meter en el castillo de San Angel, por un pasadizo, que va del mismo palacio al castillo.

Don Hugo de Moncada pasó adelante con su gente y banderas tendidas, por medio de Roma, y atravesando el rio se apoderó de todo el Burgo, llamado Vaticano, y del palacio sacro al cual los soldados contra la voluntad de don Hugo, y sin poderlo resistir, robaron, y saquearon, y lo mismo hicieron en San Pedro, y en gran parte del Burgo.

Viéndose el Papa tan apretado y afligido, parecióle que no tenia en el castillo bastimento para sufrir el cerco aunque fuese de pocos dias. Y si bien decia don Hugo, que su venida no era para mas que para hacer que el Pontífice fuese amigo del emperador, y se apartase de la liga, el Pontífice envió á pedirle con grandísima instancia, y promesas, que le quisiese hablar, y don Hugo vino en ello dándole el Papa en rehenes, y seguridad unos sus sobrinos.

Asi se hablaron, y pasaron entre los dos largas pláticas, descargándose el Papa de las cosas pasadas, y don Hugo disculpándose por lo que aho-

ra se habia hecho, diciendo que forzado y deseoso de la paz habia venido á ello.

Finalmente, se concertaron de esta manera: que el Papa y el emperador tuviesen treguas para cuatro meses: que se retirase el ejército que tenia en Lombardia: que perdonase á todos los coloneses: que don Hugo sacase luego la gente de Roma, y se tornasen al reino de Nápoles.

En esto se detuvieron dos dias, y los coloneses quedaron poco contentos, porque se temian que ida la gente, habia de proceder el Papa contra ellos. Don Hugo salió de Roma sin hacer otro daño ni fuerza en ella: y dejando á los coloneses su gente, se fue á Nápoles con la demas.

Pasó esto en fin de agosto al tiempo que Cremona estaba para entregarse (como ya está dicho); y aunque todo esto se hizo sin órden ni consulta del emperador, ni hubo tiempo de podérselo consultar, el emperador aprobó la paz y treguas, que don Hugo habia hecho con el Papa, la cual él no cumplió, y le costó caro.

En estos dias murió en Roma de su enfermedad, don Luis de Cordova duque de Sesa embajador de España.

Dice Jobio por calumniar (como suele) los hechos del emperador, que cuando don Hugo entró en Roma, estaban hechas treguas con los Colonas; y es falso: porque las treguas se hicieron con Vespasiano, y Ascanio Colona; pero no por el cardenal, antes requiriéndole el Papa constantemente, no quiso entrar en ellas, ni tampoco don Hugo de Moncada, que habia poco tiempo que era vuelto de España, y traido al Papa despachos del emperador, en que le ofrecia todos los capítulos sobre

que estaba descontento, otorgándoselos el César conforme á la pretension que tenia; los cuales como dije, habia primero enviado con el comendador Herrera, y no se habian concluido.

Ahora traia cierta conclusion don Hugo en los puntos sobre que estaban desacordados; que entre otros eran cuatro los principales. El uno sobre la distribucion de la sal en el ducado de Milan, cosa muy reñida de tiempo antiguo, y de mucho interés: los duques de Milan pretendian que era suya, el emperador, como señor del feudo lo defendia, y se quejaba de que el duque de Milan, lo habia dado al archiduque de Austria su hermano, por la gente que habia enviado á la guerra de Pavia.

El segundo era, del hecho de las ciudades de Módena y Razo, que el Papa decia que la Iglesia estaba despojada de ellas, y sin embargo de que el duque de Ferrara que las poseia, alegaba otro nuevo despojo hecho á él primero, queria el Papa que el emperador y su campo le concediesen el útil dominio, y el de Ferrara lo defendiese como cosa del feudo imperial.

La tercera pretension del Papa, era la libertad de Esforcia, aunque hubiese cometido la traicion y crímen *læsæ majestatis*.

La cuarta carta, era cerca de una pragmática del reino de Napoles sobre los beneficios de estrangeros y otras cosas que el Papa pretendia que eran contra la libertad de la Iglesia.

Llegado don Hugo con estos despachos y ofrecimientos posibles, respondió el Pontífice que ya era tarde, porque habia firmado y ratificado la capitulacion con los confederados y que no se podia apartar de ella: y por esto don Hugo y el carde-

nal Colona haciendo gente con mucho secreto dentro de Roma y en la comarca de ella, la juntaron cerca de Letran, en aquella ciudad, é hicieron aquel hecho que tan mal pareció, y no se saqueó sino parte del palacio, y al Papa se le dijo con toda reverencia, que no se hacia aquello para mas de forzarle á que no fuese contra el emperador.

Asi se concertaron entre él y los cercadores treguas por cuatro meses, y que la gente de guerra que tenia en Lombardia con los confederados la retirase de esta parte del rio Pó. Para lo uno y lo otro dió rehenes, y con esto se salieron don Hugo y el cardenal Colona de Roma, y todo quedó pacífico en una tarde y otro solo dia: esto es lo que Jobio tanto agrava y acrimina.

XXIV.

El Papa rompe la tregua.

El hecho pasado de don Hugo y los demas, fue tenido por atrevido y casi temerario, él no sirvió de mas que de indignar al Papa mas de lo que estaba, porque fue asi. Como se vió libre de don Hugo, mostró que queria guardar la tregua y paz que habia asentado, y envió á retirar el ejército de Lombardia de la otra parte del Pó hácia Roma y que aposentase en Parma. Mandó venir de él para Roma dos mil suizos y siete banderas de infanteria que habia tenido Joanin de Médicis, su so-

brino, en la guerra de Milan y lo mas de la gente de á caballo. Ademas de esto nombró á otros capitanes y mandó levantar cuatro mil hombres.

Juntas estas gentes, luego procedió al descubierto contra los coloneses y sus tierras. Y con haber sido perdonados en el concierto que hizo con don Hugo, les hizo tan dura y tan cruel guerra, que en pocos dias fueron quemadas y destruidas catorce villas.

Procedió contra el cardenal Pompeyo Colona, y lo descomulgó y privó del título y dignidad.

Llevaba camino de hacer mayores daños y destruirlos si pudiera, sino llegara á este tiempo el virey de Nápoles con Hernando de Alarcon al puerto de Gaeta, en el reino de Nápoles con treinta naves y siete mil españoles y alemanes en ellas, aunque se encontró en el camino con todas las galeras del Papa y rey de Francia (como dije y diré), y le hicieron algun daño: pero refrescando el tiempo se salvó.

Como el Papa supo la venida de esta gente, mandó luego recoger los suyos á la comarca de Roma, y los coloneses tuvieron esfuerzo para rehacerse y defender mejor, ayudándose del favor del virey; al cual pareció que era justo dárselo, por lo que por ser devotos del emperador habian padecido.

Sacada su artilleria con los demas que del reino y coloneses habian juntado, formó su campo y partió á hacer guerra á las tierras del Papa.

Juntó el virey su gente con la de don Hugo, y se hizo un campo de veinte mil hombres, y luego tomó el camino para Roma: el Papa temiendo que iban contra él, se salió de Roma.

Mr. de Borbon estaba en Milan con quince mil hombres: los florentinos le temian, y enviáronle á suplicar los tomase y recibiese debajo de su amparo, y le ofrecieron quinientos mil ducados. El no queria sin licencia y mandato del emperador: esperaba que le diesen un millon de ducados, porque de otra manera amenazó, que saquearia á Florencia sin duda alguna.

El Papa de nuevo acrecentó su ejército, en el cual estaba el cardenal Tribulcio, grande enemigo de españoles, y venian en él capitanes señalados, algunos de la gente de armas, y se comenzó una muy reñida guerra entre ellos.

El virey saliendo de los términos del reino de Nápoles, se fue á poner sobre una tierra y castillo fuerte llamado Fronsobona, el cual estaba proveido de gente y artilleria bastantemente. Habiéndolo batido con su artilleria, vino el campo del Papa á socorrerlo con tan buena órden y tan poderoso ejército, que al virey le pareció que no debia esperarlo alli, y alzándose de él se retiró á un lugar llamado Castro. Su retirada fue con tan buena manera, que escapó de recibir daño, y los del Papa socorrieron á Fronsobona.

El virey dejando fortificado y proveido á Castro, se pasó á Esperano, que es en la raya y término del reino de Nápoles y tierra de Roma, donde se afirmó su campo.

Pasando adelante el del Papa, se alojó en otro lugar llamado Posea, á cinco ó seis millas de alli, en los cuales lugares por ser ya el comienzo del invierno y fin de noviembre, pararon ambos campos, fortificándose y proveyéndose cada uno contra el otro lo mas que podia, y pasaron grandes

trabajos y necesidades, haciéndose la guerra con correrias, escaramuzas y rebatos. en que habia bien que escribir, si otras cosas dieran lugar.

XXV.

Arde vivamente la guerra en Italia.

Estando, pues, las cosas en estos términos, lo que en Lombardia pasaba. es, que retraido el campo del Papa de sobre Milan y de la otra parte del Pó hácia Roma, como tengo dicho. en manera de cumplimiento de la paz con don Hugo de Moncada, dentro de pocos dias hicieron lo mismo el campo francés y venecianos: porque teniendo nueva que doce mil alemanes que el emperador habia mandado venir a Italia, eran ya llegados y venian con alguna caballeria, cuyo capitan general era Jorge Frondespergo, que en los años pasados lo habia sido de la otra gente, y era un muy valiente y sabio capitan, el duque de Urbino con el ejército veneciano. acordó acercarse á las tierras de la señoria para amparo de ellas. El marques de Saluzo se pasó con el francés á la ribera del rio Ada, con fin de estorbar é inquietar á los imperiales que estaban en Milan, y estorbar el paso á Jorge Frondespergo, que por servir al emperador habia ya levantado con su dinero los doce mil infantes y quinientos caballos, el cual venia ya por Trento en el mes de noviembre.

Sabiendo, pues, el duque de Urbino que los alemaness eran ya llegados á tierra de Mantua y parecia iban encaminados á pasar el Pó la via de la ciudad de Parma, él se determinó acercarse á ellos, pensando poderles estorbar el paso; y haciéndolo asi ayudado y acompañado de Juan de Médicis, con su caballeria, con la mas gente suelta del campo, trabó con ellos recias escaramuzas, en una de las cuales al paso del rio Mincio (ó Burgofortum), fue herido Juan de Médicis de una bala, de la cual murió en Mantua, no habiendo cumplido treinta años de edad; en el cual perdieron los de la liga un buen capitan.

Pero al fin, á pesar del duque de Urbino, Jorge Frondespergo con sus alemanes pasó el rio Pó, y caminó hasta Florey, en la comarca de Plasencia y Parma, donde se alojó, siendo ayudado y favorecido del duque de Ferrara, con artilleria, municiones y bastimentos.

Habiéndose puesto los alemanes donde convenia, el duque he Borbon y los capitanes imperiales se comenzaron á poner en órden para salir con sus gentes en campo á juntarse con ellos y hacer los efectos que veremos.

Cada una de las partes procuró ponerse en los lugares donde mas daño pudiese hacer á su enemigo. De manera que la guerra ardia con grande furia por toda Italia y Lombardía, la cual el emperador habia suspendido entreteniendo de varias maneras con esperanzas de paz al Pontífice, al rey de Inglaterra, y al de Francia; mas cuando se vió superior á ellos, declaró que no alzaria la mano de la guerra hasta que el rey de Francia cumpliese lo que habia jurado, y que Francisco Es-

forcia pusiese su persona y causa al juicio de las personas que el emperador nombrase.

Con esto se perdieron las esperanzas de la paz, y habia temores de cruel y sangrienta guerra.

El emperador, cierto de que el rey Francisco no habia de cumplir su palabra, mandó traer los delfines á Valladolid, para de allí enviarlos á la fortaleza de Pedraza, cerca de Segovia, como se hizo.

XXVI.

Falsas proposiciones de paz.—Convocatoria de cortes.

En tanto que estas cosas pasaban en Italia, el emperador habia estado en Granada con harto cuidado de ellas. Y si bien procuró proveer de gente y dineros lo necesario, no por eso dejaba de dar oidos á los tratos de paz.

Quiso ponerse en ellos el rey de Inglaterra, escribiendo al emperador que él no queria ser protector da la liga, sino medianero de la paz: que los confederados tenian en su corte embajadores con bastantes poderes para tratar de ella. El emperador con muy gran voluntad envió instruccion y poder al suyo que estaba en la corte del rey de Inglaterra con medios muy iguales y justos. Pero como todos eran cumplimientos fingidos, y querer entretener, no resultó efecto alguno.

Lo mismo pasó con el nuncio del Papa: con los embajadores del rey de Francia, y venecianos que habian publicado esta paz. Los cuales todavia

andaban en su corte diciendo que no eran enemigos del emperador· y que la guerra que hacian era por la libertad de Italia, y asistencia del duque de Milan.

De manera que la voz era de Jacob, y las manos de Esau. Porque en Angulema se habian conjurado, el Papa, el de Inglaterra, Sigismundo rey de Polonia, Jaques rey de Esforcia, la señoria de Venecia, Francisco Esforcia duque de Milan, florentinos y otros, so color de librar al duque de Esforcia, y á Italia de los españoles, y porque el rey Francisco no cumpliese lo que prometió en Madrid, y para escoger un nuevo rey de Nápoles, que habia de ser Juan de Médicis, con que pagase al rey de Francia setenta mil ducados por año, y cincuenta mil el duque de Milan, habian de juntar para esto tal ejército, que lanzase al imperial de Italia, y sustentarlo hasta haberlo echado.

De Granada tambien escribió el emperador en el fin de este año á los electores del imperio, dándoles cuenta larga de todo lo sucedido, y de las justificaciones y cumplimientos que habia hecho con el rey de Francia y con el Papa, y les preguntó como se podria resistir al turco por aquellas partes; participándoles como fue recibido por rey de Bohemia y Hungría el infante don Fernando, archiduque de Austria, su hermano, por ser casado con hermana del rey Luis, como está dicho, coronado en principio del año venidero de 1527 con gran solemnidad y fiestas.

Asi que puesto el emperador en tantos cuidados y escesivos gastos de la guerra, y de los grandes ejércitos que habia sustentado, convínole empeñar y vender las rentas para ayudarse en esta

partes de sus reinos; y para tratar otras cosas convenientes al bien comun, y la gobernacion de ellos, mandó convocar los procuradores de las ciudades de Castilla, y llamarlos á cortes generales para 20 de enero en la villa de Valladolid, para la cual partió luego de Granada con la emperatriz y toda su corte, á 10 de noviembre del año 1526.

Detúvose mucho en el camino, por las grandes aguas y nieves que en toda España hubo este año, que fue su invierno de los rigurosos que los nacidos vieron, y resultaron grandes daños con las crecidas de los rios, y enfermedades peligrosas.

XXVII.

Protestas en la dieta del emperador y del rey.— Peligro en que se vió el emperador.

Las cosas de Alemania en este tiempo, tocantes á la fé andaban malas, porque el herege Martin Lutero se habia desvergonzado tanto, con el favor que muchos le hacian, que procuraba traer a su opinion alguna gente de lustre que la autorizasen, y en algunos (ayudándole el demonio) halló mas entrada de lo que convenia; si bien otros santísimamente le resistieron.

Estando, pues, los negocios en tales términos, mandó el emperador que se tuviesé dieta en Espira, asi para tratar del negocio de la religion, como para dar órden de resistir al turco Soliman.

Escribió á los de la dieta desde Sevilla, por marzo, diciendo: que muy en breve partiria para

Italia á recibir la corona de oro de mano del Pontífice, y haria con él que señalase lugar y tiempo para el futuro concilio, en el cual se tratarian las cosas de la religion, y se verian las nuevas opiniones que en aquella tierra andaban, y la verdad que tenian: que en el ínterin mandaba que ni los príncipes ni las ciudades alterasen ni quitasen una tilde de lo que hasta alli se habia tenido en la religion cristiana, sino que en todas maneras guardasen la fé en que sus padres murieron, como en la dieta de Bormes se ordenó y mandó por todos.

Vinieron á esta dieta los príncipes luteranos, Sajonia, y Lantgrave. Los cuales hacian predicar en sus posadas la secta luterana, y no guardaban fiesta ni oian misa, ni dejaban de comer carne los viernes y dias vedados, con grandísima disolucion y rotura. Traian estos luteranos todos sus criados de librea con una manga largada de un hombro, y bordadas en ella estas letras con hilos de oro. V. D. M. I. Æ. que es: *Vervum Domini manet in æternum*. La palabra de Dios permanece para siempre..

Pronuncióse en esta dieta un decreto por el cual, á fin de evitar otros mayores daños, se dió facultad á todos los tudescos para que cada cual sintiese en la religion aquello que conforme á su conciencia pensase poder defender delante de Dios y del mundo, sin otra mejor conclusion.

Halláronse en esta dieta embajadores del rey de Francia, y tratándose de la guerra contra el turco; dijeron que ayudaria su rey en ella, si hiciesen que el emperador dejase las armas en Italia (por ventura seria para entrarse el francés

con ellas en ella). Trajeron estos embajadores franceses cartas de su rey para los príncipes de Alemania y ciudades libres, doliéndose mucho de la desdichada muerte del rey de Hungría, y de que la cristiandad hubiese padecido una tan gran plaga, y que se avecinase tanto á Hungría. Alemania y Austria, un enemigo tan crudo, feroz y poderoso, como el turco: que la causa de estos males era el emperador, que por su demasiada ambicion queria sujetar á todos y hacerse monarca absoluto, dando leyes, superbas á Francia é Italia, con la mayor parte de Alemania; que habiendo él sido por su desventura preso en la batalla de Pavia, y traido á su poder, le habia querido despojar de su reino; y ya que para esto ne halló camino, le obligó á cumplir unas condiciones intolerables, en destruccion y acabamiento de su reino; que su demasiada ambicion en parte era causa de que de todo punto olvidase á Alemania, y despreciase á Austria, siendo el solar de sus padres, y las dejase para que los turcos las destruyesen, y que les convenia mirar con tiempo, no fuese que con sus trazas y engaños hiciese mas daño á Alemania, que las armas al descubierto de los turcos los podia ofender. Que él estaba siempre con pronto ánimo y voluntad muy entera, como lo habian hecho todos los reyes de Francia, para con el cuerpo y con el alma, y con todas las fuerzas de Francia enfrenar los acontecimientos de los turcos, y echarlos de la tierra, si el emperador no le embarazase con guerras; y asi lo protestaba ante todos los alemanes y naciones del mundo, y que si algun gran mal viniese á la cristiandad, se cargase la culpa de él al emperador,

y no á él, que en cuanto pudiese no la tendria.

Tuvo aviso el emperador de estas cartas, y en respuesta de ellas escribió otras á los mismos príncipes, y ciudades de Alemania, resultando las calumnias del rey Francisco, y diciendo su poca memoria, y lo poco que valia su palabra, y que él solo era causa para que las armas, de toda la cristiandad se consumiesen entre sí mismos, y no contra los turcos. De lo cual eran buenos testigos todos los príncipes de Italia, con cuya ayuda hubiera acometido por mar, y por tierra, la Acaya y Peloponeso, si Francisco hubiera cumplido lo que debia, y no fuera el impedimento, y perturbador de la república cristiana.

Con esta respuesta se turbó el rey de Francia; pues con tanta acedia hablaba del emperador, que se echaba bien de ver el ánimo tan enconado que tenia, y que no hablaba por descargarse y justificarse, sino vencido de envidia, odio, y mortal pasion, por donde ya se tuvo por cierta la guerra.

El emperador respondió á todo de tal manera, que los franceses dejaron el papel y plumas, y acudieron á aparejar las armas, y comenzaron á usar de ellas. Llegó á tanto el enconamiento de sus ánimos, que contra Dios, y contra todo lo que se puede pensar se confederáron con el turco, y trajeron sus armadas á la costa de la cristiandad, é invernaron en sus puertos haciendo robos y muertes, cautivando los inocentes cristianos, y profanando las iglesias como en el discurso de esta historia se verá.

Este año murió (como dije) en Bruselas doña Isabel infanta de Castilla, hermana del emperador, reina de Dinamarca, dejando un hijo, que se lo-

gró poco, y dos hijas, de las cuales una que se llamó Dorotea, casó con Fadrique conde Palatino del Rihi, príncipe elector, y otra dicha Cristierna, ó Cristiana casó con Francisco Esforcia duque de Milan, y despues con el duque de Lorena, como aqui se dirá.

En este año que el emperador estuvo en Granada se vió en notable peligro de perder la vida andando á caza en las sierras, que están á vista de aquella hermosa ciudad. Siguió tanto un jabalí que vino á perderse de los suyos, y estar tan lejos, que aunque tocó la corneta, ninguno le oyó, ni acudió; ni él sabia donde estaba, ni qué hacer de sí. Y andando descaminado por lugares ásperos y montuosos, vino á dar en un lugar de moriscos.

Con discrecion no quiso darse á conocer, temiendo algun peligro de la vida ó prision que atrevidamente le impusiesen, siendo malos cristianos, y estando descontentos por el castigo que en ellos habia mandado hacer en la visita general, segun queda dicho.

Topandose con uno de aquellos moriscos dijo, que habia perdido el camino; que iba para Malaga, y si estaba cerca. Esto fingió por deslumbrar al morisco. El cual riéndose dijo, que Malaga estaba lejos de alli, que muy mas cerca estaba de Granada. El emperador le pidió que le guiase para Granada, aunque fuese de noche; y el morisco lo hizo, pagándoselo bien el emperador.

Llegando ya noche cerca de Granada estaban las torres y ventanas llenas de iluminarias repicando las campanas, para que el emperador atinase allá; y ademas de esto habian salido todos

los caballeros de la corte, ciudadanos y otras gentes con lumbres en las manos en busca del emperador, y como toparon con él, fueron grandes las alegrias que hicieron

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE

de las materias contenidas en este cuarto tomo.

LIBRO XI.

AÑO 1523.

AÑO DE 1524.

LIBRO XII.

AÑO 1525.

LIBRO XIII.

LIBRO XIV.

AÑO 1526.

LIBRO XV.

FIN DEL INDICE.



